

DOCTRINAS DE LA RESTAURACIÓN

Sermones y
Escritos
de Bruce R.
McConkie

Editado y organizado
por Mark L. McConkie

Doctrinas de la Restauración

*Discursos y Escritos de
Bruce R. McConkie*

Editado y organizado por Mark L. McConkie

El conocimiento del élder Bruce R. McConkie sobre las doctrinas del evangelio es legendario entre los miembros de la Iglesia. Sus sermones y libros reflejan una búsqueda sincera y de toda la vida de las escrituras, así como un profundo amor por esos escritos sagrados y por su figura central, el Señor Jesucristo.

Aunque su período mortal ha terminado, afortunadamente para nosotros que permanecemos, su vasta riqueza de conocimiento está preservada en forma escrita. Este libro reúne en formato permanente, bajo una sola cubierta, una parte sustancial de sus discursos y escritos, el material ha sido especialmente seleccionado para incluir los grandes temas doctrinales sobre los que la Restauración ha proyectado su gloriosa luz. Aquí no solo se encuentran extractos, sino a veces discursos completos sobre puntos doctrinales clave como el carácter de Dios, la filiación divina de Jesucristo, la misión del Espíritu Santo, la Creación, la Caída, la Expiación, los dones espirituales, la santificación, la palabra escrita, y vencer al mundo, por nombrar solo algunos. Aquí se encuentran respuestas y aclaraciones esenciales a numerosas preguntas: ¿Cuál es nuestra relación con Dios, Cristo y el Espíritu Santo? ¿Qué es la gracia y cómo funciona para nosotros? ¿Cómo se da la revelación? ¿Cuál es el poder purificador de la Expiación? ¿Por qué debemos orar? ¿Cómo y por qué debemos estudiar las escrituras? ¿Cuáles son los efectos de la caridad? ¿Cómo debemos

adorar a Dios? ¿Cuál es el propósito de la mortalidad? ¿Cómo podemos perseverar hasta el fin?

Ninguno de los que lo escucharon olvidará el impacto del testimonio apostólico conmovedor de Jesucristo dado por el élder McConkie en su última conferencia general en abril de 1985. Ese testimonio se respira a través de las páginas de este libro, en el cual el destacado conocimiento y las profundas percepciones de uno de los grandes especialistas en las escrituras de nuestra era continúan vivos —claramente expresados, directos, autoritarios— para el beneficio duradero de los Santos a quienes sirvió en mortalidad.

Mark L. McConkie, hijo de Bruce R. y Amelia Smith McConkie, nació y creció en Salt Lake City. Se graduó de la Universidad Brigham Young, donde también obtuvo una maestría en administración pública. En 1977, recibió un doctorado en administración pública de la Universidad de Georgia. Actualmente es Decano Residente de la Escuela de Posgrado en Asuntos Públicos de la Universidad de Colorado en Colorado Springs. Mark L. McConkie es miembro de la Sociedad Estadounidense de Administración Pública y de la Academia de Gestión. Ha dado conferencias internacionalmente y ha publicado muchos artículos en revistas profesionales y académicas. Es compilador de un libro anterior, *Wit and Wisdom from the Early Brethren*.

Además de servir en una misión de tiempo completo en Argentina, su variado servicio en la Iglesia ha incluido los llamamientos de obispo, consejero del presidente de la Misión Colorado Denver, y presidente de estaca. Está casado con la ex Mary Ann Taylor. Son padres de ocho hijos, y la familia reside en Colorado Springs, Colorado.

Letra de mano por Jantes H. Fedor

Puedo decir, como lo hizo Nefi, que la plenitud de mi propósito es persuadir a los hombres a venir al Dios de Abraham, al Dios de Isaac y al Dios de Jacob y ser salvos —porque la obra es verdadera, y porque la salvación está en Cristo. Y siendo Dios nuestro testigo, es verdad.

— Bruce R. McConkie

Conferencia General, abril de 1972

Al Lector

El lector potencial merece una advertencia amistosa: el título *Doctrinas de la Restauración* puede parecer implicar más de lo que esta recopilación pretende lograr. Este libro no está destinado a ser un examen exhaustivo del evangelio; tampoco tiene como objetivo un tratamiento completo de cada tema que aborda. Más bien, simplemente busca destacar asuntos significativos entre la variedad de temas que el élder McConkie trató durante su ministerio. Lo que se ha recopilado aquí nunca antes se había reunido entre las mismas dos cubiertas, aunque porciones significativas provienen de fuentes disponibles de manera dispersa: *Church News*, *Improvement Era*, *Instructor*, *Ensign*, *New Era*, *Relief Society Magazine*, *Conference Report* y discursos publicados por BYU, por ejemplo.

Sin embargo, esta obra busca algo más que simplemente catalogar el pensamiento del élder McConkie sobre distintos temas del evangelio. Él posee dones espirituales evidentes, cuya observación proporciona una lección en cuanto al estudio del evangelio. Tiene el don “de saber que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que fue crucificado por los pecados del mundo” (D. y C. 46:13). También posee el don de conocimiento, el cual usa —como estas páginas lo testifican— para dar testimonio de Cristo: toda enseñanza contenida aquí, de una u otra forma, converge para dar testimonio de Jesús y de Sus doctrinas. La genialidad del élder McConkie —si no es presuntuoso usar ese término— radica en su uso de las Escrituras. Son la fuente de la que bebe y la plataforma sobre la que se apoya. Enseña únicamente lo que encuentra en las revelaciones, aunque gracias a años de estudio paciente y constante ha adquirido la capacidad de leer y ver lo que todos parecen ver, y luego ir un paso más allá, leyendo entre líneas en ocasiones, mostrando relaciones entre diferentes fragmentos de información y construyendo a partir de ello un testimonio unificado de Jesús y de sus profetas.

El lector también debe saber que esta no es una publicación oficial de la Iglesia; los materiales contenidos en este libro provienen de la mente y experiencia del élder McConkie. No obstante, las notas e introducciones

son más. También lo son el orden y la forma en que se presentan los materiales; y en estas disposiciones he procurado, siempre que ha sido posible, conservar el patrón lógico y paso a paso tan característico del élder McConkie.

En el proceso de recopilar y compilar estos materiales, he contraído varias deudas, principalmente con mi madre y mis hermanos Joseph, Stanford y Stephen, por ayudarme a reunir los materiales y aconsejarme sobre su uso y valor; mis hermanas Mary Donoho y Vivian Adams también proporcionaron materiales útiles; y Rebecca Pincgar y Sara Fenn han sido igualmente colaboradoras. Velma Harvey, quien fue por treinta y dos años la muy capaz secretaria de mi padre, fue de gran ayuda al localizar materiales, en especial aquellos que fueron difíciles de encontrar.

El proceso de compilar estos materiales ha sido gratificante en sí mismo. Al mismo tiempo, ha sido un testimonio conmovedor de que una de las mayores bendiciones de la mortalidad es la de “haber nacido de buenos padres” y por ello haber sido “enseñado en toda la ciencia de mi padre” (1 Nefi 1:1).

MARK L. MCCONKIE

Tabla de Contenido

Al Lector	4
Parte I El Conocimiento de Dios.....	8
Capítulo 1 Dios, El Padre Eterno	12
Capítulo 2 La Divina Filiación de Cristo.....	51
Capítulo 3 Los Efectos que Emanan de la Filiación Divina	63
Capítulo 4 Cristo Revelado a Través de sus Profetas	102
Parte II La Misión del Espíritu Santo	111
Capítulo 5 La Misión del Espíritu Santo	115
Capítulo 6 El Espíritu Santo Revela a Cristo.....	134
Capítulo 7 Por qué el Señor Ordenó la Oración	162
Capítulo 8 Cómo Obtener Revelación Personal	174
Capítulo 9 Revelación sobre el Sacerdocio.....	183
Parte III Los Tres Pilares de la Eternidad: Creación, Caída y Expiación..	196
Capítulo 10 Cristo y la Creación	199
Capítulo 11 La Caída de Adán.....	214
Capítulo 12 El Poder Purificador de Getsemaní	231
Parte IV La Palabra Escrita	238
Capítulo 13 Por qué Estudiamos el Evangelio	243
Capítulo 14 Guías para el Estudio del Evangelio	248
Capítulo 15 Escritura Sagrada Publicada de Nuevo	260
Capítulo 16 Venid: Oíd la Voz del Señor	272
Capítulo 17 ¿Qué Piensan de El Libro de Mormón?.....	284
Capítulo 18 LA Biblia — Un Libro Sellado	304
Capítulo 19 Buscando las Escrituras	330
Capítulo 20 Enseñando el Evangelio.....	351
Parte V Superando el Mundo.....	378
Capítulo 21 Aférraos a lo que es Bueno	380

Capítulo 22 Vencer Al Mundo	389
Capítulo 23 Cómo Adorar	403
Capítulo 24 La Caridad Que Nunca Fallece	423

Parte I

El Conocimiento de Dios

INTRODUCCIÓN A LA PARTE I

“Es el primer principio del Evangelio,” dijo el profeta José Smith, “conocer con certeza el carácter de Dios” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, comp. Joseph Fielding Smith [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1938], p. 345. En adelante citado como *Enseñanzas*). Por lo tanto, el conocimiento de Dios, en palabras del élder McConkie, es “la base fundamental sobre la cual se edifica toda religión verdadera”, pues cuando los hombres aprenden y viven en armonía con la verdad acerca de Dios, crecen espiritualmente, llegando con el tiempo a ser como Dios es. Sin embargo, esta base fundamental fue destruida durante siglos de apostasía. Restaurado por medio del profeta José Smith, este conocimiento ha comenzado una vez más a elevar a los hombres hacia alturas celestiales.

Estas primeras selecciones de los sermones y escritos del élder McConkie son significativas no solo porque confrontan las sofisterías del mundo, sino también porque aclaran con la fuerza de Nefi los malentendidos y prejuicios que han surgido incluso dentro de la Iglesia. Rara vez en nuestra literatura, por ejemplo, encontramos expresiones tan deliberadas, vigorosas y directas sobre la omnisciencia de Dios; y rara vez hallamos explicaciones tan simples y claras sobre la omnipresencia de Dios, la manera en que Dios se manifiesta a través de su Hijo, o lo que realmente significa la frase “Dios es un Espíritu”. Además, la doctrina aquí expuesta constituye un testimonio claro, sin disculpas y basado en conocimiento, de que los hombres y las mujeres pueden llegar a ser, una vez más, como sus Padres Celestiales eternos.

El élder McConkie también demuestra la capacidad de “leer entre líneas”, o, en el lenguaje del Señor a Moisés, de hablar y escribir “según el tenor” de lo que el Señor ha dicho; es decir, conforme al sentido, significado, propósito o intención del panorama general del evangelio. Así, toma una frase del profeta José Smith sobre “Dios el primero, el Creador; Dios el

segundo, el Redentor; y Dios el tercero, el testigo o Dador del testimonio” (*Enseñanzas*, p. 190), y ve en ella las tres verdades más grandes de la eternidad, cada una correspondiente a la misión de un miembro de la Trinidad. Luego toma esas tres verdades compuestas, las contrasta con las tres grandes herejías de la eternidad (las falsedades que socavan las verdades más sublimes), sugiere las implicaciones que surgen de dicho conocimiento, y vuelve a ilustrar cómo esta comprensión testifica de la bondad de Dios y de la restauración del evangelio en nuestros días.

Esta disciplinada capacidad de hablar “según el tenor de” lo que el Señor ha revelado se manifiesta nuevamente en su análisis de la filiación divina de Cristo y la condescendencia de Dios. Estas son doctrinas de la Restauración, pero no suelen ser ampliadas ni exploradas como se hace aquí. Además, el élder McConkie explica cómo, en ausencia de estas dos doctrinas, la doctrina de la expiación queda silenciada y sin sentido. Una vez más, los Santos de los Últimos Días se distinguen del mundo por su capacidad de enseñar y testificar de Cristo, ya que se les ha revelado mucho más. Quizá en ningún otro tema se dramatiza mejor la distancia entre los Santos de los Últimos Días y el mundo que en la condescendencia del Padre, la condescendencia del Hijo, y el hecho de que esta no solo permite a Cristo expiar, sino que hace que esa expiación, en palabras de Amulek, sea “infinita y eterna” (Alma 34:10, 12, 14). Las exposiciones del capítulo 2 son tan directas como cualquiera en nuestra literatura.

Cuando José Smith dijo que un hombre podría acercarse más a Dios leyendo el Libro de Mormón que leyendo cualquier otro libro (*Historia de la Iglesia* 4:461), fue como si hubiera dicho que uno puede conocer a Dios de manera más perfecta, más completa, más íntima, más profunda y más cabal a través de las enseñanzas y aclaraciones del Libro de Mormón que mediante cualquier otro libro. El élder McConkie comprendió esta verdad y la aplicó. Siempre que enseñaba sobre Dios, sus enseñanzas se basaban en las revelaciones de esta dispensación; cada vez que citaba la Biblia, lo hacía únicamente en el contexto interpretativo y aclarador que proveen el Libro de Mormón y otras revelaciones de los Santos de los Últimos Días. Su esfuerzo no consistía en remontarse cada vez más al pasado rabínico para hallar nuevas percepciones, sino que tenía una fe perfecta en las revelaciones de esta época, y como resultado, podía recibir la guía instructiva e interpretativa del Espíritu Santo en su análisis de las doctrinas sobre la Deidad.

Para el élder McConkie, cuando el Señor dijo a José Smith: “Esta generación tendrá mi palabra por medio de ti” (D. y C. 5:10), fue como si hubiera dicho, en efecto: “Esta generación está designada a recibir mi palabra por medio de José Smith y las revelaciones que le he dado. Estas revelaciones incluyen, entre otras cosas, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios, La Perla de Gran Precio y la Traducción de la Biblia por José Smith. Las generaciones anteriores fueron designadas para recibir mi palabra por medio de Adán, Enoc, Abraham, Moisés, Isaías, Pedro, Pablo y otros. Pero esta generación debe recibir mi palabra por medio de José Smith, porque es mi práctica eterna e inmutable que los hombres siempre reciban y comprendan el evangelio por medio del ministerio de profetas vivientes”.

Al hablar de esta manera, no denigramos ni desestimamos a los profetas ya fallecidos; simplemente los vemos desde una perspectiva divina: los profetas vivos enseñan las doctrinas y administran las ordenanzas de salvación; los profetas muertos proporcionan un testimonio de apoyo y corroboración. Uno es una voz viva, el otro un eco antiguo. Ambos son una parte necesaria del plan de salvación, pero existe un orden de prioridad en el que los profetas vivos tienen la mayordomía sobre los de su propia época, mientras que los profetas muertos contribuyen y apoyan a los vivos mediante las enseñanzas, tradiciones, ejemplo y obras que han dejado.

El élder McConkie sabía esto, y tenía una fe y confianza inquebrantables en las revelaciones de esta generación. Sabía que conocemos la verdad acerca de Dios debido a lo que Él ha dicho y hecho en nuestros días, y no por los fragmentos de lo que dijo hace miles de años que nos han sido transmitidos a lo largo de las generaciones. Su confianza en la Restauración se refleja en todas sus enseñanzas, aunque en ninguna parte se ilustra mejor que en sus enseñanzas acerca de Dios.

El material en los primeros cuatro capítulos ha sido extraído de diversas fuentes, y cada fragmento ha sido agrupado según su tema. Sin embargo, dos discursos (“Nuestra relación con el Señor” y “¿Qué pensáis de la salvación por gracia?”) aparecen casi en su totalidad, con el fin de preservar la secuencia lógica de conceptos contruidos uno sobre otro. Son importantes porque se combinan para definir el papel y la misión del Cristo y nuestra relación con Él. En una época en la que amplios sectores del

llamado mundo cristiano han construido, sobre las confusiones de sus antepasados, un entendimiento erróneo del Cristo, y en la que han ignorado al Padre o han centrado de manera desbalanceada su atención en el Hijo, es útil tener la mano firme y segura del testimonio apostólico que dibuja con claridad el panorama para nuestro entendimiento.

Estos dos discursos finales responden a algunas de las confusiones de la actualidad, dando un testimonio certero de Jesucristo y advirtiendo contra los males de distorsionar la visión escritural de quién es Él y cuál debe ser nuestra relación con Él. Debido a que el lugar del Mesías es tan central en el plan de salvación, y a que la salvación solo viene mediante la adoración verdadera, es vital que los Santos de los Últimos Días —y también otros— comprendan lo que significan las escrituras al hablar de la “salvación por gracia”. Es igualmente importante poder rastrear las implicaciones conductuales de esta doctrina tan abusada. Estas dos secciones finales proveen la base para tal entendimiento—y para el fortalecimiento de la fe que de ello se deriva.

En resumen, la verdad engendra verdad, y el error engendra error. Uno debe entender correctamente la naturaleza y el carácter de Dios si desea comprender correctamente la misión y el carácter de los apóstoles y profetas, pues el testimonio de Él es el testimonio de ellos, y sus enseñanzas son las suyas. Por lo tanto, Cristo y sus profetas son uno. La comprensión de uno solo llega con la comprensión del otro. Y ese es el propósito del capítulo 4: explicar la relación entre Dios y sus siervos, y mostrar cómo ambos dan un testimonio idéntico.

Capítulo 1

Dios, El Padre Eterno

La importancia del conocimiento de Dios

El conocimiento de Dios —el conocimiento sobre la naturaleza y el tipo de ser que Él es— es la base firme sobre la cual se edifica toda religión verdadera; y sin ese conocimiento, y sin revelación proveniente de Él, no es posible que los hombres esperen obtener, o logren alcanzar, las bendiciones, honores y glorias de la eternidad.

El conocimiento de Dios es el principio de la religión verdadera. Sin él, no puede haber fe en Dios. El conocimiento de Dios es también el fin de toda religión verdadera. Si poseemos ese conocimiento y procuramos, como dice Juan (Juan 3:3), purificarnos así como Él es puro, podemos avanzar en la progresión eterna, habiendo alcanzado aquí las bendiciones de la paz y la felicidad, y estando asegurados de una recompensa eterna en las mansiones que están preparadas en los mundos venideros.

El Maestro dio la clave de este principio en Su gran oración intercesora, cuando dijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). El profeta José Smith dijo: “Es el primer principio del Evangelio saber con certeza el carácter de Dios, y saber que podemos conversar con Él así como un hombre conversa con otro” (*Enseñanzas*, p. 345). (*Informe de la Conferencia*, abril de 1952).

La personalidad de Dios

La Deidad está compuesta por tres miembros: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo.

Sin embargo, al presentar inicialmente el conocimiento revelado sobre la personalidad de Dios, no se intentará, en ciertos pasajes de las Escrituras, hacer una distinción entre el Padre y el Hijo.

Puesto que poseen las mismas características personales, los mismos atributos perfeccionados, la misma personalidad (aunque son personajes distintos), toda escritura de este tipo citada aplica o podría aplicar por igual a cada uno de ellos. Los que buscan la verdad podrán hacer las distinciones necesarias más adelante, mostrando las misiones realizadas por cada uno y su relación mutua como miembros de la Deidad o Trinidad.

Ahora bien, puesto que la vida eterna consiste en conocer a Dios, y dado que Él desea que el hombre obtenga precisamente esa salvación, se ha revelado al hombre en diferentes ocasiones. Esa revelación comenzó desde el principio con el padre Adán. Mientras aún estaba en el Jardín, caminó y habló con Dios, vio Su rostro, recibió instrucción de Él, y supo qué clase de ser era (Génesis 2:15–25; 3:1–24).

Luego, cuando el Señor reveló el relato de la Creación, fue muy claro al enseñar que Él mismo era un ser a cuya imagen y semejanza fue creado el hombre. Que fue el modelo conforme al cual el hombre fue hecho física y naturalmente sobre la tierra es muy evidente al leer el registro de forma directa. No se puede tergiversar el lenguaje para que signifique que el hombre fue creado solamente a Su semejanza espiritual.

El relato de la creación del hombre, tal como se presenta en Génesis, dice: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.” (Génesis 1:26–27; cursiva agregada). “Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados. Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set.” (Génesis 5:1–3; cursiva agregada).

Así, Adán fue creado a imagen y semejanza de Dios de la misma manera que Set fue creado a imagen y semejanza de Adán. Pablo dio el mismo significado literal a estas palabras al explicar que así como el hombre “es imagen y gloria de Dios”, así también “la mujer es gloria del varón” (1 Corintios 11:7).

Por lo tanto, el hombre tiene una forma semejante a la de Dios, y Dios tiene una forma semejante a la del hombre. Ambos tienen tamaño y

dimensiones. Ambos tienen cuerpo. Dios no es una nada etérea que está en todas las cosas, ni es meramente las fuerzas y leyes por medio de las cuales se gobiernan todas las cosas.

Muchos profetas vieron a Dios

Por la fe, muchos hombres han visto a Dios y han dejado sus testimonios acerca de la naturaleza y clase de ser que Él es. En una ocasión, “Cuando Moisés” —uno de los más grandes entre ellos— “entraba en el tabernáculo, la columna de nube descendía y se detenía a la puerta del tabernáculo, y el Señor hablaba con Moisés... Y hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su compañero.” En otra ocasión, a Moisés se le permitió ver las “espaldas” del Señor. (Éxodo 33:9, 11, 23; cursiva agregada; 34:28–35).

Moisés no fue el único testigo del Señor en su época. Fue un período en el que, por la fe, se dieron muchas grandes manifestaciones espirituales. “Y subieron Moisés, y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel, y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron.” (Éxodo 24:9–11; cursiva agregada).

Isaías nos ha dado un testimonio similar. “Vi yo al Señor,” dijo, “sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo... Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.” (Isaías 6:1, 5; cursiva agregada; 2 Nefi 16:1, 5).

Que Enoc (Génesis 5:24), Noé (Génesis 6:5–9), Abraham (Génesis 17:1; 18:1; Hechos 7:2), Isaac (Génesis 26:2, 24), Jacob (Génesis 28:13; 32:30; 35:9; 46:2–3; 48:3), y muchos de los profetas tuvieran manifestaciones similares, es algo casi tan conocido que apenas requiere documentación. Y que un conocimiento semejante continuó entre los escogidos de Dios en tiempos del Nuevo Testamento, también es bien conocido por los estudiantes del evangelio.

En la ocasión del martirio de Esteban, por ejemplo, encontramos una ilustración clara de la personalidad de los miembros de la Deidad. Por

testificar de Cristo ante aquellos a quienes llamó “traidores y asesinos” del “Justo”, Esteban fue apedreado hasta la muerte.

“Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.” (Hechos 7:55–56; cursiva agregada).

En ese momento, Esteban, en la tierra, estaba recibiendo testimonio del Espíritu Santo, un miembro de la Deidad, mientras que el Padre y el Hijo, los otros dos miembros, estaban en el cielo.

Al regocijarnos por el testimonio de los profetas, quienes mediante la rectitud y la fe se perfeccionaron lo suficiente como para ver el rostro de Dios, también es digno de notarse que las escrituras prometen específicamente que quienes alcancen el cielo celestial aún verán a Dios, pues “el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán; y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.” (Apocalipsis 22:3–4; cursiva agregada).

Así, tenemos los testimonios registrados de los profetas de la antigüedad de que conocieron a Dios, vieron su rostro, estuvieron en su presencia y escucharon su voz. También sabemos y testificamos que este mismo Ser inmutable —este Ser que es el mismo ayer, hoy y para siempre; este Ser “en quien no hay mudanza ni sombra de variación” (Santiago 1:17)— continúa hablando y revelándose a los hombres.

La paternidad de Dios

El método de Pablo para demostrar a los atenienses que la Deidad no era “semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres”, fue citar con aprobación a sus propios poetas, quienes habían enseñado que los hombres son descendencia de Dios. Que los poetas habían dicho la verdad, lo afirmó Pablo al declarar de manera positiva, por su propia autoridad, que “linaje suyo somos también” (Hechos 17:29, 28).

Este mismo apóstol, al exhortar a los santos hebreos a soportar las pruebas y correcciones de esta probación mortal, dijo: “Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?” (Hebreos 12:9).

Y esta misma verdad eterna —que somos linaje de Dios— fue la base de la instrucción que Cristo dio a sus discípulos de que debían orar dirigiéndose al Padre con las palabras: “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9). Es decir, Dios no solo era el Padre de Cristo según la carne (1 Nefi 11:18), sino que también es el Padre de los espíritus de todos los hombres; todos somos Su descendencia espiritual, nacidos como Sus hijos antes de nuestro nacimiento mortal en este mundo.

Esto fue reafirmado por el Señor cuando, después de Su resurrección, María se apresuró a abrazarlo. Él la contuvo diciendo: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” (Juan 20:17; cursiva agregada).

Muchos pasajes de las Escrituras arrojan luz sobre esta verdad: que los hombres son la descendencia de Dios, Sus hijos espirituales, y que vivieron con Él en la preexistencia antes de su nacimiento mortal.

Fue durante esta era preterrenal que “hubo una gran batalla en el cielo”, en la que Lucifer y la tercera parte de las huestes celestiales fueron expulsados por rebelión (Apocalipsis 12:7–9), y desde entonces se les conoce como “los ángeles que no guardaron su dignidad” (Judas 1:6).

Fue de este período —“cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios”— que el Señor preguntó a Job: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia.” (Job 38:1–7).

Y fue el conocimiento anticipado de Dios, obtenido en ese primer estado, lo que le permitió decirle a Jeremías: “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (Jeremías 1:5).

Ahora bien, si somos hijos de Dios el Padre, descendencia de ese mismo Ser al cual Cristo ascendió después de Su resurrección, si somos en verdad Sus hijos espirituales, entonces, como Sus hijos, hemos sido creados a Su imagen y semejanza, y Él es un ser personal. (*La verdad acerca de Dios*, folleto misional, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, s.f.)

El Padre se manifiesta por medio de Cristo

El conocimiento de Dios solo viene por revelación

El conocimiento de Dios, que siempre viene por revelación (Job 11:7; Jacob 4:8; Alma 26:22), ha existido en cada época de la historia de la tierra en la que el evangelio ha estado presente. Los profetas lo han conocido y han dado testimonio al pueblo acerca de Sus atributos y Sus leyes. Él creó a Adán “a imagen de su propio cuerpo” (Moisés 6:9), y luego caminó y habló con él, con ese mismo hombre que había creado a Su propia semejanza (Génesis 3:8–22). Envío a Su Hijo primogénito en espíritu (Romanos 8:29; Colosenses 1:15; DyC 93:21), Jehová, para comunicarse con Moisés “cara a cara, como habla cualquiera con su compañero” (Éxodo 33:11). Y luego, en la meridiana dispensación, envió a ese mismo Hijo, entre otras razones, para manifestar al mundo la naturaleza y clase de ser que Él es, a fin de que los hombres pudieran conocerlo y adorarlo. (*Informe de la Conferencia*, abril de 1952).

Los cuatro evangelios como clave para comprender a la Deidad

Ahora hablamos particularmente de esos libros maravillosos que llamamos los cuatro Evangelios. Contienen tesoros ocultos y desconocidos. No hemos captado la visión ni llegado a darnos cuenta de lo que podemos obtener de los cuatro Evangelios. ¿Te sorprendería si sugiriera que hay más conocimiento en los cuatro Evangelios —más verdad revelada respecto a la naturaleza y tipo de ser que es Dios nuestro Padre— que en todo el resto de las Escrituras sagradas combinadas? Todo lo que necesitamos es aprender cómo extraer ese conocimiento. Necesitamos guía. Necesitamos que el Espíritu del Señor nos dirija mientras estudiamos.

Recuerda que Felipe se encontró con el eunuco de la corte de Candace. El eunuco estaba leyendo profecías mesiánicas en el libro de Isaías. Felipe le dijo: “¿Entiendes lo que lees?” Y él respondió: “¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?” (Hechos 8:26–31). Al igual que el eunuco, necesitamos que se nos enseñe cómo acercarnos a las obras normativas de la Iglesia, y entonces, si seguimos las fórmulas simples y accesibles que se nos han provisto, obtendremos una nueva visión del entendimiento doctrinal, y nuevos deseos de vivir rectamente crecerán en nuestros corazones.

En Cristo, Dios se manifestó al mundo

Los Evangelios muestran que Dios estaba, en Cristo, manifestándose al mundo, enseñando la naturaleza y clase de ser que Él es. La vida eterna consiste en conocer al Padre y al Hijo (Juan 17:3) y llegar a ser como ellos. Conocemos al Padre al llegar a comprender al Hijo. El Hijo es el revelador de Dios. Nadie viene al Padre sino por medio de Él o por medio de Su palabra (Juan 6:44; 14:6). Queremos conocer al Padre y al Hijo, y el relato principal se encuentra en los Evangelios.

El formato de los Evangelios es intencional y directo. Por ejemplo, hay un relato en el que Jesús sana a un hombre que había nacido ciego. Lo hace por iniciativa propia. Lo hace con el propósito de reunir a una congregación. La noticia del milagro se difunde por todo Jerusalén. Multitudes se congregan para ver lo que ha sucedido. Entonces, ante esa gran multitud —que sabe muy bien que el Salmo 23 identifica al gran Jehová como el Pastor de Israel— Él procede a enseñar: “Yo soy el buen pastor”, es decir, “Yo soy el Señor, Jehová”. En su sermón dice: “Yo y el Padre uno somos”. Predica un glorioso discurso sobre Su filiación divina. Y sus palabras son atestiguadas como verdaderas porque Él abrió los ojos del hombre que había nacido ciego (Juan 9–10).

Lo mismo se ilustra en la resurrección de Lázaro. Jesús llega y predica un sermón; dice: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). En otras palabras, dice: “La inmortalidad viene por medio de mí; la vida eterna es en y por medio de mí. Yo soy el Hijo de Dios. Yo hago que estas cosas sean posibles.” Y para que no haya duda alguna sobre su doctrina, manda que rueden la piedra de la entrada del sepulcro, y luego dice: “¡Lázaro, ven fuera!”, tras lo cual el hombre cuyo cuerpo ya había comenzado a descomponerse se levanta y sale.

Esta resurrección de Lázaro, entonces, es un testimonio —para todo el mundo y a través de todas las eternidades— de que el Hombre que realizó ese milagro es la resurrección y la vida; que la inmortalidad y la vida eterna vienen por medio de Él; que Él es el Hijo del Dios viviente; que su testimonio es verdadero.

Tomemos otra ilustración. Después de Su resurrección, Jesús camina por el camino a Emaús y conversa con dos de Sus discípulos. Se les da a conocer al partir el pan. Poco después, aparece en el aposento alto ante diez de los doce (Tomás estaba ausente)—y por favor, nótese que fue ante una

congregación de Santos, que sin duda incluía a las hermanas fieles de ese tiempo—y a todo este grupo, no solo a diez hombres, sino a todo el grupo, Él les dice: “¿Tenéis aquí algo de comer?” Le dan un pedazo de pescado asado y un panal de miel, y Él lo toma y come delante de ellos. Luego sienten las marcas de los clavos en Sus manos y pies, y meten sus manos en Su costado.

¡Hablamos de una situación didáctica! Ese pequeño episodio que ocurrió en el camino a Emaús y culminó en el aposento alto es la ilustración suprema, entre todas las revelaciones que se han dado, de qué clase de ser es una persona resucitada y cómo llegaremos a ser nosotros, formados a Su imagen, si permanecemos verdaderos y fieles en todas las cosas. (Véase Lucas 24).

Al leer el Nuevo Testamento, y particularmente los cuatro Evangelios, tenemos una oportunidad maravillosa de llegar a amar al Señor y de adquirir el deseo de guardar Sus mandamientos, y como consecuencia, ser herederos de la vida eterna en el mundo venidero. Pero no se trata solo de leer; se trata de leer, meditar y orar, para que el Espíritu del Todopoderoso intervenga en el estudio y nos dé entendimiento. (*“Bebed de la fuente”, Ensign*, abril de 1975, págs. 70–72).

Dios se da a conocer al conocer al hombre

Pablo (Romanos 1:18–25) explica que Dios se revela en el hombre; es decir, el hombre, como la más noble creación de Dios, formado literalmente a Su imagen, es la manifestación terrenal más perfecta de Dios.

Así, para conocer a Dios, el hombre no tiene más que conocerse a sí mismo. Mediante una búsqueda introspectiva en su propia alma, el hombre llega a cierto grado de comprensión de Dios, incluyendo Su carácter, perfecciones y atributos. Como dijo José Smith: “Si los hombres no comprenden el carácter de Dios, no se comprenden a sí mismos” (*Enseñanzas*, p. 343).

Por lo tanto —continúa Pablo—, no hay justificación ni excusa para que el hombre, en su sabiduría, adore a dioses falsos o se vuelva a los ídolos, porque cuando el hombre rebaja su estándar de adoración hacia lo que es falso y corrupto, pierde la verdad contenida en todas las demás Escrituras

sagradas juntas. Todo lo que necesitamos hacer es aprender a cómo extraer ese conocimiento. Necesitamos guía. Necesitamos que el Espíritu del Señor nos dirija mientras estudiamos.

Recuerdas que Felipe se encontró con el eunuco de la corte de Candace. El eunuco estaba leyendo profecías mesiánicas en el libro de Isaías. Felipe le dijo: “¿Entiendes lo que lees?” Y él respondió: “¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?” (Hechos 8:26–31). Al igual que el eunuco, necesitamos que se nos enseñe cómo acercarnos a las obras estándar de la Iglesia, y luego, si seguimos las fórmulas simples y accesibles que se nos han proporcionado, tendremos una nueva visión del entendimiento doctrinal, y nuevos deseos de vivir rectamente crecerán en nuestros corazones.

En Cristo, Dios se manifestó al mundo

Los Evangelios muestran que Dios estaba, en Cristo, manifestándose al mundo, enseñando la naturaleza y clase de ser que Él es. La vida eterna consiste en conocer al Padre y al Hijo (Juan 17:3) y llegar a ser como ellos. Conocemos al Padre al llegar a comprender al Hijo. El Hijo es el revelador de Dios. Nadie viene al Padre sino por medio de Él o de Su palabra (Juan 6:44; 14:6). Deseamos conocer al Padre y al Hijo, y el relato principal se encuentra en los Evangelios.

La estructura de los Evangelios es deliberada y directa. Por ejemplo, hay un relato en el que Jesús sana a un hombre que había nacido ciego. Lo hace por iniciativa propia. Lo hace con el propósito de reunir una congregación. La noticia del milagro se difunde por todo Jerusalén. Multitudes se congregan para ver lo que ha sucedido. Entonces, ante esa gran congregación —que sabe muy bien que el Salmo 23 identifica al gran Jehová como el Pastor de Israel— Él procede a enseñar: “Yo soy el buen pastor”, es decir, “Yo soy el Señor, Jehová”. En Su sermón dice: “Yo y el Padre uno somos”. Predica un glorioso discurso sobre Su filiación divina. Y Sus palabras son confirmadas como verdaderas porque abrió los ojos del hombre que había nacido ciego. (Juan 9, 10).

Lo mismo se ilustra en la resurrección de Lázaro. Jesús llega y predica un sermón; dice: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.” (Juan 11:25). En otras palabras, dice: “La inmortalidad viene por medio de mí; la vida eterna está en mí y a través de mí. Yo soy el Hijo de Dios. Yo hago que estas cosas sean posibles.” Y para que no haya

duda alguna sobre su doctrina, manda que rueden la piedra de la entrada del sepulcro, y luego dice: “¡Lázaro, ven fuera!”, tras lo cual el hombre cuyo cuerpo ya había comenzado a descomponerse se levanta y sale.

Esta resurrección de Lázaro, entonces, es un testimonio —para todo el mundo y a través de todas las eternidades— de que el Hombre que realizó ese milagro es la resurrección y la vida; que la inmortalidad y la vida eterna vienen por medio de Él; que Él es el Hijo del Dios viviente; que Su testimonio es verdadero.

Tomemos otra ilustración. Después de Su resurrección, Jesús camina por el camino a Emaús y conversa con dos de Sus discípulos. Se da a conocer a ellos al partir el pan. Poco después, se aparece en el aposento alto a diez de los doce (Tomás estaba ausente)—y por favor, nótese que fue ante una congregación de Santos, que sin duda incluía a las hermanas fieles de ese tiempo—y a todo ese grupo, no solo a diez hombres, sino a toda la congregación, Él dice: “¿Tenéis aquí algo de comer?” Le presentan un pedazo de pescado asado y un panal de miel, y Él lo toma y come delante de ellos. Luego sienten las marcas de los clavos en Sus manos y pies, y meten sus manos en Su costado.

¡Hablamos de una situación de enseñanza! Ese pequeño episodio que ocurrió en el camino a Emaús y que culminó en el aposento alto es la ilustración suprema, entre todas las revelaciones que se han dado, de qué clase de ser es una persona resucitada y de cómo llegaremos a ser nosotros, formados a Su imagen, si permanecemos verdaderos y fieles en todas las cosas. (Véase Lucas 24).

Al leer el Nuevo Testamento, y en particular los cuatro Evangelios, tenemos una oportunidad maravillosa de llegar a amar al Señor y de adquirir el deseo de guardar Sus mandamientos y, en consecuencia, ser herederos de la vida eterna en el mundo venidero. Pero no se trata solo de leer; se trata de leer, meditar y orar, para que el Espíritu del Todopoderoso intervenga en el estudio y otorgue entendimiento. (*“Bebed de la fuente”, Ensign*, abril de 1975, págs. 70–72).

Dios se da a conocer al conocer al hombre

Pablo (Romanos 1:18–25) explica que Dios se revela en el hombre; es decir, el hombre, como la creación más noble de Dios, formado

literalmente a Su imagen, es la manifestación terrenal más perfecta de Dios.

Así, para conocer a Dios, el hombre no tiene más que conocerse a sí mismo. Por medio de una búsqueda introspectiva en su propia alma, el hombre llega a cierto grado de comprensión de Dios, incluyendo el carácter, perfecciones y atributos de la Deidad. Como dijo José Smith: “Si los hombres no comprenden el carácter de Dios, no se comprenden a sí mismos” (*Enseñanzas*, p. 343).

Por lo tanto —continúa Pablo— no hay justificación ni excusa para que el hombre, en su supuesta sabiduría, adore dioses falsos o se vuelva hacia los ídolos, porque cuando el hombre rebaja su norma de adoración hacia lo que es falso y corruptible, sus normas éticas también caen, y queda entregado a toda clase de deseos impíos.

“Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto”, dice, “pues Dios se lo manifestó” (Romanos 1:19). En otras palabras, aquello que puede conocerse de Dios, al menos en cierta medida, se manifiesta en el hombre. Es decir, el hombre tiene un cuerpo, está dotado de razón e intelecto, posee ciertas características, disfruta de ciertos atributos, ejerce ciertos poderes—y así sucede en mayor grado con la Deidad. Dios es como el hombre porque el hombre es como Dios. (*Doctrinal New Testament Commentary*, 3 vols. [Salt Lake City: Bookcraft, 1973], 2:216–18; véase también Hechos 17:15–34).

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”

El Señor Jesucristo resucitado —con un cuerpo tangible de carne y huesos, un cuerpo que fue palpado y tocado por los apóstoles en el aposento alto, un cuerpo que comió y digirió alimento (Lucas 24:36–43)— es la “imagen misma” de la persona de Su Padre (Hebreos 1:3).

Así, Dios estaba en Cristo manifestándose al mundo—un acto misericordioso y condescendiente por parte del Padre Eterno, pues a través de ello los hombres podían llegar a conocerlo y obtener esa vida eterna que dicho conocimiento brinda. El contexto en el que estas verdades se revelan es relatado por Juan. Conversando con algunos de Sus discípulos, Jesús dijo: “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais;

y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta.” (Juan 14:7–8).

Jesús está diciendo, en efecto: “Si hubierais entendido que, como Hijo de Dios, soy la imagen misma de Su persona, entonces también habríais conocido al Padre, porque Él se está manifestando a vosotros por medio de mí; y ahora podéis decir que lo conocéis, pues Él es en todos los aspectos como yo soy; y puesto que me habéis visto a mí, es como si lo hubierais visto a Él”.

Felipe habla por los demás y, en efecto, dice: “Señor, muéstranos al Padre mismo para que podamos decir que lo hemos visto, así como hemos visto a Su Representante, y entonces estaremos satisfechos”.

El relato de Juan continúa así: “Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?” (Juan 14:9).

En otras palabras, “Jesús le dice: Felipe, después de toda tu asociación conmigo, ¿aún no comprendes que soy el Hijo de Dios, y que el Padre se está manifestando al mundo a través de mí? Seguramente, a estas alturas, deberías saber que el que me ha visto a mí, ha visto al Padre, por así decirlo, porque soy tan plenamente y completamente como Él. ¿Por qué, entonces, pides lo que aún no estás preparado para recibir, al decir: Muéstranos también al Padre?” (Véase *Doctrinal New Testament Commentary*, 1:730–731).

El Padre, un Hombre de Santidad

Tenemos una escritura que dice: “El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre; el Hijo también; pero el Espíritu Santo no tiene un cuerpo de carne y huesos, sino que es un personaje de Espíritu” (DyC 130:22). Si hubiésemos vivido en el principio, en los días de Adán, y hubiésemos recibido el conocimiento de Dios según lo enseñado por revelación de la boca de Adán, el sumo sacerdote presidente de la Iglesia, habríamos visto que el mismo nombre del Padre, interpretado literalmente, significaba: “Hombre de Santidad es su nombre; y el nombre de su Unigénito es el Hijo del Hombre” (Moisés 6:57).

Cuando Cristo se refirió repetidamente a sí mismo como el Hijo del Hombre, estaba certificando que el Hombre de Santidad, Dios el Padre

Eterno, era Su Padre, y no hacía referencia a Su condición mortal ni a Su nacimiento como Hijo de María. (*Informe de la Conferencia*, abril de 1952).

Los fieles llegan a ser hijos de Dios

Todos los que hemos recibido el evangelio hemos recibido poder para llegar a ser hijos de Dios (Juan 1:12). Podemos lograrlo por medio de la fe. Y Pablo dice que quienes llegan a ser, por adopción, hijos de Dios, son coherederos con Jesucristo (Romanos 8:13–17), y por lo tanto tienen derecho a recibir, heredar y poseer, tal como Cristo ha heredado antes. El apóstol Juan, el discípulo amado del Señor, escribió estas palabras: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.” Y ahora, nótese especialmente lo que dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.” (1 Juan 3:1–3).

A ese mismo Juan, que escribió estas palabras inspirado por el Espíritu Santo, el Señor le dijo: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7). Y nuevamente: “Al que venciere, le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21).

Estas escrituras del Nuevo Testamento, y muchas otras que podrían citarse, enseñan la doctrina de la exaltación: una doctrina de vida eterna y vidas eternas, una doctrina de coherencia con Cristo, el Hijo. Y este conocimiento ha sido dado nuevamente, con más detalles, por revelación en esta dispensación (DyC 76:50–60; 84:33–38; 3 Nefi 28:10). Se nos enseña que Cristo no recibió la plenitud al principio, sino que progresó de gracia en gracia hasta recibir todo poder, tanto en el cielo como en la tierra. Después de registrar esta verdad en la revelación, el Señor declara que lo hace para que sepamos qué adoramos y cómo debemos adorar, y que si guardamos Sus mandamientos, podremos avanzar de gracia en gracia hasta llegar a ser uno con Él como Él lo es con el Padre, para que podamos heredar una plenitud de todas las cosas. (DyC 93:12–20). (*Informe de la Conferencia*, abril de 1952, págs. 56–57).

Dios revelado por medio de José Smith

Los impíos niegan al Dios verdadero

Vivimos en una época de maldad e iniquidad. La mayoría de los hombres son carnales, sensuales y diabólicos. Han olvidado a Dios y se deleitan en las concupiscencias de la carne. El crimen, la inmoralidad, los abortos y las abominaciones homosexuales están convirtiéndose rápidamente en la norma de vida entre los malvados y los impíos. Este mundo pronto será tan corrupto como lo fue en los días de Noé.

La única forma para que los hombres escapen a la abominación desoladora (José Smith—Historia 1:12–20; DyC 84:114, 117; 88:84–85), que se derramará sobre los inicuos en los últimos días, es que se arrepientan y vivan el evangelio. El evangelio es el mensaje de paz y salvación para todos los hombres. Y se nos ha mandado proclamar sus verdades salvadoras a todos los hombres en todo lugar (Marcos 16:15–16; DyC 88:81).

La religión verdadera solo se encuentra donde los hombres adoran al Dios vivo y verdadero. La religión falsa siempre es el resultado de la adoración de dioses falsos. La vida eterna misma, que es el mayor de todos los dones de Dios (DyC 14:7), está disponible únicamente para aquellos que conocen a Dios y a Jesucristo, a quien Él ha enviado.

En el mundo moderno está de moda adorar dioses falsos de toda clase y tipo. Hay quienes se inclinan ante ídolos de madera y piedra, y otros que susurran sus peticiones a iconos e imágenes. Algunos adoran vacas y cocodrilos, y otros aclaman a Adán o a Alá o a Buda como su Ser Supremo.

Hay quienes aplican los nombres de la Deidad a alguna esencia espiritual que es inmaterial, increada e incognoscible, que llena la inmensidad del espacio y está en todas partes y en ninguna parte en particular.

Y hay incluso quienes defienden la teoría casi increíble de que Dios es un Estudiante Eterno inscrito en la Universidad del Universo, donde se encuentra afanosamente ocupado en aprender nuevas verdades y acumular conocimientos nuevos y extraños que antes no conocía.

¡Qué denigrante es —rozando la blasfemia— menospreciar al Señor Dios Omnipotente diciendo que es un ídolo, una imagen, un animal, una

esencia espiritual, o que siempre está aprendiendo pero nunca llega al conocimiento de toda la verdad!

El primer principio de la religión revelada es conocer la naturaleza y clase de ser que es Dios. En cuanto a nosotros: “Sabemos [y testificamos] que hay un Dios en el cielo, que es infinito y eterno, de eternidad en eternidad el mismo Dios inmutable, el creador de los cielos y de la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay” (DyC 20:17).

No hay salvación en la religión falsa

No hay salvación al adorar dioses falsos; no hay salvación en la religión falsa; no hay salvación en el error en ninguna de sus formas.

El hombre por sí solo no puede salvarse. Ningún hombre puede llamar a su propio polvo desmoronado desde la tumba y hacerlo vivir de nuevo en gloria inmortal. Ningún hombre puede crear esplendor eterno.

Todos los ídolos, iconos e imágenes combinados, desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos, jamás tendrán poder para limpiar ni perfeccionar un solo alma humana. Ni Adán, ni Alá, ni Buda, ni ninguna persona real o imaginaria traerá jamás la salvación al hombre caído. Un espíritu desconocido, increado, inmaterial y vacío nunca ha conferido, ni conferirá jamás, los dones del Espíritu ni asegurará a nadie un hogar eterno y celestial. Y ciertamente un Dios Estudiante, con poderes finitos, que solo está experimentando en los Laboratorios Eternos, no es un ser en quien yo, al menos, me sentiría inclinado a depositar una confianza infinita. (*Informe de la Conferencia*, octubre de 1980).

Podemos desarrollar una fe como la de José Smith

Yo digo: “¿Dónde está el Señor Dios de José Smith?” Aquí tenemos al gran profeta de la dispensación final, quien vio ángeles, recibió visiones, realizó numerosos milagros y, a su debido tiempo, fue llamado a su recompensa eterna. Él puso los cimientos; enseñó la doctrina; nos dio lo que necesitamos saber para trazar nuestro curso hacia la vida eterna en esta dispensación final. Una de las cosas que dijo fue esta: “Dios no ha revelado nada a José, que no haya de dar a conocer también a los Doce, y aun al más pequeño de los Santos, si está en condición de recibirlo” (*Enseñanzas*, p. 149).

Yo pregunto: “¿Estamos caminando por la senda que recorrió José Smith? ¿Estamos recibiendo las revelaciones y visiones, realizando los milagros — haciendo las cosas que él hizo?” Si no lo estamos haciendo en la plena medida que deberíamos, bien podríamos preguntarnos: “¿Dónde está el Señor Dios de José Smith?”

No quiero que se me malinterprete dando a entender que los milagros y señales han cesado. Están entre nosotros. Este es el reino de Dios. No hay la menor duda o incertidumbre al respecto. Los enfermos son sanados, y los muertos son resucitados. Los ojos de los ciegos son abiertos hoy tanto como lo fueron durante el ministerio de José Smith. Pero sí creo que esto es más limitado, en el sentido de que no se ha extendido entre la mayoría del pueblo de la Iglesia tan plenamente como debería.

Así que me gustaría—si así se me guía—plantear algunas preguntas al respecto y hacer algunas declaraciones que tracen un curso y señalen lo que debemos creer y lo que debemos hacer si vamos a tener en nuestras vidas, en toda su plenitud, el espíritu y poder de la religión que Dios nos ha dado en esta dispensación.

La naturaleza de Dios

Cuando hablamos de la naturaleza y clase de ser que es Dios, comenzamos con el principio de que la vida eterna consiste en conocerlo, y que Él se da a conocer solo por revelación. No hay otra manera. No se le encuentra en un tubo de ensayo ni por investigación de laboratorio. Dios se revela, o permanece para siempre desconocido. Ese es un principio fundamental.

Si se me permite, quisiera enseñar y testificar que hay un Dios en los cielos que es eterno y sempiterno (DyC 20:17; 39:1; 61:1; 76:4; Moisés 6:66–67; Salmos 90:2; 102:26–27; 146:10; Hebreos 13:8); que es infinito en todos sus poderes y atributos; que posee toda sabiduría, todo conocimiento (1 Nefi 9:6; 2 Nefi 9:20; Palabra de Mormón 1:7; Alma 26:35; Mormón 8:17; Moroni 7:22; DyC 38:1–2; Salmos 147:4–5), todo poder, toda fuerza (DyC 19:3, 14, 20; 20:24; 61:1; 93:17; Mateo 28:18; 1 Nefi 9:6; Mosiah 4:9; Alma 12:15; 26:35; Mormón 5:23; Éter 3:4), y todo dominio; y que nos ha dado el camino y los medios para avanzar, progresar y llegar a ser como Él.

Dios revelado por medio de José Smith

El Señor dijo a José Smith: “Esta generación tendrá mi palabra por medio de ti” (DyC 5:10). Lo que esto significa es que, si vamos a recibir el conocimiento de Dios, el conocimiento de la verdad, el conocimiento de la salvación y a saber las cosas que debemos hacer para llevar a cabo nuestra salvación con temor y temblor ante el Señor, esto debe venir a través de José Smith, y no de otra manera. Él es el agente, el representante, el instrumento que el Señor ha designado para dar a conocer la verdad acerca de sí mismo y de sus leyes a todos los hombres en todo el mundo en esta época.

Por supuesto, todos conocemos la Primera Visión, en la cual el Profeta vio al Padre y al Hijo de pie sobre él en una columna de luz —seres santos, personajes cuya descripción era imposible debido a la gloria y grandeza que los rodeaba (José Smith—Historia 1:16–17). Sabemos que son seres personales (DyC 130:22–23). Esta Primera Visión es el inicio del conocimiento de Dios en esta dispensación. En solo unos momentos, con la apertura de los cielos, el Señor barrió con todos los conceptos falsos, la apostasía y las telarañas del pasado, y una vez más hubo un hombre sobre la tierra que sabía que Dios era un ser personal, a cuya imagen fue creado el hombre. Todos nosotros estamos bien familiarizados con esta verdad. Empezamos desde ahí, y no tenemos problema. Ese es el comienzo de la revelación del conocimiento de Dios en nuestros días.

Luego, todos estamos en cierta medida familiarizados con las revelaciones y declaraciones culminantes que José Smith hizo sobre la Deidad. Estas se dieron en dos discursos: uno el 6 de abril de 1844, el *Discurso del Rey Follett* (*Enseñanzas*, págs. 342–362), y el segundo el 16 de junio de 1844 (*Enseñanzas*, págs. 369–376), solo once días antes de que José Smith sufriera el martirio. Estas declaraciones contenidas en el discurso del Rey Follett y en su discurso complementario son las que a veces nos causan cierta dificultad.

Las declaraciones, la visión, la gloria y la verdad reveladas en la Primera Visión, son, por así decirlo, ilustrativamente, una lección de aritmética. Nos enseñan cosas básicas y fundamentales. Pero cuando llegamos a estas semanas finales y culminantes de la vida del Profeta, el conocimiento que nos da acerca de Dios está en el ámbito del cálculo avanzado. Nuestro

problema es que tomamos este cálculo, y con una perspectiva reducida y limitada de él —que a veces nos hace perder el enfoque— no reconocemos, comprendemos ni valoramos toda la álgebra, geometría y principios fundamentales que lo preceden.

Yo pregunto: “¿Estamos caminando por la senda que recorrió José Smith? ¿Estamos recibiendo revelaciones y visiones, realizando milagros— haciendo las cosas que él hizo?” Si no lo estamos haciendo en la plena medida en que deberíamos, bien podríamos preguntarnos: “¿Dónde está el Señor Dios de José Smith?”

No quiero que se me malinterprete dando a entender que los milagros y señales han cesado. Están entre nosotros. Este es el reino de Dios. No hay la más mínima duda o incertidumbre al respecto. Los enfermos son sanados, y los muertos son resucitados. Los ojos de los ciegos son abiertos hoy tanto como lo fueron durante el ministerio de José Smith. Pero sí creo que esto es más limitado, en el sentido de que no se ha extendido entre la mayoría del pueblo de la Iglesia tan plenamente como debería.

Así que me gustaría—si se me permite ser guiado—plantear algunas preguntas sobre esto y hacer algunas declaraciones que tracen un rumbo y señalen lo que debemos creer y lo que debemos hacer, si vamos a tener en nuestras vidas, en toda su plenitud, el espíritu y el poder de la religión que Dios nos ha dado en esta época.

La naturaleza de Dios

Cuando hablamos de la naturaleza y clase de ser que es Dios, partimos del principio de que la vida eterna consiste en conocerlo, y que Él se da a conocer por medio de la revelación. No hay otra forma. No se le encuentra en un tubo de ensayo ni por medio de investigaciones en el laboratorio. Dios se revela o permanece para siempre desconocido. Ese es un principio fundamental.

Si se me permite ser guiado, quisiera enseñar y testificar que hay un Dios en los cielos que es eterno y sempiterno (DyC 20:17; 39:1; 61:1; 76:4; Moisés 6:66–67; Salmos 90:2; 102:26–27; 146:10; Hebreos 13:8); que es infinito en todos sus poderes y atributos; que posee toda sabiduría y todo conocimiento (1 Nefi 9:6; 2 Nefi 9:20; Palabra de Mormón 1:7; Alma 26:35; Mormón 8:17; Moroni 7:22; DyC 38:1–2; Salmos 147:4–5), toda fuerza y

todo poder (DyC 19:3, 14, 20; 20:24; 61:1; 93:17; Mateo 28:18; 1 Nefi 9:6; Mosíah 4:9; Alma 12:15; 26:35; Mormón 5:23; Éter 3:4), y todo dominio; y que nos ha dado el camino y los medios para avanzar, progresar y llegar a ser como Él.

Dios revelado por medio de José Smith

El Señor dijo a José Smith: “Esta generación tendrá mi palabra por medio de ti” (DyC 5:10). Esto significa que, si vamos a recibir el conocimiento de Dios, el conocimiento de la verdad, el conocimiento de la salvación, y a saber lo que debemos hacer para efectuar nuestra salvación con temor y temblor ante el Señor, esto debe venir por medio de José Smith, y de ninguna otra manera. Él es el agente, el representante, el instrumento que el Señor ha designado para dar a conocer la verdad acerca de sí mismo y de sus leyes a todos los hombres, en todo el mundo, en esta época.

Por supuesto, todos conocemos la Primera Visión, en la cual el Profeta vio al Padre y al Hijo de pie sobre él en una columna de luz—seres santos, personajes cuya descripción era imposible debido a la gloria y grandeza que los acompañaban (José Smith—Historia 1:16–17). Sabemos que son seres personales (DyC 130:22–23). Esta Primera Visión es el comienzo del conocimiento de Dios en esta dispensación. En solo unos momentos, con la apertura de los cielos, el Señor barrió todos los conceptos falsos, la apostasía, las telarañas del pasado, y una vez más hubo un hombre sobre la tierra que sabía que Dios era un ser personal, a cuya imagen fue creado el hombre. Todos nosotros estamos bien familiarizados con esta verdad. Comenzamos allí, y no encontramos dificultad. Ese es el comienzo de la revelación del conocimiento de Dios en nuestros días.

Luego, todos estamos en cierta medida familiarizados con las revelaciones culminantes y declaraciones que José Smith hizo sobre la Deidad. Estas se dieron en dos discursos: uno el 6 de abril de 1844, el *Discurso del Rey Follett* (*Teachings*, págs. 342–362), y el segundo el 16 de junio de 1844 (*Teachings*, págs. 369–376), solo once días antes de que José Smith sufriera el martirio. Estas declaraciones contenidas en el discurso del Rey Follett y su discurso complementario son las que a veces nos causan cierta dificultad.

Las declaraciones, la visión, la gloria y la verdad reveladas en la Primera Visión son, por así decirlo, una lección de aritmética. Nos enseñan cosas

básicas y fundamentales. Pero cuando llegamos a estas semanas finales y culminantes de la vida del Profeta, el conocimiento que nos da acerca de Dios está en el nivel del cálculo avanzado. Nuestro problema es que tomamos este “cálculo”, y con una visión limitada y parcial de él—lo que a veces nos hace perder la perspectiva—no reconocemos, comprendemos ni valoramos toda la “álgebra”, “geometría” y principios fundamentales que lo preceden.

Él puso el fundamento; enseñó la doctrina; nos dio lo que necesitamos saber para trazar nuestro curso hacia la vida eterna en esta dispensación final. Una de las cosas que dijo fue: “Dios no ha revelado nada a José que no haya de dar a conocer también a los Doce, y aun al más pequeño de los santos, según esté capacitado para recibirlo” (*Teachings*, p. 149).

¿Estamos caminando por la senda de José Smith?

Yo pregunto: “¿Estamos caminando por la senda que José Smith recorrió? ¿Estamos recibiendo las revelaciones y visiones y obrando los milagros—haciendo las cosas que él hizo?” Si no lo estamos haciendo en la medida plena en que deberíamos, bien podríamos preguntarnos: “¿Dónde está el Dios de José Smith?”

No quiero que se entienda que estoy diciendo que los milagros y señales han cesado. Siguen con nosotros. Este es el reino de Dios. No hay la más mínima duda al respecto. Los enfermos son sanados, y los muertos son resucitados. Los ojos de los ciegos se abren tanto hoy como en el ministerio de José Smith. Pero creo que esto es más limitado, en el sentido de que no se ha difundido entre la generalidad del pueblo de la Iglesia tan plenamente como debiera. Por tanto, me gustaría—si así soy guiado—plantear algunas preguntas sobre este asunto y hacer algunas declaraciones que tracen un curso y señalen qué debemos creer y qué debemos hacer si queremos tener en nuestras vidas, en su plenitud, el espíritu y el poder de la religión que Dios nos ha dado en estos días.

La Naturaleza de Dios

Cuando hablamos sobre la naturaleza y clase de ser que es Dios, comenzamos con la proposición de que la vida eterna consiste en conocerlo, y que Él se da a conocer por medio de revelación. No hay otra manera. No se le encuentra en un tubo de ensayo ni mediante la

investigación en un laboratorio. Dios se revela, o permanece para siempre desconocido. Ese es un principio.

Si así soy guiado, me gustaría enseñar y testificar que hay un Dios en los cielos, que es eterno y sempiterno (DyC 20:17; 39:1; 61:1; 76:4; Moisés 6:66–67; Sal. 90:2; 102:26–27; 146:10; Heb. 13:8); que es infinito en todos sus poderes y atributos; que posee toda sabiduría, todo conocimiento (1 Nefi 9:6; 2 Nefi 9:20; Palabras de Mormón 1:7; Alma 26:35; Mormón 8:17; Moroni 7:22; DyC 38:1–2; Sal. 147:4–5), todo poder, toda fuerza (DyC 19:3, 14, 20; 20:24; 61:1; 93:17; Mateo 28:18; 1 Nefi 9:6; Mosíah 4:9; Alma 12:15; 26:35; Mormón 5:23; Éter 3:4), y todo dominio; y que nos ha dado la manera y los medios para avanzar, progresar y llegar a ser como Él.

Dios Revelado por Medio de José Smith

El Señor dijo a José Smith: “Esta generación tendrá mi palabra por medio de ti” (DyC 5:10). Lo que esto significa es que, si vamos a recibir el conocimiento de Dios, el conocimiento de la verdad, el conocimiento de la salvación, y saber lo que debemos hacer para lograr nuestra salvación con temor y temblor ante el Señor, esto debe venir por medio de José Smith y de ninguna otra forma. Él es el agente, el representante, el instrumento que el Señor ha designado para dar a conocer la verdad sobre sí mismo y sobre sus leyes a todos los hombres en todo el mundo en esta dispensación.

Por supuesto, todos estamos familiarizados con la Primera Visión, en la cual el Profeta vio al Padre y al Hijo de pie sobre él en una columna de luz—seres santos, personificaciones que desafiaban toda descripción por la gloria y grandeza que los acompañaba (JS—H 2:16–17). Sabemos que son seres personales (DyC 130:22–23). Esta Primera Visión es el comienzo del conocimiento de Dios en esta dispensación. En solo unos momentos de la apertura de los cielos, el Señor eliminó todos los conceptos falsos, la apostasía, las telarañas del pasado, y una vez más hubo un hombre en la tierra que sabía que Dios era un ser personal a cuya imagen fue creado el hombre. Todos estamos bien familiarizados con esta proposición. Partimos de ahí, y no tenemos dificultad. Ese es el inicio de la revelación del conocimiento de Dios en nuestros días.

Luego, todos estamos en cierta medida familiarizados con las revelaciones culminantes y declaraciones que José Smith hizo sobre la Deidad. Estas se

dieron en dos discursos: uno el 6 de abril de 1844, el Discurso del Rey Follett (*Teachings*, págs. 342–362), y el segundo el 16 de junio de 1844 (*Teachings*, págs. 369–376), solo once días antes de que José Smith sufriera el martirio. Estas declaraciones en el Discurso del Rey Follett y su discurso complementario son las que nos causan cierta dificultad.

Las declaraciones, la visión, la gloria, la verdad revelada en la Primera Visión, son en efecto, por vía de ilustración, como si se nos estuviera enseñando aritmética. Nos están enseñando cosas básicas y fundamentales. Cuando llegamos a estas semanas finales y culminantes de la vida del Profeta, el conocimiento que nos da acerca de Dios está en el ámbito del cálculo. Nuestro problema es que tomamos este cálculo, y con una visión leve y limitada sobre él, lo que a veces nos saca de perspectiva, no reconocemos, comprendemos ni conocemos la importancia de toda la álgebra, geometría y principios fundamentales que se enseñaron entre el momento de la Primera Visión y las declaraciones culminantes.

Dios es un Hombre Exaltado

En el *Discurso del Rey Follett*, el Profeta dijo:

“Dios mismo fue una vez como nosotros ahora, y es un hombre exaltado, y está entronizado en los cielos de allá. ¡Ese es el gran secreto! Si el velo se rasgara hoy, y el gran Dios que mantiene este mundo en su órbita, y que sostiene todos los mundos y todas las cosas con su poder, se hiciera visible —digo, si ustedes lo vieran hoy, lo verían con forma humana— como ustedes mismos, en toda su persona, imagen y forma como hombre; porque Adán fue creado a la misma semejanza, imagen y forma de Dios, y recibió instrucción de Él, y caminó, habló y conversó con Él, como un hombre habla y se comunica con otro.”

Luego, otra frase: “Les voy a decir cómo llegó Dios a ser Dios.” Aquí es donde comienzan nuestras dificultades:

“Es el primer principio del Evangelio saber con certeza el carácter de Dios, y saber que podemos conversar con Él como un hombre conversa con otro, y que Él fue una vez un hombre como nosotros; sí, que Dios mismo, el Padre de todos nosotros, habitó en una tierra, así como lo hizo Jesucristo; y lo mostraré a partir de la Biblia.”

Luego continúa con una gran visión para hacerlo:

“He aquí, entonces, la vida eterna: conocer al único Dios sabio y verdadero;

y ustedes tienen que aprender cómo llegar a ser dioses ustedes mismos, y ser reyes y sacerdotes para Dios, lo mismo que todos los dioses han hecho antes que ustedes, es decir, pasando de un pequeño grado a otro, y de una capacidad pequeña a una mayor; de gracia en gracia, de exaltación en exaltación, hasta que alcancen la resurrección de los muertos y sean capaces de morar en quemazones eternas, y de sentarse en gloria, como lo hacen aquellos que están entronizados en poder eterno.” (Teachings, págs. 345–347)

Esta es una verdad eterna. En el discurso del dieciséis de junio, el Profeta añadió a lo que había enseñado en el *Discurso del Rey Follett*, enseñando que hay seres exaltados unos por encima de otros por la eternidad. No nos detengamos en eso hasta que podamos ponerlo en perspectiva. Volvamos atrás y tomemos el gran depósito de verdad eterna que el Profeta reveló sobre la Deidad. Si podemos comprenderlo y visualizar lo que realmente es, entonces esta cosa más misteriosa o difícil con la que todos estamos algo familiarizados caerá en su lugar, y descubriremos que tenemos una visión y un conocimiento de la Deidad que nos preparará para la vida eterna en Su reino.

Estas declaraciones que leo ahora fueron en parte escritas por el Profeta y en su totalidad aprobadas por él y enseñadas por él en la Escuela de los Profetas.¹ Se toman de las *Lecciones sobre la Fe*. Él dice:

“Observamos aquí que Dios es el único gobernador supremo y ser independiente en quien habita toda la plenitud y perfección; que es omnipotente, omnipresente y omnisciente; sin principio de días ni fin de vida; y que en Él reside todo don bueno y todo principio bueno; y que Él es el Padre de las luces; en Él reside independientemente el principio de la fe, y Él es el objeto en quien se centra la fe de todos los demás seres racionales y responsables para obtener vida y salvación.”

(N. B. Lundwall, comp., *A Compilation Containing the Lectures on Faith...* [Salt Lake City: Bookcraft, s.f.], p. 13. De aquí en adelante citado como *Lecciones sobre la Fe*.)

Ahora presento una segunda. Esta segunda, en efecto, es una declaración de fe que anuncia quién es la Deidad. En mi opinión, es una de las expresiones más completas, inteligentes e inspiradas que existen en el idioma inglés y que define, interpreta, expone, anuncia y testifica sobre la

clase de ser que es Dios. Fue escrita por el poder del Espíritu Santo, por el espíritu de inspiración. Es, en efecto, escritura eterna; es verdadera. Leeré solo una parte, y aun así, debido a la profundidad del contenido que encierran las palabras, no podemos medir ni comprender plenamente su intención. Necesitamos estudiar, meditar y analizar las expresiones que se presentan.

El Profeta dice:

“Hay dos personajes que constituyen el gran, incomparable, gobernante y supremo poder sobre todas las cosas, por quienes todas las cosas fueron creadas y hechas, que son creadas y hechas, ya sean visibles o invisibles, ya sea en el cielo, en la tierra, o en la tierra, debajo de la tierra, o a través de la inmensidad del espacio.”

Comencemos por comprender el concepto de que Dios Todopoderoso creó y sostiene todas las cosas. Cuando decimos “todas las cosas”, hablamos del universo. No hay nada excluido. ¿No les recuerda esto el lenguaje que usó Enoc? Al hablar con el Señor, dijo:

“Si fuera posible que el hombre pudiera contar las partículas de la tierra, sí, millones de tierras como esta, no sería el comienzo del número de tus creaciones; y tus cortinas todavía están extendidas” (Moisés 7:30).

Grabémonos en la mente el concepto de que Dios es omnipotente; que está por encima de todas las cosas; que el mismo universo es su creación y está sujeto a Él; que lo sostiene, lo preserva y lo gobierna.

“Ellos son el Padre y el Hijo—el Padre siendo un personaje de espíritu, gloria y poder, que posee toda perfección y plenitud; el Hijo, quien estaba en el seno del Padre, un personaje con un tabernáculo [...] él es también la imagen expresa y semejanza del personaje del Padre, poseyendo toda la plenitud del Padre, o la misma plenitud con el Padre [...]. Y siendo el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, y habiendo vencido, recibió una plenitud de la gloria del Padre, poseyendo la misma mente que el Padre, la cual mente es el Espíritu Santo, que da testimonio del Padre y del Hijo, y estos tres son uno; o, en otras palabras, estos tres constituyen el gran, incomparable, gobernante y supremo poder sobre todas las cosas; por medio de quienes todas las cosas fueron creadas y hechas que fueron creadas y hechas, y estos tres constituyen la Divinidad, y son uno; el Padre

y el Hijo poseen la misma mente, la misma sabiduría, gloria, poder y plenitud—llenándolo todo en todo; el Hijo siendo lleno con la plenitud de la mente, gloria y poder; o, en otras palabras, el espíritu, la gloria y el poder del Padre, poseyendo todo conocimiento y gloria, y el mismo reino, sentado a la diestra del poder, en la imagen y semejanza exactas del Padre, mediador por el hombre, siendo lleno con la plenitud de la mente del Padre; o, en otras palabras, el Espíritu del Padre, el cual Espíritu es derramado sobre todos los que creen en su nombre y guardan sus mandamientos.” (*Lecciones sobre la Fe*, págs. 48-49.)

La parte final de esta gran declaración doctrinal es la que anuncia que nosotros, como hombres falibles, débiles y mortales—sujetos a todas las enfermedades, dificultades y vicisitudes de la vida—tenemos el poder de avanzar y progresar y llegar a ser como nuestro exaltado y Eterno Padre y su Amado Hijo. Las siguientes palabras, en efecto, son la misma doctrina que concluye: “Así como Dios es, el hombre puede llegar a ser.” Este principio fue anunciado en la Escuela de los Profetas y no tuvo que esperar hasta el Sermón del Rey Follett, aunque supongo que los Santos no comprendieron completamente lo que implicaba este lenguaje en un principio. Pero aquí está:

“Y todos los que guarden sus mandamientos crecerán de gracia en gracia, y se convertirán en herederos del reino celestial y coherederos con Jesucristo; poseyendo la misma mente, siendo transformados en la misma imagen o semejanza, aun en la imagen expresa de aquel que lo llena todo en todo; siendo llenos con la plenitud de su gloria, y llegarán a ser uno en él, así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno.” (*Lecciones sobre la Fe*, pág. 49.)

¿Te recuerda eso lo que el Señor le dijo a Juan sobre aquellos que vencen—que se sentarán con Él en su trono, así como Él también venció y ahora se sienta con su Padre en su trono? (véase Apocalipsis 3:21). ¿Te recuerda lo que el Señor resucitado dijo a ciertos nefitas?: “*Seréis como yo soy, y yo soy como el Padre; y el Padre y yo somos uno*” (3 Nefi 28:10). Permítanme decir que:

Todo el propósito que está en la mente de Dios al revelar qué clase de seres Él, es permitirnos, como sus hijos, trazar un rumbo y seguirlo con fidelidad y devoción, lo cual nos llevará al mismo estado de poder, dominio

y eminencia que Él posee. Todo el propósito y el impulso del plan de salvación es capacitarnos para avanzar y progresar hasta llegar a ser como Dios. El comienzo de ese progreso, el inicio de esa progresión eterna, es un conocimiento de la naturaleza y tipo de ser a quien adoramos.

El Carácter de Dios

Con esta base de verdad fundamental ante nosotros, permítanme abordar un pequeño detalle que está involucrado en la exposición del Profeta sobre la naturaleza y clase de ser que es Dios: los principios de los cuales nace la fe, y sin los cuales la fe no puede perfeccionarse, y, por lo tanto, sin los cuales ningún hombre puede lograr el avance y la progresión de los que hablo, el progreso que conduce a una plenitud eterna en la presencia de Dios, nuestro Padre Celestial.

“[Estas] tres cosas son necesarias”, dice el Profeta, “para que cualquier ser racional e inteligente pueda ejercer fe en Dios para vida y salvación. Primero, la idea de que Él realmente existe.” En cuanto a esto, no tenemos problema. Esa es la Primera Visión. “Segundo, una idea correcta de Su carácter, perfecciones y atributos.” Tres cosas. Aquí es donde algunos de nosotros tenemos alguna dificultad. “Tercero, un conocimiento real de que el curso de vida que uno está siguiendo está de acuerdo con Su voluntad.” Supongo que si hay alguna área donde nos quedamos cortos, es en esta. (*Lectures on Faith*, p. 33).

Algunos de nosotros no vivimos de tal manera que podamos tener en el corazón la seguridad, nacida del Espíritu, de que el rumbo que seguimos está conforme a los estándares divinos. Pero ahora veamos estas tres cosas: el carácter, las perfecciones y los atributos de la Deidad. En el lenguaje del Profeta, este es el carácter de Dios:

“Aprendemos lo siguiente respecto al carácter de Dios: Primero, que Él ya era Dios antes de que el mundo fuera creado, y sigue siendo el mismo Dios después de haber sido creado. Segundo, que Él es misericordioso y clemente, lento para la ira, abundante en bondad, y que lo ha sido desde la eternidad hasta la eternidad (Salmos 103:6–8, 17–18). Tercero, que Él no cambia, ni hay variación en Él; sino que es el mismo desde la eternidad hasta la eternidad, siendo el mismo ayer, hoy y para siempre; y que Su curso es un eterno ciclo, sin variación (Santiago 1:17; DyC 3:2; 35:1; Malaquías 4:6; Mormón 9:9). Cuarto, que Él es un Dios de verdad y no

puede mentir (Números 23:19; Salmos 31:5; Deuteronomio 32:4). Quinto, que no hace acepción de personas; sino que en toda nación, el que le teme y obra justicia es aceptado por Él (Hechos 10:34–35). Sexto, que Él es amor” (1 Juan 4:8, 16; Juan 3:16; véase también *Lectures on Faith*, págs. 35–36).

Esos seis elementos constituyen el carácter de Dios, y, como digo, hay tanto contenido sustancioso en lo que aquí se expresa que no lo captamos simplemente al recitarlo. Necesitamos leerlo, estudiarlo y meditarlo, y al hacerlo, debemos arrodillarnos y pedir al Señor iluminación y entendimiento para que podamos saber en nuestro corazón y alma si es verdad y qué significan realmente las expresiones que utilizó el Profeta.

Aquí hay un párrafo del Profeta que explica por qué Dios debe ser todopoderoso:

“Un conocimiento de estos atributos en el carácter divino es esencialmente necesario, para que la fe de cualquier ser racional pueda centrarse en Él para obtener vida y salvación. Porque si no creyera, en primera instancia, que Él es Dios, es decir, el Creador y sustentador de todas las cosas, no podría centrar su fe en Él para obtener vida y salvación, por temor de que hubiera [uno] mayor que Él que pudiera frustrar todos Sus planes, y Él, como los dioses de los paganos, no pudiera cumplir Sus promesas; pero viendo que Él es Dios sobre todas las cosas, desde la eternidad hasta la eternidad, el Creador y sustentador de todo, tal temor no puede existir en la mente de aquellos que ponen su confianza en Él, de modo que, en este respecto, su fe puede ser sin vacilación.” (*Lectures on Faith*, p. 35)

La Omnisciencia de Dios

Pasemos ahora a los atributos de Dios. Se enumeran sencillamente en seis: conocimiento, fe o poder, justicia, juicio, misericordia y verdad. Luego, una declaración que ilustra lo que esto implica es la explicación del Profeta sobre por qué Dios debe saber todas las cosas:

“Sin el conocimiento de todas las cosas, Dios no podría salvar a ninguna porción de sus criaturas; porque es por razón del conocimiento que Él tiene de todas las cosas, desde el principio hasta el fin, que le es posible dar ese entendimiento a sus criaturas por el cual llegan a ser partícipes de

la vida eterna; y si no existiera la idea en la mente de los hombres de que Dios posee todo conocimiento, les sería imposible ejercer fe en Él.” (*Lectures on Faith*, p. 43)

Dios progresa en el sentido de que sus reinos aumentan y sus dominios se multiplican, no en el sentido de que aprende nuevas verdades o descubre nuevas leyes. Dios no es un estudiante. No es un técnico de laboratorio. No está formulando nuevas teorías basadas en experiencias pasadas. De hecho, Él ya ha alcanzado ese estado de exaltación que consiste en saber todas las cosas y poseer todo poder.

La vida que Dios vive se llama vida eterna. Uno de Sus nombres es “Eterno” (Moisés 7:35), utilizando esa palabra como sustantivo y no como adjetivo, y Él usa ese nombre para identificar el tipo de vida que vive. La vida de Dios es vida eterna, y la vida eterna es la vida de Dios. Son una y la misma cosa. La vida eterna es la meta que obtendremos si creemos, obedecemos y andamos rectamente delante de Él. Y la vida eterna consiste en dos cosas: consiste en la vida en la unidad familiar y, además, en heredar, recibir y poseer la plenitud de la gloria del Padre (DyC 132:19). Cualquiera que tenga estas dos cosas es heredero y poseedor del mayor de todos los dones de Dios, que es la vida eterna (DyC 14:7).

La progresión eterna consiste en vivir el tipo de vida que Dios vive y en aumentar en reinos y dominios eternamente. ¿Por qué alguien supondría que un ser infinito y eterno, que creó los cielos siderales, cuyas creaciones son más numerosas que las partículas de la tierra, y que está consciente de la caída de cada gorrión (Mateo 10:29; Lucas 12:6–9), tendría algo nuevo que aprender o nuevas verdades que descubrir en los laboratorios de la eternidad? Es totalmente incomprensible.

¿Aprenderá un día algo que destruya el plan de salvación y convierta a los hombres y al universo en una nada no creada? ¿Descubrirá un plan de salvación mejor que el que ya ha dado a los hombres en mundos sin número?

La verdad salvadora, tal como fue revelada y enseñada formal y oficialmente por el profeta José Smith en las *Lectures on Faith*, es que Dios es omnipotente, omnisciente y omnipresente. Él lo sabe todo, tiene todo poder y está presente en todas partes por el poder de Su Espíritu. Y a menos que conozcamos y creamos esta doctrina, no podremos obtener la

fe para vida y salvación. (*"The Seven Deadly Heresies," Devocional de las Catorce Estacas de BYU, 1 de junio de 1980, pp. 4–5.*)

Las Perfecciones de Dios

Solo una palabra sobre las perfecciones de Dios. El Profeta dijo: "Lo que queremos decir por perfecciones es, las perfecciones que pertenecen a todos los atributos de su naturaleza" (*Lectures on Faith*, p. 50).

En otras palabras, en cuanto a cada atributo y cada característica, el Señor es perfecto (Mateo 5:48; 3 Nefi 12:48), y en Él se encarna la totalidad de todo lo que está implicado. ¿Puede alguien suponer que Dios no posee toda la caridad, que le falta integridad u honestidad, o que hay alguna verdad que Él no conoce?

No he tomado aquí la ocasión de leer ninguna de las revelaciones. Las revelaciones están llenas de estos principios. Declaran una y otra vez —si las comprendemos y entendemos— que Dios es todopoderoso; que no hay poder que Él no posea, ni sabiduría que no resida en Él, ni expanse infinita de espacio o duración de tiempo donde su influencia y poder no se sientan. No hay nada que el Señor Dios decida hacer que no pueda lograr (Génesis 18:14; Jeremías 32:17; Mateo 19:26; Lucas 1:37).

Él ha alcanzado un estado de gloria y perfección, en el que es de eternidad en eternidad. Ser de eternidad en eternidad el mismo ser inmutable e invariable significa, en efecto, que es el mismo desde una preexistencia hasta la siguiente, el mismo en conocimiento, en poder, en fuerza y en dominio. Y sin embargo, Él llegó a ser tal por el mismo sistema por el cual tú y yo tenemos el poder de alcanzarlo. Está escrito expresamente en nuestras revelaciones que si avanzamos y progresamos en plena medida conforme al plan divino, nosotros también recibiremos una plenitud y una continuación de las simientes para siempre:

"Entonces serán dioses, porque no tendrán fin; por tanto, serán de eternidad en eternidad, porque continúan; entonces serán sobre todas las cosas, porque todas las cosas les estarán sujetas. Entonces serán dioses, porque tendrán todo poder, y los ángeles les estarán sujetos."

(*Doctrina y Convenios 132:20*) (*"The Lord God of Joseph Smith," Devocional de BYU, 4 de enero de 1972*)

La Omnipresencia de Dios

A veces, los hombres hablan de la omnipresencia de Dios como si Dios mismo llenara la inmensidad del espacio y estuviera presente en todas partes. Esta es una noción completamente falsa y pagana. Sin embargo, existe un sentido en el cual Dios es omnipresente, y este término puede ser usado para describirlo cuando se entiende y define correctamente.

Dios es un ser personal que está y puede estar en un solo lugar a la vez. No obstante, Él es el poseedor de todas las cosas. Todo poder, toda sabiduría y toda verdad le pertenecen, y Él ha dado leyes a todas las cosas. Por medio de sus leyes, la tierra fue creada y está bajo su control, toda la vida existe y crece, y los planetas se mueven en sus órbitas.

Porque Él ha dado leyes a todas las cosas y porque su poder de creación y control está en todas las cosas, se puede decir correctamente que Él es omnipresente. Él es una persona; pero el poder, la agencia, la influencia, el espíritu que procede de su persona para gobernar y controlar todo lo que Él ha creado está presente en todas partes y llena la inmensidad del espacio. Pero esto no es Dios; es la agencia mediante la cual Él trabaja, el poder que tiene en todas las cosas.

Hablando en un lenguaje poético, David fue llevado a exclamar:

“¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subo a los cielos, allí estás tú; ... Si tomo las alas del alba, y habito en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra.” (*Salmo 139:7-10*)

En su famoso discurso en el Areópago, Pablo habló de manera similar sobre la cercanía de Dios. Los hombres “deben buscar al Señor,” dijo, porque Él no está lejos de ninguno de nosotros:

“En Él (es decir, en su presencia) vivimos, nos movemos y somos; como también han dicho algunos de vuestros poetas, porque somos también su linaje.” (*Hechos 17:27-28*)

Una vez más, tanto en tiempos antiguos como modernos, esta doctrina de la omnipresencia de Dios ha sido revelada con claridad. (“*The Truth About God*,” folleto misionero)

Testimonio de Verdades sobre Dios

Estoy simplemente anunciando algunas verdades básicas, fundamentales y eternas acerca de la naturaleza y clase de ser que adoramos. Es mi patrón y costumbre simplemente enseñar y testificar. No debato ni discuto. Si alguien desea contender en contra, es tan bienvenido como largo es el día para hacerlo. Pero comprendamos esto: cuando tratamos con Dios y sus leyes, cuando entramos en el ámbito de las cosas espirituales, estamos tratando con aquello que salva almas, y a nuestro propio riesgo estamos obligados a hallar la verdad.

Todo el mundo sectario allá afuera supone que tiene algo de verdad y que sigue un curso que lo salvará. Pero Dios ha restaurado el evangelio eterno a nosotros. Tenemos el poder de Dios para salvación en nuestras manos, por así decirlo. Es nuestra obligación comprender lo que está en juego, para que podamos vivir de tal forma que la plenitud de estas bendiciones y recompensas llegue a nosotros.

Testifico con valentía que estas doctrinas son verdaderas; que Dios es todo lo que las revelaciones dicen que Él es; que no hay poder, ni fuerza, ni omnipotencia que lo exceda; y que si tú y yo avanzamos y seguimos el camino que Él ha puesto a nuestra disposición, podemos alcanzar ese estado en el cual seremos de eternidad en eternidad.

Entonces, como recitan las revelaciones, sabremos todas las cosas y poseeremos todo poder, y seguiremos eternamente en el mismo tipo y clase de existencia que Él vive.

Conocimiento y Presencia de Dios Disponibles para los Santos Hoy

Dios está tan disponible hoy como siempre lo ha estado. Con la misma certeza con la que centremos nuestros corazones en Él y creamos en Él con pleno propósito, estaremos como estuvo Eliseo en relación con Elías. Estaremos donde estuvo José Smith, y tendremos las visiones, recibiremos las revelaciones, haremos milagros y sentiremos el poder santificador del Espíritu Santo en nuestras vidas como él lo sintió en la suya. (*“El Señor Dios de José Smith”, Devocional de BYU, 4 de enero de 1972*)

Algunos Atributos de la Deidad

Cómo el Padre y el Hijo Son Uno

“¡Sed uno!” Tal es el mandamiento eterno de Dios a su pueblo. “Sed uno; y si no sois uno, no sois míos” (DyC 38:27). Si, y cuando, exista unidad perfecta entre los Santos, ellos cumplirán los propósitos del Señor en la tierra y obtendrán su propia exaltación en la vida venidera.

“¡Sed uno!” Para mantener este mandamiento siempre presente ante su pueblo, el Señor lo proclama con fuerza a sus oídos usando a sí mismo y a la Deidad eterna como ilustración de lo que es la unidad y cómo opera. “Sed uno, así como yo y mi Padre somos uno: uníos como los Dioses del cielo. No sigáis caminos separados; reuníos en torno a una misma bandera. Creed las mismas doctrinas; enseñad las mismas verdades; testificad del mismo Dios; caminad por el mismo sendero; vivid las mismas leyes; sostened el mismo sacerdocio; casaos bajo la misma orden celestial; haceos uno conmigo. ¡Sed uno!”

Al usar su propio ejemplo perfecto, la Deidad está enseñando unidad a su pueblo. Tres sumos sacerdotes mortales componen la Primera Presidencia de la Iglesia. Su meta es ser uno como los tres miembros separados de la Deidad eterna son uno. Millones de mortales débiles y esforzados pertenecen a la Iglesia; la Deidad espera que todos ellos sean uno como los Dioses del cielo son uno.

Puesto que aquellos que son uno piensan, creen y actúan de la misma manera, poseen entonces las mismas características y atributos, o en otras palabras, el mismo espíritu mora en ellos. Por tanto, en un sentido figurado, ellos están los unos en los otros, o habitan en los otros, así como Dios y Cristo habitan el uno en el otro por la misma razón.

Cómo el Padre y el Hijo son Uno

Pretender que el Padre y el Hijo son uno de alguna manera misteriosa e incomprensible —de modo que ambas designaciones sean simplemente manifestaciones diferentes de la misma cosa— es tergiversar las Escrituras, mutilar el lenguaje claro que contienen y eliminar algunos de los mejores símbolos y de las enseñanzas más perfectas conocidas por el hombre. Tres Dioses son uno así como millones sin fin de hombres deberían ser uno—y no en ningún otro sentido.

Aquellos que viven la ley perfecta de la unidad “llegan a ser los hijos de Dios, aun uno en mí, así como yo soy uno en el Padre, y el Padre es uno en mí, para que seamos uno” (DyC 35:2). Al hablarle a Adán, el Señor dijo: “He aquí, tú eres uno en mí, hijo de Dios; y así todos podrán llegar a ser mis hijos” (Moisés 6:68).

Esa misma unidad de la Deidad fue enseñada por Jesús durante su ministerio mortal. En la gran oración intercesora que elevó por los apóstoles y los santos, dijo: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos; para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:20–21).

Él habló de manera similar a los nefitas: “Y ahora, Padre, ruego por ellos, y también por todos los que crean en sus palabras, para que crean en mí, para que yo esté en ellos como tú, Padre, estás en mí, para que seamos uno” (3 Nefi 19:23). (Doctrinal New Testament Commentary 1:766–67)

El Padre es Mayor que el Hijo

“Porque mi Padre es mayor que yo” (Juan 14:28), dijo Jesús. Pero preguntamos: ¿acaso no son uno? ¿No poseen ambos todo poder, toda sabiduría, todo conocimiento, toda verdad? ¿No han alcanzado ambos todos los atributos divinos en su plenitud y perfección? En verdad, sí, porque así lo anuncian las revelaciones y así lo enseñaron los profetas. Y sin embargo, el Padre de nuestro Señor es mayor que Él—mayor en reinos y dominios, mayor en principados y exaltaciones. Uno gobierna y gobernará sobre el otro eternamente. Aunque Jesús mismo es Dios, también es el Hijo de Dios, y como tal, el Padre es su Dios así como lo es el nuestro. “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”, dijo (Juan 20:17).

José Smith, con perspicacia inspirada, explica cómo Jesús es heredero de Dios; cómo recibe y posee todo lo que el Padre tiene, y por tanto (como dijo Pablo) es “igual a Dios” (Filipenses 2:6), y sin embargo al mismo tiempo está sujeto al Padre y es menor que Él. Estas son sus palabras:

“¿Qué hizo Jesús? Pues bien, hice las cosas que vi hacer a mi Padre cuando mundos empezaron a surgir a la existencia. Mi Padre trabajó para

establecer su reino con temor y temblor, y yo debo hacer lo mismo; y cuando obtenga mi reino, se lo presentaré a mi Padre, para que Él pueda obtener reino sobre reino, y eso lo exaltará en gloria. Entonces Él tomará una exaltación más alta, y yo tomaré su lugar, y así llegaré a ser exaltado yo mismo. De modo que Jesús sigue las huellas de su Padre, y hereda lo que Dios hizo antes; y Dios es así glorificado y exaltado en la salvación y exaltación de todos sus hijos.” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 347–348; *Doctrinal New Testament Commentary* 1:743)

Dios es Amor, Luz y Fuego Consumidor

Juan escribió que “Dios es amor” (1 Juan 4:8) y que “Dios es luz” (1 Juan 1:5). Pablo dijo: “Nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). De manera similar, Dios también es fe, esperanza, caridad, rectitud, verdad, virtud, templanza, paciencia, humildad, y así sucesivamente. Es decir, Dios es la encarnación y personificación de toda gracia buena y atributo divino, todos los cuales habitan en su persona en perfección y plenitud. (*Doctrinal New Testament Commentary* 3:398)

Cómo es Dios un Espíritu

Las ideas presentes en los credos de los hombres no fueron formuladas a partir de las Escrituras ni surgieron de ellas. Sin embargo, una vez que estas creencias falsas cristalizaron en los credos, se comenzaron a utilizar ciertas escrituras en un vano intento de respaldarlos y establecer su veracidad.

La absurda práctica de seleccionar porciones y fragmentos de las Escrituras, sacarlos de su contexto e interpretarlos sin referencia al conjunto de la palabra revelada, es algo generalmente reconocido como un error. Sin embargo, debido a que esta es la única manera en que puede parecer que hay apoyo escritural para doctrinas falsas, se hace necesario evaluar tales afirmaciones y estudiar los pasajes en su debida perspectiva, de modo que puedan verse en armonía con todo lo que el Señor ha dicho sobre el tema.

Quizás el pasaje más conocido que se utiliza de esta manera proviene de la conversación de nuestro Señor con la mujer samaritana en el pozo. Las palabras seleccionadas dicen: “Dios es espíritu”, una expresión que no es ni confusa ni difícil de entender cuando se interpreta correctamente.

Veamos el contexto. Nuestro Señor estaba conversando con la mujer de Samaria sobre el lugar donde los fieles debían adorar, ya que parecía que los samaritanos adoraban en el monte donde estaban conversando, mientras que los judíos designaban a Jerusalén como el centro de su adoración.

Entonces el Señor dijo:

“Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

Luego la mujer habló del Mesías prometido, el Cristo que había de venir, y el Señor le respondió: “Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:22–24, 26).

Primero, debemos notar que los judíos —aquellos que fueron convertidos y que tenían el conocimiento de la salvación— sabían a quién adoraban. No profesaban rendir adoración a una esencia espiritual desconocida, incognoscible e incomprensible que está presente en todas partes. Ellos sabían quién era el Padre a quien adoraban.

¿Es, entonces, Dios un espíritu? Ciertamente que lo es; y en el mismo sentido y significado de las palabras, el hombre también es un espíritu. Pero ni el hombre ni Dios son esencias espirituales indefinidas que están presentes en todas partes. Ambos son personajes espirituales. Sus respectivos espíritus tienen forma, tamaño y dimensiones, y están dentro de sus cuerpos —y solo dentro de esos cuerpos.

El hombre es un espíritu, pero el hombre también tiene un cuerpo tangible. Dios es un espíritu, y también tiene un cuerpo tangible.

Un alma —sea mortal o inmortal— consiste de un cuerpo y un espíritu (DyC 88:15). El cuerpo es tangible y corpóreo, y está hecho de una sustancia que puede tocarse y sentirse, como lo hicieron los apóstoles con el cuerpo del Cristo resucitado. El espíritu también es una entidad real o ser; sin embargo, el cuerpo espiritual está hecho de una sustancia más pura y refinada, de modo que no puede ser tocado ni sentido por hombres mortales (DyC 129:1–7; 131:7–8).

Así, cuando los apóstoles vieron al Cristo resucitado parado delante de ellos, “ellos, espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu” (Lucas 24:37). Cristo calmó sus temores y les dio la prueba mediante la cual podían distinguir entre un espíritu y un ser con tabernáculo, alguien con carne y huesos. Debían tocarlo, sentir las marcas de los clavos en sus manos y poner sus manos en la herida de lanza en su costado.

El espíritu del hombre está dentro de su cuerpo. Cuando muere, el espíritu deja el cuerpo, y el cuerpo va al sepulcro. Después de su crucifixión, el cuerpo de Cristo yacía en la tumba, pero su espíritu fue a predicar a otros espíritus, los espíritus de aquellos hombres que “en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez la paciencia de Dios esperaba en los días de Noé” (1 Pedro 3:20).

Al tercer día su espíritu volvió a entrar en su cuerpo, ocurrió la gloriosa resurrección, y salió del sepulcro, las primicias de los que durmieron. Ahora era inmortal, no mortal, y ahora su cuerpo y espíritu estaban inseparablemente conectados, nunca más serían separados por la muerte.

Y ya hemos visto que el Señor resucitado, con su cuerpo tangible de carne y huesos, estaba en la imagen expresa de la persona del Padre, quien también tiene un cuerpo tangible de carne y huesos, uno en el cual el espíritu y el cuerpo están inseparablemente unidos.

Así que el hombre es cuerpo y espíritu; Cristo es cuerpo y espíritu; y Dios es cuerpo y espíritu.

Entonces, ¿qué impropiedad hay, cuando se tiene una comprensión correcta del significado, en decir: “Dios es espíritu”? Esto es verdadero en el mismo sentido en que el hombre y Cristo también son espíritus, y en ningún otro. (*“La Verdad acerca de Dios”, folleto misional.*)

Notas

1. La lista anterior de profetas que han visto a Dios es en gran medida bíblica. Puede ampliarse para incluir al menos las siguientes referencias: Abraham, Isaac y Jacob (Éxodo 6:3); Abimelec (Génesis 20:3); Balaam (Números 22:9; 23:4, 16); Samuel (1 Samuel 3:10, 21); Salomón (1 Reyes 3:3; 9:2; 2 Crónicas 1:7; 7:12); David (2 Crónicas 3:1); Micaías (2 Crónicas 18:18); Daniel (Daniel 7:13); Esteban (Hechos 7:55–56); Pablo (Hechos 9:3–9, 17); Ananías (Hechos 9:10); los diez apóstoles (Lucas 24:36–38); Pedro

(Lucas 24:34; 1 Corintios 15:5); “más de quinientos hermanos”, Jacobo y Pablo (1 Corintios 15:5); y Pedro, Jacobo y Juan (2 Pedro 1:16).

Los profetas del Libro de Mormón tuvieron experiencias idénticas: Lehi (1 Nefi 1:8–10); Nefi (1 Nefi 2:16; 11:7, 20–24; 12:6; 2 Nefi 1:15); Jacob (2 Nefi 2:4; 11:3); Lamoni (Alma 19:13); Alma (Alma 36:22); Mormón (Mormón 1:15); el hermano de Jared (Éter 3:6–17); Emer (Éter 9:21–22); Moroni (Éter 12:39); y, por supuesto, miles de nefitas (3 Nefi 11–28).

Del *La Perla de Gran Precio* obtenemos una visión ampliada de las experiencias de Moisés (Moisés 1:1–11, 31), Enoc (Moisés 7:4–11) y Abraham (Abraham 2:6–12, 19; 3:11).

En otros lugares, también vieron a Dios José Smith (JS—H 1:16–20), Sidney Rigdon (DyC 76:22–23) y Oliver Cowdery (DyC 110:1–4). Todos los Santos fieles tienen la promesa de que ellos también podrán verlo (DyC 93:1; Juan 14:23; DyC 130:3).

2. Teólogos protestantes y católicos, así como algunos dentro de la Iglesia, debaten sobre la autoría de la Epístola a los Hebreos. En otro lugar, el élder McConkie ha escrito:

“Hablando desde el punto de vista de la investigación bíblica no inspirada, uno de los misterios aún no resueltos de la erudición sectaria es: ¿Quién escribió la Epístola a los Hebreos?

“Se le atribuye de diversas formas a Pablo, Bernabé, Apolos, Clemente de Roma, Lucas, e incluso a la mujer Priscila. Orígenes, el más erudito de los primeros maestros, concluyó su examen de la cuestión con las palabras: ‘Solo Dios sabe quién escribió la epístola’” (Dummelow, p. 1012).

Tan inciertos están los eruditos que, a veces, incluso los Santos de los Últimos Días prefieren atribuir las citas de la epístola simplemente al ‘autor de la Epístola a los Hebreos’, en lugar de a Pablo el Apóstol.

“Pero el profeta José Smith dice que esta Epístola fue escrita por Pablo ... a los ‘hermanos hebreos’” (*Enseñanzas*, p. 59), y en repetidas ocasiones en sus sermones atribuye afirmaciones de la misma a Pablo.

Pedro, él mismo hebreo, cuyo ministerio y enseñanzas se dirigieron en gran parte a su propio pueblo, parece identificar su autoría cuando escribe: ‘Nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito (a los hebreos); como también en todas sus epístolas ... algunas cosas difíciles de entender’ (2 Pedro 3:15–16).

En todo caso, Pablo escribió Hebreos, y para aquellos que aceptan a José Smith como un testigo inspirado de la verdad, el asunto queda resuelto.” (*Doctrinal New Testament Commentary* 3:133).

3. Algunos se han preguntado sobre la autoría de las *Lecciones sobre la Fe*, incluso cuestionando el papel y la participación del Profeta, sugiriendo en cambio que fueron escritas por Parley P. Pratt, Sidney Rigdon u otros. No obstante, la afirmación del élder McConkie aquí es precisa y acertada. Las *Lecciones* fueron preparadas por un comité presidido por el profeta José Smith y, como en todos los asuntos doctrinales, su influencia fue la predominante y decisiva.

Algunas de las dificultades surgen del hecho de que la Escuela de los Profetas, en la que se presentaron estas lecciones, se llevó a cabo durante un período de varios años. Se reunió principalmente en Kirtland, aunque más tarde también en el Condado de Jackson, Misuri, e incluso, bajo la dirección de Brigham Young, en Salt Lake City, después de que los santos llegaran al valle.

El Señor ordenó la organización de la Escuela de los Profetas (DyC 88:122, 127–141), también llamada “la escuela de mis apóstoles” (DyC 95:17). Esta escuela en particular fue organizada en Kirtland en el invierno de 1832–1833, con el profeta José Smith como su presidente (DyC 90:7, 13). El hecho de que José presidiera la escuela es importante, pues la revelación declara expresamente que el oficial presidente también debe enseñar en dicha escuela (DyC 88:128), que es donde se presentaron las *Lecciones*. B. H. Roberts señaló que “estas Lecciones de Teología... fueron... preparadas por el Profeta” (*Historia de la Iglesia*, 2:176), y el mismo José Smith escribió que “durante el mes de enero [de 1835], estuve dedicado a la escuela de los élderes y a la preparación de las lecciones de teología para su publicación” (*Historia de la Iglesia*, 2:180).

4. En este análisis, el élder McConkie ha hecho lo que todos los estudiantes del Evangelio deberían hacer: es decir, buscar la armonía entre diferentes pasajes de las Escrituras. Si buscamos armonizar un versículo difícil de entender con lo que dicen el resto de las revelaciones, invariablemente llegamos a respuestas correctas; pero si aislamos un versículo difícil y lo usamos como el estándar con el cual juzgamos el significado de todos los demás, la confusión es inevitable.

La manera más sencilla de explicar el significado de estos versículos del capítulo 4 de Juan es notar que han sido víctimas de una traducción equivocada, la cual ha sido corregida por el profeta José Smith. Así, tal como fue escrito realmente, el versículo dice:

“Y viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca tales para que lo adoren. Porque a tales ha prometido Dios su Espíritu. Y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad.” (*Traducción de José Smith, Juan 4:25–26; cursiva agregada.* La Traducción de José Smith se cita en adelante como JST).

Aun así, hay un sentido, además del que el élder McConkie expone en esta sección, en el que es correcto decir que Dios es espíritu. Dios es espíritu en el mismo sentido en que un ser resucitado es un espíritu. Así lo señala Pablo, al decir que cuando se resucita, el cuerpo se levanta como “cuerpo espiritual” (1 Corintios 15:44). El Señor dijo que a causa de la resurrección, “no obstante que mueran, también volverán a levantarse, cuerpo espiritual” (DyC 88:27). Hablar de un “cuerpo espiritual” es hablar de “el mismo cuerpo que fue cuerpo natural” (DyC 88:28), ahora como cuerpo resucitado. En forma y figura, este “cuerpo espiritual” es como el cuerpo mortal, salvo que está glorificado, no tiene sangre y ha experimentado ciertos cambios en la carne, pues “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” (1 Corintios 15:50).

En este sentido, Dios, un ser resucitado, es un “cuerpo espiritual”. En este mismo sentido, Amulek dice que los seres resucitados se vuelven “espirituales e inmortales” (Alma 11:45). Nuevamente, en este mismo sentido, José Smith habla de Dios el Padre como un “personaje de espíritu, gloria y poder” (*Lecciones sobre la Fe*, p. 48). Es en este mismo sentido que Pablo habla a los hebreos de “todos” los ángeles (lo que incluye a los seres resucitados) como “espíritus ministrantes, enviados para servicio” (Hebreos 1:13–14). De manera similar, los seres resucitados que habitan en el reino terrestre son enviados a ministrar a los que están en el reino celestial y son llamados “espíritus ministrantes” (DyC 76:87–88).

Dios, un hombre glorificado, exaltado, perfeccionado y resucitado, es espíritu en el mismo sentido en que todos los seres resucitados lo son.

Capítulo 2

La Divina Filiación de Cristo

La Condescendencia de Dios

El Conocimiento Nos Hace Herederos de las Plenas Bendiciones

De todas las personas en la cristiandad, nosotros somos los únicos en posición de cosechar las plenas bendiciones del Espíritu de Cristo en nuestras vidas, de saber lo que realmente implica su ministerio, de participar plenamente de ese espíritu que acompaña la temporada navideña. Tenemos todo lo que el mundo tiene; tenemos los relatos históricos de su venida a la tierra: conocemos las tradiciones que se han tejido en torno a su nacimiento, muchas de las cuales tienen poco fundamento en la realidad y los hechos. Pero lo que constituye una bendición especial para nosotros es el conocimiento, obtenido mediante la revelación de los últimos días, de su divina filiación. Conocemos la doctrina de la filiación divina de nuestro Señor, y es esta doctrina la que consideramos ahora.

(Discursos del Año en la Universidad de BYU, 16 de diciembre de 1969.)

La Visión de Nefi

Esta pregunta: “¿Conoces la condescendencia de Dios?”, que el ángel le hizo a Nefi, también es apropiada para que cada uno de nosotros se la haga a sí mismo. ¿Qué sabemos nosotros, como individuos, acerca de la condescendencia de Dios, y qué sentimientos albergamos en nuestros corazones hacia Él por causa de ello? El relato que nos dio Nefi es el siguiente:

“Y contemplé la ciudad de Nazaret; y en la ciudad de Nazaret vi a una virgen, y era sumamente hermosa y blanca. Y aconteció que vi abrirse los cielos; y un ángel descendió y se paró delante de mí; y me dijo: Nefi, ¿qué ves? Y le respondí: Una virgen, más hermosa y pura que todas las demás

vírgenes. Y me dijo: ¿Comprendes la condescendencia de Dios?”
(*Discursos del Año en la Universidad de BYU, 15 de agosto de 1967.*)

Ahora bien, Nefi, tan grande e inspirado como era, tenía en ese momento solo una comprensión parcial de este punto. Y por eso dijo: “Y le respondí: Sé que él ama a sus hijos; sin embargo, no sé el significado de todas las cosas”.

Entonces, ¿qué es la condescendencia de Dios en lo que concierne particularmente al nacimiento de nuestro Señor y su venida a la mortalidad?

Las siguientes palabras del relato dicen:

“Y me dijo: He aquí, la virgen que ves es la madre del Hijo de Dios, según la carne. Y aconteció que vi que fue arrebatada en el Espíritu; y después que hubo sido arrebatada en el Espíritu por el espacio de un tiempo, el ángel me habló, diciendo: ¡Mira! Y miré y vi de nuevo a la virgen, llevando a un niño en sus brazos. Y el ángel me dijo: He aquí el Cordero de Dios, sí, el Hijo del Padre Eterno.”

(1 Nefi 11:13–21)

Debemos Comprender a Dios para Comprender Su Condescendencia

Entonces, ¿qué es la condescendencia de Dios? Según entiendo la definición de condescendencia, es el acto de descender a un estado inferior y menos digno; o de renunciar a los privilegios de un rango y estatus; de otorgar honores y favores a alguien de menor estatura o condición.

Así que, si vamos a hablar de la condescendencia de Dios, refiriéndonos a nuestro Padre Eterno, primero debemos conocer la naturaleza y el tipo de ser que Él es. Debemos llegar a conocer la dignidad, la majestad y la gloria que lo acompañan, de las cosas que Él ha hecho y está haciendo por nosotros y por todos sus hijos y en toda la eternidad entre todas sus creaciones.

Comprendemos que Dios es un ser personal a cuya imagen fue creado el hombre; que Él está glorificado, perfeccionado y exaltado; que tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre; que ha progresado y avanzado a lo largo de un período infinito hasta llegar a ser el Creador del universo y de todas las cosas que hay en él.

Él ha ordenado las leyes por las cuales existen todas las cosas. Ha establecido todo lo que pertenece a este mundo y a un número infinito de mundos que giran en el espacio. En nuestra condición infinita y temporal, no tenemos forma de medir, ni forma de entender, ni forma de comprender la majestad, la gloria, el dominio, la potencia, el poder y la exaltación que le acompañan. Podemos leer las palabras de las revelaciones y obtener un leve entendimiento, en la medida en que el hombre mortal vivificado por el Espíritu pueda, de lo que está involucrado. Pero su poder y dominio, su estado y posición, están tan por encima de todo lo que podamos comprender o entender, que apenas podemos vislumbrarlo. Con todo ello, ha adquirido la plenitud de todo atributo bueno y divino. Es la encarnación de la caridad y el conocimiento, de la fe y el poder, de la integridad y la rectitud, de todo atributo que es justo y edificante.

La Condescendencia del Padre

Cuando pensamos en el Padre, pensamos en el ser más noble y exaltado que existe. Entonces leemos esta pregunta: “¿Conoces la condescendencia de Dios?”, y descubrimos que, de algún modo, está asociada con el amor por nosotros, sus hijos, sus hijos espirituales que ahora moran como mortales aquí en la tierra. Descubrimos en nuestro texto que Él será el Padre de un Hijo nacido “según la carne”; es decir, que condesciende, en su infinita sabiduría, a ser el Padre de un ser santo que nacerá en la mortalidad. Él determina cumplir lo que decretó cuando anunció el plan de salvación en la vida premortal, cuando, habiendo explicado el plan, pidió un Redentor y un Salvador y dijo: “¿A quién enviaré [para que sea mi Hijo]?” (Abraham 3:27). Así, la condescendencia de Dios es que Él es literalmente el Padre de un Hijo nacido en la mortalidad, según el lenguaje aquí, un Hijo nacido “según la carne”.

(Discursos del Año en la Universidad de BYU, 16 de diciembre de 1969.)

¡Oh, cuán gloriosa y maravillosa es la realidad de que nuestro Padre todopoderoso, glorificado y exaltado descienda, por así decirlo, al estado mortal —no literalmente, pero en cierto sentido— y llegue a ser el padre, el progenitor de un Hijo “según la carne”, de acuerdo con el lenguaje que acabamos de leer! ¡Y ese Ser Santo que nace así de María es literalmente el Hijo de Dios!

La misericordia, la gracia, el amor, la condescendencia que están involucrados en el hecho del nacimiento de Cristo en el mundo es algo que está más allá de nuestra comprensión. Y sin embargo, tenía que ser así, y tenía que ocurrir exactamente de la manera en que ocurrió, para que hubiera un Personaje aquí entre los hombres que, por un lado, pudiera dar su vida y, por otro, pudiera volver a tomarla. Él pudo darla porque María era su madre, y pudo tomarla de nuevo porque Dios era su Padre. *(Discursos del Año en la Universidad de BYU, 15 de agosto de 1967.)*

La Condescendencia de Cristo

El ángel, habiendo manifestado esta verdad sobre la condescendencia de Dios el Padre a Nefi, entonces le muestra material adicional, una visión adicional, y vuelve al tema de la condescendencia divina. Le dice: “¡Mira y contempla la condescendencia de Dios!” Y esta vez está hablando de la condescendencia de Cristo el Hijo y no de Dios el Padre.

Nefi dice: “Y miré, y vi al Cordero de Dios que iba entre los hijos de los hombres. Y vi multitudes de personas que estaban enfermas, y que eran afligidas con toda clase de enfermedades, y con demonios y espíritus impuros; y el ángel me habló y me mostró todas estas cosas. Y fueron sanadas por el poder del Cordero de Dios; y los demonios y los espíritus impuros fueron echados fuera. Y aconteció que el ángel me habló de nuevo, diciendo: ¡Mira! Y miré y vi al Cordero de Dios, que fue apresado por el pueblo; sí, el Hijo del Dios Eterno fue juzgado por el mundo; y yo vi y doy testimonio. Y yo, Nefi, vi que fue levantado sobre la cruz y muerto por los pecados del mundo.” (1 Nefi 11:27, 31–33)

Así, tenemos un segundo aspecto relacionado con la condescendencia de la Deidad. Esta vez se trata del hecho de que Cristo eligió, escogió y se ofreció voluntariamente para venir al mundo, nacer como Hijo de Dios, pasar por la probación mortal y el ministerio que le fue asignado, y luego culminarlo con la realización del sacrificio expiatorio infinito y eterno.

Entonces, cuando pensamos en la condescendencia de Cristo en este asunto, debemos pensar en la gloria, el dominio y la exaltación que Él poseía. Leemos en las revelaciones que Él era “semejante a Dios” (Abraham 3:24). Leemos las palabras del Padre cuando dice: “Mundos sin número he creado; ... y por el Hijo los creé, que es mi Unigénito” (Moisés 1:33). Descubrimos que Cristo era semejante al Padre; que era co-creador,

que tenía la fuerza, el poder, el dominio y la omnipotencia del Padre y que actuaba bajo su dirección en la regulación y creación del universo.

Leemos las palabras que un ángel habló al rey Benjamín, en las cuales el ángel lo describió como “el Señor Omnipotente que reina, que fue, y es desde toda la eternidad hasta toda la eternidad”, y luego dijo que descendería y moraría en un cuerpo de carne y ministraría entre los hombres; que sería el Hijo de Dios y que María sería su madre (véase Mosíah 3:5, 8).

La Filiación Divina de Cristo

El Sacrificio Expiatorio

Ahora bien, la cosa más grande e importante que hay en toda la eternidad—la que trasciende a todas las demás desde la creación del hombre y de los mundos—es el hecho del sacrificio expiatorio de Cristo el Señor. Él vino al mundo para vivir y para morir—para vivir una vida perfecta y ser el modelo, la imagen, el prototipo para todos los hombres, y para coronar su ministerio con la muerte, en la realización del sacrificio expiatorio infinito y eterno. Y en virtud de esta expiación, todas las cosas relacionadas con la vida y la inmortalidad, con la existencia, la gloria y la salvación, con el honor y las recompensas en la vida venidera, todas las cosas reciben plena fuerza, eficacia y virtud. La Expiación es el elemento central en todo el sistema del evangelio. El Profeta dijo que todas las demás cosas relacionadas con nuestra religión son sólo apéndices de ella. (*Enseñanzas*, p. 121)

La Expiación es posible gracias a la doctrina de la filiación divina; y si Cristo no hubiera nacido en el mundo de la forma específica y particular en que lo fue, no habría heredado de su Padre el poder para llevar a cabo ese sacrificio expiatorio infinito y eterno, en consecuencia de lo cual todo el plan de salvación habría sido inválido y nunca habríamos heredado ni poseído las bendiciones de la inmortalidad ni las glorias de la vida eterna.

No podemos ahora comprender (ni podemos esperar hacerlo en nuestro estado actual) cómo los efectos de ese sacrificio expiatorio infinito y eterno se extendieron a todos los hombres. No podemos comprender ni entender cómo funciona la creación, de dónde vino Dios o cómo llegamos a existir. Algún día estas cosas estarán al alcance de la comprensión y entendimiento de aquellos que alcancen la exaltación. Pero el hecho de

que no podamos explicarlas no disminuye el hecho de que hemos sido creados, que existimos, que hay una resurrección, que a su debido tiempo todos los hombres resucitarán en inmortalidad, y que aquellos que hayan creído y obedecido la ley del evangelio también resucitarán para recibir la vida eterna en el reino de nuestro Padre. Y todo esto es posible gracias a la filiación divina de Cristo el Señor, porque Él heredó en su nacimiento el poder de la inmortalidad de Dios su Padre.

Es nuestra costumbre y práctica leer en Lucas y en Mateo los relatos que acompañan la venida de Cristo a la tierra. Estos son eventos históricos. En ellos se entreteje cierta expresión de la doctrina involucrada; pero los hechos históricos tienen menor importancia. Es la doctrina lo que tiene un valor y una trascendencia incomparables para nosotros; de ella provienen las grandes bendiciones que he mencionado. ¡Cuán glorioso es que Cristo haya nacido en el mundo como el Hijo de Dios!

(Discursos del Año en la Universidad de BYU, 16 de diciembre de 1969.)

Importancia de la Doctrina de la Filiación Divina

Este tema de la filiación divina del Señor es el corazón y núcleo de la religión revelada. Es el centro mismo de nuestro sistema de adoración: todo gira en torno a ello; todo se centra en ello. Si alguien va a investigar la religión revelada, el punto focal de dicha investigación debería ser esta cuestión de la filiación divina de Cristo.

Si Él fue el Hijo de Dios, entonces el sacrificio expiatorio infinito y eterno es una realidad —Él lo llevó a cabo, y como consecuencia, la inmortalidad está disponible para todos los hombres, y aquellos que creen y obedecen tienen la esperanza de la vida eterna en su reino. Pero si Él no fue el Hijo de Dios, entonces no heredó de su Padre el poder de la inmortalidad—el poder para efectuar el sacrificio expiatorio infinito y eterno. Así que, en el sentido último y final, en el análisis definitivo, cuando se trata de la investigación de la verdad, todo se centra en el Señor Jesús y en el ministerio y misión que desempeñó, y en el sacrificio que realizó, comenzando en el Jardín de Getsemaní y culminando en la cruz.

Los Santos Están Solos en el Conocimiento de la Filiación

Algunos de nosotros asumimos que existe un sentimiento generalizado en la cristiandad de que Jesús es el Hijo de Dios; al menos hay multitudes que

prestan un servicio meramente verbal a este concepto. ¡Pero hay mucho más involucrado en ser el Hijo del Padre Eterno que simplemente rendirle un homenaje de palabras como lo hace el mundo sectario!

Algunos de nosotros escuchamos y también leímos los sermones del presidente Heber J. Grant. En diversas ocasiones (véase G. Homer Durham, comp., *Gospel Standards: Selections from the Sermons and Writings of Heber J. Grant* [Salt Lake City: Deseret News Press, 1969], pp. 290–93), él se refirió a un libro escrito por el difunto senador Albert J. Beveridge del estado de Indiana, que relata una extensa encuesta realizada entre ministros sectarios en la cual se les formularon tres preguntas básicas y fundamentales en relación con Dios, Cristo y el hombre.

En esencia, las preguntas eran las siguientes:

Primera: “¿Cree usted en Dios? ¿Dios como persona, no como una agregación de leyes flotando como niebla en el universo, sino Dios como persona a cuya imagen usted fue creado?” Por supuesto, no hubo respuestas afirmativas. Ningún ministro respondió que sí.

El presidente Grant recitó la segunda pregunta en estos términos: “¿Cree usted que Jesucristo es literalmente el Hijo de Dios así como usted es hijo de su padre? Ahora bien, no le estoy preguntando si cree que Él fue el más grande maestro moral que haya vivido —eso lo conceden todos— sino como ministro del evangelio, sí o no, ¿fue literalmente el Hijo de Dios que vino al mundo con la misión específica y designada de morir en la cruz por los pecados del mundo?” Aunque hubo algunos que lo esperaban, algunos que desearían tener ese concepto, ninguno tenía el conocimiento ni la certeza en su corazón; ninguno respondió afirmativamente sin reservas.

La tercera pregunta fue: “¿Cree usted que cuando muera vivirá de nuevo como una entidad consciente, sabiendo y siendo conocido tal como es?” Nuevamente, las respuestas fueron negativas.

El mundo rinde un servicio verbal a la filiación divina; se dirigen a Dios como Padre y se refieren a Cristo como su Hijo. Pero la verdadera pregunta es si tienen el concepto correcto de lo que implica esta relación. El hecho de que profesen adorar a un dios que no tiene cuerpo, partes ni pasiones, que llena la inmensidad del espacio, que es una esencia espiritual que de algún modo indefinible está en todas partes y en ningún lugar en particular

—el hecho de que adoren a este tipo de ser es, en sí mismo, indicativo de una incapacidad para concebir que Cristo es literalmente su Hijo así como yo soy hijo de mi padre; y que Cristo, por tanto, pudo realmente recibir por derecho natural y herencia el poder para llevar a cabo este sacrificio expiatorio infinito y eterno. Aunque los sectarios profesan verbalmente que Cristo es el Hijo de Dios, no han comprendido plenamente la realidad de esta doctrina en la medida en que debe ser comprendida si los hombres van a lograr su salvación con temor y temblor ante Dios. Así, tenemos un segmento muy amplio del mundo que rinde un servicio verbal a la filiación divina sin ninguna comprensión real de la verdadera doctrina.

¿Qué Pensáis del Cristo?

Supongo también que entre aquellos que rinden un servicio verbal al concepto de que Jesús es el Hijo de Dios, hay muchos que, en efecto, niegan su filiación divina por la conducta que siguen. Al menos lo rechazan y en cambio siguen el camino de la carnalidad, la maldad y la rebelión. Muchas personas hoy no son muy diferentes de aquellos a quienes Cristo predicó cuando dijo: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” (Mateo 22:42)

Ellos respondieron que era hijo de David (lo cual era lo que enseñaban sus escrituras), sin poder comprender que también era el Hijo de Dios. “Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le pudo responder palabra.” (Mateo 22:43–46)

Y así sucede hoy. ¿Quién en el mundo sectario puede responder correctamente a la pregunta de Jesús hasta que adquiera el concepto y la idea de que Él es real y literalmente el Hijo de Dios? Esta es una de las preguntas más importantes en el mundo religioso.

Cuatro Sugerencias para Conocer a Cristo

Deseo hacer algunas sugerencias muy simples sobre cómo podemos adquirir el conocimiento que deberíamos tener de Jesús, de su misión, ministerio y obra. Debemos tener este conocimiento para poder testificar al mundo que Dios es nuestro Padre, que Cristo es su Hijo, y que la

salvación, la gloria, el honor y la recompensa están disponibles para nosotros y para todos los hombres gracias a su amor y su condescendencia para con nosotros.

La primera sugerencia es esta: conviértanse en estudiantes de los cuatro Evangelios; enamórense del Señor; véanlo en su nacimiento, en su crecimiento, y en los días de su ministerio; siéntense con Él en la intimidad de un hogar en Betania; acompáñenlo cuando realizó muchos milagros; estén entre la multitud que comió los panes y los peces multiplicados por poder divino; estén junto a la tumba cuando Lázaro, muerto desde hacía días y ya en descomposición, fue mandado a salir; participen, vicariamente por así decirlo, en la medida de sus capacidades, en los actos y acontecimientos de la vida de Jesús.

Número dos: lean el Libro de Mormón de la manera designada y prescrita, es decir, con fe en Dios y con verdadera intención, preguntando a la Deidad acerca de su veracidad. En referencia a una conversación que tuvo ese mismo día con los Doce, el Profeta escribió en su diario:

“Dije a los hermanos que el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la piedra angular de nuestra religión, y que un hombre se acercaría más a Dios al seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro.” (*History of the Church*, 4:461)

Deseo enamorarme de Cristo, y vivir, creer, pensar y hacer, en la medida de lo posible, como Él lo hizo; y el Libro de Mormón es el volumen que Dios ha designado en esta dispensación para ponerme en sintonía con el Espíritu; para hacerme sentir que esta obra es divina; para que el Espíritu Santo susurre a mi alma. Ningún hombre pudo haber escrito ese libro; es la voz y la mente de Dios al mundo; y José Smith, quien lo tradujo, fue el profeta del Señor. Tú puedes estar en armonía con el Señor; puedes estar en sintonía con el Espíritu más y mejor mediante el estudio del Libro de Mormón que con cualquier otra cosa que Dios haya dado en nuestros días. El Libro de Mormón es la porción de Su palabra que Él ha preservado, separado y establecido por sí sola para presentar el evangelio y llevar testimonio al corazón de las personas.

Número tres: Escucha el testimonio de los oráculos vivientes. La fe viene por el oír la palabra de Dios cuando es enseñada por un administrador legal que tiene poder de Dios (Romanos 10:17). Este es el principio sobre

el cual operaba Jesús. Él dijo: “Mis ovejas oyen mi voz” (Juan 10:27). Así que Él, como Hijo de Dios, dio testimonio de su propia divinidad y enseñó las doctrinas de la salvación. Y entre sus oyentes había quienes habían progresado en talentos espirituales hasta el punto de que podían entender y recibir el mensaje que penetraba en sus corazones. Ellos sabían —de una forma que no podía definirse ni describirse— que las enseñanzas eran verdaderas.

Las ovejas del Señor todavía oyen su voz. Cuando el testimonio de Jesús se da por el poder del Espíritu Santo, penetra en el corazón de los justos por ese mismo poder (2 Nefi 33:1). A manera de ilustración: si el Espíritu Santo reposa sobre mí y me pongo de pie aquí y te digo que sé —como sé que vivo, lo cual es cierto— que Jesús es el Mesías, entonces, si el Espíritu Santo también reposa sobre ti, sientes en tu corazón que lo que he dicho es verdad. Respondes al testimonio y al testigo que doy, y como consecuencia, la fe viene por el oír —por oír la palabra de Dios enseñada por el espíritu de profecía con poder, por un administrador legal que habla por la autoridad del Espíritu Santo.

Número cuatro: Pide a Dios con fe. Deja que la religión se convierta en una experiencia personal para ti. Los hombres no reciben religión hasta que reciben el Espíritu Santo. Cualquiera puede leer sobre religión y tener una experiencia intelectual al aprender lo que alguien más (en la medida en que puede comprenderlo) supo o vio o sintió; pero la religión no llega al corazón de un individuo hasta que Dios habla a esa alma por el poder de Su Santo Espíritu.

El Conocimiento de Cristo No Es Solo Intelectual

La religión no es solo intelectual, aunque satisface todos los estándares de una intelectualidad perfecta. La religión es algo espiritual y las personas deben tener la experiencia espiritual que le es inherente; la religión viene de Dios. Los hombres no la instituyen; los hombres pueden establecer cosas en el campo intelectual, pero cuando se comienza a tratar con las cosas de Dios, “nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” que está en él (véase 1 Corintios 2:11).

Pablo dijo algo que, en nuestra versión de la Biblia Reina-Valera (basada en la King James), dice así: “Nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3; cursiva añadida). Cuando el Profeta

[José Smith] tradujo ese pasaje en la Traducción de José Smith, lo mejoró para que dijera: “Nadie puede saber que Jesús es el Señor sino por el Espíritu Santo” (TJS 1 Corintios 12:3; cursiva añadida).

Este es el punto culminante: esta es la verdad suprema. Esta es la razón por la cual los sectarios no conocen la filiación divina; desean o creen o esperan que pueda ser verdad, pero no saben que es verdad.

Dios ha dado nuevamente el don del Espíritu Santo en nuestros días para que podamos saber de la filiación divina. Podemos saber que Jesús es el Señor. Pienso que es nuestra obligación seguir el modelo que he indicado aquí, o algún modelo equivalente que podamos desarrollar, del cual vendrá a nuestras vidas la seguridad personal de la filiación divina de Jesús. Esa seguridad vendrá a nosotros en la medida en que caminemos en la luz y guardemos los estándares que pertenecen al evangelio.

(Discursos del Año en la Universidad de BYU, 15 de agosto de 1967.)

La Plenitud del Evangelio: Requisito para un Testimonio Perfecto de la Filiación Divina

No puede haber un testimonio perfecto de la filiación divina de Cristo y de su bondad salvadora a menos que, y hasta que, recibamos la plenitud de su evangelio eterno. Un testimonio del evangelio viene por revelación del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo habla al espíritu que hay en nosotros, entonces sabemos con absoluta convicción la veracidad del mensaje revelado. *(Informe de la Conferencia, octubre de 1974.)*

Nuestra Obligación es Testificar de Cristo

Tenemos una obligación especial y particular de ser testigos de la verdad ante el mundo en estos días. Vivimos en la gran era de oscuridad, oscuridad espiritual y apostasía, que precederá a la segunda venida del Hijo del Hombre. Él nos ha llamado y designado para ser luces para el mundo. Se espera que seamos testigos de la verdad; que demos testimonio de la filiación divina; que nos mantengamos valientemente y con valor del lado del Señor en defensa de la verdad y la rectitud y al proclamar el evangelio a sus otros hijos en el mundo.

Esto no es algo que nos preocupe debatir particularmente. Tenemos evidencia más que suficiente. Las revelaciones están delante de nosotros y del mundo. Podemos señalarlas. Podemos exponer la doctrina involucrada.

Pero el Señor ha dicho que este es un día de advertencia y no de muchas palabras (DyC 63:58); ha dicho que los que estamos en la Iglesia estamos llamados a ser testigos de su nombre y que a todo hombre que ha sido advertido le incumbe advertir a su prójimo (DyC 88:81).

(Discursos del Año en la Universidad de BYU, 16 de diciembre de 1969.)

Capítulo 3

Los Efectos que Emanan de la Filiación Divina

Las Tres Verdades Más Grandes de la Eternidad

“Jesucristo, y a Este Crucificado”

Para establecer una base adecuada, leeré tres citas. La primera es de Doctrina y Convenios; en ella el Señor dice: “Aprende de mí y escucha mis palabras; camina en la mansedumbre de mi Espíritu, y tendrás paz en mí” (DyC 19:23).

La segunda, escrita por Nefi, proviene del Libro de Mormón:

“Cree en Cristo, y reconcílate con Dios; pues sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos. Y hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo, y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados.”

Y luego: “Cree en Cristo y no lo niegues; y Cristo es el Santo de Israel, por tanto, debéis postraros ante él y adorarlo con todo vuestro poder, mente y fuerza, y con toda vuestra alma; y si hacéis esto, de ningún modo seréis desechados.” (2 Nefi 25:23, 26, 29)

La tercera cita, del profeta José Smith, nos proporciona información que aprendió al traducir el papiro, una porción del cual se publica como el libro de Abraham:

“Un convenio eterno fue hecho entre tres personajes antes de la organización de esta tierra, y se relaciona con su dispensación de cosas a los hombres sobre la tierra; estos personajes, según el registro de Abraham, son llamados Dios el primero, el Creador; Dios el segundo, el Redentor; y Dios el tercero, el Testigo o Dador de testimonio.” (Enseñanzas, p. 190)

Como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, hemos tomado sobre nosotros su nombre en las aguas del bautismo (2 Nefi 31:13; Mosíah 18:10). Renovamos el convenio hecho allí cuando participamos de la Santa Cena. Si hemos nacido de nuevo, nos hemos convertido en hijos e hijas del Señor Jesucristo. Somos miembros de su familia. Estamos obligados y se espera que vivamos según los estándares de la familia. Por razón de esa pertenencia familiar, de esa asociación cercana, tenemos el privilegio de una relación íntima con Él. Se nos ha dado el don del Espíritu Santo, que es la compañía constante de ese miembro de la Deidad, basada en la fidelidad. Y ese Santo Espíritu tiene como una de sus misiones principales dar testimonio del Padre y del Hijo, y revelarnos, de una manera que no puede ser refutada ni cuestionada, su filiación divina y las verdades gloriosas que hay en Él.

Las Tres Verdades —y Herejías— Más Grandes de la Eternidad

Comenzamos con Dios, nuestro Padre Celestial, que aquí es llamado Dios el primero, el Creador. Y debemos entender que Él es un ser santo, perfeccionado y exaltado

(*Enseñanzas*, pp. 345–46); que es un ser a cuya imagen fue creado el hombre (Génesis 1:26–27); que tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre (DyC 130:22); y que somos literalmente sus hijos espirituales (Números 16:22; Hebreos 12:9), siendo el Señor Jesús el Primogénito (DyC 93:21; Romanos 8:29; Colosenses 1:15).

Sugiero que la verdad más grande en toda la eternidad, sin excepción, es que hay un Dios en los cielos que es un ser personal, a cuya imagen fue hecho el hombre, y que somos sus hijos espirituales. Debemos edificar sobre ese fundamento de roca antes de que comience cualquier progreso en el ámbito espiritual. Primero creemos en Dios nuestro Padre Celestial.

También sugiero que la mayor herejía que jamás haya sido ideada por un poder maligno es la herejía que define la naturaleza y tipo de ser que es Dios como una esencia espiritual que llena la inmensidad; como un ser sin cuerpo, sin partes ni pasiones; como algo que es incomprensible, no creado e incognoscible. La mayor verdad es Dios; la mayor herejía es la doctrina que proclama lo opuesto a la verdad respecto a la persona de Dios.

Sugiero que la segunda mayor verdad en toda la eternidad es que Cristo nuestro Señor es el Redentor; que fue preordenado en los concilios de la eternidad para venir aquí y llevar a cabo el sacrificio expiatorio infinito y eterno (Isaías 53; Apocalipsis 13:8); que por lo que Él hizo, hemos sido redimidos de los efectos de la muerte temporal y espiritual que entraron en el mundo por la caída de Adán (2 Nefi 2:19–25; 1 Corintios 15:21–22). Y todos nosotros tenemos la esperanza, el potencial, la posibilidad de obtener la vida eterna además de la inmortalidad, lo cual significa que podemos llegar a ser como Dios nuestro Padre Celestial (*Enseñanzas*, pp. 346–48). Esa es la segunda mayor verdad en toda la eternidad.

La segunda mayor herejía en toda la eternidad es la doctrina que niega la filiación divina, que establece un sistema que dice que uno puede rendir un servicio verbal al nombre de Cristo, pero que se salva solo por la gracia sin esfuerzo y sin obra alguna de nuestra parte.

Sugiero, en conformidad con lo que el Profeta dijo sobre Dios el tercero, quien es el Testigo o Dador de testimonio, que la tercera mayor verdad en toda la eternidad es que el Espíritu Santo de Dios, un personaje de espíritu, un miembro de la Deidad, tiene el poder de revelar la verdad eterna al corazón, alma y mente del hombre. Y esa revelación —conocida primero como testimonio, y luego como la recepción general de la verdad en el campo espiritual— ese testimonio es lo más grande que el hombre necesita para guiarlo de regreso a nuestro Padre Celestial.

Dado que esta es la tercera mayor verdad en toda la eternidad, se deduce que la tercera mayor y más grave herejía en toda la eternidad es la doctrina que niega que el Espíritu Santo de Dios revela la verdad al alma humana, y que niega que haya dones del Espíritu, que haya milagros, poderes, gracias y cosas buenas que el Señor, mediante su Espíritu, derrama sobre los hombres mortales.

Gratitud al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo

Debemos tener en nuestros corazones un sentimiento desbordante de gratitud y acción de gracias. Alabamos al Señor nuestro Dios, es decir, al Padre, porque Él nos creó (Alma 5:25; 19:32; Salmo 82:6). Si Él no nos hubiese creado, no existiríamos: ni la tierra, ni los cielos siderales, ni el universo, ni ninguna otra cosa. Si no hubiera habido un Dios eterno ni una creación, no habría nada. Y porque existimos, debemos tener en nuestra

alma un grado infinito de gratitud y acción de gracias a Dios nuestro Padre Celestial.

Segundo, debemos tener un grado infinito de gratitud y acción de gracias hacia Cristo el Señor, porque Él realizó el sacrificio expiatorio infinito y eterno y puso en funcionamiento los términos y condiciones del plan del Padre. Si no hubiera habido expiación de Cristo, no habría resurrección. Y si no hubiera habido expiación de Cristo, no habría vida eterna, y por tanto, nuestros cuerpos habrían quedado para siempre en el polvo y nuestros espíritus habrían sido expulsados eternamente de la presencia de Dios, y habríamos llegado a ser como el diablo y sus ángeles (2 Nefi 9:7–9). Lo que estoy diciendo es que, mediante el sacrificio expiatorio del Señor Jesús, el plan del Padre se volvió operativo.

Tercero, en virtud de la obediencia a las leyes que han sido ordenadas y al llegar a ser limpios, sin mancha y puros—porque el Espíritu no mora en un tabernáculo impuro (Mosías 2:37; 1 Corintios 3:16–17)—nos colocamos en posición de recibir revelación por el poder del Espíritu Santo. Una vez que estamos en sintonía, pasamos a formar parte de la familia del Señor Jesucristo. Participamos del mismo espíritu que Él posee; comenzamos a creer como Él creyó, a actuar como Él actuó, a hablar como Él habló. Como consecuencia, nos colocamos en posición de obtener esa gloria y vida eterna que Él, como nuestro prototipo, ya ha alcanzado. Y así, en tercer lugar, nos regocijamos en lo que nos ha llegado por el poder del Espíritu Santo y sentimos, una vez más, una gratitud infinita por esas bendiciones.

Cristo Adoptó el Plan del Padre

Dios nuestro Padre Celestial ordenó y estableció el plan de salvación. José Smith lo expresó con estas palabras:

“Dios mismo, al hallarse en medio de espíritus y gloria, porque era más inteligente, vio apropiado instituir leyes mediante las cuales los demás pudieran tener el privilegio de avanzar como Él”
(*Enseñanzas*, p. 354).

Dios está exaltado y es omnipotente y entronizado; Él tiene todo poder, toda fuerza y todo dominio
(Mosías 3:5, 21; 4:9; 5:15; Alma 26:35; DyC 19:3, 14, 20; 63:1). Él vive en la unidad familiar (véase Joseph Fielding Smith, *El Hombre, su Origen y su Destino*, [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1954], pp. 348–355), y el

nombre del tipo de vida que Él vive es vida eterna. Y así, si avanzamos y progresamos y seguimos adelante hasta llegar a ser como Él, entonces llegamos a ser, como Cristo, herederos de la vida eterna en el reino de Dios (Romanos 8:13–17; DyC 76:50–62; 132:19–20). Ese es nuestro propósito y nuestra meta.

Por tanto, existe esto que Pablo llama “el evangelio de Dios” (Romanos 1:1; 15:16; 1 Tesalonicenses 2:2, 8–9), lo cual significa que el Padre ordenó y estableció el plan de salvación. Pero entonces Pablo dice: “Acerca de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que era del linaje de David según la carne” (Romanos 1:3), lo que significa que Cristo adoptó el plan del Padre. Lo hizo suyo. Lo abrazó. Se convirtió en el defensor de la salvación, el líder en la causa de la salvación, todo porque fue escogido para nacer en el mundo como Hijo de Dios.

Nuestro Conocimiento y Experiencia Premortales

Todo esto fue conocido, enseñado y entendido en las grandes eternidades anteriores. Todos oímos la predicación del evangelio. Conocimos sus términos y condiciones. Sabíamos lo que estaría implicado en esta probación mortal. Sabíamos que era necesario venir aquí y obtener un cuerpo mortal como un paso hacia la obtención de un cuerpo inmortal, uno de carne y huesos. Sabíamos que al venir aquí tendríamos que ser probados, examinados y puestos a prueba. Que necesitaríamos pasar por experiencias de prueba estando fuera de la presencia de Dios, caminando por fe en lugar de por vista, cuando el espíritu estuviera alojado en un tabernáculo de carne y sujeto a los deseos, apetitos y pasiones de la mortalidad. Esto lo sabíamos todos.

Y entonces nuestro Padre envió el gran decreto a través de los concilios de la eternidad:

“¿A quién enviaré para que sea mi Hijo, para llevar a cabo el sacrificio expiatorio infinito y eterno?”

Hubo dos voluntarios. Cristo el Señor dijo: “Padre, hágase tu voluntad” (Véase Moisés 4:1–3).

Es decir: “Descenderé y haré lo que tú has ordenado y me sacrificaré. Seré el Cordero inmolado desde la fundación del mundo.”

Lucifer quiso modificar el plan del Padre de forma tan radical que casi podríamos decir que ofreció un sistema nuevo de salvación. Quiso negar el

albedrío a todos los hombres, salvar a todos los hombres y, a cambio, recibir el poder, la dignidad y la gloria del Padre. Quiso tomar el lugar del Padre. Entonces se tomó la decisión: “Enviaré al primero” (Abraham 3:27).

El plan se puso en marcha. Parte de él fue la creación de esta tierra. Luego vino su población. Todos somos hijos e hijas del padre Adán; todos somos seres eternos, descendientes de la Deidad. Nuestros cuerpos mortales han sido formados del polvo de la tierra. Estamos aquí, con cuerpos mortales, siendo examinados, probados y puestos a prueba para ver si andaremos rectamente y guardaremos los mandamientos.

Debemos Primero Creer en Cristo

Nuestra primera obligación es creer en Cristo y aceptarlo literal, completa y plenamente por lo que Él es. Creemos en Cristo cuando creemos en la doctrina que Él enseña, en las palabras que Él habla, en el mensaje que Él proclama. Cuando vino en la carne como el hijo de María, el relato dice que

“Andaba... predicando el evangelio del reino” (Mateo 9:35), lo cual significa que su mensaje era una revelación para la gente de ese día del plan de salvación, de las cosas que debían hacer para vencer al mundo, perfeccionar sus vidas y calificar para regresar con Él a la presencia del Padre eterno.

Así que, ante todo, creemos en Cristo. Y la prueba de si creemos en Él es si creemos en sus palabras y si creemos en aquellos a quienes Él ha enviado —los apóstoles y profetas de todas las épocas

(DyC 1:38; 84:36). Y luego, habiendo creído, tenemos la obligación de conformarnos a las verdades que así hemos aprendido (Mosiah 4:10; Mateo 7:21). Si lo hacemos, comenzamos a crecer en dones espirituales. Añadimos a nuestra fe virtud, y a la virtud conocimiento, y al conocimiento dominio propio y paciencia y piedad y todos los demás atributos y características que están escritos en las revelaciones (2 Pedro 1:5). Así, paso a paso y grado a grado, comenzamos a llegar a ser como Dios nuestro Padre Celestial.

Alcanzar la Salvación es un Proceso, no un Evento

No obtenemos nuestra salvación en un momento; no nos llega de manera instantánea, repentina. Obtener la salvación es un proceso. Pablo dice:

“Ocupáos en vuestra salvación con temor y temblor”

(Filipenses 2:12). A algunos miembros de la Iglesia que ya habían sido bautizados y estaban en el camino hacia la vida eterna, les dijo: “Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos” (Romanos 13:11). Es decir: “Hemos avanzado un poco en el camino estrecho y angosto. Estamos progresando, y si continuamos en esa dirección, la vida eterna será nuestra recompensa eterna.”

Comenzamos en dirección hacia la vida eterna cuando nos unimos a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Entramos por una puerta, y el nombre de la puerta es arrepentimiento y bautismo. De ese modo, entramos en un sendero, y el nombre del sendero es el camino estrecho y angosto. Y luego, si perseveramos hasta el fin —es decir, si guardamos los mandamientos de Dios después del bautismo— ascendemos por ese camino estrecho y angosto, y al final nos espera una recompensa llamada vida eterna.

Todo esto es posible gracias al sacrificio expiatorio de Cristo. Si Él no hubiese venido, no habría esperanza ni posibilidad alguna, bajo ninguna circunstancia, de que ningún hombre pudiera resucitar o tener vida eterna (2 Nefi 9:8–9). La salvación viene por la misericordia y el amor y la condescendencia de Dios. En otras palabras, viene por la gracia de Dios, lo que significa que nuestro Señor la hizo posible. Pero Él ha cumplido su obra, y ahora debemos cumplir la nuestra; y tenemos la obligación de perseverar hasta el fin, de guardar los mandamientos, de trabajar por nuestra salvación, y eso es lo que estamos haciendo en la Iglesia y el reino de Dios sobre la tierra.

El Nuevo Nacimiento es un Proceso

Decimos que un hombre tiene que nacer de nuevo, lo que significa que tiene que morir respecto a las cosas injustas del mundo. Pablo nos dijo que “crucifiquemos al viejo hombre del pecado y que andemos en novedad de vida” (Romanos 6:6). Nacemos de nuevo cuando morimos en cuanto a la injusticia y vivimos en cuanto a las cosas del Espíritu. Pero eso no sucede en un instante, repentinamente. Eso también es un proceso. Nacer de nuevo es algo gradual, salvo en unos pocos casos aislados tan milagrosos que son registrados en las Escrituras. En cuanto a la mayoría de los miembros de la Iglesia, nacemos de nuevo por grados, y nacemos de

nuevo a medida que recibimos más luz, más conocimiento y un mayor deseo de rectitud al guardar los mandamientos.

La Santificación es un Proceso

Lo mismo ocurre con la santificación. Aquellos que van al reino celestial de los cielos deben ser santificados, lo que significa que se vuelven limpios, puros y sin mancha. El mal y la iniquidad han sido quemados de sus almas como si fuera por fuego, dando origen a la expresión figurada “el bautismo de fuego”. Nuevamente, esto es un proceso. Nadie es santificado en un instante, repentinamente. Pero si guardamos los mandamientos y seguimos adelante con firmeza después del bautismo, entonces, grado a grado y paso a paso, santificamos nuestras almas hasta que llegue ese glorioso día en que estemos preparados para ir donde están Dios y los ángeles.

El Crecimiento Espiritual es Gradual, No Instantáneo

Así ocurre con el plan de salvación. Tenemos que llegar a ser perfectos para ser salvos en el reino celestial. Pero nadie llega a ser perfecto en esta vida. Solo el Señor Jesús alcanzó ese estado, y Él tenía una ventaja que ninguno de nosotros posee. Él era el Hijo de Dios, y vino a esta vida con una capacidad espiritual, un talento y una herencia que exceden más allá de toda comprensión lo que cualquiera de nosotros recibió al nacer. Nuestras revelaciones dicen que Él era “semejante a Dios” (Abraham 3:24) en la vida premortal, y que fue, bajo la dirección del Padre, creador de mundos sin número (*Enseñanzas*, p. 348). Ese Santo Ser fue el Santo de Israel en la antigüedad y fue el Sin Pecado en la mortalidad (1 Nefi 20:17; 21:7; 22:20–21; 2 Nefi 6:9; 9:11–12; 25:29). Vivió una vida perfecta y estableció un ejemplo ideal. Esto demuestra que podemos esforzarnos y avanzar hacia esa meta, pero ningún otro mortal —ni los más grandes profetas ni los más poderosos apóstoles ni ningún santo justo de ninguna dispensación— ha sido perfecto. Sin embargo, debemos llegar a ser perfectos para obtener una herencia celestial (3 Nefi 12:48; Mateo 5:48; Moroni 10:32–33; DyC 67:13; 76:50–70, especialmente el v. 69; Hebreos 6:1). Así como nacer de nuevo y santificar nuestras almas es un proceso, también lo es llegar a ser perfectos en Cristo.

Comenzamos guardando los mandamientos hoy, y mañana guardamos más, y vamos de gracia en gracia, subiendo los peldaños de la escalera, y

así mejoramos y perfeccionamos nuestras almas. Podemos llegar a ser perfectos en algunas cosas menores. Podemos ser perfectos en el pago del diezmo. Si pagamos una décima parte de nuestros ingresos anualmente al fondo de diezmos de la Iglesia, si lo hacemos año tras año, y deseamos hacerlo, y no tenemos intención de retener nada, y si lo haríamos sin importar lo que suceda en nuestras vidas, entonces en ese aspecto somos perfectos. Y en ese aspecto, y hasta ese grado, estamos viviendo la ley tan bien como Moroni o como los ángeles del cielo podrían vivirla. Así que, grado a grado y paso a paso, comenzamos el curso hacia la perfección con el objetivo de llegar a ser perfectos como Dios nuestro Padre Celestial lo es, en cuyo caso llegamos a ser herederos de la vida eterna en su reino.

Como miembros de la Iglesia, si trazamos un curso que conduzca a la vida eterna; si comenzamos el proceso de nuevo nacimiento espiritual y estamos yendo en la dirección correcta; si trazamos un curso de santificación de nuestras almas y, grado a grado, avanzamos en esa dirección; y si trazamos un curso para llegar a ser perfectos y, paso a paso y fase por fase, vamos perfeccionando nuestras almas al vencer al mundo, entonces está absolutamente garantizado —no hay duda alguna al respecto— que obtendremos la vida eterna. Aun cuando el nuevo nacimiento esté aún por delante, y la perfección y la plena santificación estén aún por alcanzarse, si trazamos un curso y lo seguimos lo mejor que podamos en esta vida, entonces al salir de esta vida continuaremos exactamente en ese mismo curso. Ya no estaremos sujetos a las pasiones y los apetitos de la carne. Habríamos pasado con éxito las pruebas de esta probación mortal, y a su debido tiempo recibiremos la plenitud del reino de nuestro Padre —y eso significa vida eterna en su presencia eterna.

La Salvación Está a Nuestro Alcance

Podemos hablar de los principios de la salvación y decir cuántos hay y cómo las personas deben cumplir con esos estándares. Y podría parecer difícil, arduo y más allá de la capacidad de los mortales lograrlo. Pero no necesitamos tomar ese enfoque. Debemos darnos cuenta de que tenemos los mismos apetitos y pasiones que todos los santos y personas justas tuvieron en las dispensaciones anteriores (véase, por ejemplo, Santiago 5:17). Ellos no eran diferentes a nosotros. Vencieron la carne. Obtuvieron el conocimiento de Dios. Comprendieron sobre Cristo y la salvación. Recibieron revelaciones del Espíritu Santo a sus almas, dando testimonio

de la filiación divina y del ministerio profético de los profetas que ministraban entre ellos. Y, como consecuencia, trabajaron en su salvación.

Ocasionalmente, en la perspectiva general, ha habido alguien que vivió de tal manera que fue trasladado, pero eso no es algo particularmente destinado a nuestra época y generación. Cuando morimos, nuestra obligación es entrar al mundo de los espíritus y continuar predicando el evangelio allí. Así que, en lo que respecta a las personas que viven ahora, nuestra obligación es creer y vivir conforme a la verdad, y trazar un curso hacia la vida eterna. Y si lo hacemos, recibimos paz, gozo y felicidad en esta vida; y, cuando pasamos a los reinos eternos venideros, continuamos allí trabajando en la causa de la rectitud. ¡Y no fallaremos! Seguiremos adelante hasta recibir la recompensa eterna.

El profeta José Smith dijo que ningún hombre puede cometer el pecado imperdonable después de salir de esta vida (*Enseñanzas*, p. 357). Por supuesto que no; eso es parte de la prueba de esta probación mortal. Y sobre esa misma base, cualquiera que viva con rectitud y tenga integridad y devoción, si está haciendo todo lo que puede aquí, cuando deje esta esfera irá al paraíso de Dios y tendrá descanso y paz; es decir, descanso y paz en lo que respecta a las tribulaciones, los conflictos, las vicisitudes y las ansiedades de esta vida. Pero seguirá trabajando y obrando en la obra del Señor, y eventualmente resucitará en la resurrección de los justos. Recibirá un cuerpo inmortal, lo que significa que el cuerpo y el espíritu estarán inseparablemente unidos. Esa alma nunca volverá a ver corrupción. Nunca más habrá muerte, pero lo que es igualmente glorioso, o aún más, esa alma continuará hacia la vida eterna en el reino de Dios.

Y vida eterna significa la continuación de la unidad familiar. Vida eterna significa heredar, recibir y poseer la plenitud del Padre: el poder, la fuerza, la capacidad creativa y todo lo que Él posee que le permitió crear mundos sin número y ser el progenitor de un número infinito de hijos espirituales.

No podemos concebir realmente cuán gloriosas y maravillosas son todas estas cosas. Podemos vislumbrarlas un poco; podemos obtener un leve entendimiento. Sabemos que están disponibles porque Dios el Creador estableció el plan de salvación. Sabemos que están disponibles porque Dios el Redentor puso en vigor y dio eficacia y validez a todos los términos y condiciones de ese plan eterno. Y sabemos que pueden ser reveladas y

conocidas por nosotros porque Dios el Testigo o Dador de testimonio da testimonio, certifica y testifica al espíritu que hay en nosotros de una manera que no puede ser refutada, que las cosas de las que hablamos son verdaderas.

La Santificación Personal Está Disponible Mediante la Expiación

La Expiación fue realizada de una manera que está totalmente fuera de nuestra comprensión. No entendemos cómo. Sabemos parte del porqué. Sabemos que ocurrió. Sabemos que, de una manera incomprensible para el intelecto finito, el Hijo de Dios tomó sobre sí los pecados de todos los hombres bajo condición de arrepentimiento. Es decir, Él pagó la pena. Satisfizo las demandas de la justicia. Hizo que la misericordia estuviera disponible para nosotros. La misericordia viene por causa de la Expiación. La misericordia es para los que se arrepienten. Todos los demás tienen que sufrir por sus propios pecados y pagar plenamente las demandas de la justicia (DyC 19:16–19; Mosiah 15:26–27; 16:5–11; Alma 11:40–41).

Pero nuestro Redentor Eterno ha hecho por nosotros lo que nadie más pudo hacer, y lo hizo porque Él era el Hijo de Dios y porque poseía el poder de la inmortalidad. Ha tomado sobre sí nuestros pecados bajo la condición de arrepentimiento. El arrepentimiento significa que tenemos fe en el Señor Jesucristo, que abandonamos nuestros pecados, que ingresamos a la Iglesia y reino de Dios en la tierra y recibimos el Espíritu Santo. El arrepentimiento es mucho más que una reforma. El arrepentimiento es un don de Dios, y viene a los miembros fieles de la Iglesia. Lo recibimos por el poder del Espíritu Santo.

El proceso de purificación que ocurre en nuestras vidas se da porque recibimos el poder purificador del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es un revelador y un santificador. El Espíritu Santo revela la verdad a toda alma humana que obedece las leyes. La obediencia nos califica para conocer la verdad

(Juan 7:16–17). Y luego el Espíritu Santo santifica el alma humana, de modo que llegamos a ser limpios y sin mancha y, finalmente, somos calificados para ir donde están Dios y Cristo. (*Discursos del Año en la Universidad de BYU, 5 de septiembre de 1976*)

Grandeza de la Creación, la Expiación y la Filiación Divina

Al analizar y considerar el tema, me parece que el mayor milagro que jamás haya ocurrido fue el milagro de la creación: el hecho de que Dios, nuestro Padre Celestial, nos trajo a la existencia; el hecho de que existimos; que nacimos como sus hijos espirituales; y que ahora tenemos el privilegio de morar en tabernáculos mortales y participar de una experiencia de probación.

Me parece que el segundo mayor milagro que haya ocurrido —en esta o en cualquier creación de Dios— es el sacrificio expiatorio de su Hijo; el hecho de que vino al mundo para rescatar a los hombres de la muerte temporal y espiritual que fueron introducidas en esta existencia por la caída de Adán; el hecho de que nos reconcilia de nuevo con Dios y hace posible para nosotros la inmortalidad y la vida eterna. Este sacrificio expiatorio de Cristo es lo más grandioso que ha sucedido desde la Creación.

Una vez se le preguntó al Profeta: “¿Cuáles son los principios fundamentales de su religión?” Él respondió: “Los principios fundamentales de nuestra religión son el testimonio de los apóstoles y profetas, concerniente a Jesucristo: que Él murió, fue sepultado y resucitó al tercer día, y ascendió al cielo; y todas las demás cosas que pertenecen a nuestra religión son solo apéndices de eso.” (*Enseñanzas*, p. 121)

El corazón, núcleo y centro de la religión revelada es el sacrificio expiatorio de Cristo. Todo descansa sobre ello, todo opera gracias a ello, y sin ello no habría nada. Sin la expiación, los propósitos de la creación serían anulados, desaparecerían, no habría ni inmortalidad ni vida eterna, y el destino final de todos los hombres sería llegar a ser como Lucifer y sus seguidores (2 Nefi 9:9).

El fundamento sobre el cual descansa el sacrificio expiatorio de Cristo es la doctrina de la filiación divina... Cristo fue la única persona que ha vivido que tenía en sí mismo el poder de vivir o morir según lo eligiera—y por tanto, el poder de llevar a cabo el sacrificio expiatorio infinito y eterno sobre el cual descansa todo. Parece apropiado... que hablemos sobre la doctrina de su venida a la mortalidad. Esto es lo que considero, en muchos aspectos, el tercer mayor milagro de la eternidad. (“¿Quién declarará su generación?”, Devocional en BYU, 2 de diciembre de 1975)

Nuestra Relación con el Señor

Doctrina de la Iglesia sobre la Relación del Hombre con la Deidad

Hablaré de nuestra relación con el Señor y de la verdadera comunión que todos los Santos deben tener con el Padre y el Hijo para obtener la vida eterna.

Expondré la doctrina de la Iglesia respecto a cuál debe ser nuestra relación con todos los miembros de la Deidad, y lo haré con claridad y sencillez para que nadie necesite malinterpretar o ser desviado por otras voces.

Expresaré las opiniones de los Hermanos, de los profetas y apóstoles de la antigüedad, y de todos aquellos que comprenden las Escrituras y están en armonía con el Espíritu Santo.

Estos temas están en el fundamento mismo de la religión revelada

Al presentarlos, estoy en terreno propio y familiarizado con el tema. No me rebajaré a disputas triviales sobre semántica, sino que me mantendré en asuntos de fondo. Simplemente regresaré a lo básico y expondré doctrinas fundamentales del reino, sabiendo que todos los que estén espiritualmente sanos y que tengan la guía del Espíritu Santo creerán en mis palabras y seguirán mi consejo.

Abundan los errores religiosos

Por favor, no depositen demasiada confianza en algunas de las opiniones y especulaciones actuales que circulan, sino más bien acudan a la palabra revelada, obtengan un entendimiento sólido de las doctrinas y manténganse dentro de la corriente principal de la Iglesia.

No es ningún secreto que se enseñan muchas cosas falsas, vanas y necias en el mundo sectario e incluso entre nosotros sobre la necesidad de obtener una relación especial con el Señor Jesús. Resumiré la verdadera doctrina en este campo e invito a los maestros errantes y a los estudiantes engañados a que se arrepientan y crean en las verdades aceptadas del evangelio tal como las presentaré.

No hay salvación en creer en ninguna doctrina falsa, especialmente en una visión falsa o imprudente sobre la Deidad o cualquiera de sus miembros. La vida eterna está reservada para aquellos que conocen a Dios y al que Él

envió para llevar a cabo la expiación infinita y eterna (Juan 17:3; DyC 132:24).

La adoración verdadera y salvadora solo se encuentra entre quienes conocen la verdad sobre Dios y la Deidad, y comprenden la relación verdadera que los hombres deben tener con cada miembro de esa Presidencia Eterna.

De ello se desprende que el diablo preferiría difundir falsa doctrina acerca de Dios y la Deidad, e inducir sentimientos falsos con respecto a cualquiera de ellos, más que hacer casi cualquier otra cosa. Los credos de la cristiandad ilustran perfectamente lo que Lucifer quiere que los así llamados cristianos crean acerca de la Deidad para ser condenados.

Estos credos codifican lo que Jeremías llama las mentiras sobre Dios (Jeremías 16:19–21). Dicen que Él es desconocido, no creado e incomprensible. Dicen que es un espíritu, sin cuerpo, partes ni pasiones. Dicen que está en todas partes y en ningún lugar en particular, que llena la inmensidad del espacio y, sin embargo, habita en el corazón de los hombres, y que es una nada inmaterial e incorpórea. Dicen que es un dios en tres, y tres dioses en uno que no oye, ni ve, ni habla. Algunos incluso dicen que está muerto, lo cual bien podría ser cierto si su descripción realmente definiera su ser.

Estos conceptos resumen la herejía principal y más grande de la cristiandad. Verdaderamente, la herejía más grave y malvada jamás impuesta a un cristianismo errante y extraviado es su concepto credal sobre Dios y la Deidad. ¡Pero nada de esto nos preocupa demasiado! Dios se ha revelado a nosotros en esta dispensación, así como lo hizo a los profetas de la antigüedad.

La Verdad sobre Dios

Sabemos, por tanto, que Él es un ser personal a cuya imagen fue hecho el hombre. Sabemos que tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre; que es un ser resucitado, glorificado y perfeccionado; y que vive en la unidad familiar. Sabemos que somos Sus hijos espirituales; que Él nos dotó con el don divino del albedrío; y que ordenó las leyes mediante las cuales podemos avanzar y llegar a ser como Él (*Enseñanzas*, p. 354).

Sabemos que Dios es el único ser supremo e independiente en quien moran toda la plenitud y perfección, y que Él es omnipotente, omnisciente y, por el poder de su Espíritu, omnipresente.

Sabemos que “el Dios Todopoderoso dio a su Unigénito Hijo” (DyC 20:21), como testifican las Escrituras, para redimir al hombre de la muerte temporal y espiritual que entró en el mundo por la caída de Adán, y para poner en funcionamiento todos los términos y condiciones del plan del Padre.

Sabemos que el Espíritu Santo, como personaje de espíritu, es tanto revelador como santificador, y que su misión principal es dar testimonio del Padre y del Hijo.

Así pues, hay en la Deidad Eterna tres personas: Dios el Primero, el Creador; Dios el Segundo, el Redentor; y Dios el Tercero, el Testador (*Enseñanzas*, p. 190). Estos tres son uno —un solo Dios, si se quiere— en propósito, en poder y en perfección. Pero cada uno tiene su propia obra específica que realizar, y la humanidad tiene una relación definida, conocida y específica con cada uno de ellos. Es sobre estas relaciones que hablaremos ahora.

Expongamos aquellas doctrinas y conceptos que un Dios misericordioso nos ha dado en esta dispensación y que deben ser comprendidos para alcanzar la vida eterna. Son:

1. Adoramos al Padre, y solo a Él, y a ningún otro.

No adoramos al Hijo, y no adoramos al Espíritu Santo. Sé perfectamente bien lo que dicen las Escrituras acerca de adorar a Cristo y a Jehová, pero están hablando en un sentido completamente distinto: el sentido de tener reverencia y gratitud profunda hacia Aquel que nos ha redimido. La adoración en el sentido verdadero y salvador está reservada para Dios el Primero, el Creador.

Nuestras revelaciones dicen que el Padre “es infinito y eterno”, que creó a la humanidad “y les dio mandamientos de que lo amaran y le sirvieran, al único Dios viviente y verdadero, y que Él fuera el único ser a quien debieran adorar” (DyC 20:17–19).

Jesús dijo: “Los verdaderos adoradores adorarán” —nótese que esto es mandatorio— “al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca a tales que le adoren. Pues a tales ha prometido Dios su Espíritu. Y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad.” (TJS Juan 4:25–26). No hay otra manera, ni otro sistema de adoración aprobado.

2. Amamos y servimos tanto al Padre como al Hijo.

En el sentido pleno, final y supremo de la palabra, el decreto divino es: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas; y en el nombre de Jesucristo le servirás” (DyC 59:5). Y Jesús también dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

Estos, entonces, son los mandamientos de los mandamientos. Unen al Padre y al Hijo como uno, de modo que ambos reciben nuestro amor y nuestro servicio.

3. El mismo Cristo ama, sirve y adora al Padre.

Aunque Cristo es Dios, existe una Deidad por encima de Él, una Deidad a la que Él adora. Ese Dios es el Padre. A María Magdalena, la primera mortal en ver a una persona resucitada, Jesús le dijo:

“Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17).

Todos nosotros, incluido Cristo, somos hijos espirituales del Padre; todos nosotros, incluido Cristo, buscamos llegar a ser como el Padre. En este sentido, el Primogénito, nuestro Hermano Mayor, avanza como lo hacemos nosotros.

4. El plan de salvación es el evangelio del Padre.

El plan de salvación se originó con el Padre; Él es el autor y consumidor de nuestra fe en el sentido final; Él ordenó las leyes mediante cuya obediencia tanto nosotros como Cristo podemos llegar a ser como Él.

El Padre no pidió voluntarios para proponer un plan mediante el cual el hombre pudiera ser salvado. Lo que hizo fue preguntar a quién debía enviar como Redentor en el plan que Él había ideado. Cristo y Lucifer se ofrecieron voluntariamente, y el Señor eligió a Su Primogénito y rechazó la propuesta enmendatoria del hijo de la mañana.

Así, Pablo habla del “evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne” (Romanos 1:1–3). Es el evangelio del Padre; se convirtió en el evangelio del Hijo por adopción, y lo llamamos por el nombre de Cristo porque Su sacrificio expiatorio puso en funcionamiento todos sus términos y condiciones.

5. Cristo logró su propia salvación adorando al Padre.

Después de que el Primogénito del Padre, siendo aún un ser espiritual, obtuvo poder e inteligencia que lo hicieron semejante a Dios; después de haber llegado a ser, bajo la dirección del Padre, el Creador de mundos sin número; después de haber reinado en el trono del poder eterno como el Señor Omnipotente—después de todo eso, aún tenía que obtener un cuerpo mortal y luego uno inmortal.

Después de que el Hijo de Dios “hizo carne” su “tabernáculo” y mientras “habitó entre los hijos de los hombres”; después de haber dejado su gloria preexistente, como todos lo hacemos al nacer; después de haber nacido de María en Belén de Judea—después de todo esto, fue llamado a lograr su propia salvación.

De la vida de nuestro Señor durante esta probación mortal, las Escrituras dicen: “No recibió la plenitud al principio, sino que recibió gracia por gracia; y no recibió la plenitud al principio, pero continuó de gracia en gracia hasta recibir la plenitud”. Finalmente, después de su resurrección, “recibió la plenitud de la gloria del Padre; y recibió todo poder, tanto en el cielo como en la tierra, y la gloria del Padre estaba con él, porque él moraba en él” (DyC 93:12–13, 16–17).

Obsérvese bien: el Señor Jesús logró su propia salvación durante esta probación mortal yendo de gracia en gracia hasta que, habiendo vencido al mundo y siendo resucitado en gloria inmortal, llegó a ser como el Padre en el sentido pleno, completo y eterno.

6. Todos los hombres deben adorar al Padre de la misma manera en que lo hizo Cristo para obtener la salvación.

Así dice el Señor: “Os doy estas palabras”—las que acabamos de citar, que dicen cómo Cristo logró su salvación adorando al Padre—“os doy estas palabras”, dice el Señor, “para que entendáis y sepáis cómo adorar, y

sepáis qué adoráis, para que podáis venir al Padre en mi nombre y, a su debido tiempo, recibir de su plenitud.”

¡Qué concepto tan maravilloso! Nosotros también podemos llegar a ser como el Padre: “Porque si guardáis mis mandamientos”, continúa el Señor, “recibiréis de su plenitud, y seréis glorificados en mí como yo lo soy en el Padre; por tanto, os digo, recibiréis gracia por gracia” (DyC 93:19–20; cursiva agregada).

7. El Padre envió al Hijo para efectuar la expiación infinita y eterna.

Así como la muerte temporal y espiritual vino por la caída de Adán, así también la inmortalidad y la vida eterna vienen por la expiación de Cristo. Tal fue, es y será por siempre el plan del Padre. Adán fue enviado a la tierra para caer, y Cristo vino para redimir a los hombres de la Caída.

Así, el Padre emitió este llamado en los concilios de la eternidad: “¿A quién enviaré para que sea mi Hijo, para redimir a los hombres de la muerte temporal y espiritual, para llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre, para poner en pleno funcionamiento todos los términos y condiciones de mi plan eterno de redención y salvación?”

Cristo es el Redentor de los hombres y el Salvador del mundo porque su Padre lo envió y le dio poder para hacer la obra asignada. Él dijo que tenía poder para poner su vida y volverla a tomar porque así lo había mandado el Padre. Lehi dice que resucitó “por el poder del Espíritu” (2 Nefi 2:8). La gran y eterna redención, en todas sus fases, fue realizada por Cristo utilizando el poder del Padre.

8. El Hijo vino a hacer la voluntad del Padre en todas las cosas.

Jesús dijo: “He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). También: “He venido al mundo para hacer la voluntad de mi Padre, porque mi Padre me envió. Y mi Padre me envió para que fuese levantado sobre la cruz.” (3 Nefi 27:13–14). Y Pablo dijo de él: que “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:7–8).

¿De qué mejor manera podría describirse su relación con el Padre?

9. Dios, mediante Cristo, está reconciliando a los hombres consigo mismo.

El hombre caído es carnal, sensual y diabólico por naturaleza; está espiritualmente muerto; está en desacuerdo con el Padre. Así, como dice Pablo: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo.” Tenemos “la palabra de la reconciliación”, que es el evangelio, y nuestra predicación es: “Reconciliaos con Dios”, es decir, con el Padre. (2 Corintios 5:18–20).

10. Cristo es el Mediador entre Dios y el hombre.

Puesto que todos los hombres deben reconciliarse con Dios para ser salvos, Él, en su bondad y gracia, ha provisto un mediador para ellos. Pablo nos dice: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:5–6). A esto añadimos: Si no hubiera Mediador, nunca podríamos ser reconciliados con el Padre y, por tanto, no habría salvación.

11. Cristo es nuestro Intercesor ante el Padre, nuestro Abogado en las cortes celestiales.

En el proceso de mediar entre nosotros y nuestro Hacedor, en el proceso de reconciliar a los hombres llenos de pecado con un Dios libre de pecado, Cristo intercede por todos los que se arrepienten. Aboga por la causa de quienes creen en Él. “Padre”, suplica, “perdona a estos mis hermanos que creen en mi nombre, para que vengan a mí y tengan vida eterna.” (DyC 45:5).

12. Nuestra comunión eterna es con el Padre y el Hijo.

Juan dice: “Nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.” Si guardamos los mandamientos, “tenemos comunión” con el Padre—lo cual es el propósito y fin de nuestra existencia. Y por la propia naturaleza de las cosas, también tenemos comunión eterna con Cristo, porque Él caminó en la luz y llegó a ser uno con el Padre. (Véase 1 Juan 1:3–7).

13. Dios estaba en Cristo manifestándose al mundo.

El Hijo, nos dice Pablo, está en “la misma imagen de su [del Padre] sustancia” (Hebreos 1:3). “Yo y el Padre uno somos”, dijo Jesús (Juan

10:30). Así, en su apariencia, en su persona y en sus atributos, el Hijo es la imagen y semejanza del Padre. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”, dijo Jesús (Juan 14:9). Los cuatro Evangelios son un tesoro de conocimiento acerca del Padre, porque presentan cómo es el Hijo, y Él es como el Padre.

14. Cristo es el revelador del Padre.

Dios es, y solo puede ser, conocido por revelación; se revela a sí mismo o permanece para siempre desconocido. Jesús dijo: “Nadie sabe... quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Lucas 10:22).

15. Cristo es el camino al Padre.

“Yo soy el camino,” dijo él. “Nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6.) ¿Quién puede dudar que la misión de Cristo es revelar al Padre, guiar a los hombres al Padre, enseñarles cómo adorar al Padre y reconciliarlos con el Padre?

16. Cristo proclama el evangelio del Padre.

En el sentido último, la palabra de salvación proviene del Padre. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas,” dice Pablo, “en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo.” (Hebreos 1:1–2.)

El Padre envió a los profetas; ellos lo representaron y hablaron su palabra. Cuando Jesús citó a los profetas del Antiguo Testamento ante los nefitas, atribuyó sus palabras al Padre.

Aunque las revelaciones provienen del Hijo, en el sentido último las verdades enseñadas son las del Padre. También somos conscientes de muchos casos en los que Jesús, actuando por investidura divina de autoridad, habla en primera persona como si fuera el Padre. Así, Jesús dijo: “Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta.” (Juan 7:16–17.)

17. Cristo glorifica al Padre, y nosotros también debemos hacerlo.

“Glorifica a tu Hijo,” oró Jesús al Padre, “para que también tu Hijo te glorifique a ti. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera.” (Juan 17:1, 4.)

Así como Cristo, nuestro modelo, glorificó al Padre mediante la obediencia y al cumplir su labor asignada, así debemos hacerlo nosotros. Actuando en el nombre de su Padre, Jesús atribuyó el honor y la gloria en todas las cosas al Padre. El mismo modelo de oración que nos dio nos indica que hagamos lo mismo (véase Mateo 6:9).

Ahora bien, podríamos continuar enumerando más conceptos, todos los cuales darían el mismo testimonio y estarían en armonía con lo ya dicho. En su lugar, basándonos en estos conceptos, analicemos el problema en cuestión y saquemos algunas conclusiones.

Unidad Perfecta entre las Deidades

¿Cuál es y cuál debe ser nuestra relación con los miembros de la Deidad?

Primero, debe recordarse que la mayoría de las escrituras que hablan de Dios o del Señor ni siquiera se preocupan por distinguir entre el Padre y el Hijo, simplemente porque no importa cuál de los dos esté involucrado. Ellos son uno. Las palabras o acciones de cualquiera de ellos serían las mismas del otro en las mismas circunstancias.

Además, si una revelación proviene de o por el poder del Espíritu Santo, ordinariamente las palabras serán las del Hijo, aunque lo que el Hijo diga será lo que el Padre diría, y por tanto las palabras pueden considerarse del Padre. Y así, cualquier sentimiento de amor, alabanza, reverencia o adoración que llene nuestros corazones al recibir la palabra divina será el mismo, sin importar quién sea el autor pensado o reconocido.

Y sin embargo, sí tenemos una relación apropiada con cada miembro de la Deidad, al menos en parte porque cada uno realiza funciones separadas y distintas, y también debido a lo que ellos, como un solo Dios, han hecho por nosotros.

Nuestra Relación con el Padre

Nuestra relación con el Padre es suprema, primordial y preeminente sobre todas las demás. Él es el Dios a quien adoramos. Es su evangelio el que salva y exalta. Él ordenó y estableció el plan de salvación. Él es aquel que una vez fue como nosotros ahora somos. La vida que Él vive es la vida eterna, y si hemos de recibir este mayor de todos los dones de Dios, será porque llegamos a ser como Él.

Nuestra relación con el Padre

Nuestra relación con el Padre es la de un padre con su hijo. Él es quien nos dio nuestro albedrío. Fue su plan el que proveyó una caída y una expiación. Y es con Él con quien debemos reconciliarnos si queremos obtener la salvación. Es a Él a quien tenemos acceso directo mediante la oración, y si fuera necesario —aunque no lo es— destacar a uno de los miembros de la Deidad para una relación especial, el Padre, y no el Hijo, sería el indicado para esa elección.

Nuestra relación con el Hijo

Nuestra relación con el Hijo es la de hermano o hermana en la vida premortal, y la de ser guiados hacia el Padre por Él durante esta esfera mortal. Él es el Señor Jehová, quien defendió nuestra causa antes de la fundación del mundo. Él es el Dios de Israel, el Mesías prometido y el Redentor del mundo.

Por la fe somos adoptados en su familia y llegamos a ser sus hijos. Tomamos sobre nosotros su nombre, guardamos sus mandamientos y nos regocijamos en el poder purificador de su sangre. La salvación viene por medio de Él. Desde los albores de la creación, mientras dure la eternidad, no ha habido ni habrá jamás un acto de tan trascendente poder e importancia como su sacrificio expiatorio.

No tenemos ni una fracción del poder necesario para alabar debidamente su santo nombre ni para atribuirle el honor, el poder, la fuerza, la gloria y el dominio que le pertenecen. Él es nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Rey.

Nuestra relación con el Espíritu Santo

Nuestra relación con el Espíritu Santo es de otra índole. Este santo personaje es un revelador y un santificador. Da testimonio del Padre y del Hijo. Confiere dones espirituales a los fieles. Aquellos de nosotros que hemos recibido el don del Espíritu Santo tenemos el derecho a su compañía constante.

Y nuevamente, si fuera apropiado —¡y repito que no lo es!— destacar a un miembro de la Deidad para prestarle especial atención, bien podríamos concluir que ese miembro debería ser el Espíritu Santo. Bien podríamos adoptar como lema: *Busca al Espíritu*. La razón, por supuesto, es que el poder santificador del Espíritu nos aseguraría la reconciliación con el Padre. Y cualquier persona que goce de la compañía constante del Espíritu Santo estará en completa armonía con la voluntad divina en todas las cosas.

Peligros de una creencia equivocada

Ahora bien, a pesar de todas estas verdades, que deberían ser obvias para toda persona espiritualmente iluminada, las herejías asoman su fea cabeza entre nosotros de vez en cuando. Hay aquellos cultistas engañados, y otros que —a menos que se arrepientan— van camino a convertirse en tales, que eligen creer que debemos adorar a Adán. Estas personas han salido o deberían encontrar la salida de la Iglesia.

Hay otros —principalmente intelectuales sin testimonios firmes— que postulan que Dios no lo sabe todo, sino que progresa en verdad y conocimiento y lo hará eternamente. Estos, a menos que se arrepientan, vivirán y morirán débiles en la fe y quedarán cortos de heredar lo que podría haber sido suyo en la eternidad.

Hay otros más cuya excesiva devoción los lleva más allá de lo marcado. Su deseo por la excelencia es desmedido. En un esfuerzo por ser más fieles que los fieles, se dedican a buscar una relación especial y personal con Cristo que es tanto impropia como peligrosa.

Digo que es peligrosa porque este camino, particularmente en la vida de algunos que son espiritualmente inmaduros, se convierte en una obsesión del evangelio que genera una actitud enfermiza de “más santos que tú”.

En otros casos, conduce al abatimiento porque el que busca la perfección se da cuenta de que no está viviendo como supone que debería hacerlo.

Otro peligro es que quienes se involucran en esto con frecuencia comienzan a orar directamente a Cristo, debido a una amistad especial que sienten haber desarrollado con Él. En este sentido, un libro actual y poco sabio, que aboga por obtener una relación especial con Jesús, contiene esta frase: “Puesto que el Salvador es nuestro mediador, nuestras oraciones van a través de Cristo al Padre, y el Padre responde nuestras oraciones por medio de su Hijo”.

Esto es un simple disparate sectario. Nuestras oraciones se dirigen al Padre, y solo a Él. No pasan por Cristo, ni por la Virgen María, ni por Santa Genoveva, ni por las cuentas de un rosario. Tenemos el derecho de “acercarnos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

Y más bien supongo que quien se sienta en el trono elegirá sus propios medios para responder a sus hijos, y que estos son numerosos. La oración perfecta se dirige al Padre, en el nombre del Hijo (3 Nefi 18:19–21); se expresa por el poder del Espíritu Santo; y es respondida de la manera que parezca adecuada por aquel cuyo oído está atento a las necesidades de sus hijos.

Sigan a los líderes de la Iglesia

Ahora bien, sé que algunos pueden sentirse ofendidos por el consejo de que no deben esforzarse por lograr una relación especial y personal con Cristo. Les parecerá como si yo estuviera hablando en contra del amor maternal, del patriotismo o de la escuelita roja. Pero no es así. Hay una línea sutil aquí que los verdaderos adoradores no cruzarán.

Es cierto que puede haber, con propiedad, una relación especial con una esposa, con los hijos, con los amigos, con los maestros, con las bestias del campo, las aves del cielo y los lirios del valle. Pero en el mismo momento en que alguien destaca a un miembro de la Deidad como el receptor casi exclusivo de su devoción, en detrimento de los otros, ese es el momento en que la inestabilidad espiritual empieza a sustituir al sentido común y a la razón.

El curso apropiado para todos nosotros es permanecer en la corriente principal de la Iglesia. Esta es la Iglesia del Señor, y está dirigida por el espíritu de inspiración, y la práctica de la Iglesia constituye la interpretación de las escrituras. Y nunca han oído a uno de los miembros de la Primera Presidencia ni del Quórum de los Doce —quienes poseen las llaves del reino y han sido designados para velar para que no seamos “llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (Efesios 4:14)— nunca los han oído abogar por ese celo excesivo que busca lograr una supuesta relación especial y personal con Cristo.

Los han escuchado enseñar y testificar sobre el ministerio y la misión del Señor Jesús, usando el lenguaje más persuasivo y poderoso a su alcance. Pero jamás, en ningún momento, han enseñado ni respaldado ese celo desmedido e intemperante que alienta oraciones interminables, a veces de todo un día, con el fin de lograr una relación personal con el Salvador.

Quienes verdaderamente aman al Señor y adoran al Padre en el nombre del Hijo, por el poder del Espíritu, de acuerdo con los modelos aprobados, mantienen una barrera reverente entre ellos mismos y todos los miembros de la Deidad.

Buscar relaciones especiales: característica del sectarismo

Soy plenamente consciente de que algunos que han orado durante horas interminables sienten que tienen una relación especial y personal con Cristo que antes no tenían. Sin embargo, me pregunto si esto es diferente —o muy diferente— de los sentimientos de fanáticos sectarios que, con ojos vidriosos y lenguas ardientes, nos aseguran que han sido salvos por gracia y tienen asegurado un lugar con el Señor en una morada celestial, cuando en realidad ni siquiera han recibido la plenitud del evangelio.

Me pregunto si no será parte del sistema de Lucifer hacer que las personas sientan que son amigos especiales de Jesús cuando, en realidad, no están siguiendo el modelo normal y habitual de adoración que se encuentra en la verdadera Iglesia.

Permítanme recordarles que deben mantenerse en el curso trazado por la Iglesia. Esta es la Iglesia del Señor, y Él no permitirá que se desvíe. Si seguimos el consejo que proviene de los profetas y videntes, recorreremos el camino que es agradable al Señor.

Una distancia reverente separa al hombre de Dios

¿Estaría fuera de lugar recordarles que Jesús mantuvo una reserva entre Él y sus discípulos, y que no les permitió la misma intimidad con Él que tenían entre ellos? Esto fue particularmente cierto después de Su resurrección. Por ejemplo, cuando María Magdalena, en un gran derramamiento de amor y devoción, intentó abrazar al Señor resucitado, sus manos fueron detenidas. “No me toques”, dijo Él (Juan 20:17). Entre ella y Él, sin importar el grado de amor, había una línea que no podía cruzar. Y, sin embargo, casi inmediatamente después, un grupo completo de mujeres fieles sostuvo a ese mismo Señor por los pies y, no podemos dudarlo, bañaron sus pies heridos con sus lágrimas (Mateo 28:9).

Es una línea sutil y sagrada, pero claramente hay una diferencia entre una relación personal e íntima con el Señor —lo cual es impropio— y una adoración reverente que aún mantiene la reserva necesaria entre nosotros y Aquel que nos compró con Su sangre.

Respeto por el Salvador

Sinceramente espero que nadie imagine que en lo más mínimo he disminuido la importancia del Señor Jesús en el plan divino. No lo he hecho. Hasta donde sé, no hay un hombre en la tierra que piense más altamente de Él que yo. Es posible que haya predicado más sermones, enseñado más doctrina y escrito más palabras sobre el Señor Jesucristo que cualquier otro hombre vivo en la actualidad. Tengo diez volúmenes extensos publicados, siete de los cuales tratan casi por completo sobre Cristo, y los otros tres sobre Él y su doctrina.

Evitar la controversia doctrinal

No supongo que lo que he dicho aquí pondrá fin a la controversia ni a la propagación de puntos de vista y doctrinas falsas. El diablo no está muerto y se deleita en la controversia (3 Nefi 11:29). Pero ustedes han sido advertidos y han escuchado la verdadera doctrina enseñada. (“Nuestra relación con el Señor”, Devocional de BYU, 2 de marzo de 1982)

¿Qué pensáis de la salvación por gracia?

La “nueva” Reforma

Me pregunto cuántos de nosotros somos conscientes de uno de los grandes fenómenos religiosos de las épocas, uno que ahora está arrasando con el cristianismo protestante, como solo otra cosa lo ha hecho jamás en toda la Era Cristiana.

Somos testigos silenciosos de una moda religiosa casi mundial que nació en la mente de algunos grandes reformadores religiosos hace casi quinientos años y que ahora está recibiendo un nuevo nacimiento de libertad e influencia.

¿Puedo apartarme por un momento de la corriente principal del cristianismo evangélico actual, nadar contra la corriente, por así decirlo, y expresar algunas opiniones bastante claras y directas sobre este supuesto medio maravilloso de ser salvo con muy poco esfuerzo?

Pero antes de centrarme en esta manía religiosa que ahora ha poseído a millones de personas devotas pero engañadas, y como medio para mantener todas las cosas en perspectiva, permítanme primero identificar la herejía original que hizo más que cualquier otra cosa para destruir el cristianismo primitivo.

Esta primera y principal herejía de un cristianismo ahora caído y decadente —y en verdad es el padre de todas las herejías— se propagó por todas las congregaciones de verdaderos creyentes en los primeros siglos de la era cristiana: entonces y ahora tiene que ver con la naturaleza y el tipo de ser que es Dios.

Fue la doctrina, adaptada del gnosticismo, que transformó el cristianismo de una religión en la que los hombres adoraban a un Dios personal, a cuya imagen fue hecho el hombre (Génesis 1:26-27; Santiago 3:9; Mosíah 7:27; Éter 3:15; DyC 20:18; Moisés 6:8-9), en una religión en la que los hombres adoraban una esencia espiritual llamada la Trinidad. Este nuevo Dios, ya no un Padre personal, ya no un personaje con cuerpo tangible (DyC 130:22), se convirtió en una incomprensible esencia espiritual tres-en-uno que llenaba la inmensidad del espacio.

La adopción de esta falsa doctrina sobre Dios destruyó efectivamente la verdadera adoración entre los hombres e inauguró la era de la apostasía universal. La iglesia dominante se convirtió entonces en un poder político, gobernando autocráticamente sobre reinos y imperios, así como sobre sus propias congregaciones (1 Nefi 13, 14). La salvación, según se creía entonces, era administrada por la iglesia a través de los siete sacramentos.

Casi un milenio y medio después, durante el siglo XVI, cuando la Reforma surgió del Renacimiento como un medio para romper el dominio de la iglesia dominante, los grandes reformadores cristianos encendieron un nuevo fuego doctrinal. Ese fuego, ardiendo con fuerza sobre las secas y áridas praderas de la autocracia religiosa, fue lo que realmente preparó el camino para la restauración del evangelio en los tiempos modernos.

“La salvación solo por gracia” niega la expiación

Sin embargo, fue ese fuego doctrinal —ese fuego ardiente, llameante y herético— el que se convirtió en la **segunda** gran herejía de la cristiandad, porque destruyó efectivamente la eficacia y el poder de la expiación del Señor Jesucristo, por medio de quien viene la salvación.

La **primera** gran herejía, barriendo como un incendio forestal las ramas titubeantes de un cristianismo naciente, destruyó la adoración del Dios verdadero. Y la **segunda**, una herejía que también se originó en los mismos tribunales de las tinieblas, destruyó la propia expiación del Hijo unigénito de Dios.

Esta segunda herejía —y es la ilusión y manía predominante que hasta el día de hoy reina en el gran cuerpo evangélico del protestantismo— es la doctrina de que somos justificados solo por la fe, sin las obras de la ley. Es la doctrina de que somos salvos solo por gracia, sin obras. Es la doctrina de que podemos nacer de nuevo simplemente confesando al Señor Jesús con nuestros labios mientras seguimos viviendo en nuestros pecados.¹

Todos hemos escuchado sermones de los grandes evangelistas y profetas autoproclamados de los diversos ministerios de radio y televisión. Cualquiera que sea el tema de sus sermones, invariablemente terminan con una invitación y un ruego para que las personas pasen al frente, confiesen al Señor y reciban el poder purificador de su sangre.

Las transmisiones televisivas de estos sermones siempre muestran arenas, coliseos o estadios llenos de personas, decenas, cientos y miles de las cuales pasan al frente para hacer sus confesiones, convertirse en cristianos “nacidos de nuevo” y ser salvos con todo lo que suponen que eso implica.

Mientras conducía por una carretera en mi automóvil, escuchaba por la radio el sermón de uno de estos evangelistas que predicaba sobre la salvación solo por gracia. Dijo que todo lo que alguien tenía que hacer para ser salvo era creer en Cristo y realizar un acto afirmativo de confesión. Entre otras cosas, dijo: “Si estás viajando en un automóvil, simplemente extiende tu mano y toca la radio del auto, haciendo así contacto conmigo, y luego di: “Señor Jesús, yo creo”, y serás salvo”.

Entretejida con este concepto está la doctrina de que los elegidos de Dios están predestinados a ser salvos sin importar lo que hagan, lo cual, supongo, es parte de la razón por la cual un ministro luterano una vez me dijo: “Yo fui salvo hace dos mil años, y no hay nada que pueda hacer al respecto ahora”, dando a entender que creía haber sido salvado por la sangre de Cristo derramada en el Calvario, sin obras ni esfuerzo de su parte.

La motivación de Lutero para aceptar la “gracia solamente”

Aquí hay un relato de cómo el mismo Martín Lutero llegó a creer en la doctrina de la justificación por la fe sola; es una ilustración ideal de por qué esta doctrina tiene tanto atractivo.

Un biógrafo comprensivo nos cuenta: Lutero “estaba muy preocupado por su salvación personal y dado a reflexiones sombrías sobre su condición pecaminosa”, tanto así que “cayó gravemente enfermo y fue presa de un ataque de desesperación”.

También: “Nadie lo superaba en oración, ayuno, vigiliass nocturnas o mortificación personal. Era... un modelo de santidad. Pero... no hallaba paz ni descanso en todos sus ejercicios piadosos... Veía el pecado en todas partes... No podía confiar en Dios como un Padre reconciliado, como un Dios de amor y misericordia, sino que temblaba ante Él, como un Dios de ira, como un fuego consumidor... Era el pecado como poder omnipresente y principio corruptor, el pecado como corrupción de la naturaleza, el pecado como alienación de Dios y enemistad contra Él, lo que pesaba

sobre su mente como un incubus y lo llevaba al borde de la desesperación”.

Estando en ese estado, llegó a la “convicción de que el pecador es justificado solo por la fe, sin las obras de la ley... Esta experiencia actuó como una nueva revelación para Lutero. Iluminó toda la Biblia y la convirtió para él en un libro de vida y consuelo. Se sintió aliviado del terrible peso de culpa mediante un acto de gracia libre. Fue sacado de la oscura prisión de la penitencia autoimpuesta hacia la luz del día y el aire fresco del amor redentor de Dios. La justificación rompió las cadenas de la esclavitud legalista y lo llenó de gozo y paz del estado de adopción; le abrió las mismas puertas del cielo.”

(Philip Schaff, *History of the Christian Church* [Nueva York: Charles Scribner's & Sons, reimpresso, 1980], 7:111, 116-17, 122-124). Así lo dice el biógrafo de Lutero.

Debe quedar perfectamente claro para todos nosotros que la ruptura de Lutero con el catolicismo fue parte del programa divino; fue como un Elías preparando el camino para la Restauración. Pero esto no implica, de ninguna manera, que se apruebe divinamente la doctrina que ideó para justificar en su propia mente esa ruptura.

Pocos aceptan el “camino estrecho y angosto”

Ahora, razonemos juntos sobre este tema de ser salvos sin necesidad de hacer obras de justicia. ¿Alguna vez te has preguntado por qué nuestros misioneros convierten a uno de una ciudad y a dos de una familia, mientras que los predicadores de esta doctrina de salvación solo por gracia ganan millones de conversos? (Jeremías 3:14; 1 Nefi 14:12).

¿Te parece extraño que nosotros desgastemos nuestras vidas para llevar un alma a Cristo, a fin de que tengamos gozo con ella en el reino del Padre, mientras que nuestros colegas evangelistas no pueden ni contar sus conversos, tan grande es su número? ¿Por qué aquellos que vienen a escuchar el mensaje de la Restauración se cuentan por cientos y miles, en lugar de por cientos de miles?

¿Puedo sugerir que la diferencia está entre el camino estrecho y angosto, que pocos hallan, y el camino ancho “que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él”? (Mateo 7:13).

Todos los hombres deben tener y de hecho tienen alguna forma de adoración—llámese cristianismo, comunismo, budismo, ateísmo, o los caminos errantes del islam. Repito: todos los hombres deben y de hecho adoran; esta inclinación les ha sido dada por su Creador como un don y una facultad natural. La Luz de Cristo se derrama sobre toda la humanidad (DyC 84:44-46; 88:7-13; 93:2; Juan 1:9); todos los hombres tienen una conciencia y saben por instinto la diferencia entre el bien y el mal (Moroni 7:12-19); está en la naturaleza misma del ser humano el buscar y adorar a un ser divino de alguna clase.

Como sabemos, desde la Caída todos los hombres se han vuelto carnales, sensuales y diabólicos por naturaleza; se han vuelto mundanos; y su inclinación es vivir según los deseos de la carne y satisfacer sus pasiones y apetitos (Mosíah 3:19; 16:3; 1 Cor. 2:11-14; Gál. 5:19-21). En consecuencia, siempre que los hombres pueden idear un sistema de adoración que les permita continuar viviendo según el mundo, en su estado carnal y caído, y al mismo tiempo satisfacer su deseo innato e instintivo de adoración, tal sistema, para ellos, es un logro maravilloso.

La verdadera doctrina de la salvación por gracia

Ahora bien, existe una doctrina verdadera de salvación por gracia—una salvación por gracia solamente y sin obras, como dicen las Escrituras. Para entender esta doctrina debemos definir nuestros términos tal como se definen en las Escrituras sagradas.

1. ¿Qué es la salvación?

Es tanto la inmortalidad como la vida eterna (DyC 29:43; 2 Ne. 9:22-24). Es una herencia en el más alto grado del reino celestial (DyC 131:1-4; 132). Consiste en la plenitud de la gloria del Padre y está reservada para aquellos cuya unidad familiar continúa en la eternidad (DyC 132:19). Los que son salvos llegan a ser como Dioses y viven como Él vive (Rom. 8:13-18; Apoc. 21:7; 3 Nefi 28:10; DyC 84:31-38; 132:18-20).

2. ¿Qué es el plan de salvación?

Es el sistema ordenado por el Padre para permitir que sus hijos espirituales progresen y lleguen a ser como Él (Moisés 4:1-4; Abraham 3:22-28). Consiste en tres grandes y eternas verdades: la

Creación, la Caída y la Expiación—sin ninguna de las cuales podría haber salvación.

3. **¿Qué es la gracia de Dios?**

Es su misericordia, su amor y su condescendencia—todas manifestadas para el beneficio y bendición de sus hijos, todas operando para llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.

Nos regocijamos en la condescendencia celestial que permitió que María se convirtiera en “la madre del Hijo de Dios, según la carne” (1 Nefi 11:18). Nos deleitamos en el amor eterno que envió al Unigénito al mundo, “para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Estamos profundamente agradecidos por esa misericordia que es para siempre (1 Crón. 16:34, 41; 2 Crón. 5:13; 7:3, 6; Esdras 3:11; Sal. 106:1; 107:1; 118:1-4; 136), y mediante la cual se ofrece salvación a los mortales errantes.

Cómo la Salvación es un Don Gratuito

En su bondad y gracia, el gran Dios ordenó y estableció el plan de salvación. No se requirieron obras de nuestra parte. En su bondad y gracia, Él creó esta tierra y todo lo que hay en ella (Colosenses 1:16-17; Hebreos 2:10; DyC 93:9-10), con el ser humano como la criatura culminante de su creación—sin cuya creación sus hijos espirituales no podrían obtener la inmortalidad y la vida eterna. No se requirieron obras de nuestra parte. En su bondad y gracia, proveyó la caída del hombre, trayendo así la mortalidad, la muerte y un estado probatorio—sin los cuales no habría inmortalidad ni vida eterna (2 Nefi 2; 9; Alma 42; DyC 29:40-42). Y nuevamente, no se requirieron obras de nuestra parte. En su bondad y gracia—y esto sobre todo—dio a su Hijo Unigénito para rescatar al hombre y a toda vida de la muerte temporal y espiritual que entró en el mundo por causa de la caída de Adán. Envío a su Hijo para redimir a la humanidad, expiar los pecados del mundo y llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre (3 Nefi 27:13-16). Y todo esto nos llega como un don gratuito y sin obras.

No hay nada que ningún hombre pueda hacer para crearse a sí mismo. Eso fue obra del Señor Dios. Tampoco tuvimos parte en la caída del hombre, sin la cual no habría salvación. El Señor proveyó el camino y Adán y Eva

pusieron en marcha el sistema. Y finalmente, no ha habido, no hay ni puede haber ninguna forma ni medio por el cual el hombre por sí solo, con algún poder que posea, pueda redimirse a sí mismo.

No podemos resucitarnos a nosotros mismos más de lo que podemos crearnos a nosotros mismos. No podemos crear una morada celestial para los santos, ni hacer provisión para la continuación de la unidad familiar en la eternidad, ni traer a existencia la salvación y la exaltación. Todas estas cosas son ordenadas y establecidas por ese Dios que es el Padre de todos nosotros. Y todas llegaron a existir, y se nos hacen disponibles, como dones gratuitos, sin obras, gracias a la infinita bondad y gracia de aquel cuyos hijos somos.

En verdad, no hay forma de exagerar la bondad, la grandeza y la gloria de la gracia de Dios que trae salvación. Tal amor maravilloso, tal misericordia incesante, tal compasión y condescendencia infinitas—todo esto solo puede provenir del Dios Eterno que vive en vida eterna y que desea que todos sus hijos vivan como Él vive y sean herederos de la vida eterna.

El Contexto de Pablo sobre la “Salvación por Gracia”

Sabiendo estas cosas, como las sabían Pablo y nuestros compañeros apóstoles de la antigüedad, pongámonos en su lugar. ¿Qué palabras deberíamos elegir para ofrecer al mundo las bendiciones de un sacrificio expiatorio concedido gratuitamente?

Por un lado, predicamos a los judíos que, en su estado caído y perdido, han rechazado a su Mesías y creen que se salvan mediante las obras y ritos de la ley de Moisés (Gálatas 2:15-16).

Por otro lado, predicamos a los paganos—romanos, griegos, y los de todas las naciones—que no saben absolutamente nada sobre el mensaje mesiánico, ni de la necesidad de un Redentor, ni de la realización de la expiación infinita y eterna. Ellos adoran ídolos, las fuerzas de la naturaleza, los cuerpos celestes o lo que les plazca. Al igual que los judíos, asumen que este o aquel sacrificio o acto de apaciguamiento agradará a la deidad de su elección y que como resultado obtendrán ciertas bendiciones vagas e indefinidas.

¿Se puede permitir que tanto judíos como paganos sigan suponiendo que sus obras los salvarán? ¿O deben abandonar sus pequeños y mezquinos

actos de adoración superficial, adquirir fe en Cristo y confiar en el poder purificador de su sangre para ser salvos?

Deben ser enseñados a tener fe en el Señor Jesucristo y a abandonar sus tradiciones y ritos. Ciertamente debemos decirles que no pueden salvarse mediante las obras que están haciendo, porque el hombre no puede salvarse a sí mismo. En cambio, deben volverse a Cristo y confiar en sus méritos, su misericordia y su gracia.

El Libro de Mormón Aclara las Enseñanzas sobre la Salvación por Gracia

Abinadí luchó con este mismo problema en sus disputas con los sacerdotes y el pueblo de Noé. Ellos tenían la ley de Moisés, con sus diversos ritos y ordenanzas, pero no sabían nada del Expiador. Así que Abinadí preguntó: “¿Viene la salvación por la ley de Moisés? ¿Qué decís vosotros?” Y ellos respondieron y dijeron que la salvación venía por la ley de Moisés (Mosíah 12:31–32).

Después de enseñarles algunas de las grandes verdades de la salvación, Abinadí respondió su propia pregunta: “La salvación no viene sólo por la ley”, dijo; “y si no fuera por la expiación, que Dios mismo ha de efectuar por los pecados e iniquidades de su pueblo, éstos necesariamente perecerían, no obstante la ley de Moisés” (Mosíah 13:28). La salvación no está en las obras —ni siquiera en aquellas reveladas por Dios— sino en Cristo y su expiación.

Una Aplicación Moderna

Supongamos ahora un caso moderno. Supongamos que tenemos las Escrituras, el evangelio, el sacerdocio, la Iglesia, las ordenanzas, la organización, incluso las llaves del reino—todo lo que existe hoy, hasta el último tilde y jota—y sin embargo, no existiera la expiación de Cristo. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Podríamos ser salvos? ¿Seríamos recompensados por todas nuestras buenas obras? ¿Por toda nuestra rectitud?

Con toda seguridad, no lo seríamos. No somos salvos sólo por las obras, por muy buenas que sean; somos salvos porque Dios envió a su Hijo para derramar su sangre en Getsemaní y en el Calvario, a fin de que todos sean redimidos por medio de Él. Somos salvos por la sangre de Cristo (Hechos 20:28; 1 Corintios 6:20).

Parafraseando a Abinadí: “La salvación no viene sólo por medio de la Iglesia; y si no fuera por la expiación, dada por la gracia de Dios como un don gratuito, todos los hombres necesariamente perecerían, y esto no obstante la Iglesia y todo lo que le pertenece.”

Doctrina Verdadera de la Gracia y las Obras

Vayamos ahora a la cuestión de si debemos hacer algo para obtener las bendiciones de la Expiación en nuestras vidas. Y hallamos la respuesta escrita en palabras de fuego y resplandeciendo en todo el cielo; oímos una voz que habla con el sonido de diez mil trompetas; los mismos cielos y la tierra se conmueven de su lugar, tan poderoso es el mensaje que se proclama. Es un mensaje que ni los hombres, ni los ángeles, ni los mismos Dioses pueden anunciar con un énfasis indebido.

Este es el mensaje: El hombre no puede ser salvo solo por la gracia; así como vive el Señor, el hombre debe guardar los mandamientos (Eclesiastés 12:13; Mateo 19:17; 1 Nefi 22:31; DyC 93:20); debe obrar obras de justicia (Mateo 7:21; Santiago 2:18–26; DyC 78:5–7); debe ocuparse en su salvación con temor y temblor ante el Señor (Filipenses 2:12); debe tener fe como los antiguos—la fe que trae consigo dones, señales y milagros.

¿Basta con creer y bautizarse sin más? La respuesta es no, en todo idioma y lengua. Más bien, después de creer, después del arrepentimiento, después del bautismo:

“Debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna. Y ahora bien, he aquí... esta es la senda; y no hay otra senda ni nombre dado debajo del cielo por el cual el hombre pueda ser salvo en el reino de Dios.” (2 Nefi 31:20–21)

El apóstol Juan, el Amado, promete a los santos la vida eterna con el Padre bajo esta condición:

“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

La sangre de Cristo fue derramada como un don gratuito de maravillosa

gracia, pero los santos son limpiados por esa sangre después de guardar los mandamientos.

En ningún lugar se ha enseñado esto mejor que en las palabras del Señor resucitado a sus hermanos nefitas:

“Y ninguna cosa impura puede entrar en su reino; por tanto, nada entra en su descanso sino aquellos que han lavado sus vestidos en mi sangre, a causa de su fe, y del arrepentimiento de todos sus pecados, y de su fidelidad hasta el fin.

Ahora bien, este es el mandamiento: Arrepentíos, todos los extremos de la tierra, y venid a mí, y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que podáis comparecer sin mancha ante mí en el postrer día.

De cierto, de cierto os digo que este es mi evangelio; y sabéis las cosas que debéis hacer en mi iglesia; porque las obras que me habéis visto hacer, esas mismas haréis; por tanto, si hacéis estas cosas, benditos sois, porque seréis enaltecidos en el postrer día.” (3 Nefi 27:19–22).

Los hombres deben ser hacedores de la palabra, no solamente oidores; deben hacer las mismas obras que Cristo hizo (2 Nefi 31:10; 3 Nefi 27:21–22); y quienes tienen una fe verdadera y salvadora en Él, logran precisamente ese fin.

En nuestra época, al menos entre otros cristianos, no enfrentamos los mismos problemas que nuestros predecesores. Ellos debían demostrar que ninguna obra realizada entonces era eficaz sin la expiación; que la salvación estaba en Cristo y su sangre derramada; y que todos los hombres debían acudir a Él para ser salvos.

Nuestra necesidad en el mundo actual, donde los cristianos suponen que hubo una expiación, es interpretar correctamente las Escrituras y llamar a los hombres a guardar los mandamientos para hacerse dignos del poder purificador de la sangre del Cordero.

Escucha entonces la palabra del Señor Jesús: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Y es la voluntad del Padre—como atestiguan muchas escrituras—que todos los hombres, en todas partes, deben perseverar hasta el fin, deben

guardar los mandamientos y deben ocuparse en su salvación con temor y temblor ante el Señor, o de ninguna manera podrán entrar en el reino de los cielos.

¡Qué bien lo expresó Nefi!: “Cree en Cristo, y... reconcílate con Dios; pues sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de todo lo que podamos hacer” (2 Nefi 25:23).

Las Nociones Sectarias de la “Sola Gracia” Pervierten la Intención Divina

La salvación por sola gracia y sin obras, tal como se enseña hoy en amplios sectores del cristianismo, es semejante a lo que propuso Lucifer en la preexistencia: que salvaría a toda la humanidad y que ni un alma se perdería. Él los salvaría sin albedrío, sin obras, sin ningún acto de su parte (Moisés 4:1; DyC 29:36).

Así como fue falsa la propuesta de Lucifer en la preexistencia para salvar a toda la humanidad, también lo es la doctrina de la salvación por gracia sola, sin obras, tal como se enseña en el cristianismo moderno. Ambos conceptos son falsos. No hay salvación en ninguno de ellos. Ambos provienen de la misma fuente; no son de Dios.

Nosotros creemos y proclamamos que la vida eterna es conocer al único Dios sabio y verdadero, y a Jesucristo, a quien Él ha enviado (Juan 17:3). Que los hombres adoren al dios que quieran, pero no hay salvación si no se adora al Dios verdadero.

Creemos y proclamamos que la salvación está en Cristo, en su evangelio, en su sacrificio expiatorio (2 Nefi 31:21; Mosíah 4:8; Hechos 4:12). Nos atrevemos a decir que viene por la bondad y la gracia del Padre y del Hijo. Ningún pueblo sobre la tierra alaba al Señor con mayor fe y fervor que nosotros a causa de esa bondad y esa gracia.

Como agentes del Señor, como sus siervos, como embajadores de Cristo—enviados por Él; enviados para hablar en su nombre y lugar; enviados para decir lo que Él diría si estuviera personalmente aquí—testificamos que ningún hombre, mientras la tierra permanezca, o los cielos subsistan, o Dios continúe siendo Dios, ningún hombre jamás será salvo en el reino de Dios, en el reino celestial de los cielos, sin hacer las obras de justicia.

Lo que debemos hacer para ser salvos

En lo que al hombre respecta, el gran y eterno plan de salvación consiste en:

1. **Fe en el Señor Jesucristo**; fe en Él como el Hijo de Dios; fe en Él como el Salvador y Redentor que derramó su sangre por nosotros en Getsemaní y en el Calvario.
2. **Arrepentimiento de todos nuestros pecados**—así abandonamos al mundo y su curso carnal; así nos apartamos del camino ancho que lleva a la destrucción; así nos preparamos para el **nuevo nacimiento espiritual** en el reino de Dios.
3. **Bautismo por inmersión para la remisión de pecados**; bautismo bajo las manos de un administrador legal que tiene poder para atar en la tierra y sellar en el cielo—plantando así nuestros pies firmemente sobre el **camino estrecho y angosto** que lleva a la vida eterna.
4. **Recibir el don del Espíritu Santo**—lo cual nos permite ser bautizados con fuego; que el pecado y el mal se quemen de nuestra alma como si fuera por fuego; ser santificados de modo que podamos comparecer **puros y sin mancha** ante el Señor en el día postrero.
5. **Perseverar hasta el fin en justicia**, guardar los mandamientos y vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Así dice el Señor:

“El que hace las obras de justicia recibirá su recompensa, paz en este mundo y vida eterna en el mundo venidero” (DyC 59:23).

Así como Dios es verdadero, como Cristo es el Salvador y el Espíritu Santo es su ministro y testigo, **tal** es el plan de salvación, y no hay ni jamás habrá otro.

Que el mundo piense y actúe como desee; que nosotros, los santos de Dios que sabemos más, junto con todos los que estén dispuestos a vivir conforme al estándar más alto del evangelio, alabemos al Señor por su bondad y gracia y lo hagamos guardando sus mandamientos, convirtiéndonos así en herederos de la vida eterna.

(“¿Qué pensáis de la salvación por gracia?”, Devocional de BYU, 10 de enero de 1984.)

Notas:

1. Una de las razones por las que un hombre no puede nacer de nuevo solo por confesar que Jesús es el Señor es que el proceso del nuevo nacimiento espiritual incluye recibir las ordenanzas de salvación.

El profeta José Smith dijo:

“El nuevo nacimiento viene por el Espíritu de Dios a través de las ordenanzas”
(Enseñanzas, p. 162).

Una señal que el Señor dio a los primeros hermanos para saber si una persona era aceptada por Dios era si aceptaba y obedecía sus ordenanzas (DyC 52:15-16).

“Con frecuencia se pregunta”, dijo José Smith, “¿No podemos ser salvos sin pasar por todas las ordenanzas?” Yo respondería: *No, no en la plenitud de la salvación.*” (Enseñanzas, p. 331.)

De hecho, el bautismo es la ordenanza iniciadora que representa el arrepentimiento y una disposición a guardar los mandamientos; sin embargo, nadie se salva sin ordenanzas adicionales, tales como, por ejemplo, la investidura y el matrimonio en el templo.

2. Las palabras del élder McConkie aquí son bien escogidas. Como él mismo ha señalado:

“El curso que lleva a la vida eterna es tanto strait como straight. Es straight (recto) porque tiene una dirección invariable—siempre es el mismo. No hay desvíos, senderos torcidos ni tangentes que conduzcan al reino de Dios. Es strait (estrecho) porque es angosto y restringido, un curso donde se requiere obediencia completa a toda la ley. Straightness se refiere a la dirección; straitness a la anchura. La puerta es estrecha (strait); el camino es tanto recto (straight) como estrecho (strait).”

(2 Nefi 9:41; 31:9, 17–18; 33:9; Alma 37:44–45; Hel. 3:29–30; 3 Nefi 14:13–14; 27:33; DyC 22; 132:22; Mateo 7:13–14; Lucas 13:23–24; Hebreos 12:13; Jeremías 31:9).

(*Mormon Doctrine*, p. 769).

Capítulo 4

Cristo Revelado a Través de sus Profetas

Cristo y Sus Profetas Son Uno

Para Aceptar a Cristo, Debemos Aceptar a Sus Siervos

Cristo y sus profetas van de la mano. No pueden separarse. Es total y completamente imposible creer en Cristo sin también creer y aceptar la comisión divina de los profetas enviados para revelarlo y llevar sus verdades salvadoras al mundo. (DyC 1:38; 21:4-5; 84:36; 3 Nefi 28:34; Éter 4:10; Mateo 10:40-41.)

Nadie hoy en día diría: “Creeré en Cristo, pero no creeré en Pedro, Jacobo y Juan ni en su testimonio de Él.” Por la misma naturaleza de las cosas, creer en Cristo es más que aceptarlo como una persona individual, aislada, como alguien independiente de cualquier otro. Creer en Cristo presupone e incluye la aceptación de los profetas que lo revelan al mundo.

Jesús dijo: “El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí” (Juan 13:20). También: “El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha” (Lucas 10:16).

Para creer en Cristo no solo debemos aceptar a los profetas que lo revelan, sino que también debemos creer en los relatos de las Escrituras registrados por esos profetas. Jesús dijo a un profeta del Libro de Mormón: “El que no creyere mis palabras, tampoco me creerá a mí—que yo soy” (Éter 4:12), lo que significa que no creerá que existo y que soy el Hijo de Dios.

Nefi, otro profeta del Libro de Mormón, invitó a todos los hombres a “creer en Cristo. Y si creéis en Cristo,” dijo, “creeréis en estas palabras [es decir, en el relato del Libro de Mormón], porque son las palabras de Cristo, y él me las ha dado.” (2 Nefi 33:10.)

Pero incluso las mismas Escrituras solo pueden interpretarse con certeza cuando está presente el espíritu de profecía, como dijo Pedro: “Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada. Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” (2 Pedro 1:20-21)

Los profetas dieron las Escrituras, y los profetas deben interpretarlas. Los santos hombres de la antigüedad recibieron revelación del Espíritu Santo, la cual registraron como Escritura; ahora los hombres deben tener ese mismo Espíritu Santo para revelar el significado de las Escrituras; de lo contrario, habrá una multitud de interpretaciones privadas y, como consecuencia, muchas iglesias diferentes y en desacuerdo entre sí, que es precisamente la condición del mundo religioso actual. (Informe de la Conferencia, octubre de 1964.)

No podríamos creer en Cristo si no hubiera profetas que declararan a Cristo y sus verdades salvadoras a nosotros. El apóstol Pablo razonó sobre este tema, y dijo: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Romanos 10:14-15.)

Excepto por Cristo, no habría salvación. Y sin los profetas de Dios, enviados en las distintas épocas de la historia de la tierra, no se daría testimonio de Cristo, no se enseñaría el mensaje de salvación, y no habría administradores legales que pudieran realizar las ordenanzas de salvación para los hombres—es decir, realizarlas de modo que sean válidas en la tierra y selladas eternamente en los cielos.

Así es como el Señor ha enviado profetas. Nadie supondría que puede creer en Cristo y rechazar a los profetas. El Señor y sus profetas van de la mano. Cristo dijo: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”; luego dijo a sus apóstoles: “Vosotros sois los pámpanos.” (Juan 15:1, 5.) Los pámpanos y la vid están conectados. También enseñó que si los pámpanos eran arrancados de él, se secarían, morirían y serían echados al fuego. Si las personas del mundo quieren recoger el fruto de la vida eterna de los pámpanos, tienen que aceptar a los profetas, porque los pámpanos son los profetas.

Los Santos Reconocen a los Profetas de Dios en Cada Dispensación

Este ha sido el sistema que el Señor ha establecido desde los días del padre Adán hasta el momento presente, y continuará eternamente. El Señor envió a Adán en el principio para enseñar los principios de salvación (Moisés 5:58–59; 6:1). Adán tuvo una dispensación del evangelio, es decir, el Señor le reveló directamente desde los cielos, le dispensó las verdades salvadoras; y cualquiera que viviera en los días de Adán, para ser salvo en el reino celestial, debía aceptar a Jesucristo, en quien reside la salvación, y también debía aceptar a Adán como el revelador, el profeta, el administrador legal que enseñó las leyes de salvación y administró las ordenanzas correspondientes. Así ocurrió en cada dispensación sucesiva.

En los días de Enoc, si un hombre quería ser salvo en el reino celestial, aceptaba a Cristo como el Salvador del mundo y a Enoc como su profeta. Y así fue en los días de Abraham, de Moisés, de Pedro, Jacobo y Juan, y en nuestros días.

Supongo que el procedimiento de la Iglesia no era muy diferente en los tiempos antiguos. También tenían reuniones de testimonio, y cuando las personas se levantaban en ellas, movidas por el Espíritu Santo, daban testimonio de que Jesucristo era el Hijo de Dios que habría de venir, y que Adán era su profeta, o Enoc, o el jefe de la dispensación correspondiente; y así es hoy en día. Testificamos de Jesucristo, y testificamos de José Smith, y ellos son uno. Están perfectamente unificados. (DyC 84:36–38.) (Informe de la Conferencia, octubre de 1951.)

Dios Opera a Través de los Profetas

En otras palabras, si “invocamos el nombre del Señor”, si confesamos con nuestra boca al Señor Jesús, si creemos en nuestro corazón “que Dios le levantó de los muertos”, es porque primero creemos y aceptamos el testimonio del apóstol o profeta enviado por Dios para darnos el conocimiento de la salvación.

No es parte del plan del Señor aparecer personalmente a cada hombre para decirle qué creer y cómo actuar para ser salvo. Pero sí es parte del plan del Señor enviar administradores legales investidos con poder de lo alto, enviar profetas y apóstoles para enseñar sus verdades y realizar las ordenanzas de salvación.

Pablo fue uno de ellos. Como fue enviado a los romanos, esa nación debía aceptarlo como apóstol para aceptar a Cristo como el Salvador. Si creían en la comisión divina de Pablo, entonces podían creer en su testimonio sobre Cristo y las verdades salvadoras de su evangelio. Si creían en Cristo y lo aceptaban como el Hijo de Dios, necesariamente debían creer que Pablo era un apóstol, porque él fue el predicador enviado a ellos para revelar la verdad sobre Cristo y el evangelio. (Informe de la Conferencia, octubre de 1964.)

Abraham vio a los profetas de Dios

¿Puedo mencionar ahora la gran visión que tuvo el patriarca Abraham? Recordarás que el Señor le mostró las huestes preexistentes y, en particular, a los nobles y grandes en aquel mundo. Abraham los vio: las inteligencias, los hijos espirituales de Dios nuestro Padre, los espíritus nobles y grandes que estaban entre ellos. Y el Señor le dijo: “Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer” (Abraham 3:23).

El lugar de José Smith en el esquema eterno

Así como fue con Abraham, así también con todos los profetas de Dios. A veces alguien puede preguntarse (es decir, alguien del mundo): ¿cómo es posible que el Padre y el Hijo se aparecieran a un muchacho de catorce años y medio en la primavera de 1820, para dar comienzo, como solemos decir, a la dispensación del cumplimiento de los tiempos?

José Smith se sentó con el padre Abraham en los concilios de la eternidad, y José Smith fue ordenado, como lo fue Abraham, para venir y ser la cabeza de una dispensación del evangelio aquí en la tierra. Él había ascendido, por virtud de su obediencia, inteligencia, progreso y rectitud, a un alto estado de perfección espiritual en aquel mundo. Cuando vino aquí, trajo consigo los talentos y habilidades, la profunda espiritualidad y la rectitud innata que había desarrollado allá, bajo la tutela de Dios el Padre.

En los mundos eternos, el primogénito espiritual del Padre fue Jehová, quien es Cristo (Abraham 2:7–8; JST Éxodo 6:3; Salmo 83:18; Isaías 12:2; 26:4, 19; DyC 110:1–10; Moroni 10:34). Él era preeminente (Abraham 3:24, 27). Junto a Cristo estaba el gran espíritu Miguel (Enseñanzas, pág. 157). Cristo fue ordenado como un cordero inmolado desde la fundación del mundo (Apocalipsis 13:8), escogido para venir aquí y ser el Redentor.

Miguel fue preparado, escogido y enviado aquí como el padre Adán, el primer hombre de todos los hombres, la primera carne sobre la tierra (Moisés 3:7), la cabeza de la raza humana y el sumo sacerdote presidente, bajo Cristo, sobre toda la tierra.

Los hombres espirituales que estuvieron asociados con Cristo y con Adán en todas las eternidades preexistentes, y que fueron más valientes que todos sus compañeros, fueron los escogidos para encabezar las diversas dispensaciones del evangelio. Uno de ellos fue el profeta José Smith. No se necesita mucha reflexión para saber que José Smith fue uno de los doce espíritus más grandes que Dios el Padre Eterno tuvo en todos los concilios de la eternidad; que vino para estar aquí en el momento señalado, a la hora exacta y en el preciso instante que el Señor había designado para abrir esta dispensación. Él estuvo aquí para participar en ese evento.

No creo que el Padre y el Hijo se hubiesen aparecido a un muchacho común de catorce años y medio, si hubiese salido a esa arboleda a preguntar al Señor cuál de todas las iglesias era la verdadera... El Señor había estado preparando a José Smith para ese evento desde toda la eternidad... José Smith tenía la estatura espiritual, la fortaleza en la rectitud que le permitió soportar la visión; tenía el talento y la capacidad para avanzar en rectitud en el reino de Dios en la tierra: primero, para establecerlo; y luego, en cierta medida, para perfeccionar su organización antes de ser llevado a casa, antes de sellar su testimonio con su sangre.

Cristo y sus profetas son uno; y la salvación en esta dispensación es, primero, por medio de Cristo y su sacrificio expiatorio, y es, segundo, mediante la aceptación del sacrificio expiatorio y de las doctrinas de Cristo tal como fueron reveladas por el profeta José Smith, y tal como son enseñadas por los oráculos vivientes que portan el manto del Profeta y que están en este mismo momento a la cabeza del reino de Dios en la tierra.

Conocimiento personal de los profetas vivientes

¿Puedo contarte una experiencia que tuve? Nunca antes se la he contado a nadie, excepto a mi esposa. Hace seis meses [abril de 1951], en la asamblea solemne, cuando se sostuvo a la Primera Presidencia de la Iglesia, mientras estaba sentado aquí detrás de uno de estos púlpitos más bajos, la voz del Señor vino a mi mente con tanta certeza —estoy seguro—

como vino la voz del Señor a la mente de Enós, y las palabras mismas se formaron, y decían: “Éstos son a quienes he escogido como la Primera Presidencia de mi Iglesia. Síguelos”, esas pocas palabras.

He tenido un testimonio de la divinidad de esta obra desde mi juventud. Fui criado en un hogar donde el amor era la fuerza motriz, donde mis padres me enseñaron justicia, y he crecido con un testimonio. Pero ese testimonio fue una confirmación adicional. Significó para mí que ésta es la Iglesia del Señor; que su mano está sobre ella; que Él la organizó; que estos hombres que presiden han sido llamados por Él; que son sus ungidos; que si los seguimos como ellos siguen a Cristo, tendremos vida eterna. (Informe de la Conferencia, octubre de 1951.)

Falsos profetas proclaman falsos Cristos

Hoy en día, la gente por todas partes está escuchando voces, voces extrañas que los incitan a seguir senderos secundarios y prohibidos que conducen a la destrucción. Esto se ve especialmente en los tonos suplicantes de ese coro de voces discordantes que hablan del mismo Salvador del mundo.

Hay voces que claman: “He aquí, Cristo está aquí” o “He allí”, lo cual significa que diversos predicadores dicen: “Cree en Cristo y serás salvo según este sistema” o “según aquel otro sistema”.

Una voz del Corán proclama a Jesús como profeta, al igual que Abraham y Moisés, pero descarta su filiación divina con la declaración de que Alá no necesita un hijo para redimir a los hombres; más bien, le basta con hablar y la cosa se hace.

Una voz de cierta secta, mirando hacia la cruz, dice: “Fuimos salvos hace dos mil años, y ahora no hay nada que podamos hacer al respecto, para bien o para mal.”

Otra voz proclama: “El bautismo no tiene importancia; simplemente cree, confiesa al Señor con tus labios; no se necesita más; Cristo lo hizo todo.”

Otra secta deja de lado la necesidad de las buenas obras con la afirmación de que al final todas las almas estarán en armonía con Dios—todos serán salvos.

Otra alza su canto sobre la confesión, la penitencia, el purgatorio y los ritos rituales de una jerarquía sacerdotal. Otra dice que nuestro Señor fue un gran maestro moral, nada más. Otros creen que el nacimiento virginal fue solo una ficción piadosa fabricada por discípulos ingenuos que también inventaron los relatos de los milagros.

Y así continúa; todas las sectas, partidos y denominaciones proclaman a un Cristo moldeado según sus diversas peculiaridades teológicas. Y como sabemos, este mismo alboroto de voces que claman que la salvación viene por medio de Cristo, según este o aquel sistema contradictorio, es en sí una de las señales de los tiempos.

Jesús predijo que en nuestros días habría falsos Cristos y falsos profetas, lo que significa que surgirían religiones falsas que llevarían su nombre, y que las doctrinas falsas y los maestros falsos estarían por todas partes (Mateo 24:5, 11, 23-24; JS—M 1:5-6, 9, 21-22).

La Nuestra, la Única Voz de Verdad

En medio de todo ello, que podamos levantar la única voz que refleja la mente, la voluntad y la voz del Señor. Nuestra voz es una que testifica de un Cristo verdadero y viviente; es una que declara que el Señor Jesús se ha revelado a sí mismo y a su evangelio nuevamente en los tiempos modernos; es una voz que invita a todos los hombres a venir a Él, quien murió en el Calvario, y a vivir sus leyes tal como las ha dado a los profetas modernos. (Informe de la Conferencia, abril de 1977.)

Nuestra Comisión de Testificar de Cristo

Nuestra Misión: Una de Testimonio

Según entiendo, nuestra misión para el mundo en este día es testificar de Jesucristo. Nuestra misión es dar testimonio de que Él es el Hijo del Dios viviente y que fue crucificado por los pecados del mundo; que la salvación fue, es y será, en y por medio de su sangre expiatoria; que, en virtud de su expiación, todos los hombres serán resucitados a la inmortalidad, y que aquellos que crean y obedezcan la ley del evangelio obtendrán tanto la inmortalidad como la vida eterna.

Y la posición que ocupa José Smith en el plan divino es que él es el principal testigo de Cristo que ha habido en este mundo desde que el Hijo

de Dios anduvo personalmente entre los hombres y dio testimonio de sí mismo diciendo: “Yo soy el Hijo de Dios” (Mateo 27:43; Juan 10:36).

Todos los Aspectos del Evangelio Testifican de Cristo

Creemos, y doy testimonio, que Jesucristo es el Primogénito espiritual de Elohim, quien es Dios, nuestro Padre Celestial. Creemos que, mientras vivía en el mundo preexistente, por virtud de su inteligencia superior, progreso y obediencia, alcanzó la posición de un Dios. Y entonces se convirtió, bajo la dirección del Padre, en el creador de este mundo y de todas las cosas que hay en él, así como también el creador de mundos sin número.

Creemos que Él fue el Jehová del Antiguo Testamento; que fue por medio de Él que Dios el Padre trató con todos los antiguos profetas, revelándoles su mente, su voluntad y el plan de salvación.

Cristo dio el evangelio a los antiguos comenzando con Adán y continuando, dispensación tras dispensación, hasta el tiempo presente. Y todo lo que ha sido dado en el evangelio, y todo lo que de cualquier manera ha estado relacionado con él, ha sido diseñado con el propósito expreso de dar testimonio de Cristo y certificar su misión divina.

Los Sacrificios en Similitud del Hijo de Dios

Desde Adán hasta Moisés y desde Moisés hasta Cristo, los profetas y sacerdotes de Dios ofrecieron sacrificios. Tales sacrificios eran en similitud del sacrificio del Unigénito del Padre que habría de venir. (Éxodo 12; Moisés 5:5–8; Alma 34:10–14.) Cuando Moisés levantó la serpiente en el asta en el antiguo Israel y dijo a los israelitas que quienes miraran vivirían al ser mordidos por serpientes venenosas, fue en similitud del hecho de que el Hijo de Dios sería levantado en la cruz y que todos los que miraran hacia Él podrían vivir eternamente (Números 21:8–9; Juan 3:14; Alma 33:19–22).

Las Ordenanzas del Evangelio Centran la Atención en Cristo

Cada ordenanza del evangelio está diseñada para señalar y centrar la atención de los hombres en Cristo. Somos bautizados en similitud de su muerte, sepultura y resurrección (Romanos 6:3–5). Honramos el domingo como día de reposo porque fue en ese día cuando Él resucitó de la tumba

(Hechos 20:7), rompiendo las ligaduras de la muerte y convirtiéndose en las primicias de los que durmieron (1 Corintios 15:20). Los antiguos honraban el séptimo día como día de descanso y adoración porque fue en ese día que Él descansó de sus labores después de trabajar bajo la dirección de su Padre en la creación de este mundo (Éxodo 20:8–11). De hecho, Jacob dice: “Todas las cosas que han sido dadas por Dios desde el principio del mundo al hombre, son el simbolismo de él” (2 Nefi 11:4).

Todo profeta que ha habido en el mundo ha testificado que Él es el Hijo de Dios (Hechos 10:43), porque por su misma naturaleza, ése es el principal llamamiento de un profeta. El testimonio de Jesús es sinónimo del espíritu de profecía (Apocalipsis 19:10).

Por Convenio Somos Sus Testigos

Cuando los santos de los últimos días pasan por las aguas del bautismo, es con un convenio de que seremos testigos de Cristo en todo tiempo, en todas las cosas y en todo lugar en que estemos, aun hasta la muerte, para que podamos ser redimidos por Dios, contados entre los de la primera resurrección y obtener la vida eterna, por la cual entendemos la vida en el reino celestial de los cielos. Una de nuestras revelaciones dice que “a todo hombre que ha sido avisado, le conviene amonestar a su prójimo” (DyC 88:81). Esa es nuestra responsabilidad.

Testificamos con Palabras y con Hechos

No siempre se trata simplemente de decir con tantas palabras que estas cosas son verdaderas. Primero que todo, creo que damos testimonio de Cristo por la vida que vivimos, dejando brillar nuestra luz y permitiendo que los principios del evangelio hablen a través de nosotros (Mateo 5:13–16; 2 Timoteo 4:12). Si podemos incorporar el amor, la caridad, la integridad, la humildad y la virtud —que son parte del evangelio— en nuestras vidas de modo que otros vean nuestras buenas obras, entonces estamos, por ese hecho, testificando de los frutos del mormonismo, del hecho de la restauración del evangelio y de la divinidad de Jesucristo, cuya mano está en esta obra. (Informe de la Conferencia, octubre de 1948.)

Parte II

La Misión del Espíritu Santo

INTRODUCCIÓN A LA PARTE II

El testimonio del Espíritu Santo es central en toda nuestra estructura religiosa: medimos nuestra doctrina, realizamos nuestras ordenanzas, juzgamos nuestra dignidad, tomamos decisiones y hacemos convenios, y ejercemos dones espirituales, todo por el poder del Espíritu Santo. La calidad de nuestra adoración —¡la calidad misma de nuestras vidas!— depende de nuestra capacidad para recibir y responder a las impresiones y susurros del Espíritu Santo. De hecho, la fe misma es un don que proviene del Espíritu Santo y es alimentado por él (1 Corintios 12:9); de manera similar, el arrepentimiento es un don del Espíritu Santo; ningún bautismo es aceptable a Dios a menos que sea sellado y aceptado por el Espíritu Santo, y el mandato divino, en efecto, es vivir por el poder del Espíritu Santo, que es el poder de revelación y de testimonio, y es la capacidad de vivir “no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Caminar “en santidad delante del Señor” (DyC 20:69) es vivir por el espíritu de inspiración; es recibir revelación.

Obviamente, para comprender la misión del Espíritu Santo, debemos distinguir entre los distintos significados que se atribuyen a frases como “el Espíritu Santo”, “el Espíritu”, “el Espíritu de Dios”, “el Espíritu de Cristo”, “la Luz de Cristo” y otras expresiones. El capítulo 5 comienza con tales aclaraciones definitorias y muestra que, para entender lo que el Señor quiere decir, debemos comprender el contexto escritural en el que habla y tener una comprensión básica de los principios involucrados en la misión del Espíritu Santo y de la Luz de Cristo, para no leer significados incorrectos en las palabras y frases que se usan en las escrituras.

Pero aún no basta con tener un entendimiento intelectual del significado de las palabras y frases que el Señor utiliza. El propósito de la mortalidad es ver si viviremos de tal forma que experimentemos la compañía —es

decir, escuchemos la voz— del Espíritu Santo, porque, como señala el élder McConkie, Su voz es la voz del Señor. Así, el élder McConkie testifica que, gracias a la Restauración, el Espíritu Santo habla de nuevo en nuestros días, invistiendo a los hombres con los mismos poderes, dones, entendimiento y experiencias que poseyeron los antiguos santos. Esta es la gran evidencia de que la obra es verdadera.

De todas las revelaciones dadas por medio del Espíritu Santo, la más importante es aquella que permite a uno “saber que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que fue crucificado por los pecados del mundo” (DyC 46:13). Este es el testimonio de Jesús, y sólo viene por el poder del Espíritu Santo. Desde los días del profeta José Smith, sabemos que fue sobre la roca de la revelación que Jesús edificó su reino (véase *Enseñanzas*, pág. 274); el élder McConkie agrega que esto significa más que el hecho de que los apóstoles y profetas reciban revelación para guiar los asuntos de la Iglesia. Además, significa específicamente que los individuos obtienen el testimonio de Jesús de la misma manera en que lo hizo Pedro: por el poder del Espíritu Santo. Este conocimiento es el fundamento rocoso sobre el cual se edifica el reino. El capítulo 6, entonces, ilustra la importancia de este testimonio en particular: los hombres y mujeres pueden ser salvos aunque nunca hayan hablado en lenguas, resucitado a los muertos, discernido un espíritu maligno o realizado algún milagro en particular. Pero nadie será salvo sin el testimonio de Jesús. Y nuevamente, ¿cómo probamos que nuestro testimonio es verdadero, que Jesús es el Cristo, que José Smith fue un profeta, o que cualquier otra realidad espiritual es, de hecho, verdadera? Por el poder del Espíritu Santo; por el poder del testimonio llevado por el Espíritu.

Las experiencias de Pedro ilustran esta verdad. También ilustran que el crecimiento y desarrollo espiritual —como nacer de nuevo, llegar a ser santificado y convertirse verdaderamente— son procesos que ocurren con el tiempo; no son eventos que suceden de repente.

El Señor instituyó la oración (capítulo 7) por muchas razones, y ninguna más importante que la de traer el Espíritu Santo a nuestras vidas. Pero, ¿cómo oramos? José Smith enseñó que si uno desea ser salvo, debe hacer lo que hizo una persona salva, y señaló a Cristo como “el prototipo o modelo de... un ser salvo” (*Lecciones sobre la Fe*, pág. 63). Por tanto, estudiamos cómo oró Jesús e imitamos ese mismo proceso en nuestras

propias oraciones. “Sígueme” (2 Nefi 31:10), mandó Jesús, y añadió: “Las obras que me habéis visto hacer, esas haréis también; porque aquello que me habéis visto hacer, eso mismo haréis” (3 Nefi 27:21).

¿Podríamos hacer algo mejor que orar como oró Jesús? El élder McConkie analiza, en parte, la gran oración intercesora, y luego entreteje otros consejos escriturales para explicar “por qué el Señor instituyó la oración”. Proporciona diez pautas que, si se siguen, nos ayudarán a orar más como oró Jesús.

Los capítulos 8 y 9 tratan sobre cómo obtener respuestas a la oración —es decir, sobre cómo recibir revelación. En el capítulo 8, el élder McConkie amplía una “fórmula espiritual” para obtener revelación, proporciona ilustraciones tomadas de las vidas y testimonios de quienes han recibido revelación, enfatiza que la espiritualidad no es un oficio al que se es llamado, sino el resultado de vivir rectamente, y que por tanto, todos pueden y deben recibir revelación personal.

Una de las revelaciones más significativas dadas en esta dispensación ocurrió el 1 de junio de 1978, al presidente Spencer W. Kimball, en la que el Señor instruyó que el criterio para recibir el santo sacerdocio debía ser la dignidad personal, y que personas de toda raza podrían recibir el sacerdocio, condicionado únicamente a dicha dignidad. En el capítulo 9 se encuentra uno de los pocos relatos o testimonios escritos por alguien que estuvo presente cuando la voz del Señor habló. Este relato es importante porque proporciona una visión apostólica del contexto en el que el Señor se manifestó.

La efusión pentecostal que aquí se describe, la cual en importancia se compara con la revelación que precedió la emisión del Manifiesto en 1890, y que cambia las operaciones de la Iglesia tanto aquí en la tierra como en el mundo de los espíritus, es una de las señales de los tiempos y un testimonio renovado de que la Iglesia es guiada divinamente. También proporciona la ilustración perfecta de cómo recibir revelación. Esta revelación fue dada al Presidente de la Iglesia para el beneficio de toda la Iglesia, pero los principios involucrados, y las acciones que él tomó para recibirla, son las mismas que deben aplicar los individuos que buscan revelación personal.

Al relatar los acontecimientos que rodearon esta revelación, y al proporcionar un contexto doctrinal para su significado, el élder McConkie ilustra cómo el presidente Kimball, sus consejeros y los Doce cumplieron perfectamente con las pautas dadas en el capítulo 8, según las cuales se recibe la revelación. Trece hombres fieles —apóstoles, profetas y videntes— todos deliberadamente y de forma constante guardando los mandamientos, motivados por un espíritu de amor, se reunieron en perfecta unidad de propósito, espíritu y fe, para hablar con el Señor sobre un asunto que los había preocupado durante largo tiempo. Vinieron en espíritu de adoración, ayuno, con la disposición de aceptar lo que el Señor dijera, suplicando primero el perdón de los pecados de todos. Habían estado involucrados en consejo, en testimonio, en enseñanza mutua, y en la renovación de sus convenios mediante la Santa Cena. Se habían separado de los pensamientos, preocupaciones y asuntos del mundo. Llegaron con deseo puro, y con un profeta humilde como portavoz, ofrecieron una oración ferviente e inspirada. En ese entorno, la voz de Dios habló, cambiando el curso de la historia y proporcionando una ilustración impecable de cómo obtener revelación.

Capítulo 5

La Misión del Espíritu Santo

¿Qué Significa “El Espíritu Santo”?

Uno de los problemas más difíciles de toda la interpretación escritural es determinar, en cada caso, qué se quiere decir con las designaciones “Espíritu Santo”, “el Espíritu del Señor”, “el Espíritu de Dios” y términos relacionados.

Las escrituras que utilizan estos diversos términos se refieren a uno de los siguientes conceptos:

1. **El Espíritu Santo** — un ser espiritual, miembro de la Trinidad; o
2. **El don del Espíritu Santo** — el derecho, otorgado en el momento del bautismo, de recibir revelación personal y disfrutar de la compañía del Espíritu Santo; o
3. **La Luz de Cristo** — el espíritu que llena la inmensidad del espacio y está presente en todas partes, la luz que “alumbra a todo hombre que viene al mundo” (DyC 84:45–47), “la influencia de la inteligencia de Dios... la sustancia de su poder... el espíritu de inteligencia que impregna el universo”, como dijo el presidente Joseph F. Smith (*Doctrina del Evangelio: Selecciones de los discursos y escritos de Joseph F. Smith*, 12.^a ed., Salt Lake City: Deseret News Press, 1961, pág. 61. En adelante citado como *Doctrina del Evangelio*).

En algunos pasajes, el término “Espíritu Santo” se refiere al ser espiritual que es una de las tres personas de la Trinidad; en otros, la inferencia es hacia el don y no hacia la persona.

Tanto la expresión “Espíritu Santo” como “Espíritu del Señor” pueden referirse al Espíritu Santo o a la Luz de Cristo, dependiendo de lo que se quiere expresar y significar en el pasaje en cuestión.

Como personificación espiritual, un ser con forma semejante a la del hombre, el Espíritu Santo es uno con el Padre y el Hijo — uno en plan y propósito, uno en carácter, perfección y atributos. José Smith dijo: “El Espíritu Santo es un revelador.” También: “Ningún hombre puede recibir el Espíritu Santo sin recibir revelaciones.” (*Enseñanzas*, pág. 328).

Como revelador, el Espíritu Santo tiene la responsabilidad de testificar del Padre y del Hijo. Debe revelar la verdad y la divinidad de la obra del Señor a todos los hombres, ya sean miembros de la Iglesia o no. Así, Moroni hizo la promesa a todos los hombres — tanto a los que están dentro de la Iglesia como a los del mundo — de que si leían el Libro de Mormón y preguntaban al Padre en el nombre de Cristo si era verdadero, sabrían por el poder del Espíritu Santo que lo es (Moroni 10:3–5).

Cuando las personas aprenden por el poder del Espíritu Santo que el Señor ha revelado su evangelio de nuevo, están obligadas, so pena de perder su herencia en el reino celestial, a unirse a la Iglesia mediante el bautismo y recibir el don del Espíritu Santo por la imposición de manos.

“Hay una diferencia entre el Espíritu Santo y el don del Espíritu Santo,” dijo el Profeta. “Cornelio recibió el Espíritu Santo antes de ser bautizado, lo cual fue el poder convincente de Dios que le testificó de la verdad del evangelio; pero no pudo recibir el don del Espíritu Santo hasta después de ser bautizado” (*Enseñanzas*, pág. 199).

El don se confiere únicamente por la imposición de manos. Un administrador legal, que realmente representa a la Deidad, promete a la persona recién bautizada que, bajo ciertas condiciones, puede obtener la compañía constante del Espíritu. El don está reservado para los Santos.

El Espíritu Santo puede dar un destello de revelación a cualquiera que busque sinceramente la verdad, un destello comparable a un relámpago que irrumpe en la oscuridad de una tormenta nocturna. Pero la compañía constante del Espíritu, comparable a caminar bajo el resplandor pleno del sol del mediodía, está reservada para aquellos que se unen a la Iglesia y guardan los mandamientos.

Aquellos que disfrutaban del don del Espíritu Santo están en proceso de santificar sus vidas. El Espíritu Santo es un santificador; cuando los hombres reciben el bautismo de fuego, el mal y la iniquidad son quemados de sus almas como por fuego.

Al distinguir entre el Espíritu Santo y la Luz de Cristo, el presidente Joseph F. Smith dice:

“El Espíritu Santo como personificación espiritual no puede estar omnipresente en persona más de lo que pueden estar el Padre o el Hijo; pero por su inteligencia, su conocimiento, su poder e influencia, a través y por medio de las leyes de la naturaleza, es y puede ser omnipresente en todas las obras de Dios. No es el Espíritu Santo quien en persona alumbra a todo hombre que nace en el mundo, sino la Luz de Cristo, el Espíritu de Verdad, que procede de la fuente de inteligencia, que impregna toda la naturaleza, que alumbra a todo hombre y llena la inmensidad del espacio.” (*Doctrina del Evangelio*, pág. 61).

Hablando desde la perspectiva de la eternidad, la vida eterna es el mayor de todos los dones de Dios. Pero si reducimos la perspectiva a esta vida solamente, el don del Espíritu Santo es el mayor don que un mortal puede disfrutar.

Y este don lo tienen derecho a recibir todos los miembros de la Iglesia, ese poder viene a causa del convenio hecho en las aguas del bautismo. No puede haber mayor logro que vivir de tal manera que uno disfrute de la guía y del don del Espíritu Santo. (“¿Qué significa 'El Espíritu Santo'?", *Instructor*, febrero de 1965, vol. 100, n.º 2, págs. 56–57.)

El Espíritu Santo es un Revelador

El Espíritu Santo “es el don de Dios para todos aquellos que lo buscan diligentemente, tanto en los tiempos antiguos como en el tiempo en que ha de manifestarse a los hijos de los hombres. Porque él es el mismo ayer, hoy y para siempre; y el camino está preparado para todos los hombres desde la fundación del mundo, si es que se arrepienten y vienen a él. Porque el que lo busca diligentemente, hallará; y los misterios de Dios le serán manifestados por el poder del Espíritu Santo, tanto en estos tiempos como en los tiempos antiguos, y tanto en los tiempos antiguos como en los tiempos venideros; por tanto, el curso del Señor es un giro eterno.” (1 Nefi 10:17–19).

El Padre, una personificación con tabernáculo, con cuerpo de carne y huesos, nos engendró como espíritus en el principio y ordenó el plan mediante el cual podríamos tener poder para crecer en inteligencia y conocimiento y llegar a ser como Él.

El Hijo, su Primogénito en el espíritu y Unigénito en la carne, bajo su dirección llegó a ser el Creador y Redentor de la tierra y de todas las cosas que hay en ella. De tiempo en tiempo ha revelado a los hombres el plan de salvación, el evangelio de Jesucristo.

El Espíritu Santo, una personificación espiritual, es su ministro, a quien se le ha dado el poder y asignado las funciones de dar testimonio del Padre y del Hijo, de revelar las verdades de la salvación a los hombres en la tierra y, en su debido tiempo, de revelarles toda verdad. (*Informe de la Conferencia*, abril de 1953).

El Espíritu Santo: la Voz Perfecta del Padre y del Hijo

Así como Jesús y el Padre son tan semejantes en apariencia y están completamente unidos en doctrina y en todos los atributos de divinidad — de modo que quien ha visto a uno, en efecto, ha visto al otro —, existe una unidad similar entre Jesús y el Espíritu Santo. Son uno en el sentido de que ambos dirían y harían lo mismo bajo las mismas circunstancias. Por tanto, mientras Jesús estuvo con los discípulos en persona, no había una necesidad completa de que tuvieran la compañía constante del Espíritu como la habría después de que Jesús partiera. Los discípulos habían sentido, en algunas ocasiones, las impresiones del Espíritu. Pedro, por ejemplo, había recibido una revelación del Padre, dada por el poder del Espíritu Santo, que certificaba que Jesús era “el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16). Pero el disfrute del don del Espíritu Santo, es decir, la compañía real y continua de ese ser santo, aún estaba en el futuro. (*Doctrinal New Testament Commentary* 1:753–754.)

El Espíritu Santo: un Revelador Incluso Después de la Muerte

Cuando Cristo estuvo aquí durante su ministerio, dijo a sus apóstoles que cuando él se fuera, les enviaría otro Consolador (Juan 14:16–28; 15:26–27; 16:7–14), es decir, un Consolador distinto de él mismo, pues él era un consuelo para ellos—y que este Consolador haría recordarles todas las cosas que él les había dicho, y los guiaría a toda verdad. Y cuando dijo que

serían guiados a toda verdad, creo que hablaba literalmente, y que en su debido tiempo —no en el tiempo mortal, sino en la eternidad— obtendrían una plenitud de verdad, así como Cristo mismo, habiendo ido de gracia en gracia, ha recibido una plenitud de verdad y una plenitud de la gloria del Padre.

El Espíritu Santo: el Don Más Grande en Esta Vida

Recordarás que en el antiguo Israel, después de que Eldad y Medad fueron llamados por Dios a un alto llamamiento, el Espíritu del Señor descendió sobre ellos y profetizaron en el campamento. Entonces Josué fue ante Moisés y le dijo: “Señor mío, Moisés, impídeselo.” Pero Moisés —quien poseía este don del Espíritu Santo, este espíritu de revelación y de profecía, y fue por este poder que había guiado a Israel a través del Mar Rojo— dijo: “¿Tienes celos por mí? ¡Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos!” (Números 11:28–29).

No hay don más grande que una persona pueda disfrutar para sí mismo en la mortalidad que el don del Espíritu Santo, el cual es el derecho a la compañía constante de ese miembro de la Trinidad, y que de hecho sólo se disfruta bajo condiciones de rectitud individual. (*Informe de la Conferencia*, abril de 1953.)

El Espíritu Santo Habla con la Voz de Dios

El Espíritu Santo es un revelador. Él habla, y su voz es la voz del Señor. Es el ministro de Cristo, su agente, su representante. Él dice lo que el Señor Jesús diría si estuviera presente en persona.

Hablando “a todos aquellos que” son “ordenados a” su “sacerdocio,” el Señor dice:

“Y todo lo que ellos hablaren cuando fueren inspirados por el Espíritu Santo será Escritura, será la voluntad del Señor, será la mente del Señor, será la palabra del Señor, será la voz del Señor y el poder de Dios para salvación.” (DyC 68:2–4).

Verdaderamente, este es el día prometido cuando “todo hombre pueda hablar en el nombre de Dios el Señor, aun el Salvador del mundo” (DyC 1:20). Si todos los santos de los últimos días vivieran como deberían, entonces se cumpliría la petición de Moisés: “¡Ojalá todo el pueblo de

Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos!” (Números 11:29). Este es el día prometido en el que “Dios nos dará conocimiento por medio de su Espíritu Santo,” cuando, “por el don inefable del Espíritu Santo,” obtendremos conocimiento “que no ha sido revelado desde el principio del mundo hasta ahora” (DyC 121:26).

Este es el día del que José Smith dijo: “Dios no ha revelado nada a José que no haya de dar a conocer también a los Doce, y aun el más humilde Santo puede llegar a saber todas las cosas, conforme sea capaz de soportarlas” (*Enseñanzas*, pág. 149). Y esperamos con anhelo ese glorioso día milenario cuando “no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (Jeremías 31:34). (*Informe de la Conferencia*, octubre de 1978).

El Espíritu Santo Habla al Espíritu del Hombre

La parte inteligente de la personalidad humana es el espíritu que está dentro. En cuanto a este cuerpo, no sabe nada, pero mi espíritu sabe todo lo que yo sé. El Profeta dijo que la mente del hombre está en el espíritu (véase *Enseñanzas*, págs. 352–354). Así que cualquier conocimiento, inteligencia o revelación que yo reciba tiene que estar alojado en el espíritu. Puedo recibir conocimiento en mi mente —es decir, en mi espíritu— a través de los sentidos, por medio del tacto, el gusto y el olfato. O puedo recibir conocimiento en mi espíritu mediante la razón, mediante la capacidad de evaluar y discernir las cosas. Mis sentidos —mi tacto, mi gusto y mi olfato— pueden ser engañados. Puede haber algo presente y yo pensar que es otra cosa. Mi razón puede ser confundida; puedo errar en las conclusiones a las que llego. Pero hay una manera de obtener conocimiento en la mente del hombre que no puede ser engañada, y es recibirlo por revelación del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es una personificación espiritual, y la parte inteligente, sensible, creyente y comprensiva del ser humano es una entidad espiritual, un hijo de Dios, a quien el Espíritu Santo puede hablar. (“Serie de Últimos Mensajes”, Universidad de Utah, 22 de enero de 1971, págs. 4–5.)

Las Revelaciones Vienen de Muchas Maneras

Las revelaciones llegan de muchas maneras, pero siempre se manifiestan por el poder del Espíritu Santo. La promesa de Jesús a los antiguos

apóstoles fue: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas” (Juan 14:26). Nuestras escrituras modernas dicen: “El Consolador lo sabe todo y da testimonio del Padre y del Hijo” (DyC 42:17). También nos dan esta promesa: “Y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas” (Moroni 10:5).

Cuando los hombres son vivificados por el poder del Espíritu, el Señor puede revelarles sus verdades de la manera que Él elija.

El Espíritu Santo Habla Nuevamente

Buscar Conocimiento Acerca del Espíritu Santo

Toda persona con inclinación religiosa se ha preguntado alguna vez: ¿Estoy en el camino hacia la salvación? ¿He nacido de nuevo, nacido del Espíritu? ¿He recibido el prometido bautismo de fuego y del Espíritu Santo?

De hecho, pocas cosas se entienden menos en el mundo actual que quién es el Espíritu Santo y cómo actúa sobre las almas de los hombres. La confusión sobre la personalidad de Dios es tan común que la mayoría de las personas ni siquiera tiene una comprensión clara de lo que significa el Espíritu Santo. Y en cuanto a los dones del Espíritu —revelación, profecía, visiones, sanidades, lenguas y demás— estos no son ni buscados ni aceptados por la mayor parte del mundo cristiano.

El Padre y el Hijo, como enseñan las escrituras, son personificaciones con tabernáculo, seres exaltados y perfeccionados a cuya imagen fueron creados los hombres. El Espíritu Santo —unido como uno con ellos en plan, propósito y perfecciones— es una personificación espiritual, un ser que tiene poder para imponer su voluntad e influencia sobre los justos en todas partes.

Obtener el nuevo nacimiento del Espíritu es un asunto personal. Obtener luz y verdad es un asunto personal. Obtener los dones del Espíritu es un asunto personal. Obtener la salvación misma es un asunto personal. Sin embargo, para obtener todas estas cosas, el hombre debe conformarse a las leyes del Señor que las rigen, y un Dios inmutable ha decretado que estas leyes son las mismas para todas las personas y para todas las épocas.

Es bien sabido que las personas temerosas de Dios y justas en los tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento se conformaron a las leyes del Señor

y recibieron los dones del Espíritu. Por consiguiente, ahora recurrimos a esas escrituras antiguas para obtener gran parte de nuestro conocimiento sobre los dones espirituales y la manera en que pueden obtenerse.

Y nuestra búsqueda en el ámbito de los dones espirituales será de trascendental importancia para nosotros, pues de ella aprenderemos cómo obtener el mayor de todos los dones de Dios: la paz en esta vida y la vida eterna en el mundo venidero.

El Espíritu Santo Prometido a los Santos

En la meridiana dispensación del tiempo, muchas personas devotas prestaron atención a las enseñanzas de Juan el Bautista, se arrepintieron y fueron bautizadas por él para la remisión de los pecados. “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento”, proclamó a aquellos que daban frutos dignos de arrepentimiento, “pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego” (Mateo 3:11).

Más adelante, Cristo dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:3–5).

Nuestra búsqueda de la verdad sobre el Espíritu Santo y su misión, entonces, comienza con esta proposición: el bautismo del Espíritu Santo, el bautismo de fuego, el nuevo nacimiento por el Espíritu, es esencial para la salvación en el reino de Dios. Aquellos que reciben esta investidura están en el camino que conduce a la vida eterna, mientras que los que no han sido así bendecidos todavía deben encontrar ese camino antes de poder obtener la paz en este mundo y la vida eterna en el venidero.

Más adelante, en su ministerio mortal, nuestro Señor dio una renovación y una promesa específica de que cumpliría lo dicho por Juan acerca del bautismo de fuego y del Espíritu Santo, y que los fieles nacerían del Espíritu.

Mientras Cristo ministraba personalmente entre sus discípulos, los enseñaba y consolaba, y también les prometió que continuarían siendo enseñados desde lo alto y recibirían el consuelo que brinda la espiritualidad incluso después de su regreso al Padre.

“Y yo rogaré al Padre,” dijo, “y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:16–17, 26).

Y también: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Juan 15:26).

“Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:7, 12–14).

Ahora, asegurémonos de captar plenamente la visión de estas gloriosas promesas:

1. Cristo, el Hijo (un miembro de la Trinidad), pediría al Padre (otro miembro) que enviara a los discípulos el Consolador, el Espíritu de Verdad, el Espíritu Santo (el tercer miembro de la Trinidad).
2. El mundo no podría recibir a este Consolador, porque no vendría a los hombres sino bajo condiciones de rectitud. Los discípulos “no eran del mundo”, así como Cristo “no era del mundo” (Juan 15:19; 17:14–16).
3. Pero con aquellos que habían abandonado al mundo, el Consolador moraría para siempre, no solo en los primeros días de la fe cristiana, sino para siempre.
4. Él les enseñaría todas las cosas, los guiaría a toda la verdad y traería a su memoria todas las enseñanzas del Maestro.
5. Además, les revelaría el futuro, les mostraría “las cosas por venir”, verdades que en ese momento no estaban preparados para recibir.

6. Él testificaría de Cristo y lo glorificaría ante los ojos de todos los que recibieran ese testimonio.

Que estas mismas bendiciones de inspiración y revelación del Espíritu Santo también fueron disfrutadas por los hombres justos del Antiguo Testamento lo aprendemos de la declaración de Pedro:

“Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque la profecía nunca fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” (2 Pedro 1:20–21)

Efusión Pentecostal del Espíritu

La promesa de nuestro Señor a los discípulos de que recibirían el Espíritu Santo —una promesa hecha primero durante su ministerio mortal y luego renovada después de su resurrección (Juan 20:22)— estaba destinada a cumplirse solo después de su ascensión al Padre.

“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros”, les aseguró, “pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:49). Y luego, la última frase registrada que él pronunció antes de ascender contenía esta promesa: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos... hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:8)

Poco después de que los apóstoles, mediante revelación, eligieron a Matías para llenar la vacante dejada por Judas en el Quórum de los Doce, recibieron la prometida investidura de lo alto de manera milagrosa:

“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.

Y todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.

Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua.

Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: ¿No son galileos todos estos

que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?” (Hechos 2:2–8)

Aquí, entonces, hay algo maravilloso, casi más allá de lo creíble. El don prometido del Espíritu Santo —el Consolador, el Espíritu de Verdad, la investidura de poder desde lo alto— descansaba ahora sobre los Apóstoles. Así como había ocurrido con su Señor antes que ellos, ahora ellos tenían poder para obtener conocimiento de todas las cosas, ver el futuro, profetizar, interpretar las antiguas escrituras. Tenían el don del Espíritu Santo, y de inmediato “muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles” (Hechos 2:44).

Gracias a este don, Pedro se levantó ante la multitud asombrada en el día de Pentecostés, dio testimonio de Cristo y les dijo qué debían hacer para ser salvos. Las manifestaciones milagrosas que acababan de presenciar, explicó, habían ocurrido porque Cristo, “habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hechos 2:33).

Afortunadamente, la multitud reunida estaba compuesta por “varones piadosos” que creyeron el testimonio de Pedro, manifestaron fe en Cristo y deseaban ser salvos. A Pedro y al resto de los Apóstoles clamaron: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”

Pedro, hablando según el Espíritu le daba para hablar, respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.” (Hechos 2:37–39)

En esta respuesta encontramos la aplicación literal de la verdad de que Dios no hace acepción de personas. Todos tienen igual poder para venir a Él y recibir sus bendiciones y aprobación.

Que los Apóstoles tenían el don del Espíritu Santo, todos estarán de acuerdo. Pero ahora vemos que el mismo don, el mismo Consolador, el mismo Espíritu de Verdad, la misma investidura desde lo alto, está prometido a todos los que abandonen al mundo y lo acepten. “Para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos.” Dondequiera que haya discípulos verdaderos, el Consolador morará

con ellos para siempre. El disfrute de los dones espirituales es la prueba concluyente de la divinidad de cualquier iglesia que se diga cristiana.

Imposición de Manos para el Don del Espíritu Santo

Las enseñanzas de Pedro en el día de Pentecostés, junto con muchos otros pasajes de las Escrituras, delinean los pasos que deben seguirse para obtener la salvación. Estos son:

1. Fe en el Señor Jesucristo.
2. Arrepentimiento.
3. Bautismo por inmersión bajo las manos de un administrador legal para la remisión de los pecados.
4. El disfrute real del Espíritu Santo, también otorgado por un administrador legal mediante la imposición de manos.
5. Rectitud continua y buenas obras, por medio de las cuales quienes desean la salvación perseveran hasta el fin.

Ahora bien, el disfrute real del don del Espíritu Santo está condicionado a la dignidad personal del individuo y a su cumplimiento de las ordenanzas del Señor. La recepción del don, por tanto, sigue a la fe, el arrepentimiento, el bautismo y la imposición de manos por parte de un administrador legal, es decir, alguien que tiene el poder para autorizar la recepción del don.

Una de las cosas más extrañas de casi todas las iglesias modernas que se autodenominan cristianas es que no se realiza ninguna ordenanza para la otorgación presente del don del Espíritu Santo, ni se hace reclamo alguno por el disfrute resultante de los dones espirituales. Es cierto que se ofrecen algunas oraciones en las que se pide que el Espíritu Santo venga, pero no hay intentos con autoridad para otorgar ese don de manera efectiva. Además, la evidencia de la recepción del don —es decir, las manifestaciones reales de los dones espirituales— no se encuentran entre las distintas sectas.

¿Qué hacían los apóstoles para conferir este don tras el bautismo del converso? Pocas respuestas están registradas en las Escrituras con mayor

claridad que aquella que se refiere a la otorgación presente del don del Espíritu Santo. Por ejemplo:

“Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.” (Hechos 8:14–17)

Pablo tuvo una experiencia similar con ciertos discípulos en Éfeso: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?”, les preguntó. Ellos respondieron: “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.” “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?” —dijo Pablo. Ellos dijeron: “En el bautismo de Juan.”

Entonces dijo Pablo: “Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesucristo.”

Estos efesios no sabían que Juan fue un precursor que preparó el camino para la venida de Cristo y el establecimiento de la Iglesia y el reino en la tierra. No sabían que la obra preparatoria ya había pasado y que ahora había venido la plenitud del reino, con las llaves centradas en los apóstoles.

“Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban.” (Hechos 19:1–6)

Este, entonces, es el procedimiento: después de que un hombre ha adquirido fe, se ha arrepentido de sus pecados, ha sido bautizado en el nombre del Señor, debe entonces recibir la imposición de manos para el don del Espíritu Santo. Este don es el derecho a recibir revelación personal y tener la compañía constante del Espíritu Santo, basado en la fidelidad.

¿Dónde se enseña, se intenta o se lleva a cabo esto entre las iglesias del mundo? Si hay quienes tienen poder para conferir el Espíritu Santo —un poder que ni siquiera tuvo aquel que bautizó al Salvador—, ¿dónde están las manifestaciones de los dones del Espíritu, que siempre siguieron a esta santa investidura en los días antiguos?

Las Señales Siguen a los Creyentes

Después de su resurrección, nuestro Señor se apareció a los apóstoles y les dio este mandato: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” (Marcos 16:15–16)

Este mandamiento, dado específicamente a los apóstoles, ha sido grandemente malinterpretado. Después de su época, muchos que no tenían comisión directa del Señor asumieron el privilegio de predicar lo que suponían que era el evangelio, y luego intentaron llevar a cabo la ordenanza salvadora del bautismo. Iban a surgir falsos apóstoles, falsos profetas, falsos Cristos, falsos maestros, falsos ministros de religión (Mateo 24:23–24; Hechos 20:28–30; 2 Pedro 2:1–2; 1 Juan 2:18; 4:1; Judas 1:4; Apocalipsis 2:2), así como también verdaderos. Y para que los de corazón honesto pudieran discernir entre lo verdadero y lo falso, nuestro Señor dio a esos apóstoles originales la señal mediante la cual se podría separar el trigo de la cizaña.

“Y estas señales seguirán a los que creen,” continuó. “En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.” (Marcos 16:17–18)

No hay nada permisivo en esto. Es un decreto eterno del Todopoderoso: “Las señales seguirán a los que creen.” Si no hay señales, no hay creencia en las verdaderas doctrinas de salvación. Cuando los hombres llegan al conocimiento de la verdad, cuando creen con ese fervor que demostraron los Santos de la antigüedad, las señales seguirán.

Los apóstoles, así comisionados, “salieron y predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20). Lo que fue verdadero en la antigüedad también lo es hoy.

Estas claras enseñanzas bíblicas deberían ser suficientes para hacer que toda la cristiandad se detenga, reflexione y busque la cristiandad pura de antaño. Son la prueba concluyente de que los hombres han transgredido las leyes, han cambiado las ordenanzas y han roto el convenio eterno del evangelio (Isaías 24:5).

Estas enseñanzas deberían llevar a los sinceros buscadores de la verdad a escudriñar sus propios corazones y preguntarse: ¿Qué señales me siguen a mí? ¿He creído realmente el mismo evangelio que enseñaron los apóstoles de la antigüedad? ¿O he seguido los credos y filosofías falsas de nuestro tiempo? ¿Dónde puedo encontrar las verdades puras del cristianismo primitivo? ¿Y dónde puedo encontrar un administrador legal que tenga poder de lo alto para bautizar y conferir el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos?

Los Dones del Espíritu

Pablo expone la doctrina de los dones espirituales con gran claridad en los capítulos 12, 13 y 14 de 1 Corintios. Todo buscador sincero de la verdad debería estudiar estas y escrituras similares (Moroni 10; Doctrina y Convenios 46) con cuidado y oración. Será evidente para tales investigadores que el evangelio de Pablo no es el evangelio del cristianismo moderno.

En resumen, él enseña que nadie puede saber que “Jesús es el Señor” sino por el Espíritu Santo (1 Corintios 12:3; véase también *Enseñanzas*, pág. 223), y que diferentes miembros de la Iglesia reciben diferentes dones espirituales:

“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a uno es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu; a otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.” (1 Corintios 12:7–11)

Aquí, entonces, tenemos una lista parcial, al menos, de los dones del Espíritu. Todos ellos deben encontrarse en la verdadera Iglesia de Jesucristo, pero los diversos miembros de la Iglesia deben ser investidos con diferentes dones según sus talentos, fe y rectitud personal.

Una vez más, los cristianos sinceros pueden usar la *vara de medir de Pablo* para determinar la divinidad de su iglesia y el poder de sus creencias, preguntándose: ¿Se manifiestan todos estos dones en mi iglesia? ¿Dónde

están los milagros, las sanidades, las profecías, las lenguas? ¿Cuál de estos dones tengo yo? ¿O cómo puedo obtenerlos?

Después de comparar a la Iglesia con el cuerpo humano y mostrar que los dones son análogos a las diferentes partes del cuerpo, y tras enseñar que una parte del cuerpo no puede decirle a otra parte: “*No te necesito*”, Pablo dice: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? Procurad, pues, los dones mejores.” (1 Corintios 12:27–31)

Luego, Pablo registra sus gloriosas enseñanzas sobre la fe, la esperanza y la caridad, y concluye con esta exhortación: “Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis.” (1 Corintios 14:1)

Después continúa con una comparación esclarecedora del valor de la profecía y el don de lenguas, indicando que es mejor hablar:

“por revelación, o por conocimiento, o por profecía, o por doctrina”
que hacerlo en lenguas incomprensibles.

“Puesto que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación de la iglesia.”

(1 Corintios 14:12)

“Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero.

Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados. Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas;

porque Dios no es Dios de confusión, sino de paz, como en todas las iglesias de los santos.

Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor.

Mas el que ignora, ignore.

Así que, hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas.

Pero hágase todo decentemente y con orden.” (1 Corintios 14:29–33, 37–40)

Ahora bien, ¿cuál deberíamos creer: las enseñanzas de las sectas actuales que dicen que no hay revelación, ni profecía, ni milagros, ni dones del Espíritu, o la palabra del Señor encontrada en la Biblia?

Al buscar la verdadera Iglesia, ¿habremos de encontrar una que tenga apóstoles, profetas, milagros, sanidades y todos los dones que Pablo dice que Dios ha puesto en la Iglesia, o seguiremos las tradiciones de los hombres que niegan las enseñanzas bíblicas?

Revelación por el Espíritu Santo

El Espíritu Santo es un revelador. Su misión es dar testimonio del Padre y del Hijo, y de toda verdad. Él enseña las verdades de la salvación a los justos hasta que finalmente tengan la mente de Cristo.

Con una capacidad de expresión pocas veces igualada, Pablo nos dejó este testimonio del poder enseñador del Espíritu Santo:

“Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Antes bien, como está escrito:

Cosas que ojo no vio, ni oído oyó,

Ni han subido en corazón de hombre,

Son las que Dios ha preparado para los que le aman.

Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.

Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?

Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.” (1 Corintios 2:4–5, 9–11)

“Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que Dios nos ha concedido gratuitamente. Y de estas cosas también hablamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu Santo, comparando cosas espirituales con espirituales. Mas el hombre

natural no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. Pero el que es espiritual juzga todas las cosas, aunque él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para que pueda instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Corintios 2:12–16)

Quien tenga la mente abierta, que esté dispuesto a probar todas las cosas y retener lo bueno (1 Tesalonicenses 5:21), y que realmente crea que estas inspiradas palabras de Pablo significan lo que dicen, querrá saber: ¿Dónde, entre las iglesias actuales, hay ministros que enseñen “con demostración del Espíritu y de poder”? ¿O acaso los diversos profesores de religión “enseñan con su conocimiento, y niegan al Espíritu Santo, que da testimonio”? (2 Nefi 28:4)

¿Dónde encontramos a quienes el Espíritu ha revelado las cosas profundas de Dios, las cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han entrado en corazón de hombre?

¿Dónde hallamos un pueblo que tenga la mente de Cristo?

Un pueblo que sepa, por las revelaciones del Espíritu a ellos, qué piensa Cristo acerca de la salvación, sobre visiones, profecías y milagros de los últimos días.

O bien un Dios inmutable ha cambiado, o estas cosas todavía se revelan a quienes creen en el mismo evangelio que Pablo creyó.

Un Pentecostés Nefita

Hemos visto lo que la Biblia enseña acerca del don del Espíritu Santo y de los dones espirituales que disfrutaban quienes poseen este don. ¿Sería inapropiado ahora ver cómo Dios, que ama a todos los hombres de toda nación, ha manifestado los mismos dones entre otros pueblos?

Cuando el Señor resucitado ministró entre los antiguos habitantes nefitas del continente americano, les dio también la plenitud de su evangelio, organizó una iglesia entre ellos y llamó a doce discípulos para administrar sus asuntos. De estos Doce, el Libro de Mormón registra:

“Oraron por lo que más deseaban; y deseaban que se les diera el Espíritu Santo. Y aconteció que cuando todos fueron bautizados y subieron del

agua, el Espíritu Santo cayó sobre ellos, y fueron llenos del Espíritu Santo y de fuego. Y he aquí, fueron rodeados como por fuego; y descendió del cielo, y la multitud fue testigo de ello y dio testimonio; y ángeles bajaron del cielo y ministraron a ellos.” (3 Nefi 19:9, 13–14, 20–22)

En gratitud a su Padre, Jesús dijo entonces: “Padre, te doy gracias porque has dado el Espíritu Santo a estos a quienes he escogido; y es por su fe en mí que los he escogido del mundo. Padre, te ruego que concedas el Espíritu Santo a todos los que crean en sus palabras. Padre, les has dado el Espíritu Santo porque creen en mí.” (3 Nefi 19:9, 13–14, 20–22)

El Plan de Salvación

También hemos visto el relato bíblico de lo que los hombres deben hacer para ser salvos, tal como lo expuso Pedro. Ahora volvamos al registro nefita y, con un lenguaje que supera incluso al de Pedro, encontremos cómo nuestro Señor resumió las mismas verdades:

“Ninguna cosa inmunda puede entrar en su (del Padre) reino; por tanto, nada entra en su reposo sino los que lavaron sus ropas en mi sangre, a causa de su fe, y del arrepentimiento de todos sus pecados, y de su fidelidad hasta el fin.

Ahora bien, este es el mandamiento: Arrepentíos, todos los confines de la tierra, y venid a mí, y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados mediante la recepción del Espíritu Santo, para que podáis estar sin mancha delante de mí en el día postrero.” (3 Nefi 27:19–20)

Después de establecer su Iglesia en los tiempos modernos, después de dar nuevamente a los hombres el poder para bautizar y conferir el Espíritu Santo, y después de decretar otra vez que las señales deben seguir a los creyentes, el Señor dijo: “De cierto, de cierto os digo: los que no creyeren en vuestras palabras, y no sean bautizados en agua en mi nombre para la remisión de sus pecados, para que reciban el Espíritu Santo, serán condenados, y no entrarán en el reino de mi Padre, donde están mi Padre y yo.” (Doctrina y Convenios 84:74) (*“El Espíritu Santo Habla Otra Vez,” folleto misionero, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, s.f.*)

Capítulo 6

El Espíritu Santo Revela a Cristo

El Espíritu Santo da testimonio de Cristo

Contemplemos una escena dulce y conmovedora que tuvo lugar cerca de Cesarea de Filipo, al norte del mar de Galilea y cerca del monte Hermón. Las multitudes que, hasta hace poco, buscaban coronar a Jesús como rey y cuya demanda por pan terrenal provocó la reprensión en el sermón sobre el pan de vida—estas multitudes se han alejado. (Juan 6; véase especialmente el versículo 66.)

El pequeño grupo restante de verdaderos y valientes creyentes, sobre quienes recae nuestra atención, necesita refrigerio espiritual. Primero oran. Luego, Jesús testifica de su divina filiación, como lo hizo tantas veces durante los días de su vida mortal. Les preguntó a sus discípulos quién decían los hombres que era él, el Hijo del Hombre. La misma pregunta era ya un testimonio de su divinidad, porque él sabía, y ellos sabían, que el nombre de su Padre era el Hombre de Santidad (Moisés 6:57) y que el nombre de su Unigénito era el Hijo del Hombre de Santidad.

Sus respuestas reflejan las fantasías y engaños de un pueblo apóstata. Algunos, dijeron, aceptaban la opinión expresada por el malvado Antipas, quien había matado al bendito Bautista y ahora creía que había resucitado de entre los muertos. Otros, dijeron, pensaban que era Elías, quien debía restaurar todas las cosas; o que era el profeta Elías, que vendría antes del día grande y terrible; o Jeremías, quien, según sus tradiciones, había escondido el arca del convenio en una cueva del monte Nebo y prepararía el camino para el Mesías al restaurar el arca y el Urim y Tumim al Lugar Santísimo.

Entonces vino la pregunta a la cual toda alma viviente debe dar la respuesta correcta si quiere obtener la salvación: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Vosotros, apóstoles del Señor Jesucristo, santos del Altísimo,

almas devotas que buscan la salvación: ¿Qué pensáis? ¿Está la salvación en Cristo o esperamos a otro? ¡Que cada hombre hable por sí mismo!

En esta ocasión, primero Simón Pedro, luego todos los demás proclamaron: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” (Mateo 16:13–20.) Tú eres el Mesías prometido; tú eres el Unigénito en la carne; Dios es tu Padre.

¡Qué cosa tan maravillosa y sobrecogedora es esta! Como dijo Pablo: “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria.” (1 Timoteo 3:16.)

Y ahora, aquí, cerca del pie de aquel monte en el que pronto será transfigurado, el Hijo del Hombre, cuyo Padre es divino, acepta y aprueba los solemnes testimonios de sus amigos.

A Pedro, Jesús le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás.” Qué cuidadosamente y con cuánta precisión Jesús mantiene la distinción entre él y todos los hombres. Él es el Hijo de Dios; Pedro es hijo de Jonás. El Padre de Jesús es el inmortal Hombre de Santidad; el padre de Pedro es un hombre mortal.

La Roca de la Revelación

¿Pero por qué es tan bienaventurado Pedro? Porque sabe, por el poder del Espíritu Santo, que Jesús es el Señor; el Espíritu Santo ha hablado al espíritu alojado en el cuerpo de Simón, diciéndole al apóstol principal acerca de la divina filiación de este Jesús de Nazaret de Galilea.

“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás”, dice Jesús, “porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.”

Luego, una vez más, Jesús aludió a la diferencia en la ascendencia paterna entre Él y Pedro, y continuó con sus palabras de bendición y doctrina diciendo: “Y sobre esta roca” —la roca de la revelación— “edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.” (Mateo 16:13–18.)

¿Y cómo podría ser de otro modo? No hay otro fundamento sobre el cual el Señor pueda edificar su Iglesia y su reino. Las cosas de Dios solo se

conocen por el poder de su Espíritu (1 Corintios 2:11). Dios se revela o permanece para siempre desconocido. Nadie puede saber que Jesús es el Señor sino por el Espíritu Santo (1 Corintios 12:3).

Revelación: pura, perfecta, personal —¡esta es la roca! La revelación de que Jesús es el Cristo: la palabra sencilla y maravillosa que viene de Dios en los cielos al hombre en la tierra, la palabra que afirma la filiación divina de nuestro Señor—¡esta es la roca!

La filiación divina de nuestro Señor: la palabra segura enviada del cielo de que Dios es su Padre y de que Él ha manifestado la vida y la inmortalidad por medio del evangelio (2 Timoteo 1:10)—¡esta es la roca!

El testimonio de nuestro Señor: el testimonio de Jesús, que es el espíritu de profecía (Apocalipsis 19:10)—¡esta es la roca!

Todo esto es la roca, y sin embargo hay más. Cristo es la roca (1 Corintios 10:4): la Roca de los Siglos, la Piedra de Israel, el Fundamento Seguro—¡el Señor es nuestra roca!

De nuevo oímos la voz de Pablo: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11). Y también: “Estáis “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20).

Al reflexionar sobre todas estas cosas, y al llegar a comprender plenamente su significado, escuchamos de nuevo la exhortación de nuestro antiguo amigo apostólico que dice: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos” (2 Corintios 13:5). Y así nos preguntamos: ¿Prevalecerán las puertas del infierno contra nosotros?

Si edificamos nuestra casa de salvación sobre la roca de la revelación personal; si la edificamos sobre la realidad revelada de que Jesús es el Señor; si la edificamos sobre Él, que es la roca eterna—permanecerá para siempre. Si somos guiados por el espíritu de inspiración mientras estamos en esta vida mortal, podremos resistir todos los torrentes y tormentas que se abatan sobre nosotros. Si estamos fundados sobre una roca, adoramos al Padre en el nombre del Hijo mediante el poder del Espíritu Santo.

Si estamos fundados sobre una roca, sabemos que la salvación viene por la gracia de Dios a aquellos que creen en el evangelio y guardan los mandamientos. Si estamos fundados sobre una roca, abandonamos el mundo, huimos de las cosas carnales y llevamos vidas rectas y piadosas.

Si estamos fundados sobre una roca, las puertas del infierno no prevalecerán contra nosotros. Mientras permanezcamos en nuestra casa de fe, seremos preservados cuando caigan las lluvias del mal, cuando soplen los vientos de doctrinas falsas, y cuando los torrentes de carnalidad golpeen contra nosotros. Gracias sean dadas a Dios de que nosotros, como Santos de los Últimos Días, estamos fundados sobre una roca. Y así es que los fieles entre nosotros oyen una voz serena de certeza tranquila que dice: “Si edificáis mi iglesia sobre el fundamento de mi evangelio y mi roca, las puertas del infierno no prevalecerán contra vosotros. He aquí, tenéis mi evangelio delante de vosotros, y mi roca, y mi salvación.” (DyC 18:5, 17.) (Informe de la Conferencia, abril de 1981.)

Obtener un testimonio de Jesucristo

Durante algunos años he procurado aprender todo lo que un mortal puede saber acerca de la vida de Jesucristo—la vida más grande jamás vivida—acerca de sus palabras y obras en los días de su carne, la Expiación que llevé a cabo, y la gloria que fue suya en la vida, en la muerte y al vivir de nuevo.

Estoy maravillado. La gloriosa Majestad de lo alto ha habitado entre los hombres. Ha hecho de la carne su tabernáculo; nació de mujer; tomó sobre sí la forma de siervo; condescendió a dejar su trono eterno para abolir la muerte y manifestar la vida y la inmortalidad mediante el evangelio. El Gran Dios, el Jehová Eterno, el Señor Omnipotente vino entre nosotros como hombre, como hijo de María, como hijo de David, como el Siervo Doliente, como la manifestación perfecta del Padre.

Dos grandes verdades: la Expiación y la Restauración

En 1935, en el centenario de la organización del primer quórum de Apóstoles en nuestra dispensación, la Primera Presidencia de la Iglesia—los presidentes Heber J. Grant, J. Reuben Clark Jr. y David O. McKay—emitieron una declaración: “Dos grandes verdades deben ser aceptadas por la humanidad si quieren salvarse; primero, que Jesús es el Cristo, el

Mesías, el Unigénito, el verdadero Hijo de Dios, cuya sangre expiatoria y resurrección nos salvan de la muerte física y espiritual que nos sobrevino por la Caída; y luego, que Dios ha restaurado nuevamente a la tierra, en estos últimos días, por medio del profeta José, Su santo Sacerdocio con la plenitud del Evangelio eterno, para la salvación de todos los hombres en la tierra. Sin estas verdades el hombre no puede esperar las riquezas de la vida venidera.” (*“Un testimonio al mundo”, Improvement Era, abril de 1935, p. 205.*)

Probamos la verdad espiritual por medio del testimonio

Tenemos un mensaje glorioso que llevar al mundo. Es un mensaje de salvación, un mensaje de gozo, esperanza y buenas nuevas. Es de naturaleza espiritual. E inmediatamente surge la pregunta de cómo establecer la verdad y divinidad de un mensaje espiritual.

¿Cómo se prueban las verdades espirituales? ¿Cómo se prueba la resurrección de Jesucristo? ¿Cómo se prueba que el Padre y el Hijo se aparecieron a José Smith, o que vinieron los mensajeros angelicales que le dieron llaves, poder y autoridad cuando se estableció la Iglesia?

Nos encontramos exactamente en la misma situación en la que estaban los antiguos apóstoles. Ellos también tenían una proclamación que llevar al mundo. Tenían que proclamar, primero, la filiación divina del Señor Jesús, que Él era en realidad literal el Hijo de Dios, que había venido al mundo y había llevado a cabo el sacrificio expiatorio infinito y eterno mediante el cual todos los hombres son resucitados para la inmortalidad, mientras que aquellos que creen y obedecen pueden ser levantados para vida eterna. Y debían proclamar, en segundo lugar, que ellos mismos—Pedro, Jacobo y Juan, y todos los Doce, y los setentas, y los demás—eran administradores legítimos llamados por Dios, investidos por Él, dotados con las llaves del reino, el derecho de proclamar las verdades del evangelio y el poder de administrar sus ordenanzas. Ahora bien, ¿cómo podían once hombres y sus colaboradores auxiliares—once galileos que no tenían formación rabínica, que no eran eruditos ante los ojos del mundo—salir y hacer aquello que Jesús puso sobre sus hombros, que era llevar el mensaje de salvación a toda criatura?

Voy a tomar un segmento de la vida de Cristo y usarlo como ilustración, como modelo, como indicación. Establece el principio, mostrando cómo se

proclamaba el mensaje de salvación en aquel tiempo. Y si podemos vislumbrar lo que aquí se implica, sabremos lo que debemos hacer en principio en nuestro tiempo para llevar un mensaje equivalente a los demás hijos de nuestro Padre.

Creo que un testimonio de Jesucristo depende de la creencia en la Resurrección. Si Jesús resucitó de entre los muertos, Él es el Hijo de Dios. Si Él es el Hijo de Dios, su evangelio es verdadero. Si su evangelio es verdadero, los hombres deben creer o desobedecer bajo su propio riesgo. Deben aceptar sus verdades, bautizarse y vivir la ley, o serán condenados. En resumen, si los apóstoles de aquel tiempo tenían el poder y la capacidad de convencer a los hombres de que Jesús resucitó de entre los muertos, habrían establecido la verdad y divinidad de la obra. ¿Y cómo se prueba la Resurrección? Como veremos, se prueba mediante el testimonio.

Pablo testificó que Jesucristo fue “declarado Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4).

La Resurrección: la clave del testimonio de Cristo

La Resurrección prueba que Jesús era el Hijo de Dios. Ahora escuchemos también estas palabras de Pablo: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; [ahora bien, este es el mismo corazón y núcleo del evangelio]; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que fue visto por Cefas, y después por los doce; después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles.” (1 Corintios 15:1–7)

El Cristo resucitado prueba la Resurrección

Ahora, el segmento de la vida del Señor Jesús que vamos a considerar:

Comenzaremos después de la cena y los sermones en el aposento alto, después de la incomprensible agonía en el Jardín de Getsemaní, después de los juicios y después de la Crucifixión. El cuerpo de Jesús fue colocado en una tumba antes del atardecer del viernes, y su espíritu estuvo en el mundo de los espíritus por unas treinta y ocho o cuarenta horas.

En algún momento durante la madrugada del domingo, Jesús resucitó de entre los muertos. No sabemos la hora exacta, pero el registro dice que “cuando aún era de noche” (Juan 20:1), María Magdalena fue al sepulcro. De todas las mujeres del Nuevo Testamento, María Magdalena es la más destacada, excepto por María, la madre del Señor. María Magdalena es la única mencionada como habiendo viajado con Jesús y los Doce durante sus jornadas misionales por todas las aldeas y ciudades de Galilea. Cuando llegó al sepulcro, no encontró el cuerpo del Señor Jesús. Los ángeles le dijeron que avisara a Pedro que Cristo había resucitado, y que iría delante de ellos a Galilea, conforme a la promesa que Él les había hecho.

No podemos precisar exactamente la secuencia, pero podemos tener una certeza razonable. O bien ella regresó y avisó a Pedro y volvió, o bien salió del sepulcro en ese momento y vio al Señor resucitado. En todo caso, ella fue el primer ser mortal en ver a una persona resucitada. En su dolor, en sus lágrimas y en su ansiedad, percibió una presencia, supuso que era el jardinero y dijo con total derecho: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.” (Véase Juan 20:15.) El Personaje dijo una sola palabra: “María.” Inmediatamente reconoció al Señor. Dijo: “Raboni”, que es la forma reverente de la palabra Rabí, y significa “mi Señor” o “mi Maestro.” Y en ese momento, intentó echar los brazos alrededor del Señor Jesús, y Él le dijo: “Detente, no me toques, porque aún no he subido a mi Padre que está en los cielos.” (Véase JST Juan 20:17.)

Ahora bien, o hay más que no se registró allí, o bien, entre ese episodio y el que le siguió de inmediato, el Señor ascendió a su Padre, porque muy poco después—y el registro dice: “cuando comenzó a amanecer” (Mateo 28:1)—otras mujeres llegaron, al parecer en grupo, y entraron al sepulcro, donde los mensajeros angelicales les dijeron varias cosas. Pero cuando salieron, el relato dice que se encontraron con Jesús y se echaron a sus pies. Eso tiene que significar que sintieron las marcas de los clavos en sus manos y quizás más. No sabemos exactamente lo que ocurrió allí, salvo que Jesús repitió el mismo mensaje que los ángeles habían dado a la mujer

de Magdala. Jesús dijo: “Decid a Pedro y a los hermanos que voy delante de ellos a Galilea.” (Véase Mateo 28:10.) Esas son dos apariciones del Señor resucitado en la mañana de Pascua.

La siguiente aparición, aunque no podemos documentarla con precisión—no conocemos toda la cronología—fue a Pedro, y suponemos que fue porque Pedro sería el Presidente de la Iglesia; él tenía las llaves del reino. El Señor se le apareció, evidentemente para renovar y reafirmar la relación, el poder y la autoridad que tenía, y para volver a encomendarle, por así decirlo, la obra que se le había asignado.

La siguiente aparición, cuyos detalles sí conocemos, ocurrió en el camino a Emaús. Emaús, cuya ubicación hoy desconocemos, estaba a unos once o doce kilómetros de Jerusalén. En la tarde de ese día, dos discípulos caminaban de Jerusalén a Emaús. Uno de ellos se llamaba Cleofas; asumimos que el otro era Lucas, ya que solo él relata lo sucedido. Mientras caminaban, un desconocido se les unió y les preguntó qué conversaban y qué consideraban. Ellos se sintieron algo molestos de que alguien interrumpiera su comunicación sagrada y, en efecto, le dijeron: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha acontecido en estos días? ¿No has oído que Jesús fue crucificado durante la Pascua y que prometió resucitar al tercer día?” (Véase Lucas 24:18–21). Y le contaron que ciertas mujeres de su grupo habían dado informes sobre su resurrección.

Entonces él les dijo: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” (Lucas 24:25). Y procedió, comenzando desde Moisés, los profetas y los Salmos, a hablar sobre los dichos mesiánicos referentes a sí mismo. Es posible que esta conversación haya durado unas dos horas. En cualquier caso, llegaron al lugar en Emaús donde los dos discípulos iban a quedarse, y lo invitaron: “Quédate con nosotros, porque se hace tarde.” (Véase Lucas 24:29). Él hizo como que seguiría, pero aceptó la invitación. Y entonces partió el pan y lo bendijo. Debió haberlo hecho de una manera que les resultaba familiar, o bien ocurrió algo que les quitó el velo de los ojos, porque lo reconocieron de inmediato. Luego desapareció de su vista.

Esa fue la cuarta aparición. Esos dos discípulos regresaron de inmediato de Emaús a Jerusalén. Fueron a un lugar llamado el aposento alto. Podemos

especular con bastante certeza que era el mismo lugar donde se celebró la Última Cena. Era un lugar grande y cómodo; había una congregación considerable presente. Generalmente hablamos solo de los diez apóstoles, pero había otros. En todo caso, los dos discípulos entraron y comenzaron a relatar al grupo lo que les había ocurrido. Cuando entraron en la sala, alguien ya estaba dando testimonio de que el Señor se había aparecido a Simón, lo que indica que esa aparición había precedido a esta hora.

Mientras compartían su comida y sus testimonios, el relato dice que Jesús mismo se puso en medio de ellos. Luego dice que “ellos, espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu” (Lucas 24:37), lo cual es una conclusión natural, porque estaban en una habitación cerrada, la puerta estaba asegurada, y alguien se había materializado, habiendo venido a través del techo o de la pared. Y él les dijo: “¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.” (Lucas 24:38–39).

Y sin lugar a dudas, en ese momento ellos tocaron las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies, y metieron sus manos en la herida de lanza en su costado. Sabemos por declaración expresa que eso es precisamente lo que hicieron los creyentes nefitas cuando Él se apareció durante la última parte de ese año en las Américas. Entonces, Jesús dijo a los que estaban en el aposento alto: “¿Tenéis aquí algo de comer?” (Lucas 24:41), lo cual era una pregunta retórica—ellos estaban comiendo, y Él lo sabía. Le dieron “un pedazo de pescado asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos.” (Lucas 24:42–43). Y siguió algo más de conversación.

Diez de los Doce estaban presentes. Por alguna razón que desconocemos, Tomás estaba ausente. Cuando le contaron a Tomás lo que había sucedido, él dijo: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.” (Véase Juan 20:25). Ahora bien, hemos llegado a suponer que esto fue una muestra de duda de su parte, y lo fue, pero no más sustancial ni material que la duda de los otros diez cuando pensaron que Jesús era un espíritu. Tomás simplemente estaba expresando que aún no había comprendido la naturaleza corporal y literal de la Resurrección, aunque debió haber aceptado el testimonio de los apóstoles. De hecho, Tomás fue uno de los más valientes de los Doce—fue el único que dijo: “Vamos también

nosotros, para que muramos con él”, cuando Jesús iba a resucitar a Lázaro y los demás dijeron que los judíos de esa región querían matar al Señor (véase Juan 11:16).

Estos hombres eran valientes, capaces, devotos y aptos, pero estaban aprendiendo grado a grado y paso a paso.

Una semana después, nuevamente en un día de reposo—lo cual marca el patrón de adoración dominical como el nuevo día de reposo— aparentemente en el mismo aposento alto, se reunió el mismo grupo o uno similar. Jesús se apareció y dijo a Tomás: “Acerca aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.” (Véase Juan 20:27). Entonces Tomás, aparentemente cayendo de rodillas, exclamó: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28). Y suponemos que aceptó la invitación y tocó y sintió tal como los otros lo habían hecho la semana anterior. Entonces vinieron las palabras del Señor respecto a que Tomás era bienaventurado por haber creído al ver, pero que más bienaventurados serían los que creen sin haber visto.

La siguiente aparición cronológicamente registrada fue a orillas del lago de Tiberíades (el mar de Galilea). Debió haber pasado algún tiempo. La escena ocurre temprano por la mañana. Solo estaban presentes siete de los Doce, cinco de los cuales son nombrados. Habían estado pescando toda la noche y no habían pescado nada. Jesús se encontraba en la orilla del lago y les gritó: “Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” Ellos respondieron que no. Él dijo: “Echad la red a la derecha de la barca”, lo cual hicieron. (Véase Juan 21:5–6.) Inmediatamente las redes se llenaron hasta el punto de romperse, lo cual recuerda el mismo milagro ocurrido durante su vida mortal con los hijos de Zebedeo.

Juan, con un poco más de percepción espiritual que los demás, dijo: “¡Es el Señor!” (Juan 21:7). Y Pedro, con su naturaleza impetuosa, se ciñó la túnica del pescador y se echó al agua para nadar hasta la orilla y ser el primero en saludar al Señor. Trajeron los peces. Al llegar a la orilla, encontraron que Jesús ya tenía un fuego encendido donde asaba pescado y horneaba pan, y también les pidió pescado de su pesca, que añadió a lo que ya estaba cocinando. Y comieron, y se presume—y más adelante indicaré una razón para ello—que Jesús también comió en esa ocasión.

Fue entonces cuando Jesús preguntó a Pedro tres veces si lo amaba y dio el gran mandamiento de apacentar sus ovejas. Fue en esa ocasión también que le dijo a Juan que viviría para dar testimonio ante naciones y reinos antes de ver al Señor regresar en su gloria.

La siguiente aparición fue en aquel monte en Galilea. Sabemos muy poco sobre esto, pero es evidente que fue una aparición grande, gloriosa y majestuosa —más de quinientos hermanos estaban allí. Esto nos lleva a suponer que también debieron estar presentes algunas mujeres. Suponemos que Él seguiría el mismo patrón que siguió entre los nefitas, y que para un grupo selecto de esa naturaleza predicaría más doctrina y haría más cosas de las que había hecho en otras ocasiones. En cualquier caso, fue entonces cuando dio el mandamiento de que los Doce fueran por todo el mundo y predicaran el evangelio a toda criatura. Y, sin duda, se dijeron muchas otras cosas.

Ahora llevamos ocho apariciones. Después de eso, se apareció a Santiago (véase 1 Corintios 15:7).

La décima aparición de la que habla el Nuevo Testamento es la Ascensión. Al respecto, solo sabemos que cuarenta días después de su resurrección se apareció a los once. Aparentemente caminaron hasta el Monte de los Olivos, y mientras estaban allí tuvieron la conversación sobre la restauración del reino a Israel. Y entonces ascendió. El relato dice que dos ángeles se presentaron y dijeron:

“Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.” (Hechos 1:11)

El comportamiento de los seres resucitados

De esta breve revisión aprendemos varias cosas importantes: sabemos que los seres resucitados, conteniendo su gloria en sí mismos, pueden caminar como los mortales sobre la tierra; que pueden conversar, razonar y enseñar como lo hicieron en la mortalidad; que pueden tanto ocultar como manifestar su verdadera identidad; que pueden atravesar paredes sólidas con cuerpos corporales; que tienen cuerpos de carne y huesos que pueden ser palpados y tocados; que, si es necesario (y en momentos especiales), pueden conservar las cicatrices y heridas de la carne; que

pueden comer y digerir alimentos; que pueden desaparecer de la vista mortal y transportarse por medios que no comprendemos.

El testimonio inspirado establece o prueba la verdad

¿Cómo se prueba que el Padre y el Hijo se aparecieron a José Smith?
¿Cómo se prueba el mensaje de salvación que Jesús dio a aquellos apóstoles? Aquí hay una ilustración, y las palabras son parte del sermón que Pedro predicó cuando fue a la casa de Cornelio, quien había sido visitado por un ángel y había hallado gracia especial ante el Señor. Pedro dijo:

“Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo [Jesús de Nazaret] en la tierra de Judea y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero. A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, es decir, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos. Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos. De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeran recibirán perdón de pecados por su nombre.” (Hechos 10:39–43; énfasis añadido)

La forma en que Pedro y los antiguos probaron que Jesús era el Hijo de Dios, y por lo tanto que el evangelio que Él enseñó era el plan de salvación, fue estableciendo que Él resucitó de entre los muertos. Y la manera en que se prueba que un hombre resucitó de entre los muertos, ya que esto pertenece al ámbito espiritual, es testificando por el poder del Espíritu, con un conocimiento personal, real y literal. Pedro bien pudo haberse presentado ante una congregación y decir: “Sé que Jesús es el Señor porque Isaías dijo esto y aquello sobre Él. O porque uno de los otros profetas dijo esto.” Y lo hizo, por una razón, supongo. Pero lo más grande, lo más culminante que Pedro pudo hacer fue pararse ante el pueblo y decir:

“Yo sé que Él era el Hijo de Dios. Estuve en el aposento alto. Lo reconocí. Él es el mismo que ministró entre nosotros por más de tres años. Sentí las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies. Metí mi mano en la herida de su costado. Lo vi comer—comió pescado y panal de miel. Tiene un cuerpo. Dijo que su cuerpo era de carne y huesos. Yo sé que Él es el Hijo de Dios. ¡Soy su testigo!”

El mensaje de salvación es proclamado por testigos, y este segmento de la vida del Señor Jesús establece un modelo y muestra lo que debemos hacer al llevar el mensaje de la Restauración a los demás hijos de nuestro Padre.

Probar la Restauración mediante el Testimonio

¿Cómo se prueba el mensaje de la Restauración? Bueno, se predica el evangelio. Hay que enseñar las doctrinas de la salvación, de lo contrario, las personas no tendrán una base para juzgar ni estarán en una posición inteligente para evaluar el mérito y la veracidad de nuestro testimonio. Primero, se enseña lo que Dios ha hecho con gloriosa maravilla en el día en que vivimos. Se enseña cómo se han abierto los cielos, cómo Él ha hablado de nuevo y cómo ha restaurado la plenitud de su evangelio eterno, enviando mensajeros angélicos para conferir llaves, poderes y autoridades a los hombres. Y después de haber enseñado la verdad y haber usado las santas escrituras para hacerlo, y de haber presentado el mensaje con la mayor claridad, sencillez y facilidad posible, lo que queda —la parte culminante, convincente y que conmueve— es dar testimonio.

Nosotros, como miembros de la Iglesia y del reino de Dios en la tierra, hemos recibido lo que se llama el don del Espíritu Santo. Y el don del Espíritu Santo es el derecho a la compañía constante de ese miembro de la Trinidad, condicionado a nuestra fidelidad. Y eso significa que el Espíritu Santo de Dios, quien es un personaje de espíritu, de acuerdo con leyes eternas que han sido ordenadas, hablará al espíritu que hay en nosotros, dándonos una prueba eterna. Y a la recepción de esa prueba la llamamos testimonio. Viene por revelación del Espíritu Santo de Dios.

Componentes del Testimonio

Un testimonio en nuestros días consta de tres elementos: consiste en el conocimiento de que Jesús es el Señor, que es el Hijo del Dios viviente, quien fue crucificado por los pecados del mundo; consiste en el hecho de que José Smith fue un profeta de Dios llamado para restaurar la verdad del evangelio y ser el revelador del conocimiento de Cristo para nuestra época; y consiste en saber que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la única Iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra, el único lugar donde se encuentra la salvación, la organización que administra el evangelio y, por tanto, administra la salvación a los hijos de los hombres.

Enseñar por medio del Testimonio

Enseñamos el evangelio. Y después de haber enseñado con claridad según nuestra mejor capacidad, damos testimonio y decimos: “Yo sé”. Decimos que el Espíritu Santo de Dios me ha revelado a mí, a nosotros, a los Santos de los Últimos Días, que esta obra es verdadera. Y después de haber enseñado y testificado, cada individuo que esté en sintonía, cada persona que se haya preparado espiritualmente para recibir la verdad, sentirá en su corazón que lo que hemos dicho es verdadero. Y no será cuestión de argumentos; no será un asunto de debate; no será una conversión intelectual. Será una revelación del Espíritu Santo de Dios.

Creo que este mismo modelo se ha seguido en cada época y dispensación. También creo que tenemos en nuestra época algo que está por encima de lo que se tuvo en cualquier otro tiempo. El Señor nos ha dado el Libro de Mormón como testigo de la verdad, y el Libro de Mormón es “para convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo, el Dios Eterno, que se manifiesta a todas las naciones” (Página del título, Libro de Mormón). Y el Libro de Mormón salió a la luz para probar “al mundo que las santas Escrituras son verdaderas, y que Dios inspira a los hombres y los llama... en esta época y generación, al igual que en generaciones pasadas” (D. y C. 20:11).

Si no obtenemos algo de la vida de Jesús que se aplique a nosotros, no recibimos el beneficio que deberíamos. Debemos tomar su vida y moldear la nuestra según la manera en que Él vivió. Debemos tomar los episodios de su vida y aprender de ellos los conceptos y principios que nos permitirán, en situaciones similares, hacer lo que se nos ha llamado a hacer en nuestra época.

Cuando el Señor mismo dio testimonio de la veracidad del Libro de Mormón, utilizó el lenguaje más solemne conocido por la humanidad. Juró bajo juramento. Dijo, refiriéndose a José Smith: “Él ha traducido el libro, aun aquella parte que le he mandado; y como vive vuestro Señor y vuestro Dios, es verdadero” (DyC 17:6).

Si estamos debidamente en sintonía y entendemos lo que implican las realidades eternas de las que hablamos, deberíamos poder dar ese mismo tipo de testimonio con respecto a la restauración de la verdad eterna en nuestros días. Deberíamos poder decir: “El Señor ha restaurado

nuevamente y ha establecido su reino entre los hombres.” Y siendo Dios nuestro testigo, es verdad.

(“Obtener un testimonio de Jesucristo”, *Liahona*, diciembre de 1980, págs. 11–15).

El Espíritu Santo, el Testimonio y la Conversión: El caso de Simón Pedro

Los Santos se distinguen por su testimonio

Una de las cosas grandes, únicas y distintivas acerca de los Santos de los Últimos Días es que tienen testimonios; saben que la obra en la que están comprometidos es verdadera. Otras personas discuten y debaten sobre asuntos teológicos. Se enredan en campos académicos y en razonamientos. Sin embargo, en lo que a nosotros respecta, tenemos todo lo bueno desde el punto de vista académico; deseamos y razonamos según nuestras capacidades, lo cual es equivalente o incluso superior al de otras personas en el mundo. Pero lo que poseemos que es singular, único y distintivo es el conocimiento personal, nacido del Espíritu, que reside en el corazón de todos nosotros, de que la obra es verdadera. Tenemos lo que se llama un testimonio de la divinidad de esta obra.

Satanás desea el alma de Pedro

Tomaré un pasaje de Lucas: “Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo” (Lucas 22:31).

Esta es una expresión idiomática que era clara para la gente de esa época, más que para la gente de nuestro tiempo. En esencia y contenido, Jesús está diciendo: “Pedro, Satanás te quiere para su cosecha. Quiere cosechar tu alma y llevarte a su granero, a su alfolí, donde te tendrá como su discípulo.” Es la misma figura que usamos cuando decimos que el campo ya está blanco para la siega. Y salimos a predicar el evangelio y cosechamos las almas de los hombres. Pues bien, Satanás quería a Pedro; quería zarandearlo como al trigo, o cosechar su alma.

“Pero [Jesús dice]: yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. Y él [es decir, Pedro] le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte. Y él le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú hayas negado tres veces que me conoces.” (Lucas 22:32–34).

La naturaleza de la conversión de Pedro

El escenario del cumplimiento de esto es la ocasión en el patio exterior de la casa del sumo sacerdote la noche anterior a que Jesús sea arrestado y crucificado. Es la ocasión en que Pedro niega que conoce al Señor. Así que aquí tenemos una situación que ocurre casi al final del ministerio de Jesús, y sin embargo Jesús habla de un momento futuro en el que Pedro va a convertirse.

Esto nos lleva a preguntarnos: “¿En qué estado espiritual se encontraba Pedro?” Después de toda la experiencia que había tenido, después de todos los testimonios que había dado, ¿cómo es posible que aún no pudiera ser clasificado como un convertido? Hoy hablamos de las personas que se unen a la Iglesia mediante el esfuerzo misional, y a veces las llamamos “bautismos de conversos”. Decimos eso de ellos en el mismo momento en que entran a la Iglesia. Sin embargo, aquí tenemos a un hombre que ha estado con Jesús durante tres años y medio de su ministerio; que ha comido, dormido y vivido con Él; que ha sido enviado a una misión; que ha sido ordenado —sin duda como élder, pero ciertamente como apóstol—; que ha tenido poder para hacer milagros, y de hecho los ha hecho; que ha sido un predicador poderoso, valiente y eficaz en la causa de la rectitud. Y aun así el Señor le dice: “Cuando te hayas convertido, haz esto o aquello”, dando a entender que había algo más que debía llegar a la vida de Pedro para convertirlo, algo más de lo que ya había recibido, a pesar de todas las cosas maravillosas que había visto y en las que había participado.

Pedro se había convertido en el sentido de haberse unido a la Iglesia en los primeros días del ministerio de Jesús, pero no convertido en el sentido pleno, aceptable y total en que deben estar convertidos los santos. Primero oyó del evangelio por medio de su hermano Andrés. Andrés y Juan, quien es conocido por nosotros como Juan el Revelador, habían sido discípulos de Juan el Bautista, quien estaba preparando el camino delante del Señor, y había estado bautizando a las personas para la remisión de los pecados con la promesa de que vendría uno después de él que bautizaría con fuego y con el Espíritu Santo. Juan el Bautista había bautizado al Señor. Había reunido un grupo considerable de discípulos; sabía que su ministerio llegaba a su fin, y quería que sus discípulos —entre los cuales estaban Juan, que pronto sería el Revelador, y Andrés, el hermano de Pedro—

siguieran a Jesús. Así que culminó su ministerio dando testimonio del divino origen del Señor y presentando a Jesús ante sus discípulos. Dio esos testimonios fervientes que están resumidos en esta expresión: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Juan el Bautista invitó a sus discípulos a dejarlo, porque él ahora debía disminuir, y a seguir a Jesús, quien debía crecer, y cuya causa debía multiplicarse y perfeccionarse. Y Andrés y Juan, el discípulo, captaron el mensaje; dejaron al Bautista y comenzaron a seguir a Jesús, y, al parecer, inmediatamente recibieron en sus almas la seguridad de que Jesús era el Cordero de Dios. Luego Andrés hizo lo que casi todo nuevo converso, así llamado, de la Iglesia hace: comenzó a buscar a los miembros de su familia, a sus amigos, a sus parientes, y los invitó a venir y recibir las bendiciones que él había recibido.

Pedro enseñado por Jesús

Andrés encontró a Pedro y le dijo: “Hemos hallado al Mesías” (Juan 1:41). Y llevó a Pedro a encontrarse con Jesús. No conocemos la enseñanza ni la conversación que tuvo lugar, salvo de forma muy fragmentaria, pero cuando Pedro vino, fue enseñado en cuanto al evangelio, obviamente, por Jesús. Se le dijo que tendría el título y la designación de Cefas, una piedra. Inmediatamente comenzó a seguir a Jesús. No tenemos el registro, pero no hay duda de que fue bautizado. Se convirtió en discípulo; se unió, por así decirlo, a la Iglesia.

Ahora bien, el ministerio de Jesús duró tres años y medio, y Pedro estuvo con Él prácticamente todo ese tiempo. Al principio, al parecer, no dedicó todo su tiempo a ello; se alejaba con sus socios Jacobo y Juan para ocuparse de la empresa pesquera que dirigían. Debíó haber sido ordenado élder en algún momento del camino. Pero en cualquier caso, cuando llegó el momento del llamamiento de los Doce y de que él se dedicara por completo al ministerio, Jesús lo encontró junto con sus dos socios en la orilla del mar de Galilea, y les dijo: “Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres” (Marcos 1:17).

Pedro ordenado apóstol

Esta fue la ocasión en la que Jesús los ordenó Apóstoles. Luego los llevó a una meseta elevada sobre la ciudad de Capernaúm, donde la multitud los

siguió, y predicó el sermón que fue un sermón de ordenación; nosotros lo llamamos el Sermón del Monte.

Al menos desde ese momento en adelante, Pedro y los demás se dedicaron prácticamente a tiempo completo al ministerio. Estaban continuamente con Jesús. Es probable que haya sido en la casa de Pedro donde Jesús pasaba su tiempo cuando estaba en Capernaúm. Capernaúm era conocida como la ciudad del Señor; allí habitaba. Pedro vivía allí.

No cabe mucha duda de que fue en la casa de Pedro donde Jesús predicaba aquel día cuando bajaron al paralítico a través del tejado, porque no pudieron hacerlo entrar de otra forma a su presencia. Esta fue la ocasión en la que Jesús le dijo al paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados.” Luego, cuando los judíos incrédulos comenzaron a razonar en sus corazones que tal acto era una blasfemia, Jesús dijo: “¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados; o decirle: Levántate, y toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, y toma tu lecho, y vete a tu casa.” (Marcos 2:5–11).

Y el hombre lo hizo.

Jesús testifica de su propia filiación divina

Jesús usó deliberadamente la ocasión para probar su filiación divina. El hecho de que perdonara pecados habría sido una blasfemia si no hubiera sido el Hijo de Dios. Y el hecho de que el hombre paralítico pudiera caminar mostró que Jesús era el Hijo de Dios, porque nadie impuro y sin poder y autoridad divina podría haber realizado tal milagro.

Relato todo esto para mostrar el tipo de experiencias que Pedro estaba viviendo. Pedro estaba con el Señor cuando ocurrieron estos milagros. Fue llevado con Jacobo y Juan a la habitación, a solas, cuando Jesús resucitó a la joven doncella. Estuvo con el Señor en la tumba de Lázaro, cuando ese hombre llevaba cuatro días muerto, ya había comenzado a descomponerse, y fue llamado a salir por Jesús. Así que Pedro había disfrutado de una multitud de experiencias espirituales profundas.

Y, por supuesto, Pedro había dado testimonio de la filiación divina. En aquella ocasión en la región de Cesarea de Filipo, cuando Jesús preguntó:

“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”, y recibió varias respuestas, fue Pedro quien respondió a la pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, con la declaración: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Fue en esa ocasión que Jesús le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.” (Mateo 16:13, 15–17).

Así, Pedro, en esa ocasión, en presencia del Señor, por revelación del Espíritu Santo, había recibido en su alma la certeza de que Jesús era el Señor.

Definición de testimonio

Ahora bien, a eso lo llamamos un testimonio. Es un ejemplo perfecto de un testimonio. Un testimonio es saber, por revelación personal del Espíritu Santo, que Jesús es el Hijo de Dios. El espíritu de profecía es sinónimo del testimonio de Jesús (Apocalipsis 19:10). Pedro había recibido el espíritu profético sobre él, y él sabía —no por razonamiento, no por argumentos, no por sentido teológico, sino por las impresiones, los susurros y la voz del Espíritu—, él sabía que ese hombre Jesús era literalmente el Hijo de Dios: era un testigo.

Sin duda, Pedro dio su testimonio en muchas ocasiones. Tenemos otra ocasión muy dramática en la que lo hizo, que tuvo lugar después del sermón sobre el Pan de Vida. Jesús había alimentado a los cinco mil, les había provisto pan, con el fin de reunir una congregación y así tener un entorno en el que pudiera predicar este sermón en el que declaraba ser el Pan de Vida, para enseñarles que Él les daba alimento espiritual, así como les había dado alimento temporal. Este sermón fue severo y duro: contenía doctrina difícil, y las multitudes comenzaron a apartarse.

Jesús dijo a sus discípulos: “¿Queréis acaso iros también vosotros?”, y Pedro, como portavoz del grupo, dijo: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído, y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” (Juan 6:67–69.)

Pedro lo sabía: Pedro tenía un testimonio. Pedro había hecho milagros; había estado en el ministerio. Ahora llegamos a esta ocasión en la que Jesús va a ser juzgado y, en su momento, crucificado, y descubrimos que el Señor le dice, en efecto: “Pedro, tú tienes un testimonio del evangelio; has

dado testimonio de que yo soy el Hijo de Dios. Yo te he confirmado previamente que tu testimonio es verdadero, pero aún no te has convertido.”

El testimonio y la conversión son distintos

Hay una diferencia, como queda claro aquí, entre tener un testimonio y estar convertido. Es justo decir —y también esencial para la historia— que la razón por la que Pedro no estaba convertido en el sentido pleno es que aún no había llegado el momento en que el Espíritu Santo fuera derramado sobre el pueblo. Mientras Jesús estuvo con ellos, por razones que solo comprendemos parcialmente, no necesitaban la compañía plena y constante del Espíritu Santo. Eso vino después; fue el don prometido que recibieron el día de Pentecostés.

Definición del don del Espíritu Santo

Esto no significa que no tuvieran el Espíritu en ciertas ocasiones. Ya hemos demostrado que sí lo tenían. Tenían el Espíritu que les confirmaba la verdad de vez en cuando, pero no tenían su compañía constante; el poder santificador pleno aún no había llegado a sus vidas. He aquí una analogía que muestra lo que estaba en juego: habían estado caminando por un mundo de tinieblas, un mundo tormentoso y tumultuoso; en medio de la tormenta había relámpagos de vez en cuando que iluminaban el camino. Estos relámpagos eran revelaciones del Espíritu Santo. Pedro recibió una de esas revelaciones en presencia de Jesús, como ya hemos relatado. Pero aún no había llegado el momento —ese momento estaba en el futuro— en el que caminarían todo el tiempo bajo la luz plena del sol. Eso ocurriría cuando se les diera el don del Espíritu Santo. El don del Espíritu Santo, por definición, es el derecho a la compañía constante de ese miembro de la Trinidad, basado en la fidelidad. Pedro aún tenía que recibir ese don.

Después de la crucifixión, los discípulos —las ovejas— fueron dispersadas. Pedro dijo a sus compañeros: “Voy a pescar” (Juan 21:3). Y lo hizo literalmente; pero lo que simboliza es que dejó el ministerio para volver a las cosas del mundo.

Hubo varias apariciones de Jesús; la que nos interesa es la que ocurrió esa mañana en la orilla del mar, cuando Jesús apareció y llamó a los discípulos que estaban pescando, ordenándoles echar las redes al otro lado. Así lo

hicieron, y las redes se llenaron tanto que el relato destaca que no se rompieron.

Juan lo reconoció y dijo: “¡Es el Señor!” (Juan 21:7). Entonces Pedro saltó de la barca y nadó hacia la orilla para ser el primero en saludarlo.

Medición del grado de conversión

Jesús preparó un pescado sobre el fuego; lo comieron en silencio, y luego tuvo lugar esta conversación. Jesús dijo:

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? [Es decir, estos peces que simbolizaban las cosas del mundo, las cosas que Pedro estaba buscando en lugar de estar en el ministerio, donde pertenecía.] Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos.

“Volvió a decirle la segunda vez: Simón... ¿me amas? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas.

“Le dijo la tercera vez: Simón... ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas?, y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.” (Juan 21:15–17.)

Ahora tenemos dos declaraciones. Una dice: “Y tú, una vez vuelto, fortalece a tus hermanos.” Después de que se hizo esta declaración, Pedro negó tres veces que conocía a Cristo. “No conozco al hombre” (Mateo 26:72), le dijo a la criada que lo acusó de haber estado con Él. Ahora, esta otra declaración dice: “Apacienta mis ovejas.” Estas dos declaraciones son una vara de medir que indica el grado de conversión que una persona tiene. La prueba está en si está fortaleciendo a sus hermanos y si está alimentando a las ovejas del Señor.

Recepción del Espíritu Santo en Pentecostés

En el día de Pentecostés, Pedro y los demás estaban reunidos; él estaba predicando. Vino la investidura prometida; el Espíritu Santo descendió sobre ellos; se manifestó el don de lenguas; lenguas repartidas como de fuego se posaron sobre ellos —ese es el lenguaje que se usa para describir las cosas milagrosas que ocurrieron en sus corazones. En realidad, no hay palabras humanas que puedan describir lo que sucedió en los corazones de los discípulos en esa ocasión, que fue cuando se convirtieron plenamente. Así que hicieron lo mejor que pudieron para encontrar un

lenguaje, y dijeron que “lenguas repartidas como de fuego” se posaron sobre ellos.

Así que este fue el día de su conversión. Y después de este día de conversión hubo un cambio total y completo en la vida de Pedro, un cambio que lo convirtió en un hombre distinto del que había sido, incluso cuando comía, vivía y caminaba con Jesús durante Su ministerio mortal.

Pedro predica con poder apostólico

Ahora bien, un pequeño episodio que dramatiza lo que ocurrió en la vida de Pedro después del día de Pentecostés es el siguiente: él y Juan estaban entrando por la puerta del templo llamada la Hermosa. Se encontraron con un hombre que pedía limosna y que había sido cojo desde el vientre de su madre. Les pidió ayuda, y pensaba que iba a recibir algo cuando ellos le hablaron. Pedro dijo:

“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.” (Hechos 3:6.)

Y extendió su mano derecha y levantó al mendigo por la mano derecha. Inmediatamente la fuerza vino a sus pies y tobillos, y comenzó a saltar y alabar a Dios, y fue a mostrarse al pueblo en el templo.

El resultado fue que Pedro y Juan fueron arrestados y encarcelados. Posteriormente fueron sacados para ser interrogados. Parte de la conversación fue esta; Pedro dijo:

“Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera este haya sido sanado, sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano... Y en ningún otro hay salvación.” (Hechos 4:9–10, 12.)

Pedro se convirtió gradualmente

La historia de Pedro es una historia de conversión, y muestra que hubo un proceso involucrado. Pedro oyó del evangelio por medio de Andrés. Vino a Cristo y se unió a la Iglesia; comenzó a adquirir experiencia en la Iglesia, a crecer en gracia, sabiduría y entendimiento. Fue ordenado a oficios en el sacerdocio, incluido el apostolado. Hizo milagros, y el Espíritu Santo le habló. Sabía que la obra era divina. Tenía un testimonio; y luego llegó un

día en que recibió la compañía del Espíritu Santo, y ese fue el día de su conversión. Cuando tenía un testimonio, aún decía: “No conozco al hombre.” En ese tiempo también dijo: “Voy a pescar.” Pero cuando ocurrió la conversión, en lugar de decir: “No conozco al hombre,” enfrentó al pueblo que había crucificado a Jesús, enfrentó a quienes anhelaban su propia sangre, y los acusó de asesinato y dio testimonio de la filiación divina.

Definición de conversión

¿Qué es conversión? Es tan simple como el significado del término. La conversión es cambiar algo de un estado a otro. En el laboratorio químico cambiamos el azúcar en almidón, o viceversa. Los mismos elementos están presentes, pero hay un reordenamiento de manera que la sustancia parece ser distinta de lo que era antes. En el mundo hay personas que no están convertidas y personas que sí lo están. Externamente pueden parecer iguales. Lee los pasajes de las Escrituras que tratan sobre el nacer de nuevo.

Alma el Joven nace de nuevo

Lee particularmente lo que está en *Mosiah* 27, que narra la experiencia de Alma el Joven, cómo fue visitado por un ángel, fue herido, entró en un estado de trance y permaneció así un par de días mientras su padre, el sumo sacerdote, y los santos ayunaban por su bienestar y recuperación. Luego, lee cómo Alma el Joven, que evidentemente había sido bautizado en su juventud, salió del trance y dijo: “He nacido de nuevo.” Luego explica que el Señor dice que toda la humanidad —hombres, mujeres, niños— tiene que nacer de nuevo o no puede ser salva en el reino de Dios. Observa que él dice que los hombres deben ser cambiados de su estado carnal y caído a un estado de rectitud, naciendo de nuevo, convirtiéndose en hijos e hijas del Señor. Ahora bien, esto es lo que implica la conversión.

Toda persona que está en el mundo, que alguna vez ha nacido en el mundo y que llega a los años de responsabilidad sin haber sido bautizada, muere espiritualmente. Desde la Caída de Adán, según nuestras revelaciones, todos los hombres responsables se han vuelto carnales, sensuales y diabólicos por naturaleza. A esto se le llama el hombre natural. Ahora bien, lo que se requiere para la conversión es desechar al hombre natural y convertirse en un santo mediante el poder del sacrificio

expiatorio de Cristo. Y así las personas nacen de nuevo. Son cambiadas de un estado carnal y caído a un estado de rectitud. Pablo lo describe diciendo que crucificamos al hombre viejo (*Romanos 6:6*). Morimos en cuanto a las cosas del mundo y cobramos vida en cuanto a las cosas de la rectitud, y eso no sucede ni puede suceder a menos que alguien reciba el poder santificador del Espíritu Santo en su vida.

El Espíritu Santo: Testigo y Santificador

El Espíritu Santo hace dos cosas en particular. Por un lado, es un testigo de la verdad, y así da testimonio de la verdad, y es así como recibimos un testimonio: por revelación del Espíritu Santo. Pero, por otro lado, el Espíritu Santo es un santificador, y tiene el poder de limpiar y perfeccionar el alma humana, de lavar el mal y la iniquidad, y reemplazarlos con rectitud. Y esa es la ocasión en que somos convertidos. Recibimos un testimonio del Espíritu Santo cuando ese miembro de la Trinidad nos dice que la obra es verdadera, y su gran función en ese ámbito es dar testimonio de la verdad.

Somos limpiados del pecado, nacemos de nuevo y nos convertimos a la verdad cuando recibimos la compañía constante de ese miembro de la Trinidad, es decir, cuando obtenemos el derecho a la compañía constante. En realidad, nadie tiene esa compañía todo el tiempo, porque nadie es perfecto, nadie vive en un estado ideal y perfecto. Hacemos lo mejor que podemos, y obtenemos lo suficiente de esa compañía como para que nuestros pecados sean quemados dentro de nosotros como por fuego. Y eso es lo que está implicado cuando usamos la expresión “el bautismo de fuego”, que significa el bautismo del Espíritu Santo. Es un simbolismo que indica que la escoria y el mal son quemados del alma humana como por fuego, y como consecuencia, el individuo se convierte en una nueva criatura del Espíritu Santo, tal como lo explicó Alma. Así que uno se convierte en una nueva criatura. Ha habido un cambio. Ha habido una conversión. En el pasado uno caminaba según la manera del mundo, pero ahora uno camina como corresponde a un santo de Dios.

Los Santos de los Últimos Días deben obtener testimonios

Somos un pueblo que da testimonio. En todas partes y siempre, en nuestras reuniones, alguien dice: “Yo sé que la obra es verdadera.” Esto es sano y correcto; así deberían ser las cosas. Deberíamos dar testimonio casi

todo el tiempo, porque cuando damos testimonio fortalecemos los testimonios de otras personas. Si recibimos el Espíritu del Señor en nuestra alma, y testificamos por el poder del Espíritu Santo que la obra es verdadera, entonces todos los que nos escuchen y estén en sintonía con ese mismo Espíritu sabrán también en su corazón que la obra es verdadera. Y así, el espíritu del que da el testimonio es nutrido, y se fortalece en fe y devoción.

La importancia del testimonio

A veces es más importante dar testimonio que enseñar doctrina, aunque es necesario enseñar la doctrina para establecer el fundamento y el trasfondo que permitan que el testimonio tenga un efecto más convincente en los corazones y las almas de las personas. Un testimonio no significa nada para ellas hasta que hayan adquirido suficiente comprensión doctrinal para poner sus vidas en una circunstancia tal que les permita al Espíritu Santo decirles que el testimonio que se está dando es verdadero. Así que tenemos, por un lado, el testimonio, y por otro, la conversión.

La conversión repentina y milagrosa de Alma

Podemos tener testimonios sin estar convertidos. Pero todos deberíamos estar en el proceso de conversión —y es un proceso.

Una persona puede convertirse de manera instantánea, milagrosamente. Eso es lo que le ocurrió a Alma el Joven. Había sido bautizado en su juventud, se le había prometido el Espíritu Santo, pero nunca lo había recibido. Era demasiado sabio según el mundo; se fue con los hijos de Mosíah a destruir la Iglesia y a deshacerse de las enseñanzas de su padre, que en efecto era el presidente de la Iglesia. Estaba luchando contra la verdad y en oposición a ella; era como el estudiante universitario que piensa que sabe más que el Señor porque ha aprendido un poco de ciencia, y eso no parece encajar con lo que sus padres le han enseñado acerca del plan de salvación. Alma estaba en ese estado, y entonces ocurrió una ocasión en la que una nueva luz entró en su alma, cuando fue transformado de su estado caído y carnal a un estado de rectitud. En su caso, la conversión fue milagrosa, casi en un abrir y cerrar de ojos. Al menos ocurrió durante ese período de dos días en que estuvo en trance.

El proceso paso a paso de la conversión

Pero esta no es la forma en que ocurre con la mayoría de las personas. En la mayoría de las personas, la conversión es un proceso; y ocurre paso a paso, grado por grado, nivel por nivel, de un estado inferior a uno superior, de gracia en gracia, hasta el momento en que el individuo está completamente entregado a la causa de la rectitud. Esto significa que un individuo vence un pecado hoy y otro pecado mañana. Perfecciona su vida en un área ahora, y en otra área más adelante. Y el proceso de conversión continúa hasta que se completa, hasta que nos convertimos, literalmente, como dice el Libro de Mormón, en Santos de Dios en lugar de hombres naturales (*Mosiah 3:19*).

Se requiere valentía en el testimonio

Lo que estamos esforzándonos por lograr es ser convertidos. No basta con tener un testimonio. ¿Quieres saber qué les sucede a las personas que tienen un testimonio pero no se esfuerzan por vivirlo? Léelo en la visión de los grados de gloria (*Doctrina y Convenios 76:71–80*); allí se habla del reino terrestre. Y dice que aquellos que no son valientes en el testimonio de Jesús, no obtienen la corona en el reino de nuestro Dios. Eso se refiere a los miembros de la Iglesia que son tibios. Son miembros que logran sintonizar espiritualmente en ocasiones, reciben un relámpago de luz, y saben en su corazón que la obra es verdadera. Tal vez se esfuercen por un tiempo. Tal vez sirvan en una misión por un par de años y luego se aparten. Llegan al punto de saber que la obra es verdadera, pero no son valientes. No perseveran en justicia hasta el fin.

Hay muchos en la Iglesia que saben que esta obra es verdadera, pero que no hacen mucho al respecto. Pero si los acorralaras y empezaras a condenar a la Iglesia, se levantarían con indignación y furia a defender el reino. Esto es digno de mérito y les favorece. Pero ellos “van a pescar”; es decir, se van tras las cosas del mundo en lugar de poner en primer lugar en sus vidas las cosas del reino de Dios, las cosas de la rectitud. Y por eso son tibios, no son valientes.

Si las personas que no son valientes en el testimonio van al reino terrestre, ¿quiénes van al celestial, que es el reino de Dios, al cual aspiramos? Obviamente, la forma de entrar al reino celestial es ser valiente en el testimonio; es decir, estar trabajando en ello, hacer que la religión sea una

realidad viva y activa en tu vida. Hemos visto algunos pasajes que nos han dicho dos cosas que están involucradas en hacer de la religión algo vivo y práctico en nuestras vidas. Uno decía: “Fortalece a tus hermanos”, y el otro: “Apacienta mis ovejas”. Y si quisiéramos decir una tercera cosa que abarque todo el campo, sería: “Guarda mis mandamientos.” (Véase Juan 15:7–14; DyC 76:5–6.)

Examínate a ti mismo

Haz una pequeña prueba contigo mismo. Sabes que tienes un testimonio; eso no está en duda. Ya sabes que la obra es verdadera. ¿Estás convertido? ¿Has nacido de nuevo? Lee el capítulo cinco de *Alma* para ver el repaso de las pruebas que indican si una persona ha nacido de nuevo y cómo lo sabe. Sabes si has nacido de nuevo, o sabes el grado en que has nacido de nuevo: es la medida en que guardas los mandamientos, apacientas las ovejas del Señor y fortaleces a tus hermanos. En otras palabras, es la medida de tu involucramiento en las cosas del Espíritu, en las cosas de la Iglesia.

La religión no es solo un asunto teológico. No es solo cuestión de analizar pasajes de las Escrituras y llegar a ciertas conclusiones. La religión es una cuestión de hacer algo.

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (*Santiago 1:27*). Eso abarca dos cosas: involucramiento y servicio, lo cual significa una vida justa. Es visitar a los huérfanos y las viudas; es fortalecer a tus hermanos; es guardar los mandamientos, y así mantenerse sin mancha del mundo.

La religión es algo que debe vivir en la vida de las personas, y por eso todas estas expresiones que dicen que mostramos nuestra fe por nuestras obras (*Santiago 2:18*), y que no seamos tan solo oidores, sino hacedores (*Santiago 1:22*), o que deberíamos serlo. Puedes ser un oidor si todo lo que implica la religión es simplemente teología, estudiar y analizar pasajes de las Escrituras. Pero eres un hacedor si pones la religión en práctica en tu vida. Eres un oidor, al menos en parte, si todo lo que tienes es un testimonio. Pero te conviertes en hacedor cuando a ese testimonio le sumas esta conversión pura de la que estamos hablando.

Pedro es el ejemplo clásico, siempre que entendamos que en las experiencias de su vida él fue como fue porque el Espíritu Santo aún no había sido dado en su plenitud.

El Espíritu Santo ha sido dado en plenitud en nuestros días, en el sentido de que la compañía de ese miembro de la Trinidad está disponible para nosotros.

Buscamos una conversión completa

Queremos estar involucrados en las cosas del Espíritu. No queremos quedarnos al margen, observando a algunas personas que están convertidas. Queremos ser convertidos y participar activamente en la religión; queremos sentir los impulsos del Espíritu; queremos hacer milagros. Queremos sanar a nuestros enfermos; queremos los dones y las gracias que Dios da a los fieles. Y esos dones vienen cuando nos involucramos en la religión que Él nos ha dado con tanta gracia y generosidad en esta época.

(“Sed convertidos”, Conferencia de Estaca del Primer Barrio de BYU, 11 de febrero de 1968.)

Capítulo 7

Por qué el Señor Ordenó la Oración

La Oración de Jesús en Getsemaní

En la pared oeste de la sala del Consejo de los Doce en el Templo de Salt Lake cuelga una imagen del Señor Jesucristo mientras ora en Getsemaní a su Padre.

En una agonía incomparable, sufriendo tanto en cuerpo como en espíritu en un grado incomprensible para el hombre —la tortura que se avecinaba en la cruz palideciendo en insignificancia— nuestro Señor está aquí suplicando a su Padre por la fuerza para llevar a cabo la expiación infinita y eterna.

De todas las oraciones jamás pronunciadas, en el tiempo o en la eternidad —por dioses, ángeles o hombres mortales— esta se destaca como suprema, por encima y aparte, preeminente sobre todas las demás.

En este jardín llamado Getsemaní, fuera de los muros de Jerusalén, el más grande de los miembros de la raza de Adán, Aquel cuyo pensamiento y palabra fueron perfectos, rogó a su Padre para salir triunfante de la prueba más tortuosa jamás impuesta a hombre o a Dios.

Allí, entre los olivos —el espíritu de pura adoración y oración perfecta— el hijo de María luchó bajo la carga más aplastante jamás soportada por un hombre mortal.

Allí, en la quietud de la noche judea, mientras Pedro, Santiago y Juan dormían —con oración en sus labios— el propio Hijo de Dios tomó sobre sí los pecados de todos los hombres bajo las condiciones del arrepentimiento.

Sobre su Siervo Sufriente, el gran Elohim puso allí y entonces el peso de todos los pecados de todos los hombres de todas las edades que creen en Cristo y buscan su rostro. Y el Hijo, que llevaba la imagen del Padre, rogó a

su progenitor divino por poder para cumplir el propósito principal por el cual había venido a la tierra.

Esta fue la hora en la que toda la eternidad pendía en la balanza. Tan grande fue la agonía creada por el pecado —puesta sobre Aquel que no conoció el pecado— que sudó grandes gotas de sangre de cada poro, y “desearía,” dentro de sí mismo, “no beber el cáliz amargo” (D&C 19:18). Desde el alba de la creación hasta esta hora suprema, y desde esta noche expiatoria hasta todas las edades interminables de la eternidad, no había habido ni habría jamás una lucha como esta.

“El Señor Omnipotente que reina, que fue, y es desde toda la eternidad hasta toda la eternidad,” que “descendió del cielo entre los hijos de los hombres” (Mosías 3:5); el Gran Creador, Sostenedor y Conservador de todas las cosas desde el principio, que hizo de la arcilla su tabernáculo; la única persona nacida en el mundo que tuvo a Dios como su padre; el propio Hijo de Dios —de una manera más allá de la comprensión mortal— fue allí y entonces quien llevó a cabo la expiación infinita y eterna, por la cual todos los hombres son resucitados en inmortalidad, mientras que aquellos que creen y obedecen también salen para recibir una herencia de vida eterna. Dios el Redentor rescató a los hombres de la muerte temporal y espiritual que les trajo la caída de Adán.

Y fue en esta hora que Él, quien entonces nos compró con su sangre (Hechos 20:25), ofreció la oración personal más suplicante y conmovedora que jamás haya salido de labios mortales. Dios el Hijo oró a Dios el Padre, para que la voluntad del uno se tragara en la voluntad del otro, y para que Él pudiera cumplir la promesa hecha por Él cuando fue elegido para ser el Redentor: “Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre” (Moisés 4:4).

Verdaderamente, como un hijo obediente cuyo único deseo era hacer la voluntad del Padre que lo envió, nuestro Señor oró siempre y con frecuencia durante su probación mortal. Por herencia natural, porque Dios era su padre, Jesús fue dotado de mayores poderes de intelecto y percepción espiritual que cualquier otra persona haya poseído. Pero a pesar de sus superlativos poderes naturales y dones—o, ¿no deberíamos decir, por causa de ellos? (porque verdaderamente, cuanto más espiritualmente perfeccionado e intelectualmente dotado es una persona,

más reconoce su lugar en el esquema infinito de las cosas y sabe, por lo tanto, su necesidad de ayuda y guía de Aquel que verdaderamente es infinito)—y así, debido a sus superlativos poderes y dones, Jesús, por encima de todos los hombres, sintió la necesidad de una comunión constante con la fuente de todo poder, toda inteligencia y toda bondad.

Cuando llegó el momento de elegir a los doce testigos especiales que debían dar testimonio de Él y de su ley hasta los confines de la tierra, y que debían sentarse con Él en doce tronos para juzgar toda la casa de Israel, ¿cómo hizo Él la elección? El relato inspirado dice: “Salió al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios”. Habiendo llegado a conocer la mente y la voluntad de Aquel cuyo hijo era, “cuando fue de día... escogió a doce, a los cuales también nombró apóstoles” (Lucas 6:12-13).

Cuando se acercaba la hora de su arresto y pasión; cuando quedaba una gran verdad más que debía ser grabada en los Doce—que si iban a tener éxito en la obra asignada y merecer recompensa eterna con Él y su Padre, debían ser uno, así como Él y el Padre eran uno—en esta hora de suprema importancia, enseñó la verdad involucrada como parte de su gran oración intercesora, fragmentos de la cual se conservan para nosotros en Juan 17.

Cuando Él, después de su resurrección—¡nota bien! después de su resurrección, aún oraba al Padre!—cuando Él, glorificado y perfeccionado, buscó dar a los nefitas la experiencia espiritual más trascendental que pudieran soportar, lo hizo, no en un sermón, sino en una oración. “Las cosas que Él oró no se pueden escribir,” dice el registro, pero aquellos que lo escucharon dieron este testimonio:

“El ojo nunca ha visto, ni el oído ha oído, antes, cosas tan grandes y maravillosas como las que vimos y escuchamos a Jesús hablar al Padre; Y ninguna lengua puede hablar, ni puede ser escrita por ningún hombre, ni los corazones de los hombres pueden concebir cosas tan grandes y maravillosas como las que ambos vimos y escuchamos hablar a Jesús: y nadie puede concebir la alegría que llenó nuestras almas en el momento en que lo escuchamos orar por nosotros al Padre.” (3 Nefi 17:15-17).

Pero aquí, en Getsemaní—como un modelo para todos los hombres sufrientes, agobiados, y en agonía—Él derramó su alma ante su Padre con súplicas nunca igualadas. Qué peticiones hizo, qué expresiones de doctrina pronunció, qué palabras de gloria y adoración dijo entonces no lo

sabemos. Tal vez, como en su próxima oración entre los nefitas, las palabras no pudieron ser escritas, pero solo comprendidas por el poder del Espíritu. Sabemos que en tres ocasiones separadas en su oración, Él dijo, en sustancia y contenido de pensamiento: “Oh, mi Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieras” (Mateo 26:39).

Aquí, en Getsemaní, como Él le dijo a su Padre, “No mi voluntad, sino la tuya, se haga,” el registro inspirado dice: “Entonces se le apareció un ángel del cielo, fortaleciéndole. Y estando en agonía, oró más intensamente; y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:42-44).

Ahora, aquí hay algo maravilloso. Tómalo bien. El Hijo de Dios “oró más intensamente” ¡Él, que hizo todas las cosas bien, cuya palabra era correcta, cuya énfasis era apropiado; Él a quien el Padre dio su Espíritu sin medida; Él que fue el único ser perfecto que jamás caminó por los polvorientos caminos de la tierra—el Hijo de Dios “oró más intensamente,” enseñándonos, a nosotros, sus hermanos, que todas las oraciones, incluso la suya, no son iguales, y que una mayor necesidad provoca más intensas y llenas de fe súplicas ante el trono de Aquel a quien las oraciones de los Santos son un dulce aroma.

En este contexto, entonces, buscando aprender y vivir la ley de la oración para que nosotros, como Él, podamos ir adonde Él y su Padre están, resumamos lo que realmente implica el glorioso privilegio de acercarnos al trono de la gracia. Aprendamos a hacerlo con valentía y eficacia, no solo con palabras, sino en espíritu y en poder, para que podamos atraer sobre nosotros, así como Él lo hizo sobre sí mismo, el mismo poder del cielo. Tal vez los siguientes diez puntos nos permitan cristalizar nuestro pensamiento y nos guiarán a perfeccionar nuestras oraciones personales.

1. Qué es la Oración

Una vez, estuvimos en la presencia de nuestro Padre, vimos su rostro y conocimos su voluntad. Hablábamos con Él, escuchábamos su voz y recibíamos consejo y dirección de Él. Ese era nuestro estado como hijos espirituales en la vida premortal. Entonces caminábamos por vista.

Ahora estamos muy alejados de la presencia divina; ya no vemos su rostro ni escuchamos su voz como lo hacíamos entonces. Ahora caminamos por

fe. Pero necesitamos su consejo y dirección tanto o más que cuando convivíamos con todas las huestes serafínicas del cielo antes de que el mundo existiera. En su infinita sabiduría, sabiendo nuestras necesidades, un Padre lleno de gracia ha provisto la oración como el medio para continuar comunicándonos con Él. Como he escrito en otro lugar:

“Orar es hablar con Dios, ya sea vocalmente o formando los pensamientos involucrados en la mente. Las oraciones pueden incluir correctamente expresiones de alabanza, acción de gracias y adoración; son ocasiones solemnes durante las cuales los hijos de Dios piden a su Padre Eterno las cosas, tanto temporales como espirituales, que consideran necesarias para sostenerlos en todas las diversas pruebas de esta probación mortal. Las oraciones son ocasiones de confesión—momentos en los que, con humildad y contrición, con corazones quebrantados y espíritus contritos, los Santos confiesan sus pecados a la Deidad e imploran que Él otorgue su perdón limpiador.” (Doctrina Mormona, 2ª ed., p. 581.)

2. Por qué Oramos

Existen tres razones básicas y fundamentales por las cuales oramos:

a. Se nos manda hacerlo. La oración no es algo de relativa insignificancia que podemos elegir hacer si nos apetece. Más bien, es un decreto eterno de la Deidad. “Arrepiéntete y llama a Dios en el nombre del Hijo para siempre,” fue su palabra en la primera dispensación. “Y Adán y Eva, su esposa, no cesaron de llamar a Dios.” (Moisés 5:8, 16.) En nuestros días, se nos instruye: “Pedid, y se os dará; llamad, y se os abrirá” (D&C 4:7). Los maestros del hogar son designados en la Iglesia para “visitar la casa de cada miembro, y exhortarlos a orar vocalmente y en secreto” (D&C 20:47). Y hablando por “mandamiento” a su pueblo de los Últimos Días, el Señor dice: “El que no observe sus oraciones delante del Señor en su debido tiempo, que sea recordado ante el juez de mi pueblo” (D&C 68:33).

b. Las bendiciones temporales y espirituales siguen a la oración correcta.

Como muestran todas las revelaciones, los portales del cielo se abren de par en par para aquellos que oran con fe; el Señor derrama sobre ellos justicia; son preservados en circunstancias peligrosas; la tierra les da sus frutos; y los gozos del evangelio moran en sus corazones.

c. La oración es esencial para la salvación. Ninguna persona responsable ha obtenido o obtendrá descanso celestial a menos que aprenda a

comunicarse con el Maestro de ese reino. Y “¿cómo conoce un hombre al maestro a quien no ha servido, y que es un extraño para él, y está lejos de los pensamientos y los intentos de su corazón?” (Mosías 5:13).

3. Orar al Padre

Se nos manda orar al Padre (Elohim) en el nombre del Hijo (Jehová). Las revelaciones son perfectamente claras sobre esto. “Debéis orar siempre al Padre en mi nombre”, dijo el Señor Jesús a los nefitas (3 Nefi 18:19). Sin embargo, hay una sorprendente cantidad de doctrina falsa y prácticas erróneas en las iglesias de la cristiandad y, ocasionalmente, incluso entre los verdaderos Santos.

Existen aquellos que oran a los llamados santos y les piden que intercedan ante Cristo por ellos. Los libros de oraciones oficiales de las diversas sectas tienen algunas oraciones dirigidas al Padre, otras al Hijo, y otras al Espíritu Santo, siendo la excepción, más que la regla en algunos lugares, cuando las oraciones se ofrecen en el nombre de Cristo. Hay quienes sienten que ganan una relación especial con nuestro Señor al dirigir sus peticiones directamente a Él.

Es cierto que cuando oramos al Padre, la respuesta viene del Hijo, porque “hay... un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús” (1 Timoteo 2:5). José Smith, por ejemplo, pidió al Padre, en el nombre del Hijo, respuestas a preguntas, y la voz que respondió no fue la del Padre, sino la del Hijo, porque Cristo es nuestro abogado, nuestro intercesor, el Dios (bajo el Padre) que gobierna y regula esta tierra.

Y es cierto que, a veces, en sus respuestas, Cristo asume la prerrogativa de hablar con la autoridad divina, como si fuera el Padre; es decir, habla en primera persona y usa el nombre del Padre porque el Padre ha puesto su propio nombre sobre el Hijo. Para una explicación completa de esto, véase el pronunciamiento oficial “El Padre y el Hijo: Una Exposición Doctrinal por la Primera Presidencia y los Doce,” comenzando en la página 465 de *Los Artículos de Fe* por el élder James E. Talmage.

Es cierto que nosotros y todos los profetas podemos, con propiedad, dar alabanzas al Señor Jehová (Cristo). Podemos cantar apropiadamente a su santo nombre, como en el clamor “Aleluya,” que significa alabar a Jah, o alabar a Jehová. Pero lo que debemos tener perfectamente claro es que

siempre oramos al Padre, no al Hijo, y siempre oramos en el nombre del Hijo.

4. Pedir Bendiciones Temporales y Espirituales

Tenemos derecho y se espera que oremos por todas las cosas necesarias de manera adecuada, ya sean temporales o espirituales. No tenemos el derecho de hacer peticiones ilimitadas; nuestras solicitudes deben basarse en la justicia. “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para consumirlo en vuestros deleites” (Santiago 4:3).

Amulek habla de cultivos y ganados, de campos y rebaños, así como de misericordia y salvación, cuando enumera aquellas cosas por las que debemos orar (ver Alma 34:17-29). La oración del Señor habla del “pan nuestro de cada día” (Mateo 6:11), y Santiago nos insta a pedir sabiduría (ver Santiago 1:5), lo que en principio significa que debemos pedir todos los atributos de la piedad. Nuestra revelación dice: “Se os manda en todas las cosas pedir a Dios” (D&C 46:7). Nefi dice: “No debéis hacer nada ante el Señor, salvo que en primer lugar oréis al Padre en el nombre de Cristo, para que Él consagre vuestra actuación para vosotros, para que vuestra actuación sea para el bienestar de vuestra alma” (2 Nefi 32:9). Y la promesa del Señor para todos los fieles es: “Si pides, recibirás revelación sobre revelación, conocimiento sobre conocimiento, para que puedas conocer los misterios y las cosas pacíficas—lo que trae gozo, lo que trae vida eterna” (D&C 42:61).

Está claro que debemos orar por todo lo que con sabiduría y justicia debamos tener. Ciertamente debemos buscar un testimonio, revelaciones, todos los dones del Espíritu, incluida el cumplimiento de la promesa en Doctrina y Convenios 93:1 de ver el rostro del Señor. Pero por encima de todas nuestras otras peticiones, debemos suplicar por la compañía del Espíritu Santo en esta vida y por la vida eterna en el mundo venidero. Cuando los Doce Nefitas “oraron por lo que más deseaban”, el registro en el Libro de Mormón nos dice, “deseaban que el Espíritu Santo se les diera” (3 Nefi 19:9). El mayor don que un hombre puede recibir en esta vida es el don del Espíritu Santo, así como el mayor don que puede ganar en la eternidad es la vida eterna (D&C 14:7).

5. Orar por los demás

Nuestras oraciones no son egoístas ni centradas en uno mismo. Buscamos

el bienestar espiritual de todos los hombres. Algunas de nuestras oraciones son para el beneficio y bendición solo de los Santos, otras son para la iluminación y beneficio de todos los hijos de nuestro Padre. “No oro por el mundo,” dijo Jesús en su gran oración intercesora, “sino por aquellos que tú me has dado” (Juan 17:9). Pero también mandó: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44).

Así, tal como Cristo “es el Salvador de todos los hombres, especialmente de aquellos que creen” (1 Timoteo 4:10), oramos por todos los hombres, pero especialmente por nosotros mismos, nuestras familias, los Santos en general, y aquellos que buscan creer y conocer la verdad. De especial preocupación para nosotros están los enfermos que pertenecen al hogar de la fe y aquellos que están investigando el evangelio restaurado. “Orad unos por otros, para que seáis sanados,” dice Santiago, refiriéndose a los miembros de la Iglesia, porque “la oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16). Y en cuanto a aquellos que asisten a nuestras reuniones y buscan aprender la verdad, el Señor Jesús dice: “Oraréis por ellos al Padre, en mi nombre,” con la esperanza de que se arrepientan y sean bautizados (3 Nefi 18:23; ver también v. 30).

6. Cuándo y dónde orar

“Orad siempre” (ver 2 Nefi 32:9). Así está escrito, lo que significa: Ora regularmente, consistentemente, día tras día; y también, vive con el espíritu de oración siempre en tu corazón, para que tus pensamientos, palabras y actos sean siempre aquellos que agradarán a Aquel que es Eterno. Amulek habla de orar “tanto por la mañana, al mediodía, como por la noche,” y dice que debemos derramar nuestras almas al Señor en nuestros armarios, en nuestros lugares secretos y en el desierto (Alma 34:17-29). Jesús mandó tanto la oración personal como la oración familiar: “Velad y orad siempre,” dijo; y también, “Orad en vuestros hogares al Padre, siempre en mi nombre, para que vuestras esposas y vuestros hijos sean bendecidos” (3 Nefi 18:15, 21).

La práctica de la Iglesia en nuestros días es tener oración familiar dos veces al día, además de nuestras oraciones personales diarias, y una bendición sobre nuestra comida en las comidas (excepto en aquellos lugares públicos u otras circunstancias en las que sería ostentoso o inapropiado hacerlo), además de oraciones apropiadas en nuestras reuniones.

7. Cómo orar

Siempre dirígete al Padre; da gracias por tus bendiciones; pídele por necesidades justas y adecuadas; y hazlo en el nombre de Jesucristo.

Según la ocasión y las circunstancias, confiesa tus pecados; consulta con el Señor sobre tus problemas personales; alábalo por su bondad y gracia; y expresa tales sentimientos de adoración y doctrina como te conduzcan a un estado de unidad con Aquel a quien adoras.

Dos pautas muy pasadas por alto, poco trabajadas y muy necesarias para una oración aprobada son:

a. Ora con fervor, sinceridad, con real intención, y con toda la energía y fuerza de tu alma. Las meras palabras no son suficientes. Las repeticiones vanas no bastan. La excelencia literaria tiene poco valor. De hecho, la verdadera elocuencia no está en la excelencia del lenguaje (aunque esto se debe buscar), sino en el sentimiento que acompaña las palabras, aunque estas sean mal elegidas o formuladas. Moroni dijo: “Orad al Padre con toda la energía del corazón” (Mormón 7:48). Además, “se cuenta como malvado para un hombre si ora sin real intención de corazón; sí, y no le aprovecha en nada, porque Dios no recibe a ninguno de esos” (Mormón 7:9).

b. Orar por el poder del Espíritu Santo. Este es el logro supremo y definitivo en la oración. La promesa es: “El Espíritu se os dará por la oración de fe” (D&C 42:14). “Y si estáis purificados y limpiados de todo pecado, pediréis lo que queráis en el nombre de Jesús, y se os hará” (D&C 50:29). En cuanto a la venidera era milenaria, cuando las oraciones serán perfeccionadas, la escritura dice: “Y en ese día, todo lo que pidiere cualquier hombre, se le dará” (D&C 101:27).

8. Usar tanto la agencia como la oración

No es, nunca ha sido, ni será jamás el diseño y propósito del Señor—por mucho que lo busquemos en oración—responder a todos nuestros problemas y preocupaciones sin lucha y esfuerzo de nuestra parte. Esta mortalidad es un estado de prueba. En ella tenemos nuestra agencia. Estamos siendo probados para ver cómo responderemos en diversas situaciones; cómo decidiremos los problemas; qué camino tomaremos mientras estemos aquí caminando, no por vista sino por fe. Por lo tanto, debemos resolver nuestros propios problemas y luego consultar con el

Señor en oración y recibir una confirmación espiritual de que nuestras decisiones son correctas.

Como se planteó en su trabajo de traducir el Libro de Mormón, José Smith no simplemente le preguntó al Señor qué significaban los caracteres en las planchas, sino que se le pidió que estudiara el asunto en su mente, tomara una decisión propia y luego le preguntara al Señor si sus conclusiones eran correctas (ver D&C 8, 9). Así es con nosotros en todo lo que se nos llama a hacer. La oración y las obras van juntas. Si y cuando hemos hecho todo lo que podemos, entonces, en consulta con el Señor, a través de una oración poderosa y eficaz, tenemos el poder de llegar a las conclusiones correctas.

9. Seguir las formalidades de la oración

Estas (aunque muchas) son simples y fáciles, y contribuyen al espíritu de adoración que acompaña las oraciones sinceras y eficaces. Nuestro Padre es glorificado y exaltado; Él es un ser omnipotente. Nosotros somos como el polvo de la tierra en comparación, y sin embargo somos sus hijos con acceso, a través de la oración, a su presencia. Cualquier acto de reverencia que nos coloque en el estado mental adecuado cuando oramos es positivo.

Buscamos la guía del Espíritu Santo en nuestras oraciones. Reflexionamos sobre las solemnidades de la eternidad en nuestros corazones. Nos acercamos a la Deidad en el espíritu de asombro, reverencia y adoración. Hablamos en tonos suaves y solemnes. Escuchamos su respuesta. Estamos en nuestro mejor momento en oración. Estamos en la presencia divina.

Casi por instinto, por lo tanto, hacemos cosas como inclinar nuestra cabeza y cerrar nuestros ojos; cruzar nuestros brazos, o arrodillarnos, o caer sobre nuestros rostros. Usamos el lenguaje sagrado de la oración (el de la Versión Reina-Valera de la Biblia—tú, tu, thine, no ustedes y su). Y decimos Amén cuando otros oran, haciendo así que sus expresiones sean nuestras, sus oraciones sean nuestras oraciones.

10. Vivir como oras

Hay un viejo dicho que dice: “Si no puedes orar por algo, no lo hagas”, lo cual tiene la intención de unir nuestras oraciones y acciones. Y cierto es que nuestros hechos, en gran medida, son hijos de nuestras oraciones. Habiendo orado, actuamos; nuestras peticiones adecuadas tienen el efecto de trazar un curso recto de conducta para nosotros. El joven que ora (con fervor y devoción y con fe) para ir a una misión, luego se

preparará para su misión, y de hecho recibirá su llamada al servicio. Los jóvenes que oran siempre, con fe, para casarse en el templo, y luego actúan en consecuencia, nunca se conformarán con un matrimonio mundano. Tan entrelazadas están la oración y las obras que, habiendo recitado la ley de la oración en detalle, Amulek concluye:

“Después de que hayáis hecho todas estas cosas, si apartáis a los necesitados, y a los desnudos, y no visitáis a los enfermos y afligidos, y no impartís de vuestro substance, si tenéis, a aquellos que están necesitados — os digo, que si no hacéis ninguna de estas cosas, he aquí, vuestra oración es vana, y no os aprovecha en nada, y sois como los hipócritas que niegan la fe” (Alma 34:28).

Ahora hemos hablado, brevemente y de manera imperfecta, de la oración y algunos de los grandes y eternos principios que la acompañan. Ahora queda solo una cosa más: testificar que estas doctrinas son verídicas y que la oración es una realidad viva que lleva a la vida eterna.

La oración puede ser un galimatías y una tontería para la mente carnal; pero para los Santos de Dios, es el canal de comunicación con lo Invisible.

Para los que no creen y los rebeldes, puede parecer un acto de piedad sin sentido nacido de inestabilidad mental; pero para aquellos que han probado sus frutos, se convierte en un ancla para el alma a través de todas las tormentas de la vida.

La oración es de Dios—no las vanas repeticiones de los gentiles, no la retórica de los libros de oración, no los susurros insinceros de los hombres lujuriosos—sino esa oración que nace del conocimiento, que se nutre por la fe en Cristo, que se ofrece en espíritu y en verdad.

La oración abre la puerta a la paz en esta vida y a la vida eterna en el mundo venidero. La oración es esencial para la salvación. A menos que la convirtamos en una parte viva de nosotros, de modo que hablemos con nuestro Padre y su voz responda, por el poder de su Espíritu, aún estamos en nuestros pecados.

Oh, Tú, por quien venimos a Dios,

La Vida, la Verdad, el Camino.

El camino de la oración Tú mismo has recorrido;

Señor, enséñanos a orar.

(“La oración es el deseo sincero del alma.” Himnos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1985. No. 145. Citado de aquí en adelante como Himnos SUD No. 145.)

De todas estas cosas testifico, y oro al Padre en el nombre del Hijo, para que todos los Santos de los Últimos Días, así como todos aquellos en el mundo que se unan a ellos, puedan—mediante la oración y la vida recta que resulta de ella—alcanzar paz y gozo aquí y una plenitud eterna de todas las cosas buenas en el más allá. Así sea. Amén.

(“Por qué el Señor ordenó la oración,” Ensign, enero de 1976, pp. 7-12).

Capítulo 8

Cómo Obtener Revelación Personal

Los Líderes de la Iglesia Reciben Revelación

Como pueblo, estamos acostumbrados a decir que creemos en la revelación de los últimos días. Anunciamos con bastante firmeza que los cielos se han abierto, que Dios ha hablado en nuestro tiempo, que los ángeles han ministrado a los hombres, que ha habido visiones y revelaciones, y que ningún don ni gracia poseído por los antiguos ha sido retenido—todo ha sido revelado nuevamente en nuestros días.

Pero generalmente, cuando hablamos de esta manera, pensamos en José Smith, Brigham Young, David O. McKay, o algún otro Presidente de la Iglesia. Pensamos en los Apóstoles y profetas—hombres llamados, seleccionados o predestinados para ocupar los puestos que ocupan y realizar el servicio ministerial que les corresponde. Pensamos en ellos y en el principio general de la Iglesia misma operando por revelación.

Ahora, no hay ninguna duda al respecto: La organización a la que pertenecemos es literalmente el reino del Señor. Es el reino de Dios en la tierra, y está diseñado para prepararnos y capacitarnos para ir al reino de Dios en el cielo, que es el reino celestial. Esta Iglesia está guiada por revelación. He estado en reuniones con los Hermanos en muchas ocasiones, cuando el Presidente de la Iglesia, que es el profeta de Dios en la tierra, ha dicho con humildad y un testimonio ferviente que el velo es delgado, que el Señor está guiando y dirigiendo los asuntos de la Iglesia, y que es Su Iglesia y Él está manifestando Su voluntad.

Hay inspiración en la cabeza, y la Iglesia sigue la línea y el curso de su deber; está progresando en la manera en que el Señor quiere que progrese. No hay duda de que la Iglesia recibe revelación todo el tiempo. Alguien le dijo al Hermano John A. Widtsoe, hablando de manera despectiva: “¿Cuándo fue la última vez que la Iglesia recibió revelación?” Él

respondió: “Bueno, hoy es domingo, la última fue el jueves pasado.” Y así de simple es. Los Hermanos reciben dirección y revelación todo el tiempo, a medida que se reúnen para dirigir los asuntos de la Iglesia.

La Revelación No Está Reservada Solo para Unos Pocos

Deseo llamar la atención, sin embargo, sobre el hecho de que la revelación no está restringida al profeta de Dios en la tierra. Las visiones de la eternidad no están reservadas para los Apóstoles—no están reservadas para las Autoridades Generales. La revelación es algo que debe llegar a cada individuo. Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34), y cada alma, en el sentido último, es tan preciosa ante Sus ojos como las almas de aquellos que son llamados a posiciones de liderazgo. Debido a que Él opera sobre principios de ley eterna, universal y que nunca varía, cualquier individuo que observe la ley que le da derecho a recibir revelación puede saber con exactitud y precisión lo que sabe cualquier profeta, puede recibir la visita de ángeles tan bien como José Smith los recibió, y puede estar en sintonía en plena medida con todas las cosas del Espíritu (Alma 26:21-22).

Revelación Personal

José Smith dijo: “Leer la experiencia de otros, o las revelaciones dadas a ellos, nunca nos dará una visión completa de nuestra condición y nuestra verdadera relación con Dios. El conocimiento de estas cosas solo puede obtenerse por experiencia a través de los ordenanzas de Dios establecidas para ese propósito. Si pudieras mirar al cielo cinco minutos, sabrías más que si leyeras todo lo que se ha escrito sobre el tema.” (Enseñanzas, p. 324.)

Ahora, observen esta declaración: “Si pudieras mirar al cielo cinco minutos, sabrías más que si leyeras todo lo que se ha escrito sobre el tema.” Creo que nuestra preocupación es obtener revelación personal, saber por nosotros mismos, independientemente de cualquier otra persona o grupo de personas, cuál es la mente y la voluntad del Señor con respecto a Su Iglesia y con respecto a nosotros en nuestras preocupaciones individuales.

Campos Intelectuales y Espirituales

Podemos dividir el ámbito de la indagación en un campo intelectual y un campo espiritual. En las aulas académicas, buscamos conocimiento principalmente en el campo intelectual, el cual viene en la mayoría de los casos por medio de la razón y a través de los sentidos. De alguna manera, por medio de leyes ordenadas, tenemos poder a través de la razón y de los sentidos que Dios nos ha dado para transmitir conocimiento al espíritu que está dentro de nosotros. “La mente del hombre,” dijo el Profeta, en efecto, “está en el espíritu” (ver *Enseñanzas*, p. 353). Así que decimos que aprendemos ciertas cosas—que lo hacemos en un ámbito intelectual. Algún conocimiento llega a nosotros de esta manera, y pasamos mucho tiempo dedicados a esta búsqueda.

Esto es enormemente vital e importante—y lo alentamos y lo urgimos a todos los que desean progresar, iluminarse y avanzar en sus vidas.

Pero necesitamos dedicar una porción cada vez mayor de nuestro tiempo a la verdadera búsqueda de conocimiento en el ámbito espiritual. Cuando tratamos con realidades espirituales, no estamos hablando de obtener algo solo por razón, no estamos hablando de transmitir de alguna manera conocimiento a la mente o al espíritu que está dentro de nosotros a través de los sentidos únicamente, sino que estamos hablando de revelación. Estamos hablando de aprender a llegar a un conocimiento de las cosas de Dios afinando el espíritu que tenemos con el Espíritu eterno de Dios. Tal curso, primordialmente, es el canal y el camino por el cual la revelación llega a un individuo.

No me preocupa mucho que alguien escriba o evalúe o analice, desde un punto de vista intelectual, cualquier problema doctrinal o de la Iglesia. Nadie cuestiona que todo lo que está en el ámbito espiritual está en total y completo acuerdo con las realidades intelectuales que obtenemos mediante la razón, pero cuando los dos se comparan, evalúan y pesan en cuanto a sus méritos relativos, las cosas que son importantes están en el ámbito espiritual y no en el intelectual. Las cosas de Dios solo se conocen por el Espíritu de Dios (1 Cor. 12:3).

La Religión Verdadera Requiere Participación Personal

Es cierto que se puede razonar sobre asuntos doctrinales, pero no se obtiene religión en tu vida hasta que se convierta en una experiencia personal—hasta que sientas algo en tu alma, hasta que haya habido un cambio en tu corazón, hasta que te conviertas en una nueva criatura del Espíritu Santo. Providencialmente, cada miembro de la Iglesia tiene la oportunidad de hacer esto porque, en conexión con el bautismo, cada miembro de la Iglesia tiene las manos de un administrador legal puestas sobre su cabeza, y se le da la promesa: “Recibe el Espíritu Santo”. Así obtiene “el don del Espíritu Santo”, que, por definición, significa que entonces tiene el derecho a la compañía constante de este miembro de la Trinidad, basado en su rectitud y fidelidad personal.

Ahora, digo que tenemos derecho a la revelación. Digo que cada miembro de la Iglesia, independientemente de cualquier posición que pueda tener, tiene derecho a recibir revelación del Espíritu Santo; tiene derecho a recibir ángeles; tiene derecho a ver las visiones de la eternidad; y si queremos llevar esto al máximo, tiene derecho a ver a Dios de la misma manera que cualquier profeta en realidad ha visto el rostro de la Deidad (D&C 76:1-10; 93:1).

Cada Hombre un Profeta para Sí Mismo

Hablamos sobre los profetas de los últimos días: pensamos en términos de profetas que predicen el destino futuro de la Iglesia y del mundo. Pero, además de eso, el hecho es que cada persona debe ser un profeta para sí misma y para sus propios asuntos y preocupaciones. Fue Moisés quien dijo: “¡Ojalá que todo el pueblo del Señor fuera profeta, y que el Señor pusiera su espíritu sobre ellos!” (Números 11:29). Fue Pablo quien dijo que deberíamos “ansiar profetizar” (1 Corintios 14:39).

Una Doctrina de Revelación Personal

Permítanme aprovechar la ocasión para leer algunas declaraciones de las revelaciones dadas al Profeta José Smith que, tomadas en conjunto, esbozan la fórmula, por así decirlo, mediante la cual yo, como individuo, puedo llegar a conocer las cosas de Dios por el poder del Espíritu.

Una cosa que el Señor dijo fue esta: “Os lo diré en vuestro mente y en vuestro corazón, por el Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y que

morará en vuestro corazón. He aquí, este es el espíritu de revelación” (D&C 8:2-3).

Esta revelación habla del espíritu hablando al espíritu—el Espíritu Santo hablando al espíritu dentro de mí y de una manera incomprensible para la mente, pero clara y evidente para la comprensión espiritual—transmitiendo conocimiento, dando inteligencia, dando verdad y dando un conocimiento seguro de las cosas de Dios.

Ahora, esto se aplica a todos: “Dios os dará conocimiento por su Espíritu Santo, sí, por el don inefable del Espíritu Santo, que no ha sido revelado desde que el mundo fue hasta ahora; lo cual nuestros antepasados han esperado con ansiosas expectativas que se revelara en los últimos tiempos” (D&C 121:26-27).

Aquí hay otro pasaje—uno glorioso. Esto no está dirigido a las Autoridades Generales. Esto no está dirigido a los profetas de Dios. Esto está dirigido a cada alma viviente en la Iglesia. En otras palabras, es una revelación personal para ti:

“Así dice el Señor: Yo, el Señor, soy misericordioso y gracioso con aquellos que me temen, y me deleito en honrar a los que me sirven en justicia y en verdad hasta el fin.

Grande será su recompensa y eterna será su gloria. Y a ellos [todo el cuerpo del reino] les revelaré todos los misterios, sí, todos los misterios ocultos de mi reino desde los días de antaño, y durante las edades venideras, les daré a conocer el beneplácito de mi voluntad con respecto a todas las cosas que conciernen a mi reino.

Sí, aun los prodigios de la eternidad conocerán, y las cosas por venir les mostraré, incluso las cosas de muchas generaciones.

Y su sabiduría será grande, y su entendimiento alcanzará hasta el cielo; y delante de ellos la sabiduría de los sabios perecerá, y el entendimiento de los prudentes será aniquilado.

Porque por mi Espíritu los iluminaré, y por mi poder les daré a conocer los secretos de mi voluntad—sí, aun aquellas cosas que el ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni han entrado en el corazón del hombre.” (D&C 76:1-10).

Podemos recibir ángeles, podemos soñar sueños, podemos ver visiones, podemos ver el rostro del Señor. Aquí hay una promesa en ese campo: “En verdad, así dice el Señor: Sucederá que toda alma que abandone sus pecados y venga a mí, y clame a mi nombre, y obedezca mi voz, y guarde mis mandamientos, verá mi rostro y sabrá que yo soy” (D&C 93:1).

No Hay Salvación Sin Revelación

El Profeta José dijo que el velo bien podría rasgarse hoy, como cualquier otro día, siempre que nos unamos como los ancianos del reino con fe y rectitud y califiquemos para tener las visiones de la eternidad (Enseñanzas, p. 9).

Aquí hay una declaración de José Smith:

“La salvación no puede venir sin revelación [y no estoy hablando ahora de la revelación que dio la dispensación en la que vivimos—estoy hablando de la revelación personal a los individuos]; es vano que alguien ministre sin ella. Ningún hombre es ministro de Jesucristo sin ser un profeta. Ningún hombre puede ser ministro de Jesucristo a menos que tenga un testimonio de Jesucristo; y este es el espíritu de la profecía. Siempre que la salvación ha sido administrada, ha sido por testimonio. Los hombres del presente testifican sobre el cielo y el infierno, y nunca han visto ninguno de los dos; y diré que ningún hombre sabe estas cosas sin esto.” (Enseñanzas, p. 160.)

Tenemos Derecho a la Revelación

Tenemos derecho a la revelación. La revelación personal es esencial para nuestra salvación. Las escrituras están llenas de ilustraciones de lo que ha sucedido. Aquí hay una de las cosas que Nefi dijo: *“Si no endurecéis vuestros corazones, y me pedís con fe, creyendo que recibiréis, con diligencia en guardar mis mandamientos, ciertamente estas cosas os serán dadas a conocer.”* (1 Nefi 15:11)

Hay una declaración en el Libro de Mormón acerca de algunos misioneros tremendamente exitosos, los hijos de Mosíah: *“Eran hombres de buen entendimiento y habían escudriñado las escrituras con diligencia, para que pudieran conocer la palabra de Dios. Pero esto no es todo; se habían entregado mucho a la oración y al ayuno; por lo tanto, tenían el espíritu de profecía, y el espíritu de revelación, y cuando enseñaban, enseñaban con poder y autoridad de Dios.”* (Alma 17:2-3)

Tomaré un tiempo para una cita más. Este es el Profeta José Smith:
“Una persona puede aprovechar al notar la primera insinuación del espíritu de revelación: por ejemplo, cuando sientes que la inteligencia pura fluye hacia ti, puede darte de repente destellos de ideas, de modo que, al notarlo, puedas ver que se cumplen el mismo día o pronto; (es decir,) aquellas cosas que se presentaron a vuestra mente por el Espíritu de Dios, sucederán; y así, al aprender el Espíritu de Dios y entenderlo, podrías crecer en el principio de revelación, hasta que te conviertas en perfecto en Cristo.”
(Enseñanzas, p. 151)

Necesitamos Experiencia Religiosa

Las escrituras dicen mucho sobre esto. El Profeta y todos los profetas han dicho mucho al respecto. Lo que significa para nosotros es que necesitamos experiencia religiosa; necesitamos involucrarnos personalmente con Dios. Nuestra preocupación no es leer lo que alguien ha dicho sobre la religión. Leo con frecuencia, pero principalmente por diversión o distracción, lo que alguien ha dicho de manera crítica sobre la Iglesia o lo que algún profesor de religión ha dicho sobre los principios del cristianismo. En realidad, tales puntos de vista no son de gran importancia. Es totalmente irrelevante lo que alguien tenga que decir sobre la Iglesia de manera crítica; o cuando alguien escribe para evaluar desde un punto de vista intelectual una doctrina, una práctica o un llamado programa de la Iglesia—es completamente inconsecuente en lo que respecta a la Iglesia y a las personas espiritualmente inclinadas. La religión no es una cuestión del intelecto.

Lo Que Podemos Hacer

Repito, cuanto mejor sea el intelecto, más podremos evaluar los principios espirituales, y es algo maravilloso ser aprendido, educado y tener visión y capacidad mental, porque podemos usar estos talentos y habilidades en el ámbito espiritual. Pero lo que cuenta en el campo de la religión es convertirse en un participante personal en ella. En lugar de leer todo lo que se ha escrito y evaluar todo lo que todos los eruditos del mundo han dicho sobre el cielo y el infierno, necesitamos hacer lo que dijo el Profeta: mirar al cielo durante cinco minutos. Como consecuencia, sabríamos más que todo lo que se ha evaluado, escrito y analizado sobre el tema.

La religión es una cuestión de hacer entrar al Espíritu Santo en la vida de un individuo. Estudiamos, por supuesto, y necesitamos evaluar. Y, por virtud de nuestro estudio, llegamos a algunas bases que nos colocan en el estado de ánimo necesario para que podamos buscar las cosas del Espíritu. Pero al final, el resultado es hacer que nuestras almas sean tocadas por el Espíritu de Dios.

Una Fórmula para Obtener Revelación

¿Te gustaría una fórmula que te diga cómo obtener revelación personal? Mi fórmula es simplemente esta:

1. Estudia las escrituras.
2. Guarda los mandamientos.
3. Pide con fe.

Cualquier persona que haga esto pondrá su corazón en sintonía con lo Infinito, de tal forma que entrarán en su ser, desde la “voz apacible y delicada”, las realidades eternas de la religión. Y a medida que progresa, avanza y se acerca más a Dios, llegará un día en el que recibirá ángeles, verá visiones, y el fin último es ver el rostro de Dios.

La religión es algo del Espíritu. Usa tu intelectualidad para ayudarte, pero al final, debes ponerte en sintonía con el Señor.

La primera gran revelación que una persona necesita recibir es conocer la divinidad de la obra. Llamamos a eso un testimonio. Cuando una persona recibe un testimonio, ha aprendido cómo ponerse en sintonía con el Espíritu y obtener revelación. Así que, repitiendo la conexión—ponerse en sintonía nuevamente—puede obtener el conocimiento que lo dirija en sus asuntos personales. Luego, disfrutando y progresando en este don, podrá obtener todas las revelaciones de la eternidad que el Profeta o todos los profetas han tenido a lo largo de los siglos.

Un Testimonio

Hasta cierto punto, yo, junto con ustedes, he recibido revelación. He recibido revelación que me dice que esta obra es verdadera. Y, como consecuencia, lo sé. Y lo sé independientemente de cualquier estudio e investigación, y lo sé porque el Espíritu Santo ha hablado al espíritu que está dentro de mí y me ha dado un testimonio. Como consecuencia, puedo

presentarme como un administrador legal y decir con certeza que Jesucristo es el Hijo de Dios, que José Smith es su profeta, que el Presidente de la Iglesia lleva el manto profético hoy, y que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la única iglesia verdadera y viva sobre la faz de toda la tierra.

Y, además, en relación con el asunto que estamos considerando aquí, puedo certificar y testificar que cada alma viviente que guarde la ley, estudie las escrituras, guarde los mandamientos y pida con fe, puede recibir revelación personal del Todopoderoso para la gran gloria y satisfacción de su alma aquí y para su salvación última en la mansión celestial. (Devocional de BYU, 11 de octubre de 1966; publicado como “Cómo Obtener Revelación Personal”, Ensign, junio de 1980, pp. 46-50.)

Capítulo 9

Revelación sobre el Sacerdocio

Testimonio Personal de la Revelación sobre el Sacerdocio

Estuve presente cuando el Señor reveló al Presidente Spencer W. Kimball que había llegado el momento, en Su providencia eterna, de ofrecer la plenitud del evangelio y las bendiciones del santo sacerdocio a todos los hombres.

Estuve presente, con mis hermanos del Quórum de los Doce y los consejeros en la Primera Presidencia, cuando todos escuchamos la misma voz y recibimos el mismo mensaje desde lo alto.

Fue un glorioso día de junio de 1978. Todos estábamos juntos en una sala superior en el Templo de Salt Lake. Estábamos comprometidos en oración ferviente, pidiendo al Señor que manifestara Su mente y voluntad respecto a aquellos que tienen derecho a recibir Su santo sacerdocio. El Presidente Kimball, él mismo, fue el portavoz, ofreciendo los deseos de su corazón y de nuestros corazones a ese Dios a cuyo servicio estamos.

En su oración, el Presidente Kimball pidió que todos fuéramos limpiados y liberados del pecado para que pudiéramos recibir la palabra del Señor. Se aconsejó libre y completamente con el Señor, fue inspirado por el poder del Espíritu, y lo que dijo fue inspirado desde lo alto. Fue uno de esos raros momentos, que se experimentan pocas veces, cuando los discípulos del Señor están perfectamente unidos, cuando cada corazón late como uno solo, y cuando el mismo Espíritu arde en cada pecho.

Unidad Perfecta entre la Presidencia y los Doce

He pensado desde entonces que nuestra oración unida debió haber sido como la de los discípulos nefitas—los Doce del Señor en ese día y para ese pueblo—quienes “se reunieron y estuvieron unidos en gran oración y ayuno” para aprender el nombre que el Señor había dado a Su Iglesia (3

Nefi 27:1-3). En su día, el Señor vino personalmente para responder su petición; en nuestro día, Él envió Su Espíritu para entregar el mensaje.

Y como sucedió con nuestros hermanos nefitas de antaño, así fue con nosotros. Nosotros también nos habíamos reunido en el espíritu de la verdadera adoración y con unidad de deseos. Todos estábamos ayunando y acabábamos de concluir una reunión de unas tres horas de duración a la que asistieron casi todos los Autoridades Generales. Esa reunión también se celebró en la sala de la Primera Presidencia y los Doce en el templo santo. En ella, habíamos recibido consejo de la Primera Presidencia, escuchamos los mensajes y testimonios de unos quince de los Hermanos, renovamos nuestros convenios, en la ordenanza del sacramento, para servir a Dios y guardar Sus mandamientos para que siempre tuviéramos Su Espíritu con nosotros, y, rodeando el altar santo, ofrecimos el deseo de nuestros corazones al Señor. Después de esta reunión, que fue de gran elevación espiritual y esclarecimiento, todos los Hermanos, excepto los de la Presidencia y los Doce, fueron excusados.

Presidente Kimball Dirige

Cuando estábamos solos en ese lugar sagrado donde nos reunimos semanalmente para esperar al Señor, buscar guía de Su Espíritu y tratar los asuntos de Su reino terrenal, el Presidente Kimball planteó el asunto de la posible conferición del sacerdocio a aquellos de todas las razas. Este fue un tema que el grupo de nosotros había discutido a fondo en numerosas ocasiones durante las semanas y meses anteriores. El Presidente volvió a exponer el problema involucrado, nos recordó nuestras discusiones previas, y dijo que había pasado muchos días solo en esa sala superior pidiendo al Señor una respuesta a nuestras oraciones. Dijo que si la respuesta era continuar con nuestro curso actual de negar el sacerdocio a la descendencia de Caín, tal como el Señor había dirigido hasta ese momento, estaba preparado para defender esa decisión hasta la muerte. Pero, dijo, si el día tan esperado había llegado en el que la maldición del pasado debía ser eliminada, pensaba que podríamos persuadir al Señor para que lo indicara. Expresó la esperanza de que pudiéramos recibir una respuesta clara, de una manera u otra, para que el asunto pudiera resolverse.

Los Hermanos Comparten Sus Sentimientos

En este punto, el Presidente Kimball preguntó a los Hermanos si alguno de ellos deseaba expresar sus sentimientos y puntos de vista respecto al asunto en cuestión. Todos lo hicimos. Libre y fluido, y durante bastante tiempo, cada persona exponiendo sus opiniones y manifestando los sentimientos de su corazón. Hubo una maravillosa efusión de unidad, unidad de propósito y acuerdo en el consejo. Esta sesión continuó por algo más de dos horas. Luego, el Presidente Kimball sugirió que nos uniéramos en oración formal y dijo, con modestia, que si era aceptable para el resto de nosotros, él actuaría como voz.

Los Hermanos Se Unen en Oración

Fue durante esa oración cuando vino la revelación. El Espíritu del Señor descansó poderosamente sobre todos nosotros; sentimos algo similar a lo que sucedió en el día de Pentecostés y en la dedicación del Templo de Kirtland. Desde lo profundo de la eternidad, la voz de Dios, transmitida por el poder del Espíritu, habló a Su profeta. El mensaje fue que había llegado el momento de ofrecer la plenitud del evangelio eterno, que incluye el matrimonio celestial, el sacerdocio y las bendiciones del templo, a todos los hombres, sin hacer referencia a la raza o el color, únicamente sobre la base de la dignidad personal. Y todos escuchamos la misma voz, recibimos el mismo mensaje, y nos convertimos en testigos personales de que la palabra recibida era la mente, la voluntad y la voz del Señor.

La oración del Presidente Kimball fue respondida y nuestras oraciones fueron respondidas. Él escuchó la voz y nosotros escuchamos la misma voz. Toda duda e incertidumbre se desvanecieron. Él conoció la respuesta y nosotros conocimos la respuesta. Y todos somos testigos vivos de la veracidad de la palabra que tan amablemente fue enviada desde el cielo.

La Maldición Antigua Removida

La antigua maldición ya no existe. La descendencia de Caín, Ham, Canaán, Egipto y Faraón (Abr. 1:20-27; Moisés 5:16-41; 7:8, 22)—todos ellos ahora tienen poder para levantarse y bendecir a Abraham como su padre. Todos estos, de linaje gentil, ahora pueden venir y heredar por adopción todas las bendiciones de Abraham, Isaac y Jacob (Rom. 8:14-24; 9:4; Gál. 4:5; Ef. 1:5; Enseñanzas, pp. 149-150). Todos estos ahora pueden ser contados con aquellos en el único redil del único pastor, que es el Señor de todos.

Un Testimonio Poderoso

En los días que siguieron a la recepción de la nueva revelación, el Presidente Kimball y el Presidente Ezra Taft Benson—los más antiguos y espiritualmente experimentados entre nosotros—dijeron ambos, expresando los sentimientos de todos nosotros, que ninguno de los dos había experimentado algo de tal magnitud y poder espiritual como lo que se derramó sobre la Presidencia y los Doce ese día en la sala superior en la casa del Señor. Y de ello digo: Estuve allí; escuché la voz; y alabado sea el Señor que se ha cumplido en nuestros días.

“Todos Son Iguales Ante Dios”

Poco después de que vino esta revelación, se me programó para dirigir un discurso a casi mil maestros de seminario e instituto sobre un tema del Libro de Mormón. Después de llegar al estrado, el hermano Joe J. Christensen, bajo cuya dirección se llevaba a cabo el simposio, me pidió que me apartara de mi charla preparada y les diera a los presentes alguna orientación con respecto a la nueva revelación. Me pidió que tomara 2 Nefi 26:33 como texto. A lo que accedí, y, en consecuencia, pronuncié las siguientes palabras:

Me gustaría decir algo sobre la nueva revelación relativa a nuestro llevar el sacerdocio a aquellos de todas las naciones y razas. “Él [refiriéndose a Cristo, quien es el Señor Dios] invita a todos a venir a él y participar de su bondad; y no niega a ninguno que venga a él, ya sea negro o blanco, esclavo o libre, hombre o mujer: y se acuerda de los gentiles; y todos son iguales ante Dios, tanto judíos como gentiles” (2 Nefi 26:33).

Estas palabras ahora han adquirido un nuevo significado. Hemos captado una nueva visión de su verdadero significado. Esto también se aplica a una gran cantidad de otros pasajes en las revelaciones. Desde que el Señor dio esta revelación sobre el sacerdocio, nuestra comprensión de muchos pasajes se ha ampliado. Muchos de nosotros nunca imaginamos ni supusimos que tuvieran el amplio y extenso significado que tienen.

Daré algunas impresiones relativas a lo que ha sucedido y luego intentaré—si soy guiado adecuadamente por el Espíritu—indicarles el gran significado que este evento tiene para la Iglesia, para el mundo y en cuanto a la expansión del gran evangelio.

El Evangelio Predicado Según Prioridades

El evangelio se lleva a diversos pueblos y naciones según un orden de prioridades. Se nos mandó en los primeros días de esta dispensación predicar el evangelio a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos (ver D&C 133:8, 16). Nuestras revelaciones hablan de su predicación a toda criatura (D&C 18:26-28; 58:64; 68:8; 80:1; 112:28-29; 124:128). Por supuesto, no había ninguna forma posible de hacer todo esto en los primeros días de nuestra dispensación, ni podemos hacerlo ahora, en su sentido pleno.

Así que, guiados por inspiración, comenzamos a ir de una nación y una cultura a otra. Algún día, en la providencia del Señor, llegaremos a la China Roja, a Rusia y al Medio Oriente, y así sucesivamente, hasta que finalmente el evangelio haya sido predicado en todas partes, a todos los pueblos; y esto sucederá antes de la segunda venida del Hijo del Hombre (Mateo 24:14; JS—M 1:31).

No solo el evangelio se predicará según una prioridad y en armonía con un calendario divino, de una nación a otra, sino que toda la historia de los tratos de Dios con los hombres en la tierra indica que esto ha sido el caso en el pasado; ha estado restringido y limitado en cuanto a muchos pueblos se refiere. Por ejemplo, en los días entre Moisés y Cristo, el evangelio fue casi exclusivamente a la casa de Israel. Para el tiempo de Jesús, los administradores legales y asociados proféticos que tenía estaban tan completamente indoctrinados con el concepto de que el evangelio debía ir solo a la casa de Israel que eran totalmente incapaces de imaginar el verdadero significado de su proclamación de que, después de la Resurrección, debían ir a todo el mundo. No fueron inicialmente a las naciones gentiles. En su propio ministerio, Jesús predicó solo a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y así había mandado a los Apóstoles (Mateo 10:6).

Es cierto que hizo algunas pequeñas excepciones debido a la fe y devoción de algunos gentiles. Hubo una mujer que quería comer las migas que caían de la mesa de los niños, lo que le hizo decir: “Oh mujer, grande es tu fe.” (Mateo 15:28; ver también Marcos 7:27-28; Mateo 9:10; Lucas 7:9). Con algunas excepciones menores, el evangelio en ese día fue exclusivamente a Israel. El Señor tuvo que dar a Pedro la visión y revelación de la sábana

que descendía del cielo con carne inmunda sobre ella, después de la cual Cornelio envió al mensajero a Pedro para saber qué debía hacer él, Cornelio, y sus asociados gentiles. El Señor les mandó que el evangelio debía ir a los gentiles, y así fue (Hechos 10:1-35). Hubo, entonces, un cuarto de siglo en los tiempos del Nuevo Testamento, cuando hubo grandes dificultades entre los Santos. Estaban ponderando y evaluando, luchando con los problemas de si el evangelio debía ir solo a la casa de Israel o si ahora debía ir a todos los hombres. ¿Podían todos los hombres acercarse a Él en igualdad de condiciones con la descendencia de Abraham?

Han existido estos problemas, y el Señor ha permitido que surjan. No hay ninguna duda sobre eso. No concebimos toda la razón y el propósito detrás de todo esto; solo podemos suponer y razonar que es sobre la base de la preexistencia y de nuestra devoción y fe premortal.

Conocen este principio: Dios “ha hecho de una sangre todas las naciones de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra, y ha determinado los tiempos señalados, y los límites de su habitación; para que busquen al Señor, si en alguna manera puedan sentirlo, y hallarlo” (Hechos 17:26-27) — lo que significa que hay un tiempo señalado para que las naciones, pueblos, razas y culturas sucesivas reciban las verdades salvadoras del evangelio. Hoy hay naciones a las que aún no hemos ido— en particular, China Roja y Rusia. Pero pueden estar seguros de que cumpliremos el requisito de llevar el evangelio a esas naciones antes de la segunda venida del Hijo del Hombre.

El Evangelio Cubrirá la Tierra Antes de la Segunda Venida

Y no tengo ninguna vacilación en decir que antes de la venida del Señor, en todas esas naciones tendremos congregaciones que serán estables, seguras, devotas y sólidas. Tendremos estacas de Sión. Tendremos personas que han progresado en las cosas espirituales hasta el punto de haber recibido todas las bendiciones de la casa del Señor. Ese es el destino.

Tenemos revelaciones que nos dicen que el evangelio debe llegar a cada nación, tribu, lengua y pueblo antes de la segunda venida del Hijo del Hombre (Mateo 24:14; JS—M 1:31). Y tenemos revelaciones que afirman que cuando el Señor venga, encontrará a aquellos que hablen todas las lenguas y sean miembros de todas las naciones y tribus, quienes serán

reyes y sacerdotes, quienes vivirán y reinarán con Él sobre la tierra mil años (Ap. 5:9-10; 1 Nefi 14:12; D&C 90:11). Eso significa, como saben, que las personas de todas las naciones tendrán las bendiciones de la casa del Señor antes de la Segunda Venida.

Seguimos a los Profetas Vivientes

Hemos leído estos pasajes y los pasajes asociados durante muchos años. Hemos visto lo que dicen las palabras y nos hemos dicho a nosotros mismos: “Sí, dice eso, pero debemos leer de ello el llevar el evangelio y las bendiciones del templo al pueblo negro, porque se les han negado ciertas cosas.” Hay declaraciones en nuestra literatura de los primeros Hermanos que hemos interpretado para significar que los negros no recibirían el sacerdocio en mortalidad. Yo mismo he dicho lo mismo, y las personas me escriben cartas y dicen:

“Usted dijo tal y tal cosa, ¿cómo es ahora que hacemos tal y tal cosa?”

Todo lo que puedo decir es que es hora de que las personas que no creían se arrepientan, se alineen y crean en un profeta viviente y moderno.

Olviden todo lo que he dicho, o lo que el Presidente Brigham Young, el Presidente George Q. Cannon o quienquiera haya dicho en días pasados que es contrario a la revelación presente. Hablamos con un entendimiento limitado y sin la luz y el conocimiento que ahora ha llegado al mundo.

Recibimos nuestra verdad y luz línea por línea y precepto por precepto (2 Nefi 28:30; Isa. 28:9-10; D&C 98:11-12; 128:21). Ahora hemos añadido un nuevo torrente de inteligencia y luz sobre este tema particular, y borra toda la oscuridad, todas las visiones y todos los pensamientos del pasado. Ya no importan.

No importa ni un ápice lo que alguien haya dicho sobre el asunto del pueblo negro antes del primer día de junio de 1978. Es un nuevo día y un nuevo arreglo, y el Señor ahora ha dado la revelación que arroja luz sobre este tema en el mundo. En cuanto a cualquier fragmento de luz o partículas de oscuridad del pasado, los olvidamos. Ahora hacemos lo que hizo Israel en el meridiano de los tiempos cuando el Señor dijo que el evangelio debería ir a los gentiles. Olvidamos todas las declaraciones que limitaban el evangelio a la casa de Israel, y comenzamos a ir hacia los gentiles.

El Momento Había Llegado en el Calendario del Señor

Obviamente, los Hermanos habían tenido una gran ansiedad y preocupación sobre este problema durante un largo período de tiempo, y el Presidente Spencer W. Kimball había estado inquieto y había buscado al Señor con fe. Cuando buscamos al Señor sobre un asunto, con suficiente fe y devoción, Él nos da una respuesta. Recordarán que el Libro de Mormón enseña que si los Apóstoles en Jerusalén hubieran preguntado al Señor, Él les habría hablado acerca de los nefitas (3 Nefi 15:18-24; 16:4). Pero no preguntaron, no manifestaron la fe, y no recibieron respuesta. Una razón subyacente de lo que nos sucedió es que los Hermanos preguntaron con fe; solicitaron, desearon y quisieron una respuesta—el Presidente Kimball en particular. Y el otro principio subyacente es que, en las providencias eternas del Señor, había llegado el momento de extender el evangelio a una raza y cultura a quienes previamente se les había negado, al menos en lo que respecta a todas sus bendiciones. Así que fue una cuestión de fe, rectitud y búsqueda por un lado, y una cuestión del calendario divino por el otro. Había llegado el momento de que el evangelio, con todas sus bendiciones y obligaciones, llegara al pueblo negro.

El Presidente Kimball Ofrece una Oración Inspirada

Así, en ese contexto, el primer día de junio de 1978, la Primera Presidencia y los Doce, después de una discusión completa sobre la proposición y todos los principios involucrados, solicitaron al Señor una revelación. El Presidente Kimball fue el portavoz, y oró con gran fe y fervor; esta fue una de esas ocasiones en las que se ofreció una oración inspirada. Conocen la declaración de Doctrina y Convenios que si oramos por el poder del Espíritu, recibiremos respuestas a nuestras oraciones y se nos dará lo que pidamos (D&C 50:30). Se le dio al Presidente lo que debía pedir. Él oró por el poder del Espíritu, y hubo una unidad perfecta, total y completa armonía, entre la Presidencia y los Doce en el asunto involucrado.

La Revelación Vino—y Viene—por el Espíritu Santo

Y cuando el Presidente Kimball terminó su oración, el Señor dio una revelación por el poder del Espíritu Santo. La revelación viene principalmente por el poder del Espíritu Santo. Siempre está involucrado ese miembro de la Trinidad. Pero la mayoría de las revelaciones, desde el

principio hasta ahora, han venido de esta manera. Ha habido revelaciones dadas de diversas maneras en otras ocasiones. El Padre y el Hijo aparecieron en el Árbol Sagrado. Moroni, un ángel del cielo, vino respecto al Libro de Mormón y las planchas y para instruir al Profeta sobre los asuntos que debían ocurrir en esta dispensación. Ha habido visiones, notablemente la visión de los grados de gloria. Puede haber un número infinito de maneras en que Dios puede ordenar que las revelaciones vengan. Pero, principalmente, la revelación viene por el poder del Espíritu Santo. El principio se establece en Doctrina y Convenios (D&C 68:3-4), que todo lo que los ancianos de la Iglesia hablen, cuando sean movidos por el poder del Espíritu Santo, será escritura, será la mente, la voluntad y la voz del Señor.

Presidencia y los Doce Testigos Unidos

En esta ocasión, debido a la súplica y la fe, y porque la hora y el tiempo habían llegado, el Señor, en su providencia, derramó el Espíritu Santo sobre la Primera Presidencia y los Doce de manera milagrosa y maravillosa, más allá de cualquier cosa que cualquiera de los presentes hubiera experimentado. La revelación vino al Presidente de la Iglesia; también vino a cada individuo presente. Estaban allí diez miembros del Quórum de los Doce y tres de la Primera Presidencia. El resultado fue que el Presidente Kimball sabía, y cada uno de nosotros sabía, independientemente de cualquier otra persona, por revelación directa y personal para nosotros, que había llegado el momento de extender el evangelio y todas sus bendiciones y obligaciones, incluido el sacerdocio y las bendiciones de la casa del Señor, a aquellos de todas las naciones, culturas y razas, incluida la raza negra. No hubo ninguna duda sobre lo que ocurrió o sobre la palabra y el mensaje que vino.

La revelación vino al Presidente de la Iglesia, y en armonía con el gobierno de la Iglesia, fue anunciada por él; el anuncio se hizo ocho días después bajo la firma de la Primera Presidencia. Pero en este caso, además de la revelación que vino al hombre que lo anunciaría a la Iglesia y al mundo, y que fue sostenido como la voz de Dios en la tierra, la revelación vino a cada miembro del cuerpo que he mencionado. Todos lo supieron en el templo.

La Importancia Eterna de Esta Revelación

En mi juicio, el Señor lo hizo de esta manera porque era una revelación de tan tremenda importancia y significado; una que revertiría toda la dirección de la Iglesia, tanto procedimental como administrativamente; una que afectaría a los vivos y a los muertos; una que afectaría la relación total que tenemos con el mundo; una, digo, de tal significado que el Señor quería testigos que pudieran dar testimonio de que lo sucedido había ocurrido.

Ahora bien, si el Presidente Kimball hubiera recibido la revelación y hubiera pedido un voto de apoyo, obviamente lo habría recibido y la revelación se habría anunciado. Pero el Señor eligió este otro curso, en mi juicio, debido a la tremenda importancia y el significado eterno de lo que se estaba revelando. Esto afecta nuestra labor misional y toda nuestra predicación al mundo. Esto afecta nuestra investigación genealógica y todas nuestras ordenanzas del templo. Esto afecta lo que está ocurriendo en el mundo espiritual, porque el evangelio se predica en el mundo espiritual como preparación para que los hombres reciban las ordenanzas vicarias que los hacen herederos de la salvación y la exaltación. Esta es una revelación de gran significancia.

La Revelación Afecta Ambos Lados del Velo

La visión de los grados de gloria comienza diciendo: “Oíd, oh cielos, y escuchad, oh tierra” (D&C 76:1). En otras palabras, en esa revelación, el Señor estaba anunciando la verdad al cielo y a la tierra, porque esos principios de salvación operan en ambos lados del velo; y la salvación se administra hasta cierto punto aquí a los hombres, y se administra en otro grado en el mundo espiritual. Correlacionamos y combinamos nuestras actividades y hacemos ciertas cosas por la salvación de los hombres mientras estamos en la mortalidad, y luego se hacen ciertas cosas por la salvación de los hombres mientras están en el mundo espiritual esperando el día de la resurrección.

Los Santos Deben Evitar la Especulación y la Exageración

Una vez más, se dio una revelación que afecta esta esfera de actividad y la esfera que está por venir. Y así, tiene un significado tremendo; la importancia eterna fue tal que llegó de la manera en que lo hizo. El Señor

podría haber enviado mensajeros del otro lado para entregarla, pero no lo hizo. Dio la revelación por el poder del Espíritu Santo. Los Santos de los Últimos Días tienen un complejo: muchos de ellos desean magnificar y ampliar lo que ha ocurrido, y se deleitan pensando en cosas milagrosas. Y tal vez algunos de ellos desearían creer que el Señor mismo estuvo allí, o que el Profeta José Smith vino a entregar la revelación, lo cual era una de las posibilidades. Bueno, esas cosas no sucedieron. Las historias que circulan en contrario no son factuales, realistas ni verdaderas, y ustedes, como maestros en el Sistema Educativo de la Iglesia, estarán en una posición para explicar y decirles a sus estudiantes que esta cosa vino por el poder del Espíritu Santo, y que todos los Hermanos involucrados, los trece que estaban presentes, son testigos personales e independientes de la verdad y divinidad de lo que ocurrió.

Revelación Incomprensible para la Mente Carnal

No hay manera de describir en palabras lo que está involucrado. Esto no se puede hacer. Están familiarizados con las referencias del Libro de Mormón donde se dice que ninguna lengua podría contar ni ninguna pluma escribir lo que ocurrió en la experiencia y que tenía que ser sentido por el poder del Espíritu (3 Nefi 19:32; ver también 3 Nefi 17:15-17). Esta fue una de esas ocasiones. Para las personas carnales que no entienden la operación del Espíritu Santo de Dios sobre las almas de los hombres, esto puede sonar como jerga, incertidumbre o ambigüedad; pero para aquellos que están iluminados por el poder del Espíritu y que han sentido su poder, tendrá un tono de veracidad y verdad, y sabrán de su veracidad. No puedo describir en palabras lo que sucedió; solo puedo decir que sucedió y que solo se puede conocer y entender por el sentimiento que puede entrar en el corazón del hombre. No se puede describir un testimonio a alguien. Nadie puede saber realmente lo que es un testimonio—el sentimiento, el gozo y la felicidad que vienen al corazón del hombre cuando recibe uno—excepto otra persona que haya recibido un testimonio. Algunas cosas solo se pueden conocer por revelación. “Las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios” (JST 1 Cor. 2:11).

Esta Revelación como Señal de los Tiempos

Esta es una breve explicación de lo que estuvo involucrado en esta nueva revelación. Creo que puedo añadir que es una de las señales de los

tiempos. Es algo que tenía que ocurrir antes de la Segunda Venida. Fue algo que era obligatorio e imperativo para permitirnos cumplir con todas las revelaciones involucradas, para poder expandir el evangelio de la manera que las escrituras dicen que debe expandirse antes de que el Señor venga, para que todas las bendiciones lleguen a todos los pueblos, según las promesas. Es una de las señales de los tiempos.

Todos los Hermanos Unidos en Testimonio

Esta revelación que vino el primer día de junio de 1978 fue reafirmada por el espíritu de inspiración una semana después, el 8 de junio, cuando los Hermanos aprobaron el documento que iba a ser anunciado al mundo. Y luego fue reafirmada al día siguiente, el viernes 9 de junio, con todos los Autoridades Generales presentes en el templo, es decir, todos los que estaban disponibles. Todos recibieron la seguridad y el testimonio, y la confirmación por el poder del Espíritu, de que lo que había ocurrido era la mente, la voluntad, la intención y el propósito del Señor.

Dios Guiando a la Iglesia

Esto es algo maravilloso; el velo es delgado. El Señor no está lejos de Su iglesia.

El Presidente Kimball es un hombre de capacidad espiritual casi infinita—un gigante espiritual tremendo. El Señor lo ha magnificado más allá de cualquier comprensión o expresión y le ha dado Su mente y Su voluntad sobre una gran cantidad de asuntos vitales que han alterado el curso del pasado—uno de los cuales es la organización del Primer Quórum de los Setenta. Como saben, la Iglesia está siendo guiada y dirigida por el poder del Espíritu Santo, y la mano del Señor está en ella. No hay ninguna duda al respecto. Y estamos haciendo lo correcto en lo que respecta a este asunto.

Gran Gratitud Debido a Esta Revelación

Ha habido un tremendo sentimiento de gratitud y acción de gracias en los corazones de los miembros de la Iglesia en todas partes, con algunas excepciones aisladas. Hay individuos que están en desacuerdo sobre esto, sobre el matrimonio plural y sobre otras doctrinas, pero para todos los propósitos generales ha habido aceptación universal; y todos los que han estado en sintonía con el Espíritu han sabido que el Señor habló, y que Su

mente y Sus propósitos están siendo manifestados en el curso que la Iglesia está siguiendo.

Hablamos de las escrituras siendo desveladas—lean nuevamente la parábola de los obreros en la viña (Mateo 20:1-16) y recuérdense de que aquellos que trabajan durante el calor del día por doce horas serán recompensados de la misma manera que aquellos que llegaron a la tercera, sexta y undécima hora. Bueno, es la undécima hora; es la noche del sábado del tiempo. En esta undécima hora el Señor ha dado las bendiciones del evangelio al último grupo de obreros en la viña. Y cuando Él reparta Sus recompensas, cuando haga Sus pagos, según los registros y los estados espirituales, dará el denario a todos, ya sea por una hora o doce horas de trabajo. Todos son iguales ante Dios, negros y blancos, esclavos y libres, hombres y mujeres. (Sacerdocio [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1981], pp. 126-137.)

Notas

1. Ilustrando la perfecta armonía que existe entre la doctrina y la práctica de la Iglesia tanto aquí como en el mundo espiritual, el Élder McConkie dijo en una reunión familiar en Colorado Springs, el 26 de julio de 1978: “Esto significa que la misma revelación tuvo que ser dada a los Hermanos en la Iglesia en el mundo espiritual, para que puedan ajustar su predicación del evangelio a nuestro nuevo sistema en la tierra.” En esa misma reunión, para dramatizar la importancia de esta revelación, dijo: “Esta revelación es algo de la misma categoría que la revelación que hizo que Wilford Woodruff emitiera el Manifiesto.”

Parte III

Los Tres Pilares de la Eternidad: Creación, Caída y Expiación

INTRODUCCIÓN A LA PARTE III

En esta sección, el Élder McConkie se enfoca en tres doctrinas interrelacionadas: la doctrina de la Creación, la doctrina de la Caída y la doctrina de la Expiación; cada una de las cuales debe entenderse correctamente para comprender las otras. De hecho, tan interdependientes y entrelazadas están estas tres doctrinas que se convierten en una sola. Su importancia no puede ser exagerada; el Élder McConkie las llama los “tres pilares de la eternidad,” los tres pilares que sostienen y mantienen la vida, y sobre los cuales descansa todo el plan de salvación. Debido a los eventos que aquí se consideran, todo lo que es, o que alguna vez será, tiene significado.

Este análisis particular es una contribución útil a la literatura de la Restauración por dos razones fundamentales. Primero, el Élder McConkie añade una serie de perspectivas que han escapado a nuestra atención general: que la razón por la cual el Señor dedica tanto esfuerzo en las escrituras para ayudarnos a comprender la Creación es para permitirnos entender la Expiación; que la duración de los días de la creación no ha sido revelada; que no tenemos razón para suponer que los días de la creación fueron de igual duración; que solo se nos ha dado tanta información sobre la Creación como nuestra comprensión y fe permiten; que en algún día futuro se nos dará el relato completo (como está contenido en las porciones selladas del Libro de Mormón); que toda la tierra era el Edén, y que Adán y Eva vivieron en un jardín ubicado “al este del Edén” (Gén. 2:8); que la expresión “el árbol de la ciencia del bien y del mal” es figurativa (y él señala su significado); y que la doctrina de la Creación proporciona entendimientos importantes con respecto a las teorías de los hombres

sobre el origen de la tierra y también con respecto a otros sucesos escriturales como la experiencia de Noé con el Diluvio.

Segundo, y igualmente importante, el análisis del Élder McConkie es escritural, evitando las bases de la especulación y la conjetura, o el intento de armonizar las cuentas científicas y mundanas de la Creación con lo que el Señor ha revelado, lo que tan a menudo caracteriza los escritos que tratan sobre la Creación, la Caída e incluso la Expiación. Por esta razón, esta sección desmantela mitos, presentada con el testimonio de que las cosas de Dios—cosas como la Creación, la Caída y la Expiación—son conocidas, entendidas y significativas solo para aquellos que vienen a entenderlas por el poder del Espíritu Santo, un poder accesible a través de las escrituras, no a través de libros y teorías científicas, por útiles e informativas que sean en su propio ámbito.

En el análisis de la Caída y sus efectos sobre la humanidad (capítulo 10), el Élder McConkie revisa sus impactos, señala las diferencias existentes entre la tierra pre- y post-Caída, y luego ofrece un estudio de caso (“Eva y la Caída”) en el que la madre Eva se presenta como un patrón a través del cual entendemos no solo los propósitos de Dios con respecto a la tierra en su totalidad, sino también con respecto a nosotros como individuos. Así como Eva comparte con Adán toda su grandeza, así lo hacen los esposos y las esposas hoy; su gloria es la gloria de ella, y su recompensa es la de ella. En su caso, como en el de toda la humanidad, “ni el hombre es sin la mujer, ni la mujer es sin el hombre, en el Señor” (1 Cor. 11:11).

Eva es importante no solo por los conocimientos doctrinales que obtenemos de ella, y no solo por el papel eternamente importante que jugó al introducir la Caída y todas las bendiciones que de ella fluyen, sino también porque ella es el modelo perfecto y el ejemplo, en su relación con Adán, para todos los hombres y mujeres en sus propios lazos matrimoniales y familiares.

El capítulo 11 contiene el último discurso público del Élder McConkie, en el cual dio un testimonio vinculante de la doctrina de la Expiación—de los poderes purificadores de Getsemaní. Es una visión inspirada desde el cielo de los eventos que rodean el sacrificio expiatorio. Además, proporciona un contexto doctrinal para interpretar esos eventos. Es poderoso porque está tan basado en las escrituras, porque el conocimiento del Élder McConkie

sobre la verdad de estos eventos era perfecto, y porque el Espíritu del Señor se manifestó de manera tan poderosa cuando fue pronunciado que pocos, si es que alguno, quedaron insensibles a las verdades de las cuales habló.

Capítulo 10

Cristo y la Creación

La Verdadera Doctrina de la Creación

El Señor espera que creamos y comprendamos la verdadera doctrina de la Creación: la creación de esta tierra, del hombre y de todas las formas de vida. De hecho, como veremos, entender la doctrina de la Creación es esencial para la salvación. A menos que y hasta que obtengamos una visión verdadera de la creación de todas las cosas, no podemos esperar obtener esa plenitud de recompensa eterna que de otro modo sería nuestra.

Importancia de la Creación, la Caída y la Expiación

Dios mismo, el Padre de todos nosotros, ordenó y estableció un plan de salvación mediante el cual sus hijos espirituales pudieran avanzar y progresar y llegar a ser como Él. Es el evangelio de Dios, el plan del Eterno Elohim, el sistema que salva y exalta, y consta de tres cosas. Estas tres son los pilares mismos de la eternidad. Son los eventos más importantes que jamás hayan ocurrido o ocurrirán en toda la eternidad.

Antes de que podamos comenzar a entender la creación temporal de todas las cosas, debemos saber cómo y de qué manera estas tres verdades eternas—la Creación, la Caída y la Expiación—están inseparablemente entrelazadas para formar un solo plan de salvación. Ninguna de ellas está sola; cada una se conecta con las otras dos; y sin el conocimiento de todas ellas, no es posible conocer la verdad sobre ninguna de ellas.

Sea entonces conocido que la salvación está en Cristo y viene a través de su sacrificio expiatorio. La expiación del Señor Jesucristo es el corazón, el núcleo y el centro de la religión revelada. Él rescata a los hombres de la muerte temporal y espiritual que entró en el mundo por la caída de Adán. Todos los hombres serán resucitados porque nuestro bendito Señor mismo murió y resucitó, convirtiéndose así en las primicias de los que durmieron.

Y más aún: Cristo murió para salvar a los pecadores. Él tomó sobre sí los pecados de todos los hombres bajo condiciones de arrepentimiento. La vida eterna, el mayor de todos los dones de Dios, está disponible gracias a lo que Cristo hizo en Getsemaní y en el Gólgota. Él es tanto la resurrección como la vida. La inmortalidad y la vida eterna son los hijos de la Expiación. No hay lenguaje ni poder de expresión dado al hombre que pueda exponer la gloria, el asombro y la importancia infinita del poder redentor del gran Redentor.

La Caída Necesita la Expiación

Pero, recuerden, la Expiación vino a causa de la Caída. Cristo pagó el rescate por la transgresión de Adán. Si no hubiera habido Caída, no habría habido Expiación con su consecuente inmortalidad y vida eterna. Así, tan seguro como que la salvación viene a causa de la Expiación, también la salvación viene a causa de la Caída.

La mortalidad, la procreación y la muerte tuvieron su inicio con la Caída (2 Nefi 2:22-25). Las pruebas y dificultades de una probación mortal comenzaron cuando nuestros primeros padres fueron echados de su hogar en Edén. “Porque Adán cayó, estamos nosotros,” dijo Enoc, “y por su caída vino la muerte; y somos hechos partícipes de la miseria y el dolor” (Moisés 6:48). Una de las declaraciones doctrinales más profundas jamás hechas salió de los labios de la madre Eva. Ella dijo: “Si no fuera por nuestra transgresión, nunca habríamos tenido simiente, y nunca habiéramos conocido el bien y el mal, y el gozo de nuestra redención, y la vida eterna que Dios da a todos los obedientes” (Moisés 5:11).

La Creación Necesita la Caída

Y también debe recordarse que la Caída fue posible porque un Creador infinito, en el día primordial, hizo la tierra, al hombre y todas las formas de vida de tal manera que pudieran caer. Esta caída implicó un cambio de estado. Todas las cosas fueron creadas de tal forma que podían caer o cambiar, y así fue introducido el tipo y clase de existencia necesarios para poner en operación todos los términos y condiciones del plan eterno de salvación del Padre.

Esta primera creación temporal de todas las cosas, como veremos, fue paradisiaca por naturaleza. En el día primordial y edénico, todas las formas

de vida vivían en un estado más alto y diferente al que prevalece ahora. La venidera caída los llevaría hacia abajo, hacia adelante y hacia adelante. La muerte y la procreación aún no habían entrado al mundo. Esa muerte sería el don de Adán para el hombre, y luego el don de Dios sería la vida eterna a través de Jesucristo nuestro Señor.

Así, la existencia vino de Dios; la muerte vino por Adán; la inmortalidad y la vida eterna vinieron a través de Cristo. Y así, en el preciso y elocuente lenguaje de Lehi, todos los hombres están “en un estado de prueba” debido a la Caída. Y “si Adán no hubiera transgredido, no habría caído, pero habría permanecido en el jardín del Edén.” Él estaba entonces en un estado de inmortalidad física; lo que significa que habría vivido para siempre porque aún no había muerte. “Y ellos [nuestros primeros padres] no habrían tenido hijos”; se les habría negado las experiencias de una probación mortal y una muerte mortal; y es de estas dos cosas—de la muerte y las pruebas de la mortalidad—de donde viene la vida eterna. Pero—¡gracias a Dios!—“Adán cayó para que los hombres existieran; y los hombres existen para que puedan tener gozo. Y el Mesías viene en la plenitud del tiempo, para redimir a los hijos de los hombres de la caída” (2 Nefi 2:21-26).

Conociendo todas estas cosas sobre el plan de salvación, estamos en una posición para considerar la creación de esta tierra, del hombre y de todas las formas de vida. Sabiendo que la Creación es la madre de la Caída, y que la Caída hizo posible la Expiación, y que la salvación misma viene debido a la Expiación, estamos en una posición para poner el conocimiento revelado sobre la Creación en una perspectiva adecuada.

Nuestra Comprensión Limitada de la Creación

Nuestro análisis comienza correctamente con la franca declaración de que nuestro conocimiento sobre la Creación es limitado. No sabemos el cómo, el por qué ni el cuándo de todas las cosas. Nuestras limitaciones finitas son tales que no podríamos comprenderlas si nos fueran reveladas en toda su gloria, plenitud y perfección. Lo que se nos ha revelado es esa porción de la palabra eterna del Señor que debemos creer y entender si queremos vislumbrar la verdad sobre la Caída y la Expiación y, por lo tanto, convertirnos en herederos de la salvación. Esto es todo lo que estamos obligados a estudiar.

En un futuro, el Señor esperará más de Sus Santos en este aspecto que lo que espera de nosotros. “Cuando el Señor venga, revelará todas las cosas,” nos dicen nuestras revelaciones de los últimos días—“Las cosas que han pasado, y las cosas ocultas que ningún hombre conoció, cosas de la tierra, por las cuales fue hecha, y el propósito y el fin de ella.” (D&C 101:32-33.) Mientras esperamos ese día milenial, es nuestra responsabilidad creer y aceptar esa porción de la verdad sobre la Creación que se nos ha dispensado en nuestra dispensación.

Cristo, el Creador y el Redentor

Cristo es el Creador y Redentor de mundos tan numerosos que no pueden ser contados por el hombre. En cuanto a sus infinitos y eternos emprendimientos creativos y redentores, la palabra divina atestigua: “Y mundos sin número he creado,” dice el Padre; “y por el Hijo los creé, que es mi Unigénito... Pero solo un relato de esta tierra, y sus habitantes, les doy a ustedes.” En cuanto a todos los demás mundos de la creación del Señor, sabemos solo que es Su obra y Su gloria “hacer que se cumpla”—a través del Redentor—“la inmortalidad y la vida eterna” de todos sus habitantes. (Moisés 1:33, 35, 39).

Probablemente la visión más gloriosa dada a los mortales en esta dispensación fue la que tuvieron José Smith y Sidney Rigdon, quienes vieron “al Hijo, a la diestra del Padre,” y “oyeron la voz que daba testimonio de que él es el Unigénito del Padre—Que por él, y a través de él, y de él, los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados como hijos e hijas de Dios.” (D&C 76:20, 23-24.) Así, Cristo es el Creador y el Redentor. Por él los mundos fueron hechos, y por su infinita expiación, los habitantes de esos mundos son adoptados en la familia divina como herederos junto con él. Fue de esta visión y de esta provisión por la cual los Santos se convierten en los hijos de Dios por la fe que el Profeta José Smith escribió:

*Y oí una gran voz que daba testimonio desde el cielo.
Él es el Salvador y Unigénito de Dios;
Por él, de él y a través de él, fueron hechos todos los mundos.
Cuyos habitantes, también, desde el primero hasta el último,
Son salvados por el mismo Salvador nuestro;
Y, por supuesto, son engendrados hijas e hijos de Dios*

Por las mismas verdades y los mismos poderes.
(Citado en *Mormon Doctrine*, 2ª ed., p. 66.)

La Creación Incomprensible para la Mente Mortal

Admitimos abiertamente que la naturaleza infinita y eterna de la creación y la redención está más allá de la comprensión mortal. Estamos agradecidos de que el Señor nos haya dado este vistazo a la verdad eterna relativa a sus incesantes labores; es una breve visión desde su perspectiva eterna. Pero esta tierra y todo lo que está en ella son nuestra preocupación. Son las verdades sobre “nuestra creación,” por así decirlo, las que trazarán el rumbo para nosotros en nuestros esfuerzos continuos por alcanzar la vida eterna.

Entonces, miremos, como Abraham, hacia la gran hueste de “los nobles y grandes” en la existencia premortal. “Entre ellos” se encuentra uno “semejante a Dios.” Él es el gran Jehová, el Primogénito del Padre. Le oímos decir “a aquellos que estaban con él,” a Miguel y a una gran hueste de almas valientes; “Descenderemos, porque hay espacio allí, y tomaremos de estos materiales, y haremos una tierra donde estos puedan habitar.” (Abr. 3:22, 24.)

Y mientras miramos, escuchamos y reflexionamos, nuestras mentes se iluminan y nuestro entendimiento llega hasta el cielo. Verdaderamente, Cristo es el creador de la futura morada de los hijos espirituales del Padre. Pero no trabaja solo. La Creación es una empresa organizada; cada uno de los otros espíritus nobles y grandes desempeña su parte. Y la tierra es creada a partir de materia que ya existe. Verdaderamente, los elementos son eternos (D&C 93:33), y crear es organizar (Enseñanzas, pp. 350-51).

A medida que avanza la obra, vemos el cumplimiento de lo que Dios dijo a Moisés en los Diez Mandamientos: “En seis días el Señor hizo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y descansó el séptimo día” (Éx. 20:11). Es de los eventos creativos que tuvieron lugar en cada uno de estos “días” de lo que hablaremos ahora.

Longitud de los Días de la Creación

Pero primero, ¿qué es un día? Es un período de tiempo específico; es una era, un eón, una división de la eternidad; es el tiempo entre dos eventos identificables. Y cada día, de la longitud que sea, tiene la duración

necesaria para sus propósitos. Una vara de medición es el tiempo requerido para que un cuerpo celeste gire una vez sobre su eje. Por ejemplo, Abraham dice que según “el tiempo del Señor,” un día es “mil años” de largo. Este es “un giro... de Kolob,” dice, y es según “el modo de contar del Señor” (Abr. 3:4).

No hay una recitación revelada que especifique que cada uno de los “seis días” involucrados en la Creación fue de la misma duración. Nuestros tres relatos de la Creación son el mosaico, el abrahámico y el que se presenta en los templos. Cada uno de estos se remonta al Profeta José Smith. Los relatos mosaico y abrahámico colocan los eventos creativos en los mismos días sucesivos. Seguiremos estas recitaciones escriturales en nuestro análisis. El relato del templo, por razones que son evidentes para aquellos familiarizados con sus enseñanzas, tiene una división diferente de los eventos. Parece claro que los “seis días” son un período continuo y que no hay un solo lugar donde las líneas divisorias entre los eventos sucesivos deban, por necesidad, ser colocadas.

Relatos de la Creación Física

Los relatos mosaico y del templo exponen la creación temporal o física, la organización real del elemento o la materia en forma tangible. No son relatos de la creación espiritual. Abraham da un esquema, por así decirlo, de la Creación. Él cuenta los planes de los seres santos que realizaron la obra creativa. Después de recitar los eventos de los “seis días”, dice: “Y así fueron sus decisiones en el momento en que se aconsejaron entre sí para formar los cielos y la tierra” (Abr. 5:3).

Luego dice que hicieron lo que habían planeado, lo que significa que podemos, simplemente cambiando los tiempos verbales y sin hacer violencia al sentido y significado, considerar también el relato abrahámico como uno de la creación real.

El Primer Día

Elohim, Jehová, Miguel, una hueste de los nobles y grandes—todos estos desempeñaron su parte. “Los Dioses” crearon los cielos atmosféricos y la tierra temporal. Estaba “vacía y desordenada”; aún no podía servir a ningún propósito útil con respecto a la salvación del hombre. Estaba “vacía y desolada”; la vida no podía existir aún en su superficie; no era aún un lugar adecuado para los hijos de Dios que aclamaban de gozo ante la

perspectiva de una probación mortal. Las “aguas” del gran “abismo” estaban presentes, y “la oscuridad reinaba” hasta el decreto divino: “Sea la luz.” La luz y la oscuridad fueron luego “divididas,” llamándose la una “Día” y la otra “Noche.” Claramente, nuestro planeta fue formado así como un orbe giratorio y colocado en su relación con nuestro sol. (Ver Moisés 2:1-5; Abr. 4:1-5.)

El Segundo Día

En este día, “las aguas” fueron “divididas” entre la superficie de la tierra y los cielos atmosféricos que la rodeaban. Se creó un “firmamento” o “expansión” llamado “Cielo” para separar “las aguas que estaban debajo de la expansión de las aguas que estaban sobre la expansión.” Así, a medida que los eventos creativos se desarrollan, parece que se hace provisión para nubes, lluvia y tormentas para dar vida a lo que aún crecerá y morará sobre la tierra. (Ver Moisés 2:6-8; Abr. 4:6-8.)

El Tercer Día

Este es el día cuando comenzó la vida. En él, “las aguas debajo del cielo” fueron “reunidas en un solo lugar,” y la “tierra seca” apareció. A la tierra seca se le llamó “Tierra,” y las aguas reunidas se convirtieron en “el Mar.” Este es el día en el que “los Dioses organizaron la tierra para que produjera” hierba, plantas, hierbas, árboles, y es el día en el que la vegetación en todas sus formas variadas realmente salió de las semillas sembradas por los Creadores. Este es el día en el que se emitió el decreto de que la hierba, las hierbas y los árboles solo podrían crecer a partir de “su propia semilla,” y que cada uno podría, a su vez, producir solo según su “género.” Así, los límites de los reinos vegetal y de plantas fueron establecidos por las manos de aquellos por quienes cada planta y árbol variado fue hecho. (Ver Moisés 2:9-13; Abr. 4:9-13.)

El Cuarto Día

Después de que las semillas en todas sus variedades fueron sembradas en la tierra; después de que estas brotaron y crecieron; después de que cada variedad estuvo preparada para producir fruto y semilla según su propio género—los Creadores organizaron todas las cosas de tal manera que su jardín terrenal fuera un lugar productivo y hermoso. Luego, “organizaron las luces en la expansión del cielo” para que hubiera “estaciones” y una manera de medir los “días” y los “años.” No tenemos manera de saber qué cambios ocurrieron en los cielos atmosféricos o siderales, pero durante

este período el sol, la luna y las estrellas asumieron la relación con la tierra que ahora les corresponde. Al menos, la luz de cada uno de ellos comenzó a brillar a través de las nieblas que envolvían la recién creada tierra para que pudieran cumplir su función con respecto a la vida en todas sus formas tal como pronto sería sobre el nuevo orbe. (Ver Moisés 2:14-19; Abr. 4:14-19.)

El Quinto Día

Luego vinieron los peces, las aves y “toda criatura viviente” cuyo hogar es “las aguas.” Sus Creadores los pusieron sobre la tierra recién organizada, y se les dio el mandato: “Sed fructíferos, y multiplicaos, y llenad las aguas en el mar; y que las aves se multipliquen sobre la tierra.” Este mandato—como con un decreto similar dado al hombre y aplicable a toda la vida animal—no podían cumplirlo en ese momento, pero pronto serían capaces de hacerlo. Se añadió a este mandato de multiplicarse la restricción enviada desde el cielo de que las criaturas en las aguas solo podrían producir “según su especie,” y que “toda ave que vuela” solo podría producir “según su especie.” No había provisión para la evolución o el cambio de una especie a otra. (Ver Moisés 2:20-23; Abr. 4:20-23.)

El Sexto Día

El día culminante de la creación está cerca. En sus primeras horas, los grandes Creadores “hicieron las bestias de la tierra según su especie, y el ganado según su especie, y todo lo que se arrastra sobre la tierra según su especie.” Y las mismas restricciones procreativas se aplicaron a ellos que a todas las formas de vida; ellos también solo deben reproducirse según su especie.

La Creación del Hombre También en el Sexto Día

Todo lo que hemos recitado ahora se ha logrado, pero ¿qué pasa con el hombre? ¿Está el hombre sobre la tierra? No lo está. Y así, “los Dioses,” habiendo aconsejado entre sí, dijeron: “Vayamos y formemos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Así que los Dioses bajaron para organizar al hombre a su propia imagen, a la imagen de los Dioses lo formaron, varón y hembra los formaron.” Luego hicieron como habían aconsejado, y se cumplió el acto creativo más glorioso de todos. El hombre es la criatura culminante que sale según la voluntad divina. Él está a la imagen y semejanza del Eterno Elohim, y a él se le da “dominio” sobre

todas las cosas. Y luego, finalmente, para que sus propósitos continúen eternamente, Dios bendice al “varón y a la hembra” que ha creado y les manda: “Sed fructíferos, y multiplicaos, y llenad la tierra, y sujetadla sobre ella, y tened dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra.” Cuando el “sexto día” llega a su fin, los Creadores, mirando sus labores creativas con satisfacción, ven que “todas las cosas” que han “hecho” son “muy buenas.” (Ver Moisés 2:24-31; Abr. 4:24-31.)

Tal es el relato revelado de la creación de todas las cosas. Nuestro resumen ha combinado elementos de los relatos mosaico, abrahámico y del templo. En este punto del relato mosaico, las escrituras dicen: “Así fueron acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos.” Luego, el Señor descansa en el “séptimo día.” (Moisés 3:1-3.)

El Propósito del Señor al Enseñar la Creación

Habiendo llegado hasta este punto en nuestro análisis de la Creación, nos vemos llevados a preguntar: ¿Por qué el Señor nos dio estos relatos revelados de la Creación? ¿Qué propósitos cumplen? ¿Cómo nos ayuda el conocimiento en ellos a trabajar en nuestra salvación o a centrar nuestro afecto en aquel a quien pertenecemos y por medio de quien todas las cosas fueron hechas?

Es evidente que no hemos recibido revelaciones inútiles o innecesarias. Todo lo que el Señor hace tiene un propósito y satisface una necesidad. Él espera que atesoremos Su palabra, que reflexionemos en nuestros corazones sobre sus significados profundos y ocultos, y que entendamos su pleno sentido. Aquellos que lo han hecho saben que los relatos revelados de la Creación están diseñados para cumplir dos grandes propósitos. Su propósito general es hacernos entender la naturaleza de nuestra probación mortal, una probación en la que todos los hombres están siendo probados “para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare” (Abr. 3:25). Su propósito específico es hacernos entender el sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo, sacrificio infinito y eterno que es el fundamento mismo sobre el cual descansa la religión revelada.

Solo es justo decir que una mera recitación de lo que sucedió durante los “seis días” y del descanso del Señor en el “séptimo día” no establece por sí

misma con claridad los propósitos de los relatos de la creación. Y así, el Señor, como se registra en el capítulo 3 del relato mosaico, procede a explicar el propósito y la naturaleza de la Creación. Él comenta sobre la Creación. Revela algunos hechos y principios sin los cuales no podemos imaginar cuál es la verdadera doctrina de la Creación. Sus declaraciones son interpolativas; se insertan en el relato histórico para darnos su verdadera profundidad, significado e importancia. No son recitaciones cronológicas, sino comentarios sobre lo que ya había presentado en su orden secuencial.

Debemos Entender la Existencia Premortal para Entender la Creación

El Señor introduce su comentario sobre la Creación diciendo que los eventos de los “seis días,” que acaba de recitar, “son las generaciones de los cielos y de la tierra, cuando fueron creados, en el día que yo, el Señor Dios, hice los cielos y la tierra” (Moisés 3:4). Así, todas las cosas han sido creadas: el trabajo está terminado: el relato ha sido revelado: pero solo puede ser entendido si se exponen algunas verdades añadidas. Estas tratan sobre la existencia premortal de todas las cosas y sobre la naturaleza paradisiaca de la tierra y de todas las cosas creadas cuando primero salieron de las manos de su Creador. Ambos conceptos están entrelazados en las mismas frases, y en algunos casos las palabras usadas tienen un significado dual y se aplican tanto a la vida premortal como a la creación paradisiaca.

La Creación Espiritual Precede a la Natural

Y así, el Señor dice que creó “toda planta del campo antes que estuviese en la tierra, y toda hierba del campo antes que creciera... Y yo, el Señor Dios, había creado a todos los hijos de los hombres; y aún no había un hombre que labrase la tierra; porque en el cielo los creé.” (Moisés 3:5). Claramente está hablando de la existencia premortal de todas las cosas. Esta tierra, todos los hombres, los animales, los peces, las aves, las plantas, todas las cosas—todas vivieron primero como entidades espirituales. Su hogar era el cielo, y la tierra fue creada para ser el lugar donde pudieran tomar sobre sí la mortalidad.

“Creación Espiritual” y la Creación del Hombre

“Porque yo, el Señor Dios, creé todas las cosas, de las cuales he hablado, espiritualmente, antes de que estuvieran naturalmente sobre la faz de la tierra.” Aplique estas palabras a la creación espiritual, si lo desea, y serán ciertas en ese contexto. Pero tienen un significado mucho más puntual e importante. Son seguidas por la declaración: “Porque yo, el Señor Dios, no había hecho llover sobre la faz de la tierra... y no había aún carne sobre la tierra, ni en el agua, ni en el aire; pero yo, el Señor Dios, hablé, y subió una niebla de la tierra, y regó toda la faz de la tierra.” (Moisés 3:5-6.) El Señor nos está aquí hablando sobre los eventos de los cuales ha hablado, sobre los eventos de “los seis días,” sobre el relato de la creación física, tangible o temporal expuesto en el capítulo 2 de Moisés. Él dice que las cosas que se hicieron fueron creadas “espiritualmente” y no estaban “naturalmente sobre la faz de la tierra” por las razones citadas.

La Creación Edénica de la Tierra

En este punto debemos insertar una declaración de nuestro décimo artículo de fe: “Creemos... que la tierra será renovada y recibirá su gloria paradisiaca.” Es decir, cuando la tierra fue creada por primera vez, estaba en un estado paradisiaco, un estado edénico, un estado en el que no había muerte. Y cuando el Señor venga de nuevo, y se inicie la era milenaria, la tierra regresará a su estado paradisiaco y será renovada. Se hará nueva otra vez; será un nuevo cielo y una nueva tierra donde morará la justicia. En ese día, “no habrá tristeza porque no habrá muerte” como la conocemos (D&C 101:29).

Así, aprendemos que la creación inicial fue paradisiaca; la muerte y la mortalidad aún no habían entrado al mundo. No había carne mortal sobre la tierra para ninguna forma de vida. La Creación ya se había cumplido, pero la mortalidad tal como la conocemos estaba por comenzar. Todas las cosas habían sido creadas en un estado de inmortalidad paradisiaca. Fue de este día que Lehi dijo: “Y todas las cosas que fueron creadas debían haber permanecido en el mismo estado en el que estaban después de haber sido creadas; y debían haber permanecido para siempre, y no haber tenido fin” (2 Nefi 2:22). Si no hay muerte, todas las cosas necesariamente deben continuar viviendo eternamente y sin fin.

Adán Creado “Espiritualmente” en el Edén

Continuando el comentario divino sobre la Creación, leemos: “Y yo, el Señor Dios, formé al hombre del polvo de la tierra, y soplé en su nariz aliento de vida; y el hombre fue hecho alma viviente, la primera carne sobre la tierra, el primer hombre también; sin embargo, todas las cosas fueron antes creadas; pero espiritualmente fueron creadas y hechas conforme a mi palabra” (Moisés 3:7). ¡Cuán llenas de significado son estas palabras! El cuerpo físico de Adán es hecho del polvo de esta tierra, la misma tierra a la que los Dioses descendieron para formarlo. Su “espíritu” entra en su cuerpo, como lo expresa Abraham (Abr. 5:7). El hombre se convierte en un alma viviente e inmortal: el cuerpo y el espíritu se unen. Él ha sido creado “espiritualmente,” como todas las cosas, porque aún no hay mortalidad. Luego viene la Caída; Adán cae; comienza la mortalidad, la procreación y la muerte. El hombre caído es mortal; tiene carne mortal; es “la primera carne sobre la tierra.” Y los efectos de su caída se extienden a todas las cosas creadas. Ellas caen en el sentido de que también se vuelven mortales. La muerte entra en el mundo: la mortalidad reina; comienza la procreación; y los grandes y eternos propósitos del Señor continúan su curso.

Así, “todas las cosas” fueron creadas como entidades espirituales en el cielo; luego “todas las cosas” fueron creadas en un estado paradisiaco sobre la tierra; es decir, “espiritualmente fueron creadas,” porque aún no había muerte. Tenían cuerpos espirituales hechos de los elementos de la tierra, a diferencia de los cuerpos mortales que recibirían después de la Caída, cuando la muerte entraría en el esquema de las cosas. Los cuerpos naturales están sujetos a la muerte natural; los cuerpos espirituales, siendo de naturaleza paradisiaca, no están sujetos a la muerte. De ahí la necesidad de una caída y la mortalidad y muerte que de ella surgen.

Adán “El Primer Hombre” y “La Primera Carne”

Así, como explica la exposición interpolativa en la palabra divina: “Yo, el Señor Dios, planté un huerto al oriente en Edén, y allí puse al hombre que había formado” (Moisés 3:8). Adán, nuestro padre, habitaba en el Jardín del Edén. Él fue el primer hombre de todos los hombres en el día de su creación, y se convirtió en la primera carne de toda la carne a través de la Caída. Debido a la Caída, “todas las cosas” cambiaron de su estado

espiritual a un estado natural. Y así leemos: “Y de la tierra hice, yo, el Señor Dios, crecer todo árbol, naturalmente, que es agradable a la vista del hombre; y el hombre podía verlo. Y también se convirtió en un alma viviente. Porque era espiritual en el día en que lo creé.” (Moisés 3:9; cursivas añadidas.)

No hay evolución de una especie a otra en todo esto. El relato está hablando de “cada árbol” y de “todas las cosas.” Considerándolas como una unidad colectiva, el relato continúa: “Permanecen en la esfera en la que yo, Dios, las creé; sí, todas las cosas que preparé para el uso del hombre; y el hombre vio que era bueno para comer.” (Moisés 3:9).

Comentario del Señor sobre la Creación

El comentario del Señor sobre la Creación también dice: “De la tierra formé, yo, el Señor Dios, toda bestia del campo, y toda ave del aire; ... y también fueron almas vivientes; porque yo, Dios, soplé en ellas el aliento de vida” (Moisés 3:19). También dice, hablando figurativamente, que Eva fue formada de la costilla de Adán. Y en ese día primigenio, cuando ni la muerte ni las experiencias probatorias de la mortalidad habían entrado al mundo, “estaban ambos desnudos, el hombre y su esposa, y no se avergonzaban.” (Ver Moisés 3:21-25.)

El Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal

En cuanto a la Caída misma, se nos dice que el Señor plantó “el árbol del conocimiento del bien y del mal” en medio del jardín (Moisés 3:9). A Adán y Eva les llegó el mandato: “De todo árbol del jardín podrás comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás de él; sin embargo, puedes elegir por ti mismo, porque te ha sido dado; pero recuerda que lo prohíbo, porque el día que comas de él, ciertamente morirás” (Moisés 3:16-17). Nuevamente, el relato habla figurativamente. Lo que se quiere decir con participar del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal es que nuestros primeros padres cumplieron con las leyes involucradas para que sus cuerpos pasaran de su estado de inmortalidad paradisiaca a un estado de mortalidad natural.

Moisés 4 da el Relato Real de la Caída

Adán y Eva comen del fruto prohibido y la tierra es maldita, comenzando a producir espinas y cardos; es decir, la tierra cae a su estado natural actual.

Eva es identificada como “la madre de todos los vivientes” (Moisés 4:27); ella y Adán comienzan a tener “hijos e hijas” (Moisés 5:3).

El Hombre Creado para Caer

Así, el hombre fue creado de tal manera que podía caer. Él cae y trae la mortalidad, la procreación y la muerte al mundo para que pueda ser redimido por el sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo. Y es rescatado de la muerte temporal y espiritual traída al mundo por la caída de Adán para que pueda tener inmortalidad y vida eterna. La Creación, la Caída y la Expiación están unidas como una sola.

Verdades Reveladas sobre la Creación

Estas verdades reveladas sobre la creación de todas las cosas contrarrestan muchas de las especulaciones y postulados teóricos del mundo. Sin embargo, son lo que la palabra inspirada establece, y estamos obligados a aceptarlas. Admitimos abiertamente que nuestro conocimiento sobre la creación del universo, de esta tierra, del hombre y de todos los seres vivos es limitado—quizás casi minúsculo—en comparación con lo que hay por aprender. Pero el Señor nos ha revelado tanto sobre el misterio de la creación como es necesario para nosotros en nuestro estado de probación.

La Verdad de la Creación

Él nos ha revelado las verdades fundamentales que nos permiten comprender la verdadera doctrina de la creación. Esta doctrina es que el Señor Jesucristo es tanto el Creador como el Redentor de esta tierra y de todo lo que está en ella, salvo el hombre. Es que el Señor Dios mismo, el Padre de todos nosotros, descendió y creó al hombre, varón y hembra, a su imagen y semejanza. Es que la tierra y todo lo demás fueron creados en un estado paradisiaco para que pudiera ocurrir la Caída. Es que el Gran Creador se convirtió en el Redentor para que pudiera redimir a los hombres de los efectos de la Caída, trayendo así la inmortalidad y la vida eterna para el hombre. Es que la Creación, la Caída y la Expiación son los tres pilares de la eternidad. Es que todos los que lo aceptan como Creador y Redentor tienen el poder de convertirse en coherederos con Él y, por lo tanto, heredar todo lo que su Padre tiene.

Verdaderamente, Cristo es tanto el Creador como el Redentor, como se representa en la reproducción de mármol de *Thorvaldsen's Christus*, que se encuentra en la rotonda del centro de visitantes en el Square del Templo. Allí vemos al Creador en majestuoso mármol, de pie en medio de la eternidad. En el techo abovedado y en las paredes circundantes están pinturas de los cielos siderales con sus órbitas interminables, todas moviéndose a través de un cosmos organizado. Y mientras contemplamos lo que las manos de simples hombres han hecho, nuestras mentes se abren para ver de manera limitada el milagro de la creación.

Allí también vemos las marcas de los clavos en esas manos benditas, las manos que sanaron y bendijeron, y también en los pies que caminaron por los polvorientos caminos de esa tierra que sus manos habían hecho. Vemos la herida en su costado traspasado de donde salió sangre y agua como señal de que la Expiación había sido realizada. Y nuestras mentes se abren, nuevamente de manera limitada, para ver el milagro de la redención.

Y mientras meditamos sobre la maravilla de todo esto, nuestra mirada y pensamientos se centran en su rostro beatífico, y sentimos el poder que llama de sus brazos extendidos. Y el asombro en mármol parece respirar el aliento de vida y decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). “Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Venid a mí y sed salvos. Venid, heredad el reino preparado desde la fundación del mundo para todos los que me acepten como Creador y Redentor. Venid, sed uno conmigo; yo soy vuestro Dios. (“Cristo y la Creación,” *Ensign*, junio de 1982, pp. 9-15).

Capítulo 11

La Caída de Adán

La Caída y la Expiación Inseparablemente Vinculadas

La caída de Adán y la expiación de Cristo están vinculadas, inseparablemente, por toda la eternidad, jamás separadas. Son tan parte del mismo cuerpo como lo son la cabeza y el corazón, y cada una juega su parte en el esquema eterno de las cosas.

Efectos de la Caída

La caída de Adán trajo la muerte temporal y espiritual al mundo, y la expiación de Cristo rescató a los hombres de estas dos muertes al traer a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre. Esto hace que la Caída sea una parte esencial del plan de salvación, tanto como la misma Expiación.

De hecho, hay cinco cosas que surgieron y continúan existiendo debido a la Caída. Ninguna de estas cosas habría existido si no hubiera habido una caída, y todas ellas son partes esenciales del plan divino de salvación. Son:

1. **La muerte temporal.** Esta es la muerte natural; ocurre cuando el cuerpo y el espíritu se separan; resulta en corrupción y descomposición. Debido a la expiación de Cristo, todos los hombres serán resucitados de la corrupción a la incorrupción, de la mortalidad a la inmortalidad, para vivir eternamente en un estado resucitado.
2. **La muerte espiritual.** Esta es la muerte en cuanto a las cosas del Espíritu. Es la muerte en cuanto a las cosas de la justicia. Es ser echado fuera de la presencia del Señor. Es un modo de vida que está en oposición al del Padre de todos nosotros. Gracias a la Expiación, porque el Señor Jesús llevó nuestros pecados bajo condiciones de arrepentimiento, tenemos el poder de obtener la

vida eterna, que es vida espiritual, que es una vida de justicia, que es vida en la presencia de nuestro Dios.

3. **La mortalidad.** La vida mortal surge debido a la Caída. Si no hubiera habido caída, no habría vida mortal en ningún hijo en la tierra. La vida mortal es la vida donde hay muerte. La muerte debe entrar en el mundo para traer la mortalidad.
4. **La procreación.** Antes de la Caída no había procreación. Lo repito, pues así lo dice la palabra santa, antes de la Caída no había procreación. Adán y Eva, en su estado edénico, no podían tener hijos (2 Nefi 2:22-23; Moisés 5:11), ni, como veremos, podía ninguna forma de vida cuando fue colocada por primera vez en la recién creada tierra paradisíaca.
5. **Un estado probatorio.** Estamos aquí para ser probados y tentados, para ver si creeremos las verdades de la salvación y guardaremos los mandamientos mientras caminamos por fe. Después de la Caída, los hombres se volvieron carnales, sensuales y diabólicos por naturaleza, y el plan de salvación les llama a dejar de lado estas trampas mundanas y a revestirse de Cristo (Mosiah 3:19).

Ahora, para que no haya ninguna mínima malinterpretación sobre esto, razonemos juntos sobre todo esto, como lo hicieron en tiempos antiguos. De hecho, usemos las mismas palabras que ellos usaron tal como se encuentran en las escrituras sagradas.

La Caída Introdujo la Muerte

“Ahora Cristo ha resucitado de los muertos”, dijo Pablo al testificar de la Expiación. “Porque así como por el hombre vino la muerte, también por el hombre vino la resurrección de los muertos.” Adán trajo la muerte, y si él no hubiera caído no habría muerte; y Cristo trajo la Resurrección, y si no hubiera habido Expiación no habría resurrección. “Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados.” (1 Corintios 15:20-22.)

La Expiación Vence la Muerte

Moroni vinculó la Caída y la Expiación de esta manera. Dijo que Dios “creó a Adán, y por Adán vino la caída del hombre. Y debido a la caída del

hombre vino Jesucristo”. Así de simple; la Caída es la fuente, la causa y la razón de la Expiación. “Y debido a Jesucristo vino la redención del hombre.” ¡La salvación está en Cristo!

“Y debido a la redención del hombre, que vino por Jesucristo,” los hombres “son traídos de nuevo a la presencia del Señor; sí, en esto es en lo que todos los hombres son redimidos, porque la muerte de Cristo trae a cabo la resurrección, que trae a cabo una redención de un sueño sin fin.” (Mormón 9:12-13.)

La Expiación Libera de la Muerte Espiritual

¿Qué dice el ángel al rey Benjamín? Él dice: “(La sangre de Cristo) expía los pecados de aquellos que han caído por la transgresión de Adán.” Somos descendientes de Adán; todos tenemos un padre común.

Él dice: “Así como en Adán, o por naturaleza, caen, así también la sangre de Cristo expía sus pecados.” Las bendiciones de la Caída han pasado sobre todos los hombres: todos pueden ser redimidos porque Adán cayó y Cristo vino.

Él dice: “La salvación fue, y es, y ha de venir, en y por la sangre expiatoria de Cristo, el Señor Omnipotente.” No hay otra fuente de salvación de la Caída que la que viene a través de Cristo.

Él dice: “El hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será, por los siglos de los siglos, a menos que ceda a las tentaciones del Espíritu Santo, y se despoje del hombre natural y se convierta en un santo por la expiación de Cristo el Señor.” (Mosíah 3:11, 16, 18-19.)

Así, el hombre natural, que es Adán, es conquistado por el hombre perfecto, que es Cristo, y así “toda la humanidad puede ser salva, por la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio” (tercer artículo de fe). Y ahora, ¿qué dice nuestro gran y buen amigo Lehi sobre todas estas cosas?

Él dice: “El 'Redentor'... viene a traer salvación a los hombres... Y el camino fue preparado [para él] desde la caída del hombre, y la salvación es gratuita.” La Caída es el fundamento sobre el cual reposa la Expiación.

La Caída Introduce la Mortalidad y la Procreación

Él dice que “después de que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, fueron echados fuera del jardín del Edén, a labrar la tierra.” Su probación mortal y las pruebas y tentaciones de la mortalidad comenzaron después de la Caída.

Él dice: “Y han engendrado hijos; sí, incluso la familia de toda la tierra.” Cada alma viviente sobre la tierra es descendiente de Adán y Eva. Dios ha hecho de una sola sangre todas las naciones de los hombres.

Él dice: “Si Adán no hubiera transgredido, no habría caído, sino que hubiera permanecido en el jardín del Edén.” Si Adán no hubiera caído, estaría allí hoy, seis mil años después, en toda la gloria y belleza de su naturaleza inmortal. Tal es la palabra de las sagradas escrituras.

Y ahora, la maravilla de las maravillas y el asombro de los asombros — Lehi dice: “Y todas las cosas que fueron creadas” — “cosas” significa todas las cosas; incluye animales, peces, aves, reptiles y plantas; incluye dinosaurios, ballenas y hormigas: significa todas las cosas — “Todas las cosas que fueron creadas debían haber permanecido en el mismo estado en que fueron creadas; y debían haber permanecido para siempre, sin fin.”

No hubo, repetimos, muerte en el mundo hasta después de la Caída. Y no hubo, repetimos, procreación hasta después de la Caída. Y no hubo, repetimos, mortalidad hasta después de la Caída.

Y así, Lehi continúa: “Y ellos” — Adán y Eva — “no habrían tenido hijos.”

Y luego, sobre la base de lo que se ha establecido, mientras estaba lleno de luz y guiado por el Espíritu, Lehi proclamó: “Adán cayó para que los hombres existieran; y los hombres existen para que tengan gozo. Y el Mesías viene en la plenitud del tiempo, para redimir a los hijos de los hombres de la caída.” (2 Nefi 2:3-4, 19-20, 22-23, 25-26.)

En verdad, como dijo Enoc: “Porque Adán cayó, existimos; y por su caída vino la muerte; y somos hechos partícipes de miseria y aflicción... y los hombres se han vuelto carnales, sensuales y diabólicos, y están excluidos de la presencia de Dios.” (Moisés 6:48-49.)

En verdad, como dijo la Madre Eva: “Si no fuera por nuestra transgresión, nunca habríamos tenido descendencia, ni habríamos conocido el bien y el

mal, ni el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios da a todos los obedientes.” (Moisés 5:11.)

En verdad, la salvación viene por la Caída, y es tan importante creer en la Caída como lo es creer en la Expiación, y, de hecho, no es posible creer en la Expiación sin creer en la Caída.

La Caída Surge de la Creación

Así como la Expiación surge de la Caída, también la Caída surge de la Creación. Si todas las cosas no hubieran sido creadas de la manera en que fueron creadas, no habría podido haber Caída. Si las cosas creadas iban a caer, deben haber sido creadas en un estado más elevado que el estado en el que estarían después de la Caída. Caer es ir hacia abajo, o hacia adelante, no hacia arriba.

Y así es como los relatos revelados de la creación de esta tierra y de todas las cosas sobre su faz son relatos de la creación paradisíaca. Hablan del estado inmortal en el que todas las cosas fueron creadas por primera vez; nos hablan de las cosas creadas en el día antes de que la muerte entrara en el mundo.

Nuestro décimo artículo de fe dice: “Creemos... que la tierra será renovada y recibirá su gloria paradisíaca.” Cuando el Señor venga y comience la era milenaria, habrá cielos nuevos y una nueva tierra (Isaías 65:17-25, 66:22-24; D&C 101:23-31); la tierra será renovada; se volverá nueva de nuevo; y volverá a su estado paradisíaco; será como era en el día Edénico. Y una vez más, la muerte tal como la conocemos cesará.

Los relatos de la Creación en Génesis 1 y 2 y Moisés 2 son relatos de la creación paradisíaca o Edénica. Son descriptivos de una creación que precedió a la muerte, la mortalidad y la Caída. Hablan de una creación en la que —y estas son las palabras de Lehi— “Todas las cosas que fueron creadas debían haber permanecido en el mismo estado en que fueron creadas; y debían haber permanecido para siempre y sin fin.” (2 Nefi 2:22). Es decir, habrían permanecido así si no hubiera habido Caída.

Ahora bien, estamos hablando de los tres pilares del cielo, de los tres eventos más grandes que jamás hayan ocurrido en toda la eternidad, de las tres doctrinas que están entrelazadas inseparablemente para formar el plan de salvación. Estamos hablando de la Creación, la Caída y la Expiación.

Y estos tres son uno. Y, que quede claro, todas las cosas fueron creadas; todas las cosas cayeron; y todas las cosas están sujetas al poder redentor del Hijo de Dios.

No soy consciente de expresar un solo pensamiento o concepto que no haya sido ya dicho por los Hermanos que nos precedieron. Casi todas las frases que he pronunciado son una cita o una paráfrasis de algo dicho por José Smith, Brigham Young, John Taylor, Joseph F. Smith, Joseph Fielding Smith, Orson Pratt, o alguno de los grandes teólogos de nuestra dispensación.

La Caída tan Universal como la Expiación

Muchos entre nosotros no tienen dificultad en concebir que la Expiación es infinita y eterna, y se aplica a todas las formas de vida. Saben que las revelaciones dicen, en muchas palabras, que todas las formas de vida, tanto las que vivieron como entidades espirituales, como las que serán resucitadas — animales, aves, peces, todas las cosas son eternas por naturaleza.

Pero algunos entre nosotros aún no han comprendido que todas las cosas cayeron y se volvieron mortales para poder ser resucitadas. Los primeros Hermanos de nuestra dispensación escribieron estas palabras: “La palabra 'expiación' significa liberación, a través de la oferta de un rescate, de la pena por una ley rota... Como la efectuó Jesucristo, significa la liberación, a través de su muerte y resurrección, de la tierra y todo lo que en ella pertenece, del poder que la muerte ha obtenido sobre ellos a través de la transgresión de Adán... La redención de la muerte, a través de los sufrimientos de Cristo, es para todos los hombres, tanto los justos como los inicuos; para esta tierra, y para todas las cosas creadas sobre ella.” (Compendio, pp. 8-9, citado en *Mormon Doctrine*, pp. 64-65.)

Cuando hablamos de la Creación, la Caída y la Expiación, estamos hablando de las obras de Elohim, Jehová y Miguel. Estamos hablando de las doctrinas que están expresadas o implícitas en nuestros tres primeros artículos de fe. Necesitamos llegar a una unidad de fe en cuanto a los trabajos de cada uno de estos gloriosos seres.

Elohim es Dios el Creador

¿Quién es Elohim? Él es Dios el Padre Eterno. Es una persona glorificada y exaltada. Tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el de un hombre. En el lenguaje de Adán, Hombre de Santidad es su nombre (Moisés 6:59). Él es omnipotente, omnisciente y omnipresente. Él sabe todas las cosas y tiene todo el poder — no solo en lo que se refiere a nosotros o en algún ámbito o esfera prescrita — sino en el sentido absoluto, eterno e ilimitado. En el sentido último, él es el Creador. Y cualquier cosa que hayas oído en contrario, ya sea en los credos del cristianismo o en las bocas de los intelectuales que, a sus propios ojos, saben más que el Señor, es falsa.

Miguel es Adán, quien cayó

¿Quién es Miguel? Él es un hijo espiritual del gran Elohim. Bajo Cristo, lideró los ejércitos de la justicia cuando hubo guerra en el cielo. Nuestras revelaciones dicen que él “era el hijo de Dios” (Moisés 6:22), que él fue “la primera carne [la primera carne mortal] sobre la tierra, el primer hombre también” (Moisés 3:7), y que él fue “el primer hombre de todos los hombres” (Moisés 1:34). Él es Adán, nuestro padre; él es el sumo sacerdote que preside sobre toda la tierra. Bajo Cristo, quien es “el Santo,” él posee “las llaves de la salvación” (D&C 78:16). Él es el que trajo la Caída. Y cualquier cosa que hayas oído en contrario, de cualquier fuente, es falsa.

Jehová es Cristo el Redentor

¿Quién es Jehová? Él es el Señor Jesucristo, el Primogénito del Padre, el Salvador y Redentor. Él es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Él es el Unigénito en la carne, la única persona que ha nacido con una madre mortal y un Padre inmortal. Él llevó a cabo la expiación infinita y eterna, rescató a los hombres y todas las formas de vida de la Caída, y hizo operativos los propósitos de la creación. La salvación está en Él y llega a aquellos que creen y obedecen. Y cualquier cosa que hayas oído en contrario es falsa.

Las verdades relativas a Elohim, Jehová y Miguel son las más grandes de todas las verdades eternas. Ellas envuelven la Creación, la Caída y la Expiación en un solo gran plan de salvación. Son el evangelio de Dios, quien es el Padre. Y del testimonio de su verdad da testimonio el Espíritu

Santo. (“Los Tres Pilares de la Eternidad”, Devocional de BYU, 17 de febrero de 1981.)

Eva y la Caída

Habiendo señalado así los tres eventos más trascendentales de toda la eternidad — la Creación, la Caída y la Expiación — y mencionada la relación entrelazada que los une, consideremos ahora, bajo seis puntos, la posición de Eva en este esquema eterno de las cosas:

1. Eva antes de Edén

¿Quién era Adán y quién era Eva cuando ambos moraban en la presencia del Padre en esa vida premortal antes de que se establecieran los cimientos de esta tierra?

Ellos eran hijos espirituales del Padre. Adán, un espíritu masculino, llamado entonces Miguel, estaba en el siguiente nivel de poder, fuerza y dominio respecto al Señor Jehová (Enseñanzas, p. 157). Eva, un espíritu femenino, cuyo nombre premortal no ha sido revelado, tenía una estatura, capacidad e inteligencia similares.

Cristo y Adán fueron compañeros y socios en la preexistencia. Cristo, amado y escogido del Padre, fue preordenado para ser el Salvador del mundo; Adán, como el gran Miguel, lideró los ejércitos del cielo cuando Lucifer y un tercio de los huestes espirituales se rebelaron (Rev. 12:1-9; D&C 29:36-38). El Señor Jesús, entonces reinando como el Señor Jehová, era el Hijo Espíritu número uno; descrito como “semejante a Dios” (Abr. 3:24), ascendió al trono del poder eterno; y con él, y a su lado, sirviendo bajo su dirección, estaba Miguel, que es Adán, quien fue preordenado para ser el primer hombre y el líder de la raza humana.

Y no podemos dudar de que la más grande de todas las mujeres espirituales fue la que entonces fue elegida y preordenada para ser “la madre del Hijo de Dios, según la carne” (1 Nefi 11:18). Tampoco podemos hacer otra cosa que suponer que Eva estaba a su lado, gozándose de su propia preordenación para ser la primera mujer, la madre de los hombres, la consorte, compañera y amiga del poderoso Miguel.

Cristo y María, Adán y Eva, Abraham y Sara, y una multitud de hombres poderosos y mujeres igualmente gloriosas formaban ese grupo de “los nobles y grandes,” a quienes el Señor Jesús dijo: “Descenderemos, porque

hay espacio allí, y tomaremos de estos materiales, y haremos una tierra sobre la cual estos puedan habitar” (Abr. 3:22-25). Esto lo sabemos: Cristo, bajo el Padre, es el Creador; Miguel, su compañero y asociado, presidió sobre gran parte del trabajo creativo; y con ellos, como vio Abraham, estaban muchos de los nobles y grandes. ¿Podemos concluir de otra manera que María, Eva, Sara y muchas de nuestras fieles hermanas fueron contadas entre ellos? Ciertamente, estas hermanas trabajaron tan diligentemente entonces, y lucharon tan valientemente en la Guerra en el Cielo como lo hicieron los hermanos, incluso como hoy se mantienen firmes en mortalidad, en la causa de la verdad y la justicia.

2. Eva en el Edén

De la presencia celestial a un jardín plantado al este en Edén; de la vida como espíritu en la presencia de Dios a la vida en esta tierra en un tabernáculo de barro; de los reinos de la luz eterna a los oscuros recovecos de la vida en el planeta tierra — este fue un gran paso hacia adelante para Adán y Eva. Al obtener primero cuerpos hechos del polvo de la tierra, nuestros primeros padres comenzaron el curso por el cual podrían obtener cuerpos resucitados como los de otros seres exaltados, incluyendo al Exaltado Padre de todos nosotros.

¿Cómo obtuvieron Adán y Eva sus cuerpos temporales? Nuestras revelaciones registran las palabras de la Deidad de esta manera: “Y yo, Dios, dije a mi Unigénito, que estaba conmigo desde el principio: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Moisés 2:26). El hombre en la tierra — Adán y Eva y todos sus descendientes — debía ser creado a imagen de Dios; debían serlo espiritualmente y temporalmente, con el poder de convertir esa imagen en una realidad al hacerse como Él. Luego, la escritura dice: “Y yo, Dios, creé al hombre a mi imagen, a imagen de mi Unigénito lo creé; varón y hembra los creé” (Moisés 2:27). También: “Y yo, el Señor Dios, formé al hombre del polvo de la tierra, y soplé en su nariz el aliento de vida; y el hombre fue hecho alma viviente, la primera carne sobre la tierra, el primer hombre también” (Moisés 3:7).

Para aquellos cuyo entendimiento espiritual limitado impide una recitación de todos los hechos, el relato revelado, en lenguaje figurado, habla de Eva siendo creada de la costilla de Adán (Moisés 3:21-25). Sin embargo, una escritura más expresa habla de “Adán, que era el hijo de Dios, con quien

Dios, el mismo, conversó” (Moisés 6:22). En una declaración formal doctrinal, la Primera Presidencia de la Iglesia (Joseph F. Smith, John R. Winder y Anthon H. Lund) dijo que “todos los que han habitado la tierra desde Adán han tomado cuerpos y se han convertido en almas de la misma manera,” y que “el primero de nuestra raza comenzó la vida como... el germen o embrión humano que se convirtió en hombre” (ver *Mormon Doctrine*, 2ª edición, p. 17).

Cristo es universalmente atestiguado en las escrituras como el Unigénito. En este punto, al considerar la “creación” de Adán, y para evitar cualquier malentendido, debemos recordar que Adán fue creado en inmortalidad, pero Cristo vino a la tierra como mortal; así que nuestro Señor es el Unigénito en la carne, es decir, en esta esfera mortal de existencia. Adán vino a la tierra para habitar en inmortalidad hasta que la Caída cambió su estatus a mortalidad.

Aquellos que tienen oídos para oír entenderán estas cosas. Todos nosotros, sin embargo, debemos saber y creer que cuando Adán y Eva fueron colocados en el Jardín de Edén, no había muerte. Ellos eran inmortales. A menos que ocurriera algún cambio, vivirían para siempre, conservando toda la lozanía, belleza y frescura de la juventud. José Smith, Brigham Young, Orson Pratt y nuestros primeros Hermanos predicaron muchos sermones sobre esto.

Además, aunque se les había mandado multiplicarse y llenar la tierra con posteridad, Adán y Eva, en su estado inmortal, no podían tener hijos. Tampoco podían ser sujetos a las pruebas, tentaciones y experiencias probatorias de la mortalidad. De ahí surgió la necesidad —la necesidad imperiosa y absoluta— de la Caída, del cambio de estatus que traería hijos, muerte y pruebas al mundo.

3. La Caída de Adán y Eva

En cuanto a la necesidad imperiosa impuesta a nuestros primeros padres de someterse a ese cambio de estatus que lleva el nombre de “la Caída de Adán” o la Caída del hombre, y en cuanto a la justificación que la sustenta, he escrito en otro lugar (The Promised Messiah [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1978], pp. 220-21):

“Al 'primer hombre de todos los hombres' (Moisés 1:34), que es llamado Adán, y a 'la primera de todas las mujeres', que es llamada Eva, 'la madre

de todos los vivientes' (Moisés 4:26) — mientras ellos aún eran inmortales y, por lo tanto, incapaces de proporcionar cuerpos mortales para los hijos espirituales del Padre — llegó el mandamiento: 'Sed fructíferos, y multiplicaos, y llenad la tierra' (Moisés 4:28).

“¡Sed fructíferos! ¡Multiplicaos! ¡Tened hijos! Todo el plan de salvación, que incluye tanto la inmortalidad como la vida eterna para todos los huestes espirituales del cielo, dependía de su cumplimiento con este mandamiento. Si obedecían, los propósitos del Señor prevalecerían.

“Si desobedecían, permanecerían sin hijos e inocentes en su Edén paradisiaco, y las huestes espirituales permanecerían en su cielo celestial —denegados de las experiencias de la mortalidad, denegados de una resurrección, denegados de la esperanza de la vida eterna, denegados del privilegio de avanzar y progresar y llegar a ser como su Padre Eterno. Es decir, todo el plan de salvación habría sido frustrado, y los propósitos de Dios en engendrar hijos espirituales y en crear esta tierra como su hábitat habrían quedado en nada.

“‘Sed fructíferos, y multiplicaos.’ ‘Proporcionad cuerpos para mi progenie espiritual.’ Así dice tu Dios. La eternidad está en juego. Los planes de la Deidad están en la encrucijada. Solo hay un camino a seguir: el camino de la conformidad y obediencia. Adán, que es Miguel —el espíritu siguiente en inteligencia, poder, dominio y justicia al gran Jehová mismo— Adán, nuestro padre, y Eva, nuestra madre, deben obedecer. Ellos deben caer. Deben volverse mortales. La muerte debe entrar en el mundo. No hay otro camino. Deben caer para que el hombre exista.

“Tal es la realidad. Tal es la justificación. Tal es la voluntad divina. Caerás, oh poderoso Miguel. ¿Caer? Sí. Sumergete desde tu estado inmortal de paz, perfección y gloria hacia una existencia más baja; deja la presencia de tu Dios en el jardín y entra en el solitario y desolado mundo; sal del jardín hacia el desierto; deja las flores y los frutos que crecen espontáneamente y comienza la batalla con espinas, cardos, zarzas y maleza nociva; sujétate a la hambruna y la peste; sufre con la enfermedad; conoce el dolor y la tristeza; enfrenta la muerte por todos lados —pero con todo eso, ten hijos; proporciona cuerpos para todos aquellos que sirvieron contigo cuando lideraste a las huestes del cielo en la expulsión de Lucifer, nuestro enemigo común.

“Sí. Adán, cae; cae por tu propio bien; cae por el bien de toda la humanidad; cae para que el hombre exista; trae la muerte al mundo; haz lo que causará que se haga una expiación, con todas las bendiciones infinitas y eternas que fluyen de ella.

“Y así Adán cayó como debía caer. Pero cayó al quebrantar una ley menor —una ley infinitamente menor— para que él también, al haber transgredido, se hiciera sujeto al pecado y necesitara un Redentor y tuviera el privilegio de trabajar en su propia salvación, tal como sería el caso con todos aquellos sobre quienes recaerían los efectos de su caída.”

4. El Hombre Adán y la Mujer Eva

Cuando hablamos de la caída de Adán, ¿nos referimos al hombre Adán como individuo? ¿O a Adán como un término genérico para la raza humana? ¿O al término Adán como significando tanto al hombre Adán como a la mujer Eva? Cuando hablamos de la caída del hombre, ¿estamos hablando de la caída de un individuo masculino? ¿O del hombre en el sentido genérico que incluye a las mujeres como parte de la humanidad? ¿Qué pasa con la mujer Eva y su caída?

Dios, el Padre, creó a Adán y Eva a su propia imagen, “varón y hembra los creó” (Moisés 2:27). A la mujer se le dio al hombre en matrimonio eterno, porque no había muerte. Se les mandó no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Pero “cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciado para alcanzar la sabiduría,” como lo expresa el lenguaje figurado, “tomó de su fruto, y comió, y también dio a su marido que estaba con ella, y él comió. Y fueron abiertos los ojos de ambos” (Moisés 4:12-13).

Es de este evento de lo que Pablo dice: “Y Adán no fue engañado, pero la mujer, siendo engañada, cayó en la transgresión” (1 Timoteo 2:14). Así leemos sobre la transgresión de Eva. Nuestras revelaciones también dicen: “El diablo tentó a Adán, y él comió del fruto prohibido y transgredió el mandamiento” (D&C 29:40). De hecho, muchas escrituras hablan de “la transgresión de Adán” (Romanos 5:14), aunque debemos concluir que Eva cayó primero y luego Adán, refiriéndose a estos dos como individuos.

Nuestro entendimiento de la Caída entra en verdadero enfoque cuando meditamos estas palabras del libro de las generaciones de Adán: “En el día que Dios creó al hombre, a la imagen de Dios lo hizo; A imagen de su

propio cuerpo, varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó su nombre Adán, en el día en que fueron creados y se convirtieron en almas vivientes en la tierra sobre el estrado de Dios” (Moisés 6:8-9; énfasis añadido).

Así, el nombre de Adán y Eva como una unidad de pareja es Adán. Ellos, los dos juntos, son llamados Adán. Esto es más que el hombre Adán como hijo de Dios o la mujer Eva como hija del mismo Ser Santo. Adán y Eva juntos son llamados Adán, y la caída de Adán es la caída de ambos, porque ellos son uno. Cuán acertadamente dijo Pablo: “Ni el hombre sin la mujer, ni la mujer sin el hombre, en el Señor” (1 Corintios 11:11). La caída de Adán es la caída del hombre Adán y la mujer Eva.

5. Eva después de Edén

Se nos lleva a creer que el nombre Adán significa “primer padre” y razonamos que el nombre Eva significa “primera madre.” Sabemos que Adán fue el primer hombre de todos los hombres y que Eva es “la madre de todos los vivientes” (Moisés 4:26).

Lehi dice: “Si Adán no hubiera transgredido, no habría caído, pero habría permanecido en el jardín del Edén.” Luego añade: “Y ellos” —refiriéndose a Adán y Eva— “no habrían tenido hijos.” De ahí la conclusión epigramática: “Adán cayó para que los hombres pudieran existir.” (2 Nefi 2:22-25).

Así fue que “Adán conoció a su esposa, y ella le dio a luz hijos e hijas, y comenzaron a multiplicarse y a llenar la tierra. Y desde ese tiempo en adelante, los hijos e hijas de Adán comenzaron a dividirse de dos en dos en la tierra, a labrar la tierra y a cuidar los rebaños, y también engendraron hijos e hijas” (Moisés 5:2-3). Edén estaba detrás de ellos y la tierra delante de ellos. Los propósitos del Señor estaban en marcha.

Mientras Adán y Eva aún estaban en Edén, el Señor “les dio” —lo que significa que la revelación vino a ambos— “mandamientos para que lo amaran y le sirvieran, al único Dios viviente y verdadero, y que él debería ser el único ser a quien deberían adorar” (D&C 20:19; énfasis añadido). Luego vino la Caída.

Después de la Caída, “Adán y Eva, su esposa, invocaron el nombre del Señor, y oyeron la voz del Señor... hablándoles... y él les dio mandamientos, para que adoraran al Señor su Dios,” incluyendo la ofrenda

de sacrificios. Cabe señalar que tanto el hombre como la mujer oraron; ambos oyeron la voz del Señor; y a ambos se les mandó adorarlo.

Entonces Adán ofreció sacrificios, un ángel apareció y dio testimonio de Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre Adán, y él profetizó muchas cosas. “Y Eva, su esposa, oyó todas estas cosas y se alegró, diciendo: Si no fuera por nuestra transgresión, nunca habríamos tenido descendencia, y nunca habríamos conocido el bien y el mal, y el gozo de nuestra redención, y la vida eterna que Dios da a todos los obedientes.” Entonces Adán y Eva “bendijeron el nombre de Dios,” enseñaron el evangelio a sus hijos, y continuaron en oración y devoción (Moisés 5:4-16).

De nuevo, cabe señalar, el Señor no está tratando solo con Adán. Ambos compañeros eternos se regocijan en las maravillas del evangelio y caminan en la luz del cielo. Eva es una socia completa; ella es una ayudante de su esposo tanto en lo temporal como en lo espiritual.

6. Eva en el Edén Eterno

En un día no muy lejano, “la tierra será renovada y recibirá su gloria paradisiaca” (décimo artículo de fe). El estado edénico y paradisiaco que cubría la faz de toda la tierra en un día primitivo será restaurado, y la era milenaria será inaugurada cuando el Señor Jesús regrese con toda la gloria del reino de su Padre.

Antes de ese día, Adán, quien es el Anciano de Días, presidirá una gran conferencia a la que asistirán todos aquellos de cada dispensación que hayan tenido llaves y posiciones de presidencia en la tierra. El lugar señalado para esta reunión es Spring Hill, condado de Daviess, Missouri, que el Señor llama “Adam-on-di-Ahman, porque, dijo él, es el lugar donde Adán vendrá a visitar a su pueblo, o el Anciano de Días se sentará, como lo dijo el profeta Daniel” (D&C 116).

El testimonio de Daniel es: “Miré hasta que los tronos fueron colocados, y el Anciano de días se sentó, cuya vestidura era blanca como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana limpia; su trono era como llama de fuego, y sus ruedas como fuego ardiente. Un torrente de fuego salió y procedió de delante de él: millares de millares lo servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él: el juicio fue establecido, y los libros fueron abiertos. Vi en las visiones de la noche, y he aquí, uno como el Hijo del hombre vino con las nubes del cielo, y vino al Anciano de días, y lo trajeron cerca de él.

Y a él se le dio dominio, y gloria, y un reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es un dominio eterno, que no pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:9-10, 13-14).

Es decir, después de que todos aquellos a quienes se les han dado las llaves del reino terrenal de Dios hayan informado de sus responsabilidades a Adán; después de que Adán haya recibido nuevamente las llaves delegadas a sus descendientes; entonces Cristo vendrá, las tomará para sí mismo y reinará personalmente en la tierra durante mil años. Este será un gran día inicial de juicio en el que Adán presidirá.

¿Y qué de Eva? ¿Ella y las hermanas desempeñarán un papel en estos y otros grandes eventos que nos esperan? Las escrituras son silenciosas sobre este punto. Nos queda formular una respuesta que esté en consonancia con los grandes y eternos principios que han sido revelados. Sabemos, en cierta medida, el papel que ella jugó —junto a Adán— en el pasado. No podemos creer que ella esté en otro lugar que no sea a su lado ahora, o que se aparte de él en los días venideros.

En nuestro himnario tenemos la canción “Sons of Michael, He Approaches,” en la que alzamos nuestras voces en alegre alabanza a Adán y cantamos sobre lo que él hará en Adam-ondi-Ahman. Uno de los versos es un himno de alabanza a Eva.

Madre de nuestras generaciones.

Gloriosa al lado del gran Miguel.

Recibe la adoración de tus hijos;

Eterna con tu Señor preside;

He aquí, he aquí, para saludarte ahora avanza.

Miles en la gloriosa danza.

(Himnos SUD No. 51.)

Esto, por supuesto, supone que ella y otras mujeres fieles seguirán de pie y sirviendo al lado de sus esposos en los gloriosos eventos que se avecinan.¹

Hablando del estado eterno de exaltación y de aquellos que viven en el estado matrimonial, el Señor dice: “Entonces serán dioses, porque no tienen fin; por lo tanto serán de eternidad en eternidad, porque continúan; entonces estarán por encima de todos, porque todas las cosas

están sujetas a ellos. Entonces serán dioses, porque tienen todo poder, y los ángeles les son sujetos” (D&C 132:20; énfasis añadido).

¿Qué debemos decir, entonces, de Eva —como individuo y como un nombre genérico para todas las mujeres que creen y obedecen como ella lo hizo? ¿Nos desviaríamos mucho si llegáramos a conclusiones como las siguientes?

Eva —una hija de Dios, una de las prole espiritual del Todopoderoso Elohim— estuvo entre los nobles y grandes en la preexistencia. Ella tenía una estatura espiritual, fe y devoción, y conformidad con la ley eterna, al igual que Miguel, quien participó en la creación de la tierra y quien lideró las huestes del cielo cuando Lucifer y sus rebeldes fueron expulsados.

Así como estuvo al lado de Miguel antes de los cimientos de la tierra, así vino con él al Edén. Los dos realizaron allí para todos los hombres el servicio inconmensurablemente grande llamado la caída del hombre. Así, la mortalidad, el engendramiento de hijos, las pruebas de esta vida, y la esperanza de la vida eterna y la exaltación —todos estos— se hicieron disponibles para todos los hijos del Padre de todos nosotros.

Después de la Caída, Eva continuó recibiendo revelaciones, viendo visiones, caminando en el Espíritu. Así como Adán se convirtió en el modelo para todos sus hijos, también lo hizo Eva para todas sus hijas. Y así como los dos han alcanzado la exaltación y se sientan en sus tronos en gloriosa inmortalidad, así podrán todos, tanto hombres como mujeres, que caminen como ellos caminaron.

Así como no hay palabras para exaltar la grandeza del Anciano de Días ante quien miles de miles ministrarán y ante quien “diez mil veces diez mil” estarán en el día del juicio, tampoco existe lenguaje alguno que pueda hacer justicia a nuestra gloriosa madre Eva.

Alabado sea Dios por el glorioso plan de la creación, redención y exaltación. Y alabados sean Adán y Eva por la parte infinitamente grande que jugaron en el plan eterno del Eterno. (“Eva y la Caída,” *Woman* [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1980], pp. 57-68.)

Notas

1. Una pista escritural que sugiere que las mujeres justas compartirán las glorias del futuro con sus esposos se encuentra en el relato de la reunión premilenial en Adam-ondi-Ahman, en la que los líderes de dispensaciones entregan sus llaves a Adán, quien luego se las devuelve a Cristo. Al nombrar a los presentes, el Salvador identifica a muchos de los grandes profetas —Moroni, Juan el Bautista, Elías, José, Jacob, Isaac, Abraham, Miguel o Adán, Pedro, Santiago, Juan, y “todos aquellos que mi Padre me ha dado fuera del mundo” (D&C 27:5-14). Seguramente este número debe incluir, entre aquellos dados al Salvador fuera del mundo, a las mujeres justas de cada dispensación.

Capítulo 12

El Poder Purificador de Getsemaní

Creo, y el Espíritu parece estar de acuerdo, que la doctrina más importante que puedo declarar, y el testimonio más poderoso que puedo dar, es el del sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo.

La Expiación, el Evento Más Trascendental de Todos

Su expiación es el evento más trascendental que jamás haya ocurrido o que alguna vez ocurrirá, desde el amanecer de la Creación hasta todas las edades de una eternidad sin fin.

Es el acto supremo de bondad y gracia que solo un dios podría realizar. A través de ella, todos los términos y condiciones del plan eterno de salvación del Padre se hacen operativos.

A través de ella se trae a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre. A través de ella, todos los hombres son salvados de la muerte, el infierno, el diablo y el tormento sin fin (2 Nefi 9:7-12).

Y a través de ella, todos los que creen y obedecen el glorioso evangelio de Dios, todos los que son verdaderos y fieles y vencen al mundo, todos los que sufren por Cristo y su palabra, todos los que son disciplinados y azotados en la causa de aquel a quien pertenecemos — todos llegarán a ser como su Creador y se sentarán con Él en su trono y reinarán con Él por siempre en gloria eterna (Apoc. 3:5, 21; 21:7).

Al hablar de estas cosas maravillosas, usaré mis propias palabras, aunque quizás piensen que son palabras de las escrituras, palabras habladas por otros apóstoles y profetas.

Es cierto que estas fueron proclamadas primero por otros, pero ahora son mías, porque el Espíritu Santo de Dios me ha dado testimonio de que son

verdaderas, y ahora es como si el Señor me las hubiera revelado en primer lugar. De este modo, he oído su voz y conozco su palabra (D&C 18:33-36).

Getsemaní—Un Lugar Sagrado

Hace dos mil años, fuera de los muros de Jerusalén, había un agradable jardín llamado Getsemaní, donde Jesús y sus íntimos amigos solían retirarse para meditar y orar.

Allí, Jesús enseñó a sus discípulos las doctrinas del reino, y todos ellos estuvieron en comunión con Él, quien es el Padre de todos nosotros, en cuyo ministerio estaban involucrados y cuya misión servían.

Este lugar sagrado, como el Edén donde Adán moraba, como el Sinaí de donde Jehová dio sus leyes, como el Calvario donde el Hijo de Dios dio su vida como rescate por muchos, esta tierra santa es donde el Hijo sin pecado del Padre Eterno asumió los pecados de todos los hombres bajo la condición del arrepentimiento (Alma 11:40-41; D&C 19:2-4, 16-20).

La Significación de la Expiación es Incomprensible

No sabemos, no podemos decir, ninguna mente mortal puede concebir, el verdadero significado de lo que Cristo hizo en Getsemaní.

Sabemos que sudó grandes gotas de sangre de cada poro (Mosías 3:7; Lucas 22:44) mientras drenaba los sedimentos de esa amarga copa que su Padre le había dado (Mateo 26:38-39).

Sabemos que sufrió, tanto cuerpo como espíritu, más de lo que un hombre es capaz de sufrir, salvo que sea hasta la muerte (D&C 19:18).

Sabemos que, de alguna manera, incomprensible para nosotros, su sufrimiento satisfizo las demandas de la justicia, rescató a las almas penitentes de los dolores y las penas del pecado, y hizo que la misericordia estuviera disponible para aquellos que creen en su santo nombre.

La Expiación, una Carga Infinita

Sabemos que él yació postrado en el suelo mientras los dolores y las agonías de una carga infinita le hicieron temblar, deseando no beber de la amarga copa (Mateo 26:39; Marcos 14:36; D&C 19:18-19).

Sabemos que un ángel vino desde los tribunales de la gloria para fortalecerlo en su prueba (Lucas 22:43), y suponemos que era el poderoso

Miguel, quien primero cayó para que el hombre pudiera ser. Por lo que podemos juzgar, estas agonías infinitas — este sufrimiento sin comparación — continuaron durante unas tres o cuatro horas. Después de esto, su cuerpo, entonces desgarrado y drenado de fuerza, se enfrentó a Judas y a los otros demonios encarnados, algunos provenientes del mismo Sanedrín; y fue llevado con una cuerda alrededor del cuello, como un criminal común, para ser juzgado por los grandes criminales que, como judíos, ocupaban el lugar de Aarón y, como romanos, ejercían el poder de César (Mateo 26:47-57; Lucas 22:47-54; Juan 18:4).

Jesús Azotado, Juzgado por los Hombres

Lo llevaron ante Anás, ante Caifás, ante Pilato, ante Herodes, y de regreso ante Pilato. Fue acusado, maldecido y golpeado (Mateo 27:29-33; Lucas 22:63-65; Marcos 15:17-20). Su saliva sucia corría por su rostro mientras los golpes viciosos debilitaban aún más su cuerpo, que ya estaba sumido en el dolor.

Con cañas de ira le llovieron golpes sobre la espalda. La sangre corría por su rostro mientras una corona de espinas perforaba su temblorosa frente.

Pero por encima de todo, fue azotado (Juan 19:1). Azotado con cuarenta latigazos menos uno, azotado con un látigo de varias lenguas en cuyos cordones de cuero se tejían huesos afilados y metales cortantes.

Muchos morían solo de los azotes, pero él se levantó del sufrimiento del azote para que pudiera morir una muerte ignominiosa sobre la cruel cruz del Calvario.

Luego llevó su propia cruz (Juan 19:17) hasta que colapsó por el peso, el dolor y la agonía creciente de todo eso.

En la Cruz del Calvario

Finalmente, en una colina llamada Calvario —de nuevo, fuera de los muros de Jerusalén— mientras los discípulos impotentes observaban y sentían las agonías de la muerte cercana en sus propios cuerpos, los soldados romanos lo colocaron sobre la cruz.

Con grandes martillos clavaron clavos de hierro en sus pies, manos y muñecas. Verdaderamente fue herido por nuestras transgresiones y aplastado por nuestras iniquidades (Isaías 53:5).

Luego, la cruz fue levantada para que todos pudieran ver, mirar, maldecir y ridiculizar. Esto lo hicieron, con veneno maligno, durante tres horas, desde las 9:00 a.m. hasta el mediodía.

Luego los cielos se oscurecieron. La oscuridad cubrió la tierra durante tres horas, como lo hizo entre los nefitas. Hubo una tormenta tremenda, como si el mismo Dios de la naturaleza estuviera en agonía (1 Nefi 19:11-12).

Y verdaderamente lo fue, porque mientras colgaba en la cruz durante otras tres horas, desde el mediodía hasta las 3:00 p.m., todas las infinitas agonías y los implacables dolores de Getsemaní volvieron a ocurrir.

Y, finalmente, cuando las agonías expiatorias habían cobrado su precio — cuando la victoria había sido ganada, cuando el Hijo de Dios había cumplido la voluntad de su Padre en todas las cosas — entonces dijo: “Consumado es” (Juan 19:30), y voluntariamente entregó su espíritu (Juan 10:11-18; Lucas 23:46).

Como la paz y el consuelo de una muerte misericordiosa lo liberaron de los dolores y las penas de la mortalidad, entró en el paraíso de Dios.

Semilla de Cristo Definida

Cuando hizo su alma una ofrenda por el pecado, estuvo preparado para ver su semilla, según la palabra mesiánica (Isaías 53:10; Mosíah 14:10).

Estos, que consisten en todos los santos profetas y fieles santos de épocas pasadas; estos, que comprenden a todos los que habían tomado sobre sí su nombre, y que, siendo espiritualmente engendrados por Él, se habían convertido en sus hijos e hijas, tal como sucede con nosotros (Mosíah 15:10-18); todos estos se reunieron en el mundo espiritual, allí para ver su rostro y oír su voz (D&C 138:11-19).

Sepultado en el Sepulcro del Jardín

Después de unas treinta y ocho o cuarenta horas — tres días como los judíos medían el tiempo — nuestro Bendito Señor llegó al sepulcro de José de Arimatea, donde su cuerpo parcialmente embalsamado había sido colocado por Nicodemo y José de Arimatea (Mateo 27:57-60; Marcos 15:42-46; Lucas 23:50-55).

La Resurrección Corona la Expiación

Luego, de una manera incomprensible para nosotros, tomó ese cuerpo que aún no había visto corrupción y se levantó en esa gloriosa inmortalidad que lo hizo semejante a su Padre resucitado. Entonces recibió todo poder en el cielo y en la tierra, obtuvo exaltación eterna, se apareció a María Magdalena y a muchos otros, y ascendió al cielo, allí para sentarse a la diestra de Dios el Padre Todopoderoso y reinar por siempre en gloria eterna.

Su resurrección de la muerte en el tercer día coronó la Expiación. Nuevamente, de alguna manera incomprensible para nosotros, los efectos de su resurrección pasan sobre todos los hombres, de modo que todos resucitarán de la tumba.

Así como Adán trajo la muerte, Cristo trajo la vida; así como Adán es el padre de la mortalidad, Cristo es el padre de la inmortalidad (1 Corintios 15:21-22).

Y sin ambos, mortalidad e inmortalidad, el hombre no puede trabajar en su salvación y ascender a esas alturas más allá de los cielos donde los dioses y los ángeles moran por siempre en gloria eterna.

Expiación—La Doctrina Central

Ahora bien, la expiación de Cristo es la doctrina más básica y fundamental del evangelio, y es la menos entendida de todas nuestras verdades reveladas.

Muchos de nosotros tenemos un conocimiento superficial y confiamos en el Señor y su bondad para ayudarnos a superar las pruebas y los peligros de la vida.

La Expiación Permite el Ejercicio de la Fe

Les invito a unirse a mí para adquirir un conocimiento firme y seguro de la Expiación.

Debemos dejar de lado las filosofías de los hombres y la sabiduría de los sabios y escuchar a ese Espíritu que se nos ha dado para guiarnos a toda verdad.

Debemos estudiar las escrituras, aceptándolas como la mente, la voluntad y la voz del Señor, y el mismo poder de Dios para salvación.

Creación, Caída, Expiación: Una Doctrina

A medida que leemos, meditamos y oramos, surgirá en nuestras mentes una visión de los tres jardines de Dios — el Jardín de Edén, el Jardín de Getsemaní, y el Jardín del Sepulcro Vacío donde Jesús se apareció a María Magdalena.

En Edén veremos todas las cosas creadas en un estado paradisíaco — sin muerte, sin procreación, sin experiencias probatorias (2 Nefi 2:22-23; Moisés 5:11).

Llegaremos a saber que tal creación, ahora desconocida para el hombre, era la única forma de proveer para la Caída.

Luego veremos a Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, descender de su estado de gloria inmortal y paradisíaca para convertirse en la primera carne mortal sobre la tierra.

La mortalidad, que incluye la procreación y la muerte, entrará en el mundo. Y debido a la transgresión, comenzará un estado probatorio de prueba y tentación.

Entonces, en Getsemaní, veremos al Hijo de Dios rescatar al hombre de la muerte temporal y espiritual que nos vino a causa de la Caída.

Y finalmente, ante un sepulcro vacío, sabremos que Cristo, nuestro Señor, rompió las ataduras de la muerte y se mantiene triunfante sobre la tumba.

Así, la Creación es la madre de la Caída; y por la Caída vino la mortalidad y la muerte; y por Cristo vino la inmortalidad y la vida eterna.

Si no hubiera habido la caída de Adán, por la cual vino la muerte, no podría haber habido la expiación de Cristo, por la cual viene la vida.

Y ahora, en cuanto a esta perfecta expiación, lograda por el derramamiento de la sangre de Dios, testifico que tuvo lugar en Getsemaní y en el Gólgota, y en cuanto a Jesucristo, testifico que Él es el Hijo del Dios viviente y fue crucificado por los pecados del mundo. Él es nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Rey. Esto lo sé por mí mismo, independientemente de cualquier otra persona.

Un Testigo Perfecto

Soy uno de sus testigos, y en un día venidero sentiré las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies y mojaré sus pies con mis lágrimas.

Pero no sabré nada mejor entonces de lo que sé ahora, que Él es el Hijo Todopoderoso de Dios, que Él es nuestro Salvador y Redentor, y que la salvación viene en y a través de su sangre expiatoria y de ninguna otra manera.

Que Dios nos conceda que todos caminemos en la luz como Dios, nuestro Padre, está en la luz, para que, de acuerdo con las promesas, la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpie de todo pecado. (Informe de la Conferencia, abril de 1985).

Parte IV

La Palabra Escrita

INTRODUCCIÓN A LA PARTE IV

Estudiamos el evangelio por los efectos santificadores que tiene en nuestras vidas; al estudiar el evangelio aprendemos los caminos de Dios y podemos discernir si nuestras vidas se ajustan o no a sus leyes. De tal estudio surge la fe.

Además, como observa el Élder McConkie, el estudio del evangelio abre la puerta para recibir revelación: a través del estudio aprendemos a pensar, hablar y actuar, por así decirlo, como los Apóstoles y profetas, quienes nos han sido dados como ejemplos (Santiago 5:10), pensaron, hablaron y actuaron. Tal aprendizaje es la gran preparación para pensar, hablar y actuar como Dios piensa, habla y actúa. Cuando aprendemos a imitar perfectamente a Dios en todas las cosas, nos exaltamos; el proceso de santificación no es más que el proceso de aprender a ser como Dios en pensamiento y conducta. Sabiendo esto, José Smith dijo: “El principio del conocimiento es el principio de la salvación” —y es un principio que solo es comprendido “por los fieles y diligentes; y todo aquel que no obtenga el conocimiento suficiente para ser salvo será condenado. El principio de salvación nos es dado a través del conocimiento de Jesucristo.” (Enseñanzas, p. 297.)

No es solo el estudio del evangelio lo que salva a un hombre, sino guardar los mandamientos. Sin embargo, como observó el Profeta José Smith, “no podemos guardar todos los mandamientos sin primero conocerlos” (Enseñanzas, p. 256) —lo que significa que debemos estudiar. Así, el conocimiento, la obediencia y el servicio son partes del mismo cuerpo, uniéndose para formar, por así decirlo, al “hombre entero en Cristo”. En resumen, estudiamos las verdades del evangelio para aprender cómo hacer un servicio más perfecto y más aceptable en el reino de nuestro Padre. Cuanto más sepamos de las verdades del evangelio, más

penetrante, más convincente y más poderoso será el testimonio que podamos dar; cuanto más entendamos las leyes del evangelio, más perfectamente seremos capaces de administrar los programas del reino y las ordenanzas de la salvación; cuanto más completamente entendamos los principios del evangelio, más perfectamente podremos aconsejar e instruir a otros — especialmente en nuestras propias familias— y así ganar las recompensas de la vida eterna. Seguramente, como dijo el Profeta José Smith, “el conocimiento salva a un hombre” (Enseñanzas, p. 357), porque aumenta nuestra capacidad para hacer todo lo que Dios requiere de nosotros.

En este contexto, el Élder McConkie explica (capítulo 13) que estudiamos el evangelio para conocer a Dios; y aunque muchos comentarios escritos sobre las escrituras son buenos y provechosos, los mejores escritos sobre Dios y las cosas de su reino son los que Él mismo escribió en las escrituras, tal como inspiró a sus profetas. Así llega el mandato divino: “Escudriñad las escrituras” (Juan 5:39). Porque, después de todo, el mejor comentario sobre las escrituras son las propias escrituras. Las mejores explicaciones interpretativas de Isaías, por ejemplo, provienen del Libro de Mormón (ver capítulo 20).

Debido a que, como parte de los procesos de selección de la mortalidad, las herejías constantemente levantan sus feas cabezas, y no infrecuentemente interrumpen el pensamiento e incluso, a veces, la conducta de los Santos, los hombres y mujeres necesitan las protecciones que un entendimiento correcto del evangelio puede brindar. Así testificó José Smith: “En el conocimiento hay poder. Dios tiene más poder que todos los demás seres, porque tiene mayor conocimiento.” (Enseñanzas, p. 288.) Así como este principio se aplica a Dios, igualmente se aplica a los hombres: ganamos ascendencia sobre los poderes del mal primero conociendo y luego viviendo las leyes de Dios — es decir, estudiando y obedeciendo. Así, el Profeta advirtió: “Nada es un mayor perjuicio para los hijos de los hombres que estar bajo la influencia de un falso espíritu cuando piensan que tienen el Espíritu de Dios” (Enseñanzas, p. 205). De manera similar, pocas cosas son tan grandes un perjuicio para los hijos de los hombres como estar bajo la influencia de un principio falso, una enseñanza falsa o un testimonio falso, pues la falsedad solo conduce a la necesidad — y a veces incluso a la pérdida de nuestras almas.

El capítulo 13 es tanto una advertencia contra las enseñanzas falsas como una instrucción sobre cómo reconocer y obtener enseñanzas verdaderas. Sin embargo, es en el capítulo 14 donde el Élder McConkie presenta este punto con más fuerza, primero con la “Parábola del Constructor Insensato” y luego de manera más explícita con su “Encontrando Respuestas a las Preguntas del Evangelio”, en la que analiza los procesos de estudio constructivo del evangelio. Todo esto establece las bases para comprender el valor y la importancia de las nuevas ediciones SUD de las escrituras santas, completadas en 1981. Estas escrituras contienen los mejores recursos de enseñanza y, por lo tanto, los mejores recursos de aprendizaje de cualquier escritura jamás compilada en la Tierra. La sección titulada “Escrituras Sagradas Publicadas de Nuevo” (capítulo 15) es importante no solo porque enseña sobre las características únicas de las ediciones SUD de las escrituras, sino también porque contiene un testimonio apostólico de la inspiración que formó parte de la producción de estas escrituras.

Al ampliar nuestra capacidad para entender las escrituras, las nuevas escrituras SUD amplían nuestra habilidad para ponernos en sintonía con el Espíritu Santo. Esto es importante, porque leer las escrituras por el poder del Espíritu Santo es, según la definición escritural, escuchar la voz del Señor. En el capítulo 16, el Élder McConkie pone énfasis en las escrituras estándar, señalando las fortalezas peculiares de cada una, y destacando cómo cada una ayuda a traer el Espíritu de Dios a la vida de sus lectores. De particular importancia son las escrituras restauradas en esta dispensación: el Libro de Mormón, que José Smith llamó “el más correcto” de todos los libros y “la piedra angular de nuestra religión”; Doctrina y Convenios, una recopilación de revelaciones dadas específicamente y de manera única para nuestro tiempo; y la Perla de Gran Precio, que enseña perfectamente que el evangelio es eterno y que se disfrutó en su plenitud mucho antes del meridiano de los tiempos.

El capítulo 17 centra la atención en las fortalezas específicas del Libro de Mormón e invita a todos los hombres de todas partes a tomar una posición con respecto a esta gran escritura americana, pues la medida de la espiritualidad de una persona se puede probar por su aceptación o rechazo del Libro de Mormón.

Así, en el capítulo 17, el Élder McConkie dramatiza el poder del Libro de Mormón: libre de la historia que plagó a la Biblia, ha llegado a nosotros en una forma más pura; escrito para un pueblo que carecía de las tradiciones,

los rituales, las sinagogas y templos, y la Iglesia establecida de Cristo, es más claro y explícito en su presentación de las verdades del evangelio que la Biblia. Además, el Libro de Mormón pone a prueba la espiritualidad de todos los que lo leen, ya que su verdad solo se puede conocer por revelación; no tiene una larga historia ni tradición religiosa asociada con ella que engañe a los hombres para que la acepten en términos intelectuales o históricos. Así, coloca el enfoque de la verdadera religión donde debe estar: en la aceptación de los profetas vivos y en la capacidad de recibir revelación personal. Al mismo tiempo, es en este capítulo donde vemos que el verdadero genio del estudio del evangelio, y la fortaleza de la posición de los Santos de los Últimos Días, radica en el Libro de Mormón y las revelaciones de esta dispensación. Las revelaciones de esta dispensación son la clave para la interpretación de la Biblia. También son la clave para una verdadera comprensión del evangelio y, por lo tanto, abren la puerta a la salvación. De hecho, el Libro de Mormón fue revelado con el propósito expreso de “probar al mundo” que la Biblia es verdadera y que Jesús es el Cristo.

Sobre esta base, el Élder McConkie dirige su atención a la Biblia, que en el pasado ha sido un libro sellado, sellado por los sellos de la ignorancia y la intelectualidad. En el capítulo 18, señala doce claves cuya aplicación levantará esos sellos de nuestro entendimiento. El capítulo 18 es importante no solo porque establece una base doctrinal para el estudio del evangelio, sino también porque proporciona un marco constante para evitar los errores que dominan el mundo sectario. Aquí vemos que la Biblia no es la palabra infalible e inerrante de Dios; no es una revelación de Dios, sino más bien la historia de las revelaciones dadas a otros. No es el banquete divino, es la historia del banquete, así como la receta para obtener el banquete. La salvación proviene de recibir revelación, no de leer acerca de las revelaciones experimentadas por otros. De hecho, enseñar la inerrancia es eliminar la necesidad de profetas vivos, revelación y, en última instancia, la necesidad de Dios, ya que la inerrancia no solo supone que la Biblia está sin error, sino que también contiene toda la verdad que necesitamos para ser salvos. Es una doctrina que lleva a los hombres a adorar la Biblia, en lugar de a Dios.

Este capítulo también está lleno de perspectivas adicionales, como el contenido de las porciones selladas del Libro de Mormón, que el propósito de la Biblia es preparar a los hombres para recibir el Libro de Mormón, que

tenemos otros escritos inspirados que deben ser estudiados junto con el canon escritural, que no todas las escrituras tienen el mismo valor, que las mismas escrituras pueden tener más de una interpretación, y que la versión King James es merecidamente nuestra traducción preferida porque está en el idioma del Libro de Mormón y Doctrina y Convenios. Esto es importante porque una conciencia de los lazos lingüísticos entre la Biblia y las escrituras modernas nos permite ver los lazos doctrinales entre todas las escrituras, que quedarían oscurecidos si confiamos en una traducción diferente de la Biblia. Además, este capítulo también muestra algunas de las implicaciones que surgen del uso de las escrituras de los últimos días para interpretar las antiguas.

En el capítulo 19, dos piezas, una sobre el libro de Isaías y la otra sobre la Revelación de Juan, ofrecen ayudas sobre cómo entender estos libros. Lo más importante, sin embargo, es que demuestran los procesos de análisis y estudio que le han dado al Élder McConkie su comprensión de estos dos libros, un proceso de años de estudio del evangelio, de acercarse al Señor en busca de entendimiento con fe y oración, de usar el Libro de Mormón y otras escrituras para interpretar pasajes difíciles y de aprender a escuchar las sugerencias del Espíritu Santo.

Pero comprender las verdades del evangelio no es suficiente. Nuestra comisión es “enseñarnos unos a otros la doctrina del reino” (D&C 88:77). Y como somos los agentes del Señor, la enseñanza del evangelio, como todas las cosas que hacemos como sus agentes, “debe hacerse de [su] propia manera” (D&C 104:16). ¿Y cuál es la manera del Señor? El Élder McConkie, apoyándose en las revelaciones, señala los principios que el Señor ha delineado: debemos predicar los principios del evangelio, tal como se encuentran en las escrituras estándar de la Iglesia, por el poder del Espíritu Santo. Estos los aplicamos a las vidas y circunstancias de nuestros oyentes, con el testimonio de que los principios específicos que hemos enseñado son verdaderos. Con este esquema, proporciona una advertencia contra la enseñanza de doctrina falsa, señala con particularidad algunas de las falsedades más comunes enseñadas en el mundo y algunas que se están filtrando en la Iglesia, y testifica que así como las doctrinas verdaderas edifican la fe y el testimonio, las doctrinas falsas destruyen la verdadera fe y testimonio.

Capítulo 13

Por qué Estudiamos el Evangelio

Estudia el Evangelio para Conocer a Dios

Jesús hizo esta invitación: “Venid a mí... Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí” (Mateo 11:28-29). También dijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).

Conocer a Dios en ese sentido pleno que nos permitirá obtener la salvación eterna significa que debemos conocer lo que él sabe, disfrutar lo que él disfruta, experimentar lo que él experimenta. En lenguaje del Nuevo Testamento, debemos “ser como él” (1 Juan 3:2).

Pero antes de que podamos llegar a ser como él, debemos obedecer aquellas leyes que nos permitirán adquirir el carácter, las perfecciones y los atributos que él posee. Y antes de poder obedecer estas leyes, debemos aprender cuáles son (Enseñanzas, pp. 255-56); debemos aprender de Cristo y obedecer su evangelio. Debemos aprender “que la salvación fue, es y será, en y por medio de la sangre expiatoria de Cristo, el Señor Omnipotente” (Mosiah 3:18). Debemos aprender que el bautismo por manos de un administrador legal es esencial para la salvación y que, después del bautismo, debemos guardar los mandamientos y “seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo una perfección en la esperanza y un amor a Dios y a todos los hombres” (2 Nefi 31:20).

Nuestra revelación dice: “La gloria de Dios es inteligencia, o, en otras palabras, luz y verdad” (D&C 93:36). José Smith enseñó que “un hombre no se salva más rápido de lo que adquiere conocimiento” de Dios y sus verdades salvadoras (Enseñanzas, p. 217) y que “es imposible que un hombre se salve en la ignorancia” de Jesucristo y las leyes de su evangelio (D&C 131:6).

Creemos en el estudio del evangelio. Pensamos que los hombres devotos en todas partes, dentro y fuera de la Iglesia, deben buscar la verdad espiritual, llegar a conocer a Dios, aprender sus leyes y esforzarse por vivir en armonía con ellas. No hay verdades más importantes que aquellas que se refieren a Dios y su evangelio, a la religión pura que él ha revelado, a los términos y condiciones mediante los cuales podemos obtener una herencia con él en su reino.

Así encontramos que la Deidad manda: “Escudriñad estos mandamientos” (D&C 1:37); “Estudia mi palabra que ha salido entre los hijos de los hombres” (D&C 11:22); “Enseñad los principios de mi evangelio, que están en la Biblia y en el Libro de Mormón, en los cuales está la plenitud del evangelio” (D&C 42:12).

Así encontramos a Jesús diciendo: “Escudriñad a los profetas” (3 Nefi 23:5); “Escudriñad las escrituras; porque... ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39); “Sí, un mandamiento os doy que escudriñéis estas cosas diligentemente” (3 Nefi 23:1).

Cristo es el gran ejemplar, el prototipo de la perfección y la salvación: “Él dijo a los hijos de los hombres: Seguidme” (2 Nefi 31:10). También: “¿Qué clase de hombres debéis ser? En verdad os digo, como yo soy” (3 Nefi 27:27). No conozco mejor manera de responder a la invitación de Jesús: “Aprended de mí” (Mateo 11:29), que estudiar las escrituras con un corazón lleno de oración.

No conozco mejor manera de seguir su consejo: “Seguidme”, que vivir en armonía con las verdades registradas en las escrituras, porque como Nefi preguntó: “¿Podemos seguir a Jesús si no estamos dispuestos a guardar los mandamientos del Padre?” (2 Nefi 31:10).

Las Escrituras Revelan a Cristo

Los profetas del Antiguo Testamento revelan las leyes de Cristo y predicen su ministerio mesiánico. Doctrina y Convenios registra su mente, voluntad y voz mientras habla a los hombres en nuestros días. El Libro de Mormón es un testimonio americano de su divinidad como Hijo de Dios, que ha salido “para la convicción del judío y del gentil de que Jesús es el Cristo, el Dios Eterno, manifestándose a todas las naciones” (página de título, Libro de Mormón). El Nuevo Testamento contiene el testimonio de los apóstoles

antiguos de que él ministró entre los hombres y estableció su reino terrenal en el meridiano del tiempo. (Informe de la Conferencia, abril de 1966.)

El Conocimiento Precede al Testimonio

Estas palabras fueron dictadas por el Espíritu Santo a un hombre inspirado en el antiguo Israel: “La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, que alumbra los ojos. El temor del Señor es limpio, que permanece para siempre; los juicios del Señor son verdad, todos justos. Más deseables son que el oro, sí, más que mucho oro afinado; y más dulces que la miel y que la que destila el panal. Además, por ellos es advertido tu siervo; y en el guardarles hay grande galardón.” (Salmo 19:7-11.)

Ahora, si me permito ser iluminado por el mismo Espíritu que reposó sobre el que escribió estas palabras, me gustaría señalar la gran y urgente necesidad, la abrumadora obligación, que recae sobre nosotros como miembros de este gran reino de los últimos días, de llegar a un conocimiento de la ley del Señor, de conocer las doctrinas del evangelio, de entender los principios, requisitos y ordenanzas que debemos cumplir para ser herederos de la salvación en el reino del Señor.

Creemos y abogamos porque cada miembro de esta Iglesia debe tener un testimonio de la divinidad de la obra; que debe saber por sí mismo, independientemente de cualquier otra persona, que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que la salvación está en él; que José Smith es el agente e instrumento a través del cual el conocimiento de la salvación ha vuelto en nuestros días; y que el manto del Profeta reposa sobre el Presidente de la Iglesia. Al obtener primero un testimonio y luego ser valientes en ese testimonio, podemos ser herederos de la salvación.

Pero ningún hombre puede tener un testimonio de esta obra hasta que comience a obtener un conocimiento del evangelio. Un testimonio se basa en el conocimiento; primero un hombre debe aprender acerca de Dios y sus leyes, y luego, al obedecer esas leyes, obtendrá un testimonio. Jesús dijo: “Mi doctrina no es mía, sino del que me envió. Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mí mismo.” (Juan 7:16-17.)

Creemos que todos los miembros de esta Iglesia deben estar completamente y plenamente convertidos, tanto que sean transformados de un estado natural y caído en Santos de Dios, cambiados a un estado en el que tienen en sus corazones deseos de justicia. Al seguir tal curso, nacen de nuevo; son renovados por el Espíritu; están en línea para la salvación eterna. Pero nadie puede alcanzar tal estado hasta que conozca las leyes que gobiernan el proceso de la conversión.

Creemos que después de unirnos a esta Iglesia, nos corresponde seguir adelante con firmeza y devoción, viviendo por cada palabra que sale de la boca de Dios, deseando la justicia, buscando su Espíritu, amándole con todo nuestro corazón, alma y fuerzas; y, sin embargo, no podemos hacer ninguna de estas cosas hasta que primero aprendamos las leyes que las rigen. En el sentido pleno del evangelio, no existe tal cosa como vivir una ley de la cual seamos ignorantes. No podemos adorar a un Dios de quien no sabemos nada, en lo que respecta a ganar la vida eterna a través de esa adoración.

Mandato de Escudriñar las Escrituras

Tenemos la obligación, la gran responsabilidad fundamental, de aprender las doctrinas de la Iglesia para que podamos servir en el reino, para que podamos llevar el mensaje de salvación a los otros hijos de nuestro Padre, y para que podamos vivir de tal manera que tengamos paz y gozo nosotros mismos, y ganemos esta esperanza de una exaltación gloriosa y vida eterna.

Se nos ha mandado hacer exactamente esto. Decimos, por ejemplo, que ningún hombre puede ser salvo en ignorancia (D&C 131:6), y nos referimos a la ignorancia de Jesucristo y las verdades salvadoras del evangelio. Decimos que los hombres no se salvan más rápido de lo que adquieren conocimiento (D&C 130:18-19), y nos referimos al conocimiento de Dios y los principios y doctrinas que él ha revelado. Decimos que la gloria de Dios es inteligencia (D&C 93:36), y queremos decir que su gloria es luz y verdad, que incluyen la luz revelada del cielo y las verdades de la salvación.

Cuando Moisés terminó su ministerio en el antiguo Israel, después de haber guiado a ese pueblo a través de todas sus pruebas en el desierto, él, siendo movido por el Espíritu, aprovechó la ocasión para resumir las leyes,

los estatutos, los juicios, las ordenanzas, las cosas que ellos, Israel, tendrían que hacer; y después de haberlo hecho, dijo lo siguiente:

“Y estas palabras que yo te mando hoy estarán sobre tu corazón; y las enseñarás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y cuando te acuestes, y cuando te levantes; y las atarás como señal en tu mano, y serán por frontales entre tus ojos. Y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.” (Deuteronomio 6:6-9.)

En otras palabras, Moisés estaba mandando que Israel centrara sus almas y corazones en estudiar, conocer y aprender las leyes del Señor para que pudieran estar en la posición y tener la capacidad de vivirlas, y así ganar la salvación y cumplir plenamente la misión asignada a ese pueblo escogido.

Los Santos Necesitan Estudio Regular

En nuestros días tenemos las escrituras estándar de la Iglesia. Tenemos la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios, y la Perla de Gran Precio. En estos cuatro libros hay un total de 1579 capítulos. Creo que no sería demasiado decir que podríamos, con propiedad, leer tres capítulos en uno u otro de estos libros todos los días, y si siguiéramos tal curso, leeríamos todos los Evangelios en menos de un mes. Leeríamos todo el Nuevo Testamento en tres meses. Leeríamos el Antiguo Testamento en diez meses, y toda la Biblia en trece meses. Leeríamos el Libro de Mormón en dos meses y dos tercios, Doctrina y Convenios en un mes y medio, y la Perla de Gran Precio en cinco días. Tomado en su conjunto, leeríamos todas las escrituras estándar en menos de dieciocho meses y estaríamos listos para comenzar de nuevo.

El Señor no nos ve de manera diferente a como veía a Israel antiguo. Nuestros corazones y almas enteras y nuestra meditación continua deben centrarse en el evangelio y las cosas del Señor, para que podamos trabajar nuestra salvación y cumplir nuestras misiones. Mediante un estudio regular y sistemático de las escrituras estándar podemos avanzar considerablemente hacia un curso que agrada al Señor y favorecerá nuestra propia progresión eterna. (Informe de la Conferencia, octubre de 1959.)

Capítulo 14

Guías para el Estudio del Evangelio

La Parábola del Constructor Insensato

Escuchad ahora la parábola del constructor insensato:

Un hombre cierto heredó un terreno excelente donde construiría una casa para refugiar a sus seres queridos de las tormentas del día y el frío de la noche.

Comenzó su trabajo con celo y habilidad, usando buenos materiales, porque la necesidad era urgente.

Pero, por su prisa, y porque no prestó atención a los principios de la construcción adecuada, no puso cimiento; comenzó inmediatamente, construyó el piso, levantó las paredes y empezó a cubrirlas con un techo.

Luego, para su tristeza, porque su casa no tenía cimiento, cayó y se convirtió en un montón de escombros, y aquellos a quienes amaba no tuvieron refugio.

De cierto, de cierto os digo: Un constructor sabio, cuando construye una casa, primero pone el cimiento y luego construye sobre él.

La Interpretación de la Parábola

Escuchad ahora la interpretación de la parábola del constructor insensato:

Un cierto oficial de la Iglesia fue llamado a edificar una casa de fe, justicia y salvación para las almas que le fueron confiadas. Sabiendo que había sido llamado por inspiración y teniendo gran celo, se apresuró a fortalecer y edificar los programas de la Iglesia sin primero poner el cimiento de la fe, el testimonio y la conversión.

Pasó su tiempo en los aspectos mecánicos, los medios, los programas y procedimientos, y en enseñar liderazgo, pero nunca puso el gran y eterno

cimiento sobre el cual deben descansar todas las cosas en la casa del Señor: el cimiento de nuestra teología y nuestra doctrina.

La Importancia del Cimiento Adecuado

Me dicen que un alto prelado católico le dijo a alguien que poseía el santo apostolado: “Hay dos cosas que ustedes, los mormones, tienen y que nosotros, como católicos, quisiéramos adoptar.”

“¿Cuáles son?” le preguntaron.

“Son el diezmo y su sistema misionero”, respondió. “Bueno, ¿por qué no los adoptan?”, fue la respuesta.

“Lo haríamos, excepto por dos razones: nuestra gente no pagaría el diezmo, y nuestra gente no iría a misiones.”

¿Cuántas veces personas bien intencionadas y sinceras en el mundo han intentado adoptar nuestros programas para los jóvenes, nuestro programa de noche en familia, nuestro sistema misionero, y demás, y sin embargo no han podido hacerlos funcionar en sus situaciones?

¿Por qué? Porque no ponen el cimiento adecuado; por inspirados que sean los programas, no pueden mantenerse por sí solos. Deben ser edificados sobre el cimiento de la fe y la doctrina.

El Cimiento sobre el que Construimos Todo Nuestro Sistema de la Iglesia

El cimiento sobre el que construimos todo nuestro sistema de la Iglesia es uno de testimonio, fe y conversión. Es nuestra teología: es la doctrina que Dios nos ha dado en este día; son los principios restaurados y revelados de la verdad eterna; estas son las cosas que nos dan la capacidad de operar nuestros programas y construir casas de salvación.

Cuatro Sugerencias para un Cimiento Adecuado

Sugiero:

1. **Aprender las doctrinas del evangelio:** meditar sobre su maravillosa importancia y significado; y orar continuamente por sabiduría y comprensión. Tener hambre y sed de justicia.

2. **Escudriñar las escrituras:** aprender las doctrinas de la salvación; atesorar la palabra del Señor. Leer las escrituras diariamente.
3. **Predicar desde las escrituras:** Siempre, siempre, siempre, sin falta, citar o parafrasear algún pasaje apropiado de las escrituras al presentar cualquier programa o procedimiento.
4. **Hacer que otros vayan y hagan lo mismo.**

Recordad, ningún hombre construye una casa que permanezca como un refugio seguro de las tormentas del mundo, a menos que primero ponga el cimiento adecuado. (Discurso, Seminario de Representantes Regionales, 3 de abril de 1981.)

Encontrar Respuestas a las Preguntas del Evangelio

Recibo una gran cantidad de cartas que hacen preguntas sobre las doctrinas, prácticas e historia de la Iglesia. Varias miles de preguntas se me presentan cada año. Recientemente recibí una sola carta que contenía 210 preguntas principales, además de numerosas preguntas menores. Responder a las preguntas en esta sola carta habría tomado varios cientos de páginas. Con frecuencia tengo una pila de cartas sin responder que mide seis u ocho pulgadas de altura. Hay veces en las que pasan semanas sin tener oportunidad de leer las cartas, y mucho menos intentar responderlas.

Las personas reflexivas se darán cuenta de que, si dedicara todas mis horas de vigilia a la investigación y el trabajo involucrado en responder las preguntas que me llegan, aún no sería capaz de responder a todas ellas. Pero —y esto es mucho más importante— si fuera capaz de realizar este servicio, aún no sería lo correcto, ni sería lo mejor para aquellos que presentan sus problemas ante mí. Permítanme, en cambio, hacer las siguientes sugerencias generales para aquellos que buscan respuestas a preguntas del evangelio:

1. Buscar luz y verdad. Todos los hombres en todas partes, dentro y fuera de la Iglesia, sin referencia a secta, partido o denominación, están obligados a buscar luz y verdad. La Luz de Cristo viene como un regalo gratuito para todos los hombres; ilumina a todo hombre que nace en el mundo (D&C 84:45-46); y aquellos que siguen sus impulsos buscan la

verdad, ganan conocimiento y comprensión, y son conducidos al evangelio y sus verdades salvadoras.

Los miembros de la Iglesia tienen una obligación adicional de entender tanto las leyes de la naturaleza como las doctrinas de la salvación (Alma 19:6; D&C 20:37; 84:47). Ellos tienen el don del Espíritu Santo, que es el derecho a la compañía constante de este miembro de la Trinidad basado en la fidelidad. El Espíritu Santo es un revelador.

Y por el poder del Espíritu Santo podéis saber la verdad de todas las cosas” (Moro. 10:5). En el sentido pleno y final, la única forma perfecta y absoluta de obtener un conocimiento seguro de cualquier verdad en cualquier campo es recibir revelación personal del Espíritu Santo de Dios. Este regalo enviado desde el cielo está reservado para aquellos que guardan los mandamientos y obtienen la compañía del Espíritu Santo. Que se recuerde que el Espíritu no morará en un tabernáculo impuro (Alma 7:21).

2. Escudriñar las escrituras Las respuestas a casi todas las preguntas doctrinales importantes se encuentran en las escrituras estándar o en los sermones y escritos del Profeta José Smith. Si no se encuentran en estas fuentes, probablemente no sean esenciales para la salvación y bien podrían estar más allá de nuestra capacidad espiritual actual para comprenderlas. Nuevas revelaciones serán dadas cuando creamos, comprendamos y vivamos en armonía con aquellas verdades que ya hemos recibido.

El camino para alcanzar un alto nivel de estudio del evangelio es primero estudiar, meditar y orar sobre el Libro de Mormón y luego seguir el mismo curso con respecto a las otras escrituras. El Libro de Mormón contiene esa porción de la palabra del Señor que él ha dado al mundo para preparar el camino para entender la Biblia y las otras revelaciones que ahora tenemos entre nosotros. Se nos ha mandado escudriñar las escrituras (Juan 5:39), todas ellas; atesorar la palabra del Señor, para que no seamos engañados (D&C 6:20; 43:34; JS—M 1:37); beber profundamente de la fuente de las escrituras santas, para que nuestra sed de conocimiento sea saciada.

Pablo dice que las escrituras son capaces de hacernos “sabios para salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Tim. 3:15). Nos conducen a la verdadera Iglesia y a los administradores legales que Dios ha designado para administrar su obra en la tierra. Es mucho mejor para nosotros

obtener nuestras respuestas de las escrituras que de lo que alguien más dice sobre ellas. Es cierto que a menudo necesitamos un intérprete inspirado para ayudarnos a entender lo que los Apóstoles y profetas han escrito para nosotros en las escrituras estándar. Pero también es cierto que muchas explicaciones dadas por muchas personas sobre el significado de pasajes escriturales son algo menos que verdaderas y edificantes.

Estamos en una posición mucho mejor si podemos beber directamente de la fuente de las escrituras sin que las aguas sean enturbiadas por otros cuyos entendimientos no son tan grandes como los de los escritores proféticos que primero redactaron los pasajes encontrados en el canon aceptado de las escrituras santas. No estoy rechazando los comentarios adecuados sobre las escrituras; conozco y aprecio su valor y he escrito volúmenes de ellos yo mismo; simplemente digo que las personas con la capacidad de hacerlo estarían mucho mejor creando sus propios comentarios. Hay algo sagrado, solemne y salvador en estudiar las escrituras por sí mismas. Debemos entrenarnos en esta dirección.

3. Las doctrinas verdaderas están en armonía con las escrituras estándar.

Las escrituras estándar son escrituras. Son vinculantes para nosotros. Son la mente, la voluntad y la voz del Señor. Él nunca ha, no está ahora, ni nunca revelará algo que sea contrario a lo que está en ellas. Ninguna persona, hablando por el espíritu de inspiración, enseñará jamás una doctrina que esté fuera de armonía con las verdades que Dios ya ha revelado.

Estas palabras del presidente Joseph Fielding Smith deberían guiarnos a todos en nuestro estudio del evangelio: “No importa lo que se haya escrito ni lo que alguien haya dicho, si lo que se ha dicho entra en conflicto con lo que el Señor ha revelado, podemos dejarlo a un lado. Mis palabras, y las enseñanzas de cualquier otro miembro de la Iglesia, alto o bajo, si no están de acuerdo con las revelaciones, no necesitamos aceptarlas. Tengamos esto claro. Hemos aceptado los cuatro libros estándar como las reglas de medida, o balanzas, por las cuales medimos la doctrina de cada hombre.

“No pueden aceptar los libros escritos por las autoridades de la Iglesia como estándares de doctrina, solo en la medida en que estén de acuerdo con la palabra revelada en las escrituras estándar.

“Cada hombre que escribe es responsable, no la Iglesia, por lo que escribe. Si Joseph Fielding Smith escribe algo que está fuera de armonía con las revelaciones, entonces cada miembro de la Iglesia tiene el deber de rechazarlo. Si escribe algo que está en perfecta armonía con la palabra revelada del Señor, entonces debe ser aceptado.” (Joseph Fielding Smith, *Doctrinas de la Salvación*, 3 vols. [Salt Lake City: Bookcraft, 1954-56], pp. 203-204; también citado en *Mormon Doctrine*, p. 609.)

4. Buscar Armonizar las Escrituras y los Enunciados Proféticos. Toda verdad, en cualquier campo, en toda la tierra y en toda la eternidad, está en completa y total armonía con toda otra verdad. La verdad siempre está en armonía consigo misma. La palabra del Señor es verdad, y ninguna escritura se contradice con otra, ni ninguna declaración inspirada de ninguna persona está en desacuerdo con una declaración inspirada de cualquier otra persona. Pablo y Santiago no tenían puntos de vista diferentes sobre la fe y las obras, y todo lo que Alma dijo sobre la Resurrección está en consonancia con la sección 76 de Doctrina y Convenios. Cuando encontramos aparentes conflictos, significa que aún no hemos captado completamente la visión de los puntos involucrados.

El Señor espera que busquemos la armonía y el acuerdo en las escrituras y entre los Hermanos, en lugar de buscar las aparentes divergencias de puntos de vista. Aquellos que tienen fe y entendimiento siempre buscan armonizar en un todo perfecto todas las declaraciones de las escrituras y todos los pronunciamientos de los Hermanos. El complejo desafortunado en algunos círculos de saltar sobre esta o aquella información y concluir que está en desacuerdo con lo que alguien más ha dicho no es de Dios. A lo largo de los años, he recibido miles de cartas que dicen: “Fulano dijo una cosa, pero Mengano dijo lo contrario, ¿quién tiene razón?” Mi experiencia es que en la mayoría de los casos—no, en casi todos los casos—las aparentes divergencias pueden armonizarse, y cuando no se pueden, no importa de todos modos. El Espíritu del Señor conduce a la armonía, unidad, acuerdo y unidad. El espíritu del diablo promueve la división, el debate, la contención y la desunión (3 Nefi 11:29).

5. ¿Son todas las declaraciones proféticas verdaderas?. ¡Por supuesto que lo son! De eso trata el sistema de enseñanza del Señor. Cualquier cosa que sus siervos digan cuando son movidos por el Espíritu Santo es escritura, y

su mandato a sus ministros es: “El Espíritu os será dado por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñéis” (D&C 42:14).

Pero no todas las palabras que un hombre que es profeta diga son una declaración profética. José Smith enseñó que un profeta no es siempre un profeta, solo cuando actúa como tal (Enseñanzas, p. 278). Los hombres que llevan el manto profético siguen siendo hombres; tienen sus propios puntos de vista; y su comprensión de las verdades del evangelio depende del estudio y la inspiración que tienen.

Algunos profetas—lo digo respetuosamente—saben más y tienen mayor inspiración que otros. Así que, si Brigham Young, quien fue uno de los más grandes de los profetas, dijo algo sobre Adán que está en desacuerdo con lo que está en el libro de Moisés y en la sección 78, es la escritura la que prevalece. Esta es una de las razones por las que llamamos a nuestras escrituras los libros estándar. Son los estándares de juicio y la vara de medir contra la cual todas las doctrinas y puntos de vista son sopesados, y no importa en absoluto de quién sean los puntos de vista involucrados. Las escrituras siempre tienen prioridad.

6. Dejad los misterios y evitad las aficiones del evangelio. No comprendemos todo y, en nuestro estado actual de progresión espiritual, no podemos comprender todo. No tenemos la porción sellada del Libro de Mormón porque no estamos preparados para entender y vivir las verdades que allí se encuentran. Algunas cosas en las escrituras están ocultas a la vista completa en parábolas, semejanzas e imágenes (Mateo 13:10-13; Juan 16:25; Alma 12:9-11). Estamos obligados a entender las doctrinas básicas que conducen a la vida eterna; más allá de esto, cuánto sabemos sobre los misterios depende del grado de nuestra iluminación espiritual. No es prudente nadar demasiado lejos en aguas que nos cubren la cabeza. (Mosiah 4:27; D&C 10:4.) Mi experiencia es que las personas que se enredan en contenciones infructuosas sobre los significados de pasajes profundos y ocultos de las escrituras son generalmente aquellas que no tienen una comprensión sólida y básica de las simples y fundamentales verdades de la salvación.

También es mi experiencia que las personas que se centran en “hobbies del evangelio”, que tratan de calificarse a sí mismas como expertas en algún campo especializado, que intentan hacer que todo el plan de

salvación gire en torno a un tema de interés particular para ellas, suelen ser espiritualmente inmaduras e inestables. Esto incluye a aquellos que se dedican —como si fuera por nombramiento divino— a exponer las señales de los tiempos; o a exponer sobre la Segunda Venida; o a una interpretación pasajera de la Palabra de Sabiduría; o a hacer énfasis distorsionado en el trabajo en el templo o en cualquier otra doctrina o práctica. Los judíos en el tiempo de Jesús se convirtieron en “hobbistas” y extremistas en el campo de la observancia del sábado, y eso coloreó y oscureció toda su forma de adoración. Sería prudente que tuviéramos un enfoque sano, equilibrado y equilibrado del evangelio entero y todas sus doctrinas.

7. No preocupéis demasiado por los asuntos poco importantes. Hay tanto que aprender sobre las grandes verdades eternas que moldean nuestro destino que parece una pena centrar nuestra atención eternamente en los detalles y cosas insignificantes. Con frecuencia se hacen preguntas como esta: “Sé que no es esencial para mi salvación, pero realmente me gustaría saber cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler y si importa si el alfiler está hecho de bronce o de latón?” Existe tal cosa como quedar tan atrapado en pequeños detalles sobre el gran lienzo que representa todo el plan de salvación que perdemos de vista de qué se trata la vida, la luz y la gloria de la recompensa eterna. (Ver, por ejemplo, Mateo 23:23-25.) Existe tal cosa como el conocimiento prácticamente inútil, cuya adquisición no marcará ni un iota de diferencia en el destino del reino o la salvación de sus súbditos.

8. Abstenerse de emitir juicio sobre preguntas difíciles. Para aquellos con plena visión y comprensión completa, no existen preguntas difíciles. Después de que un misterio se haya resuelto, ya no es un misterio. Pero hay algunas preguntas que parecen invitar a incursiones intelectuales en áreas desconocidas, o que parecen atrapar, en una contienda interminable, a aquellos que son algo menos que espiritualmente alfabetizados.

Si no puedes creer todas las doctrinas del evangelio, abstente de emitir juicio sobre las áreas en cuestión. No te comprometas con una posición que sea contraria a la que defienden los profetas y apóstoles que presiden sobre el reino. Estudia, ora, trabaja en la Iglesia y espera más luz y conocimiento.

Si te inquieta lo que se llama la evolución, y no has aprendido que Adán fue tanto el primer hombre como la primera carne mortal (Moisés 3:7), y que no hubo muerte de ninguna forma de vida hasta después de la Caída (2 Nefi 2:22), abstente de emitir juicio y no tomes una posición contra las escrituras.

Si supones que Dios está progresando y ganando más conocimiento y verdad, y que no es realmente omnipotente, omnisciente y omnipresente como José Smith enseñó, abstente de emitir juicio. Mantente en silencio. No te encierres en una posición contraria a la palabra revelada.

Si piensas que habrá progreso de un reino de gloria a otro después de la resurrección; o que las personas que rechazan el evangelio en esta vida tendrán una segunda oportunidad para ganar la salvación en el mundo venidero; o que las parejas que se casan en el templo pueden cometer todo tipo de pecado y aún así obtener la salvación; o cualquiera de las muchas herejías comunes del momento, abstente de emitir juicio. No te comprometas a defender una causa falsa. Estudia otra cosa y espera el día en que estarás preparado para más luz sobre el asunto que te preocupa.

9. Ignorar, si puedes, la interminable cantidad de literatura anti-mormona y evitar los cultos como si fuera una plaga. La conversión no nace de la contención. El que tiene el espíritu de contención no es de Dios (Prov. 18:6; Rom. 2:7-8; 1 Cor. 11:16; Santiago 3:16; 3 Nefi 11:29; D&C 10:63). Nuestra comisión divina es declarar las buenas nuevas al mundo, no pelear con otros sobre el significado de los textos. Por supuesto, existen respuestas a todas las falsas afirmaciones de aquellos que se presentan contra nosotros; no creo que el diablo haya tenido una idea nueva en cien años, pero la conversión no se encuentra en los antros del debate. Viene más bien a aquellos que leen el Libro de Mormón de la manera en que Moroni aconsejó. La mayoría de los miembros de la Iglesia estarían mejor si simplemente ignoraran las reclamaciones falaces de los anti-mormones profesionales.

Si las falsas afirmaciones sobre la salvación solo por gracia, o lo que sea que proclamen las literaturas anti-mormonas, te preocupan, busca las respuestas. Están en las escrituras. Cualquiera que no pueda aprender de la Biblia que la salvación no viene simplemente confesando al Señor con

los labios, sin tener en cuenta todos los demás términos y condiciones del verdadero plan de salvación, no merece ser salvado.

Y en cuanto a los cultos—son la puerta al infierno. Los miembros de la Iglesia que apoyan la práctica cultista del matrimonio plural, por ejemplo, son adúlteros, y los adúlteros están condenados. El enfoque común de aquellos que hacen propaganda sobre esta práctica es enfrentar los dichos de los profetas muertos contra los de los profetas vivientes. Cualquiera que siga a un profeta muerto en lugar de a un profeta viviente lo seguirá a la muerte en lugar de a la vida. De nuevo, existen respuestas para todas las vistas falaces de los cultistas, y aquellos que están contaminados por falsas y desesperadas falacias mejor encontrarán la verdad a riesgo de su salvación. Es un camino de seguridad y sabiduría nunca involucrarse en estos asuntos desde el principio.

10. No hay doctrinas privadas. Todas las doctrinas y prácticas de la Iglesia se enseñan públicamente. No hay doctrinas secretas, no hay prácticas privadas, no hay cursos de conducta aprobados solo para unos pocos (Isaías 45:19; 48:16; 2 Nefi 20:16; D&C 1:34). Las bendiciones del evangelio son para todos los hombres. No te dejes engañar creyendo que las Autoridades Generales creen en doctrinas secretas o tienen formas privadas de vivir. Todo lo que se enseña y se practica en la Iglesia está abierto a la inspección pública, o, al menos, en lo que respecta a las ordenanzas del templo, a la inspección y el conocimiento de todos aquellos que se califiquen por su rectitud personal para entrar en la casa del Señor.

11. Mantén una mente abierta. Las doctrinas son del Señor. Él las estableció; Él las revela; Él espera que las aceptemos. A menudo, aquellos que hacen preguntas están más interesados en mantener una posición preelegida que en aprender cuáles son los hechos. Nuestra preocupación debe ser encontrar y aferrarnos a la verdad. No debería importarnos cuál es la doctrina, solo que lleguemos a conocerla. El apoyo y la defensa de una doctrina falsa no la hará verdadera. Nuestra preocupación debe ser llegar al conocimiento de la verdad, no probar un punto al que tal vez nos hayamos comprometido imprudentemente.

12. La responsabilidad de estudiar es personal. Ahora, lleguemos a la conclusión de todo este asunto, una conclusión que tendrá una

importancia significativa para nuestra salvación eterna. Es que cada persona debe aprender las doctrinas del evangelio por sí misma. Nadie más puede hacerlo por ella. Cada persona está sola en lo que respecta al estudio del evangelio: cada uno tiene acceso a las mismas escrituras y tiene derecho a la guía del mismo Espíritu Santo: cada uno debe pagar el precio establecido por la providencia divina si quiere obtener la perla de gran precio.

El mismo principio gobierna tanto el aprender la verdad como vivir en armonía con sus estándares. Nadie puede arrepentirse por otro; nadie puede guardar los mandamientos en lugar de otro; nadie puede ser salvado en el nombre de otro. Y nadie puede ganar un testimonio o avanzar en la luz y la verdad hacia la gloria eterna por nadie más que por sí mismo. Tanto el conocimiento de la verdad como las bendiciones que vienen a aquellos que se conforman a los principios verdaderos son asuntos personales. Y así como un Dios justo ofrece la misma salvación a cada alma que vive las mismas leyes, así ofrece el mismo entendimiento de sus verdades eternas a todos los que paguen el precio del buscador de la verdad.

El Sistema de la Iglesia para Adquirir Conocimiento del Evangelio es el siguiente:

(a) La responsabilidad recae sobre cada persona para adquirir conocimiento de la verdad mediante sus propios esfuerzos.

(b) A continuación, las familias deben enseñar a los miembros de su propia familia. A los padres se les manda que críen a sus hijos en luz y verdad. El hogar debe ser el centro principal de enseñanza en la vida de un Santo de los Últimos Días.

(c) Para ayudar a las familias e individuos, la Iglesia, como agencia de servicio, proporciona muchas oportunidades para enseñar y aprender. Se nos manda “enseñarnos unos a otros la doctrina del reino” (D&C 88:77). Esto se lleva a cabo en las reuniones sacramentales, en las conferencias y otras reuniones, por los maestros de hogar, en las clases del sacerdocio y auxiliares, a través de seminarios e institutos, y a través del Sistema Educativo de la Iglesia. Las oportunidades para aprender son ilimitadas. Las preguntas apropiadas pueden ser discutidas en cualquiera de las clases y escuelas proporcionadas para tales propósitos.

Una última palabra parece apropiada. Hay pocas alegrías en la vida que se comparen con la alegría de llegar a un conocimiento de la verdad. ¡Cuánto se regocijan las personas fieles en los testimonios que son suyos! ¡Y qué espíritu de exaltación y paz entra en el corazón de un estudiante del evangelio cada vez que una nueva verdad se manifiesta ante él! ¡Cada vez que sus puntos de vista se expanden para captar la plena visión de algún pasaje profético! ¡Cada vez que su alma tanto aprende como siente la importancia de lo que las revelaciones dicen sobre algún gran principio!

Las expresiones anteriores se hacen en un intento de ser útiles; de alentar el estudio del evangelio; y de guiar a los buscadores de la verdad en un curso sabio y adecuado.

Es mi oración que todos nosotros podamos aprender y vivir el evangelio y obtener una herencia eventual en el reino eterno de aquel cuya voluntad servimos. (De una carta abierta dirigida a “Buscadores de la Verdad Honestos,” 1 de julio de 1980).

Capítulo 15

Escritura Sagrada Publicada de Nuevo

Estamos más que agradecidos por la excelencia de nuestras nuevas ediciones de las escrituras.

Sentimos que las tres cosas que han sucedido en nuestra vida y que harán más por la difusión del evangelio, por la perfección de los santos y por la salvación de los hombres son:

1. La recepción de la revelación que hace que el sacerdocio y las bendiciones del templo estén disponibles para todos los hombres, sin distinción de raza o ascendencia;
2. La organización del Primer Quórum de los Setenta como el tercer gran consejo de la Iglesia; y
3. La publicación de las obras estándar en su nuevo formato y con los nuevos recursos educativos que las acompañan.

Sin embargo, nos sentimos algo tristes de que la mayoría de los santos aún no hayan comprendido la visión de lo que contienen nuestras nuevas publicaciones escriturísticas y no las estén usando como deberían.

Espero y oro para que todos nosotros tengamos la madurez espiritual y podamos sintonizar nuestras almas con el Espíritu, para comprender y actuar sobre las cosas que diré respecto a las escrituras sagradas.

El Evangelio—No los Programas—Salva

Nuestra tendencia—es una práctica casi universal entre la mayoría de los miembros de la Iglesia—es involucrarnos tanto con la operación de la Iglesia institucional que nunca llegamos a tener la fe de los antiguos, simplemente porque no nos involucramos en los asuntos básicos del evangelio que eran el centro de sus vidas.

Estamos tan absorbidos en programas y estadísticas, en tendencias, propiedades, tierras y mamón, y en alcanzar metas que destacarán la excelencia de nuestro trabajo, que “hemos omitido las cosas más importantes de la ley”. Y como Jesús habría dicho: “Estas (cosas más importantes) debierais haber hecho, y no dejar lo otro sin hacer” (Mat. 23:23).

Recordemos las grandes verdades básicas sobre las cuales descansan todos los programas de la Iglesia y toda la organización de la Iglesia.

No nos salva la Iglesia en sus programas como tales, ni las organizaciones de la Iglesia por sí solas, ni siquiera la Iglesia misma. Es el evangelio el que salva. El evangelio es “el poder de Dios para salvación” (Rom. 1:16).

La salvación llega porque “Jesucristo”, como dijo Pablo, “ha abolido la muerte, y ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio” (2 Tim. 1:10). Es el evangelio el que resucita a los hombres “en inmortalidad” y “para vida eterna” (D&C 29:43). El evangelio es el plan de salvación mediante el cual podemos transformar las almas que poseemos en el tipo de almas que pueden ir donde están Dios y Cristo.

La Iglesia Administra el Evangelio

Pero la Iglesia y el sacerdocio administran el evangelio. Debe haber una Iglesia institucional para que haya orden y sistema en todas las cosas. No hay ni puede haber salvación sin la Iglesia. La Iglesia es la agencia de servicio, la organización, el reino terrenal que hace disponible la salvación para los hombres.

Pablo nos dice que el evangelio llega a los hombres de dos maneras: por palabra y por poder (1 Tes. 1:5). La palabra del evangelio está escrita en las escrituras; el poder del evangelio está escrito en las vidas de aquellos que reciben y disfrutan del don del Espíritu Santo.

Antes de que podamos escribir el evangelio en nuestro propio libro de vida, debemos aprender el evangelio tal como está escrito en los libros de las escrituras. La Biblia, el Libro de Mormón y Doctrina y Convenios—cada uno de ellos individualmente y todos ellos colectivamente—contienen la plenitud del evangelio eterno (ver, por ejemplo, D&C 20:8-9). Contienen las palabras de vida eterna que conducen a la gloria inmortal.

Mandados a Estudiar

¿Es de extrañar, entonces, que se nos haya mandado a estudiar las escrituras (Juan 5:39) y particularmente los mandamientos que nos han llegado por revelación en nuestros días (D&C 1:37-39)?

¿Es de extrañar que se nos aconseje atesorar la palabra del Señor (D&C 6:20; 43:34; JS—M 1:37) y meditar en nuestros corazones cómo ha sido tan misericordioso desde la creación de Adán hasta el presente (Moro. 10:3)?

¿Debería sorprendernos leer que el Señor mandó a José Smith y a todos los ancianos, y a todos los santos—una y otra vez—que debían exponer todas las escrituras a la Iglesia y al mundo (D&C 20:42, 46, 50; 68:1)?

¿Pueden los hombres ser salvos sin conocimiento de lo que Dios ha revelado tanto en la antigüedad como en nuestros días?

El estudio del evangelio, el conocimiento del evangelio y el erudito del evangelio son profundamente personales. Cada persona debe aprender las doctrinas de la salvación por sí misma y a su manera.

Mi esposa y yo leíamos en voz alta el uno al otro todos los días durante años, hasta que habíamos pasado varias veces por todas las obras estándar.

Permítanme sugerir, basándome en la experiencia personal, que la fe viene y las revelaciones se reciben como un resultado directo del estudio de las escrituras.

Pablo dice: “La fe viene por el oír” la palabra de Dios (Rom. 10:17). José Smith enseñó que para ganar fe, los hombres deben tener un conocimiento de la naturaleza y el tipo de ser que Dios es; deben tener una idea correcta de su carácter, perfecciones y atributos; y deben vivir de tal manera que obtengan la seguridad de que su conducta está en armonía con la voluntad divina.

El Estudio de las Escrituras Crea Fe

La fe nace, por lo tanto, del estudio de las escrituras. Aquellos que estudian, meditan y oran sobre las escrituras, buscando entender sus significados profundos y ocultos, reciben de vez en cuando grandes derramamientos de luz y conocimiento del Espíritu Santo. Esto es lo que le

sucedió a José Smith y Sidney Rigdon cuando recibieron la visión de los grados de gloria (D&C 76, superscripción).

Por muy talentosos que los hombres puedan ser en asuntos administrativos; por muy elocuentes que sean al expresar sus puntos de vista; por muy eruditos que sean en cosas del mundo, se les negarán los susurros dulces del Espíritu que podrían haber sido suyos, a menos que paguen el precio de estudiar, meditar y orar sobre las escrituras.

Importancia de las Nuevas Escrituras SUD

Todo esto nos lleva a las nuevas ediciones de las escrituras sagradas que la Iglesia acaba de publicar.

Nunca desde el día de José Smith; nunca desde la traducción del Libro de Mormón; nunca desde la recepción de las revelaciones en Doctrina y Convenios y los escritos inspirados en la Perla de Gran Precio—nunca ha existido una oportunidad tan grande para aumentar la erudición del evangelio como la que ahora se nos presenta.

Esta oportunidad surge por dos razones: Una es la nueva ayuda para la enseñanza que se ha incluido en cada una de las obras estándar. La otra es la necesidad imperiosa, debido a cambios textuales y otros, de que todos los miembros de la Iglesia releen y marquen de nuevo para su referencia todos nuestros cuatro volúmenes de escritura tal como están ahora constituidos y en su nuevo formato.

Características Únicas de las Nuevas Escrituras

Por primera vez, se han incluido encabezados de capítulo para la Biblia y la Perla de Gran Precio. Estos resumen el contenido de los capítulos y presentan una visión correcta de la palabra profética. La vara de José mencionada en Ezequiel 37, por ejemplo, se identifica por su nombre como el Libro de Mormón.

Existen nuevos y significativamente mejorados encabezados de sección y capítulo para Doctrina y Convenios y el Libro de Mormón. Se han realizado numerosas correcciones históricas en los encabezados de Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio.

En la parte superior de cada página de los cuatro libros estándar, hay encabezados que nombran tanto el libro como los capítulos y versículos.

Se ha incluido una Guía Temática y un Concordancia de seiscientas páginas con referencias a todas las obras estándar y también un Diccionario Bíblico de doscientas páginas preparado desde una perspectiva SUD.

Hay 24 páginas de mapas a color en la Biblia, 4 páginas de mapas en Doctrina y Convenios y un índice de 416 páginas para la Triple Combinación. Este índice es en efecto una concordancia.

Se ha diseñado un nuevo sistema de notas al pie por capítulos y versículos con las referencias cruzadas que apuntan a todas las obras estándar. También dirige al estudiante a los encabezados apropiados en la Guía Temática, muestra el significado de palabras en hebreo y otros idiomas, y registra los cambios realizados por inspiración y encontrados en la Traducción de José Smith de la Biblia.

Los cambios demasiado extensos para ser incluidos en las notas al pie se encuentran en un suplemento de diecisiete páginas. Como todo estudiante sabe, estos cambios inspirados realizados por el Profeta arrojan una maravillosa luz sobre una multitud de doctrinas y son una de las grandes evidencias de su llamamiento divino.

También hay numerosos cambios textuales importantes en el Libro de Mormón y la Perla de Gran Precio. Todos estos remiten a los manuscritos originales o a las correcciones hechas por el Profeta. Se han agregado dos nuevas secciones y una segunda declaración oficial en Doctrina y Convenios.

Sin lugar a dudas, nuestras escrituras modernas están ahora en una forma más perfectamente correcta que nunca lo han estado desde el principio.

Tenemos muchas cosas que hacer para trabajar nuestra salvación y tener éxito en nuestros ministerios. Nefi da este resumen: “Debéis avanzar con firmeza en Cristo, teniendo una esperanza perfecta y luminosa, y un amor a Dios y a todos los hombres.”

Luego da esta promesa: “Si avanzáis, alimentándoos de la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis vida eterna” (2 Nefi 31:20; énfasis añadido).

Alimentándonos de la palabra de Cristo. ¡Qué banquete de comida escogida se nos ha preparado en las escrituras sagradas! Alimentándonos

de la palabra de Cristo. ¡Cuánto debemos participar del buen pan de Dios, y alimentarnos del pan del cielo que, si los hombres lo comen, nunca más tendrán hambre (Juan 6:35, 51)!

Un Patrón para el Estudio del Evangelio

Permítanme sugerirles, a ustedes y a sus familias y a todos aquellos con quienes laboran en el reino, lo siguiente:

1. Estudien las escrituras diariamente. Beben directamente de las escrituras sagradas. Aprendan la palabra tal como está en las escrituras.
2. Marquen un nuevo conjunto de las obras estándar. Aprendan a usar las notas al pie y los recursos educativos en nuestras nuevas ediciones de las escrituras. Presten especial atención a los cambios inspirados realizados por el Profeta José Smith en la Biblia. Asegúrense de que cualquier cita que hagan incluya los nuevos cambios textuales.
3. Apliquen lo que aprendan a sus vidas y a sus asignaciones administrativas en la Iglesia. Actúen y vivan como las escrituras lo ordenan.
4. Usen las escrituras en todos sus sermones y enseñanzas. Confíen en las escrituras. Citen las escrituras. Crean en las escrituras. Elijan sus ilustraciones de ellas.
5. Mediten en la palabra revelada en sus corazones. Oren sobre sus significados profundos y ocultos. Dejen que las cosas de la eternidad sean su meditación constante.
6. Expongan las escrituras. Expliquen sus significados. Dejen que otros sepan lo que ustedes saben. Levanten su voz en testimonio.
7. Hagan que otros vayan y hagan lo mismo respecto a todas estas cosas.

Cada presidente de estaca y cada obispo debe recibir el consejo que ahora estoy dando. Y de ellos, debe llegar hasta el final de la fila.

Recuerden: “La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo. Los estatutos

del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, que alumbra los ojos. El temor del Señor es limpio, que permanece para siempre; los juicios del Señor son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, sí, más que mucho oro afinado; y más dulces que la miel y que la que destila del panal. Además, por ellos es advertido tu siervo: y en guardarlos hay gran recompensa.” (Sal. 19:7-11).

El Señor Dirigió y Guió el Trabajo en las Nuevas Ediciones de las Escrituras

Siento muy profundamente, y me he regocijado individualmente, en el testimonio que se ha dado sobre la productividad, el espíritu, la maravilla y la gloria que ha acompañado este proyecto de casi diez años [es decir, el trabajo de emitir las nuevas escrituras SUD] que involucra todas las obras estándar de la Iglesia. No tengo palabras para expresar cuán profundamente lo siento ni cuán seguro estoy de que el trabajo que se ha realizado beneficiará a los miembros de la Iglesia y a las multitudes de personas que aún escucharán el mensaje de la Restauración. Estos hermanos—Robert Matthews, Ellis Rasmussen, Robert Patch, James Mortimer—han sido literalmente levantados por el Señor en este tiempo y estación para hacer el trabajo técnico y difícil que se ha requerido. La mano del Señor ha estado en ello.

Involucrados en los Negocios de Nuestro Padre

Nuestro trabajo como portadores del sacerdocio de Dios es único. Hay mucho que podemos hacer que nadie más puede hacer. Usando la expresión de Jesús, estamos involucrados en los negocios de nuestro Padre (ver Lucas 2:46-52). Es el mismo negocio en el que él mismo trabaja a tiempo completo. Su trabajo es “hacer que se logren la inmortalidad y la vida eterna de los hombres” (Moisés 1:39). Nosotros estamos en el negocio de salvar almas. Él nos ha mandado a predicar su evangelio, y también a enviarlo por las manos de otros (D&C 42:6; 43:15; 49:11–14; 133:8, 38). La salvación está disponible para todos los que creen y obedecen. Pablo dijo que “agradó a Dios salvar a los que creen por la necesidad de la predicación” (1 Cor. 1:21).

Tenemos las llaves de la salvación. Está en nuestro poder abrir la puerta de la salvación a todos los demás hijos de nuestro Padre, y lo hacemos proclamando el evangelio de salvación nosotros mismos, y organizando para que otros vayan y hagan lo mismo.

Tres Herramientas del Ministerio

El Señor nos ha dado ciertas herramientas para hacer este trabajo. Después de todo, es su negocio y él sabe lo que quiere que se haga y cómo quiere que lo hagamos. Si usamos las herramientas que él provee depende de nosotros. En la medida en que usemos sus herramientas de la manera y forma en que él espera, tendremos éxito en el trabajo. En la medida en que usemos otras herramientas, o trabajemos de manera perezosa o indiferente con sus herramientas, fracasaremos. Ahora bien, las principales herramientas del Señor—herramientas que debemos usar si trabajamos en su negocio, herramientas que, si las usamos correctamente, resultarán en la salvación de preciosas almas—son tres.

Nuestra primera herramienta es el poder, la autoridad y la majestad del santo sacerdocio, sin el cual no podríamos predicar el evangelio ni salvar ni una sola alma. Es el sacerdocio el que administra el evangelio, y el evangelio es el plan de salvación.

Nuestra segunda herramienta son las revelaciones del cielo, tal como están registradas en las santas escrituras, sin las cuales no tendríamos material fuente, ni estándares de referencia, ni relatos aprobados por Dios sobre lo que deberíamos decir al predicar el evangelio. Son las obras estándar de la Iglesia las que trazan nuestro rumbo y presentan las doctrinas que debemos predicar para salvar almas.

Nuestra tercera herramienta es el don, la guía y el poder del Espíritu Santo, sin el cual nunca existirían los fuegos del testimonio ni el poder purificador que santifica el alma humana. La conversión llega cuando hablamos, y cuando un buscador de la verdad sintonizado escucha, por el poder del Espíritu Santo.

Escuchen ahora la voz del Señor mientras habla a todos los que poseen su santo sacerdocio. El tiempo es febrero de 1831. Así dice el Señor: “Los principios de mi evangelio, que están en la Biblia y en el Libro de Mormón... estos serán sus enseñanzas, como serán dirigidos por el Espíritu... hasta que se dé la plenitud de mis escrituras” (D&C 42:12-13, 15).

Desde ese día, el Libro de Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio se han añadido a ese canon santo de escrituras reveladas, el cual algún día será nuestro y se conocerá como “la plenitud de mis escrituras”.

Escuchen también esta palabra del Señor, dada a todos los que son llamados al ministerio. Al predicar la palabra, deben decir “ninguna otra cosa que aquello que los profetas y apóstoles han escrito” (es decir, en las obras estándar) “y aquello que se les enseñe por el Consolador a través de la oración de fe” (D&C 52:9; ver también v. 36). Nuestra comisión divina es enseñar los principios del evangelio tal como se encuentran en las obras estándar, por el poder del Espíritu Santo. Nuestra comisión—y no hay ninguna mayor—trata con las doctrinas del evangelio, con las obras estándar de la Iglesia, y con el Espíritu Santo de Dios.

El Evangelio Predicado y Administrado por Revelación

Si hay algo que necesitamos por encima de todas las cosas para tener éxito en el trabajo, para llevar a cabo con éxito los negocios de nuestro Padre, para salvar las almas que él nos ha confiado, si hay algo que necesitamos, es revelación—es la guía del Espíritu Santo, es aprender la mente y la voluntad del Señor en todas las cosas que es conveniente para nosotros entender.

El Estudio de las Escrituras Lleva a la Revelación

Como todos sabemos, la revelación viene del Revelador; él es el Espíritu Santo, y no morará en un tabernáculo impuro. Por lo tanto, nos esforzamos eternamente por guardar los mandamientos para que podamos estar en sintonía con el Señor y siempre tener su Espíritu con nosotros. Pero a veces pienso que uno de los secretos mejor guardados del reino es que las escrituras abren la puerta para recibir revelación. Aquellos que, en el espíritu de fe, leen, meditan y oran sobre el Libro de Mormón, llegan a saber por el poder del Espíritu Santo que el antiguo registro de los nefitas es verdadero. También aprenden, al mismo tiempo por el poder del mismo Espíritu, que Jesús es el Señor, que José Smith es un profeta y que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el reino de Dios en la tierra.

Espero que todos aquellos llamados a enseñar y predicar el evangelio hayan tenido la misma experiencia que yo he tenido en muchas ocasiones.

En el espíritu de oración, mientras leía y meditaba sobre la palabra santa, nuevas perspectivas, conceptos añadidos, verdades antes desconocidas, de repente han surgido en mí. Doctrinas que eran tenues, ocultas y poco conocidas, han sido mostradas instantáneamente con una claridad maravillosa y en una belleza asombrosa. Esto es exactamente lo que le sucedió al presidente José F. Smith cuando recibió la visión de la redención de los muertos (D&C 138:1-11).

Espero que nuestros maestros del evangelio y líderes del sacerdocio en toda la Iglesia tengan la experiencia, mientras predicán sobre pasajes escriturales, de recibir una repentina oleada de ideas que les dé una comprensión mucho mayor de la doctrina que enseñan. Todos tenemos derecho a este espíritu de profecía y revelación.

Algunos son sostenidos como profetas, videntes y reveladores para la Iglesia. Otros lo serán a su debido tiempo. Pero todos nosotros tenemos derecho al espíritu de profecía y revelación en nuestras vidas, tanto para nuestros asuntos personales como en nuestro ministerio. El estudio y la meditación orante de las santas escrituras harán tanto, o más que cualquier otra cosa, para traer ese espíritu, el espíritu de profecía y el espíritu de revelación, a nuestras vidas.

Alta Calidad de las Nuevas Escrituras

Se ha hecho más en los últimos diez años para hacer que todas las obras estándar estén disponibles para un uso inteligente por nosotros y nuestros compañeros de trabajo, que en cualquier otro momento desde su publicación original. Las nuevas notas al pie, los nuevos encabezados de capítulos y secciones, los otros índices tipo concordancia son todos mejores que cualquier material similar publicado por nosotros o por cualquier otra persona.

Una vez más, repito, no tengo duda de que el Señor ha levantado a aquellos que han estado involucrados en este trabajo—los ha puesto en los lugares correctos en los momentos correctos. Y no hay duda de que se tomaron decisiones importantes por el espíritu de inspiración, y que las conclusiones alcanzadas concuerdan con la mente y voluntad del Señor. He estado lo suficientemente cerca del trabajo como para ser consciente de la inspiración que lo ha acompañado, y quiero que escuchen mi testimonio al respecto.

La Nueva Escritura SUD Mejorará la Erudición del Evangelio

La publicación de todas las obras estándar tal como están constituidas ahora, con los cambios, adiciones y ayudas para la enseñanza, abre un nuevo día de erudición del evangelio en la Iglesia. Los líderes del sacerdocio, por encima de todos los demás, involucrados como estamos en los negocios de nuestro Padre, teniendo las herramientas que Él nos ha dado, buscando como deberíamos serlo, salvar almas, nosotros, por encima de todos los demás, debemos dejar de lado las velas del pasado y tomar la luz enviada del cielo del presente. Entonces podremos decir a todos los demás en la Iglesia: “Venid, seguidnos, y os conduciremos a nuevas alturas de luz, conocimiento y verdad.”

Los Santos Deben Aprender a Usar las Nuevas Ediciones de las Escrituras

Poseo una edición de 1879 de Doctrina y Convenios. Es el ejemplar de Juliana Lambson Smith, que es la abuela de mi esposa; ella fue la esposa del presidente José F. Smith. También tengo, en esta misma edición, el ejemplar usado por el presidente José F. Smith. Desde el punto de vista sentimental y emocional, podría hacer un buen caso en mi mente para usar estos libros, debido a la herencia, por así decirlo, que tienen. Pero las revelaciones en estas ediciones no tienen ni una sola nota al pie; no hay ni una sola referencia cruzada. No hay ayudas para la enseñanza. Hay algunas frases breves, simples, al principio de las secciones que simplemente dicen: “Revelación dada a través de José el Vidente en Kirtland, Ohio, junio de 1831.”

También tengo el ejemplar que mi esposa me dio cuando fui a mi misión; ha sido encuadernado y restaurado tres veces. Ha estado en todos los estados de la unión, y en muchas de las naciones de la tierra. Podría hacer un buen caso para usar ese libro, pero nuevamente, la mejora en las ayudas para la enseñanza que forman parte de las nuevas ediciones SUD de las escrituras es tan grande que al usarlas puedo aumentar la velocidad con la que aprendo sobre el evangelio.

Las Mejores Ayudas para la Enseñanza

Tenemos en estas nuevas ediciones las mejores ayudas para la enseñanza que jamás se hayan ideado para incluir en cualquier conjunto de escrituras. Y las tenemos porque tenemos tanto, o más, de la erudición del

mundo que la que se encuentra en cualquier otro lugar. Sin embargo, más importante que eso, las tenemos porque somos miembros de la Iglesia del Señor, y somos sus agentes y sus representantes, estamos en su negocio, y Él nos ha dado el espíritu de inspiración para que las cosas correctas puedan hacerse.

El Impacto de Largo Alcance de las Nuevas Ediciones SUD

Estoy muy agradecido de haber sido parte del trabajo que ha hecho disponibles estas obras estándar. Simplemente parafraseo el lenguaje del hermano Packer cuando digo que no creo que haya nada en mi ministerio entre los hombres que haga que tenga un efecto tan amplio como lo que está involucrado en preparar y difundir estas nuevas ediciones SUD de las obras estándar. Y me gustaría ofrecer una oración de acción de gracias al Señor por la inspiración que nos ha dado y que ha acompañado este trabajo. Fue comisionado en los días del presidente Harold B. Lee; ha llegado a su plenitud bajo la mano guiadora y con la aprobación y el aliento del presidente Kimball. En cierto sentido, ocupará un lugar supremo y superior sobre casi cualquier otra cosa conforme pasen los períodos de tiempo. (Discurso, Seminario de Representantes Regionales, 2 de abril de 1982).

Capítulo 16

Venid: Oíd la Voz del Señor

Las Escrituras Sagradas Contienen la Palabra de Dios

Nos han sido dadas las santas escrituras—esas compilaciones de la palabra divina—por un Dios misericordioso para guiarnos de regreso a su presencia eterna. Estos volúmenes tienen un valor infinito. Contienen “la voluntad del Señor... la mente del Señor... la voz del Señor, y el poder de Dios para salvación” (D&C 68:4).

De hecho, fue Pablo, nuestro apóstol colega de antaño, quien le dijo a su amado Timoteo: “Las santas escrituras... son capaces de hacerte sabio para salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Tim. 3:15).

¡Verdaderamente, la salvación, el mayor de todos los dones (1 Nefi 15:36; D&C 6:13; 14:7), está disponible para aquellos santos que viven la ley del Señor tal como está registrada en su santa palabra!

Pablo continúa: “Toda escritura es dada por inspiración de Dios, y es útil para doctrina, para reprensión, para corrección, para instrucción en justicia; para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Tim. 3:16-17).

Otro pasaje maravilloso, lleno de sabiduría divina y visión, ensalza las escrituras en estas palabras poéticas: “La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, que alumbra los ojos. El temor del Señor es limpio, que permanece para siempre; los juicios del Señor son verdad, todos justos. Más deseables son que el oro, sí, más que mucho oro afinado; y más dulces que la miel y que la que destila del panal. Además, por ellos es advertido tu siervo: y en guardarlos hay gran recompensa.” (Sal. 19:7-11)

Como todos sabemos, la palabra revelada que ha llegado a nosotros en nuestros días se ajusta al estándar antiguo. Como ley del Señor, es perfecta; a través de ella, se reciben testimonios y las almas se convierten.

¡Qué preciosa es la palabra divina revelada de nuevo a los hombres modernos para satisfacer las necesidades modernas, para guiar de nuevo en todas las circunstancias, desconocidas para nuestros antepasados, que ahora existen en los últimos días! ¡Qué grandes recompensas nos esperan si aprendemos lo que ha salido a la luz en nuestros días y si vivimos como está decretado en ella!

Consideremos entonces nuestros volúmenes modernos de escritura—primero, el Libro de Mormón, luego Doctrina y Convenios, y después la Perla de Gran Precio.

El Libro de Mormón

¿Qué es el Libro de Mormón? En muchos aspectos, es el libro más maravilloso que jamás haya sido preparado por manos proféticas. Llámalo la Biblia americana si lo deseas, porque va de la mano con la Biblia misma al anunciar la mente y la voluntad del Señor y al proclamar el plan eterno de salvación.

Como todos los miembros de la Iglesia saben, el Libro de Mormón es una historia de la relación de Dios con los antiguos habitantes de las Américas. Es la historia de pueblos caídos. Algunos de ellos vinieron de la Torre de Babel cuando el Señor confundió las lenguas de todos los pueblos. Otros fueron guiados por la mano divina desde su hogar en Jerusalén hasta una tierra prometida, para que no fueran llevados cautivos a Babilonia junto con el resto de Israel rebelde en los días de Nabucodonosor.

Estos dos grupos—conocidos generalmente como los Jareditas y los Lehitas, después de sus primeros líderes—habitaron el hemisferio occidental durante miles de años. Tenían la plenitud del evangelio eterno (D&C 20:6-12), recibieron revelaciones, vieron visiones, hospedaron ángeles, realizaron milagros y escucharon las palabras de sus profetas—profetas que vieron al Señor, conocían su bondad y gracia, y enseñaron sobre Cristo y la salvación que viene a través de su sangre expiatoria.

Al igual que la Biblia en el Viejo Mundo, así el Libro de Mormón en el Nuevo. Ambos registran las enseñanzas de hombres santos de Dios que hablaron como fueron movidos por el Espíritu Santo. (2 Pedro 1:21)

El Libro de Mormón Más Claro que la Biblia

Así, el Libro de Mormón es un volumen de escrituras sagradas. Habla de Dios, de Cristo y del evangelio. Registra los términos y condiciones por los cuales llega la salvación. Y lo hace todo con una claridad, sencillez y perfección que superan con creces a la Biblia.

La Biblia del Viejo Mundo nos ha llegado de los manuscritos de la antigüedad—manuscritos que pasaron por las manos de hombres no inspirados que cambiaron muchas partes para adecuarlas a sus propias ideas doctrinales (JST Lucas 11:53). Las eliminaciones fueron comunes y, como ahora está, muchas porciones claras y preciosas y muchos convenios del Señor se han perdido (1 Nefi 13:20-40). Como consecuencia, aquellos que dependen solo de ella tropiezan, se confunden y se dividen entre muchas iglesias, todas basadas en esta o aquella interpretación de la Biblia.

Por otro lado, la Biblia del Nuevo Mundo, como yo elijo designar al Libro de Mormón, ha sido preservada para nosotros por una providencia divina que mantuvo el registro antiguo en manos proféticas. Escrito por inspiración en planchas de oro, fue oculto en el suelo de Cumorah, para salir en los tiempos modernos mediante ministración angelical y luego ser traducido por el don y poder de Dios (D&C 1:29; 3:12; 5:4; 135:3).

Después de la traducción, la voz de Dios, hablando desde el cielo a testigos escogidos previamente por Él, declaró dos cosas: que la traducción era correcta y que el libro era verdadero (D&C 17:6). Nosotros, por supuesto, creemos en la Biblia en la medida en que ha sido traducida correctamente, pero no ponemos tal restricción al Libro de Mormón (octavo artículo de fe). Y así es como ha llegado a nuestras manos un libro que es tan perfecto, o casi perfecto, como las manos mortales puedan hacerlo. Es un libro divino, un libro como ninguno otro jamás escrito, traducido o publicado.

Al contar lo que sucedió en una reunión de los líderes de la Iglesia en su día, José Smith, quien bajo Dios se erige como el traductor de este libro

santo, dijo: “Les dije a los hermanos que el Libro de Mormón era el más correcto de cualquier libro en la tierra, y la piedra angular de nuestra religión, y un hombre se acercaría más a Dios siguiendo sus preceptos que con cualquier otro libro” (Enseñanzas, p. 194).

Nuevas Ayudas para el Estudio de las Escrituras

Ahora, ¿qué de nuestro estudio y uso de tal libro? Ciertamente queremos leer y meditar esta palabra divina para acercarnos al Señor, para obtener testimonios de la verdad y la divinidad de la gran obra de los últimos días del Señor, para aprender las doctrinas de la salvación, para poner nuestros pies firmemente en el sendero angosto y recto que conduce a la vida eterna.

¿Nos ayudaría si fuéramos guiados en nuestro estudio del Libro de Mormón? Verdaderamente lo haría, y de ahí las ayudas y recursos que se nos ofrecen en la recién publicada edición de este libro divino. Veamos algunas de ellas.

Primero, el nombre del libro en sí. Ahora dice: “El Libro de Mormón: Otro Testamento de Jesucristo”. Este cambio se hizo en la sabiduría de los Hermanos y con la aprobación del Espíritu Santo.

Su propósito—en esta era sin Dios, cuando muchos que se oponen a la verdad gritan que los Santos de los Últimos Días no son cristianos—es enviar la señal de que Cristo es el centro de esa religión revelada que ha llegado a nosotros (2 Nefi 31:21; Mosíah 3:17; 4:8; 3 Nefi 9:17).

Así como el Nuevo Testamento, enviado desde el Viejo Mundo, proclama la divinidad del Hijo de Dios, también lo hace este testamento preservado en el Nuevo Mundo. De hecho, no sería incorrecto decir que hay cinco evangelios: Mateo, Marcos, Lucas, Juan y Tercera de Nefi. Y el testimonio es tan seguro—el testimonio tan ferviente, la doctrina tan sólida—en la nueva palabra que viene del Hemisferio Occidental como en la antigua palabra que viene de Palestina.

Segundo, hay una nueva introducción que de manera sucinta y cuidadosa establece el propósito y la naturaleza del libro, y tiene el efecto de invitar a todos los hombres a leer y meditar sobre sus verdades.

Tercero, hay nuevos encabezados de capítulo, además de útiles encabezados en la parte superior de las páginas. Los encabezados de capítulo, por primera vez, resumen el contenido de cada capítulo y así guían a los estudiantes en su búsqueda de la verdad. Por ejemplo, Mosíah 3 se introduce con estas palabras: “El rey Benjamín continúa su discurso—El Señor Omnipotente ministrará entre los hombres en un tabernáculo de barro—La sangre saldrá de cada poro mientras expía los pecados del mundo—Su es el único nombre por el cual viene la salvación—Los hombres pueden despojarse del hombre natural y convertirse en santos a través de la expiación—El tormento de los impíos será como un lago de fuego y azufre.”

Cuarto, se incluyen nuevas notas al pie de valor inestimable. Por ejemplo, el 40 por ciento de las páginas 152 y 153 contienen notas al pie, que versículo por versículo hacen referencias cruzadas del contenido escritural a otros pasajes similares de las obras estándar y a la Guía Temática, donde se encuentran referencias extendidas sobre todos los temas involucrados.

Quinto, hay un extenso índice nuevo de 416 páginas, que cubre el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios, la Perla de Gran Precio y los Artículos de Fe. La naturaleza integral de este índice se aprecia por el hecho de que estos libros contienen solo un total de 886 páginas. Verdaderamente, el índice es una obra monumental.

Sexto, y quizás de mayor interés que todo lo anterior, vienen los cambios textuales. A excepción de algunas correcciones técnicas de ortografía y similares, que claramente fueron errores de los hombres, todos los cambios remiten a los manuscritos originales y a la edición del Profeta José Smith.

Cambios Textuales en las Nuevas Escrituras

Tales cambios como los siguientes son de especial interés:

Hablando de los lamanitas, 2 Nefi 30:6 decía hasta ahora: “Sus escalas de oscuridad comenzarán a caer de sus ojos; y muchas generaciones no pasarán entre ellos, salvo que serán un pueblo blanco y deleitoso.”

Ahora dice: “Serán un pueblo puro y deleitoso.”

Hasta ahora, 1 Nefi 13:6 decía: “Vi esta gran y abominable iglesia; y vi al diablo que era la fundación de ella.”

Ahora dice: “Vi al diablo que era el fundador de ella.”

2 Nefi 29:4, que decía hasta ahora: “¿Recuerdan los viajes, y los trabajos, y los dolores de los judíos?” ahora dice: “¿Recuerdan las aflicciones, y los trabajos, y los dolores de los judíos?” Y así sigue.

Doctrina y Convenios

Ahora tenemos el privilegio de hablar de Doctrina y Convenios, otro libro único, un libro escrito en efecto por el propio Señor Jesucristo, un libro de verdad revelada enviado para la salvación de todos aquellos que crean y obedezcan en estos últimos días.

Hagámonos estas preguntas:

Si solo pudiéramos tener un libro de escrituras, ¿cuál sería?

Si tenemos hambre y sed de justicia, y deseamos conocer la mente y la voluntad del Señor para los que ahora viven, ¿a qué libro debemos acudir?

Si hay un libro de escritura verdaderamente moderna que registre la mente, la voluntad y la voz del Señor tal como se dio en los siglos XIX y XX, ¿cuál es?

Si yo, por ejemplo, fuera llamado a responder estas preguntas, mi respuesta sería Doctrina y Convenios, ese volumen de escrituras santas que reafirma las escrituras del pasado, traza nuestro curso en el presente y predice lo que aún sucederá cuando el Señor regrese y comience el Milenio.

En la nueva introducción explicativa a Doctrina y Convenios, el libro se define como “una colección de revelaciones divinas y declaraciones inspiradas dadas para el establecimiento y regulación del reino de Dios en la tierra en los últimos días... En las revelaciones se ve la restauración y el despliegue del evangelio de Jesucristo y el inicio de la dispensación de la plenitud de los tiempos.”

El Primer Quórum de los Doce Apóstoles llamado en esta dispensación dio este testimonio de la verdad del libro de Doctrina y Convenios:

“Nosotros... damos testimonio a todo el mundo de la humanidad, a toda criatura sobre la faz de la tierra, que el Señor ha dado testimonio a nuestras almas, por medio del Espíritu Santo derramado sobre nosotros,

de que estos mandamientos fueron dados por inspiración de Dios, y son provechosos para todos los hombres y son verdaderamente ciertos.”

Este mismo testimonio está anclado con una certeza firme en los corazones de los Apóstoles que ahora sirven como testigos especiales del nombre del Señor que nos ha redimido con su sangre. Y yo, como uno de ellos, doy este testimonio: sé por las revelaciones del Espíritu Santo a mi alma, tan seguramente como lo hicieron mis predecesores, que Doctrina y Convenios—al igual que el Libro de Mormón y la Perla de Gran Precio—son verdaderos; que son la voz del Todopoderoso para todos los hombres que ahora viven, y que los Santos están obligados, por pacto eterno, a aprender lo que en ellos está y a conformar sus vidas a ello.

¿Es de extrañar, entonces, que encontremos al Señor mismo diciendo: “Examinad estos mandamientos, porque son verdaderos y fieles, y las profecías y promesas que están en ellos se cumplirán todas” (D&C 1:37)?

Para ayudarnos en nuestra búsqueda, ahora tenemos dos nuevos estilos de encabezados de capítulo, nuevas referencias cruzadas y notas al pie, dos nuevas secciones y material de apoyo para las declaraciones oficiales—una de las cuales declara la recepción de la revelación que ofrece la bendición del sacerdocio y el templo a todas las razas, únicamente sobre la base de la justicia.

Tomemos la sección 76 como una ilustración de cómo los encabezados de sección nos guían en nuestro estudio de la revelación misma.

Primero, está el encabezado usual que establece el tiempo, el lugar y las circunstancias que rodean la recepción de la revelación. En este caso, este encabezado incluye una declaración del Profeta José Smith explicando por qué el término cielo debe incluir más de un reino.

Luego viene el encabezado suplementario de la sección. En él, la palabra revelada se segmenta por versículos y se hace una declaración definitiva sobre el contenido de cada serie de versículos. Así leemos:

“1-4. El Señor es Dios; 5-10. Los misterios del reino serán revelados a todos los fieles; 11-17. Todos resucitarán, sean justos o injustos; 18-24. Los habitantes de muchos mundos son engendrados como hijos e hijas de Dios a través de la expiación de Jesucristo”; y así sucesivamente.

Las notas al pie y las referencias cruzadas siguen el mismo patrón encontrado en las otras obras estándar. Las dos nuevas secciones, numeradas 137 y 138, están incluidas, junto con mapas que muestran dónde se encuentran los lugares importantes en la historia de la Iglesia.

La gran ventaja de todo esto para el estudiante es evidente.

La Perla de Gran Precio

Ahora, digamos algunas palabras sobre la Perla de Gran Precio. Esta invaluable perla de sabiduría divina consiste en una selección de las revelaciones, traducciones y narraciones del Profeta José Smith. El propósito de seleccionarla y publicarla en un solo volumen es hacerlas fácilmente accesibles para los Santos y el mundo, y mostrar que vinieron por el espíritu de inspiración, que son verdaderas y deben ser aceptadas por todos los que buscan la verdad.

La primera parte de la Perla de Gran Precio se titula “Selecciones del Libro de Moisés”, en lugar de simplemente “El Libro de Moisés”, como se hacía anteriormente. En realidad, es un extracto de la traducción de la Biblia revelada al Profeta José Smith.

Como todos deberíamos saber, la Traducción de José Smith, o la Versión Inspirada como a veces se la llama, se erige como una de las grandes evidencias de la misión divina del Profeta. Las verdades añadidas que colocó en la Biblia y las correcciones que hizo elevan la obra resultante al mismo alto estatus que el Libro de Mormón y Doctrina y Convenios. Es cierto que no completó la obra, pero estuvo lo suficientemente avanzada como para que él tuviera la intención de publicarla en su forma actual durante su vida.

Estas selecciones del Libro de Moisés, así como el capítulo 24 de Mateo, ahora citado como “José Smith—Mateo”, en lugar de “Escritos de José Smith” como se hacía anteriormente, son, por supuesto, completas y perfectas y están incluidas en nuestra palabra canónica. Otros cambios de la Versión Inspirada se encuentran en las notas al pie de nuestra nueva edición de la Biblia. Aquellos demasiado extensos para incluirse en las notas al pie se publican en una sección de diecisiete páginas al final de esta edición de la Biblia. Todos estos cambios y adiciones son escritura y tienen la misma verdad y validez como si estuvieran en la Perla de Gran Precio

misma. Es importante que esto sea claramente comprendido por todos los que buscan aprender la ley del Señor y estar en sintonía con lo que ha sido revelado por el gran vidente de los últimos días.

En cuanto a las selecciones de Moisés que ahora están en la Perla de Gran Precio, están divididas en ocho capítulos y contienen 356 versículos, muchos de los cuales son bastante largos y complejos y tienen más de un pensamiento en ellos. El material comparable en Génesis es de 151 versículos, la mayoría de los cuales son cortos y se limitan a un solo pensamiento.

Lo que es importante para nosotros sobre los escritos de Moisés, tal como los tenemos ahora en la Perla de Gran Precio, es que revolucionan completamente el concepto de una Era Cristiana que surge de un pasado patriarcal. Muestran que Adán y los que vivieron antes del Diluvio tenían la plenitud del evangelio eterno, el mismo evangelio en todas sus partes que nosotros tenemos (Moisés 5:58-59). Ellos adoraban al Padre en el nombre de Cristo por el poder del Espíritu, como nosotros lo hacemos (ver, por ejemplo, Moisés 5:8-9, 14). Tenían el santo sacerdocio (Moisés 6:7; Abr. 1:2-4, 18, 26-27, 31; 2:9-11; Enseñanzas, p. 157), estaban casados para este tiempo y por la eternidad (Moisés 3:18-25; 4:22; 8:21; Abr. 5:14-19), y por fe realizaron muchos milagros poderosos.

El libro de Abraham también es escritura sagrada de un valor maravilloso. Al igual que la palabra mosaica, y todo lo demás con lo que estamos tratando, tiene nuevos encabezados de capítulo, nuevas notas al pie, y su contenido está recién identificado en un índice moderno.

Un pequeño cambio textual en Abraham es significativo. Se cambia una sola letra y se revela un nuevo significado doctrinal. Hasta ahora, el texto decía: “el primer hombre, que es Adán, nuestro primer padre”, lo que es una simple recitación del hecho, también expuesto en otras escrituras, de que Adán, el primer hombre, es también nuestro primer padre. Si él es el primer hombre, es obviamente el primer padre de otros hombres. La nueva redacción, de acuerdo con el manuscrito antiguo, dice: “Adán, o primer padre”, haciendo que la palabra Adán sea un sinónimo de “primer padre”. Es decir, el nombre Adán significa primer padre. (Ver Abr. 1:3; énfasis añadido).

Frutos de la Lectura de las Escrituras

La Lectura de las Escrituras Trae Bendiciones

Hay ciertas bendiciones que acompañan el estudio de las escrituras que son negadas a aquellos cuyos estudios e intereses están en campos diferentes. Es el estudio de las escrituras lo que permite a los hombres obtener revelaciones para sí mismos. Aquellos que leen el Libro de Mormón, de la manera que Moroni especifica, obtienen un testimonio de su verdad y divinidad, de la filiación divina de Cristo y del llamado profético de José Smith.

La Lectura de las Escrituras Condujo a la Primera Visión

El propio José Smith leyó en el libro de Santiago las famosas palabras conocidas por todos nosotros: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y no echa en cara, y le será dada” (Santiago 1:5).

Al describir sus sentimientos en ese momento, dijo: “Nunca ningún pasaje de las escrituras vino con más poder al corazón del hombre que este vino a mi corazón en este momento. Parecía entrar con gran fuerza en cada sentimiento de mi corazón. Reflexioné sobre ello una y otra vez.” (JS—H 1:12)

Luego, porque había llegado la hora de la inauguración de la dispensación de la plenitud de los tiempos, y porque él era el elegido y preordenado desde la eternidad para comenzar la obra, el Gran Dios y su Hijo Amado, descendiendo en esplendor eterno desde los tribunales de la gloria, se manifestaron a este joven inocente y creyente.

Pero, recuerden, las escrituras fueron el punto de referencia que condujo a la recepción de la Primera Visión, una visión igualada por pocas en importancia y gloria en toda la historia del mundo.

El Estudio de las Escrituras Invita a la Revelación

He pasado muchas horas estudiando y meditando sobre las escrituras. Al tratar de aprender las doctrinas de la salvación, he estudiado, ponderado y comparado lo que los diversos profetas han dicho sobre los mismos temas.

Una y otra vez, después de mucha oración y reflexión sobre un punto dado, nuevos conceptos y verdades ocultas han surgido en mí, mostrando profundas y ocultas verdades que nunca antes había conocido. Puede ser así con todos nosotros si leemos, meditamos y oramos sobre la santa palabra.

Jesús dijo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:7-8).

“Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de un lado a otro. No piense, pues, ese hombre que recibirá algo del Señor” (Santiago 1:6-7).

Su voz nos llega de muchas maneras. Puede hablar audiblemente a los oídos sintonizados. Su voz puede venir por el poder del Espíritu. También puede ser dada por la boca de sus siervos mientras recitan las palabras reveladas a ellos. Todos los santos tienen derecho a escuchar su voz de cada una de estas maneras.

Pero hay otra manera de escuchar la voz del Señor, y, casi universalmente, debería ser nuestro primer enfoque al buscar revelación. Está disponible para todos nosotros, pero lamentablemente es ignorada o pasada por alto por muchos de nosotros.

Después de revelar ciertas verdades a través de José Smith a sus apóstoles modernos, el Señor, continuando hablándole a José Smith, dijo:

“Y yo, Jesucristo, vuestro Señor y vuestro Dios, lo he dicho. Estas palabras no son de hombres ni de hombre, sino de mí; por tanto, testificaréis que son de mí y no de hombre; porque es mi voz la que os habla, porque son dadas por mi Espíritu a vosotros, y por mi poder podéis leerlas unos a otros, y si no fuera por mi poder no podríais tenerlas; por tanto, podéis testificar que habéis oído mi voz y conocéis mis palabras” (D&C 18:33-36).

Si el Espíritu da testimonio de la verdad de las escrituras, entonces estamos recibiendo las doctrinas en ellas como si nos hubieran llegado directamente. Así, podemos testificar que hemos oído su voz y conocemos sus palabras.

Ahora resolvámonos firmemente a que buscaremos las escrituras y las haremos parte de todo lo que hacemos. Y si este es nuestro curso, ciertamente recibiremos paz y gozo en esta vida y heredaremos la vida eterna en los reinos venideros. ("Venid: Oíd la voz del Señor." *Ensign*, diciembre de 1985, pp. 54-59.)

Capítulo 17

¿Qué Piensan de El Libro de Mormón?

Dos ministros de una de las denominaciones protestantes más grandes y poderosas vinieron a una conferencia de los Santos de los Últimos Días para escucharme predicar.

Después de la reunión, tuve una conversación privada con ellos, en la que les dije que cada uno de ellos podría obtener un testimonio de que José Smith era el profeta a través del cual el Señor había restaurado la plenitud del evangelio para nuestro día y para nuestro tiempo.

Les dije que deberían leer el Libro de Mormón, meditar en sus grandes y eternas verdades, y orar al Padre en el nombre de Cristo, con fe, y Él les revelaría la verdad del libro a través del poder del Espíritu Santo.

Como todo estudioso del evangelio sabe, el Libro de Mormón demuestra que José Smith fue llamado por Dios para ejercer el oficio profético y restaurar las verdades de la salvación con claridad y perfección.

El Libro de Mormón es un volumen de escritura sagrada comparable a la Biblia. Contiene un registro de la intervención de Dios con los antiguos habitantes de las Américas. Es otro testamento de Jesucristo.

Cómo el Libro de Mormón Contiene la Plenitud del Evangelio

El Libro de Mormón contiene la plenitud del evangelio, lo que significa que es un registro de la intervención del Señor con un pueblo que tenía la plenitud del evangelio, y también significa que en él se encuentra un resumen y una recitación de lo que todos los hombres deben creer y hacer para obtener una herencia en el reino celestial reservado para los santos.

La Biblia y el Libro de Mormón Son Testigos Gemelos

Así como las enseñanzas y los testimonios de Moisés, Isaías y Pedro tienen cabida en la Biblia, también la predicación paralela y los mismos testimonios guiados por el Espíritu de Nefi, Alma y Moroni han llegado hasta nosotros en el Libro de Mormón.

Este testimonio americano de Cristo fue escrito sobre planchas de oro que fueron entregadas a José Smith por un ministro angelical. Este antiguo registro fue luego traducido por el don y el poder de Dios y ahora se publica al mundo como el Libro de Mormón.

El Libro de Mormón Prueba la Divinidad de la Obra

Si este libro es lo que pretende ser; si el registro original fue revelado por un ángel santo; si la traducción fue hecha por el poder de Dios y no de los hombres; si José Smith estaba recibiendo ángeles, viendo visiones y recibiendo revelaciones—todo lo cual es una verdad establecida—si el Libro de Mormón es verdadero, entonces la verdad y la divinidad del Libro de Mormón prueban la verdad de esta gran obra de los últimos días en la que estamos comprometidos.

Todo esto se lo expliqué a mis dos amigos protestantes. Uno de ellos, un tipo simpático y decente, dijo de manera algo casual que leería el Libro de Mormón. El otro ministro, mostrando un espíritu amargo, dijo: “No lo leeré. Tenemos expertos que han leído el Libro de Mormón, y yo he leído lo que nuestros expertos tienen que decir al respecto.”

Libro de Mormón: Lectura Imprescindible

Este relato dramatiza uno de nuestros problemas al presentar el mensaje del Libro de Mormón al mundo. Hay personas sinceras y devotas en todas partes que han oído lo que otros dicen sobre este volumen de escritura sagrada, y por eso no lo leen por sí mismos.

En lugar de beber de esa fuente de la cual fluyen claros arroyos de agua viva, prefieren ir río abajo y beber de los arroyos turbulentos, lodosos y llenos de veneno del mundo.

El Libro de Mormón: El Estándar por el Cual se Juzga la Salvación

El hecho claro es que la salvación misma está en juego en este asunto. Si el Libro de Mormón es verdadero—si es un volumen de escritura sagrada, si contiene la mente, la voluntad y la voz del Señor para todos los hombres, si es un testimonio divino del llamamiento profético de José Smith—entonces, aceptarlo y creer sus doctrinas es ser salvo, y rechazarlo y caminar en contra de sus enseñanzas es ser condenado.

Que este mensaje se escuche en cada oído con una trompeta angelical; que se resuene por toda la tierra con truenos retumbantes e

interminables; que se susurre en cada corazón con la voz apacible y suave. Aquellos que creen en el Libro de Mormón y aceptan a José Smith como un profeta abren la puerta a la salvación; aquellos que rechazan el libro de plano o que simplemente no aprenden su mensaje ni creen sus enseñanzas, ni siquiera comienzan a recorrer el camino estrecho y angosto que conduce a la vida eterna.

Experiencia Ilustrativa con Ministros

Poco después de mi experiencia con estos dos ministros, dos otros ministros de la misma denominación vinieron a otra de nuestras conferencias para escucharme predicar. Y, una vez más, después de la reunión, tuve una conversación privada con ellos.

Mi mensaje fue el mismo. Tomando el Libro de Mormón como su guía, deben leer, meditar y orar para obtener un testimonio del Espíritu sobre la verdad y divinidad de esta gran obra de los últimos días.

Les conté sobre mi experiencia previa con sus dos colegas y cómo uno de ellos había rechazado leer el Libro de Mormón, diciendo que tenían expertos que lo habían leído y él ya había leído lo que sus expertos decían.

Entonces les dije: “¿Qué hará falta para que ustedes, señores, lean el Libro de Mormón y descubran por ustedes mismos lo que implica, en lugar de confiar en las opiniones de sus expertos?”

Uno de estos ministros, sosteniendo mi copia del Libro de Mormón en sus manos, dejó que las páginas pasaran ante sus ojos en cuestión de segundos. Mientras lo hacía, dijo: “Oh, ya he leído el Libro de Mormón.”

Tuve un destello momentáneo de perspicacia espiritual que me permitió saber que su lectura había sido tan extensa como el rápido paso de las páginas que acababa de hacer. En su lectura no hizo más que ojear algunos de los encabezados y leer un versículo o dos aislados.

Una joven encantadora, convertida a la Iglesia, cuyo padre era ministro de la misma denominación que mis cuatro amigos protestantes, estaba escuchando mi conversación con los dos ministros. En ese momento, ella intervino y dijo: “Pero reverendo, usted tiene que orar al respecto.” Él respondió: “Oh, ya oré al respecto. Dije: 'Oh Dios, si el Libro de Mormón es verdadero, máteme'; y aquí estoy.”

Mi impulso no expresado fue responder: “¡Pero reverendo, tiene que orar con fe!”

Este relato dramatiza otro de nuestros problemas al enseñar a aquellos que leen el Libro de Mormón cómo leerlo para obtener el testimonio prometido por el poder del Espíritu Santo.

La experiencia de Oliver Cowdery ilustra el patrón para obtener un testimonio

El patrón para esto se estableció en la experiencia de Oliver Cowdery. Él deseaba no solo actuar como escriba de José Smith, sino también traducir directamente de las planchas. Después de mucha insistencia, el Señor permitió que el hermano Cowdery lo intentara.

La autorización divina contenía estas condiciones: “Recuerda que sin fe no puedes hacer nada; por lo tanto, pide con fe. No juegues con estas cosas; no pidas lo que no debes... Y según tu fe será hecho contigo.” (D&C 8:10-11)

Oliver intentó traducir y fracasó. Entonces vino la palabra divina: “He aquí, no has entendido: has supuesto que yo te lo daría, cuando no pensaste más que en pedírmelo.” Es decir, no había hecho todo lo que estaba en su poder; había esperado que el Señor lo hiciera todo simplemente porque lo pidió.

“Pero he aquí, te digo,” continuó la palabra divina, “que debes estudiarlo en tu mente; luego debes pedirme si es correcto, y si lo es, haré que tu pecho arda dentro de ti; por lo tanto, sentirás que es correcto.” (D&C 9:7-8)

Ahora bien, si el Libro de Mormón es verdadero, nuestra aceptación de él nos llevará a la salvación en el cielo más alto. Por otro lado, si decimos que es verdadero cuando en realidad no lo es, estamos llevando a los hombres por mal camino y seguramente merecemos caer al infierno más profundo.

El papel doctrinal fundamental del Libro de Mormón

El tiempo ha pasado largo tiempo para discutir palabras y lanzar epítetos despreciativos contra los Santos de los Últimos Días. Estos son asuntos profundos, solemnes y graves. No debemos pensar que podemos jugar con cosas sagradas y escapar de la ira de un Dios justo.

O el Libro de Mormón es verdadero, o es falso; o vino de Dios, o nació en los reinos infernales. Declara claramente que todos los hombres deben aceptarlo como escritura pura o perderán sus almas (2 Nefi 27:14; 33:4-5, 10-15; WofM 1:11; 3 Nefi 29:1-5). No es y no puede ser simplemente otro tratado sobre religión; o vino del cielo o del infierno. Y es tiempo de que todos aquellos que buscan la salvación descubran por sí mismos si es del Señor o de Lucifer.

Una prueba para los sinceros buscadores de la verdad

Permítanme ser tan audaz como para proponer una prueba y lanzar un desafío. Se espera que todos los que tomen esta prueba tengan conocimiento de la Santa Biblia, porque cuanto más sepan las personas sobre la Biblia, mayor será su apreciación del Libro de Mormón.

Esta prueba es para santos y pecadores por igual; es para judíos y gentiles, para esclavos y libres, para negros y blancos, para todos los hijos de nuestro Padre. Todos hemos sido mandados a estudiar las escrituras (Juan 5:39), a atesorar la palabra del Señor (D&C 6:20; 43:34; 84:85), a vivir por cada palabra que sale de la boca de Dios (Deut. 8:3; Mateo 4:4; D&C 84:44; 98:11).

Que cada persona haga una lista de entre cien y doscientos temas doctrinales, haciendo un esfuerzo consciente para abarcar todo el campo del conocimiento del evangelio. El número de temas elegidos dependerá de la inclinación personal y de cuán amplio será el espectro bajo cada tema.

Luego, escriba cada tema en una hoja en blanco. Divida la hoja en dos columnas; en la parte superior de una, escriba “Libro de Mormón”, y en la parte superior de la otra, “Biblia”.

Luego comience con el primer versículo y frase del Libro de Mormón, y, continuando versículo por versículo y pensamiento por pensamiento, ponga la sustancia de cada versículo bajo su encabezado correspondiente. Encuentre la misma doctrina en el Antiguo y Nuevo Testamento, y colóquela en las columnas paralelas.

Medite sobre las verdades que aprenda, y no pasará mucho tiempo antes de que sepa que Lehi y Jacob superan a Pablo en la enseñanza de la Expiación; que los sermones de Alma sobre la fe y sobre el nuevo nacimiento superan cualquier cosa en la Biblia; que Nefi hace una mejor

exposición sobre el esparcimiento y la recopilación de Israel que Isaías, Jeremías y Ezequiel juntos; que las palabras de Mormón sobre la fe, la esperanza y la caridad tienen una claridad, amplitud y poder de expresión que ni siquiera Pablo alcanzó; y así sucesivamente.

Una Segunda Prueba

Hay otra prueba más simple que todos los que buscan conocer la verdad bien podrían tomar. Simplemente nos pide leer, meditar y orar—todo en el espíritu de fe y con una mente abierta. Para mantenernos alerta a los problemas que tenemos entre manos—mientras leemos, meditamos y oramos—debemos preguntarnos mil veces: “¿Podría algún hombre haber escrito este libro?”

Y está garantizado que en algún momento entre la primera y la milésima vez que se haga esta pregunta, todo sincero y genuino buscador de la verdad sabrá por el poder del Espíritu que el Libro de Mormón es verdadero, que es la mente, la voluntad y la voz del Señor para todo el mundo en nuestro día.

Entonces preguntamos: ¿Qué piensan del Libro de Mormón? ¿Quién puede contar su maravilla y valor? ¿Cuántos mártires han sufrido la muerte en la carne para traerlo y llevar su mensaje salvador a un mundo malvado?

Respondemos: Es un libro, un libro sagrado, un libro de escritura sagrada y salvadora. Es una voz desde el polvo, una voz que susurra bajo desde la tierra (Isaías 29:1-4, 18), hablando de un pueblo caído que se hundió en un olvido interminable porque abandonó a su Dios.

Es la verdad brotando de la tierra, mientras la justicia mira desde el cielo (Salmos 85:11; Moisés 7:62). Es el palo de José en las manos de Efraín, que guiará a todo Israel, incluidas las diez tribus, a regresar a aquel a quien sus padres adoraron (Ezequiel 37:15-28). Contiene la palabra que reunirá toda la casa de Israel y hará que nuevamente sean una nación sobre las montañas de Israel, como lo fueron en los días de sus padres.

Es un relato del ministerio del Hijo de Dios a sus otras ovejas en el día en que vieron su rostro, oyeron su voz y creyeron su palabra (Juan 10:1-28; 3 Nefi 15:15-24).

Es la evidencia divina, la prueba, de que Dios ha hablado en nuestro día. Su principal propósito es convencer a todos los hombres, tanto judíos como gentiles, de que Jesús es el Cristo (Introducción al Libro de Mormón; 2 Nefi 30:3-5; 33:10), el Dios Eterno, quien se manifiesta, por medio de la fe, en todas las edades y entre todos los pueblos.

Salió en nuestro día, demostrando al mundo que la Biblia es verdadera (1 Nefi 13:39-40; D&C 20:6-11); que Jesús, por quien vino la Expiación, es Señor de todos; que José Smith fue llamado por Dios, como lo fueron los profetas de antaño; que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el único lugar en la tierra donde se encuentra la salvación.

Es el libro que salvará al mundo y preparará a los hijos de los hombres para el gozo y la paz aquí y ahora, y la vida eterna en la eternidad. (Informe de la Conferencia, octubre de 1983).

La Piedra Angular de Nuestra Religión

La Biblia y el Libro de Mormón Resumen las Doctrinas de Salvación

El Libro de Mormón, como la Biblia, con la que está en total conformidad, contiene un registro de la intervención de Dios con un pueblo que tenía la plenitud del evangelio eterno. Así, tanto el Libro de Mormón como la Biblia presentan un resumen de las doctrinas de la salvación, de las verdades que los hombres deben aceptar y vivir para obtener el cielo celestial; y ambos registran las maravillosas bendiciones derramadas por la Deidad sobre aquellos en tiempos antiguos que caminaron en la luz del Señor y que guardaron sus mandamientos.

Ambos libros derraman una gran cantidad de luz y conocimiento sobre esas verdades que deben ser creídas y obedecidas para obtener la salvación, para obtener paz en esta vida y vida eterna en el mundo venidero. Y nadie que viva ahora puede obtener esa salvación, que es el mayor de todos los dones de Dios, sin conformarse a esas verdades de las cuales ambos libros dan testimonio.

Salvación en Cristo, No en los Libros

Sin embargo, la salvación no se encuentra en un libro, en ningún libro, ni el Libro de Mormón ni la Biblia. La salvación está en Cristo; viene por su sacrificio expiatorio; su es el único nombre dado bajo el cielo por el cual los hombres pueden ser salvados (2 Nefi 31:21; Mosíah 3:17; 4:8; 3 Nefi 9:17;

Hechos 4:10-12). La salvación viene por la gracia de Dios, por el derramamiento de la sangre de su Hijo. Como dijo un profeta del Libro de Mormón, “La salvación fue, y es, y ha de venir, en y a través de la sangre expiatoria de Cristo, el Señor Omnipotente” (Mosiah 3:18).

La Salvación Administrada por Administradores Legales

Sin embargo, la salvación es puesta a disposición de los hombres porque el Señor llama a profetas y apóstoles para que den testimonio de Cristo y enseñen las verdaderas doctrinas de su evangelio. La salvación está disponible solo cuando hay administradores legales que pueden enseñar la verdad y que tienen el poder de realizar las ordenanzas de la salvación para que sean vinculantes, tengan eficacia, virtud y fuerza en la tierra y en el cielo.

José Smith, un Administrador Legal

El Libro de Mormón fue traído en nuestro día por tal administrador legal, un tal José Smith. Este hombre fue llamado por Dios con su propia voz y por administración angelical. A él se le dio el registro antiguo en el que estaban inscritas las palabras de profetas y videntes que vivieron en el continente americano en tiempos pasados, hombres santos que ministraron entre los habitantes de la tierra de manera muy similar a como los profetas bíblicos representaban al Señor en las tierras de su labor.

El Libro de Mormón Parte de la “Restauración de Todas las Cosas”

Con el establecimiento de la verdadera Iglesia, vino una vez más una restauración de la plenitud del evangelio eterno, una restauración de la plenitud de esas verdades, llaves, poderes y autoridades que nuevamente permiten a los hombres obtener una plenitud de salvación en el cielo de Dios nuestro Padre.

Así, la venida del Libro de Mormón, el llamado de José Smith para representar a Dios como profeta en la tierra, la restauración del evangelio de la salvación y el establecimiento nuevamente de la Iglesia terrenal y el reino de Dios —todo esto está entrelazado; todos forman un solo patrón; o todos ellos son realidades o ninguno de ellos lo es.

El Libro de Mormón: Un Testigo Adicional

Los hombres en este día están tan obligados como lo estuvieron los hombres en cualquier otra época a escuchar la voz de los profetas, a prestar oído a sus dichos, a abrir sus corazones a las verdades del cielo que caen de sus labios. Pero hoy también tenemos el Libro de Mormón para dar testimonio de la verdad del mensaje que ha llegado de un amoroso Padre Celestial a nosotros, sus hijos errantes.

José Smith dijo que el Libro de Mormón era “la piedra angular de nuestra religión” (Enseñanzas, p. 194), lo que significa que toda la estructura de la verdad restaurada depende de su verdad o falsedad.

José Smith también escribió, “por el espíritu de profecía y revelación,” que el Libro de Mormón salió a la luz para probar “al mundo que las santas escrituras son verdaderas, y que Dios inspira a los hombres y los llama a su santo trabajo en esta edad y generación, como en las generaciones pasadas; demostrando así que él es el mismo Dios ayer, hoy y por los siglos” (D&C 20:11-12).

En el Libro de Mormón se encuentra la promesa del Señor a todos los hombres de que si leen el registro y lo meditan en sus corazones, y luego le piden al Padre en el nombre de Cristo si es cierto—pidiendo con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo—él les manifestará la verdad de ello por el poder del Espíritu Santo (Mormón 10:4).

El Libro de Mormón Prueba Muchas Verdades

Soy uno que sabe por el poder del Espíritu que este libro es verdadero, y como consecuencia también sé, tanto por razón como por revelación del Espíritu, la verdad y divinidad de todas las grandes verdades espirituales de esta dispensación. Por ejemplo:

Sé que el Padre y el Hijo se aparecieron a José Smith—porque el Libro de Mormón es verdadero.

Sé que el evangelio ha sido restaurado y que Dios ha establecido nuevamente su Iglesia en la tierra—porque el Libro de Mormón es verdadero.

Sé que José Smith es un profeta, que se comunicó con Dios, recibió ángeles, recibió revelaciones, vio visiones y ha ido a la gloria eterna—porque el Libro de Mormón es verdadero.

Sé que la Biblia es la palabra de Dios en la medida en que está traducida correctamente—porque el Libro de Mormón es verdadero.

Sé que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el reino de Dios en la tierra, el único reino con administradores legales que pueden sellar a los hombres para la vida eterna—porque el Libro de Mormón es verdadero.

A mi testimonio del Libro de Mormón le añado el del propio Señor Dios, quien dijo: José Smith “ha traducido el libro... y como vive tu Señor y tu Dios, es verdadero” (D&C 20:6). (Informe de la Conferencia, abril de 1968).

El Libro de Mormón—Su Destino Eterno

Libros que Sacuden la Tierra

¿Quién puede medir el valor de un solo libro? ¿Es acaso solo un rollo de papiro en el que un esclavo griego ha copiado las palabras de Sócrates? ¿O un rollo hebreo en el que un escriba ha registrado fielmente las palabras mesiánicas de Isaías—palabras que Jesús leerá un día en una sinagoga en Nazaret y luego dirá a sus propios paisanos: “Hoy se cumple esta escritura en vuestros oídos” (Lucas 4:21)? ¿O es solo una tablilla egipcia de Amarna en la que leemos en claros caracteres cuneiformes las palabras de Amenhotep? ¿Qué daríamos hoy por leer el libro completo de Enoc o por tener una copia del libro de recuerdos que guardó Adán, nuestro padre (Moisés 6:4-5, 46), el primer hombre de todos los hombres?

Importancia de la Palabra Escrita

Adán y sus hijos fueron enseñados “a escribir por el espíritu de inspiración; y por ellos, sus hijos fueron enseñados a leer y escribir, teniendo un lenguaje puro y sin mancha” (Moisés 6:5-6). Desde ese día hasta el presente, en una forma u otra, los hombres han preservado su historia, su cultura, su civilización, por medio de la palabra escrita. Incluso hoy, con toda nuestra presunta sabiduría y aprendizaje, si todos los libros de la tierra se quemaran y el lenguaje escrito cesara, nuestra civilización moriría. En apenas más de una generación, viviríamos nuevamente en la Edad Oscura. Los aviones ya no volarían ni las fábricas funcionarían; la cirugía cesaría, la ayuda médica desaparecería, una peste negra desolaría el mundo. La religión, la doctrina, la ética, las ordenanzas y la verdadera adoración pronto se convertirían en cosas del pasado. De hecho, la gran

apostasía de siglos pasados ganó su malvado dominio cuando los hombres ya no pudieron leer las palabras de los apóstoles y profetas del pasado (1 Nefi 13:20-40).

Nefi mató a Labán y tomó las planchas de bronce para América como un medio para preservar la cultura, la civilización y la religión de los hebreos (1 Nefi 3:3-4, 19-20). Los mulequitas llegaron a América sin sus escrituras y pronto perdieron su herencia (Omni 15-17).

No hay palabras para describir el poder de un solo libro.

El Antiguo Testamento contiene muchos de los convenios del Señor, dados a su pueblo en tiempos antiguos, y por medio de él fueron mantenidos más o menos en el cumplimiento de su deber durante cuatro mil años.

El Nuevo Testamento contiene fragmentos de las enseñanzas de Jesús y sus asociados proféticos en su época. De él aprendemos sobre la vida de aquel que vino a traer la vida y la inmortalidad a la luz por medio del evangelio (2 Timoteo 1:10); de él aprendemos las doctrinas de salvación tal como fueron enseñadas por aquellos a quienes los cielos fueron un libro abierto; y en él se registra parte de la ética cristiana que permaneció disponible en la tierra durante casi mil ochocientos años.

La Biblia de Influencia Inestimable

Durante todo este largo período, la Biblia hizo más que cualquier otro libro para suavizar las almas de los hombres, más que cualquier otra cosa para mantener viva la luz y la verdad que entonces se encontraba en la tierra, más para preparar a los hombres para un día en que llegaría nueva revelación, que cualquier otro libro. Debido a ella se libraron guerras, se invadieron naciones, y toda la historia de la civilización occidental fue canalizada una y otra vez. La versión King James de la Biblia ha hecho más que cualquier otro libro para preservar el idioma y la cultura inglesa. Y, aún más importante, es el libro que el Señor preservó para preparar a los hombres para la restauración de todas las cosas y la venida del Libro de Mormón en los últimos días para ser un segundo testigo de su santo nombre.

Nadie ha mejorado la versión King James de la Biblia, excepto el Profeta José Smith, cuando fue movido por el espíritu de profecía y revelación. Como saben, “Creemos que la Biblia es la palabra de Dios en la medida en

que esté traducida correctamente” (octavo artículo de fe); y como también saben, muchas “cosas claras y preciosas” y “muchos convenios del Señor” fueron eliminadas de este registro sagrado cuando pasó por las manos de esa gran iglesia que no es la iglesia del Señor (1 Nefi 13:26-29). Como también saben, José Smith restauró muchas de estas “cosas claras y preciosas” en su Nueva Traducción, que comúnmente se llama entre nosotros la Traducción de José Smith. Esta versión, tal como se publica ahora, registra con precisión las correcciones inspiradas del Profeta y puede ser usada por nosotros con gran provecho. De hecho, es una de las grandes evidencias de la misión divina del más grande de nuestros profetas.

Tengo una gratitud ilimitada por la versión King James y la Traducción de José Smith. Me siento con una profunda reverencia al leer y meditar sobre las maravillosas palabras que contienen. No creo que haya una persona en la tierra que tenga un mayor respeto o aprecio por la Santa Biblia que yo.

El Libro de Mormón Superior a la Biblia en Muchos Aspectos

Ahora, digo todo esto como preludio para hacer estas declaraciones claras e inequívocas:

1. La mayoría de las doctrinas del evangelio, tal como se exponen en el Libro de Mormón, superan con creces su recitación comparable en la Biblia.
2. Este registro nefitas ofrece un testimonio más claro y puro de la filiación divina de Cristo y la salvación que viene en y a través de su santo nombre que las escrituras del Viejo Mundo.
3. Los hombres pueden acercarse más al Señor; pueden tener más del espíritu de conversión y conformidad en sus corazones; pueden tener testimonios más fuertes; y pueden obtener una mejor comprensión de las doctrinas de la salvación a través del Libro de Mormón que a través de la Biblia.
4. Más personas se agolparán al estándar del evangelio; más almas se convertirán; más de Israel disperso será reunido; y más personas migrarán de un lugar a otro debido al Libro de Mormón que lo que sucedió o sucederá con la Biblia (Ezequiel 15-28).

5. Habrá más personas salvadas en el reino de Dios—diez mil veces más—por el Libro de Mormón que por la Biblia. (Discurso, Simposio del Libro de Mormón. BYU. 18 de agosto de 1978.)

Los Registros Escrituras Son Fragmentarios

Las obras estándar contienen solo porciones fragmentarias de las verdades eternas que nuestro Padre tiene y desea que tengamos tan rápido como estemos en una posición para recibirlas. Esto es particularmente cierto para la Biblia. Tanto la Biblia como el Libro de Mormón, en mi juicio, son esa porción de la palabra del Señor que Él siente que la gente del mundo es capaz de recibir. No pretenden dar toda la palabra del Señor.

Para obtener una perspectiva de lo que está involucrado en el Libro de Mormón, necesariamente tenemos que contrastarlo y compararlo con lo que tenemos en la Biblia. El efecto de esa comparación, en la mente de algunas personas, podría ser interpretado como una degradación de la Biblia. No lo es. Tenemos una aprecio y respeto sin límites por la Biblia; es un maravilloso reservorio de verdad escrita.

Múltiples Traducciones de los Mismos Versículos

La Biblia, en ningún pasaje, da todos los hechos sobre lo que está hablando. A veces tenemos la idea de que las cosas se traducen y que la traducción es lo que el Señor reveló originalmente. Eso no es del todo correcto. Hay más de una traducción para algunos pasajes y ambas traducciones son correctas. La ilustración clásica de esto proviene de los pasajes en Malaquías que tratan sobre la venida de Elías (Mal. 4:5-6). Cuando Moroni se apareció al Profeta José Smith, cambió la redacción. Habló de restaurar el sacerdocio por la mano del profeta Elías. (JS—H 1:38-39; D&C 2:1). El Profeta José Smith, con pleno conocimiento de que este era el significado correcto del pasaje, procedió a traducir el Libro de Mormón y copiar el lenguaje de la versión King James (3 Nefi 25:5-6). Luego procedió a citar la versión King James en una epístola inspirada en Doctrina y Convenios, añadiendo que “podría haber rendido una traducción más clara” excepto que la traducción King James era suficiente para sus propósitos (D&C 128:17b-18). Esto muestra que es posible tener un pasaje de las escrituras traducido de dos maneras, una con un significado menor y otra con un significado mucho más elevado. Ciertamente tenemos un significado mucho más elevado y mejor en estos

pasajes de la manera en que fueron citados por Moroni. Vemos este concepto aplicado repetidamente en la Traducción de la Biblia de José Smith, que también, en el lenguaje del Profeta José Smith, es “una traducción más clara”.

Las Cosas en la Primera Parte del Libro de Génesis Son Verdaderas

Las cosas en la primera parte del libro de Génesis son verdaderas. Pero la primera parte de Génesis está prácticamente reescrita en el libro de Moisés y hay una tremenda cantidad de luz y conocimiento agregado debido a lo que el Profeta añadió por el espíritu de inspiración. No sé si él añadió todo esto porque estaba en el registro original o si alguna de esta información es una interpolación inspirada por él, pero eso no importa. El punto es que cuando él nos da el libro de Moisés, nos está dando un libro que contiene el sentido y el significado de los primeros capítulos de Génesis. Así que tenemos dos traducciones, por así decirlo, de lo mismo y ambas son verdaderas.

Supongo que la mejor ilustración del Nuevo Testamento de esto está en el primer capítulo de Juan. Nuestro relato del Nuevo Testamento dice: “En el principio era el Verbo... y así sucesivamente. Eso, por supuesto, es verdad. Sin embargo, después de que el Profeta José Smith tradujera ese mismo versículo, decía: “En el principio fue el evangelio predicado por medio del Hijo. Y el evangelio era el verbo, y el verbo estaba con el Hijo.” y así sucesivamente, dándole una perspectiva completamente nueva. (Compare KJV Juan 1:1 y JST Juan 1:1.)

Estas son ilustraciones del hecho de que puede haber dos traducciones de lo mismo y ambas pueden ser verdaderas. Una traducción está diseñada como una traducción para presentar el evangelio a personas que tienen una comprensión limitada, y la otra traducción es para un pueblo que ha crecido en las cosas del Espíritu y está preparado y es capaz de recibir más.

La Biblia no está completa en ningún caso. Si Mormón hubiera podido tener solo los registros del Israel antiguo, y hacer con ellos lo que hizo con los registros de los nefitas, y darnos una cuenta de la historia de Israel por inspiración, y luego si pudiéramos recibirla en traducción de la manera en que él la dio, el Antiguo Testamento leería exactamente de la misma manera que el Libro de Mormón. Hablaría sobre la expiación, la fe y el arrepentimiento, los dones del Espíritu, la caída de Adán, y así sucesivamente, de la misma manera que lo hace el Libro de Mormón.

Pero el Antiguo Testamento no ha llegado a nosotros de esa manera. Ha llegado a nosotros en una forma degenerada, con muchas de las cosas claras y preciosas, como dijo el ángel a Nefi (1 Nefi 13:23-29), sacadas del texto original. Así que, incluso con las correcciones en la Traducción de José Smith, no tenemos la Biblia tal como era antes. Hay muchas más correcciones que podrían hacerse. Hay muchos lugares en los que la Biblia habla sobre la restauración del evangelio y la recolección de Israel—como, por ejemplo, en el capítulo treinta y siete de Ezequiel o el capítulo veintinueve de Isaías—que podría tomar y reescribir, haciéndolos dos veces más largos de lo que son. Entonces, se ajustarían a la doctrina que se estaba enseñando por Ezequiel e Isaías en cada caso, la cual solo ha sido preservada para nosotros en forma fragmentaria.

Correcciones en el Texto del Libro de Mormón

No tenemos tales reservas acerca de la traducción del Libro de Mormón. Ha habido algunos errores menores en él a lo largo de los años—como lo demuestra el hecho de que hemos hecho correcciones al regresar al manuscrito original. En algunos casos, no hemos regresado a los manuscritos originales, sino que simplemente hemos corregido algo que estaba obviamente incorrecto. Por ejemplo, la ortografía de la palabra “straight” en el capítulo treinta y uno de 2 Nefi. Se escribe “s-t-r-a-i-g-h-t” en la edición antigua, y “s-t-r-a-i-t” en la nueva. Muy simplemente, no había la erudición disponible en el momento de la publicación del Libro de Mormón para distinguir entre “straight” y “strait,” que suenan igual pero tienen significados ligeramente diferentes.

La Salvación No Está Disponible a Través de Profetas Muertos

Supongamos que todo lo que tienes es la Biblia, y enseñas el evangelio en la medida en que puedes interpretarlo de la Biblia. ¿Qué tendrías? Tendrías el mundo sectario, ¿no es así? Tendrías a los católicos y los protestantes, y todas las variedades, ramas y tipos de iglesias. Eso es inevitable si lo que estás tratando de hacer es dar la palabra del Señor a través de profetas muertos. Lo único que puedes hacer, cuando se trata de un profeta muerto, es recurrir a sus palabras para sustentar, ampliar o explicar algo que ha llegado por revelación de los últimos días. La palabra del Señor debe venir a través de un oráculo viviente, un administrador

legal, alguien que, por un lado, pueda predicar por inspiración y, por otro, tenga el poder de realizar las ordenanzas de salvación.

Esta Generación Recibe el Evangelio a Través de José Smith

Es por eso que el Señor le dijo a José Smith: “Esta generación tendrá mi palabra a través de ti” (D&C 5:10). Pero notemos el contexto en el que el Señor dice esto:

“Y además de tu testimonio, el testimonio de tres de mis siervos, a quienes llamaré y ordenaré, a quienes les mostraré estas cosas, y ellos irán con mis palabras que te serán dadas a través de ti.

“Sí, sabrán con certeza que estas cosas son verdaderas, porque del cielo se las declararé.

“Les daré poder para que puedan ver y observar estas cosas tal como son: [es decir, las planchas, etc.]

“Y a nadie más le concederé este poder, para recibir este mismo testimonio en esta generación, en este el principio del levantamiento y la salida de mi iglesia del desierto—clara como la luna, hermosa como el sol, y terrible como un ejército con estandartes.

“Y el testimonio de tres testigos enviaré de mi palabra.

“Y he aquí, todo aquel que crea en mis palabras, a esos los visitaré con la manifestación de mi Espíritu; y serán nacidos de mí, incluso de agua y del Espíritu.” (D&C 5:11-16.)

Ahora, estas palabras amplificadoras muestran que cuando el Señor le dice a José Smith —“esta generación tendrá mi palabra a través de ti”— en gran medida está hablando sobre el Libro de Mormón.

El Libro de Mormón Prueba que la Biblia Es Verdadera

Llamamos a la sección 20 en Doctrina y Convenios la constitución de la Iglesia, lo que significa que es el documento que establece cuáles son las doctrinas básicas, la estructura organizativa y los procedimientos de la Iglesia. Contiene algunos de los razonamientos más persuasivos que existen en cualquier revelación. Habiendo hablado del surgimiento de la Iglesia y el llamado de José Smith, dice:

“Después de que le fue verdaderamente manifestado a este primer anciano que había recibido la remisión de sus pecados, se enredó nuevamente en las vanidades del mundo [lo cual simplemente significa,

como sabemos por nuestros relatos históricos, que había demasiada ligereza en su vida. No estaba hablando de pecados morales graves]; “Pero después de arrepentirse, y humillarse sinceramente, por fe, Dios le ministró por medio de un ángel santo, cuyo rostro era como un relámpago, y cuyas vestiduras eran puras y blancas por encima de toda blancura [esto se refiere a Moroni]; “Y le dio mandamientos que lo inspiraron; [lo que significa que Dios, no Moroni, le dio mandamientos].”

“Y (Dios) le dio poder desde lo alto, por los medios que fueron preparados antes, para traducir el Libro de Mormón;

“El cual [refiriéndose al Libro de Mormón] contiene un registro de un pueblo caído, y la plenitud del evangelio de Jesucristo para los gentiles y también para los judíos.”

Aunque el Libro de Mormón es un registro de los nefitas y los jaréditas, es principalmente un volumen de escritura que contiene la mente, la voluntad y la voz del Señor para el pueblo de ese día y para el nuestro.

“El cual [refiriéndose al Libro de Mormón] fue dado por inspiración [refiriéndose a Nefi, Alma, Moroni y los otros profetas antiguos] y es confirmado a otros por el ministerio de ángeles [es decir, el registro fue dado por ministros angelicales a personas de nuestro tiempo], y es declarado al mundo por ellos [es decir, por los tres testigos, José Smith y las personas que recibieron el mensaje de ellos]—

“Probando al mundo que las santas escrituras son verdaderas [las santas escrituras mencionadas aquí se refieren a la Biblia; por lo tanto, el Libro de Mormón fue dado para probar que la Biblia es verdadera], y que Dios inspira a los hombres y los llama a su santo trabajo en esta edad y generación, así como en las generaciones pasadas; “Demostrando así que él es el mismo Dios ayer, hoy y por los siglos. Amén.” (D&C 20:5-12.)

Así, el Libro de Mormón vino para probar la veracidad de la Biblia y la misión divina de José Smith. Ese es su propósito. Cualquiera que lea el Libro de Mormón con verdadera intención y medite en su verdad llegará a saber que está inspirado. A veces decimos: “Lee el Libro de Mormón y obtendrás un testimonio.” Pero eso no es lo que dice la escritura. No puedes simplemente leerlo y pensar que es verdadero y luego obtener una respuesta. Debes meditar en sus verdades. Después de meditar en sus verdades, entonces llega el testimonio del Espíritu Santo.

Cuando sabes que el Libro de Mormón es verdadero, ¿qué más sabes? Automáticamente tienes un testimonio, y un testimonio consiste en tres cosas: un conocimiento de la filiación divina de Cristo, un conocimiento de la misión profética de José Smith y un conocimiento de que la Iglesia es verdadera. Esas tres cosas son sinónimos del mensaje de la Restauración— y el propósito del Libro de Mormón es probar el mensaje de la Restauración. También prueba que Jesús es el Cristo porque testifica repetidamente que lo es.

El Libro de Mormón prueba y establece todo el sistema de religión en el que estamos involucrados. El Señor dice que aquellos que alaban y defienden esta obra recibirán “una corona de vida eterna”, mientras que aquellos que la condenen serán condenados a su vez (D&C 20:14-16). En resumen, el mundo será juzgado por su aceptación o rechazo del Libro de Mormón.

Advertencia para Usar el Libro de Mormón

El Señor dijo: “Vuestros corazones en tiempos pasados se han oscurecido debido a la incredulidad, y porque habéis tratado ligeramente las cosas que habéis recibido.” Ahora, preguntamos, ¿cuáles son las cosas que hemos recibido? Hemos recibido revelaciones de los últimos días y el Libro de Mormón. Hemos tratado ligeramente las cosas que hemos recibido, “las cuales la vanidad y la incredulidad han traído a toda la iglesia bajo condenación.”

En otras palabras, la Iglesia miraba hacia dispensaciones anteriores; trataron ligeramente las revelaciones de esta dispensación. “Y esta condenación recae sobre los hijos de Sión, incluso sobre todos. Y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan y recuerden el nuevo convenio, incluso el Libro de Mormón y los mandamientos anteriores que les he dado, no solo para decíroslos, sino para hacer según lo que he escrito.” (D&C 84:54-56.)

El Antiguo Testamento se lee como el “antiguo convenio” y el Nuevo Testamento se lee como el “nuevo convenio”, en cuanto al mundo se refiere. Eso simplemente significa que uno es un convenio que el Señor hizo con generaciones más antiguas y el otro es el convenio que hizo con una nueva generación. Pero desde nuestra perspectiva, ambos son un antiguo convenio. Fueron hechos con personas muertas. Ahora bien, el

nuevo convenio, como dice esta revelación, es el Libro de Mormón y “las cosas” recibidas o reveladas en este día.

El Perdón Viene de Testificar de la Restauración

El Señor decreta además: “Os perdonaré vuestros pecados con este mandamiento [en otras palabras, con esta condición] —que permanezcáis firmes en vuestros corazones con solemnidad y espíritu de oración, dando testimonio a todo el mundo de aquellas cosas que se os han comunicado.” (D&C 84:61.)

Así, el perdón de los pecados se da a aquellos que en el espíritu adecuado dan testimonio no de lo que fue revelado antiguamente a Pedro, Santiago y Juan, sino de lo que ha sido “comunicado a vosotros —es decir, a nosotros— en esta dispensación. Toda nuestra perspectiva al enseñar debe basarse en las revelaciones de los últimos días. De hecho, es porque recibimos revelaciones en este día, y porque somos diferentes del mundo, que las personas en este día se sienten atraídas por y se están uniendo a la Iglesia.

La Nueva Escritura Surge de la Aplicación Inspirada de las Escrituras Antiguas

Es fascinante ver lo que está en la Biblia una vez que ya sabes lo que está en el Libro de Mormón. Por ejemplo, el Libro de Mormón habla de la fe, la esperanza y la caridad (Mormón 7:25-48) y lo hace mejor que Pablo (1 Cor. 13), aunque en muchos casos usa el mismo lenguaje que Pablo. No sé si puedo afirmar categóricamente por qué, pero una respuesta probable es que tanto Pablo como Mormón tuvieron ante sí lo que un profeta anterior había escrito y simplemente lo tomaron y repitieron lo que él había dicho.

El Libro de Mormón también habla de cosas que están en el libro de Malaquías, acerca de la tierra que se quema y cosas por el estilo (comparar 1 Nefi 22:15 y Malaquías 4:1; también 1 Nefi 22:24 con Malaquías 4:2), y las atribuye a un profeta llamado Zenós. Ahora bien, estas porciones del Libro de Mormón fueron escritas antes de que Malaquías fuera escrito. Esto debe significar que Nefi (con las planchas de bronce) y Malaquías (usando los registros del Antiguo Testamento) tuvieron ante sí los escritos de Zenós y los parafrasearon en las cosas que estaban escribiendo. Este proceso de un profeta haciendo una aplicación inspirada de los escritos de

un profeta anterior, e integrándolos en su propio testimonio, ilustra una de las formas en que se desarrolla la escritura.

El Libro de Mormón Contiene Profundas Verdades

Cuando salí del edificio esta mañana le dije a Dallin Oaks: “Voy a ir a BYU a hablar en un simposio sobre el Libro de Mormón. ¿Qué debo decirles?” Él respondió, “Diles que Dallin Oaks está leyendo el Libro de Mormón nuevamente y descubriendo verdades que nunca imaginó que estaban allí.”

Inevitablemente, eso sucede. Le dije a Dallin, “Estaba leyendo en la historia de la Iglesia en algún lugar y el Profeta José Smith dijo, 'Pasé la tarde leyendo el Libro de Mormón.'” Realmente no importa si es José Smith, Spencer Kimball, Dallin Oaks, yo o cualquiera de nosotros. Te alineas con el Espíritu de Dios y entiendes el evangelio cuando centras tu interés y atención en el Libro de Mormón y en las revelaciones de los últimos días. Te quedas corto si piensas que vas a ser un gran erudito bíblico y vas a ir por el camino de las personas en el mundo. (Discurso, Facultad de Religión de BYU, 13 de junio de 1984.)

Capítulo 18

LA Biblia — Un Libro Sellado

Me complace y es un honor estar aquí, y ruego por una abundante derramamiento del Espíritu Santo sobre todos nosotros mientras consideramos algunos temas de gran importancia relacionados con nuestro trabajo como maestros.

Hablaré sobre el libro sellado, que contiene muchos de los misterios del reino. Estas son cosas que tienen un gran valor para todos los que enseñan el evangelio. Mi tema específico es “La Biblia—Un Libro Sellado”, pero mi enfoque y tratamiento de este tema puede no seguir el patrón normal.

Hay muchas cosas que deben decirse, y hablaré de manera clara, con la esperanza de edificar y no de ofender.

Sellos en la Santa Palabra

Tanto Isaías como Juan nos hablan sobre un libro que está sellado. La profecía de Isaías habla de tomar palabras de la parte no sellada del libro para dárselas a uno de gran aprendizaje, a una poderosa torre de poder intelectual, quien pidió recibir el libro mismo.

Al decirle que dos tercios del libro estaban sellados, el gigante intelectual, experto en todo el aprendizaje lingüístico del mundo, dijo: “No puedo leer un libro sellado.” Esta profecía se cumplió cuando Martin Harris llevó algunos de los caracteres copiados de las planchas del Libro de Mormón al Profesor Charles Anthon en Nueva York. (Isaías 29; 2 Nefi 27; JS —H 1:63-65.)

Juan el Revelador vio en las manos del Gran Dios un libro sellado con siete sellos. “Contiene”, como nos dice nuestra revelación, “la voluntad revelada, los misterios y las obras de Dios; las cosas ocultas de su economía respecto a esta tierra durante los siete mil años de su existencia, o su existencia temporal”, cada sello cubriendo un período de mil años.

Como vio Juan, nadie excepto el Señor Jesucristo—"el León de la tribu de Judá, la raíz de David"—tenía el poder de abrir estos siete sellos. (Apoc. 5:5; D&C 77:6.)

Contenido de la Parte Sellada del Libro de Mormón

Este mismo o similar conocimiento está contenido en la parte sellada del Libro de Mormón. Por lo que sabemos, los dos libros sellados son uno y el mismo. De esto estamos bastante seguros: Cuando, durante el Milenio, se traduzca la parte sellada del Libro de Mormón, dará cuenta de la vida en la preexistencia; de la creación de todas las cosas; de la Caída y la Expiación y la Segunda Venida; de las ordenanzas del templo en su plenitud; del ministerio y misión de los seres trasladados; de la vida en el mundo espiritual, tanto en el paraíso como en el infierno; de los reinos de gloria que habitarán los seres resucitados, y muchas otras cosas (ver, por ejemplo, Éter 1:3-5).

Hasta ahora, el mundo no está listo para recibir estas verdades. Por una parte, estas doctrinas añadidas destruirán completamente toda la teoría de la evolución orgánica tal como se enseña ahora casi universalmente en los pasillos de la academia. Por otra parte, presentarán un concepto completamente diferente y un marco temporal de la Creación, tanto de esta tierra como de todas las formas de vida, y de los cielos siderales mismos, que el que se postula en todas las teorías de los hombres. Y, lamentablemente, hay quienes, si se vieran obligados a hacer una elección en este momento, elegirían a Darwin sobre la Deidad.

Nuestro propósito al referirnos al libro o libros sellados de los que hablan Isaías y Juan es preparar el terreno para considerar el libro sellado—la Santa Biblia—que ahora tenemos en nuestras manos. Así como el Señor Jesús tiene el poder de abrir los siete sellos en el libro de Juan, así también la salida de la parte sellada del Libro de Mormón depende de la fe y la rectitud de nosotros, los hombres.

Cuando rasgamos el velo condenador de la incredulidad que ahora nos separa de la comunión perfecta con Dios y los ángeles, y cuando ganemos la fe como la del hermano de Jared, entonces obtendremos el conocimiento que él tuvo. Esto no ocurrirá hasta después de la venida del Señor. (Éter 4.)

El entendimiento viene por inspiración, no por intelectualidad

El Libro de Mormón salió a la luz y fue traducido por el don y el poder de Dios. No estuvo involucrada la erudición ni el aprendizaje de los sabios. No fue traído por gigantes intelectuales entrenados en toda la sabiduría lingüística del mundo. Salió por el poder del Espíritu Santo. El traductor dijo: “No soy aprendido.” El Señor respondió: “El sabio no leerá” el relato sobre las planchas. (2 Nefi 27.)

Hay una gran clave en esto. El Libro de Mormón está traducido correctamente porque un hombre no instruido lo hizo por el don y el poder de Dios. Le tomó menos de sesenta días de traducción. La Biblia abunda en errores y malas traducciones, a pesar de que los más sabios eruditos y traductores de los siglos trabajaron durante años con los manuscritos de la antigüedad para darla a conocer.

La clave para entender las escrituras sagradas no está en la sabiduría de los hombres; no está en los pasillos clausurados; no en los títulos académicos; no en el conocimiento del griego y hebreo—aunque algunos conocimientos intelectuales puedan resultar de todo esto—sino que las cosas de Dios se conocen y entienden solo por el poder del Espíritu de Dios (1 Cor. 2). Así dice el Señor: “Llamo a las cosas débiles del mundo, a aquellos que son no instruidos y despreciados” para hacer mi obra (D&C 35:13).

Cuán bien dijo Pablo: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el que disputa de este mundo? ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? Porque la necedad de Dios es más sabia que los hombres; y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres. Porque veis vuestra vocación, hermanos, que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, son llamados; sino que Dios ha escogido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios.” (1 Cor. 1:20, 25-27).

Por supuesto, debemos aprender todo lo que podamos en cada campo: debemos sentarnos con Pablo a los pies de Gamaliel; debemos adquirir conocimiento de los reinos, países y lenguas (D&C 88:76-81; 90:15). “Ser aprendido es bueno”, nos dice Jacob, si “hacemos caso a los consejos de Dios” (2 Nefi 9:29).

Pero por encima de todo esto—más importante que todo lo demás combinado; más importante que toda la sabiduría adquirida por el poder del intelecto por todos los sabios de todos los tiempos—por encima de todo está la necesidad de la guía del Espíritu en nuestro estudio y enseñanza. La forma en que el Libro de Mormón salió a la luz—por el poder de Dios que utilizó a un hombre no instruido—marca el tono para todos nosotros en todo nuestro trabajo en el reino. El Señor puede hacer su obra a través de nosotros si lo dejamos.

La Biblia, un libro sellado

Ahora bien, es mi juicio considerado y creo firmemente que la Biblia tal como la tenemos ahora es un libro sellado. No tiene el sello de los jaréditas que solo puede ser removido por fe y rectitud: la Biblia es para los hombres de nuestro tiempo, tanto los justos como los impíos. Y no está sellada con siete sellos, sino con dos. Estos sellos los nombraremos y mostraremos cómo pueden ser removidos. La Biblia debe convertirse en un libro abierto, un libro que sea leído, creído y entendido por todos los hombres sobre la tierra.

Lo que es la Biblia

Pero primero debemos decir qué es la Biblia y mostrar su relación con la obtención de la salvación y con otros escritos inspirados. Todos saben que la Biblia es el libro de los libros; que es un volumen de escrituras santas; que contiene la mente, la voluntad y la voz del Señor para todos los hombres sobre la tierra; y que ha tenido un impacto mayor sobre la civilización del mundo, hasta este momento, que cualquier otro libro jamás escrito.

No hay pueblo sobre la tierra que tenga la Biblia en tan alta estima como nosotros. La creemos; la leemos y meditamos sobre sus dichos; nos regocijamos en las verdades que enseña; y buscamos conformar nuestras vidas al estándar divino que proclama. Pero no creemos, como lo hace el cristianismo evangélico, que la Biblia contenga todas las cosas necesarias para la salvación, ni creemos que Dios haya tomado ahora la lengua del mudo que ya no habla, ni revela, ni hace conocer su voluntad a sus hijos.

No toda la verdad está en la Biblia

De hecho, sabemos que la Biblia contiene solo una fracción, una ramita, una hoja, no más que una pequeña rama como máximo, del gran árbol de la revelación que Dios ha dado en tiempos pasados. Ha habido diez mil veces diez mil más revelaciones de las que se han preservado para nosotros en nuestra Biblia actual. Contiene un cubo, una pequeña cubeta, unos pocos tragos, no más que un pequeño arroyo como máximo, del gran océano de la verdad revelada que ha llegado a los hombres en épocas más espiritualmente iluminadas que la nuestra.

La Biblia, un registro imperfecto

Y aún así, incluso la pequeña porción de verdad preservada para nosotros en nuestra Biblia actual no nos ha llegado con su original claridad y perfección. Un ángel le dijo a Nefi, con énfasis repetido, que la Biblia—incluyendo tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento—contenía el conocimiento de la salvación cuando fue escrita por primera vez; que luego pasó por las manos “de esa gran y abominable iglesia, que es la más abominable sobre todas las demás iglesias”; que muchas partes claras y preciosas, así como muchos convenios del Señor, fueron eliminados; y que como resultado de ello, una gran cantidad de personas tropezaron y no sabían qué creer ni cómo actuar (1 Nefi 13).¹

Y sin embargo, con todo esto, no podemos evitar la conclusión de que una providencia divina está dirigiendo todas las cosas como deben ser. Esto significa que la Biblia, tal como está ahora, contiene esa porción de la palabra del Señor que un mundo rebelde, malvado y apóstata tiene derecho y capacidad de recibir.

La Biblia para preparar a los hombres para el Libro de Mormón

No dudamos tampoco que la Biblia, tal como está constituida ahora, se dio para probar la fe de los hombres. Prepara a los hombres para el Libro de Mormón. Aquellos que realmente creen en la Biblia aceptan el Libro de Mormón; aquellos que creen en el Libro de Mormón aceptan Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio; y aquellos tan iluminados se esfuerzan por vivir de tal manera que puedan recibir la mayor luz y conocimiento en esos libros sellados que aún han de salir a la luz—esos libros, repetimos,

que saldrán de hombres no instruidos mientras son guiados por el Espíritu Santo.

Providencialmente, la Biblia está escrita de tal manera que todos los hombres, por muy escasa que sea su dotación espiritual, pueden obtener verdad e iluminación de ella, mientras que aquellos que tienen el poder de discernir pueden aprender de ella las cosas profundas y ocultas reservadas solo para los Santos.

Las escrituras modernas son superiores a la Biblia

En perspectiva, en lo que respecta a la obtención de la salvación, la Biblia es superada—y de manera inconmensurable—por el Libro de Mormón y las otras revelaciones de los últimos días. Estas escrituras modernas son, de hecho, las que deben ser creídas y aceptadas para ser salvos. Si llegara el caso, nosotros, que vivimos en la dispensación de la plenitud de los tiempos, podríamos ser salvos aunque no existiera la Biblia, porque las verdades y los poderes del evangelio nos han sido dados de nuevo directamente por revelación.

Compañeros no canónicos de las escrituras

Asimismo, para poner todo en perspectiva, debemos ser conscientes de que existen escritos aprobados e inspirados que no están en las escrituras canónicas. Estos también son verdaderos y deben ser utilizados junto con las escrituras mismas en el aprendizaje y enseñanza del evangelio. Después de las escrituras canónicas, los cinco documentos más grandes en nuestra literatura son:

1. La Carta de Wentworth

Escrita por el Profeta José Smith, contiene un relato de la aparición del Libro de Mormón, de los antiguos habitantes de las Américas, de la organización de la Iglesia en esta dispensación, y de las persecuciones sufridas por los primeros Santos de los Últimos Días. Los trece Artículos de Fe son parte de esta carta. (Historia de la Iglesia, 4:535-39.)

2. Las Lecciones sobre la Fe

Estas lecciones fueron preparadas por y bajo la dirección del Profeta José Smith y fueron enseñadas por él y otros en la Escuela

de los Profetas. El Profeta dijo que abarcaban “las doctrinas importantes de la salvación”. (Lecciones sobre la Fe.)

3. El Padre y el Hijo: Una Exposición Doctrinal por la Primera Presidencia y los Doce

Esta exposición establece el estatus y la relación del Padre y el Hijo, muestra las formas en que Cristo es el Padre, y mediante sus diversas recitaciones pone fin a la falsa y herética visión de que Adán es nuestro Padre y nuestro Dios (James E. Talmage, *Los Artículos de Fe* [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1955], p. 466.)

4. El Discurso de King Follett y el Sermón en el Bosque

Estos dos sermones, uno en pensamiento y contenido, exponen la doctrina de la pluralidad de Dioses y de llegar a ser coherederos con Cristo. Muestran que el hombre puede llegar a ser como su Creador y reinar en exaltación celestial para siempre. (*Enseñanzas*, pp. 342-60, 369-76.)

5. El Origen del Hombre, por la Primera Presidencia de la Iglesia

Este escrito inspirado establece la posición oficial de la Iglesia sobre el origen del hombre y, por lo tanto, impide las fantasías evolutivas de los biólogos y sus seguidores. Como era de esperar, provoca una gran animosidad entre los intelectuales cuyos testimonios son más etéreos que reales. (Joseph Fielding Smith, *El Hombre, su Origen y Destino* [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1973], pp. 348-55.)

Dos Sellos sobre la Biblia

Ahora, sobre nuestro libro sellado moderno—la Santa Biblia—el libro que prepara a los hombres para la luz y el conocimiento adicionales que el Señor tiene reservados para ellos. ¿Cuáles son los sellos que esconden sus maravillas del mundo?

Son dos en número y son los extremos opuestos de un péndulo que oscila. Son los sellos de Satanás y han sido forjados con una astucia diabólica. De hecho, no puedo pensar en dos sellos que pudieran destruir más efectivamente el valor y el uso de la Biblia que estos dos.

Son: el sello de la ignorancia, y—por favor, agárrense bien—el sello de la intelectualidad. Un comentario sobre cada uno es necesario.

El Sello de la Ignorancia

Este sello mantuvo la Biblia alejada de casi todas las almas vivientes en la tierra durante casi quince siglos. Si alguna vez hubo un libro sellado, fue la Biblia durante la Edad Media. La iglesia dominante ni la usaba ni la enseñaba, sino que seguía las tradiciones de los padres. Por lo tanto, doctrinas como la de un Dios espíritu trino; el culto a María y a las imágenes; la intercesión de los santos; las misas por la salvación de los vivos y los muertos; la venta de indulgencias; el purgatorio; el bautismo infantil; la justificación de la persecución y muerte de los herejes, como en la Inquisición Española; y así sucesivamente—por ninguna de estas cosas hay un solo indicio de justificación escritural adecuada.

El Renacimiento y la Reforma que de él surgió fueron en gran medida movimientos para traducir y usar la Biblia. Muchos fueron los buscadores de la verdad que fueron quemados en la hoguera solo por poseer una Biblia no autorizada. No necesitamos profundizar más en esto. Hay estanterías de libros en cada buena biblioteca que cuentan esta oscura y triste historia.

Hoy en día, el sello de la ignorancia permanece solo en la medida en que la mayoría de la cristiandad, y el resto del mundo en general, no tienen un interés real en estudiar la Biblia. Los ministros modernos son sociólogos, no teólogos. Y en las naciones católicas, casi no hay aliento ni incentivo para poseer o leer la palabra bíblica.

El Sello de la Intelectualidad

En cuanto al sello de la intelectualidad, este es un asunto completamente diferente. Se impone, sin duda, de manera no intencionada en muchos casos, por “los sabios y los eruditos... que se engríen por su saber y su sabiduría”—estas son las palabras de Jacob—y que no saben que de esta manera están siendo contados entre aquellos “a quienes” el Santo de Israel “desprecia” (2 Nefi 9:42).

Ahora mostraremos la falacia de confiar en el aprendizaje y la intelectualidad, en lugar de en el Espíritu y en una comprensión general del plan de salvación, a medida que presentamos las claves de entendimiento que nos permitirán remover los sellos de la Biblia sellada.

Algunas de estas claves de entendimiento son de importancia casi infinita, otras son tan insignificantes que si se ignoran, nadie las echará de menos. Sin embargo, incluso estas deben mencionarse para mantener las cosas importantes en perspectiva. Nos tomaremos la libertad de calificar cada clave en una escala del uno al diez.

Y así decimos de la Biblia, como Parley P. Pratt dijo del Libro de Mormón:

Quiten los sellos; que se despliegue ampliamente

Su luz y gloria para el mundo.

(“Un ángel desde lo alto”,

Himnos SUD No. 13.)

Claves para entender la Biblia

Clave Uno: Leer la Biblia

¿Podría haber algo más obvio que esto? Simplemente leer el libro en sí. A menos que lo hagamos, nada más encajará en su lugar. No podemos hacer otra cosa que calificar esto como un diez en nuestra escala. Toda la erudición bíblica y comprensión comienza con la lectura del material fuente básico.

Uno de nuestros problemas es que leemos lo que otros han dicho sobre la Biblia: leemos un libro de historias del Antiguo Testamento; obtenemos algo que Reader's Digest publica bajo el nombre bíblico, que deja fuera las genealogías y las partes supuestamente difíciles.

Leamos el libro mismo. “Escudriñad las escrituras” (Juan 5:39). Atesoremos la palabra del Señor. Vayamos a la fuente. Las palabras son sagradas. En la medida en que nos han llegado tal como fueron escritas originalmente, fueron inspiradas por el Espíritu Santo. Deben ser leídas una y otra vez mientras vivamos.

Pero no todas las partes de la Biblia tienen el mismo valor.

Los Evangelios, particularmente el Evangelio de Juan, valen su peso en oro. Hechos no está muy lejos de ellos. Las epístolas de Pablo, siendo Romanos la principal y Filemón la menos importante, son depósitos de doctrina y sabias enseñanzas. Los escritos de Pedro y Santiago, además de Primera de Juan, se clasifican como si fueran escritos por ángeles. Segunda y Tercera de Juan no tienen especial relevancia; Judas tiene al menos algo de valor; y

para aquellos con entendimiento del evangelio, el Apocalipsis es una base de sabiduría divina que expande la mente y alumbra el alma.

En el Antiguo Testamento, el Génesis es el libro de los libros—un relato divino cuyo valor no puede ser medido. Éxodo y Deuteronomio también tienen un valor sobresaliente. Números, Josué, Jueces, los libros de Samuel, los Reyes y las Crónicas son toda una historia esencial, entrelazada con hechos de fe y maravillas que forman un trasfondo para el entendimiento de la fe cristiana. Levítico no tiene una aplicación especial para nosotros, y excepto por algunos pasajes, no necesita ser motivo de preocupación permanente. Rut y Ester son hermosas historias que forman parte de nuestra herencia. Los Salmos contienen una poesía maravillosa, y las porciones que son mesiánicas y que hablan de los últimos días y la Segunda Venida son de gran importancia. Proverbios, Eclesiastés y Lamentaciones son libros interesantes; Job es para personas que gustan del libro de Job; y el Cantar de los Cantares es basura bíblica; no es un escrito inspirado. Esdras, Nehemías, Abdías y Jonás son los menos importantes de los profetas; y todos los demás profetas—Isaías por encima de todos—cada uno en su lugar y orden expone la palabra doctrinal y profética que debe ser estudiada en profundidad.

Clave Dos: Conocer hebreo y griego

Ciertamente no hay objeción a esto, pero tiene algunos riesgos. José Smith y algunos de nuestros primeros hermanos estudiaron hebreo. Cuando el conocimiento de los idiomas antiguos se usa correctamente—como medio para obtener inspiración sobre pasajes particulares—merece una calificación de, digamos, uno o uno y uno décimos. Usado incorrectamente, como un fin en sí mismo, su valor cae fuera de la escala, hasta un menos cinco o un menos diez, dependiendo de la actitud y perspectiva espiritual del usuario.

Aquellos que recurren a los idiomas originales para su conocimiento doctrinal tienen la tendencia de confiar más en los eruditos que en los profetas para las interpretaciones escriturales. Esto es peligroso: es una lástima ser contado entre los sabios y los aprendidos que saben más que el Señor.

Ciertamente ninguno de nosotros debería sentirse perturbado o inferior si no tenemos un conocimiento funcional de los idiomas en los que la Biblia

fue escrita por primera vez. Nuestra preocupación debe ser ser guiados por el Espíritu y interpretar la palabra antigua en armonía con las revelaciones de los últimos días.

Clave Tres: Usar comentarios y diccionarios bíblicos

Cualquier cosa que se diga bajo este título es más una advertencia que una recomendación. En cuanto a los asuntos históricos y geográficos, caen fuera de la escala, hasta un menos diez, menos cien, menos mil, dependiendo de la doctrina.

Los sabios y los eruditos saben tan infinitesimalmente poco sobre doctrina que casi es una pérdida de tiempo leerlos. Todos sus credos son una abominación a los ojos del Señor. Enseñan como doctrinas los mandamientos de los hombres. Torcen y pervierten las escrituras para que se ajusten a sus tradiciones, y si llegan a acertar en algo, es por accidente.

Uno dice que Jesús no caminó sobre el agua, porque eso es imposible; más bien, caminó por la orilla del mar.

Otro dice que no alimentó a los cinco mil multiplicando panes y peces, porque eso va en contra de toda la naturaleza; más bien, muchos en la congregación llevaban comida en sus mochilas, pero tenían miedo de sacarla por temor a tener que compartirla con otros. Jesús simplemente les enseñó a compartir.

Otro dice que no necesitamos esperar la Segunda Venida en el sentido literal, porque seguramente Cristo ya no es un hombre que pueda habitar entre los hombres; más bien, la Segunda Venida ocurre siempre que Cristo habita en el corazón de un hombre.

Los comentarios mundanos son inadecuados. ¿Qué pueden enseñarnos los comentarios del mundo sobre la naturaleza personal de Dios; sobre la preexistencia, la Guerra en el Cielo y el plan eterno de salvación; sobre la caída del hombre con su muerte temporal y espiritual; sobre la creación paradisiaca que se restaurará durante el Milenio; sobre el Sacerdocio de Melquisedec y sus diferentes oficios; sobre la recolección literal de Israel y la restauración de las Diez Tribus sobre los montes de Israel; sobre la predicación a los espíritus en prisión y la doctrina de la salvación para los muertos; sobre los templos y el matrimonio celestial y la continuación de la unidad familiar en la eternidad; sobre los dones, señales y milagros;

sobre una apostasía universal, un glorioso día de restauración, y la salida del Libro de Mormón; sobre la expiación de Cristo que hace que la salvación esté disponible bajo condiciones de obediencia; sobre los tres grados de gloria; sobre la exaltación en el cielo más alto del mundo celestial donde los hombres serán coherederos con Cristo; sobre casi todas las doctrinas básicas de la salvación?

Mis compañeros maestros; todas estas cosas, y diez mil más, han venido de Dios en el cielo hacia nosotros en esta dispensación final de gracia por revelación directa. Son las verdades que hacen que la salvación esté disponible; y no se encuentran en los tomos de los eruditos del mundo.

Clave Cuatro: Aprender sobre costumbres y tradiciones locales

Esto tiene una considerable ventaja. Se califica con un dos o tres. Las palabras de las escrituras a menudo adquieren un nuevo y mayor significado cuando se leen a la luz de las condiciones locales que las originaron.

Cuando aprendemos que el consejo de Jesús de tener cuidado con los falsos profetas (Mateo 7:15), que vienen a nosotros con vestiduras de ovejas pero interiormente son lobos rapaces, se refería a los rabinos, escribas y fariseos de su tiempo, nos damos cuenta de que su aplicación moderna es para los ministros de iglesias falsas que enseñan doctrinas falsas.

Cuando aprendemos que el llamado del manso Nazareno a venir a Él, tomar su yugo sobre sí y aprender de Él, porque su yugo era fácil y su carga ligera, y Él les daría descanso para sus almas (Mateo 11:28-29), fue una invitación a dejar las prácticas ritualistas, formalistas y onerosas de la ley mosaica y aceptar la simplicidad del culto evangélico, esto coloca una nueva luz sobre el llamado a dejar las cargas llenas de pecado del mundo y aceptar el santo evangelio.

Cuando aprendemos que cada grupo de viajeros en Palestina acampaba en los caravansares, en los cuales las habitaciones llamadas posadas rodeaban un patio donde sus animales estaban atados, obtenemos una visión completamente nueva del lugar donde nació el Señor Jesús.

Cuando Jesús reprendió a los maestros judíos porque sus tradiciones anulaban la ley de Dios (Mateo 15:6 [Marcos 7:13]); cuando los acusó por

sus restricciones absurdas del sábado (ver, por ejemplo, Mateo 12; Marcos 2; Lucas 6); cuando los condenó por sus actos ceremoniales de lavados y purificaciones (Mateo 6:16-18); es de gran ayuda saber qué eran las tradiciones, las restricciones y los actos ceremoniales.

Nefi cita “las palabras de Isaías” y dice que “son claras para todos aquellos que están llenos del espíritu de profecía.” Como un medio complementario para entender las palabras de los profetas, él dice que los hombres deben ser “enseñados según la manera de las cosas de los judíos.” (2 Nefi 25:4-5.)

Autores como Edersheim (Edersheim, Alfred, *The Life and Times of Jesus the Messiah* [Grand Rapids, Mich.: Eerdmans Pub. Co., 1971]; *Sketches of Jewish Social Life in the Days of Christ* [New York: F. H. Revell, 1876]), Farrar (Farrar, Frederick William, *The Life of Christ* [Portland, Oregon: Fountain Publications, 1972]), y Geikie (Geikie, Cunningham, *The Life and Words of Christ* [London: H. S. King, 1886]), que escribieron hace más de cien años, cuando los hombres tenían más fe y creían en la filiación divina de Cristo, nos dan muchos datos valiosos sobre estas antiguas costumbres y formas de vida.

Clave Cinco: Estudiar todas las escrituras en su contexto

El contexto de cada pasaje de las escrituras es importante; lo calificamos con un dos o tres en nuestra escala. Dios no hace acepción de personas. Cualquier cosa que haya dicho o dirá a una persona, también la dirá a otra que esté en una situación similar. Y puede dar lo que parecen ser mandamientos contradictorios a diferentes personas en situaciones distintas.²

Si las escrituras dicen: “No matarás” (Éx. 20:13; Deut. 5:17; Mosíah 13:21), ¿qué impide que el Señor le diga a Nefi que mate a Laban mientras ese líder judío yace en un estado de borrachera (1 Nefi 4:7-19)? Si las escrituras dicen que los miembros de la Iglesia que cometen asesinato son privados de la vida eterna (por ejemplo, comparando 1 Juan 3:15 y D&C 42:19 con 3 Nefi 30:2), ¿se aplica esto también a las naciones gentiles? Si necesitamos un pasaje para enseñar la separación entre iglesia y estado, ¿lo encontraremos en el Antiguo Testamento, cuando el pueblo era gobernado teocráticamente, o en el Nuevo Testamento, cuando se les exigía dar a César lo que era de César? Si estamos estudiando las prácticas

levíticas, ¿nos dirigiremos al Libro de Mormón, entre cuyo pueblo no había levitas? Y así sucesivamente. Obviamente, las escrituras tienen una aplicación limitada o general según el contexto.

Clave Seis: Dividir correctamente entre pasajes literales y figurativos

Esto es difícil de hacer; requiere considerable experiencia y discernimiento; y ciertamente se califica con un tres o un cuatro. En general, es más seguro tomar las cosas de manera literal, aunque las escrituras están llenas de temas figurativos.

Los sucesos literales incluyen hablar con Dios cara a cara, como un hombre habla con su amigo (Éx. 33:11; Moisés 7:4); que el hombre fue hecho a imagen de Dios tanto física como espiritualmente (Gén. 1:26-27; 5:1; Santiago 3:9); la venida de Cristo como el Unigénito en la carne (Moisés 1:6, 17, 33; 2:1, 26-27; 3:18; 4:1; Jacob 4:5, 11; Alma 12:33-34; 13:5; D&C 20:21; 29:42; 49:5; 76:13, 25; Juan 3:16); el Señor Jesús mismo viviendo en la Sión de Enoc (Moisés 7:16, 21, 69); su reinado personal durante el Milenio (Joel 3:17, 21; Zacarías 2:10-13; Apoc. 20:4; D&C 29:11; 43:29; 133:25); la resurrección de todos los hombres de entre los muertos con cuerpos corporales de carne y huesos (1 Cor. 15:21-22; Alma 11:40-41, 44; 42:23; Apoc. 20:13); y así sucesivamente.

Los temas figurativos incluyen caminar con Dios en el caso de Enoc (Moisés 6:34, 39; 7:69); el Señor Jehová viviendo con el antiguo Israel; Cristo siendo el pan viviente que descendió del cielo (Juan 6:29-59); comer su carne y beber su sangre en la ordenanza sacramental (Mateo 26:26-29; Marcos 14:22-25; Lucas 22:19-20; 1 Cor. 11:23-29); y así sucesivamente.

Clave Siete: Usar la versión King James de la Biblia

En lo que respecta a las Biblias del mundo, la versión King James está tan por delante de todas las demás que casi no hay comparación. La calificamos con un cinco o seis en nuestra escala. Es la Biblia que surgió para preparar el camino para la traducción del Libro de Mormón y para establecer un patrón literario y un estándar para las revelaciones en Doctrina y Convenios.³ Es la Biblia oficial de la Iglesia. Se podría hacer referencia al libro del Presidente J. Reuben Clark *Why the King James Version?* (Salt Lake City: Deseret Book Co., 1956) para una consideración extensa de este tema.

Clave Ocho: ¿Qué pasa con las otras traducciones del mundo?

En respuesta, decimos: Olvídenlas; son de tan poco valor que es casi una pérdida de tiempo indagar en ellas. Adoptamos una visión liberal para calificarlas con un uno en nuestra escala. No son vinculantes para nosotros y, en general, simplemente expresan las inclinaciones religiosas de sus traductores. Algunos, por ejemplo, han traducido que Cristo nació de una joven mujer en lugar de una virgen.⁴

Puede haber una ocasión en la que una de estas traducciones ajenas arroje algo de luz sobre un punto particular; no todas son malas; pero hay tantas cosas por estudiar y aprender que cuestiono la sabiduría de atesorar las vistas de traducción de los sabios y eruditos que realmente no tienen nada en el sentido inspirado que contribuir a la comprensión de la verdad eterna.

Clave Nueve: Usar y depender de la Traducción de José Smith, la llamada Versión Inspirada

Este consejo se califica con un ocho o un nueve. Casi no se puede enfatizar demasiado. La Traducción de José Smith, o Versión Inspirada, es mil veces superior a la mejor Biblia existente en la tierra. Contiene todo lo que la versión King James tiene, además de páginas de adiciones y correcciones y, en ocasiones, una eliminación. Fue hecha por el espíritu de revelación, y los cambios y adiciones son el equivalente de la palabra revelada en el Libro de Mormón y Doctrina y Convenios.

Por razones históricas y otras, ha habido entre algunos miembros de la Iglesia, en tiempos pasados, cierto prejuicio y malentendido sobre el lugar de la Traducción de José Smith. Espero que esto ya haya desaparecido. Nuestra nueva Biblia de la Iglesia incluye muchas de las principales modificaciones hechas en la Versión Inspirada y tiene una sección de diecisiete páginas que expone extractos que son demasiado extensos para ser incluidos en las notas al pie.

La referencia a esta sección y a las notas al pie dará a cualquiera que tenga perspicacia espiritual una profunda apreciación por esta obra revelatoria del Profeta José Smith. Es una de las grandes evidencias de su llamado profético.

Y me complace decir que aquí en la Universidad Brigham Young tenemos la máxima autoridad mundial sobre la Traducción de José Smith. Sus contribuciones en este campo de la erudición evangélica están al nivel de las mejores obras publicadas en nuestra dispensación. Él es, por supuesto, el Élder Robert J. Matthews, el decano de la escuela de religión. Su trabajo publicado, *Joseph Smith's Translation of the Bible* (Provo, Utah: Brigham Young University Press, 1975), merece su estudio cuidadoso.

Clave Diez: Usar las ayudas didácticas en nuestras nuevas ediciones de las escrituras

Recibí una carta de un maestro de seminario en la que criticaba nuestras nuevas publicaciones de las escrituras porque incluyen notas al pie, referencias cruzadas y ayudas didácticas. Argumentaba que estos son “muletas” que impiden que las personas hagan un estudio intensivo en el que hagan sus propias referencias cruzadas.

Bueno, yo por mi parte necesito estas “muletas” y se las recomiendo. Incluyen los elementos de la Traducción de José Smith, los encabezados de los capítulos, la Guía Temática, el Diccionario Bíblico, las notas al pie, el Gazetteer y los mapas.

Ninguno de estos es perfecto; por sí mismos no determinan la doctrina; ha habido y sin duda todavía hay errores en ellos. Las referencias cruzadas, por ejemplo, no establecen y nunca fueron pensadas para probar que los pasajes paralelos pertenecen al mismo tema. Son solo ayudas y recursos. Sin duda, merecen un cuatro o cinco en importancia. Úsalos de manera consistente.

Clave once: Usar traducciones inspiradas e interpretativas de las Escrituras

Me parece que la mayoría de nosotros casi no somos conscientes de la gran iluminación que tenemos a nuestra disposición a partir de traducciones inspiradas e interpretativas de pasajes bíblicos. Para aquellos con perspicacia espiritual, estas interpretaciones inspiradas merecen un ocho o nueve en nuestra escala; para aquellos con menos madurez espiritual, lo único que hacen es generar dudas y preguntas.

Como todos saben, casi cada cita del Nuevo Testamento de una Escritura del Antiguo Testamento varía del texto hebreo original tal como ha sido

traducido en nuestra Biblia. ¿Por qué? Hay dos razones. Una razón es que muchas citas provienen de la Septuaginta griega y no del texto hebreo que ha llegado a ser nuestro Antiguo Testamento. La Septuaginta tenía muchas deficiencias porque incorporaba los puntos de vista doctrinales de los traductores.

Pero, lo más importante, es que los judíos en los días de Jesús hablaban arameo y no hebreo, pero sus escrituras estaban escritas en hebreo. Por lo tanto, era práctica común en su adoración sinagoga que un maestro leyera los textos del hebreo y otro los tradujera, parafraseara o, como decían ellos, targumeara esos pasajes al arameo para que el pueblo los pudiera entender.

Cuando estos targumim fueron hechos por Jesús y los Apóstoles, todos los cuales enseñaban de manera regular y constante en las sinagogas, fueron inspirados, y por lo tanto arrojan una gran luz sobre las escrituras involucradas. Muchos pasajes del Antiguo Testamento adquieren nuevos significados debido a la manera en que se citan en el Nuevo Testamento.

Para todos los efectos prácticos, Nefi a menudo hacía lo mismo al citar a Isaías o Zenos. Él no daba una traducción literal, sino una traducción inspirada e interpretativa. Y en muchos casos, sus palabras dan un nuevo o ampliamente expandido significado a la palabra profética original.

De hecho, Moroni hizo lo mismo en sus apariciones de 1823 a José Smith. Por ejemplo, mejoró tanto la promesa del regreso de Elías que es como pasar de un agradable crepúsculo a la brillantez del sol del mediodía. Y sin embargo, años después, con un conocimiento completo de la traducción más perfecta, José Smith retuvo el lenguaje de la versión King James en el Libro de Mormón y en Doctrina y Convenios, así como su rendición inspirada de la Biblia.

Seguramente hay un mensaje aquí. Por una parte, esto significa que el mismo pasaje de las escrituras puede ser traducido correctamente de más de una manera, y que la traducción utilizada depende de la madurez espiritual de las personas.

De manera similar, el Sermón del Monte en el Libro de Mormón conserva, con algunas mejoras, el lenguaje de la versión King James. Pero más tarde,

la Traducción de José Smith presenta gran parte de este sermón de una manera que incluso supera al Libro de Mormón.

Un pasaje tan simple como Juan 17:3 tiene un significado limitado para todos los hombres, pero es un faro celestial de luz resplandeciente para nosotros.⁵ De él aprendemos que conocer a Dios y a Cristo es ser como ellos—pensando lo que ellos piensan, hablando lo que ellos hablan, haciendo lo que ellos hacen, todo lo cual es un conocimiento más allá de la capacidad de una mente no iluminada para recibir.

Tan rápido como aprendemos el plan de salvación y nos sintonizamos con el Espíritu Santo, las escrituras adquirirán un significado completamente nuevo para nosotros. Ya no estaremos limitados, como las mentes pequeñas de los sabios del mundo, sino que nuestras almas enteras se llenarán de luz y comprensión más allá de cualquier cosa que podamos concebir ahora.

Clave Doce: Las Escrituras Modernas Revelan las Escrituras Antiguas

No puedo poner demasiado énfasis en esta clave.⁶ Merece un diez o más. En el verdadero y real sentido de la palabra, la única manera de entender la Biblia es primero obtener un conocimiento de los tratos de Dios con los hombres a través de la revelación de los últimos días.

Podríamos ser salvos sin la Biblia, pero no podemos ser salvos sin la revelación de los últimos días. El nuestro es un reino restaurado. Las doctrinas, leyes, ordenanzas y poderes fueron todos restaurados. Dios y los ángeles nos los dieron nuevamente. Creemos lo que creemos, tenemos las verdades que poseemos y ejercemos las llaves y poderes que nos han sido conferidos, porque han venido por la apertura de los cielos en nuestros días. No miramos hacia un día muerto ni hacia un pueblo del pasado para nuestra salvación.

Como sucede, no podría ser de otra manera con un Dios inmutable, lo que tenemos concuerda con lo que tuvieron los antiguos Santos. Cualquier verdad o práctica coincidente que ellos tuvieron se presenta como un segundo y complementario testigo de las verdades del evangelio. Pero nuestro conocimiento y poderes vienen directamente del cielo.

Por lo tanto, los relatos imperfectos y parciales de los tratos del Señor con sus antiguos Santos, tal como se encuentran en la Biblia, deben concordar

y leerse en armonía con lo que hemos recibido. Ya es hora de que aprendamos, no que el Libro de Mormón es verdadero porque la Biblia es verdadera, sino justamente lo contrario. La Biblia es verdadera, en la medida en que lo sea, porque el Libro de Mormón es verdadero.

El evangelio eterno; el sacerdocio eterno; las ordenanzas idénticas de salvación y exaltación; las doctrinas invariables de la salvación; la misma Iglesia y el mismo reino; las llaves del reino, que solo pueden sellar a los hombres para la vida eterna: todas estas cosas siempre han sido las mismas en todas las edades, y lo serán eternamente en esta tierra y en todas las tierras, por toda la eternidad. Estas cosas las sabemos por la revelación de los últimos días.

Una vez que sabemos estas cosas, la puerta se abre para entender los fragmentarios pedazos de información en la Biblia. Al combinar el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio, tenemos al menos mil pasajes que nos dicen lo que prevalecía entre el pueblo del Señor en el Antiguo Mundo.

¿Tenían ellos la plenitud del evangelio eterno en todo momento? Sí. No hubo ni un período de diez minutos desde los días de Adán hasta la aparición del Señor Jesucristo en la tierra Bountiful cuando el evangelio — como lo tenemos en su plenitud eterna— no estuvo en la tierra.

No dejen que el hecho de que las actuaciones de la ley mosaica fueran administradas por el Sacerdocio Aarónico les confunda en este asunto. Donde está el Sacerdocio de Melquisedec, allí está la plenitud del evangelio, y todos los profetas poseyeron el Sacerdocio de Melquisedec (Enseñanzas, pp. 180-81).

¿Existía el bautismo en los días del antiguo Israel? La respuesta está en la Traducción de José Smith de la Biblia (véase, por ejemplo, JST Gen. 17:3-7; JST Matt. 9:18-21) y en el Libro de Mormón. Los primeros seiscientos años de la historia nefita son simplemente un relato verdadero y claro de cómo eran las cosas en el antiguo Israel desde los días de Moisés en adelante.

¿Existía una Iglesia en la antigüedad, y si es así, cómo estaba organizada y regulada? No hubo ni un parpadeo de ojo durante toda la llamada Era precristiana en la que la Iglesia de Jesucristo no estuvo en la tierra, organizada básicamente de la misma manera en que ahora lo está.

Melquisedec pertenecía a la Iglesia (D&C 107:1-4); Laban era miembro (1 Nefi 4:7-28, especialmente v. 22, 26); también lo era Lehi, mucho antes de salir de Jerusalén.

Siempre ha existido el poder apostólico (véase, por ejemplo, Enseñanzas, p. 157). El Sacerdocio de Melquisedec siempre ha dirigido el curso del Sacerdocio Aarónico. Todos los profetas han tenido una posición en la jerarquía de la época. El matrimonio celestial siempre ha existido. De hecho, tal es el corazón y núcleo del pacto abrahámico (véase D&C 132:29-38). Elías y Elías vinieron a restaurar este orden antiguo y a dar el poder de sellar que le da eficacia eterna (D&C 110:12-16).

La gente pregunta: ¿Tenían el don del Espíritu Santo antes del día de Pentecostés? Como vive el Señor, fueron tan dotados: tal es parte del evangelio; y aquellos así dotados realizaron milagros y buscaron y obtuvieron una ciudad cuyo arquitecto y creador es Dios (véase, por ejemplo, Heb. 11:8-10).

A menudo he deseado que la historia del antiguo Israel hubiera pasado por las manos editoras y proféticas de Mormón. Si fuera así, leeríamos como el Libro de Mormón; pero supongo que así era como se leía en primera instancia de todos modos.

Clave General: Meditar, Orar y Buscar el Espíritu

Esta es la conclusión de todo el asunto. Esta es la clave que remueve el sello. Esta es la única manera en que las puras, dulces y ocultas verdades de la Biblia pueden conocerse en su totalidad. Y se califica por encima de todas las demás.

Todos sabemos que debemos atesorar las palabras de vida (D&C 6:20; 43:34; 83:85); que debemos vivir por cada palabra que sale de la boca de Dios (Deut. 8:3; Matt. 4:4; D&C 84:44); que debemos meditar en las cosas de la justicia durante el día y, con Nefi, regar nuestras almohadas durante la noche (2 Nefi 33:3)—todo mientras dejamos que las solemnidades de la eternidad penetren en nuestras almas.

Todos sabemos que debemos pedir al Señor guía e iluminación. Pedid y se os dará; llamad y se os abrirá (Matt. 7:7-8). “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1:5).

“Y el Espíritu se os dará por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D&C 42:14). Porque, “ninguna profecía de la escritura es de interpretación privada. Porque la profecía no fue traída en otro tiempo por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo movidos por el Espíritu Santo.” (2 Pedro 1:20-21).

Ahora bien, se podría decir mucho más; solo hemos abierto la puerta a la investigación. Por grande que sea la oscuridad en el mundo entre los sabios y los eruditos, no necesitamos estar confundidos ni inseguros. El toque de trompeta del evangelio no suena con tonos inciertos. Tenemos el poder de quitar los sellos del libro sellado y disfrutar de la luz que emana de sus páginas.

Que, a manera de conclusión, doctrina y testimonio, les dé cuatro simples direcciones:

1. Enseñar desde la fuente. Usar las escrituras mismas; nuestra tendencia a menudo es estudiar textos sobre la Biblia, en lugar de tomar la palabra divina en su pureza.

Los arroyos de agua viva fluyen desde la Fuente Eterna, y fluyen por los canales escritos por los profetas. Aquí hay un poco de sabiduría que la mayoría de ustedes entenderán: No beban por debajo de los caballos, particularmente los caballos del sectarismo.

2. Enseñar doctrina en lugar de ética. Lean nuevamente sus instrucciones dadas por el presidente J. Reuben Clark en “El Curso Charter de la Iglesia en la Educación.” Como él expone, si enseñamos ética y nada más, fracasamos; si enseñamos las grandes y eternas doctrinas de la salvación, tenemos éxito, y los principios éticos se cuidarán por sí mismos.

3. Enseñar por el Espíritu. Esto es axiomático. Ha sido cierto desde el principio y lo será eternamente. ¿Han captado la visión de esa gran proclamación hecha en los días de Adán sobre cómo y de qué manera debe predicarse el evangelio?

La escritura dice: “Creed en su Hijo Unigénito, a quien él declaró que vendría en el meridiano de los tiempos, quien fue preparado desde antes de la fundación del mundo.” Es decir, creed en Cristo y conformaros al gran y eterno plan de salvación.

Luego vienen estas palabras: “Y así comenzó a predicarse el evangelio, desde el principio, siendo declarado por ángeles santos enviados desde la presencia de Dios, y por su propia voz, y por el don del Espíritu Santo” (Moisés 5:57-58).

El evangelio es y debe ser, y solo puede ser enseñado por el don del Espíritu Santo. Ese don nos es dado a nosotros como los Santos del Altísimo y a nadie más. Nos mantenemos solos y tenemos un poder que el mundo no posee. Nuestras visiones sobre los asuntos religiosos y espirituales son infinitamente mejores que las suyas porque tenemos la inspiración del cielo.

Esta es la razón por la cual el llamado a enseñar, el llamado a ser maestro—y hablo ahora de los maestros de ambos sexos—es la tercera posición más grande en la Iglesia. Verdaderamente, Pablo dijo: “Dios ha puesto en la iglesia, primeramente apóstoles, segundo profetas, terceramente maestros, luego milagros, luego dones de sanidades, ayudas, gobiernos, diversidad de lenguas” (1 Cor. 12:28). Apóstoles, profetas, maestros—en ese orden. Luego el mover montañas y el resucitar a los muertos.

Los apóstoles y los profetas también son maestros, y ¿qué mayor comisión puede tener alguien del Señor que estar en su lugar y decir lo que Él diría si Él estuviera presente personalmente, y hacerlo porque las palabras pronunciadas fluyen por el poder del Espíritu Santo?

4. Convertirse en un erudito del evangelio. Con tan gran comisión, ¿cómo podemos hacer otra cosa que no sea convertirnos en eruditos del evangelio y vivir de tal manera que habilitemos al Espíritu para que extraiga de nuestros tesoros adquiridos de verdad aquellas porciones necesarias en el momento justo?

La Enseñanza del Evangelio Es la Interpretación de las Escrituras

Por la propia naturaleza de las cosas, cada maestro se convierte en un intérprete de las escrituras para sus oyentes. No podría ser de otra manera. Debemos predicar, enseñar, exponer y exhortar. Pero nuestras explicaciones deben estar en armonía con las declaraciones proféticas y apostólicas, y lo estarán si son guiadas por el Espíritu. Recuerden que estos son los principales oficiales puestos en la Iglesia para asegurarse de que no

estemos “lanzados de un lado a otro, y llevados por todo viento de doctrina” (Efesios 4:14).

Ahora, una última palabra: En la Iglesia todos somos hermanos; el Señor no hace acepción de personas; no es la posición en la Iglesia lo que salva, sino la obediencia y la justicia personal.

El evangelio ha sido restaurado para “que todo hombre hable en el nombre de Dios el Señor, incluso el Salvador del mundo” (D&C 1:20). Todos tenemos derecho al espíritu de inspiración. Como dijo el Profeta José Smith: “Dios no ha revelado nada a José, sino lo que lo hará conocer a los Doce, y aún el más pequeño de los Santos puede saber todas las cosas tan pronto como sea capaz de soportarlas” (Enseñanzas, p. 149).

Los dones del Espíritu están disponibles para todos nosotros. De hecho, es nuestro privilegio—el privilegio de cada élder en el reino—despojarnos de celos y temores, y humillarnos ante el Señor, hasta que “el velo sea rasgado” y lo veamos y sepamos que Él es (D&C 67:10).

La obra es verdadera; la mano del Señor está en ella; triunfará. Y todos nosotros que hagamos nuestra parte recibiremos paz y gozo en esta vida y seremos herederos de la vida eterna en el mundo venidero. (“La Biblia—Un Libro Sellado”, Simposio de Educación de la Iglesia, BYU, 17 de agosto de 1984.)

Notas:

1. A lo largo de los últimos siglos, el mundo ha visto esfuerzos repetidos por parte de eruditos y teólogos para acercarse a la intención original de los antiguos profetas al darnos nuevas y diferentes traducciones de la Biblia. Típicamente, razonan que la Biblia fue escrita en inglés “King James”, que en gran parte ha caído en desuso. En consecuencia, concluyen que las traducciones modernas son más útiles. Además, insisten en que las habilidades lingüísticas de los traductores modernos son iguales a las de los traductores anteriores, y que, dado que traducen al inglés moderno y, a veces, con la ayuda comparativa de manuscritos no disponibles en 1611, sus traducciones son, sin duda, tan buenas y tal vez mejores.

Generalmente, no tenemos conflictos con sus habilidades de

traducción. Sin embargo, los problemas son al menos dos: primero, como indica Nefi, “se han quitado partes claras y preciosas” del texto; y segundo, hubo una clara alteración del texto antes de que llegara a manos de los traductores. Esto es grave, porque de un texto defectuoso proviene una traducción defectuosa. Al reprender a los de su tiempo, el Salvador dijo: “¡Ay de vosotros, abogados! porque habéis quitado la llave del conocimiento, la plenitud de las escrituras; no entráis vosotros, y a los que entraban, vosotros los impedisteis” (JST Lucas 11:53). Sin embargo, la alteración del texto ya tuvo lugar antes de los días de Jesús, como lo sugiere Jeremías 8:8, que la Nueva Traducción al Inglés dice así: “¿Cómo podéis decir: 'Somos sabios, y la ley del Señor está con nosotros'? ¡Cuando los escribas mentirosos con sus plumas lo han falsificado!”

2. En este contexto, José Smith dijo: “La felicidad es el objeto y el diseño de nuestra existencia; y será el fin de ella, si seguimos el camino que conduce a ella; y este camino es la virtud, la rectitud, la fidelidad, la santidad y guardar todos los mandamientos de Dios. Pero no podemos guardar todos los mandamientos sin antes conocerlos, y no podemos esperar conocer todo, o más de lo que ahora sabemos, a menos que cumplamos con o guardemos los que ya hemos recibido. Lo que es incorrecto bajo una circunstancia, puede ser, y a menudo es, correcto bajo otra. Dios dijo: 'No matarás'; en otro momento dijo: 'Deberás destruir por completo'. Este es el principio en el que se lleva a cabo el gobierno del cielo, por revelación adaptada a las circunstancias en las que los hijos del reino se encuentran. Lo que Dios requiere es correcto, sin importar lo que sea, aunque no veamos la razón de ello hasta mucho después de que los eventos sucedan.” (Enseñanzas, pp. 255-256).
3. El hecho de que la versión King James de la Biblia haya establecido el patrón literario tanto para el Libro de Mormón como para Doctrina y Convenios es un punto que no debe pasarse por alto, ya que la familiaridad con el inglés de la King James es muy importante si queremos ver los lazos literarios y las conexiones doctrinales entre los versículos en las diferentes escrituras. Además, es una ayuda importante para aprender cómo se nos dan

las escrituras. Gran parte de las escrituras que tenemos llegaron cuando un profeta, teniendo su mente llena con el lenguaje y la expresión de una escritura anterior, por el poder del Espíritu Santo, la aplicó a un nuevo y diferente contexto, ampliando así nuestra comprensión. Así, algunas de las expresiones maravillosas en Isaías 65 y 66, por ejemplo, cuando se aplican nuevamente y se amplían en significado, se encuentran en Doctrina y Convenios 133; de manera similar, Doctrina y Convenios 132 consiste en parte en la ampliación inspirada y la interpretación de pasajes del Nuevo Testamento (Mateo 22:23-33; Marcos 12:18-27; Lucas 20:27-38). Hay docenas de tales ilustraciones tanto en Doctrina y Convenios como en el Libro de Mormón, la mayoría, si no todas, de las cuales escaparían a nuestra vista si esos dos libros no estuvieran escritos en el mismo estilo King James que nuestra Biblia. La armonía en el estilo nos ayuda a ver cómo una escritura se edifica sobre otra.

4. Note cómo, de lo que parece ser una leve alteración, surge un error grave. Al cambiar el significado de un versículo y eliminar la doctrina del nacimiento virginal, destruimos al mismo tiempo la doctrina de la filiación divina de Cristo, y por ende la doctrina de la Expiación, sin la cual no tenemos evangelio y la vida no tiene sentido.
5. Una interpretación inspirada y scriptural de Juan 17:3 se encuentra en Doctrina y Convenios 132:24, que, como señala el élder McConkie, nos enseña que, en el sentido pleno y completo, debemos ser como Dios y Cristo para conocerlos. Este versículo también es importante debido a lo que enseña sobre la descendencia eterna de aquellos que así llegan a conocer al Padre y al Hijo.
6. Los críticos de los Santos de los Últimos Días ocasionalmente nos acusan de leer el “mormonismo” en el Antiguo Testamento en nuestras interpretaciones del mismo. A esta acusación respondemos que sí, al menos en el sentido de que, debido a que el evangelio es eterno, lo que tenemos es exactamente lo que ellos tenían. De hecho, como señala el élder McConkie, fueron ellos quienes en gran medida vinieron a restaurarlo para nosotros;

muchos de los mensajeros antiguos que dieron a José Smith las llaves del sacerdocio vinieron de la Iglesia del Antiguo Testamento: Adán, Gabriel, Rafael (D&C 128:20-21), Moisés, un hombre llamado Elías de los días de Abraham, y Elías (D&C 110:11-13), por ejemplo. En verdad, una de las mejores formas de entender el Antiguo Testamento es leer el evangelio eterno —el “mormonismo” llamado—en él. Lo mismo puede decirse del Nuevo Testamento.

7. El discurso del presidente Clark, “El Curso Chartered de la Iglesia en la Educación”, fue dado el 8 de agosto de 1938 a los líderes de Seminarios e Institutos de la Iglesia en la escuela de verano, en Aspen Grove, Utah. También se encuentra como apéndice en Boyd K. Packer, *Teach Ye Diligently* (Salt Lake City: Deseret Book Co., 1975), pp. 307-321. En este discurso, el presidente Clark enseña que hay “dos cosas principales que no deben ser pasadas por alto, olvidadas, atenuadas ni descartadas.” Estas son el testimonio de Jesús y su misión y ministerio expiatorios, y el testimonio de José Smith y su misión y ministerio de restauración. En preferencia a la enseñanza de la ética o las teorías de los hombres, es la enseñanza de estas grandes verdades y las doctrinas que fluyen de ellas lo que inspira a los hombres con el deseo de guardar los mandamientos. De manera similar, el élder McConkie enseñó que cualquier doctrina que enseñemos se enlaza y da testimonio tanto de Jesús como de José Smith.

Capítulo 19

Buscando las Escrituras

El Libro de Isaías

“Grandes son las palabras de Isaías”

Si nuestra salvación eterna depende de nuestra capacidad para entender los escritos de Isaías tan completamente y de manera tan verdadera como Nephi los entendió—y ¿quién dirá que no es así?—¿cómo nos irá en aquel gran día cuando, con Nephi, estemos ante el placentero tribunal de aquel que dijo: “Grandes son las palabras de Isaías” (3 Nefi 23:1)?

Para Laman y Lemuel, las palabras de Isaías eran como un libro sellado. Los hermanos mayores de Nephi podían leer las palabras y entender el idioma escrito por el gran vidente de Israel, pero en cuanto a visualizar su verdadero significado profético, para ellos era como si leyeran palabras escritas en un idioma desconocido.

Mandamiento de Estudiar Isaías

El Señor resucitado mandó a los nefitas y a toda la casa de Israel, incluidos nosotros, y, de hecho, a todas las naciones gentiles, “buscar... diligentemente... las palabras de Isaías. Porque ciertamente él habló,” dijo el Señor, “acerca de todas las cosas que conciernen a mi pueblo que es de la casa de Israel; por lo tanto, debe ser que él también debe hablar a los gentiles. Y todas las cosas que él habló han sido y serán, incluso conforme a las palabras que él habló.” (3 Nefi 23:1-3).

Laman y Lemuel son solo prototipos de la mayor parte del cristianismo moderno. Ellos casi no pudieron entender las doctrinas difíciles de este antiguo profeta, y por su falta de discernimiento espiritual se encontraron en el camino descendente que lleva a la destrucción eterna.

Cuando el padre Lehi “les habló muchas cosas grandes, que eran difíciles de entender, a menos que un hombre consultara al Señor,” ellos se

rebelaron contra sus enseñanzas y se negaron a “mirar al Señor”. Ellos se rebelaron contra sus enseñanzas y se negaron a “mirar al Señor” para aprender su verdadero significado. Cuando Nephi les preguntó: “¿Han consultado al Señor?” para aprender el verdadero significado de las palabras proféticas, ellos respondieron: “No lo hemos hecho; porque el Señor no nos hace conocer tal cosa.”

Entonces Nephi les citó—en el lenguaje del Señor Dios mismo—la gran promesa y ley por la cual cualquier hombre puede llegar a conocer el verdadero significado de la palabra revelada: “Si no endurecéis vuestros corazones, y me pedís con fe, creyendo que recibiréis, con diligencia en guardar mis mandamientos, ciertamente estas cosas serán dadas a conocer a vosotros.” (Ver 1 Nefi 15:1-11.)

Nephi dijo: “Mi alma se deleita en las palabras de Isaías” (2 Nefi 25:5). Personalmente, yo siento lo mismo acerca de Isaías y sus palabras, como Nephi se sintió, y creo que si espero ir a donde Nephi e Isaías han ido, más vale que hable su lenguaje, piense sus pensamientos, sepa lo que ellos sabían, crea y enseñe lo que ellos creyeron y enseñaron, y viva como ellos vivieron.

Puede ser que mi salvación (¡y la tuya también!) dependa de nuestra capacidad para entender los escritos de Isaías tan completamente y de manera tan verdadera como Nephi los entendió.

De hecho, ¿por qué deberían Nephi o Isaías saber algo que nos sea ocultado? ¿Acaso no trata Dios, que no hace acepción de personas, a todos sus hijos por igual? ¿No nos ha dado él su promesa y nos ha recitado los términos y condiciones de su ley conforme a los cuales nos revelará lo que les ha revelado a ellos?

Si el Señor Jehová le reveló a Isaías que “he aquí, una virgen concebirá, y dará a luz un hijo”, cuyo nombre será “Dios con nosotros” (Isaías 7:14); si este “niño” será “El Dios fuerte, El Padre eterno”, que reinará “con juicio y con justicia” para siempre (Isaías 9:6-9); si él “hará su alma una ofrenda por el pecado” y pondrá su “sepultura con los impíos” (Isaías 53:9-10); si su promesa redentora a todos los hombres es: “Tus muertos vivirán, juntos con mi cadáver se levantarán” (Isaías 26:19); si él reunirá a Israel en los últimos días y llevará “a los redimidos del Señor... a Sión con cánticos y alegría eterna sobre sus cabezas” (Isaías 35:10); si su pueblo “verá ojo a ojo, cuando el Señor haga volver a Sión” (Isaías 52:8); si estas y muchas

otras gloriosas verdades fueron conocidas por Isaías y Nephi, ¿deberían estar ocultas para nosotros? ¿Por qué deberían estos profetas saber lo que nosotros no sabemos? ¿No es también el Señor Jehová nuestro Dios?

Isaías a veces es difícil de entender

Reconozcamos libremente que muchas personas encuentran a Isaías difícil de entender. Sus palabras están casi totalmente más allá de la comprensión de aquellos en las iglesias del mundo. Nephi dijo: “Isaías habló muchas cosas que eran difíciles para muchos de mi pueblo de entender” (2 Nefi 25:1). Incluso en la verdadera Iglesia, entre aquellos que deberían ser iluminados por el don del Espíritu Santo, hay quienes saltan los capítulos de Isaías en el Libro de Mormón como si fueran parte de un libro sellado, lo que quizás lo sean para ellos. Si, como muchos suponen, Isaías ocupa uno de los lugares más difíciles entre los profetas para ser entendido, sus palabras también son algunas de las más importantes que debemos conocer y meditar. Algunos Santos de los Últimos Días han logrado abrir el sello y echar un vistazo a las maravillas proféticas que salieron de su pluma, pero incluso entre los Santos hay poco más que el brillo de una vela cuando se trata de este gran tesoro.

Pero la visión secreta de Isaías no tiene que estar enterrada bajo un bushel; sus palabras proféticas pueden y deben brillar intensamente en el corazón de cada miembro de la Iglesia. Si hay aquellos que realmente desean ampliar y perfeccionar su conocimiento del plan de salvación y de las tratos del Señor con Israel en los últimos días—todo en armonía con su mandato de buscar diligentemente las palabras de Isaías (3 Nefi 23:1)—puedo darles la clave que abre la puerta a esa inundación de luz y conocimiento que fluyó de la pluma de ese testigo de Cristo y sus leyes, quien en muchos aspectos fue el mayor profeta de Israel.

Diez claves para entender a Isaías

1. *Obtener un conocimiento general del plan de salvación y de los tratos de Dios con sus hijos terrenales.* El libro de Isaías no es una obra definitiva que explique las doctrinas de salvación, como lo hacen 2 Nefi y Moroni en el Libro de Mormón, por ejemplo. Más bien, está escrito para personas que ya saben—entre otras cosas—que Jesús es el Señor a través de cuya sangre expiatoria viene la salvación, y que la fe, el arrepentimiento, el bautismo, el don del Espíritu Santo y las obras justas son esenciales para

recibir una herencia en el reino de su Padre. A modo de ilustración, se necesita un conocimiento previo de la preexistencia y la Guerra en el Cielo para reconocer en Isaías 14 el relato de Lucifer y su hueste siendo expulsados a la tierra sin nunca haber obtenido cuerpos mortales.

2. Aprende la posición y destino de la casa de Israel en el esquema eterno de las cosas del Señor. El amor e intereses de Isaías se centran en la raza elegida. Sus profecías más detalladas y extensas retratan el triunfo y la gloria de la descendencia de Jacob en los últimos días. Él es, sobre todo, el profeta de la Restauración.

Como fue anunciado por todos los santos profetas desde que comenzó el mundo, el programa del Señor llama a la restitución de todas las cosas (Hechos 3:19-21). Es decir, toda verdad, doctrina, poder, sacerdocio, don, gracia, milagro, ordenanza y obra poderosa que alguna vez se poseyó o realizó en cualquier época de fe volverá a llegar. El evangelio que disfrutó Adán habitará en los corazones de los descendientes de Adán antes y durante la gran era milenaria. Israel—el pueblo elegido y favorecido por el Señor—poseerá nuevamente el reino; habitarán nuevamente en todas las tierras de su herencia. Incluso la tierra volverá a su estado paradisiaco, y la paz y perfección de la ciudad de Enoc habitarán sobre la tierra por mil años.

Estas son las cosas de las que Isaías escribió. De todos los profetas antiguos, él es el que, con sus palabras registradas, preserva para nosotros las buenas nuevas de la Restauración, del evangelio que volverá, del pacto eterno que será nuevamente establecido, del reino restaurado a Israel, del regreso triunfante del Señor y de un reinado de esplendor milenario.

3. Conocer las principales doctrinas sobre las que Isaías eligió escribir. Sus principales contribuciones doctrinales se dividen en siete categorías: (a) la restauración del evangelio en los últimos días a través de José Smith, (b) la reunión de Israel en los últimos días y su triunfo y gloria final, (c) la aparición del Libro de Mormón como un nuevo testimonio de Cristo y la revolución total que eventualmente traerá en la comprensión doctrinal de los hombres, (d) las condiciones apostatas en las naciones del mundo en los últimos días, (e) las profecías mesiánicas relativas a la primera venida de nuestro

Señor, (f) la segunda venida de Cristo y el reinado milenar, y (g) datos históricos y palabras proféticas relativas a su propio tiempo.

En todo esto, una vez más, el énfasis está en el día de la restauración y en la reunión de Israel en el pasado, el presente y el futuro.

Es nuestra costumbre en la Iglesia—una costumbre nacida de un estudio negligente y de una perspectiva limitada—pensar en la restauración del evangelio como un evento pasado y en la reunión de Israel como algo que, aunque aún está en proceso, en gran medida ya se ha logrado. Es cierto que tenemos la plenitud del evangelio eterno en el sentido de que poseemos esas doctrinas, sacerdocios y llaves que nos permiten obtener la plenitud de la recompensa en el reino de nuestro Padre. También es cierto que un remanente de Israel ha sido reunido; que algunos de Efraín y Manasés (y algunos otros) han ingresado a la Iglesia y han sido restaurados al conocimiento de su Redentor.

Pero la restauración de las maravillosas verdades conocidas por Adán, Enoc, Noé y Abraham apenas ha comenzado. La porción sellada del Libro de Mormón aún no ha sido traducida. Todas las cosas no serán reveladas nuevamente hasta que venga el Señor. La grandeza de la era de restauración está aún por delante. Y en cuanto a Israel misma, su destino es milenar; el glorioso día en que “el reino y el dominio, y la grandeza del reino bajo todo el cielo, sean dados al pueblo de los santos del Altísimo” (Dan. 7:27) está por venir. Ahora estamos haciendo un comienzo, pero las glorias y maravillas trascendentes que serán reveladas están por venir. Mucho de lo que Isaías—profeta de la Restauración—tiene que decir aún está por cumplirse.

Isaías es conocido en todas partes como el profeta mesiánico debido a la abundancia, belleza y perfección de sus palabras proféticas que predicen la primera venida de nuestro Señor. Y verdaderamente lo es. Ningún profeta del Viejo Mundo cuyas palabras inspiradas hayan llegado hasta nosotros puede compararse con él en este aspecto. Además, la primera venida del Mesías ya pasó, y por lo tanto, incluso aquellos entre nosotros que no están especialmente dotados de discernimiento espiritual pueden mirar atrás y ver en el nacimiento,

ministerio y muerte de nuestro Señor el cumplimiento de las predicciones de Isaías.

Pero si realmente vamos a comprender los escritos de Isaías, no podemos subestimar o restar importancia a la realidad clara y contundente de que él es, de hecho, el profeta de la Restauración, el gran vidente de la descendencia de Jacob que vio nuestro día y que alentó a nuestros padres israelitas, en su estado espiritualmente fatigado y desconsolado, con aseguaranzas de gloria y triunfo para aquellos de sus descendientes que regresaran al Señor en los últimos días y, en ese tiempo, le sirvieran en verdad y rectitud.

4. *Usa el Libro de Mormón.* En el libro de Isaías, tal como está registrado en la Versión King James de la Biblia, hay 66 capítulos compuestos por 1,292 versículos. Los escritos de Isaías, en una forma aún más perfecta que la que encontramos en nuestra Biblia, fueron preservados en las planchas de bronce, y de esta fuente, los profetas nefitas citaron 414 versículos y parafrasearon al menos otros 34. (En media docena de ocasiones aproximadamente, se citan o parafrasean versículos duplicados). En otras palabras, un tercio del libro de Isaías (32 por ciento, para ser exactos) es citado en el Libro de Mormón y aproximadamente otro 3 por ciento es parafraseado.

Y los profetas del Libro de Mormón—presten mucha atención a esto y dejen que su significado se revele—los profetas del Libro de Mormón interpretaron los pasajes que utilizaron, con el resultado de que este volumen de escritura de los últimos días se convierte en el testigo y el revelador de las verdades de este libro principal de las profecías del Antiguo Testamento. El Libro de Mormón es el comentario más grande del mundo sobre el libro de Isaías.

Y permítanme ser tan audaz como para afirmar que nadie, absolutamente nadie, en esta era y dispensación ha entendido, entiende o podrá entender los escritos de Isaías hasta que primero aprenda y crea lo que Dios ha revelado por medio de sus testigos nefitas tal como esas verdades se encuentran en ese volumen de escrituras sagradas de las cuales él mismo juró este juramento: “Vive el Señor vuestro Dios, que es cierto” (D&C 17:6). Como hubiera dicho Pablo: “Porque no podía jurar por algo mayor, juró por sí mismo” (Heb. 6:13), diciendo en su propio nombre que el Libro

de Mormón, y por lo tanto los escritos de Isaías registrados en él, son su propia mente, voluntad y voz. Los Santos de Dios saben, por lo tanto, que las especulaciones sectarias relativas a la Deutero-Isaías y otros siendo autores parciales del libro de Isaías son como las demás vaciedades a las que los intelectuales dentro y fuera de la Iglesia dan su lealtad equivocada.

5. Usa la revelación de los últimos días. El Señor, por revelación directa, también ha aprovechado la ocasión en nuestros días para interpretar, aprobar, aclarar y ampliar los escritos de Isaías.

Cuando Moroni se apareció a José Smith el 21 de septiembre de 1823, ese santo mensajero “citó el capítulo 11 de Isaías, diciendo que estaba a punto de cumplirse” (JS—H 1:40). La sección 113 en Doctrina y Convenios contiene interpretaciones reveladas de versículos en los capítulos 11 y 52 de Isaías. La sección 101 contiene la clave para entender el capítulo 65 de los escritos de este antiguo profeta, mientras que los capítulos 35, 51, 63 y 64 se abren claramente a nuestra vista gracias a lo que el Señor tiene que decir en la sección 133. Como se puede ver en las notas al pie de página en Doctrina y Convenios, hay alrededor de cien ocasiones en las que la revelación de los últimos días cita, parafrasea o interpreta específicamente el lenguaje utilizado por Isaías para transmitir esas impresiones del Espíritu Santo que se le revelaron a su alma hace unos dos mil quinientos años.

También hay, por supuesto, numerosas alusiones y explicaciones de las palabras del gran vidente en los sermones de José Smith y los otros maestros inspirados de la justicia de esta dispensación. Tan a menudo, basta con una declaración pronunciada proféticamente, que revela la época, el lugar o el tema involucrado en un pasaje particular de los escritos de cualquier profeta, para que todo el pasaje y todos los relacionados brillen con su verdadero significado e importancia.

Realmente se necesita revelación para entender la revelación, y ¿qué hay de más natural que encontrar al Señor Jehová, que reveló sus verdades antiguamente, revelando las mismas verdades eternas hoy, y así uniendo sus palabras antiguas y modernas para que podamos ser bendecidos por nuestro conocimiento de lo que ha dicho en todas las edades?

6. Aprende cómo el Nuevo Testamento interpreta a Isaías. Isaías es el profeta de los profetas; sus palabras viven en los corazones de aquellos que a su vez están escribiendo escrituras sagradas. Él es citado al menos

cincuenta y siete veces en el Nuevo Testamento. Pablo es su principal discípulo, citando su palabra unas veinte veces en sus diversas epístolas. Pedro lo utiliza como autoridad en siete ocasiones. También es citado siete veces en Mateo, cinco veces en Marcos, Lucas y Hechos, y cuatro veces en Juan y Apocalipsis. Algunas de estas citas son duplicadas, otras son mesiánicas por naturaleza, y todas ellas establecen el significado revelado de los escritos originales.

7. Estudia a Isaías en su contexto del Antiguo Testamento. Otros profetas del Antiguo Testamento predicaron las mismas doctrinas y ofrecieron las mismas esperanzas a Israel que eran el núcleo de las expresiones de Isaías. Para saber lo que Isaías quería decir, es esencial conocer lo que sus compañeros profetas dijeron en circunstancias similares y sobre los mismos asuntos. Por ejemplo, Isaías 2:2-4 es citado en Miqueas 4:1-3. Después de que Isaías da esta gran profecía sobre todas las naciones que fluirán hacia el templo construido por Israel reunido en los últimos días, él describe ciertos eventos milenarios que seguirán a esta reunión. Miqueas hace lo mismo en principio, excepto que su lista de eventos milenarios se refiere a otros asuntos y, por lo tanto, amplía nuestra comprensión del tema. Y para que estemos seguros de estas cosas, el Señor resucitado cita de los capítulos 4 y 5 de Miqueas, como se verá en las referencias a 3 Nefi, capítulos 20 y 21.

8. Aprende el modo de profetizar usado entre los judíos en la época de Isaías. Una de las razones por las que muchos de los nefitas no entendieron las palabras de Isaías fue que no conocían “acerca del modo de profetizar entre los judíos” (2 Nefi 25:1). Y lo mismo sucede con toda la cristiandad, además de muchos Santos de los Últimos Días. Nephi eligió presentar sus palabras proféticas en declaraciones claras y simples. Pero entre sus compañeros profetas hebreos no siempre era apropiado hacerlo de esa manera. Debido a la maldad del pueblo, Isaías y otros a menudo hablaban en figuras, usando tipos y sombras para ilustrar sus puntos. Sus mensajes estaban, en efecto, ocultos en parábolas (2 Nefi 25:1-8).

Por ejemplo, la profecía del nacimiento virginal está insertada en medio de una recitación de sucesos históricos locales, de modo que para los espiritualmente no instruidos podría interpretarse como algún acontecimiento antiguo y desconocido que no tenía relación con el

nacimiento del Señor Jehová en la mortalidad, unos setecientos años después (Isaías 7). De manera similar, muchos capítulos que tratan sobre la apostasía de los últimos días y la segunda venida de Cristo están escritos en relación con naciones antiguas cuya destrucción era solo un símbolo, un tipo y sombra de lo que ocurriría con todas las naciones cuando finalmente llegara el gran y terrible día del Señor. Los capítulos 13 y 14 son un ejemplo de esto. Una vez que aprendemos este sistema y usamos las llaves interpretativas que se encuentran en el Libro de Mormón y a través de la revelación de los últimos días, pronto descubrimos cómo los pasajes de Isaías se abren ante nosotros.

9. Tener el espíritu de profecía. En el análisis final, no hay forma, absolutamente ninguna, de entender las escrituras excepto tener el mismo espíritu de profecía que descansó sobre el que pronunció la verdad en su forma original. La escritura viene de Dios por el poder del Espíritu Santo. No se origina en el hombre. Significa solo lo que el Espíritu Santo cree que significa. Para interpretarlo, debemos ser iluminados por el poder del Espíritu Santo (2 Pedro 1:20-21). Se necesita un profeta para entender a un profeta, y cada miembro fiel de la Iglesia debe tener “el testimonio de Jesucristo”, que “es el espíritu de profecía” (Apocalipsis 19:10). “Las palabras de Isaías”, dijo Nephi, “son claras para todos aquellos que están llenos del espíritu de profecía” (2 Nefi 25:4). Esta es la esencia de todo el asunto y el fin de toda controversia cuando se trata de descubrir la mente y la voluntad del Señor.

10. Dedicar tiempo al estudio arduo y consciente. Lee, medita y ora — ¡versículo por versículo, pensamiento por pensamiento, pasaje por pasaje, capítulo por capítulo! Como Isaías mismo pregunta: “¿A quién enseñará conocimiento? ¿Y a quién hará entender doctrina?” Su respuesta: “A los que son desmamados de la leche, y sacados de los pechos. Porque mandamiento sobre mandamiento, mandamiento sobre mandamiento; renglón sobre renglón, renglón sobre renglón; aquí un poco, allá un poco.” (Isaías 28:9-10).

Entonces, echemos un vistazo rápido a los sesenta y seis capítulos que comprenden los escritos de este hombre, quien según la tradición fue aserrado por testificar de Jesús, el cual era su testimonio, y esbochemos lo suficiente como para guiarnos en un análisis más detallado.

Claves para la interpretación de Isaías

Capítulos | Eventos

1 | Apostasía y rebelión en el antiguo Israel; llamado al arrepentimiento; promesa de restauración y luego destrucción de los impíos.

2-14 | Citados por Nephi en 2 Nefi 12-24. Interpretación general de 2 Nefi 11, 19, 25, 26.

2 | 2 Nefi 12. Reunión de Israel al templo en nuestros días; estado de Israel en los últimos días; condiciones milenarias y segunda venida de Cristo. Miqueas 4 y 5; 3 Nefi 20 y 21.

3 | 2 Nefi 13. Estado de Israel en su condición dispersa y apostata antes de la segunda venida.

4 | 2 Nefi 14. Milenio.

5 | 2 Nefi 15. Apostasía y dispersión de Israel; su estado lamentable; restauración y reunión.

6 | 2 Nefi 16. Visión y llamado de Isaías. Los versículos 9 y 10 son mesiánicos.

7 | 2 Nefi 17. Historia local excepto los versículos 10-16, que son mesiánicos. 2 Nefi 11.

8 | 2 Nefi 18. Guerras locales e historia; consejo sobre cómo identificar la verdadera religión. Los versículos 13-17 son mesiánicos.

9-10 | 2 Nefi 19-20. Historia local: destrucción de la impía Israel por los asirios como tipo de la destrucción de todas las naciones impías en la segunda venida. 9:1-7 es mesiánico.

11 | 2 Nefi 21. Restauración; reunión de Israel; era milenaria. JS—H 1:40; D&C 101:26; 113:1-6. Los versículos 1-5 son mesiánicos y también se aplican a la segunda venida. 2 Nefi 30:9-15.

12 | 2 Nefi 22. Milenio.

13 | 2 Nefi 23. Caída de Babilonia, que tipifica la segunda venida. D&C 29 y 45.

14 | 2 Nefi 24. Reunión milenaria de Israel; caída de Lucifer en la Guerra en el Cielo; destrucción antes de la segunda venida.

15-17 | Profecías y historia locales; destino de aquellos que se opongan a Israel en el día de la restauración. 16:4-5 es mesiánico.

18 | Restauración; reunión de Israel; envío de misioneros desde América.

19 | Local; salvación para Egipto en el día de la restauración.

20 | Local.

21-22 | Local, pero tipificando la segunda venida. 22:21-25 es mesiánico.

- 23 | Local.
- 24 | Apostasía de los últimos días y segunda venida. D&C 1.
- 25 | Segunda venida. El versículo 8 también es mesiánico.
- 26 | Segunda venida; resurrección; milenio.
- 27 | Triunfo milenarío de Israel.
- 28 | Desolaciones incidentes a la segunda venida. El versículo 16 es mesiánico.
- 29 | 2 Nefi 26:14-20, 27. Nefitas, últimos días, Libro de Mormón y restauración. Este relato del Libro de Mormón es una de las mejores ilustraciones de una interpretación inspirada de un capítulo que es difícil de entender.
- 30 | Israel, rebelde y mundano, será salvo en el día de la restauración; apostasía, restauración y bendiciones resultantes; segunda venida.
- 31 | El mundo contra la segunda venida.
- 32 | Apostasía de Israel hasta la restauración. Los versículos 1-4 son mesiánicos.
- 33 | Apostasía seguida de restauración.
- 34 | Segunda venida y desolaciones consecuentes. D&C 1 y 133.
- 35 | Restauración; reunión; segunda venida. D&C 133.
- 36-39 | Historia local de inspiración y belleza.
- 40 | Segunda venida. Los versículos 1-11 son mesiánicos.
- 41 | Dios razona con Israel, antiguo y moderno, y habla de la era de la restauración. El versículo 27 es mesiánico.
- 42 | Los versículos 1-8 y 16 son mesiánicos; el resto del capítulo alaba a Dios y lamenta los problemas de Israel.
- 43-44 | Restauración y reunión.
- 45 | Israel será reunido y salvo; la salvación está en Cristo. Los versículos 20-25 son mesiánicos.
- 46 | Idolos vs. el verdadero Dios, tanto en tiempos antiguos como ahora.
- 47 | Babilonia, símbolo de nuestro mundo moderno.
- 48-49 | 1 Nefi 20; 21. Dispersión y reunión de Israel. 1 Nefi 22; 2 Nefi 6.
- 50-51 | 2 Nefi 7; 8. Dispersión, reunión, restauración. Segunda venida. 2 Nefi 9:1-3; 10. 50:5-6 es mesiánico.
- 52 | Restauración y reunión. Mosiah 12:20-25; 15:13-18; 3 Nefi 16, 20, 21; Moroni 10:30-31; D&C 113:7-10. Los versículos 13-15 son mesiánicos.
- 53 | Mosiah 14. Probablemente la más grande profecía mesiánica del Antiguo Testamento. Mosiah 15-16.
- 54 | Restauración y reunión; milenio. 3 Nefi 22; 23:1-6. 14.

55-62 | Apostasía; restauración; reunión; gloria de la Sión de los últimos días. 61:1-3 es mesiánico.

63-64 | Segunda venida. D&C 133.

65 | Israel y falsos religiosos en los últimos días; milenio. D&C 101:22-38.

66 | Restauración y segunda venida.

Para nuestros fines ahora, solo se deben añadir dos cosas a nuestras recitaciones relativas a Isaías el vidente, Isaías el profeta de la Restauración, Isaías el profeta mesiánico:

1. La comprensión escritural y gran visión relativas a las doctrinas de la salvación son valiosas solo en la medida en que cambian y perfeccionan las vidas de los hombres, solo en la medida en que viven en los corazones de aquellos que las conocen; y
2. Lo que Isaías escribió es cierto; él fue el portavoz de Dios en su tiempo y estación; las glorias y maravillas que prometió para nuestro día ciertamente se cumplirán; y si somos fieles y verdaderos, participaremos en ellas, ya sea en vida o en muerte. Este es mi testimonio. (“Diez claves para entender a Isaías”, *Ensign*, octubre de 1973, pp. 78-83).

El Libro de Apocalipsis

La unicidad del Libro de Apocalipsis

Uno de nuestros ejercicios más fascinantes en la interpretación de las escrituras es estudiar el libro de Apocalipsis, meditar sobre sus verdades y descubrir—para nuestra sorpresa y asombro—de qué trata realmente esta obra comúnmente malinterpretada.

Si ya te has enamorado de la presentación de Juan sobre el plan de salvación tal como está expuesto en el Apocalipsis, eres uno de los pocos afortunados en la Iglesia. Si esta experiencia aún está por llegar, el día y la hora para comenzar uno de los estudios más intrigantes y gratificantes en la erudición del evangelio está aquí. Nuestro propósito en este artículo es sentar las bases y generar interés en lo que probablemente es el libro más único de todos nuestros libros de escrituras. Las verdaderas alegrías del aprendizaje del evangelio llegarán a nosotros cuando comencemos a beber de la fuente de la verdad tal como está registrada por el antiguo Revelador.

En mi juicio, el Evangelio de Juan ocupa un lugar mucho más alto que los de Mateo, Marcos o Lucas; al menos, el relato de Juan sobre la vida de nuestro Señor está dirigido a los Santos; trata de manera más completa con aquellas cosas que interesan a las personas que han recibido el don del Espíritu Santo y que tienen la esperanza de la vida eterna. Pero incluso por encima de su cuenta del evangelio se encuentra esta obra maravillosa, el libro de Apocalipsis; o al menos así parece para aquellos que están preparados para construir sobre los cimientos de los Evangelios y las Epístolas y avanzar por siempre en perfeccionar su conocimiento de los misterios del reino.

Para nuestros fines ahora, usemos el método de preguntas y respuestas para dar una visión general de lo que este desconocido libro, Apocalipsis, trata.

¿Qué es el Libro de Apocalipsis?

Antes de que podamos entender este libro, debemos tener algo claramente asentado en nuestras mentes: es un libro de escritura sagrada. Es la mente, la voluntad y la voz del Señor. Vino por revelación. El Señor habló, su siervo escuchó, la palabra fue escrita y ahora tenemos el registro escrito para nuestro provecho y bendición. En nuestro estudio del libro de Apocalipsis, debemos comenzar con la comprensión clara de que, aparte de los cambios y errores de traducción, es como si las mismas palabras estuvieran escritas en el Libro de Mormón o en Doctrina y Convenios. Es decir, son verdaderas y son las mismas palabras que el Señor quiere que tengamos sobre los temas que tratan. Tal es la visión de los Santos de los Últimos Días con respecto a este relato, el más malinterpretado de todos los relatos escriturales.

¿Cómo es visto este libro por otros cristianos?

No hay uniformidad de creencias en cuanto a este libro, excepto que ninguno de los que están fuera de la Iglesia lo visualiza tal como es en realidad. Comúnmente se lo clasifica con una gran masa de escritos apocalípticos, lo que significa que se considera una presentación simbólica diseñada para alentar a los primeros cristianos en sus días de depresión espiritual, al presentar el triunfo final de

Dios y su causa sobre los males manifiestos de la época. Muchos teólogos dudan de su canonicidad. Algunos incluso lo consideran apócrifo en naturaleza. Todos conceden dificultades insuperables en su interpretación. Como dice Dummelow: “Su recepción en tiempos modernos no ha sido tan unánime como la del resto del Nuevo Testamento. Lutero al principio fue muy reacio al libro, aunque luego lo imprimió con Hebreos, Santiago y Judas en un apéndice a su Nuevo Testamento. Zwinglio lo consideró no bíblico, y Calvino no comentó sobre él”. (J. R. Dummelow, *The One Volume Bible Commentary* [Nueva York: Macmillan Publishing Co., 1975, 35ª edición], p. 1069).

¿Quién es el autor del Libro de Apocalipsis?

A esta pregunta hay una respuesta inequívoca. Fue Juan—Juan el Amado, el que escribió el Evangelio de Juan y las tres Epístolas que llevan su nombre. Esto va en contra de la conclusión de la mayoría de los intelectuales cristianos, pero es una verdad que nos ha sido confirmada por la revelación de los últimos días.

Más de seis siglos antes de que Juan naciera, el Señor reveló a Nefi muchas de las cosas que están en el libro de Apocalipsis. Nefi vio a Juan en visión, y un ángel lo identificó como “uno de los doce apóstoles del Cordero.” Nefi escuchó y dio testimonio “de que el nombre del apóstol del Cordero era Juan,” y que él era el designado y preordenado para escribir las mismas visiones que ahora se encuentran en el libro de Apocalipsis. (1 Nefi 14:19-28).

¿Han visto y escrito otros profetas lo que Juan vio y escribió?

¡Sí! Y sus relatos nos serán revelados a su debido tiempo. Cuando Nefi vio muchas de las mismas cosas, se le mandó no escribirlas, y el ángel le dijo: “El Señor Dios ha ordenado al apóstol del Cordero de Dios que las escriba. Y también a otros que han sido, a ellos les ha mostrado todas las cosas, y ellos las han escrito; y están selladas para salir en su pureza, conforme a la verdad que está en el Cordero, en el tiempo debido del Señor, para la casa de Israel.” (1 Nefi 14:25-26).

Suponemos que muchas de estas cosas están preservadas en las planchas de bronce, y sabemos que cuando salga la porción sellada del Libro de Mormón, “todas las cosas serán reveladas a los hijos de los hombres que

alguna vez hayan sido entre los hijos de los hombres, y que alguna vez serán, incluso hasta el fin de la tierra” (2 Nefi 27:11).

¿Cómo fue dado el Libro de Apocalipsis?

Juan estaba en la isla de Patmos. Era domingo. La hora prometida había llegado. Los cielos se abrieron, ministros angelicales asistieron, se escucharon voces y se vieron visiones. Juan fue cubierto por el poder del Espíritu Santo. Bajo esa santa influencia escribió:

“La revelación de Juan, siervo de Dios, que le fue dada por Jesucristo... quien ha enviado su ángel desde delante de su trono, para testificar a aquellos que son los siete siervos sobre las siete iglesias. Por lo tanto, yo, Juan, el fiel testigo, doy testimonio de las cosas que me fueron entregadas por el ángel.” (JST Apoc. 1:1-5).

¿Era claro y simple el relato cuando fue escrito por primera vez?

Sí, tanto como cualquier escritura. Como dijo el ángel a Nefi:

“Las cosas que él [Juan] escribirá son justas y verdaderas; y he aquí, están escritas en el libro que tú viste procedente de la boca del judío; y cuando procedió de la boca del judío, o, en el momento en que el libro salió de la boca del judío, las cosas que se escribieron eran claras y puras, y muy preciosas y fáciles de entender para todos los hombres” (1 Nefi 14:23).

En este contexto, sin embargo, debemos recordar siempre que la profecía, las visiones y las revelaciones vienen por el poder del Espíritu Santo y solo pueden ser comprendidas en su plenitud y perfección por el poder de ese mismo Espíritu.

¿Se espera que entendamos el Libro de Apocalipsis?

Ciertamente. ¿Por qué, si no, el Señor lo reveló? La noción común de que trata sobre bestias, plagas y símbolos misteriosos que no se pueden entender simplemente no es cierta. Está tan exagerada que da una impresión completamente errónea sobre esta porción de la verdad revelada. La mayor parte del libro—y no es un problema contar los versículos que lo componen—es clara y debe ser entendida por el pueblo del Señor. Algunas partes no son claras y no las entendemos, lo cual, sin embargo, no significa que no podríamos entenderlas si crecieran nuestra fe como deberíamos.

El Señor espera que busquemos sabiduría, que meditemos en sus verdades

reveladas y que adquiramos un conocimiento de ellas por el poder de su Espíritu. De otro modo, no nos las habría revelado. Él ha retenido la porción sellada del Libro de Mormón porque está más allá de nuestra capacidad actual para comprenderla. No hemos hecho esa progresión espiritual que nos califique para entender sus doctrinas. Pero no ha retenido el libro de Apocalipsis, porque no está más allá de nuestra capacidad para comprenderlo; si nos aplicamos con propósito de corazón, podemos captar la visión de lo que el antiguo Revelador registró. Los Apóstoles en Palestina no sabían sobre los Nefitas porque no buscaron tal conocimiento (ver 3 Nefi 15:11-24). Tendríamos muchas revelaciones adicionales y conoceríamos muchas verdades añadidas si usáramos la fe que tenemos el poder de ejercitar.

¿Qué pasa entonces con las bestias, plagas y las partes difíciles del libro?

Una respuesta a esta pregunta da lugar a un punto interesante. Nuestra observación es que aquellos que se preocupan por estas cosas ocultas y misteriosas, generalmente hablando, son los que aún no han llegado a comprender las muchas doctrinas claras y sencillas que se encuentran en este y en todos los demás libros de las escrituras.

En cuanto a estas porciones difíciles del libro de Apocalipsis, José Smith dijo: “Hago esta amplia declaración, que siempre que Dios dé una visión de una imagen, o bestia, o figura de cualquier tipo, Él siempre se hace responsable de dar una revelación o interpretación del significado de ello, de lo contrario, no somos responsables ni podemos rendir cuentas por nuestra creencia en ello. No tengan miedo de ser condenados por no entender el significado de una visión o figura, si Dios no ha dado una revelación o interpretación sobre el tema.” (Enseñanzas, p. 291).

También dijo: “No es muy esencial que los élderes tengan conocimiento respecto al significado de las bestias, y cabezas y cuernos, y otras figuras que se usan en las revelaciones; sin embargo, puede ser necesario, para evitar contención y división y eliminar la incertidumbre. Si nos inflamamos pensando que tenemos mucho conocimiento, es probable que adquiramos un espíritu de contienda, y el conocimiento correcto es necesario para echar fuera ese espíritu.

“El mal de estar inflados con conocimiento correcto (aunque inútil) no es tan grande como el mal de la contienda. El conocimiento elimina la

oscuridad, la incertidumbre y la duda; porque estos no pueden existir donde hay conocimiento.” (Enseñanzas, pp. 287-88).

De hecho, el Profeta, actuando por el espíritu de inspiración, dio algunas interpretaciones bastante extensas de muchos de estos pasajes difíciles. Un examen de estas interpretaciones está más allá del alcance de este artículo, pero se encuentran expuestas ampliamente en mi *Comentario Doctrinal del Nuevo Testamento*, vol. 3, pp. 429-595.

En este contexto, debemos destacar la declaración del Profeta, a aquellos que están adecuadamente dotados y esclarecidos, de que el libro de Apocalipsis “es uno de los libros más claros que Dios haya causado que se escribiera” (Enseñanzas, p. 290).

¿Cómo podemos entender el Libro de Apocalipsis?

Nuestra posición en este aspecto es sólida. El camino para entender está claramente señalado. Aquí hay siete pautas básicas:

1. *Sabe que el libro de Apocalipsis trata sobre cosas que deben ocurrir después de los tiempos del Nuevo Testamento, particularmente en los últimos días.* Juan no está escribiendo sobre eventos de su tiempo. No le interesa la historia antigua. La proclamación inicial en el libro es que trata de cosas que deben suceder pronto (Apoc. 1:1; 4:1), cosas que ocurrirán después de los tiempos del Nuevo Testamento, cosas que acontecerán en los últimos días. Para dar una perspectiva general, se mencionan algunos eventos pasados, pero todas esas presentaciones están claramente etiquetadas. Al hablar de la guerra en la tierra entre el bien y el mal, se menciona que también hubo una Guerra en el Cielo de naturaleza similar. Al abrir los sellos sucesivos de un libro, para exponer lo que debe ser, se menciona brevemente lo que ha acontecido en los días pasados. Pero el enfoque principal del libro pertenece a los eventos futuros.

José Smith dijo: “Las cosas que vio Juan no tenían relación con las escenas de los días de Adán, Enoc, Abraham o Jesús, solo en la medida en que fueron representadas claramente por Juan. Juan vio solo lo que estaba en el futuro y que pronto iba a suceder.” (Enseñanzas, p. 289). También: “Juan tuvo las cortinas del cielo levantadas, y por visión miró a través del oscuro panorama de los futuros siglos, y contempló los eventos que habrían de ocurrir a lo largo de todos los periodos subsecuentes del tiempo, hasta la escena final de la culminación.” (Enseñanzas, p. 247).

2. Ten un conocimiento general del plan de salvación y de la naturaleza de los tratos de Dios con los hombres en la tierra. En el libro encontramos ya sea alusiones pasajeras, comentarios breves o consideraciones bastante extensas sobre doctrinas como la preexistencia y la Guerra en el Cielo, la creación de la tierra, los tratos del Señor con los hombres en sucesivas generaciones, la expiación y gloriosa resurrección de nuestro Señor, lo que se requiere para vencer al mundo y alcanzar la exaltación, la densa oscuridad de la apostasía que siguió a los tiempos del Nuevo Testamento, el establecimiento de la iglesia del diablo y el reinado de los anticristos, la restauración del evangelio y la reunión de Israel en los últimos días, multitudes de plagas y desolaciones que se derramarán en los últimos días, la destrucción final de la gran iglesia abominable, la segunda venida y el reinado milenario, la resurrección y el juicio eterno, y la celestialización final de la tierra.

Estos son solo una parte de los grandes eventos descritos y de las doctrinas enseñadas.

Manifiestamente, aquellos que ya conocen la mente profética relativa a tales cosas serán capaces de enfocar la luz añadida que se encuentra en el libro de Apocalipsis sobre ellas y así perfeccionar su entendimiento de las obras del Señor.

3. Usa diversas revelaciones de los últimos días que amplían los mismos temas en un lenguaje similar. Por ejemplo:

- La sección 45 de Doctrina y Convenios contiene verdades comparables relacionadas con las plagas de los últimos días y la segunda venida.
- La sección 76 amplía las doctrinas relativas a la salvación y la exaltación.
- La sección 77 contiene respuestas reveladas a preguntas específicas planteadas en porciones de los escritos de Juan que de otro modo serían incomprensibles.
- La sección 88 habla de algunos de los mismos ángeles y trompetas que Juan escribió.
- La sección 101 contiene datos considerables relacionados con la segunda venida y el milenio.

- El libro de Éter, capítulo 13, establece verdades análogas relativas a la Nueva Jerusalén y los nuevos cielos y la nueva tierra.

4. Estudia los sermones de José Smith relativos al libro de Apocalipsis.

Como ya se ha señalado, el Profeta predicó bastante sobre este libro, dando comentarios e interpretaciones inspiradas según el Espíritu.

5. Usa la Traducción de José Smith de la Biblia. Actuando por el espíritu de profecía y revelación, José Smith corrigió porciones, pero no todas, de lo que está mal en la Versión King James de la Biblia. En el libro de Apocalipsis, por ejemplo, los ángeles de las diversas iglesias terrenales se convierten en los siervos (oficiales presidenciales) de esas unidades. El cordero con siete cuernos y siete ojos se convierte en un cordero con doce ojos y doce cuernos, perfeccionando así el simbolismo para identificar a Cristo y sus Apóstoles. El capítulo 12 se revisa de tal manera que identifica a la mujer como la Iglesia de Dios y al niño que ella dio a luz como el reino de nuestro Dios y de su Cristo. Y así sucesivamente.

6. Reserva juicio sobre aquellas cosas para las cuales no se da interpretación. Un ejemplo de esto es el llamado número de la bestia, que se dice que es el número de un hombre, el cual, si pudiera identificarse, mostraría quién estuvo involucrado en los grandes engaños impuestos sobre la humanidad. Esta es una respuesta que no sabemos. El camino sabio es evitar quedar atrapados en la especulación engañosa de un mundo no inspirado.

7. Busca el Espíritu. Este es el consejo culminante. Las cosas de Dios se conocen solo por el poder de su Espíritu. La profecía y la revelación vienen por el poder del Espíritu Santo. Solo aquellos que han sido dotados por el mismo poder son capaces de comprender el pleno significado de los relatos inspirados.

¿Cuál es el mensaje principal del Libro de Apocalipsis?

No cabe duda de la respuesta a esta pregunta. Tiene el mismo propósito que todas las escrituras, aunque el enfoque sea diferente y el contexto original. El mensaje es que Jesús es el Señor de todos; que descendió del trono de su Padre para morar entre los hombres; que llevó a cabo la expiación infinita y eterna y ahora ha regresado en gloria a ese trono de

donde vino; y que él resucitará a todos los hombres a una gloria semejante y un dominio igual si ellos vencen al mundo y caminan como él caminó.

Un libro para el erudito en maduración

Pero, ¿por qué este libro en particular? ¿Qué aporta al reservorio de la verdad revelada que no se encuentra en otros lugares?

En respuesta a estas preguntas, encontramos el verdadero genio de la escritura apocalíptica de Juan. Las verdades del Evangelio deben y son adornadas de diversas maneras con atracción literaria, todo con el fin de que apelarán, de una forma u otra, a cada corazón que pueda ser tocado. El libro de Apocalipsis toma un enfoque del plan de salvación que no se encuentra en ningún otro lugar de nuestros escritos inspirados. El lenguaje y las imágenes están tan elegidos para apelar al erudito del evangelio en maduración, a aquellos que ya aman al Señor y tienen algo de conocimiento sobre su bondad y gracia.

Después del bautismo de agua, después de nacer del Espíritu, después de trazar un curso de conformidad y obediencia, el verdadero Santo aún se enfrenta con la necesidad de vencer al mundo. En ninguna otra escritura que ahora se encuentra entre los hombres hay explicaciones tan claras y persuasivas sobre por qué debemos vencer al mundo, y las bendiciones que de ello fluyen, como en esta obra del Amado Juan.

Mientras los Santos siguen el curso de progresión y perfección, buscan un mundo mejor. En medio de los males y los vientos en contra de esta vida, tienen la necesidad de mirar hacia arriba y hacia adelante, de mirar el curso general ordenado por su Creador; necesitan pensar en términos de recompensas milenarias y celestiales. ¿Dónde se presenta todo esto de manera tan efectiva como en la última parte de estos escritos de Juan?

No encontramos en otro lugar los datos detallados relativos a las plagas y azotes de un mundo enfermo y moribundo. En ningún otro sitio la sobrecarga de poder satánico es tan implacablemente descrita. Verdaderamente, las enseñanzas de esta obra inspirada son algunos de los mayores incentivos a la rectitud personal ahora encontrados en las escrituras sagradas.

¿No ha llegado el día en que el erudito del evangelio en maduración puede sumergirse en este gran tesoro de verdad revelada y obtener un

conocimiento de aquellas cosas que le asegurarán paz y gozo en esta vida y vida eterna en el mundo venidero? (“Entendiendo el Libro de Apocalipsis,” *Ensign*, septiembre de 1975, pp. 85-89).

Capítulo 20

Enseñando el Evangelio

La necesidad de enseñar.

La importancia de enseñar el evangelio.

Tomo como tema “la necesidad de enseñar”. No digo “la necesidad de los maestros”. Puede que haya algo de eso, pero no estoy al tanto de ninguno. Tomo esta expresión, “la necesidad de enseñar”, de una declaración similar hecha por Pablo (1 Cor. 1:17-29, especialmente el versículo 21). Pero primero, creo que debemos exponer la dignidad y preeminencia de enseñar el evangelio, así como el valor eterno y el valor perdurable que provienen de aquellos que enseñan el evangelio de la manera en que el Señor intentó que se enseñara.

Vuestro [maestros de Seminarios e Institutos] es un trabajo elevado y glorioso. Fue de ustedes, como algunos de los principales maestros del evangelio en la Iglesia, que el presidente J. Reuben Clark dijo (voy a leer varias citas del presidente Clark, y todas ellas se toman de un documento que cada uno de ustedes tiene, “El Curso Autorizado de la Iglesia en la Educación”):

“Ustedes, maestros, tienen una gran misión. Como maestros, están sobre el pico más alto de la educación, porque ¿qué enseñanza puede compararse en valor incalculable y en efecto trascendental con aquella que trata con el hombre tal como era en la eternidad de ayer, tal como es en la mortalidad de hoy, y tal como será en la eternidad de mañana? No solo el tiempo, sino la eternidad es su campo. La salvación de ustedes mismos, no solo, sino de aquellos que lleguen dentro de los límites de su templo, es la bendición que buscan, y que, haciendo su deber, lograrán. Qué brillante será su corona de gloria, con cada alma salvada como una joya incrustada en ella”. (J. Reuben Clark, Jr., “El Curso Autorizado de la Iglesia en la Educación”, 8 de agosto de 1938; edición reimpressa, 1980, p. 10).

Ahora, con esa declaración marcando el tono y transmitiendo el espíritu para lo que, si soy guiado correctamente, espero decir, me referiré a ese maravilloso versículo en el capítulo 12 de 1 Corintios en el cual Pablo habla del tipo de maestros que están involucrados en proclamar el mensaje de salvación al mundo. Él está identificando la verdadera Iglesia. Está dando algunas de las características esenciales que identifican el reino que tiene el poder de salvar a los hombres. Dice: “Y Dios ha puesto en la Iglesia, primeramente apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercer lugar maestros, luego milagros, luego dones de sanidad, ayudas, gobiernos, diversidades de lenguas”. (1 Cor. 12:28).

Ese versículo nos dice algunas de las pruebas o evidencias o testimonios de que la obra es verdadera. Nombra algunas de las características esenciales que identifican la verdadera Iglesia. Donde hay Apóstoles, profetas y maestros del tipo y clase de los que Pablo está hablando, allí se encontrará la verdadera Iglesia y el reino de Dios en la tierra. Y donde no se encuentra ninguno de estos, allí no está la Iglesia ni el reino de Dios. Esto convierte al presidente de la Iglesia, como profeta de Dios, en una evidencia y un testimonio de que esta obra es verdadera. El hecho de que seamos guiados por un profeta muestra que tenemos la verdadera Iglesia. Esto convierte a todos los Apóstoles que han sido llamados en esta dispensación en testigos y pruebas ante el mundo de que la obra es verdadera. Los verdaderos Apóstoles siempre se encuentran en la verdadera Iglesia. Creo que este orden de prioridad es perfecto: Apóstoles, profetas, maestros. Y eso los coloca a ustedes, porque son el tipo de maestros de los que Pablo está hablando, como el tercer gran grupo cuya existencia misma establece la verdad y la divinidad de la obra. Esto significa que si aprenden cómo presentar el mensaje de salvación, y de hecho lo hacen de la manera que el Señor ha dispuesto que sea presentado, entonces ustedes se presentan ante todo el mundo como una evidencia de que este es el reino de Dios. A medida que avancemos en esta presentación, creo que será evidente para todos que nadie es o puede ser un maestro en el sentido divino, en el sentido eterno del que habla el presidente Clark, excepto un administrador legal en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días—excepto alguien que viva de tal manera que esté dotado con el don y el poder del Espíritu Santo.

El papel de los maestros seculares

No estamos hablando de los maestros mundanos. No nos preocupamos mucho por aquellos en las diversas disciplinas académicas o científicas. Lo que ellos hacen es meritorio y apropiado siempre que se ajuste a los estándares de la verdad, la integridad y la virtud. Su trabajo no debe ser menospreciado en ningún sentido. Pero el tipo de enseñanza que está involucrado donde la Iglesia y el reino de Dios en la tierra están concernidos, el tipo de enseñanza que ustedes hacen, es como los cielos sobre la tierra en comparación con el tipo de enseñanza y aprendizaje intelectual que se tiene en el mundo.

Los maestros del evangelio son los agentes de Dios

Todos nosotros somos agentes del Señor. Somos los siervos del Señor. En la ley existe una rama que se llama la ley de la agencia. Y en la ley de la agencia hay principios y hay siervos. Estos son algo parecido a amo y siervo. Un agente representa a un principal y los actos del agente vinculan al principal, siempre que se realicen dentro del alcance y la autorización adecuada, dentro de la autoridad delegada al agente. Ahora, el Señor nos dijo: “Por tanto, como sois agentes, estáis en el encargo del Señor; y todo lo que hagáis según la voluntad del Señor es el negocio del Señor” (D&C 64:29).

Estamos comprometidos en los negocios de nuestro Padre. El negocio de nuestro Padre es traer a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre (Moisés 1:39). No tenemos nada que ver con traer a cabo la inmortalidad. Eso llega como un regalo gratuito para todos los hombres debido al sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo (1 Cor. 15:22). Pero tenemos mucho que ver con traer a cabo la vida eterna para nosotros mismos y para nuestros hermanos y hermanas, y ofrecerla a los demás hijos de nuestro Padre (Filip. 2:12; Morm. 9:27). La vida eterna es el tipo de vida que vive Dios nuestro Padre. Es el nombre de la vida que Él vive. Es tener exaltación y gloria y honor y dominio en su presencia por siempre. Y se recibe mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio. Es salvación plena y completa. Así que traemos a cabo, en cierto sentido, la vida eterna de los hombres persuadiéndolos a conformarse a los estándares que el Señor ha establecido.

Tanto la vida eterna como la inmortalidad vienen por la gracia de Dios. Son posibles a través de la Expiación, pero en el caso del gran regalo de la vida eterna, que es el más grande de todos los regalos de Dios (D&C 14:7), llega por la conformidad, la obediencia y el sacrificio; por hacer todas las cosas que se aconsejan y requieren en la palabra inspirada.

El evangelio enseñado por los débiles y humildes

Ahora, permítanme señalar la fuente de mi texto y mi título, “La necesidad de enseñar”. Es una paráfrasis de las palabras de Pablo. “Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el evangelio” (1 Cor. 1:17). Y utilizaré predicar y enseñar, para nuestros propósitos, como sinónimos. Predicar es enseñar y enseñar, en muchos aspectos, es una forma perfeccionada de predicar.

“(Él) me envió ... a predicar [enseñar] el evangelio: no con sabiduría de palabras, para que la cruz de Cristo no se haga vana. Porque la predicación [y yo inserto enseñar] de la cruz es para los que se pierden, necedad; pero para los que se salvan, esto es, para nosotros, es el poder de Dios. Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? Pues, ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los que creen por la necedad de la predicación.” (1 Cor. 1:17-21.)

Ahora me refiero al aspecto de la enseñanza:

“Agradó a Dios salvar a los que creen por la necedad de [la enseñanza]. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos [lo que significa que enseñamos] a Cristo crucificado, para los judíos tropezadero, y para los griegos necedad; pero para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque la necedad de Dios es más sabia que los hombres; y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres”. (1 Cor. 1:21-25.)

Ahora, piensen en ustedes mismos mientras leo esta siguiente escritura. Piensen en Wilford Woodruff y Lorenzo Snow. Piensen en los hombres que han presidido esta dispensación. Piensen en ellos como los han visto los sabios del mundo, los aristócratas, los altamente intelectuales y aquellos

con grandes capacidades mentales. Pablo dice:

“Pues ved vuestra vocación, hermanos, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, los que sois llamados; sino que Dios ha escogido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo para avergonzar a lo que es fuerte; y lo vil del mundo, y lo menospreciado, ha escogido Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es; a fin de que ninguna carne se jacte en su presencia”. (1 Cor. 1:26-29.)

La enseñanza es un don del Espíritu

Somos los débiles, los simples y los no instruidos en lo que respecta a los gigantes intelectuales del mundo, pero nuestra enseñanza no está en el campo intelectual. Es agradable si tenemos algunos logros intelectuales. Pero básicamente y fundamentalmente, como maestros, estamos tratando con las cosas del Espíritu.

Una experiencia personal: Los sabios del mundo carecen de entendimiento

En esta última conferencia general, en abril, estaba haciendo lo que ahora se nos exige bastante. Estaba leyendo las expresiones que iba a hacer. Y luego, al final, dije algunas frases de manera espontánea. Mientras las decía, tenía en mente el documento que recientemente salió a la luz, que pretendía ser un relato de una bendición dada por el Profeta José a uno de sus hijos. Así que sentí la impresión, después de que concluyeron mis palabras formales, de dar testimonio de lo que estaba involucrado en la sucesión en la presidencia. Y mencioné a todos los presidentes desde José Smith hasta Spencer W. Kimball y dije que a lo largo de esa línea habían venido el poder, la autoridad y las llaves del reino. Luego dije algo que ofendió enormemente a todos los intelectuales. Dije: “Lo que estoy diciendo es lo que el Señor diría si estuviera aquí” (Informe de la conferencia, abril de 1981, p. 104). Ahora, la única manera en que se puede decir algo así es ser guiado y movido por el poder del Espíritu Santo, porque el Espíritu es un revelador y pone en tu mente los pensamientos que el Señor quiere que se expresen.

Nuestros amigos intelectuales, al leer eso en el relato, se sintieron ofendidos y molestos. Y al criticar la postura que había tomado, uno de los principales entre ellos dijo: “Bueno, ¿qué se puede esperar cuando tienen

incompetentes como Bruce R. McConkie sueltos?” (Ver Fred Esplin, “The Saints Go Marching On: Learning to Live with Success”, *Utah Holiday*, vol. 10, no. 9, junio de 1981, p. 47). Lo leí en una de las publicaciones semi-anti-mormonas. Y cuando lo leí, me dio una gran sensación de satisfacción personal. Pensé: “Esto es maravilloso. Es tan importante saber quiénes son tus enemigos como saber quiénes son tus amigos”. Y, por supuesto, los intelectuales del mundo ven nuestras enseñanzas como necedad, o como Pablo lo llama, “la necedad de Dios” (1 Cor. 1:25).

La enseñanza secular y la enseñanza del evangelio son diferentes

Existe la enseñanza mundana y existe la enseñanza del evangelio. Hay enseñanza por el poder del intelecto solamente, y hay enseñanza por el poder del intelecto cuando es vivificado e iluminado por el poder del Espíritu Santo.

“¡Oh, ese astuto plan del maligno! [Jacob está hablando] ¡Oh, la vanidad, y las debilidades, y la necedad de los hombres! Cuando son sabios, piensan que son sabios, y no escuchan el consejo de Dios, porque lo dejan de lado, suponiendo que saben por sí mismos, por lo tanto, su sabiduría es necedad y no les beneficia. Y perecerán. Pero ser sabios es bueno si escuchan el consejo de Dios”. (2 Nefi 9:28-29.)

Esa es nuestra postura en la Iglesia y el reino.

La comisión divina del maestro

Les sugiero cinco cosas que componen y conforman la comisión divina del maestro. Estamos hablando de enseñanza divina, inspirada, celestial. La enseñanza de la Iglesia, del tipo y clase en la que estamos, o deberíamos estar involucrados.

1. Estamos mandados a enseñar los principios del evangelio

Nuestra revelación dice:

“Y otra vez, los élderes, sacerdotes y maestros de esta iglesia [este lenguaje es obligatorio] enseñarán los principios de mi evangelio, que están en la Biblia y en el Libro de Mormón, en los cuales está la plenitud del evangelio. Y ellos observarán los convenios y los artículos de la iglesia para hacerlos, y estas serán sus enseñanzas, como serán dirigidos por el Espíritu”. (D&C 42:12-13.)

Debemos enseñar los principios del evangelio. Debemos enseñar las doctrinas de la salvación. Nos interesa algo los principios éticos, pero no mucho en cuanto a énfasis en la enseñanza. Si enseñamos las doctrinas de la salvación, los conceptos éticos siguen automáticamente. No necesitamos pasar largos períodos de tiempo o hacer presentaciones elaboradas en enseñar honestidad o integridad o desinterés o algún otro principio ético. Cualquier presbiteriano puede hacer eso. Cualquier metodista puede hacer eso. Pero si enseñamos las doctrinas de la salvación, que son básicas y fundamentales, los conceptos éticos siguen automáticamente. Es el testimonio y conocimiento de la verdad lo que lleva a las personas a alcanzar altos estándares éticos en cualquier caso. Y así nuestra revelación dice:

“Y os doy un mandamiento [nuevamente estamos usando lenguaje obligatorio; el Señor está hablando] que os enseñéis unos a otros la doctrina del reino. Enseñad diligentemente y mi gracia os asistirá, para que podáis ser instruidos más perfectamente en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que conciernen al reino de Dios, que son convenientes para que entendáis”. (D&C 88:77-78.)

Evitar los misterios. Esa última frase modificadora indica que debemos dejar de lado los misterios. Hay algunas cosas que no se nos dan con claridad, y, por ahora, no necesitan ser comprendidas completamente para trabajar nuestra salvación. Nos mantenemos alejados de estas; nos quedamos con los conceptos básicos. Ahora, las palabras del presidente Clark:

Nuestros estudiantes preparados para aprender. “Estos estudiantes están preparados para creer y entender que todos estos asuntos son asuntos de fe, no para ser explicados ni entendidos por ningún proceso de razonamiento humano, y probablemente no por ningún experimento de la ciencia física conocida.

“Estos estudiantes (para poner el asunto de manera breve) están preparados para entender y creer que hay un mundo natural y hay un mundo espiritual; que las cosas del mundo natural no explicarán las cosas del mundo espiritual; que las cosas del mundo espiritual no pueden ser entendidas ni comprendidas por las cosas del mundo natural; que no se puede racionalizar las cosas del espíritu, porque primero, las cosas del

espíritu no son suficientemente conocidas ni comprendidas, y segundo, porque la mente finita y la razón no pueden comprender ni explicar la sabiduría infinita y la verdad última”.

“Estos estudiantes ya saben que deben ser honestos, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y hacer el bien a todos los hombres, y que 'si hay algo virtuoso, amable, de buen nombre o digno de alabanza, buscamos estas cosas' —estas cosas les han sido enseñadas desde su más tierna infancia. Deben ser alentados de todas las maneras apropiadas a hacer estas cosas que saben que son verdaderas, pero no necesitan un curso de un año para hacer que crean y las conozcan.

“Estos estudiantes perciben plenamente la vacuidad de una enseñanza que reduzca el plan del Evangelio a un mero sistema de ética; saben que las enseñanzas de Cristo son en el más alto grado éticas, pero también saben que son más que esto. Verán que la ética se relaciona principalmente con las acciones de esta vida, y que convertir el Evangelio en un mero sistema ético es confesar una falta de fe, si no una incredulidad, en la vida venidera. Saben que las enseñanzas del Evangelio no solo tocan esta vida, sino la vida que está por venir, con su salvación y exaltación como meta final.

“Estos estudiantes tienen hambre y sed, como sus padres antes que ellos, de un testimonio de las cosas del espíritu y de la vida venidera, y sabiendo que no se puede racionalizar la eternidad, buscan fe y el conocimiento que sigue a la fe. Perciben por el espíritu que tienen, que el testimonio que buscan es engendrado y nutrido por el testimonio de otros.” (Clark, *The Chartered Course*, pp. 5-6.)

Ahora, fíjense en esto. Nunca he oído algo mejor expresado por alguien que lo que el presidente Clark dice:

“[Ellos saben que] un testimonio vivo, ardiente y honesto de un hombre justo y temeroso de Dios de que Jesús es el Cristo y que José fue el profeta de Dios, vale más que mil libros y conferencias que intentan rebajar el Evangelio a un sistema ético o tratar de racionalizar lo infinito” (Clark, *The Chartered Course*, p. 6).

La conversión viene a través del testimonio. Debemos enseñarlo de esa manera, como posteriormente señalaré con particularidad.

Enseñamos verdades del evangelio, no ética. “No hay razón ni excusa para nuestras instalaciones y organizaciones religiosas de enseñanza en la Iglesia, a menos que se enseñe a la juventud los principios del Evangelio, que abarcan los dos grandes elementos: que Jesús es el Cristo y que José Smith fue el profeta de Dios. Enseñar un sistema de ética a los estudiantes no es una razón suficiente para tener nuestros seminarios e institutos. El gran sistema escolar público enseña ética. Los estudiantes de seminarios e institutos, por supuesto, deben ser enseñados en los cánones comunes de una vida buena y justa, porque estos son parte del Evangelio. Pero hay grandes principios involucrados en la vida eterna, el Sacerdocio, la resurrección y muchas otras cosas que van mucho más allá de estos cánones de una vida buena. Estos grandes principios fundamentales también deben ser enseñados a los jóvenes: son las cosas que los jóvenes desean primero saber.” (Clark, *The Chartered Course*, pp. 6-7.)

Enseñamos como enseñó Jesús. De todo esto concluyo que debemos hacer lo que hizo Jesús. Debemos enseñar el evangelio. Debemos enseñar solo el evangelio. No debemos enseñar nada más que el evangelio. La ética es parte del evangelio, pero se cuidará a sí misma si predicamos el evangelio. Enseñemos doctrina. Enseñemos doctrina sana. Enseñemos las doctrinas del reino. Dices, ¿qué enseñó Jesús? Bueno, por supuesto, tenemos los grandes relatos de sus enseñanzas sobre problemas éticos, pero observa esto:

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea, predicando el evangelio del reino de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado: arrepentíos, y creed en el evangelio.” (Marcos 1:14-15).

Jesús enseñó el evangelio. Ahora, ¿qué enseñó Jesús? Jesús enseñó el evangelio. Desafortunadamente, desde nuestro punto de vista, no se conserva mucho en el relato del Nuevo Testamento sobre lo que él enseñó. Digo “desde nuestro punto de vista” porque nosotros, como pueblo, al tener la Restauración y la luz del cielo, seríamos capaces de reconocer y glorificarnos en las verdades del evangelio que él enseñó si hubieran sido registradas y preservadas para nosotros. Pero obviamente, en la sabiduría de quien todo lo sabe y hace todas las cosas correctamente, fue el propósito y el diseño que solo la porción de sus enseñanzas que se encuentra en Mateo, Marcos, Lucas y Juan se preservara para los hombres en este día.

Pero con nuestro trasfondo y comprensión, cuando la revelación dice que Jesús predicó el evangelio, sabemos qué predicó. Y lo sabemos simplemente respondiendo las preguntas. ¿Qué es el evangelio? ¿Cuál es el plan eterno de salvación? ¿Qué verdades nos ha dado Dios que debemos creer, entender y obedecer para obtener paz en esta vida, y gloria, honra y dignidad en la vida venidera?

¿Qué es “el evangelio que predicó Jesús”? El evangelio puede definirse desde dos perspectivas. Podemos hablar de él en el sentido eterno, tal como estaba en la mente de Dios cuando ordenó y estableció todas las cosas. Y podemos hablar de él en un sentido más restringido en cuanto a su implicación en la vida de las personas aquí.

Ahora bien, en el sentido eterno e ilimitado, el evangelio que enseñó Jesús era, en sí mismo, infinito y eterno. Incluía la creación de todas las cosas, la naturaleza de este estado probatorio y el gran y eterno plan de redención. Él enseñó que Dios era el creador de todas las cosas, que creó esta tierra y todas las cosas que en ella están. Enseñó que hubo una caída de Adán; que Adán y todas las formas de vida cayeron, o cambiaron, de su estado original paradisiaco al estado mortal que ahora prevalece; y que como consecuencia de esa caída, que trajo la muerte temporal y espiritual al mundo, se requería una expiación de un ser divino. Alguien tenía que venir y redimir a los hombres de los efectos de la Caída y traer la vida temporal, que es la inmortalidad, y hacer disponible nuevamente la vida espiritual, que es la vida eterna.

El gran y eterno plan de salvación, desde el punto de vista de Dios, es la Creación, la Caída y la Expiación. Si no hubiera habido creación, no habría nada. Si las cosas no hubieran sido creadas de la manera y forma que lo fueron, no habría podido haber una caída de Adán, y, como consecuencia, no habría habido procreación, mortalidad ni muerte. Y si no hubiera habido la caída de Adán, que trajo la muerte temporal y espiritual al mundo, no habría necesidad de la redención del Señor Jesús.

Jesús enseñó el plan de salvación. El plan de salvación, para nosotros, es el sacrificio expiatorio del Señor Jesús por medio del cual llega la inmortalidad y la vida eterna. Cuando hablas del evangelio desde el punto de vista de los hombres, hablas de las cosas que los hombres deben hacer para trabajar su salvación con temor y temblor ante el Señor. Y lo que está

involucrado aquí es la fe en el Señor Jesucristo; el arrepentimiento de los pecados; el bautismo por inmersión bajo las manos de un administrador legal para la remisión de los pecados; la recepción del don del Espíritu Santo, que es el derecho al compañerismo constante de ese miembro de la Deidad; y finalmente, perseverar en la rectitud, la integridad, la devoción y la obediencia durante todos los días de la vida. Ese es el plan de salvación en lo que respecta a los actos de nuestra parte. Pero ese plan de salvación descansa sobre el mayor concepto eterno del sacrificio expiatorio que surgió de la Caída, la cual surgió de la Creación.

Jesús predicó el evangelio. Jesús fue un teólogo. Nunca ha habido un teólogo en la tierra que se compare con él. En este campo, como en todos los demás, ningún hombre habló como él. Reconozco que sus enseñanzas no están preservadas para nosotros. En su providencia, permitió que Pablo, Pedro y algunos de los otros nos presentaran los conceptos teológicos que tenían que ser conocidos para que las personas obtuvieran la salvación. Pero Jesús predicó el evangelio. Eso, por supuesto, es lo que se espera que hagamos; ese es el primer gran concepto. Aquí está el segundo:

2. Debemos enseñar los principios del evangelio tal como se encuentran en las Escrituras Estándar

“Y que ellos [los élderes del reino] viajen de allí predicando la palabra por el camino, diciendo nada más que lo que los profetas y apóstoles han escrito, y lo que se les ha enseñado por el Consolador a través de la oración de fe” (D&C 52:9).

Tenemos una multitud de pasajes que hablan sobre estudiar las escrituras, sobre estudiar “estos mandamientos”. Tenemos consejos para “meditar” sobre las cosas del Señor, para “atesorar” las palabras de la verdad. Él les dijo a los nefitas, “Grandes son las palabras de Isaías” (3 Nefi 23:1). Les dijo: “Estudiad a los profetas” (3 Nefi 23:5).

“Diferencias de administración” en la enseñanza del evangelio. Estos y otros pasajes muestran que debemos estudiar las Escrituras estándar de la Iglesia. Las escrituras mismas presentan el evangelio de la manera en que el Señor quiere que se nos presente en nuestro día. No digo que siempre se presente a los hombres de la misma manera. Ha habido civilizaciones de un nivel espiritual más alto que el nuestro. Creo que Él hizo algún tipo

diferente de enseñanza entre el pueblo en los días de Enoc y en esa época dorada nefita, cuando durante doscientos años todos se conformaban a los principios de la luz y la verdad y tenían el Espíritu Santo como guía. Sabemos perfectamente bien que durante el Milenio los procesos de enseñanza cambiarán. Una de las revelaciones dice acerca de ese día: “Y no enseñarán más cada uno a su prójimo, y cada uno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el mayor de ellos” (Jer. 31:34).

Para nuestro día: enseñar desde las Escrituras estándar. Pero para nuestro día, nuestra época y nuestra hora, el tiempo de nuestra probación mortal, debemos enseñar de la manera en que las cosas están registradas en las Escrituras estándar que tenemos. Y si quieres saber qué énfasis se debe dar a los principios del evangelio, simplemente enseña todas las Escrituras estándar y, automáticamente, en el proceso, habrás dado el énfasis del Señor a cada doctrina y cada principio. En lo que respecta al aprendizaje y la enseñanza del evangelio, el *Libro de Mormón*, por lejos, es el más importante de las Escrituras estándar, porque en simplicidad y claridad expone de manera definitiva las doctrinas del evangelio. Si deseas probar eso, simplemente elige arbitrariamente unos cien temas del evangelio y luego pon en columnas paralelas lo que la Biblia dice sobre ellos y lo que el *Libro de Mormón* dice sobre ellos. Y en aproximadamente el 95 por ciento de los casos, la claridad, perfección y naturaleza suprema de las enseñanzas del *Libro de Mormón* será tan evidente que será perfectamente claro que ese es el lugar para aprender el evangelio.

Aprende y enseña del Libro de Mormón. Creo que en muchos aspectos la literatura, el lenguaje y el poder de expresión que se encuentran en los escritos de Pablo y de Isaías son superiores a lo que hay en el *Libro de Mormón*. Pero entendemos la Biblia porque tenemos el conocimiento adquirido del *Libro de Mormón*. Las epístolas de Pablo, por ejemplo, fueron escritas para los miembros de la Iglesia. No creo que tenga epístolas que estén destinadas a ser explicaciones definitivas de las doctrinas del evangelio. Él estaba escribiendo la porción de la palabra del Señor que los corintios, los hebreos o los romanos necesitaban, él siendo consciente de los problemas, preguntas y dificultades que los confrontaban. En efecto, él escribe para personas que ya tenían el conocimiento que está en el *Libro de Mormón*. Eso significa, obviamente, que no hay personas en la tierra que puedan entender las epístolas de

Pablo y de los otros hermanos en el Nuevo Testamento hasta que primero obtengan el conocimiento que nosotros, como Santos de los Últimos Días, tenemos.

El *Libro de Mormón* es un relato definitivo, abarcador y comprensivo. Nuestras escrituras dicen que contiene la plenitud del evangelio eterno (D&C 20:8-9). Lo que eso significa es que es un registro de los tratos de Dios con un pueblo que poseía la plenitud del evangelio. Significa que en él están registrados los principios básicos que los hombres deben creer para trabajar su salvación. Después de que aceptemos, creamos y comprendamos los principios allí registrados, estamos calificados y preparados para dar otro paso y comenzar a adquirir un conocimiento de los misterios de la piedad.

Después de que alguien adquiera la comprensión básica que se encuentra en el *Libro de Mormón* sobre la salvación, por ejemplo, entonces está en posición de imaginar y comprender de qué trata la sección 76. Cuando esa sección se dio por primera vez en nuestra dispensación, el Profeta prohibió a los misioneros hablar de ella cuando salieran al mundo y les dijo que si lo hacían, se traerían persecución sobre sus cabezas porque era algo que estaba más allá de la capacidad espiritual de aquellos a quienes eran enviados. Hoy no tenemos ese tipo de clima religioso, pero fue uno que prevaleció en aquel entonces.

“La ley del Señor es perfecta.” Creo que este lenguaje en los Salmos es tan bueno como cualquier cosa que se haya escrito sobre las escrituras: *“La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, que alumbra los ojos. El temor del Señor es limpio, que permanece para siempre; los juicios del Señor son verdad, todos justos. Más deseables son que el oro, y que mucho oro afinado; y dulces más que la miel, y que la que destila del panal. Además, por ellos es advertido tu siervo; y en guardarlos hay grande recompensa.”* (Sal. 19:7-11.)

También amo estas palabras que Pablo escribió a Timoteo:

“Y que desde la niñez has sabido las santas escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para

corregir, para instruir en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” (2 Tim. 3:15-17.)

El presidente Clark dijo sobre este punto:

“Ustedes tienen un interés en asuntos puramente culturales y en asuntos de conocimiento puramente secular; pero repito nuevamente para enfatizar, su principal interés, su deber esencial y casi único, es enseñar el Evangelio de Jesucristo tal como ha sido revelado en estos últimos días. Deben enseñar este Evangelio utilizando como sus fuentes y autoridades las Escrituras estándar de la Iglesia, y las palabras de aquellos a quienes Dios ha llamado para dirigir a Su pueblo en estos últimos días. No deben, ya sea altos o bajos, introducir en su trabajo su propia filosofía peculiar, sin importar su fuente o cuán placentera o racional les parezca ser. Hacerlo sería tener tantas iglesias como seminarios tenemos, y eso es caos.” (Clark, *The Chartered Course*, pp. 10-11.)

3. Debemos enseñar por el poder del Espíritu Santo

Hay algunos pasajes sobre este asunto de enseñar por el poder del Espíritu Santo que son tan contundentes y tan claros que, a menos que entendamos lo que está involucrado, casi nos harían temer enseñar. Y leeré un par de ellos.

“Y el Espíritu os será dado por la oración de fe; y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D&C 42:14).

Esto es algo obligatorio, una prohibición.

“Y todo esto observaréis hacerlo como os he mandado concerniente a vuestra enseñanza, hasta que se dé la plenitud de mis escrituras. Y como levantéis vuestras voces por el Consolador, hablaréis y profetizaréis como me parezca bien; porque, he aquí, el Consolador sabe todas las cosas, y da testimonio del Padre y del Hijo.” (D&C 42:15-17.)

Enseñar por el Espíritu para hablar la voz de Dios. Estamos hablando de la enseñanza en la Iglesia, la enseñanza del evangelio, la enseñanza de cosas espirituales, enseñando por el poder del Espíritu Santo. Y si enseñas por el poder del Espíritu Santo, dices las cosas que el Señor quiere que se digan, o dices las cosas que el Señor diría si Él mismo estuviera aquí. El Espíritu Santo es un revelador, y estás hablando palabras de revelación. Y ese tipo de predicador o maestro, como hemos visto, es el tercer gran oficial

esencial que identifica el reino de Dios.

“Primeramente apóstoles, segundamente profetas, terceramente maestros” (1 Cor. 12:28).

“Y ahora venid, dice el Señor, por el Espíritu, a los élderes de su Iglesia, y razonemos juntos, para que entendáis; razonemos como un hombre razona con otro cara a cara. Ahora bien, cuando un hombre razona, es entendido por el hombre, porque razona como hombre; así también yo, el Señor, razonaré con vosotros para que entendáis.” (D&C 50:10-12.)

Tened en cuenta, mientras consideramos estos asuntos de la sección 50, la ley que se refiere a los principios y agentes, a los amos y siervos. Considerad cómo se aplican a un ser divino que da dirección a otro, dejándole saber qué debe enseñar y qué debe decir.

Tened en cuenta también que, realmente, no hace ninguna diferencia para ninguno de ustedes lo que enseñamos. A menudo pienso mientras voy por la Iglesia y predico en varias reuniones que realmente no me importa de qué estoy hablando. No me importa de qué hablo. Todo lo que me preocupa es sintonizarme con el Espíritu y expresar los pensamientos, en el mejor lenguaje y manera que pueda, que me son implantados allí por el poder del Espíritu. El Señor sabe lo que una congregación necesita escuchar, y ha provisto un medio para dar esa revelación a cada predicador y cada maestro.

Enseñar lo que Dios quiere que se enseñe. Nosotros no creamos las doctrinas del evangelio. Las personas que hacen preguntas sobre el evangelio, muchas veces, están buscando una respuesta que respalde una opinión que han expresado. Quieren justificar una conclusión a la que han llegado en lugar de buscar la verdad última en el campo. Una vez más, no me importa lo más mínimo cuáles sean las doctrinas de la Iglesia. No puedo crear una doctrina. No puedo originar un concepto de verdad eterna. Lo único que debería preocuparme es aprender lo que el Señor piensa sobre una doctrina. Si le hago una pregunta a alguien para aprender algo, no debería estar buscando una confirmación de una opinión que he expresado. Debería estar buscando conocimiento y sabiduría. No debería importarme si la doctrina está a la derecha o a la izquierda. Mi único interés y mi única preocupación debería ser descubrir lo que el Señor piensa sobre el tema.

La enseñanza inspirada es “la mente de Cristo.” Y tenemos el poder para hacer eso. Supongo que esa es al menos parte de lo que Pablo tenía en mente cuando dijo de los Santos: “Tenemos la mente de Cristo” (1 Cor. 2:16).

Si tenemos la mente de Cristo, pensamos lo que Cristo piensa y decimos lo que Cristo dice; y de esas dos cosas surgen nuestros actos, y así hacemos lo que Cristo haría en una situación equivalente.

Bueno, volvamos a la sección 50 en la que el Señor está razonando con nosotros. “Por tanto, yo, el Señor, os hago esta pregunta: ¿A qué fuisteis ordenados?” (D&C 50:13). Es decir, “¿Qué agencia os di? ¿Qué comisión os he conferido? ¿Qué autorización es vuestra? ¿Qué mandamiento divino vino de mí a vosotros?” Y luego Él responde, y su respuesta nos dice para qué estamos ordenados.

“Para predicar mi evangelio por el Espíritu, incluso el Consolador que fue enviado para enseñar la verdad. Y luego recibisteis espíritus [doctrinas, principios, puntos de vista, teorías] que no podíais entender, y los recibisteis como si fueran de Dios; ¿y en esto sois justificados?” (D&C 50:14-15).

Me gustaría intentar esto nuevamente. “Y luego recibisteis espíritus [doctrinas, principios, puntos de vista, teorías] que no podíais entender” (D&C 50:15). Entonces recibisteis algo que no podíais entender y pensasteis que venía de Dios. ¿Y sois justificados?

“He aquí, responderéis vosotros mismos a esta pregunta; no obstante, seré misericordioso con vosotros; el que sea débil entre vosotros, de aquí en adelante será hecho fuerte” (D&C 50:16).

Ahora, aquí hay un lenguaje muy fuerte. Si puedes poner en cursiva las palabras en tu mente, como si fuera, cuando se leen, hazlo con estas palabras.

“En verdad os digo que el que es ordenado de mí y enviado para predicar la palabra de verdad por el Consolador [esa es nuestra comisión], en el Espíritu de la verdad, ¿la predica por el Espíritu de la verdad o de alguna otra manera? Y si es de alguna otra manera, no es de Dios.” (D&C 50:17-18).

Incluso la verdad, si no está inspirada, “no es de Dios”. Ahora, déjame retomar ese último versículo nuevamente y darte el antecedente del pronombre. Dice: “Si es de alguna otra manera, no es de Dios” (D&C 50:18).

¿Cuál es el antecedente de *sí*? Es la palabra de verdad. Es decir, si enseñas la palabra de verdad —ahora, observa, estás diciendo lo que es cierto, todo lo que dices es preciso y correcto— de alguna otra manera que no sea por el Espíritu, no es de Dios. Ahora, ¿cuál es la otra manera de enseñar que no sea por el Espíritu? Pues, obviamente, es por el poder del intelecto.

Supón que vine aquí esta noche y entregué un gran mensaje sobre la enseñanza, y lo hice por el poder del intelecto sin que el Espíritu de Dios asistiera. Supón que cada palabra que dije fuera cierta, sin error alguno, pero fuera una presentación intelectual. Esta revelación dice: “Si es de alguna otra manera, no es de Dios” (D&C 50:18).

Es decir, Dios no presentó el mensaje a través de mí porque usé el poder del intelecto en lugar del poder del Espíritu. Las cosas intelectuales —razón y lógica— pueden hacer algo de bien, pueden preparar el camino, pueden poner la mente lista para recibir el Espíritu bajo ciertas circunstancias. Pero la conversión llega y la verdad penetra en los corazones de las personas solo cuando se enseña por el poder del Espíritu.

Enseñamos y aprendemos por el poder del Espíritu Santo. “Y otra vez, el que recibe la palabra de verdad, ¿la recibe por el Espíritu de la verdad o de alguna otra manera?” (D&C 50:19).

Y la respuesta es: “Si es de alguna otra manera, no es de Dios. Por tanto, ¿por qué no entendéis y sabéis que el que recibe la palabra por el Espíritu de la verdad la recibe tal como es predicada por el Espíritu de la verdad? Por tanto, el que predica y el que recibe se entienden entre sí, y ambos son edificados y se regocijan juntos.” (D&C 50:20-22).

Adoramos por el poder del Espíritu Santo. Así es como adoramos. La adoración real, verdadera y genuina, nacida del Espíritu, en una reunión sacramental, por ejemplo, ocurre cuando un orador habla por el poder del Espíritu Santo, y cuando una congregación escucha por el poder del Espíritu Santo. Así que el orador da la palabra del Señor, y la congregación

recibe la palabra del Señor. Ahora bien, eso no es lo común, creo yo, en nuestras reuniones sacramentales. Al menos no sucede tan a menudo como debería. Lo que ocurre es esto: la congregación se reúne en ayuno y oración, meditando sobre las cosas del Espíritu, deseando ser alimentada. Ellos traen una jarra de un galón. El orador llega con su sabiduría mundana y trae una pequeña botella de un cuarto de galón y vierte su botella de un cuarto de galón en la jarra de un galón. O bien, como a veces ocurre, el predicador recibe su mensaje del Señor, se sintoniza con el Espíritu y llega con una jarra de un galón para entregar un mensaje, y no hay nadie en la congregación que haya traído algo más grande que una taza. Y él vierte el galón de la verdad eterna y las personas reciben solo una pequeña muestra, suficiente para calmar la sed eterna de un momento, en lugar de recibir el mensaje real que está involucrado. Se necesita tanto al maestro como al estudiante, tanto al predicador como a la congregación, que ambos se unan en fe, para tener una situación adecuada de predicación o enseñanza.

Tanto el maestro como el estudiante deben estar sintonizados. Sospecho que muchos de ustedes, en algún momento, probablemente en la escuela secundaria, tomaron un curso de física y realizaron experimentos de laboratorio usando un diapasón. Recuerdan una ocasión en que se seleccionaron dos diapasones que estaban calibrados en la misma longitud de onda, y uno de ellos se colocó en una parte de la habitación y el otro a treinta o cuarenta pies de distancia. Alguien golpeó el primer diapasón, y la gente puso su oído en el segundo, y vibró y emitió el mismo sonido que provenía del primero. Esta es una ilustración. Es lo que está involucrado en hablar por el Espíritu. Alguien que está sintonizado con el Espíritu habla palabras que son escuchadas por el poder del Espíritu, cuando se trata de personas justas.

4. Debemos aplicar los principios del evangelio a las necesidades y circunstancias de nuestros oyentes.

Los principios son eternos. Nunca varían. Las condiciones del mundo y los problemas personales varían. Aplicamos las enseñanzas divinas a la necesidad presente. Nefi dijo: “Yo hice que todas las escrituras se aplicaran a nosotros, para que fuera para nuestro beneficio y aprendizaje” (1 Nefi 19:23).

Lo que hizo fue citar a Isaías, quien hablaba de toda la casa de Israel. Y él,

Nefi, lo aplicó a la porción nefitas de Israel. Ahora el presidente Clark dice: “Nuestra juventud no es espiritualmente infantil; están muy cerca de la madurez espiritual normal del mundo. Tratarles como niños espirituales, como el mundo trataría al mismo grupo de edad, es por lo tanto un anacoluta. Digo una vez más, no hay casi ningún joven que pase por la puerta de su seminario o instituto que no haya sido el consciente beneficiario de bendiciones espirituales, o que no haya visto la eficacia de la oración, o que no haya sido testigo del poder de la fe para sanar a los enfermos, o que no haya presenciado derramamientos espirituales, de los cuales el mundo en general está hoy en día ignorante.” (Clark, *The Chartered Course*, p. 10.)

No debemos diluir ni disfrazar las enseñanzas del evangelio. Ahora, esta siguiente expresión me complace enormemente.

“No tienes que acercarte sigilosamente detrás de este joven espiritualmente experimentado y susurrarle religión en los oídos; puedes salir directamente, cara a cara, y hablar con él. No necesitas disfrazar las verdades religiosas con un manto de cosas mundanas; puedes llevar estas verdades a él abiertamente, tal como son. La juventud puede no ser más temerosa de ellas que tú lo eres. No hay necesidad de enfoques graduales, de 'historias antes de dormir', de mimar, de condescender, ni de ningún otro dispositivo infantil utilizado en esfuerzos por llegar a aquellos espiritualmente inexpertos y casi espiritualmente muertos.” (Clark, *The Chartered Course*, p. 10.)

Supongo que esto tiene algo que ver con juegos, fiestas, entretenimientos y trucos, que realmente son pobres sustitutos de enseñar las doctrinas de la salvación a los estudiantes que tenemos.

5. Debemos testificar que lo que enseñamos es verdadero.

Somos un pueblo que lleva testimonio. Por siempre estaremos dando testimonio. Presten particular atención a los testimonios que se dan en la reunión sacramental. Muchos de ellos serán simplemente expresiones de agradecimiento o de aprecio por los padres o por esto o aquello. A veces habrá un testimonio que diga con palabras que la obra es verdadera y que Jesús es el Señor y José Smith es un profeta. Y eso eleva el nivel. Ahora voy a hablar de algo diferente.

Testificar no solo del evangelio, sino también de la doctrina específica. Hay dos campos en los que se espera que demos testimonio, si perfeccionamos nuestra capacidad de dar testimonio. Por supuesto, debemos dar testimonio de la verdad y divinidad de la obra. Debemos decir que sabemos por el poder del Espíritu Santo que la obra es del Señor, que el reino es suyo. Recibimos una revelación y nos dice que Jesús es el Señor y José Smith es un profeta, y debemos decirlo. Eso es dar testimonio. Pero también estamos obligados a dar testimonio de la verdad de la doctrina que enseñamos, no simplemente de que la obra es verdadera, sino de que hemos enseñado doctrina verdadera, lo cual, por supuesto, no podemos hacer a menos que hayamos enseñado por el poder del Espíritu.

El quinto capítulo de Alma es un sermón muy expresivo sobre el nuevo nacimiento. Alma enseña las grandes verdades relacionadas con esa doctrina en un lenguaje y con expresiones que no se encuentran en ningún otro lugar en las revelaciones. Y después de haber enseñado su doctrina sobre el nuevo nacimiento, dice esto: “Porque yo he sido llamado para hablar de esta manera” (Alma 5:44). En efecto: “He sido llamado para predicar esta doctrina que acabo de predicarles.”

“Según el orden santo de Dios, que está en Cristo Jesús; sí, estoy mandado a estar de pie y testificar a este pueblo las cosas que han sido dichas por nuestros padres concernientes a las cosas que han de venir” (Alma 5:44). Él está usando las escrituras. Está usando las revelaciones que llegaron a los padres.

“Y esto no es todo. ¿No suponéis que yo conozco estas cosas por mí mismo? He aquí, os testifico que yo sé que estas cosas de las que he hablado son verdaderas.” (Alma 5:45.)

Él está testificando de la verdad de la doctrina que enseñó.

“¿Y cómo suponéis que sé con certeza? He aquí, os digo que ellas [las doctrinas que ha enseñado] me son conocidas por el Espíritu Santo de Dios. He ayunado y orado muchos días para saber estas cosas por mí mismo. Y ahora sé por mí mismo que son verdaderas; porque el Señor Dios las ha manifestado a mí por su Espíritu Santo; y este es el espíritu de revelación que está en mí.” (Alma 5:45-46.)

¡La necedad de enseñar! La necedad de enseñar de la manera en que hemos estado describiendo! La comisión divina del maestro.

La comisión del maestro: una recapitulación. Repito: no tengo poder para crear una doctrina. No tengo poder para fabricar una teoría o una filosofía ni para elegir un camino que debemos seguir o una cosa que debemos creer para obtener la vida eterna en el reino de nuestro Padre. Soy un agente, un siervo, un representante—un embajador, si lo prefieres. He sido llamado por Dios para predicar ¿qué? Para predicar su evangelio, no el mío. No importa lo que yo piense. La única comisión que tengo es proclamar su palabra. Y si proclamo su palabra por el poder del Espíritu, entonces todos los involucrados están obligados. Las personas están obligadas a aceptarlo, o si lo rechazan, será a su propio riesgo.

Ahora, mi comisión divina y tu comisión divina son:

1. Enseñar los principios del evangelio;
2. Enseñarlos a partir de las Escrituras estándar;
3. Enseñarlos por el poder del Espíritu Santo;
4. Aplicarlos a la situación presente;
5. Dar un testimonio personal, un testimonio nacido del Espíritu de que la doctrina que se enseña es verdadera. Esa es la comisión divina del maestro.

Luchar y trabajar por el Espíritu. No siempre cumplo con eso, de ninguna manera. Supongo que los Hermanos, de los cuales soy uno, hacemos tanto predicación y hablamos en las congregaciones de la Iglesia como cualquiera, a menos que sean los maestros de seminarios e institutos. Hay momentos en los que lucho y me esfuerzo por transmitir un mensaje y simplemente no parece que me esté sintonizando con el Espíritu. La realidad es que me resulta mucho más difícil elegir qué debería decir, qué tema debería considerar, que levantarme y predicarlo. Siempre estoy luchando e intentando obtener la inspiración para saber qué debería decir en la conferencia general, o en una conferencia de estaca, o lo que sea. Si trabajamos en ello y nos esforzamos, el Espíritu será dado por la oración de fe. Si hacemos nuestra parte, mejoraremos y creceremos en las cosas del Espíritu hasta llegar a una posición en la que podamos, estando sintonizados, decir lo que el Señor quiere que digamos. Eso es lo que se espera de nosotros. Y eso es necesidad a los ojos del mundo, en las disciplinas de la ciencia, la sociología y demás. Pero es la necesidad de Dios,

y la necesidad de Dios, que es más sabia que los hombres, es lo que trae la salvación.

Evitar doctrinas falsas.

Permítanme decir una palabra sobre la falsa doctrina. Los escollos que debemos evitar son la enseñanza de doctrinas falsas, enseñar ética en lugar de doctrina, comprometer nuestras doctrinas con las filosofías del mundo, entretener en lugar de enseñar, y usar juegos y trucos en lugar de una doctrina sólida—"mimar a los estudiantes", como lo expresó el presidente Clark.

Juzgar todas las enseñanzas por los estándares del evangelio.

Debemos juzgar todo por los estándares del evangelio, no al revés. No tomes un principio científico, denominado como tal, e intentes hacer que el evangelio se ajuste a él. Toma el evangelio tal como es y, en la medida de lo posible, haz que las demás cosas se ajusten a él, y si no se ajustan, olvídalas. Olvídalas; no te preocupes. Eventualmente desaparecerán. En el verdadero sentido de la palabra, el evangelio abarca toda la verdad. Y todo lo que es verdad se ajustará a los principios que Dios ha revelado.

"¡Ay de los sabios, y los doctos, y los ricos, que se enorgullecen en la soberbia de su corazón, y de todos aquellos que predicán doctrinas falsas, y de todos aquellos que cometen fornicación, y pervierten el camino recto del Señor, ¡ay, ay, ay de ellos!, dice el Señor Dios Todopoderoso, porque serán arrojados al infierno!" (2 Nefi 28:15).

Quiero decir algo sobre esto. Esa escritura habla de personas que tienen una forma de piedad, como lo expresó Pablo, pero que niegan el poder de ella (ver 2 Timoteo 3:5). Y el Señor citó a Pablo en la Primera Visión, usando este mismo lenguaje. Está hablando de esas personas de las que Pablo dijo: "Siempre aprendiendo, y nunca capaces de llegar al conocimiento de la verdad" (2 Timoteo 3:7).

El presidente Clark dijo: "No deben enseñar las filosofías del mundo, antiguas o modernas, paganas o cristianas, porque ese es el campo de las escuelas públicas. Su único campo es el Evangelio, y eso es ilimitado en su propia esfera.

"Pagamos impuestos para apoyar a esas instituciones estatales cuya función y trabajo es enseñar las artes, las ciencias, la literatura, la historia,

el lenguaje, y así sucesivamente a través de todo el currículo secular. Estas instituciones deben hacer este trabajo. Pero usamos los diezmos de la Iglesia para llevar a cabo el sistema educativo de la Iglesia, y estos están impregnados con una santa confianza. Los seminarios e institutos de la Iglesia deben enseñar el Evangelio.” (Clark, *The Chartered Course*, p. 11.)

Lista de doctrinas falsas prominentes

Hablan sobre enseñar falsa doctrina y ser malditos. Aquí hay una lista de doctrinas falsas que, si alguien las enseña, será maldito. Y no conozco ninguna de estas que se haya enseñado en la Iglesia, pero les doy la lista como perspectiva debido a lo que seguirá.

- Enseñar que Dios es un Espíritu, la Trinidad sectaria.
- Enseñar que la salvación viene solo por gracia, sin obras.
- Enseñar la culpa original, o el pecado de nacimiento, como lo expresan.
- Enseñar el bautismo infantil.
- Enseñar la predestinación.
- Enseñar que la revelación, los dones y los milagros han cesado.
- Enseñar la teoría de Adán-Dios (eso aplica en la Iglesia).
- Enseñar que debemos practicar el matrimonio plural hoy en día.

Ahora bien, cualquiera de estas son doctrinas que maldicen. Son las que acabo de leer en el capítulo 28 de 2 Nefi.

Lista de doctrinas destructivas para la fe

Ahora, aquí hay algunas doctrinas que debilitan la fe y pueden maldecir. Depende de qué tan habituado se vuelva una persona a ellas, de cuánta énfasis ponga en ellas, y de cuánto la doctrina comience a gobernar los asuntos de su vida.

La evolución es una de ellas. Alguien puede llegar a estar tan absorbido por la llamada evolución orgánica que termine no creyendo en el sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo. Tal curso lleva a la maldición.

Alguien puede enseñar que Dios está progresando en conocimiento. Y si empieza a creerlo, y lo enfatiza excesivamente, y se convierte en una cosa dominante en su vida, entonces, como dicen las *Lecciones sobre la fe*, no es posible que tenga fe para vida y salvación. Se requiere que crea, en las palabras del Profeta, que Dios es omnipotente, omnisciente y omnipresente, que tiene todo el poder y conoce todas las cosas.

Si enseñas una doctrina que dice que hay una segunda oportunidad para la salvación, puedes perder tu alma. La perderás, si crees esa doctrina hasta el punto de no vivir rectamente y sigues con la suposición de que algún día tendrás la oportunidad de salvación, aunque no hayas guardado los mandamientos aquí.

Y lo mismo ocurre con la creación paradisiaca, con el progreso de un grado de gloria a otro, con tratar de entender qué son las bestias en el libro de Apocalipsis, o los misterios en cualquier campo. Si te pones a hablar sobre el hecho de que los hijos de la perdición no son resucitados, o de dónde están las diez tribus, o si cometes un error sobre la verdadera doctrina de la congregación de Israel, o algunos de los eventos relacionados con la Segunda Venida, o los eventos milenarios y similares, estas doctrinas falsas pueden llevar a comportamientos como rechazar a los profetas vivientes a favor de los muertos, lo que maldice.

Las enseñanzas falsas crean una fe falsa

No estoy diciendo que esas doctrinas maldigan en el mismo sentido que la primera lista que leí, pero pueden hacerlo. Ciertamente desviarán a las personas, y evitarán que perfeccionen el tipo de fe que les permitirá hacer el bien, obrar justicia y realizar milagros. No me inquieta mucho una persona honesta y sincera que comete un error en doctrina, siempre y cuando sea un error intelectual o de entendimiento, y siempre que no sea sobre un principio grande y fundamental. Si comete un error sobre el sacrificio expiatorio de Cristo, irá a la destrucción. Pero si se equivoca de una manera menor—de una manera no maligna, por así decirlo—puede corregirse sin demasiados problemas. José Smith nos cuenta una experiencia que tuvo con un hombre llamado Brown en los primeros días. Este hombre fue llevado ante el concilio de altos sacerdotes por enseñar falsa doctrina. Había estado explicando las bestias en el libro de Apocalipsis. Y vino ante el Profeta, y el Profeta, con él presente en la

congregación, predicó un sermón sobre el tema, y de hecho nos dijo lo que significaban las bestias. En el sermón dijo:

“No me gustó que el anciano fuera llamado por errar en doctrina. Se parece demasiado a los metodistas, y no a los Santos de los Últimos Días. Los metodistas tienen credos que un hombre debe creer o será expulsado de su iglesia. Quiero la libertad de pensar y creer como me plazca. Se siente tan bien no estar atado. No prueba que un hombre no sea bueno porque se equivoque en doctrina.” (Historia de la Iglesia, 5:340.)

El peligro incluso en “los errores menores”

Esa declaración se aplica a doctrinas de menor importancia. Si te equivocas en algunas doctrinas, y lo he hecho, y todos lo hemos hecho, lo que queremos hacer es obtener la luz y el conocimiento adicionales que debemos recibir y poner nuestras almas en sintonía y aclarar nuestro pensamiento. Ahora, obviamente, si predicas una de estas grandes doctrinas fundamentales y es falsa, y te aferras a ella, perderás tu alma.

El relato del *Libro de Mormón* dice que un hombre va al infierno si muere creyendo en el bautismo infantil (Mormón 8:14, 16, 21). Está negando el sacrificio expiatorio de Cristo y la bondad de Dios si supone que el bautismo infantil es necesario. Es mi esperanza, obviamente, que enseñemos doctrina sólida y verdadera. Y lo haremos si nos limitamos a las escrituras, y si dejamos de lado los misterios.

Testimonio personal

Además del hecho de que el reino es verdadero, la doctrina que he estado enseñando esta noche es verdadera. Los puntos que he expuesto bajo el título “La comisión divina del maestro” son verdaderos. Si podemos conformarnos a ellos y seguirlos, alcanzaremos un estándar de enseñanza que cambiará la vida de las personas. No cambias la vida de nadie enseñándole matemáticas, pero como Brigham Young le dijo a Karl G. Maeser, ni siquiera debía enseñar las tablas de multiplicar salvo por el Espíritu de Dios. Esa es una cosa menor. Pero cambias la vida de las personas cuando les enseñas las doctrinas de la salvación.

“Agradó a Dios salvar a los que creen por la necesidad de la predicación” (1 Cor. 1:21).

Nos salvamos a nosotros mismos por nuestra enseñanza y salvamos a

aquellos que se sintonizan con el mismo Espíritu que tenemos, cuando enseñamos esas verdades. Qué glorioso y maravilloso es no tener que preocuparnos por las doctrinas del reino, no tener que defenderlas, apoyarlas ni sustentarlas. Son verdaderas, y se sostienen, defienden y mantienen por sí mismas. (*“La necedad de enseñar,” Discurso dirigido al personal de seminarios e institutos. Publicado por La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1981.*)

Notas

1. El documento, o la supuesta bendición a la que se refiere el Élder McConkie, llamada “La Bendición de José Smith III” (ver Dean C. Jessee, *The Personal Writings of Joseph Smith* [Salt Lake City: Deseret Book Co., 1984], pp. 565-66), es una de las falsificaciones fabricadas y vendidas por Mark Hoffman. La experiencia en la conferencia mencionada aquí es aquella en la que los simples impulsos del Espíritu Santo llevaron a un hombre a decir algo que ofende la sabiduría de los sabios mundanos, pero que reafirma una verdad del evangelio. El Élder McConkie estuvo incómodo con este documento en particular desde el momento en que apareció. Poco después de que apareciera por primera vez, en una conversación con su hermano, Oscar W. McConkie Jr., el Élder McConkie dijo: “José nunca dio esa bendición. Sé lo que José enseñó sobre la doctrina, y José no cometió errores doctrinales—y esta bendición tiene errores en la doctrina.” Uno de los errores doctrinales problemáticos fue la falta de mención de las llaves del sacerdocio.
2. Una razón por la que los estudiantes del evangelio tienen hambre y sed de conocimiento del evangelio es, en las palabras del Élder McConkie, que “la educación no es nada nuevo para nosotros aquí. Fuimos a la escuela en la preexistencia. Hubo ocasiones en las que Adán enseñó las clases, y cuando Abraham enseñó las clases, y cuando José Smith lo hizo. Y las clases eran tan numerosas y tan extensas que toda la casa de Israel —ese grupo de espíritus que fueron preordenados para convertirse en israelitas— eran maestros; y ellos enseñaban clases. Y el testimonio de la verdad fue dado y se nos dio la oportunidad de avanzar y progresar. Cuando llegó el momento de descender a la

mortalidad, terminamos un curso de instrucción que había estado ocurriendo durante un período infinitamente largo de tiempo y comenzamos un nuevo curso de instrucción—un curso mortal. En efecto, este curso mortal es el examen final para toda la vida que vivimos en este período premortal infinito.” Así que, después de haber aprendido las verdades del evangelio en la preexistencia, la instrucción del evangelio en la mortalidad es solo un recuerdo de lo que sabíamos antes de nacer —llevamos con nosotros un apetito por las verdades del evangelio desde la esfera premortal.

3. La frase “diferencias en la administración” resulta desconcertante para algunos. Se refiere no solo a un don espiritual relacionado con la capacidad de gestionar o administrar los programas del Señor, sino también al hecho de que el mismo don puede ser administrado de diferentes maneras. Moroni explica que todos los dones espirituales provienen de Dios y operan a través de la agencia del Espíritu de Cristo. Dice que hay muchos dones, pero “diferentes maneras en que estos dones son administrados” (Morm. 10:8), lo que significa que el mismo don puede manifestarse, experimentarse o ejercerse de diferentes maneras. Considera, por ejemplo, el don de sanar. En un caso, Jesús sana la ceguera de un hombre mezclando su saliva con polvo y luego ungió los ojos del ciego con la arcilla hecha de eso (Juan 9:1-7); en otro, simplemente “extendió su mano y tocó” a un leproso, sanándolo (Mateo 8:1-4); en otro caso, el sirviente de un centurión es sanado cuando el Salvador promete que lo hará (Mateo 8:5-13); y sana a la esposa de Pedro tocando su mano (Mateo 8:14). El don de sanar, particularmente en nuestros días, se ejerce más frecuentemente por la imposición de manos, pero como ilustra la experiencia del Salvador, puede ser administrado de diferentes maneras.

Lo mismo es cierto para el don de enseñar, como observa el Élder McConkie aquí. La forma en que se ejerce o administra un don espiritual, asumimos, depende de diferentes factores, como el grado de fe de los involucrados o alguna instrucción específica del Señor, como la directiva de imponer manos al administrar el don de sanar (D&C 42:44).

Parte V

Superando el Mundo

INTRODUCCIÓN A LA PARTE V

La mortalidad es un campo de pruebas, un estado de prueba. ¿Elegirán los hombres arrepentirse, ser bautizados, casarse, tener hijos, vivir en la unidad familiar? ¿Aprenderán las lecciones del dolor, la angustia, el trabajo y las lágrimas? ¿Adorarán al Dios verdadero y viviente, servirán en su reino, honrarán y sostendrán a sus profetas, testificarán de las verdades del evangelio, amarán a sus semejantes y aprenderán obediencia, humildad y caridad? ¿Harán “todas las cosas que el Señor su Dios les mande” (Abr. 3:25)? ¿Cederán los hombres a los atractivos del Espíritu Santo, y así desecharán al hombre natural y se convertirán en Santos? En resumen, ¿superarán el mundo?

Para superar el mundo—entendido como el pecado, el mal y todo lo mundano—los hombres deben arrepentirse de sus pecados y luego “aferrarse,” en el lenguaje de Pablo, “a lo bueno” (capítulo 21). El perdón, por supuesto, es un don del Espíritu; llega cuando los hombres tienen el compañerismo del Espíritu Santo, el cual viene cuando los hombres se arrepienten, guardan los mandamientos y se someten a las ordenanzas del perdón, como el bautismo y la sacramentación. Después de esto, el crecimiento espiritual es un proceso continuo paso a paso de perfeccionarse a uno mismo, primero en una cosa, luego en otra, hasta que finalmente, en ese gran día eterno, los hombres sean perfectos en todo, tal como lo son Jesús y su Padre (Mat. 5:48; 3 Nefi 12:48).

Así, estamos en guerra con el materialismo, y la espada de cada hombre está desenvainada—no hay neutrales. Aplicando este principio, el presidente Joseph Fielding Smith dijo: “Todos somos misioneros; unos son misioneros para la Iglesia, y otros son misioneros contra la Iglesia.” El presidente Smith, por supuesto, se refería no solo a lo que los hombres dicen, sino también a lo que hacen, ya que no es suficiente simplemente

obtener un testimonio. La valentía en el testimonio es la medida eterna (capítulo 22).

Otro principio, que fácilmente se ignora pero que es particularmente importante para superar el mundo, es el de la caridad, esa “amor puro de Cristo” que es tanto causa como consecuencia de tener el compañerismo del Espíritu Santo, o de superar el mundo (capítulo 24).

Capítulo 21

Aferraos a lo que es Bueno

Definiendo lo que es bueno

Al considerar el tema “Aférrate a lo que es bueno”, surgen dos preguntas de manera natural: primero, ¿qué se entiende por “lo que es bueno”? y segundo, ¿qué curso debemos seguir, con pleno propósito de corazón, para aferrarnos a aquello que se designa como bueno?

Debemos notar primero, al establecer el curso de nuestra investigación, que esta exhortación fue escrita por el Apóstol Pablo específicamente para los miembros de la Iglesia. Él se dirigía a los Santos en Tesalónica. Les hablaba a personas que habían obtenido ciudadanía en el reino de Dios, que habían salido de las tinieblas hacia la maravillosa luz de Cristo— personas como se supone que debemos ser. No les estaba hablando a personas del mundo, sino a los Santos.

También debemos notar el contexto en el que se encuentra la exhortación. Él escribe estas palabras: “Regocijaos siempre. Orad sin cesar. En todo dad gracias... No apaguéis el Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda apariencia de mal.” (1 Tes. 5:16-21.)

Aferrarse a la fe

Ahora, tomando todo esto en cuenta, me parece evidente que el Apóstol Pablo estaba dirigiendo a los miembros de la Iglesia a aferrarse a la fe. Él decía: “Aférrate a lo que es bueno. Aférrate a la barra de hierro. Sé valiente en el testimonio. Trabaja por tu salvación.” Es decir, “Ahora que sois miembros de la Iglesia, que habéis entrado por la puerta del arrepentimiento y el bautismo, seguid adelante hasta el final y haced las cosas que os permitirán ser salvos en el reino eterno del Padre.”

Para edificar sobre esta base, supongamos que acudimos a algunas de las revelaciones que el Señor ha dado y veamos si podemos llegar al fondo del asunto. Elijo leer primero algunas palabras que el Señor resucitado habló a los nefitas, en las cuales les presentó el plan de salvación.

Resumen del Plan de Salvación

El Salvador dijo que ninguna cosa impura puede entrar en el reino de su Padre:

“Por tanto, nada entra en su descanso, excepto aquellos que han lavado sus vestiduras en mi sangre, a causa de su fe, y el arrepentimiento de todos sus pecados, y su fidelidad hasta el fin. Ahora bien, este es el mandamiento: Arrepentíos, todos los confines de la tierra, y venid a mí y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, para que podáis quedar limpios ante mí en el día postrero. De cierto, de cierto os digo, este es mi evangelio.” (3 Nefi 27:19-21.)

Ese es un resumen perfecto del plan de salvación.

Requisitos para la salvación

Buscamos una herencia en el reino de Dios, es decir, el reino celestial, y estas palabras muestran el curso que debemos seguir si deseamos obtenerlo. Podemos ser salvos en ese mundo, siempre y cuando primero tengamos fe en Cristo. Esa fe necesariamente debe basarse en el conocimiento. Debemos tener un entendimiento de la naturaleza y el tipo de ser que Él es, y también la certeza en nuestros corazones de que nuestras vidas están en conformidad con su voluntad.

Después de la fe, debemos arrepentirnos de nuestros pecados.

Debemos ser lavados y limpios en las aguas del bautismo. Aquellos que han ingresado a la Iglesia y se han arrepentido inicialmente, aún deben arrepentirse de los pecados añadidos que cometen, o de las cosas que hacen que no están en armonía con la voluntad divina.

Luego llega el bautismo, el tercer requisito, siendo necesario que este se realice bajo las manos de un administrador legal para que sea vinculante en la tierra y sellado eternamente en los cielos.

Y después de esto, viene la imposición de manos para el don del Espíritu

Santo. El don del Espíritu Santo es el derecho al compañerismo constante de ese miembro de la Divinidad, basado en la rectitud. Cuando se imponen manos sobre nuestras cabezas y un administrador legal dice, “Recibe el Espíritu Santo,” eso nos otorga el derecho, siempre que seamos fieles y busquemos al Señor con todo nuestro corazón, de recibir revelación y guía, dirección e inspiración de ese miembro de la Divinidad.

Esa ordenanza nos otorga el derecho de permitir que el Espíritu Santo hable al espíritu que está dentro de nosotros y de esa manera dé verdad con certeza y seguridad que no puede ser refutada.

Luego, después de haber recibido este gran don del Espíritu Santo—y es por este gran don que tendremos el poder de santificarnos y limpiarnos y hacer todas las cosas necesarias para ser salvos—después de todo esto debemos perseverar hasta el final.

Perseverar hasta el final

Me gustaría leer una escritura sobre este tema, una escritura dada por el Espíritu Santo hablando a través de la boca de Nefi, el hijo de Lehi. Él habla tan claramente que, al leer sus palabras, podríamos dibujar una imagen de las cosas que debemos hacer. Él dice:

“La puerta por la cual debéis entrar es el arrepentimiento y el bautismo por agua; y luego viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo. Y luego estáis en este camino estrecho y angosto que lleva a la vida eterna: sí, habéis entrado por la puerta; habéis hecho según los mandamientos del Padre y del Hijo; y habéis recibido el Espíritu Santo, que da testimonio del Padre y del Hijo, para cumplir la promesa que él ha hecho, que si entráis por el camino, recibiréis.” (2 Nefi 31:17-18.)

Ahora, observad esto, que está dirigido a los miembros de la Iglesia: “Y ahora, mis amados hermanos, después de haber entrado en este camino estrecho y angosto, os pregunto, ¿es todo hecho?” (2 Nefi 31:19). Es decir, después de que os hayáis unido a la Iglesia, ¿está vuestra salvación asegurada o solo habéis comenzado el curso que os permitirá obtener la salvación? ¿Habéis hecho ya todo lo necesario?

“He aquí, os digo: No; porque no habéis llegado tan lejos sino por la palabra de Cristo con fe inquebrantable en Él, confiando plenamente en los méritos de Aquel que es poderoso para salvar. Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo una perfecta luz de esperanza, y

un amor a Dios y a todos los hombres. Por tanto, si seguís adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna. Y ahora, he aquí, mis amados hermanos, este es el camino; y no hay otro camino ni otro nombre dado bajo el cielo por el cual el hombre pueda ser salvo en el reino de Dios.” (2 Nefi 31:19-21.)

Debemos desear con todo nuestro corazón ir al reino celestial de Dios.

Propósitos de la mortalidad

Estamos aquí en esta vida con el evangelio para que podamos tener paz y felicidad, consuelo, gozo, satisfacción; y luego ganar la vida eterna en el futuro. El mayor don que una persona puede tener en la mortalidad, sin ninguna excepción, es el don del Espíritu Santo, la guía real, el disfrute real del compañerismo de ese miembro de la Divinidad. Aquellos que lo tienen tienen paz, consuelo y gozo aquí. Luego, el mayor don que una persona puede tener en la eternidad es tener la vida eterna, que es ir a donde está Dios y tener el tipo de existencia y de vida que Él tiene.

El Bautismo, la Puerta

Aquellos que entran por esta puerta de arrepentimiento y bautismo, y cuyos pecados son lavados en la sangre de Cristo a causa de su Expiación, y que luego suben por el camino estrecho y angosto—es decir, aquellos que siguen adelante aferrándose a lo que es bueno—al final reciben una herencia en el reino celestial de los cielos, y esa herencia se llama vida eterna.

Si quisieras dibujar una imagen del plan de salvación, podrías dibujar una puerta y luego escribir al lado de esa puerta el nombre, “Arrepentimiento y Bautismo”. Luego, desde la puerta, podrías dibujar un largo, largo camino hacia arriba, un curso estrecho, y podrías escribir el nombre, “El Camino Estrecho y Angosto” al lado de este camino. Y luego, al final del camino, podrías escribir las palabras, “El Reino de Dios” o “Vida Eterna”.

La salvación como fruto de la membresía en la Iglesia

El proceso para obtener la vida eterna es el proceso de entrar por la puerta del arrepentimiento y el bautismo, es decir, debemos unirnos a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, porque tal es el reino de

Dios en la tierra, y la única Iglesia verdadera y viviente sobre la faz de la tierra.

Pero luego, al habernos unido a la Iglesia, solo hemos abierto la puerta a nuestras posibilidades. La membresía en la Iglesia no es un fin en sí misma. El bautismo no es un fin en sí mismo. Cuando somos bautizados, tomamos sobre nosotros el pacto de salvación y pactamos de una manera solemne y formal guardar los mandamientos de Dios y perseverar hasta el fin; y el Señor, por su parte, hace un pacto de que si guardamos sus mandamientos y perseveramos hasta el fin, derramará su Espíritu más abundantemente sobre nosotros en esta vida; que saldremos en la mañana de la primera resurrección y heredaremos la vida eterna.

Este pacto evangélico, por supuesto, toma dos partes—el hombre, por su parte, obedeciendo los mandamientos del Señor, y el Señor, por su parte, recompensando al hombre por esa obediencia, recompensándolo con una herencia eterna en su reino.

Eso es un resumen del plan de salvación. Eso es lo que está delante de nosotros; y todas las actividades que se realizan en esta Iglesia, sin ninguna excepción, están diseñadas e intencionadas para alentar a los miembros de la Iglesia a aferrarse al evangelio de Cristo. Están diseñadas e intencionadas para ayudarnos a captar la visión de la vida eterna y de la gloria eterna, para que queramos en nuestros corazones, con todo el deseo y la capacidad que tengamos, hacer las cosas que nos permitirán, eventualmente, ir a donde Dios y Cristo están en el mundo celestial.

Leeré otro pasaje de las revelaciones y luego indagaré, de manera específica y concreta, qué algunas de las cosas que debemos hacer para perseverar hasta el final. Esta vez leeré palabras escritas por el gran profeta Moroni cuando cerró el relato del Libro de Mormón; él dice:

“Venid a Cristo, y sed perfeccionados en Él, y negad en vosotros mismos toda impiedad; y si negáis en vosotros mismos toda impiedad, y amáis a Dios con todo vuestro poder, mente y fuerza, entonces su gracia es suficiente para vosotros, para que por su gracia seáis perfectos en Cristo; y si por la gracia de Dios sois perfectos en Cristo, no podéis negar el poder de Dios. Y nuevamente, si por la gracia de Dios sois perfectos en Cristo, y no negáis su poder, entonces sois santificados en Cristo por la gracia de Dios, a través del derramamiento de la sangre de Cristo, que está en el

pacto del Padre para la remisión de vuestros pecados, para que lleguéis a ser santos, sin mancha.” (Mormón 10:32-33)

Aquí nuevamente se resume el plan de salvación.

La salvación viene purificando el alma

Mientras estamos aquí en la mortalidad, tenemos almas humanas. Un alma está compuesta de cuerpo y espíritu. Estos dos están conectados temporalmente, lo que nos da un estatus mortal. Ahora bien, en este estatus de mortalidad, todos nosotros somos imperfectos, impuros e impuros, algunos en gran medida, otros en menor medida. Hemos leído que ninguna cosa impura puede heredar el reino de Dios. El proceso de salvación para cada uno de nosotros consiste en hacer las cosas que nos permitirán tomar esta alma que poseemos, en su estado presente de impureza, carnalidad e imperfección, y transformarla en el tipo de alma que es limpia, sin manchas y pura, que ha superado todas las cosas, y que por lo tanto es elegible y capaz de ir donde están Dios y Cristo.

Dios y Cristo son seres perfectos; tienen la plenitud de todas las virtudes y todas las cosas buenas morando en ellos independientemente; y si otros seres van a asociarse con ellos, deben pasar de las circunstancias actuales en las que se encuentran, subiendo por la escalera de la progresión y el avance, hasta que, perseverando hasta el fin, creen para sí mismos los tipos de cuerpos y almas que tienen los seres eternos en el mundo eterno. Si ganan ese tipo de cuerpo, pueden ir donde están Dios y Cristo.

La puerta y la entrada que nos permite hacer este cambio en el alma humana es la puerta y la entrada del arrepentimiento y el bautismo, pero después de haber entrado por la puerta, debemos recorrer la distancia que se requiere hasta la gran meta de la salvación. El Espíritu Santo abre el camino para los miembros de la Iglesia, siempre y cuando los miembros de la Iglesia hagan las cosas que las revelaciones y los oráculos vivientes aconsejan que deben hacer.

Todos mandados a ser perfectos

Tenemos una orden en las escrituras, la palabra de Cristo, que dice: “Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48). Cuando el Señor habló a los nefitas, dijo: “Quisiera que seáis perfectos, como yo, o como vuestro Padre que está en los cielos es

perfecto” (3 Nefi 12:48). Esto lo dijo, por supuesto, después de haber sido resucitado y glorificado y de haber obtenido el poder y la gloria del Padre.

La perfección se alcanza paso a paso

Esta perfección no es algo relativo; es algo que podemos alcanzar; y ahora podemos subir por este estrecho y angosto camino hacia la perfección, paso a paso y grado a grado, perfeccionando y limpiando nuestras almas. Ningún hombre en la mortalidad puede llegar a ser completamente perfecto; es decir, no puede alcanzar su exaltación aquí en este estado de fragilidad e incertidumbre. En medio de las vicisitudes de esta vida, no puede alcanzar el estado de perfección que tiene nuestro Padre Eterno. Esa puede ser su meta final. Pero aquí en la vida puede hacer las cosas que lo llevarán a la perfección, paso a paso y grado a grado, hasta que eventualmente tendrá el tipo de perfección que tiene el Padre Eterno.

Se podrían pintar muchas ilustraciones sencillas de este principio.

Perfección en la pureza moral

Consideremos la ley básica de la moralidad. El Señor ha mandado sin ninguna calificación ni reserva: “No cometerás adulterio” (Éx. 20:14). Ha decretado sin ninguna reserva ni calificación: “El que mire a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón; y si no se arrepiente, será excluido” (D&C 42:23).

No hay ley más básica en el evangelio que la ley de la moralidad personal. ¿Podemos ser perfectos en esta ley? Yo digo que sí. Y podemos ser perfectos aquí en la mortalidad. Si un individuo tiene control absoluto, total y completo de sí mismo, o de sus apetitos y pasiones, y no comete pecado sexual y bajo ninguna circunstancia lo haría, y se controla de tal manera que gobierna sus deseos y apetitos en ese campo, entonces, en ese ámbito, ha llegado a ser perfecto, porque ha cumplido completamente con la ley particular.

Perfección en el pago del diezmo

Lo mismo se aplica a la ley del diezmo. El Señor nos dice que debemos pagar una décima parte de nuestros intereses anualmente en los fondos del diezmo de la Iglesia. Si un individuo cree esto con todo su corazón, y de hecho, año tras año, paga una décima parte de sus intereses en los fondos

del diezmo de la Iglesia, y si preferiría abandonar la comida y la ropa, pasar hambre y estar desnudo antes que no cumplir con esa ley, alcanza un estado en el que es perfecto en esa área y en ese grado, porque está guardando la plenitud de la ley.

Perfección en la observancia de la Palabra de Sabiduría

Tenemos una ley que nos dice que debemos abstenernos completamente de té, café, tabaco y licor. Esa es la parte negativa de la Palabra de Sabiduría. Si gobernamos y refrenamos nuestros apetitos y pasiones de tal manera que podamos abstenernos completamente de estas cosas que están prohibidas, y si tenemos tal control sobre nosotros mismos que bajo ninguna circunstancia participaríamos en ellas, entonces, en lo que respecta a esa parte de la Palabra de Sabiduría, estamos cumpliendo la ley a la perfección. Si el Señor dice, “No usarás tabaco,” y los ángeles del cielo cumplen y no usan tabaco, entonces los ángeles del cielo están viviendo esa ley perfectamente; y si tú y yo vivimos de acuerdo con la misma ley, entonces estamos viviendo esa ley particular tan perfectamente y tan bien como los ángeles de Dios en el cielo podrían vivirla. Así, la perfección puede llegar grado a grado y paso a paso.

Estas cosas que he mencionado como ilustraciones son las cosas concretas y específicas. Son cosas donde tenemos una vara de medir y podemos determinar si estamos cumpliendo con la ley. Podemos dividir diez en los ingresos que tenemos y de esa manera calcular lo que es nuestro diezmo, y dárselo al obispo como diezmo, y si lo hacemos, hemos pagado un diezmo. Si hemos fallado en algún aspecto y no hemos pagado una décima parte de nuestros intereses, entonces solo hemos hecho una contribución a los fondos del diezmo de la Iglesia; o, para decirlo en términos de conversaciones en la esquina de la calle, hemos dado una propina al Señor.

La obediencia aumenta la capacidad para obedecer más

Podemos aprender a vivir estas cosas concretas; podemos medir si hacemos estas cosas. Tenemos muchas otras cosas que debemos hacer que son de naturaleza abstracta, y que son cosas que vivimos solo de manera relativa. Ningún hombre en la mortalidad alcanza completamente la perfección en lo que respecta a estas cosas. Se nos manda amar a nuestros hermanos, tener caridad en nuestro corazón, ser humildes, tener devoción con pleno propósito y sin reservas hacia la causa de Cristo. Estas

cosas se hacen en un sentido relativo; es decir, no alcanzamos una perfección absoluta en esta vida en lo que respecta a ellas. Pero tenemos la seguridad y la promesa de que si hacemos todas las cosas que debemos hacer, si guardamos todas las leyes específicas, creceremos en poder y capacidad para obedecer otras leyes. Creceremos en gracia y estatura; como dice la revelación, pasaremos “de gracia en gracia” (D&C 93:20), es decir, subiremos por la escalera, iremos por el camino estrecho y angosto, y eventualmente tendremos derecho a la vida eterna.

Los hombres tienen la capacidad de llegar a ser perfectos

Para mí, este es el plan de salvación. Este es el curso que debemos seguir, y creo que cada miembro de esta Iglesia, a menos que haya alguien que haya cometido el pecado imperdonable y haya eliminado para sí mismo el poder de arrepentirse, por el medio que el Todopoderoso le ha dado, tiene el poder y la capacidad para alcanzar la salvación en el reino celestial de los cielos.

El Señor no ha sido injusto ni desigual; no nos ha ofrecido la promesa de una recompensa gloriosa que no podamos obtener. Sería un padre cruel, malintencionado e injusto el que ofreciera a sus hijos algo que sabía que no podrían conseguir.

Es cierto que debemos vivir en la verdad; debemos aumentar en los atributos de la piedad. Esto puede sonar estricto. Es un camino estrecho y un sendero angosto, pero por otro lado, el Señor sabe que tenemos la capacidad y la habilidad, el poder y la fuerza para guardar los mandamientos de Dios y tener vida eterna en su reino. No hay alma aquí, ni una sola, que si desde este momento se vuelve al Señor con todo su corazón, no pueda ser salva en el reino celestial de los cielos. Si hacemos las cosas que ya sabemos que debemos hacer, podemos obtener una herencia eterna. Todos tenemos la agencia, el poder y la capacidad, si guardamos los mandamientos, para alcanzar la salvación eterna en la presencia de Dios. (“Aférrate a lo que es bueno”, Devocional de BYU, 24 de junio de 1954).

Capítulo 22

Vencer Al Mundo

No améis al mundo

Para mi texto tomo las palabras del Amado Apóstol, Juan: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida, no es del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.” (1 Juan 2:15-17.)

Vencer al mundo obedeciendo a Cristo

Nadie ha vencido al mundo, al mundo de la carnalidad y la corrupción, hasta que ha entregado su corazón a Cristo, hasta que usa sus talentos, habilidades y fuerzas para guardar los mandamientos de Dios y hacer que esta gran obra avance.

El Señor nos ha dado la agencia, el talento y la capacidad para tener éxito en este campo. Envió a su Hijo al mundo para ser el gran Ejemplo, para ser un patrón, para marcar el camino por el cual nosotros, como él, podamos alcanzar la gloria y la recompensa eterna.

Fue Cristo quien dijo: “Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33), y también fue Cristo quien prometió: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apoc. 3:21).

El Salvador es el estándar

Como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, buscamos la salvación. Deseamos paz en esta vida y vida eterna en los reinos venideros. Hemos tomado sobre nosotros el nombre de Cristo, nos regocijamos en el conocimiento seguro de que él es el Hijo de Dios y buscamos con todo nuestro corazón ser como él. Él es el gran prototipo de

los seres salvos.

José Smith planteó esta pregunta: “¿Dónde hallaremos un ser salvado? Porque si podemos hallar un ser salvado, podemos saber sin mucha dificultad qué deben ser todos los demás para ser salvos.”

Su respuesta: “Es Cristo: ... él es el prototipo o estándar de la salvación; ... él es un ser salvado.”

Luego el Profeta dio esta inspirada declaración: “Y si siguiéramos nuestra interrogación, y preguntáramos cómo es que él es salvado, la respuesta sería: porque es un ser justo y santo; y si fuera algo diferente de lo que es, no estaría salvado; porque su salvación depende de ser precisamente lo que es y nada más; ... porque la salvación consiste en la gloria, autoridad, majestad, poder y dominio que posee Jehová y nada más; y ningún ser puede poseerlo sino él mismo o uno como él.” (Lecciones sobre la Fe, pp. 63-64.)

Hablando de la prueba mortal de este ser santo y perfecto, que es el prototipo de todos los seres salvos, Pablo dijo: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y siendo perfecto, vino a ser autor (es decir, la causa) de la salvación eterna para todos los que le obedecen” (Heb. 5:8-9).

Ahora bien, fue este Jesús quien dijo: “No soy del mundo” (Juan 17:14). Él marcó el camino y nos guió.

Y cada punto define

Hacia la luz, la vida y el día sin fin

Donde la plena presencia de Dios resplandece.

(Himnos SUD, No. 68.)

(Conferencia del Área de Estocolmo, agosto de 1979, pp. 119-120.)

La maldad prevalece en todo el mundo

Supongo que en nuestros días—en esta era, con todas las presiones de la publicidad, posible gracias al uso de todos los inventos modernos—las tentaciones y presiones del mundo superan a cualquier cosa que haya existido o prevalecido en cualquier época pasada.

Nuestro Señor, al hablar a sus discípulos antiguos acerca de los deseos del mundo, dijo que tanto Él como ellos habían vencido al mundo. Les dijo que serían odiados por el mundo porque no eran del mundo. (Marcos 13:13; Lucas 21:17; JS—M 1:7.) En su gran oración intercesora, oró para que el Padre guardara a los discípulos libres del pecado. Dijo: “No ruego por el

mundo, sino por aquellos que me has dado; ... No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.” (Ver Juan 15:18-19; 17:6-18.)

La mortalidad como una experiencia de prueba

Bueno, entonces, un Dios omnipotente nos ha colocado deliberadamente y con plena conciencia en las circunstancias en las que ahora nos encontramos, con tentaciones y deseos de todo tipo a nuestro alrededor, con el propósito de determinar si superaremos el mundo, si nos volveremos hacia las cosas espirituales en lugar de ser absorbidos por las cosas carnales. (Informe de la conferencia, abril de 1958.)

Vencer al mundo

Es Jesús quien dice a sus santos: “En mí tendréis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.” (Juan 16:33.)

Como se usa aquí, “el mundo” no es la tierra o el planeta en el que vivimos. Más bien, son las circunstancias sociales que prevalecen entre los impíos e impíos. Es el tipo de vida que llevan aquellos que son carnales y sensuales, que no han despojado “al hombre natural” y se han convertido en santos “por la Expiación de Cristo el Señor” (ver Mosíah 3:19). Es el curso de conducta seguido por aquellos que caminan según la carne en lugar de en la luz del Espíritu.

Pablo enumera las “obras de la carne,” las obras que se encuentran entre los que son del mundo, de la siguiente manera: “Adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicería, odio, contienda, celos, ira, pleitos, sediciones, herejías, envidia, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes.” De estas, y de todos los demás deseos mundanos, dice: “Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.” (Gálatas 5:19-21.)

En contraste, Pablo menciona como frutos del Espíritu, que son los atributos de aquellos que dejan el mundo y aceptan el evangelio, los siguientes: “Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.” Luego, Pablo da la prueba mediante la cual se puede identificar a los santos de Dios. Dice: “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.” (Gálatas 5:22-24.) Es decir, han vencido al mundo; han despojado al hombre natural y se han puesto

el yugo de Cristo; se han convertido en santos de hecho, así como de nombre.

Cosechamos lo que sembramos

Qué seguro e inquebrantable es la ley eterna de Dios: “No os engaños; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembra, eso también cosechará. Porque el que siembra para la carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna.” Y qué reconfortante y tranquilizador es su voz para sus santos: “No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos.” (Gálatas 6:7-9.)

Vivimos en un tiempo de gran maldad. Satanás se enfurece en los corazones de sus seguidores. Ha restaurado toda práctica malvada conocida por los hombres mundanos de antaño. Y las condiciones entre la mayoría de la humanidad no mejorarán hasta la segunda venida del Hijo del Hombre. Cuando llegue ese día, será el fin del mundo, lo que significa que los impíos y los no justos serán destruidos y las condiciones mundanas en las que ahora viven cesarán (D&C 19:3).

Es cierto que debemos abandonar el mundo si queremos ser salvos. Es cierto que debemos frenar nuestras pasiones y apetitos y vencer todo deseo carnal y sensual si queremos habitar con los santos eternamente. Pero esa es la razón por la cual estamos aquí en la mortalidad—para ser probados y sometidos a prueba, para ver si permaneceremos valientemente en la causa de la verdad y la justicia a pesar de las tentaciones del mundo. (Conferencia del Área de Estocolmo, agosto de 1974, p. 121.)

Hay una ley eterna. Hay una ley eterna, ordenada por Dios mismo antes de los fundamentos del mundo, que todo hombre cosechará lo que siembra (Gál. 6:7-8). Si pensamos pensamientos malvados, nuestra lengua pronunciará palabras impuras. Si hablamos palabras de maldad, terminaremos haciendo las obras de maldad. Si nuestra mente está centrada en la carnalidad y el mal del mundo, el mundanismo y la injusticia nos parecerán la manera normal de vivir. Si meditamos sobre cosas relacionadas con la inmoralidad sexual en nuestras mentes, pronto pensaremos que todos son inmorales e impuros, y eso destruirá la barrera entre nosotros y el mundo. Y lo mismo ocurre con todo otro curso impuro,

inmundo, impuro e impío. Y así es como el Señor dice que odia y estima como una abominación “un corazón que maquina pensamientos inicuos” (Prov. 6:18).

Por otro lado, si meditamos en nuestros corazones sobre las cosas de la justicia, nos convertiremos en justos. Si la virtud adorna nuestros pensamientos sin cesar, nuestra confianza crecerá fuerte en la presencia de Dios y Él, a su vez, derramará justicia sobre nosotros. Verdaderamente, como dijo Jacob, “Ser carnalmente minded es muerte, y ser espiritualmente minded es vida eterna” (2 Nefi 9:39). Y como dijo Pablo: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo que es honesto, todo lo que es justo, todo lo que es puro, todo lo que es amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si hay algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filip. 4:8). (Informe de la conferencia, octubre de 1973.)

No hay neutrales en la guerra contra el mal: Se requiere valentía de los santos

El gran conflicto con el pecado

Como miembros de la Iglesia, estamos involucrados en un gran conflicto. Estamos en guerra. Nos hemos alistado en la causa de Cristo para luchar contra Lucifer y todo lo que es lujurioso, carnal y malo en el mundo. Hemos jurado luchar junto a nuestros amigos y contra nuestros enemigos, y no debemos confundirnos al distinguir entre amigos y enemigos. Como escribió otro de nuestros antiguos compañeros apóstoles: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.” (Santiago 4:4.)

La gran guerra que arde a nuestro alrededor y que, lamentablemente, está resultando en muchas bajas, algunas fatales, no es algo nuevo. Hubo guerra incluso en el cielo, cuando las fuerzas del mal trataron de destruir la agencia del hombre, y cuando Lucifer intentó alejarnos del camino de la progresión y el avance establecidos por un Padre todo sabio.

Esa guerra continúa en la tierra, y el diablo sigue furioso con la Iglesia y sale “a hacer guerra con el remanente de su simiente, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apoc. 12:17).

Y ahora, como siempre ha sido, los santos solo pueden vencerlo a él y a sus fuerzas “por la sangre del Cordero... por la palabra de su testimonio”, y si no aman “sus vidas hasta la muerte” (Apoc. 12:11).

No hay un lado neutral

Ahora bien, no hay ni puede haber neutrales en esta guerra. Cada miembro de la Iglesia está de un lado o del otro. Los soldados que luchan en sus batallas serán, con Pablo, victoriosos y ganarán “una corona de justicia”, o serán, en palabras de Pablo, “castigados con destrucción eterna de la presencia del Señor, y de la gloria de su poder”, en el día en que Él venga a tomar “venganza sobre los que no conocen a Dios, y sobre los que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tes. 1:8-9).

En esta guerra, todos los que no se presenten con valentía y coraje, por ese simple hecho, están ayudando a la causa del enemigo. “El que no es conmigo, contra mí es, dice nuestro Dios” (2 Nefi 10:16; Mateo 12:30).

Estamos a favor de la Iglesia o estamos en su contra. O tomamos su parte o enfrentamos las consecuencias. No podemos sobrevivir espiritualmente con un pie en la Iglesia y el otro en el mundo. Debemos tomar la decisión. Es la Iglesia o el mundo. No hay término medio. Y el Señor ama a un hombre valiente que lucha abiertamente y con audacia en su ejército.

A ciertos miembros de su antigua Iglesia, Él les dijo: “Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente; ojalá fueses frío o caliente. Así que, porque eres tibio, y no eres frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.” (Apoc. 3:15-16). El patriota de verano y el santo del sol se retiran cuando la batalla se libra ferozmente a su alrededor. Ellos no tienen la corona del conquistador. Son vencidos por el mundo.

Se requiere valentía en el testimonio

Los miembros de la Iglesia que tienen testimonios y que viven vidas limpias y rectas, pero que no son valientes y audaces, no ganan el reino celestial. Ellos tienen una herencia terrestre. De ellos dice la revelación: “Estos son los que no son valientes en el testimonio de Jesús; por lo tanto, no obtienen la corona sobre el reino de nuestro Dios” (D&C 76:79).

Como dijo Jesús, “Nadie que haya puesto su mano en el arado, y mire atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62).

¿Qué es el testimonio de Jesús? Y qué debemos hacer para ser valientes en él? “No te avergüences... del testimonio de nuestro Señor”, escribió Pablo a Timoteo, “... sino sé partícipe de las aflicciones del evangelio” (2 Tim. 1:8). Y a Juan el Amado le llegó este mensaje divino: “El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Apoc. 19:10).

Lo que significa ser valiente en el testimonio

Entonces, ¿qué significa ser valiente en el testimonio de Jesús?

Es ser valiente y audaz; usar toda nuestra fuerza, energía y capacidad en la lucha contra el mundo; pelear la buena batalla de la fe. “Esfuézate y sé valiente”, ordenó el Señor a Josué, y luego especificó que esta fuerza y valentía consistían en meditar sobre y observar para hacer todo lo que está escrito en la ley del Señor (ver Josué 1:6-9). La gran piedra angular de la valentía en la causa de la justicia es la obediencia a toda la ley del evangelio entero (Ecles. 12:13-14).

Ser valiente en el testimonio de Jesús es “venir a Cristo, y ser perfeccionados en Él”; es negarnos “a toda impiedad”, y “amar a Dios” con toda nuestra “fuerza, mente y alma” (Mormón 10:32).

Ser valiente en el testimonio de Jesús es creer en Cristo y su evangelio con una convicción inquebrantable. Es conocer la veracidad y divinidad de la obra del Señor en la tierra.

Pero esto no es todo. Es más que creer y saber. Debemos ser hacedores de la palabra y no solo oidores (Santiago 1:22). Es más que palabras vacías; no se trata simplemente de confesar con la boca la filiación divina del Salvador. Es obediencia, conformidad y rectitud personal. “No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Ser valiente en el testimonio de Jesús es “seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo una perfecta luz de esperanza, y un amor a Dios y a todos los hombres.” Es “perseverar hasta el fin” (2 Nefi 31:20). Es vivir nuestra religión, practicar lo que predicamos, guardar los mandamientos. Es la manifestación de “una religión pura” en las vidas de los hombres; es visitar “a los huérfanos y a las viudas en su aflicción” y mantenernos “sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

Ser valiente en el testimonio de Jesús es frenar nuestras pasiones, controlar nuestros apetitos y elevarnos por encima de las cosas carnales y malas. Es vencer al mundo como lo hizo Él, quien es nuestro prototipo y quien fue el más valiente de todos los hijos de nuestro Padre. Es ser moralmente limpios, pagar nuestros diezmos y ofrendas, honrar el día de reposo, orar con pleno propósito de corazón, y poner todo lo que tenemos sobre el altar si se nos llama a hacerlo.

Algunas medidas de valentía individual

Ser valiente en el testimonio de Jesús es tomar el lado del Señor en cada cuestión. Es votar como Él votaría. Es pensar como Él piensa, creer lo que Él cree, decir lo que Él diría y hacer lo que Él haría en la misma situación. Es tener la mente de Cristo y ser uno con Él así como Él es uno con su Padre.

Nuestra doctrina es clara; su aplicación a veces parece ser más difícil. Tal vez una introspección personal podría ser útil. Por ejemplo:

¿Soy valiente en el testimonio de Jesús si mi principal interés y preocupación en la vida es acumular los tesoros de la tierra en lugar de edificar el reino?

¿Soy valiente si tengo más bienes de este mundo de los que mis necesidades y deseos justifican y no extraigo de mi excedente para apoyar la obra misional, construir templos y cuidar de los necesitados?

¿Soy valiente si mi enfoque hacia la Iglesia y sus doctrinas es solo intelectual, si me preocupa más tener un diálogo religioso sobre este o aquel punto que tener una experiencia espiritual personal?

¿Soy valiente si uso un bote, vivo en una casa de campo, o participo en alguna otra actividad recreativa los fines de semana que me aleja de mis responsabilidades espirituales?

¿Soy valiente si participo en juegos de azar, juego a las cartas, voy a ver películas pornográficas, hago compras el domingo, uso ropa immodesta o hago cualquiera de las cosas que son la manera aceptada de vivir entre las personas del mundo?

El Reino de Dios o nada

Si vamos a alcanzar la salvación, debemos poner en primer lugar en nuestras vidas las cosas del reino de Dios. Para nosotros debe ser el reino

de Dios o nada. Hemos salido de las tinieblas; nuestra es la maravillosa luz de Cristo (1 Pedro 2:9). Debemos caminar en la luz.

Ahora bien, no pretendo poder leer el futuro, pero tengo una fuerte sensación de que las condiciones en el mundo no van a mejorar. Van a empeorar hasta la venida del Hijo del Hombre, que es el fin del mundo, cuando los impíos serán destruidos.

Creo que el mundo va a empeorar, y la porción fiel de la Iglesia, al menos, va a mejorar. El día está por llegar, más que nunca en el pasado, cuando estaremos bajo la obligación de hacer una elección, de ponernos de pie por la Iglesia, de adherirnos a sus preceptos, enseñanzas y principios, de tomar el consejo que proviene de los apóstoles y profetas a quienes Dios ha colocado para enseñar la doctrina y dar testimonio al mundo. El día llegará en que esto será más necesario que nunca lo ha sido en nuestros días o en cualquier momento de nuestra dispensación. (Informe de la conferencia, octubre de 1974.)

Los Santos instruidos a ser positivos

Los Santos de los Últimos Días deben tomar una actitud afirmativa y saludable hacia las condiciones del mundo y del país; dar la espalda a todo lo que es malo y destructivo; buscar lo que es bueno y edificante en todas las cosas; alabar al Señor por su bondad y gracia al darnos las glorias y maravillas de su evangelio eterno.

En vista de todo lo que prevalece en el mundo, podría ser fácil centrar nuestra atención en las cosas negativas o malas, o disipar nuestras energías en causas y empresas de dudoso valor y productividad cuestionable.

Apoyar las buenas causas

Soy plenamente consciente del decreto divino de estar activamente involucrados en una buena causa (D&C 58:26-29); del hecho de que todo principio verdadero que trabaje por la libertad y bendición de la humanidad tiene la aprobación del Señor (D&C 98:4-9); de la necesidad de sostener y apoyar a aquellos que defienden causas justas y abogan por principios verdaderos (D&C 98:10)—todo lo cual también debemos hacer de la mejor y más beneficiosa manera posible. El problema, creo, no es qué debemos hacer, sino cómo debemos hacerlo: y mantengo que lo más

beneficioso y productivo que los Santos de los Últimos Días pueden hacer para fortalecer todas las buenas y correctas causas es vivir y enseñar los principios del evangelio eterno.

Puede haber quienes tengan dones especiales y necesidades para servir en otros campos, pero en lo que respecta a mí, con el conocimiento y testimonio que tengo, no hay nada que pueda hacer para este tiempo y temporada de esta prueba mortal que sea más importante que usar toda mi fuerza, energía y capacidad en difundir y perfeccionar la causa de la verdad y la justicia, tanto en la Iglesia como entre los demás hijos de nuestro Padre.

Creo que los Santos de los Últimos Días tienen una gran obligación que les presiona: regocijarse en el Señor, alabarle por su bondad y gracia, meditar sus verdades eternas en sus corazones, y poner su corazón en la justicia.

El consejo de Isaías: Trabajad la justicia

Tomo estas palabras de Isaías, palabras que él nos dirigió a nosotros, a la casa de Israel, a los miembros del reino del Señor. Él preguntó: “¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros morará con los ardientes y eternos?” (Isaías 33:14).

Es decir, ¿quién en la Iglesia ganará una herencia en el reino celestial? ¿Quién irá a donde están Dios, Cristo y los seres santos? ¿Quién vencerá al mundo, trabajará las obras de justicia y, perseverando en la fe y devoción hasta el final, oír la bendita bendición: “Venid, heredad el reino de mi Padre”?

Isaías responde: “El que camina en justicia, y habla rectamente; el que menosprecia las ganancias de opresión, el que sacude sus manos para no aceptar soborno, el que para sus oídos para no oír sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal; éste morará en las alturas” (Isaías 33:15-16).

Aplicando Isaías a nuestros días

Ahora bien, si me lo permiten, tomaré estas palabras de Isaías, dichas por el poder del Espíritu Santo en su momento, y daré una indicación de cómo se aplican a nosotros y a nuestras circunstancias.

Primero, “el que camina en justicia, y habla rectamente”. Es decir, basándonos en el sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo, debemos

guardar los mandamientos. Debemos hablar la verdad y trabajar las obras de justicia. Seremos juzgados por nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras obras (Alma 12:14).

Segundo, “el que menosprecia las ganancias de opresión”. Es decir, debemos actuar con equidad y justicia hacia nuestros semejantes. Es el propio Señor quien dijo que Él, en el día de su venida, será un testigo rápido contra aquellos que oprimen al jornalero en su salario (Malaquías 3:5; 3 Nefi 24:5).

Tercero, “el que sacude sus manos para no aceptar soborno”. Es decir, debemos rechazar todo esfuerzo por comprar influencia, y en su lugar tratar con imparcialidad y justicia a nuestros semejantes. Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34). Él estima la carne por igual; y sólo aquellos que guardan sus mandamientos hallan favor especial con Él. La salvación es gratis; no puede comprarse con dinero; y son salvados sólo aquellos que cumplen con la ley sobre la cual se basa su recibimiento. El soborno es del mundo.

Cuarto, “el que para sus oídos para no oír sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal”. Es decir, no debemos centrarnos en el mal y la maldad. Debemos dejar de criticar y buscar lo bueno en el gobierno y en el mundo. Debemos adoptar un enfoque afirmativo y saludable hacia todas las cosas.

Concentrarse en la justicia

Para ayudarnos a mantener nuestra mente centrada en la justicia, debemos elegir conscientemente meditar sobre las verdades de la salvación en nuestros corazones. El hermano (Boyd K.) Packer ayer nos instó elocuentemente a que cantáramos los himnos de Sion para centrar nuestros pensamientos en cosas saludables. Me gustaría añadir que también podemos—después de haber tenido la canción de apertura—llamarnos a predicar un sermón. He predicado muchos sermones caminando por calles congestionadas de la ciudad, o recorriendo senderos del desierto, o en lugares solitarios, centrando así mi mente en los asuntos del Señor y las cosas de la justicia; y podría decir que esos han sido sermones mejores que los que nunca he predicado a las congregaciones.

Si vamos a trabajar por nuestra salvación, debemos regocijarnos en el Señor. Debemos meditar sus verdades en nuestros corazones. Debemos

fijar nuestra atención e intereses en Él y en Su bondad hacia nosotros. Debemos abandonar el mundo y usar toda nuestra fuerza, energías y habilidades para promover Su obra. (Informe de la conferencia, octubre de 1973.)

Recompensas por vencer al mundo

Al buscar grabar en los corazones de los Santos la eterna importancia de guardar los mandamientos y de vencer así el mundo, las escrituras utilizan palabras e imágenes de una naturaleza incomparable. Por ejemplo:

“Al que venciere, le daré que coma del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios” (Apoc. 2:7). Es decir, encontrará paz y gozo en el paraíso y luego saldrá para recibir una herencia de vida eterna, que es el mayor de todos los dones de Dios (D&C 14:7).

Siguiente: “El que venciere no será dañado por la segunda muerte” (Apoc. 2:11). Es decir, tendrá vida eterna, que es morar en la presencia de Dios para siempre. No morirá espiritualmente, lo que significa que no será expulsado de la presencia de Dios y morirá en lo que respecta a las cosas de la justicia.

Más aún: “Al que venciere, le daré que coma del maná escondido” (Apoc. 2:17). Es decir, participará del pan de vida, de la buena palabra de Dios, de las doctrinas de Aquel que es el pan de vida—todo lo cual está escondido de la mente carnal. Nunca tendrá hambre de nuevo, y la vida eterna será su herencia.

De nuevo: “El que venciere, y guardare mis obras hasta el fin, a éste le daré autoridad sobre las naciones... así como yo recibí de mi Padre. Y le daré la estrella de la mañana” (Apoc. 2:26-28). Es decir, en un estado de gloria y exaltación, será hecho gobernante sobre muchos reinos y será como el Señor, quien es la estrella brillante de la mañana.

Otra vez: “El que venciere, será vestido de ropas blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles” (Apoc. 3:5). ¿Quién entre nosotros no desea mantener su nombre para siempre en el libro de la vida del Cordero y oír al Señor Jesús confesarlo ante el trono de su Padre? Así será con todos aquellos que venzan al mundo.

De nuevo: “Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios” (Apoc. 3:12). Es decir, tendrá exaltación y divinidad. Así como la Deidad es ahora, así será él. Tendrá vida eterna.

Otra vez: “Al que venciere, le concederé sentarse conmigo en mi trono, así como yo vencí, y me senté con mi Padre en su trono” (Apoc. 3:21). Es decir, como heredero conjunto con nuestro Señor, heredará la plenitud del reino del Padre.

Y finalmente: “El que venciere heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apoc. 21:7). De nuevo, es la vida eterna lo que le corresponde. Será salvo. Como citamos del Profeta: “La salvación consiste en la gloria, autoridad, majestad, poder y dominio que posee Jehová y en nada más; y ningún ser puede poseerla, excepto él mismo o uno como él” (Lecciones sobre la Fe, pp. 63-64). Él es nuestro prototipo. Así como Él fue en el mundo, pero no del mundo, así debemos ser nosotros.

Los nefitas vencieron el mundanalismo

Ahora bien, ¿qué más necesitamos decir? ¡Todo es nuestro bajo la condición de la obediencia! ¿Es de extrañar que Él haya dicho: “Confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33)?

Tal vez una ilustración será suficiente, una ilustración de toda una nación que guardó los mandamientos y venció al mundo. Hablo de los nefitas durante su hora más noble. “No hubo contienda en la tierra”, dice el relato del Libro de Mormón, “por el amor de Dios que moraba en los corazones del pueblo. Y no hubo envidias, ni disputas, ni tumultos, ni fornicaciones, ni mentiras, ni homicidios, ni ninguna clase de lascivia; y ciertamente no podía haber un pueblo más feliz entre todos los pueblos que habían sido creados por la mano de Dios. No había ladrones, ni asesinos, ni lamanitas, ni ningún tipo de -itas; sino que eran uno, los hijos de Cristo, y herederos del reino de Dios. ¡Y cuán benditos eran! Porque el Señor los bendijo en todos sus actos.” (4 Nefi 15-18)

La promesa del Señor a los fieles

Ahora, concluyamos con esta promesa, revelada a través de José Smith y dirigida por el Señor a “todos aquellos a quienes mi Padre me ha dado fuera del mundo”:

“Levantaos, y regocijaos, y ceñíos los lomos, y tomad sobre vosotros toda mi armadura, para que podáis resistir el día malo, habiendo hecho todo, para que podáis estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia, y vuestros pies calzados con la preparación del evangelio de paz, que he enviado a mis ángeles para que os lo entreguen; Tomad el escudo de la fe con el cual podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno; Y tomad el casco de la salvación, y la espada de mi Espíritu, que derramaré sobre vosotros, y mi palabra que os revelaré, y estad de acuerdo en cuanto a todas las cosas que me pidáis, y sed fieles hasta que yo venga, y seréis arrebatados, para que donde yo esté, allí estéis también.” (D&C 27:14-18) (Informe de la Conferencia del Área de Estocolmo, agosto de 1974, pp. 122-123.)

Capítulo 23

Cómo Adorar

La Importancia de la Adoración Verdadera

Deseo ofrecer algunos consejos claros y afirmativos sobre cómo adorar al Señor. Probablemente haya más desinformación y errores en este campo que en cualquier otro área en todo el mundo, y, sin embargo, no hay nada más importante que saber a quién y cómo debemos adorar.

Adoración a Dios

Cuando el Señor creó a los hombres y los colocó en la tierra, les dio “mandamientos para que lo amaran y sirvieran a él, el único Dios viviente y verdadero, y que él fuera el único ser a quien debieran adorar” (D&C 20:19).

Jesús confirmó este mandamiento más básico de todos cuando dijo: “Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás” (Lucas 4:8); y el clamor constante de todos los profetas de todas las épocas es: “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante del Señor nuestro Hacedor. Porque él es nuestro Dios, y nosotros somos el pueblo de su pradera, y las ovejas de su mano” (Salmo 95:6-7).

Como hijos espirituales del Padre Eterno, hemos sido colocados en la tierra para ser probados y testados, para ver si guardamos sus mandamientos y hacemos aquellas cosas que nos califiquen para regresar a su presencia y ser como él.

Y ha plantado en nuestros corazones un deseo instintivo de adorar, de buscar la salvación, de amar y servir a un poder o ser superior a nosotros mismos. La adoración es implícita en la existencia misma.

Adoración en Espíritu y Verdad

La cuestión no es si los hombres deben adorar, sino quién o qué será el objeto de sus devociones y cómo llevarán a cabo esas devociones hacia su elegido Altísimo.

Así que, en el pozo de Jacob, cuando la mujer samaritana le dijo a Jesús: “Nuestros padres adoraron en este monte; y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar”, él le respondió: “Mujer, créeme, que la hora viene, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca tales que lo adoren. Dios es Espíritu; y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (JST Juan 4:22-26).

Así, nuestro propósito es adorar al verdadero y vivo Dios y hacerlo por el poder del Espíritu y de la manera en que Él lo ha ordenado. La adoración aprobada del verdadero Dios lleva a la salvación, mientras que las devociones ofrecidas a dioses falsos y que no están fundamentadas en la verdad eterna no conllevan tal garantía.

La Verdad es Esencial para la Adoración Verdadera

El conocimiento de la verdad es esencial para la verdadera adoración. Debemos aprender que Dios es nuestro Padre; que Él es una persona exaltada y perfeccionada en cuya imagen fuimos creados; que envió a su Hijo Amado al mundo para redimir a la humanidad; que la salvación está en Cristo, quien es la revelación de Dios al mundo; y que Cristo y sus leyes del evangelio solo son conocidos por revelación dada a aquellos apóstoles y profetas que lo representan en la tierra.

No hay salvación en adorar a un dios falso. No importa en lo más mínimo cuán sinceramente alguien pueda creer que Dios es un becerro de oro, o que Él es un poder inmaterial e increado que está en todas las cosas; la adoración de tal ser o concepto no tiene poder salvador. Los hombres pueden creer con todo su ser que las imágenes, los poderes o las leyes son Dios, pero ninguna cantidad de devoción hacia estos conceptos jamás dará el poder que conduce a la inmortalidad y la vida eterna.

Si un hombre adora una vaca o un cocodrilo, puede obtener cualquier recompensa que las vacas y los cocodrilos puedan estar repartiendo esta temporada.

Si adora las leyes del universo o las fuerzas de la naturaleza, sin duda la tierra continuará girando, el sol seguirá brillando, y la lluvia caerá sobre los justos y los injustos.

Pero si adora al verdadero y vivo Dios, en espíritu y en verdad, entonces Dios Todopoderoso derramará su Espíritu sobre él, y tendrá el poder de resucitar a los muertos, mover montañas, recibir ángeles y caminar por calles celestiales.

Los Específicos de la Adoración Divina

Ahora me gustaría ilustrar algunos de los aspectos específicos de esa adoración divina que es agradable a aquel a quien pertenecemos.

Adorar al Señor es seguirle (2 Nefi 31:10; 3 Nefi 27:21; Mateo 4:19), buscar su rostro (D&C 93:1; 130:3), creer en su doctrina y pensar como Él piensa.

Es caminar por sus caminos, ser bautizado como Él lo fue, predicar ese evangelio del reino que salió de sus labios, y sanar a los enfermos y resucitar a los muertos como Él lo hizo.

Adorar al Señor es poner primero en nuestra vida las cosas de su reino, vivir por toda palabra que sale de la boca de Dios, centrar todo nuestro corazón en Cristo y en esa salvación que viene por Él.

Es caminar en la luz como Él está en la luz, hacer las cosas que Él quiere que se hagan, hacer lo que Él haría en circunstancias similares, ser como Él es.

Adorar al Señor es caminar en el Espíritu, elevarse por encima de las cosas carnales, frenar nuestras pasiones y vencer al mundo.

Es pagar nuestros diezmos y ofrendas, actuar como buenos mayordomos en el cuidado de las cosas que se nos han confiado y usar nuestros talentos y medios para difundir la verdad y edificar su reino.

Adorar al Señor es casarse en el templo, tener hijos, enseñarles el evangelio y criarlos en la luz y la verdad.

Es perfeccionar la unidad familiar, honrar a nuestro padre y nuestra madre; es que un hombre ame a su esposa con todo su corazón y se una a ella y a nadie más (D&C 42:22).

Adorar al Señor es visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción y mantenernos sin mancha del mundo (Santiago 1:27).

Es trabajar en un proyecto de bienestar, administrar a los enfermos, ir a una misión, hacer enseñanza en el hogar y celebrar la noche de hogar familiar.

Adorar al Señor es estudiar el evangelio, atesorar luz y verdad, meditar en nuestro corazón las cosas de su reino y hacerlas parte de nuestras vidas.

Es orar con toda la energía de nuestra alma, predicar con el poder del Espíritu, cantar himnos de alabanza y acción de gracias.

Adorar es trabajar, estar activamente comprometidos en una buena causa, ocuparnos en los asuntos de nuestro Padre, amar y servir a nuestros semejantes.

Es alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos, consolar a los que lloran, levantar las manos que caen y fortalecer las rodillas débiles.

Adorar al Señor es mantenerse firme y valientemente en la causa de la verdad y la justicia, dejar que nuestra influencia para el bien se sienta en los campos cívico, cultural, educativo y gubernamental, y apoyar aquellas leyes y principios que promueven los intereses del Señor en la tierra.

Adorar al Señor es estar de buen ánimo, ser valientes, tener el coraje de nuestras convicciones dadas por Dios y mantener la fe.

Vivir Toda la Ley

Adorar al Señor es diez mil veces diez mil cosas. Es guardar los mandamientos de Dios. Es vivir toda la ley del evangelio completo.

Adorar al Señor es ser como Cristo hasta que recibamos de Él la bendita seguridad: “Seréis como yo soy.”

Estos son principios sólidos. Al meditar sobre ellos en nuestros corazones, estoy seguro de que conoceremos cada vez más su veracidad.

La verdadera y perfecta adoración es, de hecho, el trabajo supremo y el propósito del hombre. Que Dios nos conceda escribir en nuestras almas

con una pluma de fuego el mandamiento del Señor Jesús: “Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás” (Lucas 4:8); y que, de hecho, y con realidad viviente, adoremos al Padre en espíritu y en verdad, obteniendo así paz en esta vida y vida eterna en el mundo venidero. (Informe de la conferencia, octubre de 1971).

Cristo es el Prototipo

Tomo este versículo de la gran oración intercesora como un texto. Jesús dijo: “Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Es una cosa saber acerca de Dios; tener información relativa a su carácter, perfección y atributos; y saber lo que ha hecho y está haciendo por los hombres y todas las cosas creadas. Pero es algo muy diferente conocer a Dios en el sentido real, completo y exacto de la palabra. No conocemos al Señor, a menos que pensemos lo que Él piensa, digamos lo que Él dice, y experimentemos lo que Él experimenta. En otras palabras, conocemos a Dios cuando nos volvemos como Él.

La Salvación Definida como Ser Como Cristo

Una declaración enseñada por José Smith y registrada en las Lecciones sobre la Fe, es, en mi juicio, la definición más perfecta y excelente de la salvación que tenemos en nuestra literatura. Este registro dice: “¿Dónde encontraremos un prototipo en cuya semejanza podamos ser asimilados, para que podamos ser hechos partícipes de la vida y la salvación? O, en otras palabras, ¿dónde encontraremos un ser salvado? Porque si podemos encontrar un ser salvado, podemos determinar sin mucha dificultad lo que todos los demás deben ser para ser salvados. Pensamos que no será una cuestión de disputa, que dos seres que no se parecen entre sí no pueden ser salvados; porque lo que constituye la salvación de uno constituirá la salvación de cada criatura que sea salvada; y si encontramos un ser salvado en toda la existencia, podremos ver lo que todos los demás deben ser, o de lo contrario no serán salvados.”

Entonces, podemos preguntar, ¿dónde está el prototipo? o ¿dónde está el ser salvado? Llegamos a la conclusión, como respuesta a esta pregunta, que no habrá disputa entre aquellos que creen en la Biblia, que es Cristo: todos estarán de acuerdo en esto, que Él es el prototipo o el estándar de la salvación; o, en otras palabras, que Él es un ser salvado. Y si continuáramos

nuestra interrogación y preguntáramos cómo es que Él está salvado, la respuesta sería—porque Él es un ser justo y santo; y si Él fuera algo diferente de lo que es, no sería salvado; porque su salvación depende de ser precisamente lo que es y nada más; porque si fuera posible que Él cambiara, ni el más mínimo grado, tan seguro sería que fracasaría en la salvación y perdería todo su dominio, poder, autoridad y gloria, que constituyen la salvación; (esta siguiente frase puede ser destacada como el corazón de todo el asunto) porque la salvación consiste en la gloria, autoridad, majestad, poder y dominio que Jehová posee y en nada más; y ningún otro ser puede poseerla, sino Él mismo o uno como Él.”

Las Lecciones sobre la Fe luego cita numerosos pasajes de la Biblia sobre este tema y continúa con estas palabras: “Estas enseñanzas del Salvador nos muestran claramente la naturaleza de la salvación, y lo que Él propuso a la familia humana cuando propuso salvarla—que Él propuso hacerlos como Él mismo, y Él era como el Padre, el gran prototipo de todos los seres salvados; y para que cualquier porción de la familia humana sea asimilada a su semejanza, es ser salvado; y ser diferente a ellos es ser destruido; y en esta bisagra gira la puerta de la salvación.” (Lecciones sobre la Fe, págs. 63-67.)

Los Verdaderos Adoradores Obtienen “La Mente de Cristo”

Consideremos lo que implica llegar a ser como Cristo. Esto nos ayudará a conocerlo en el sentido pleno, completo y exacto de experimentar, creer y saber como Él experimenta, cree y sabe. Pablo dijo que los Santos “tienen la mente de Cristo” (1 Cor. 2:16). Si tenemos la mente del Señor, pensamos lo que Él piensa, decimos lo que Él dice, y hacemos lo que Él haría en las mismas circunstancias.

José Smith dijo: “Se hizo un pacto eterno entre tres personajes antes de la organización de esta tierra, y se relaciona con su dispensación de cosas a los hombres en la tierra; estos personajes, según el registro de Abraham, son llamados Dios el primero, el Creador; Dios el segundo, el Redentor; y Dios el tercero, el testigo o el testador” (Enseñanzas, p. 190).

Con estas palabras que nos ayudan en nuestro análisis y comprensión, ahora las complemento con las que Moisés dijo al resumir la ley a Israel: “Escucha, oh Israel: El Señor nuestro Dios es un solo Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus

fuerzas” (Deut. 6:4-5). Están involucrados principios eternos. Creemos en tres dioses: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios el primero es el Creador; Dios el segundo es el Redentor; y Dios el tercero es el Revelador, el Testigo y el Testador.

Las Deidades Unidas en Perfecta Armonía

En consecuencia, podemos destacar tres grandes principios eternos como las tres cosas más importantes en toda la eternidad. El primero es la creación; el segundo es la redención; y el tercero es la revelación. Anunciamos con Moisés que estos tres dioses son un solo Dios. Es decir, están perfectamente unidos como uno en un sentido que definiré más adelante.

Adoramos al Creador

Adoramos al gran Dios que creó el universo. Él es nuestro Padre Celestial. Venimos a la existencia gracias a Él; somos sus hijos espirituales. Vivimos con Él en una vida premortal en una relación familiar. Lo conocíamos tan íntimamente y tan bien como conocemos a nuestros padres mortales en esta esfera de existencia. Este Ser santo y perfecto tiene “un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre” (D&C 130:22). Él es una persona glorificada, exaltada y perfeccionada. Tiene todo poder, toda fuerza, todo conocimiento, todo dominio. No hay ninguna característica o atributo bueno que no habite en Él en su totalidad. No hay ninguna verdad que Él no conozca.

Somos su descendencia espiritual, y Él ha ordenado un plan por el cual podríamos llegar a ser como Él y ser exaltados. El profeta José dijo: “Dios mismo, al encontrar que estaba en medio de los espíritus y la gloria, porque era más inteligente, vio conveniente instituir leyes por las cuales el resto pudiera tener el privilegio de avanzar como Él mismo” (Enseñanzas, p. 354).

Estas leyes se llaman el evangelio de Dios, el plan de salvación. Este es el evangelio de Dios. Surgió de Él; Él lo creó. Este sistema salva a todos los hombres. Cristo incluido. Cristo es el autor en el sentido de que adoptó, abrazó y defendió el plan. Este plan lleva su nombre en nuestra conversación cotidiana para dar honor y dignidad al trabajo que Él realiza: el trabajo de la redención.

La Importancia de la Creación en Nuestra Adoración

Sin la Creación, no existiríamos. La tierra no existiría; no habría universo (2 Nefi 2:11-13). No habría nada si no fuera por Dios, nuestro Padre Celestial, por medio de quien todas las cosas se originaron. En consecuencia, estamos en una posición en la que debemos alabar, glorificar, adorar, dar gracias y adorarle por la creación de todas las cosas, por nuestra existencia y por el propio ser que poseemos. Sin Dios, no existimos. Él merece toda la adoración que podamos darle. Nuestro problema es aprender a adorar y qué debemos hacer para devolverle por el gran, glorioso e infinito hecho de la existencia y la creación.

Dios el segundo es el Redentor, y su gran, infinito y eterno trabajo es redimir a los hombres de la muerte temporal y espiritual que fue traída al mundo por la caída de Adán. Él es el Salvador del mundo, el Redentor de los hombres. Fue el primer hijo espiritual del Padre Eterno, y en esa vida premortal avanzó y progresó hasta que “fue como Dios” (Abr. 3:24). Sirvió bajo el Padre, utilizando el poder de la Deidad para crear todas las cosas.

La Expiación Permite una Adoración Perfecta—o Llegar a Ser Como Dios

La tarea y el trabajo de Cristo en el esquema eterno es la redención (3 Nefi 27:13-17; D&C 76:40-42). Esto lo cumplió en el meridiano del tiempo como el hijo de María y el hijo de Dios. Redimió a los hombres de la muerte temporal para que, como un don gratuito, todos los hombres, sin obras ni esfuerzo, puedan resucitar a un estado inmortal. Él redime a los hombres de los efectos de la muerte espiritual al hacer disponible la esperanza de la vida eterna. La vida eterna es morar en la presencia de Dios y, en su significado más pleno, ser como Él: saber, creer, entender, poseer, heredar y experimentar como Él lo hace.

Si no hubiera habido creación, no habría nada. Si no hubiera habido redención, el propósito de la creación habría desaparecido en la nada absoluta. No habría habido resurrección, no habría inmortalidad; no habría habido salvación ni vida eterna; no habría habido razón ni propósito para la creación. Habría sido imposible que la descendencia espiritual de nuestro Padre Eterno avanzara y progresara para llegar a ser como Él.

Sostenemos Sentimientos de Reverencia por Cristo

Según la definición del Profeta, ser como Dios es ser salvo, tener vida eterna, o cumplir con la medida y el propósito completo de nuestra creación. Con respecto a Cristo, se espera que le demos amor, honor, adoración y veneración; se espera que derramemos nuestros corazones en acción de gracias debido a la Expiación que Él realizó. Si no fuera por Él, no habría nada para nosotros. La creación y la redención, entonces, son las dos primeras grandes consideraciones.

La Verdadera Adoración Surge de la Revelación

La tercera consideración es la revelación. Esto es más práctico y está más cerca de nosotros como individuos. Si no hubiera revelación, no habría conocimiento de Dios, Cristo o las leyes de la salvación (Jacob 4:8). Ninguna de la información que nos permite, como expresó Pablo, trabajar nuestra salvación con temor y temblor ante Dios existiría (Filipenses 2:12). Es una cosa saber sobre Dios y otra cosa conocer a Dios. Es una cosa saber sobre la religión y otra cosa experimentarla: saber en el corazón lo que está involucrado. En el ámbito de la revelación, el Señor envía profetas a la tierra para revelar el plan de la vida y la salvación. Ellos escriben este plan en las escrituras; lo proclaman desde los púlpitos; lo anuncian al mundo. Anuncian este plan para que los hombres comiencen a conocer la religión, a Dios y las leyes de la salvación. La salvación está disponible para la humanidad porque el Señor envía profetas cuyas misiones son para todos los hombres. Los profetas en nuestros días, en esta dispensación, son enviados a los confines de la tierra. Se espera que los oídos de todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos estén en sintonía con las voces de los profetas.

Es una cosa saber sobre la religión y otra cosa conocer la religión: experimentarla, hacerla convertirse en una realidad en tu vida. La revelación es primero para el beneficio de los hombres en general. Pero en segundo lugar, y mucho más importante, la revelación es un asunto personal que descansa sobre los individuos. Si voy a ser salvado en el reino de Dios, debo recibir revelación personal. Tengo que hacer más que solo saber sobre Dios o la religión tal como ha sido revelada y enseñada por otra persona. Tengo que recibir un testimonio y conocimiento personal en

mi alma de que el evangelio es verdadero y que, si vivo rectamente, puedo tener paz en esta vida y vida eterna en el mundo venidero.

Adoramos Trabajando Nuestra Salvación

En esta existencia, ya sea en el tiempo o en la eternidad, nada es más personal que trabajar nuestra propia salvación. Cada persona viviente está sola e independiente al hacer las cosas que santificarán su alma y le permitirán tener el poder iluminador, interpretador y guía del Espíritu Santo en su vida. Por supuesto, debemos ser sellados en el nuevo y eterno convenio de matrimonio; debemos operar a través de las familias. (La salvación es un asunto familiar). Pero en el análisis final, somos salvos por nosotros mismos. Tengo que ser salvado por mis propias obras, si alguna vez llego a obtener tal herencia; mi esposa debe hacer precisamente lo mismo. Pero nos toma a los dos, unidos como uno, para obtener la plenitud eterna. Si ambos trabajamos por nuestra salvación, de hecho seremos unidos como uno y avanzaremos eternamente en la unidad familiar, que es un requisito para obtener la vida eterna en el reino de nuestro Padre.

Como he dicho, tenemos la creación, la redención y la revelación; son los tres campos en los que los miembros de la Eterna Trinidad operan. Sin la creación, sin la redención y sin la revelación, no habría nada para nosotros como mortales. Estas tres cosas centran nuestra mente en lo que es importante y nos apuntan al curso que debemos seguir.

El Camino para Adorar

Nuestra preocupación es: ¿Cómo adoramos? ¿Cómo hacemos las cosas que nos permitirán llegar a ser como Él? ¿Qué relación tiene el pasaje “Escucha, oh Israel: El Señor nuestro Dios es un solo Señor” con nosotros? Permítanme leer de la sección 93, versículos 6 al 20, en Doctrina y Convenios. Esta revelación, que contiene algunos de los lenguajes más explícitos que tenemos, nos dice lo que Jesucristo hizo en principio (no en detalle) para trabajar su salvación. Estas palabras, escritas primero por Juan el Bautista, luego fueron tomadas por Juan el Revelador y parafraseadas, citadas y preservadas en su evangelio. Algunas de sus palabras fueron registradas en esta revelación; otras no lo fueron. Esperamos el día en que nuestra capacidad espiritual nos califique para

recibir las cosas añadidas que estos antiguos profetas tenían. El Señor Jesucristo está hablando:

“Y Juan vio y dio testimonio de la plenitud de mi gloria, y la plenitud del testimonio de Juan ha de ser revelada más adelante. Y dio testimonio, diciendo: Vi su gloria, que Él estaba en el principio, antes de que el mundo existiera; Por lo tanto, en el principio existió el Verbo, porque Él era el Verbo, incluso el mensajero de la salvación—La luz y el Redentor del mundo; el Espíritu de la verdad, que vino al mundo, porque el mundo fue hecho por Él, y en Él estaba la vida de los hombres y la luz de los hombres.

“Los mundos fueron hechos por Él; los hombres fueron hechos por Él, y por Él, y de Él. Y yo, Juan, doy testimonio de que vi su gloria, como la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad, incluso el Espíritu de la verdad, que vino y habitó en la carne, y habitó entre nosotros. Y yo, Juan, vi que no recibió la plenitud al principio, sino que recibió gracia por gracia; Y no recibió la plenitud al principio, sino que continuó de gracia en gracia, hasta que recibió la plenitud.” (D&C 93:6-13)

Este es un asunto de avance y progresión. Cristo el Señor estaba con Dios y como Él en inteligencia y conocimiento. Bajo la dirección de Dios, Cristo fue el creador de todas las cosas mientras aún era un ser espiritual. Como todos los huestes espirituales de nuestro Padre, Él luego vino a la tierra para someterse a una prueba mortal y pasar de gracia en gracia. El Profeta describió esto como pasar de un pequeño grado de inteligencia a un grado mayor, como pasar de gracia en gracia hasta que Él gane la plenitud de todas las cosas.

Leemos sobre prototipos. Cristo es el prototipo de la salvación. En principio, entonces, estamos leyendo lo que debemos hacer, como lo muestran explícitamente las siguientes palabras: “Y así fue llamado el Hijo de Dios, porque no recibió la plenitud al principio. Y yo, Juan, doy testimonio, y he aquí, se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma, y se posó sobre Él, y vino una voz del cielo diciendo: Este es mi Hijo amado.”

Así es como sabemos quién es el autor original de estas palabras.

“Y Él recibió todo poder, tanto en el cielo como en la tierra, y la gloria del Padre estaba con Él, porque Él moraba en Él. Y sucederá que si sois fieles, recibiréis la plenitud del testimonio de Juan.”

Esto es en el futuro. Aún no hemos sido completamente tan fieles.

“Os doy estas palabras para que entendáis y sepáis cómo adorar (me pregunto si captamos la visión de cómo adorar en las palabras recién reveladas), y sepáis a quién adoráis (quizás sí captamos la visión de a quién adoramos. No puede haber mucha duda: es Dios el primero, el Creador; Dios el segundo, el Redentor, y Dios el tercero, el Testigo, Testador o Revelador), para que podáis llegar al Padre en mi nombre, y en su debido tiempo recibir de Su plenitud.” (D&C 93:14-19)

Eso es exactamente lo que hizo el Señor Jesús —recibió la plenitud del Padre. La revelación continúa, dando una promesa de que podemos hacer lo mismo. “Porque si guardáis mis mandamientos, recibiréis de Su plenitud, y seréis glorificados en mí, como yo soy en el Padre; por lo tanto, os digo, recibiréis gracia por gracia” (D&C 93:20).

¿Qué aprendimos de este pasaje sobre la adoración? Cuando hablamos de adoración, lo que entra en nuestras mentes es que oramos, predicamos sermones o asistimos a la iglesia: que nos comprometemos activamente en la causa religiosa que ha sido revelada en nuestros días. Al igual que en el diccionario, pensamos en la adoración como un acto de reverencia religiosa y homenaje, el acto de orar. Aunque está un poco más allá de la capacidad humana, pensamos en la adoración como el acto de dar honor a la Deidad. Todo esto es cierto, y en cierto sentido adoramos cuando hacemos estas cosas. Probablemente adoramos de manera más efectiva, dentro de la definición aquí involucrada, cuando nos esforzamos y luchamos dentro de nosotros mismos por guardar los mandamientos.

Adoramos Imitando a Cristo

Sin embargo, estas definiciones de cómo adorar no están en la revelación que acabo de leer. Lee la revelación; medita sobre sus principios; y verás si no llegas a la misma conclusión. El Señor nos está diciendo: “Aquí está la manera de adorar. Adoras por emulación. Adoras por imitación. Adoras modelando tu vida según la mía. Adoras magnificándome y siguiendo mi camino, haciendo lo que yo he hecho.” Leemos una revelación que dice

que Cristo pasó de gracia en gracia hasta que finalmente recibió la plenitud y tuvo todo poder en el cielo y en la tierra. Leemos que podemos hacer precisamente lo mismo si sabemos cómo adorar. Para mí, entonces, el proceso de adorar se convierte en el proceso de trabajar nuestra salvación, como lo hizo el Señor Jesús, para obtener gloria, honor y dominio—para alcanzar el cumplimiento de la promesa de llegar a ser como el Padre.

La Unidad de la Deidad Ilustra el Espíritu de la Verdadera Adoración

Volvemos ahora a la declaración de nuestro texto: “Escucha, oh Israel: El Señor nuestro Dios es un solo Señor.” Creo que esta sola frase es un resumen del mayor dispositivo de enseñanza que se haya dado en toda la historia del mundo. Nos dice cómo adorar. Este concepto de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están perfectamente unidos como uno es la verdad más importante que el hombre puede conocer. De su aplicación en nuestras vidas proviene la esperanza de la vida eterna. Dios ha dicho a todo el mundo, como lo han hecho sus profetas a lo largo de los siglos, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno. Él nos inculca este concepto. Son uno en plan, uno en propósito, uno en poder, uno en la posesión de los atributos de la divinidad, y uno en todo lo bueno. Todo el sistema de salvación está ordenado de tal manera que podemos llegar a ser uno con la Deidad. Si no lo hacemos, no somos como Él. Al declarar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, las revelaciones dan testimonio de que debemos ser uno como ellos son uno. Debemos pasar de gracia en gracia hasta que heredemos una plenitud eterna.

“Sed uno; y si no sois uno, no sois míos” (D&C 38:27). Esta es una revelación de los últimos días. Jesús declaró: “Y todo aquel que cree en mí, cree también en el Padre; y el Padre dará testimonio de mí, porque lo visitará con fuego y con el Espíritu Santo. Y así es como el Padre dará testimonio de mí, y el Espíritu Santo dará testimonio de él del Padre y de mí; porque el Padre, yo y el Espíritu Santo somos uno” (3 Nefi 11:35-36).

A esto se añade la idea de que “debéis ser uno con nosotros, si vais a ser como nosotros y poseer la misma gloria y dominio.” En esta bisagra gira la puerta de la salvación. En el Libro de Mormón, Jesús dijo: “Tendréis plenitud de gozo (esto fue hablado a algunas personas, pero aplica en principio a todos los seres salvados); y os sentaréis en el reino de mi Padre; sí, vuestro gozo será pleno, así como el Padre me ha dado plenitud de

gozo; y seréis como yo soy, y yo soy como el Padre; y el Padre y yo somos uno” (3 Nefi 28:10).

Salvación—y Adoración—Significa Ser Como Dios

El mayor dispositivo de enseñanza jamás utilizado en toda la historia del mundo es el que Dios Todopoderoso usa para enseñar al hombre que la salvación llega al ser como Él. Este dispositivo es la proclamación eterna de que el Padre, Cristo y el Espíritu Santo son uno. Como declaró Moisés: “Escucha, oh Israel: El Señor nuestro Dios es un solo Señor.” El único Señor consiste en Dios el Creador, Dios el Redentor y Dios el Revelador. Estos tres campos—creación, redención y revelación—significan los ámbitos particulares de asignación de los miembros de la Eterna Trinidad.

Nuestro Deber es Imitar a Dios

Nuestra comisión, nuestra asignación, nuestro objetivo en la vida es creer en la verdad—dejar que se convierta en una realidad viva en nuestras almas. Es tener en nuestros corazones el poder del Espíritu Santo. Nadie puede ser uno con Dios a menos que reciba revelación del Espíritu Santo. Lo que el Espíritu Santo habla es lo que el Padre y el Hijo dirían, y Él da testimonio de ellos (2 Nefi 32:3).

La Verdadera Adoración es Experiencial

Debemos dejar que la religión opere en nuestras vidas. Debemos hacer más que simplemente aprender sobre ella. La religión debe ser algo vivo y operativo. Lo glorioso y maravilloso de esta doctrina y trabajo es que es verdadera; tenemos la verdad del cielo. Dios ha hablado en este día. La dispensación de la plenitud de su verdad eterna ha sido restaurada y revelada de nuevo por última vez. El evangelio ha sido revelado para preparar a un pueblo para la segunda venida del Hijo del Hombre, para que puedan sentarse eternamente en el reino de Dios con Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas.

Nuestro problema es aprender a hacer más que solo aprender sobre Dios y la religión. Es tener a Dios en nuestras almas, tener el amor de Cristo en nuestros corazones. Es tener la mente de Cristo—pensar lo que Él piensa, decir lo que Él dice, creer lo que Él cree, y, finalmente, hacer lo que Él hace. Debemos vivir el tipo de vida que Cristo vive. Debemos llegar a ser

como Él y su Padre y, por lo tanto, tener gloria eterna en los reinos eternos. (“Cómo Adorar,” Devocional de BYU, 20 de julio de 1971.)

Consagración y Sacrificio: Formas de la Verdadera Adoración

Principios de Consagración y Sacrificio

Ahora expondré algunos de los principios de sacrificio y consagración a los que los verdaderos Santos deben conformarse si alguna vez han de llegar a donde están Dios y Cristo y tener una herencia con los Santos fieles de tiempos pasados.

Está escrito: “El que no sea capaz de cumplir con la ley de un reino celestial no podrá habitar con la gloria celestial” (D&C 88:22). La ley del sacrificio es una ley celestial; también lo es la ley de la consagración. Por lo tanto, para obtener esa recompensa celestial que tan devotamente deseamos, debemos ser capaces de vivir estas dos leyes.

El sacrificio y la consagración están entrelazados. La ley de consagración es que consagramos nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestro dinero y propiedades a la causa de la Iglesia; tales deben estar disponibles en la medida en que sean necesarios para promover los intereses del Señor en la tierra.

La ley de sacrificio es que estamos dispuestos a sacrificar todo lo que tenemos por el bien de la verdad—nuestro carácter y reputación; nuestro honor y aplauso; nuestro buen nombre entre los hombres; nuestras casas, tierras y familias; todas las cosas, incluso nuestras propias vidas si es necesario.

José Smith dijo: “Una religión que no requiere el sacrificio de todas las cosas nunca tiene suficiente poder para producir la fe necesaria [para conducir] a la vida y la salvación” (Lecciones sobre la Fe, p. 58).

Los Santos Deben Ser Capaces de Vivir la Ley

No siempre se nos llama a vivir toda la ley de consagración y dar todo nuestro tiempo, talentos y medios para la edificación del reino terrenal del Señor. Pocos de nosotros somos llamados a sacrificar mucho de lo que poseemos, y en este momento solo hay algunos mártires ocasionales en la causa de la religión revelada.

Pero lo que el relato escritural significa es que, para obtener la salvación celestial, debemos ser capaces de vivir estas leyes en su totalidad si se nos llama a hacerlo. Implícito en esto está la realidad de que debemos vivirlas realmente en la medida en que se nos llame a hacerlo.

¿Cómo, por ejemplo, podemos establecer nuestra capacidad para vivir toda la ley de consagración si no pagamos un diezmo honesto? O ¿cómo podemos probar nuestra disposición para sacrificar todas las cosas, si es necesario, si no hacemos los pequeños sacrificios de tiempo y esfuerzo, o de dinero y medios, que ahora se nos pide hacer?

Cuando era joven, sirviendo bajo la dirección de mi obispo, visité a un hombre rico e invité a contribuir mil dólares a un fondo para la construcción. Él se negó. Pero dijo que quería ayudar, y si organizábamos una cena en la estaca y cobramos cinco dólares por plato, él tomaría dos entradas. Aproximadamente diez días después, este hombre murió inesperadamente de un ataque al corazón, y me he preguntado desde entonces sobre el destino de su alma eterna.

Cuidado con la Codicia

¿No dijo alguien una vez: “Cuidaos de la codicia: porque la vida de un hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”? ¿No dijo esta misma persona luego esta parábola?: “La tierra de un hombre rico produjo abundantemente: Y pensó dentro de sí mismo, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros y edificaré otros mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y gózate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?”

Y luego, ¿no concluyó diciendo: “Así es el que hace tesoros para sí, y no es rico para con Dios”? (Lucas 12:15-21.)

Cuando el profeta Gad le ordenó a David que construyera un altar y ofreciera un sacrificio en un terreno de propiedad de un hombre determinado, ese hombre ofreció proporcionar la tierra, los bueyes y todo lo necesario para el sacrificio, sin costo alguno. Pero David dijo: “No; sino que ciertamente lo compraré de ti a precio: ni ofreceré holocaustos al Señor mi Dios de lo que no me cueste nada” (2 Samuel 24:24).

Cuando nos cuesta poco dar, el tesoro guardado en el cielo es pequeño. La limosna de la viuda, dada en sacrificio, pesa mucho más en las balanzas eternas que los graneros repletos del hombre rico.

Parábola del Joven Rico

En una ocasión, un joven rico se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Qué bien haré para tener vida eterna?”

La respuesta de nuestro Señor fue la obvia, la misma que han dado todos los profetas de todas las épocas. Fue: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.”

La siguiente pregunta fue: “¿Cuáles?”

Jesús los enumeró: “No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No darás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a ti mismo.”

Entonces vino esta respuesta y consulta—pues el joven era un buen hombre, un hombre fiel, uno que buscaba la rectitud: “Todo esto he guardado desde mi juventud; ¿qué me falta aún?”

Bien podríamos preguntar: “¿No basta con guardar los mandamientos? ¿Qué más se espera de nosotros que ser fieles y verdaderos a cada confianza? ¿Hay algo más que la ley de la obediencia?”

En el caso del joven rico, había algo más. Se esperaba que viviera la ley de la consagración, que sacrificara sus posesiones terrenales, pues la respuesta de Jesús fue: “Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes, y da a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.”

El joven se fue triste, “porque tenía grandes posesiones” (Mateo 19:16-22). Y nos queda preguntarnos qué intimidades podría haber compartido con el Hijo de Dios, qué comunión podría haber disfrutado con los Apóstoles, qué bendiciones podría haber recibido, si hubiera sido capaz de vivir la ley del reino celestial.

Se Espera Mucho de Nosotros

Ahora, creo que está perfectamente claro que el Señor espera mucho más de nosotros de lo que a veces respondemos. No somos como los demás hombres. Somos los Santos de Dios y tenemos las revelaciones del cielo. Donde se ha dado mucho, se espera mucho (D&C 82:3; Lucas 12:48).

Debemos poner primero en nuestras vidas las cosas de su reino (Mateo 6:33; Lucas 12:31; 3 Nefi 13:33; D&C 11:23).

Se nos manda vivir en armonía con las leyes del Señor, guardar todos sus mandamientos, sacrificar todas las cosas si es necesario por su nombre, y ajustarnos a los términos y condiciones de la ley de consagración (Mateo 19:16-29).

Hemos hecho convenios para hacer todo esto—sagrados, solemnes y santos convenios, comprometiéndonos ante Dios y los ángeles.

Estamos bajo convenio para vivir la ley de la obediencia.

Estamos bajo convenio para vivir la ley del sacrificio.

Estamos bajo convenio para vivir la ley de la consagración.

Con esto en mente, escucha esta palabra del Señor: “Si queréis que os dé un lugar en el mundo celestial, debéis prepararos haciendo las cosas que os he mandado y requerido” (D&C 78:7).

Un Privilegio Sacrificar

Es nuestro privilegio consagrar nuestro tiempo, talentos y medios para edificar su reino. Se nos llama a sacrificarnos, en mayor o menor medida, para el progreso de su obra. La obediencia es esencial para la salvación; lo mismo ocurre con el servicio; y también con la consagración y el sacrificio.

Es nuestro privilegio alzar la voz de advertencia a nuestros vecinos e ir de misiones y ofrecer las verdades de la salvación a los otros hijos de nuestro Padre en todas partes. Podemos responder a los llamados para servir como obispos, como presidentes de Sociedad de Socorro, como maestros del hogar y en cualquiera de las centenas de posiciones de responsabilidad en nuestras diversas organizaciones de la Iglesia. Podemos trabajar en proyectos de bienestar, participar en investigaciones genealógicas, realizar ordenanzas vicarias en los templos.

Podemos pagar un diezmo honesto y contribuir a nuestra ofrenda de ayuno, fondo de bienestar, presupuesto, construcción y fondos misionales. Podemos legar porciones de nuestros bienes y dejar porciones de nuestras propiedades a la Iglesia cuando pasemos a otros ámbitos.

Podemos consagrar una porción de nuestro tiempo al estudio sistemático, a convertirnos en eruditos del evangelio, a atesorar las verdades reveladas que nos guían por los caminos de la verdad y la rectitud.

Sacrificio y Consagración: Evidencia de la Verdadera Iglesia

El hecho de que los miembros fieles de la Iglesia hagan todas estas cosas es una de las grandes evidencias de la divinidad de la obra. ¿Dónde más los miembros de una iglesia en general pagan un diezmo completo? ¿Dónde hay un pueblo cuyas congregaciones tengan el 1, 2 y 3 por ciento de su número en trabajo misional voluntario y autosuficiente en todo momento? ¿Dónde se construyen templos o se operan proyectos de bienestar como lo hacemos nosotros? ¿Y dónde hay tanto trabajo no remunerado en la enseñanza y administración de la iglesia?

En la verdadera Iglesia no predicamos por dinero ni adivinamos por dinero (Miqueas 3; 1 Pedro 5:2; 2 Nefi 26:29, 31). Seguimos el patrón de Pablo y hacemos el evangelio de Cristo disponible sin costo, para no abusar ni malutilizar el poder que el Señor nos ha dado. Libremente hemos recibido y libremente damos (Mateo 10:8), porque la salvación es gratuita. Todos los que tienen sed están invitados a venir y beber de las aguas de la vida (Juan 6), a comprar maíz y vino sin dinero y sin precio.

Todo nuestro servicio en el reino de Dios se basa en su ley eterna que dice: “El que trabaja en Sión trabajará por Sión; porque si trabajan por dinero, perecerán” (2 Nefi 26:31).

Sabemos bien que el trabajador es digno de su salario (Lucas 10:7; D&C 23:7; 31:5; 84:79; 106:3), y que aquellos que dedican todo su tiempo a la edificación del reino deben ser provistos con comida, ropa, refugio y los necesarios de la vida. Debemos emplear maestros en nuestras escuelas, arquitectos para diseñar nuestros templos, contratistas para construir nuestras sinagogas y gerentes para administrar nuestros negocios. Pero aquellos que son empleados, junto con toda la membresía de la Iglesia, también participan de manera libre y voluntaria en la promoción de otras obras del Señor. Los presidentes de bancos trabajan en proyectos de bienestar. Los arquitectos dejan sus tableros de diseño para ir de misiones. Los contratistas dejan sus herramientas para servir como maestros del hogar o obispos. Los abogados dejan de lado el *Corpus Juris* y el *Código Civil* para actuar como guías en la Plaza del Templo. Los maestros dejan el

aula para visitar a los huérfanos y las viudas en su aflicción. Los músicos que hacen su vida de su arte dirigen voluntariamente los coros de la Iglesia y actúan en los encuentros de la Iglesia. Los artistas que pintan para ganarse la vida están contentos de ofrecer sus servicios gratuitamente.

El Trabajo del Señor Debe Avanzar

Pero el trabajo del reino debe avanzar, y los miembros de la Iglesia son y serán llamados a llevar sus cargas. Es el trabajo del Señor y no el de los hombres. Él es quien nos manda predicar el evangelio en todo el mundo, cueste lo que cueste. Es su voz la que decreta la construcción de templos, cueste lo que cueste. Él es quien nos dice que cuidemos a los pobres entre nosotros, cueste lo que cueste, para que sus clamores no lleguen a su trono como testimonio contra aquellos que debieron haber alimentado a los hambrientos y vestido a los desnudos, pero no lo hicieron.

Y permítanme decir también —tanto en términos doctrinales como de testimonio— que es su voz la que nos invita a consagrar nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestros medios para llevar adelante su obra. Es su voz la que llama al servicio y al sacrificio. Este es su trabajo. Él está al timón guiando y dirigiendo el destino de su reino.

Y cada miembro de su Iglesia tiene esta promesa: que si permanece fiel y verdadero—obedeciendo, sirviendo, consagrando, sacrificando, como lo requiere el evangelio—recibirá una recompensa en la eternidad mil veces mayor y tendrá vida eterna (D&C 75:5). ¿Qué más podemos pedir? (Informe de la conferencia, abril de 1975).

Capítulo 24

La Caridad Que Nunca Fallece

La Influencia Penetrante de la Sociedad de Socorro

Fui criado en la Sociedad de Socorro y aún recibo esa enseñanza, y es buena. Me siento asombrado y maravillado ante esta gran organización.

Consideremos este gran campo de servicio, este campo de servicio que, en mi opinión, permite a las hermanas de la Iglesia crecer en los atributos de la divinidad, perfeccionar sus almas en esta vida, y acumular esos tesoros en los cielos que, a su debido tiempo, se multiplicarán para una recompensa eterna en el reino de nuestro Padre.

En cuanto a la Sociedad de Socorro, me vienen a la mente preguntas como estas: ¿Qué significa para mí la Sociedad de Socorro? ¿Qué significa para mi esposa, para mi madre y para sus antepasados en números considerables? ¿Y qué hará por mis hijos y los hijos de mis hijos?

La verdad es que la Sociedad de Socorro vive en mi esposa, en mi madre y en sus antepasados. Mi esposa es una persona diferente hoy de lo que jamás podría haber sido, excepto por la influencia y la guía de la Sociedad de Socorro. Un largo servicio en una organización originada en el cielo, dirigida por el sacerdocio y orientada al evangelio, cambia la vida de las personas y, providencialmente para mí, ha cambiado la vida de quienes están más cerca y son más queridos para mí. Lo que ha hecho por ellas, lo puede hacer y ha hecho por grandes multitudes de otros.

Servir a Dios sirviendo a los demás

Para un texto, les leeré una breve declaración del diario de mi padre en la que habla de su madre y de mi abuela. Mi abuela, Emma Sommerville McConkie, fue presidenta de la Sociedad de Socorro de barrio en Moab, Utah, hace muchos años. En el momento de esta experiencia, ella era viuda.

Mi padre escribe lo siguiente:

“Madre era presidenta de la Sociedad de Socorro de Moab. J ____ B ____ [un no miembro que se oponía a la Iglesia] se había casado con una chica mormona. Tenían varios hijos; ahora tenían un bebé recién nacido. Eran muy pobres y Madre iba día tras día a cuidar al niño y a llevarles canastas de comida, etc. Madre misma estaba enferma, y más de una vez casi no podía regresar a casa después de hacer el trabajo en la casa de J ____ B ____.

“Un día regresó a casa especialmente cansada y fatigada. Se durmió en su silla. Soñó que estaba bañando a un bebé que descubrió que era el Niño Cristo. Pensó: ¡Oh, qué gran honor servir así al mismo Cristo! Mientras sostenía al bebé en su regazo, casi se sintió abrumada. Pensó, ¿quién más ha tenido en sus brazos al Niño Cristo? Una alegría indescriptible llenó todo su ser. Estaba encendida con la gloria del Señor. Parecía que la misma médula de sus huesos se derretiría. Su gozo era tan grande que la despertó. Al despertar, estas palabras fueron pronunciadas para ella: 'Por cuanto lo habéis hecho a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo habéis hecho.'”

La fe precede a la bendición

Ahora bien, creo que el Señor primero probó su fe. Cuando ella demostró ser digna, manifestando esa caridad que nunca falla, le dio un vistazo detrás del velo.

La Caridad de la Viuda de Sarepta

A continuación, leeré la experiencia de otra “viuda”, la viuda de Sarepta. Esta mujer vivió en los días de Elías, en la época en que el tisbita había cerrado los cielos. No hubo lluvia, y como consecuencia, una gran hambruna cayó sobre toda la tierra. El registro dice:

“Y vino a él la palabra del Señor, diciendo: Levántate, vete a Sarepta, que pertenece a Sidón, y mora allí; he aquí, yo he mandado allí a una mujer viuda que te sustente. Entonces él se levantó y fue a Sarepta; y cuando llegó a la puerta de la ciudad, he aquí, la viuda estaba allí recogiendo leña; y él la llamó, y le dijo: Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso, para que beba. Y cuando ella iba a traerlo, él la llamó, y le dijo: Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano. Y ella dijo: Vive el Señor tu Dios, que no tengo pan, sino un puñado de

harina en la tinaja, y un poco de aceite en la botijo; y he aquí, estoy recogiendo dos leños para entrar y hacerla para mí y para mi hijo, para que la comamos, y nos dejemos morir. Y Elías le dijo: No temas; ve, haz como has dicho, pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta, y tráemela, y después harás para ti y para tu hijo. Porque así ha dicho el Señor Dios de Israel: La tinaja de harina no se gastará, ni la botijo de aceite disminuirá, hasta el día en que el Señor dé lluvia sobre la faz de la tierra.

Entonces ella fue e hizo conforme a la palabra de Elías; y comieron él, y ella, y su casa, muchos días. La tinaja de harina no se gastó, ni la botijo de aceite disminuyó, conforme a la palabra que el Señor habló por Elías.” (1 Rey. 17:8-16.)

Poco después de esto, Elías resucitó al hijo de la mujer de la muerte (1 Rey. 17:17-23).

Aquí nuevamente, creo que el Señor primero probó su fe. Cuando ella se demostró digna al manifestar esa caridad que nunca falla, obtuvo el cuidado preservador del Todopoderoso para ella y su hogar.

Las Oportunidades para Servir Están Disponibles

Los campos de servicio compasivo no han sido completamente labrados. Los miembros de la Sociedad de Socorro a lo largo de los años han hecho un trabajo maravilloso en este sentido: los desnudos han sido alimentados; los enfermos han sido cuidados y sanados, pero aún hay muchas ocasiones por delante para un servicio adicional.

Vivimos en un mundo peligroso. Las cosas no van a mejorar. Van a empeorar hasta el día de la venida del Hijo del Hombre. Y las pruebas que se les están dando a los miembros de la Iglesia del Señor, en mi juicio, aumentarán en severidad e intensidad. Y debido a esto, habrá más oportunidades de las que ha habido hasta ahora para trabajar en los mandatos del Señor, para prestar servicio a nuestros semejantes, y para hacer las cosas, siguiendo el patrón de estos dos ejemplos que he leído, que nos permitirán trabajar por nuestra salvación.

Ahora bien, ¿qué es lo que la Sociedad de Socorro hace por las mujeres de la Iglesia? ¿Qué hizo por mi abuela, la viuda de Moab? ¿Qué hizo o qué hizo su organización equivalente en el antiguo Israel por la viuda de Sarepta? Está perfectamente claro para mí que la Sociedad de Socorro fue dada por Dios para la bendición temporal y espiritual de los miembros de

su reino, no solo de sus hijas, sino también de sus hijos, y que es la agencia divina que ayuda a llevar a los miembros de su Iglesia a la salvación completa en su reino. Permítanme recordarles lo que dijo Santiago:

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

El Servicio: Un Atributo de la Piedad

Nos basamos en el sacrificio expiatorio de Cristo. Sabemos que por la gracia y bondad del Señor, la salvación está disponible. Pero luego, para cosechar las bendiciones de la vida eterna, debemos hacer dos cosas, ambas indicadas en las revelaciones. Primero, debemos guardar los mandamientos de Dios, y segundo, debemos servir a nuestros semejantes. Hay algo más que el tema general de la obediencia que está involucrado en adquirir los atributos de la piedad aquí y cosechar recompensa eterna en el más allá. Ese algo es el servicio a nuestros semejantes.

Cristo el Señor fue él mismo el patrón perfecto en este aspecto; él dijo: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:27). Es cierto que el trabajo principal y más importante de una mujer es en el hogar y con su familia, y que, como dice el presidente McKay, “ningún éxito compensa el fracaso en el hogar”. Pero también es cierto que toda mujer necesita intereses fuera del hogar, que necesita una forma dada por Dios para usar el talento caritativo con el que ha sido dotada, que el servicio a los semejantes es esencial para la salvación, y que la Sociedad de Socorro es la organización que Dios ha establecido para permitir que las mujeres sirvan y sean guiadas en esos canales en los que pueden cumplir plenamente con la medida de su creación.

La Mortalidad Diseñada para Enseñar Servicio

Cuando hablamos de ganar la salvación, de adquirir los atributos de la piedad en esta vida para que puedan multiplicarse y perfeccionarse y ser dados a nosotros en su totalidad en la vida venidera, estamos hablando de la unidad familiar. Dios, nuestro Padre Celestial, vive y preside en la unidad familiar. Somos literalmente su descendencia. Somos sus hijos. Somos miembros de su familia. Y él ordenó las leyes y el sistema mediante el cual podemos avanzar, progresar y llegar a ser como él. Para llegar a ser como

él, debemos tener el mismo carácter, perfecciones y atributos que él posee. Y debemos vivir en la unidad familiar como él vive en la unidad familiar. Así que él nos ha dado, en esta vida, unidades familiares eternas, unidades que comienzan aquí con el potencial y la posibilidad de continuar aquí después en la misma relación que existe donde él mismo está involucrado.

Y nos ha dado la oportunidad de experimentar y laborar, luchar, trabajar e intentar en nuestras relaciones con nuestros semejantes para adquirir esas capacidades, esos atributos, esa medida de integridad, honestidad, caridad, decencia y rectitud que nos permitirá eventualmente llegar a ser como él. La expresión de Pablo es que debemos trabajar nuestra salvación con temor y temblor ante Dios (Filipenses 2:12).

El proceso de trabajar nuestra salvación es uno de adquirir los atributos de la piedad, y esto surge del servicio y la obediencia. El asunto de la obediencia es simplemente un asunto de guardar los estándares de rectitud personal que están involucrados; pero el asunto del servicio es un asunto de salir de nosotros mismos y entrar en las vidas de otras personas, de tocar los corazones de los hombres, de llevarles los principios del evangelio eterno, de ayudarles a perfeccionar y limpiar sus vidas después de unirse a la Iglesia, de ofrecerles bendiciones temporales así como espirituales.

Es tan esencial que el hombre coma alimento temporal como que coma alimento espiritual. Sin alimento temporal moriremos físicamente, y sin alimento espiritual moriremos espiritualmente. La organización de la Sociedad de Socorro está diseñada y ordenada para trabajar eficazmente en estos dos campos.

Cuando deje esta frágil existencia.

Cuando deje este mortal.

Padre, Madre, ¿puedo encontrarlos

En vuestros reales tribunales en lo alto?

Luego, al final, cuando haya completado

Todo lo que me enviaste a hacer.

Con vuestra mutua aprobación,

Déjame venir y habitar contigo.

(Himnos SUD No. 138.)

¡Palabras de vuestra gran poetisa de la Sociedad de Socorro, Hermana Eliza R. Snow!

En relación con este asunto de la salvación, dado que habrá más mujeres que heredarán la salvación completa que hombres, se sigue automáticamente que hay más mujeres en el mundo que tienen talento espiritual que hombres, y que las mujeres, en consecuencia, están en una posición de laborar y trabajar en el campo del servicio compasivo de una manera mucho más eficaz y capaz de lo que los hombres jamás podrían trabajar.

Las Escrituras Usan a las Mujeres como Ejemplos

Tomo solo un momento para mencionarles que tenemos algunas grandes ilustraciones en las revelaciones que se refieren a las hermanas. Principalmente, las escrituras hablan de lo que los hombres han hecho porque tratan con la organización del reino y su operación general. Pero, providencialmente, el Señor nos ha dejado en las revelaciones suficientes escrituras para darnos patrones de vida. Los patrones de vida en los que se refiere a las mujeres son tales como estos: Tenemos el registro de María, la madre de Cristo. Gabriel ministró a ella. Ella fue cubierta por el poder del Espíritu Santo. Ella dio a luz al Hijo de Dios. Su salmo de alabanza se encuentra entre los más grandes salmos jamás pronunciados, y, en mi juicio, ella es el ejemplo perfecto de completa sumisión a la voluntad del Señor.

Su declaración a Gabriel cuando ocurrió la anunciación fue: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra” (Lucas 1:38). Y eso se iguala a lo que Cristo mismo dijo en la esfera preexistente: “Padre, hágase tu voluntad, y la gloria sea tuya por siempre” (Moisés 4:2).

Eva es otra. Ella es, de hecho, el patrón para todas las mujeres. Ella conocía el plan de salvación; predicó el evangelio; oró por bendiciones; dio a luz hijos; enseñó el evangelio. Y uno de los más grandes sermones de una sola oración que tenemos en todas nuestras revelaciones fue pronunciado por Eva: “Si no hubiera sido por nuestra transgresión, nunca habríamos tenido descendencia, ni conocido el bien y el mal, ni la alegría de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios da a todos los obedientes” (Moisés 5:11).

A la luz de nuestro conocimiento del plan de salvación, ¿es de extrañar que nuestro himno diga:

Madre de nuestras generaciones,
Gloriosa al lado del gran Miguel,
Recibe la adoración de tus hijos;
Infinita con tu simiente habita.
(Himnos SUD No. 163.)

Las Mujeres Reciben Revelación

Ahora, podríamos seguir con Sara, con Rebeca, con Raquel, con otras, pero el tiempo no lo permite. Pero de todo esto llegamos a la conclusión de que todo lo que es posible para que el hombre en la tierra tenga—de naturaleza espiritual, ennoblecedora, edificante y santificadora—ha estado y está disponible para las mujeres del reino del Señor. Ellas pueden llegar a ser hijas de Jesucristo. Ellas toman sobre sí el nombre del Señor. Tienen derecho a la revelación personal. Pueden recibir todas las visiones y la guía que los hombres reciben. Cuando Rebeca tuvo un problema, ella salió y lo llevó al Señor. Y el registro dice: “Y el Señor le dijo” (Génesis 23:23), y ella recibió la respuesta.

Me gustaría hacer solo esta pregunta mientras regreso ahora al tema que mencioné y las expresiones que se leyeron en relación con estas dos viudas: ¿De quién creen que habla esta revelación?

“Entonces el Rey les dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me recogisteis:

Estuve desnudo, y me cubristeis; estuve enfermo, y vinisteis a verme; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.

Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos? ¿o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos? ¿o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?

Y el Rey les responderá, y les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”

(Mateo 25:34-40) (“Caridad que nunca falla”. *Relief Society Magazine*, marzo de 1970, pp. 168-173).